

BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TOMO LVII

OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1974

No. 228

COMISION EDITORA

Carlos Felice Cardot

Luis Beltrán Guerrero

Tomás Pérez Tenreiro

SUMARIO

Nota Editorial	633
Acta de la Junta Pública y Solemne celebrada el jueves 5 de diciembre en conmemoración del Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho	635
Palabras pronunciadas por el Doctor Héctor Parra Márquez, Director de la Academia Nacional de Historia	637
Ayacucho, por <i>Edgard Sanabria</i>	639
Parte de la Batalla de Ayacucho	667
Documentos sobre Ayacucho	673
Los Sesquicentenarios Cimeros, por <i>Cristóbal L. Mendoza</i>	698
Las Medallas de Ayacucho, por <i>Tomás Pérez Tenreiro</i>	705
La Medicina en la Campaña del Sur, por <i>Oscar Beaujon</i>	716
General Jacinto Lara, por <i>Ambrosio Perera</i>	735
La Permanente Amistad entre Sucre y Morán, por <i>Carlos Felice Cardot</i>	747
El General Trinidad Morán, por <i>Pedro Montesinos</i>	754
Campaña de Ayacucho, por <i>Vicente Lecuna</i>	762
Campaña y Batalla de Ayacucho, por <i>Laureano Villanueva</i>	777
Ayacucho, por el <i>General García Camba</i>	794
Campaña y Batalla de Ayacucho, por <i>John Miller</i>	813
Ayacucho, por <i>Francisco Burdett O'Connor</i>	827
Colpahuaco, por el <i>Coronel Manuel C. Bonilla</i>	833
Hoja de Servicios del Gran Mariscal de Ayacucho. Formada por Manuel Landaeta Rosales	854
Cuadro de Ayacucho, por <i>Marcial Hernández Salas</i>	862
La Literatura en los días de Ayacucho, por <i>Raúl Porras Barrenechea</i>	867
El Ejército Criollo en Ayacucho, por <i>Carlos Pérez Jurado</i>	872
Rufino Blanco Fombona y el Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, por <i>Rafael Ramón Castellanos</i>	880
Las tres espadas del Gran Mariscal, por <i>Daniel A. del Río</i> (Versión castellana del inglés)	889
Ayacucho, Batalla decisiva final de la Campaña Libertadora del Atlántico al Pacífico, por <i>Victor J. Fernández Bolívar</i>	894

BIBLIOGRAFICAS

Mario Briceño Perozo. La Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia, por <i>R. J. Lovera De Sola</i>	899
Las Misiones Diplomáticas de Guzmán Blanco de R. Armando Rojas, por <i>R. J. Lovera De Sola</i>	900

DOCUMENTOS

Ayacucho. Nota de <i>Tomás Pérez Tenreiro</i>	909
---	-----

NOTAS

II Congreso Venezolano de Historia	919
Tendencia errónea	922

VIDA DE LA ACADEMIA	923
---------------------------	-----

Aviso	929
-------------	-----

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
CARACAS - VENEZUELA

(Fundada el 28 de Octubre de 1888)

NÓMINA DE SUS VEINTE Y CUATRO INDIVIDUOS DE NÚMERO

I	Cristóbal L. Mendoza	XIII	Virgilio Tosta
II	Ambrosio Perera	XIV	Luis Beltrán Guerrero
III	Augusto Mijares	XV	Blas Bruni Celli
IV	Pedro José Muñoz	XVI	José Antonio Calcaño
V	Héctor Parra Márquez	XVII	Tomás Pérez Tenreiro
VI	Carlos Felice Cardot	XVIII	Ildefonso Leal
VII	Alfredo Boulton	XIX	Cardenal José Humberto Quintero
VIII	Guillermo Morón	XX	Ramón J. Velásquez
IX	Joaquín Gabaldón Márquez	XXI	Rafael Armando Rojas
X	Arturo Uslar Pietri	XXII	José Luis Salcedo Bastardo
XI	Mario Briceño Perozo	XXIII	Oscar Beaujón
XII	Edgard Sanabria	XXIV	José Carrillo Moreno

FUNCIONARIOS PARA EL PERÍODO 1973-1975

<i>Director</i>	Héctor Parra Márquez
<i>Primer Vice-director</i>	Blas Bruni Celli
<i>Segundo Vice-director</i>	Ramón J. Velásquez
<i>Secretario</i>	Carlos Felice Cardot
<i>Bibliotecario-Archivero</i>	Mario Briceño Perozo

COMISIÓN DE ANALES

Joaquín Gabaldón Márquez
Virgilio Tosta
Ramón J. Velásquez

COMISIÓN DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

Mario Briceño Perozo
Pedro José Muñoz
Edgard Sanabria

COMISIÓN DE REDACCIÓN E IMPRESIÓN DEL BOLETÍN

Carlos Felice Cardot
Luis Beltrán Guerrero
Tomás Pérez Tenreiro

Los Académicos de Número y los Miembros Correspondientes son colaboradores natos de este Boletín. La colaboración de autores extraños a la Academia sólo se publica cuando es solicitada. Ni la Academia ni la Comisión Editora de su Boletín son necesariamente solidarias de las ideas expresadas por los colaboradores.

El Boletín de la Academia Nacional de la Historia se reparte gratuitamente en sus oficinas a todo aquel que lo solicite. Nadie está autorizado para su venta.

BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TOMO LVII - OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1974 - No. 228

NOTA EDITORIAL

En el diario La Nación, de Buenos Aires, edición del 8 de diciembre del presente año, aparece un artículo del señor Miguel Angel Cárcano en el cual se adultera y desnaturaliza todo el proceso de la Revolución emancipadora de Hispanoamérica con el fin ostensible de atribuir exclusivamente al general San Martín todas las glorias del movimiento. El señor Cárcano asienta que el prócer argentino creó un nuevo derecho internacional con un cuerpo de doctrina afianzado en sus hechos, que sirve todavía de orientación en la América Hispana, sin especificar la documentación comprobatoria de la supuesta doctrina ni enumerar los hechos en los que dice se afianza ésta. No se menciona, por otra parte, la copiosa documentación emanada del Libertador a lo largo de sus prolongadas actuaciones, que constituyó, en realidad, la filosofía bolivariana, la cual fue durante más de un siglo y es, particularmente, en los tiempos actuales, materia de inspiración y comentario de todos los publicistas del mundo occidental. En lo relativo a las campañas que condujeron a la desaparición del régimen español en el Continente, el señor Cárcano incurre en los más palmarios desatinos y da por sentado hechos no ocurridos. Son patentes sus extravíos, que deforman todo lo ya esclarecido por la Historia.

Raya en lo inconcebible la irresponsabilidad del señor Cárcano cuando asienta que Sucre, al dar parte a Bolívar de la Batalla de Ayacucho, le manifestó que había quedado sorprendido del espíritu y la táctica que San Martín había infundido en el ejército patriota. Es bien conocido, y se ha publicado muchas veces, la carta de Sucre para el Libertador en esa ocasión, que no contiene las expresiones que le atribuye falsamente el señor Cárcano, quien las ha tomado de la carta apócrifa publicada por el señor Colombres Mármol como dirigida por Sucre al general Santander el mismo día de la batalla. La apocriticidad de esa carta, admitida junto con las demás de la colección de Colombres Mármol, por la Academia Argentina de la Historia, es evidente; circunstancia que no ignora seguramente el señor Cárcano. Este comete el doble yerro de dar a la expresión apócrifa como auténtica y de atribuirle a Bolívar en carta que no la contenía, sin caer en la cuenta de que su repudiable maniobra estaba de antemano al descubierto. Penso, quizás,

que el engaño surtiría sus efectos en los lectores argentinos, sin tomar nota de las deplorables consecuencias que habría de causar en el público hispanoamericano el insólito procedimiento.

La honesta actuación de la Academia Argentina cerró de modo concluyente las tentativas de adulteración de la historia mediante ese inexcusable procedimiento de la forja de documentos absurdos y es de lamentarse que el señor Cárcano insista ahora en el reprobable, y por lo demás, fútil empeño. No necesita, ciertamente, el ilustre San Martín, de la fabricación de documentos rayanos en lo inverosímil, y aun en lo grotesco, para perpetuar en la memoria de los americanos sus bien ganadas glorias.

ACTA DE LA JUNTA PUBLICA Y SOLEMNE CELEBRADA EL JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 1974 EN CONMEMORACION DEL SESQUICENTENARIO DE LA BATALLA DE AYACUCHO

En el Paraninfo del Palacio de las Academias, el 5 de diciembre de 1974, y bajo la presidencia del señor Carlos Andrés Pérez, Primer Magistrado de la Nación y con asistencia de los académicos de Número, Dr. Héctor Parra Márquez, Director; Dr. Blas Bruni Celli, Primer Vice-Director; Dr. Carlos Felice Cardot, Secretario; Dr. Cristóbal L. Mendoza; Prof. Pedro José Muñoz; Dr. Guillermo Morón; Dr. Joaquín Gabaldón Márquez; Dr. Edgard Sanabria; Dr. Luis Beltrán Guerrero; Cardenal José Humberto Quintero; Dr. Rafael Armando Rojas; Dr. José Luis Salcedo Bastardo; Dr. Oscar Beaujon; Dr. José Carrillo Moreno; y de los Correspondientes: Fray Cesáreo de Armellada; Sr. Alberto Sanabria; Dr. Alberto Silva Alvarez; Dr. Frank Conde Jhan, Lic. Francisco Alejandro Vargas y señor Ismael Silva Montañés, se abrió el acto a las 5 y 45 p.m.

Concurrieron también los señores Dr. Rafael Caldera, Ex-Presidente de la República; Sr. Luis Piñerua Ordaz, Ministro de Relaciones Interiores; General de División Homero Leal Torres, Ministro de la Defensa; Dr. Arnoldo José Gabaldón, Ministro de Obras Públicas; Dr. Luis Manuel Peñalver, Ministro de Educación; Dr. Luis José Oropeza, Ministro de Agricultura y Cría; Dr. Otto Marín Gómez, Ministro de Justicia y Dr. Armando Sánchez Bueno, Ministro de Comunicaciones. Asistieron igualmente el Excmo. Mons. Dr. José Alí Lebrún, Arzobispo Coadjutor y Administrador Apostólico del Arzobispado de Caracas; representantes del Alto Mando Militar; los Presidentes de las Academias Nacionales de la Medicina y de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Drs. Pedro B. Castro y Miguel Parra León, respectivamente; el Embajador de los Estados Unidos S. E. Robert McClintock; el eminente científico Wernher Von Braun, padre de la Cohetería Moderna; representantes de las Academias Nacionales, de las Escuelas Militares y numeroso público.

Anunciado el objeto de la reunión por el Secretario, el Director de la Academia, Dr. Héctor Parra Márquez, pronunció las palabras de apertura, en las cuales destacó la significación del acontecimiento que se conmemora, e hizo alusión también a la convocatoria del Congreso de Panamá realizada dos días antes de la Batalla de Ayacucho.

Seguidamente el Secretario dio lectura al Parte de la Batalla de Ayacucho firmado por el general Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe del Ejército Unido.

Luego el Director designó a los académicos Salcedo-Bastardo y Carrillo Moreno para que condujesen a la tribuna al Dr. Edgard Sanabria, orador en el acto, quien se produjo en una destacada pieza en la cual estudió la obra realizada por el Libertador y por el Gran Mariscal de Ayacucho, en toda la etapa de la Campaña del Sur, hasta culminar con la definitiva independencia del Perú obra del Libertador Simón Bolívar.

Los oradores fueron muy aplaudidos por la numerosa concurrencia congregada en el Paraninfo.

Y a los acordes del Himno Nacional se clausuró el acto a las 7 y 45 p.m.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DR. HECTOR PARRA MARQUEZ, DIRECTOR DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Una cita esplendorosa nos congrega hoy en este Palacio, con motivo de la presente Sesión Solemne de la Academia Nacional de la Historia, en conmemoración del Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho y de la Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, ésta el 7 de diciembre de 1824 y aquélla el 9 de diciembre mismo.

Nos encontramos así en presencia de dos grandes consagraciones sesquicentenarias; de dos fechas estelares en la historia de América; de la glorificación definitiva y en forma universal del triunfo de la libertad y de la justicia en este continente tras un esfuerzo continuado y en medio de innegable patriotismo y de grandes sacrificios.

Pasarán los años y las generaciones futuras como las actuales, no se cansarán de rendir culto a la gesta de Ayacucho, al amparo de la cual millones de hombres fueron restituidos a la plenitud de sus derechos.

La importancia de aquel acontecimiento trascendental que rompió en mil pedazos nuestra dependencia de España, la delineó el Libertador en breves frases, en las cuales, al mismo tiempo, hizo justicia al vencedor, uno de sus tenientes más insignes cuando dijo: "La Batalla de Ayacucho es la culminación de la gloria americana y obra del general Sucre. Sus disposiciones para ella fueron perfectas y sus ejecuciones sin tacha. Rápidos y hábiles movimientos destruyeron en una hora a los vencedores de catorce años. El general Sucre es el padre de Ayacucho, el redendor de los hijos del Sol".

Al igual de la América, la esencia y el espíritu de la libertad en el mundo, se asocian, sin duda, a la conmemoración del Sesquicentenario de una de las batallas cumbres de la historia contemporánea, como la de Ayacucho, porque al triunfo militar se unió la victoria política y el afianzamiento de las nuevas nacionalidades, llamadas a ser, como lo son hoy día, factor decisivo en los destinos del mundo.

Y en las efusiones de este día, la Academia Nacional de la Historia une el regocijo de su patriotismo al de nuestro Gobierno y pueblo en su loable afán por exaltar en toda la estupenda significación el paso dado por el Libertador el expedir en Lima, dos días antes de la Batalla de Ayacucho, la Convocatoria para el Congreso Anfictiónico de Panamá.

El día 7 de diciembre de 1824 marcará siempre una fecha gloriosa en los fastos del mundo descubierto por Colón, porque señala un hito en la historia del

Derecho Internacional Americano, con proyecciones hacia la legislación universal, en cuanto a reglamentar las relaciones jurídicas entre los Estados, sobre la base de la confraternidad entre los pueblos.

Con la Convocatoria para aquel Congreso Anfictiónico, cristalizaba un ideal acariciado por el Libertador durante largos años y realizaba la clarividencia de su genio y de su mentalidad poderosa.

En la concepción bolivariana acerca de la unidad de la América, no entraban ni cabían las limitaciones geográficas impuestas por la naturaleza ni las divisiones administrativas y políticas adoptadas por la Madre Patria. Sus anhelos se enrubaban hacia el logro de una América compacta, unida en una sola entidad.

Para 1815, desde su destierro en Jamaica exponía la idea grandiosa de formar en todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo.

Y con la elevación espiritual de los grandes estadistas, ampliaba en 1826 sus concepciones en el texto de la Convocatoria para el Congreso Anfictiónico de Panamá, al dar a éste el carácter de consejero en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de juez y árbitro en sus disputas o diferencias.

Era la formación de una liga verdaderamente americana encaminada a lograr la estabilidad de las nuevas nacionalidades y, como decía el doctor Pedro Gual, fiel intérprete del ideal bolivariano, "a poner los cimientos de un cuerpo Anfictiónico o Asamblea de Plenipotenciarios que impulse a los intereses comunes de los Estados Americanos y dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unos mismos hábitos".

Por ello, eminentes tratadistas y calificados pensadores consideran hoy a Bolívar, no sólo como el padre del Panamericanismo, sino también como el precursor de la Sociedad de las Naciones, porque nadie podrá negar que al Libertador corresponde la gloria de haberla propuesto, como Jefe de Estado, en forma oficial, solemne e inequívoca.

Y si el Congreso Anfictiónico de Panamá, conforme lo dijimos recientemente y nos complacemos en repetirlo, no logró triunfar por el egoísmo y la incompreensión, Bolívar quedará siempre en la memoria y en la conciencia de los pueblos como el autor de uno de los capítulos más hermosos de la historia del Derecho, al tratar de reglamentar las relaciones jurídicas entre los Estados sobre la base de la confraternidad universal y como el hombre que enrubó su vida hacia la búsqueda de la armonía eterna y de "estabilizar para siempre la paz apoyada en los principios del Derecho y en la solidaridad mundial".

AYACUCHO*

Por EDGARD SANABRIA

Si en esta última década, plausiblemente y con sobrado fundamento, se han festejado en Chile los ciento cincuenta años de las memorables jornadas de Chacabuco y de Maipú, que lo independizan; en Colombia, los de la gloriosa acción de Boyacá, que la emancipa; en Venezuela, los de la heroica de Carabobo, con la cual alcanza su soberanía; y en el Ecuador, los del triunfo de Pichincha, que lo hace árbitro de sus destinos; por análogos motivos, como por otros más de trascendencia continental, en estos días, las repúblicas hispanoamericanas con júbilo celebran el sesquicentenario de la singular victoria de Ayacucho, batalla decisiva de su libertad, con la que se logra no sólo la independencia del Perú, sino la consolidación de la de todas ellas así como la paz de América, al extinguirse para siempre en la misma el poderoso e inmenso dominio trisecular de España.

Bolívar y San Martín, con muy clara visión, siempre bien comprendieron que mientras en el Perú, dada la enorme importancia de este Virreinato, de donde, como arsenal del Pacífico, habían partido las expediciones que durante cierto tiempo impidieron la emancipación tanto del actual Ecuador como la de Chile y la del norte del Río de la Plata, perdurase la asaz fuerte dominación hispánica, ello constituía seria y permanente amenaza, no sólo para estas regiones aun mismo después de que ya hubiesen obtenido sus legítimas aspiraciones separatistas, sino también para los otros estados que habían sido hasta entonces partes integrantes del imperio español en el hemisferio occidental.

Indispensable cuanto antes era, por tanto, la redención del Perú, como permanente e intenso el anhelo que por el logro de tal fin sentían ambos héroes, para quienes ello constituía mira primordial, mientras en sus respectivas patrias y en las vecinas luchaban por libertarlas. De aquí, que al esto lograrse, sometido todavía como estaba el Perú a la potestad de la Península, uno y otro acometiesen esa ardua y tan riesgosa empresa, que daría a quien la realizase inmensa e imperecedera fama.

Boyacá, al iniciar el logro de la independencia de la antigua Colombia y permitir el que se pudieran realizar las posteriores campañas redentoras, desde la que en nuestra patria aniquila el poderoso ejército del Pacificador hasta aquella que confirma la de toda Hispanoamérica en el campo de Ayacucho, es, aparte de

* Disertación de orden en la sesión solemne de la Academia Nacional de la Historia, el 5 de diciembre de 1974, conmemorativa del Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho.

otras primordiales consecuencias, como la necesaria afirmación de la unidad de mando indiscutible de Bolívar y el establecimiento de la personalidad jurídica de la Nación, la primera batalla de trascendencia continental en el norte de la América del Sur.

Preludio de Ayacucho, la victoria de Junín, reñido y violento choque al arma blanca, raudo y refulgente como el rayo, de inmensa repercusión, más por sus consecuencias que como acción militar, en la que la caballería, de la cual los realistas tanto se ufanaban, tenida por invencible, se desmoralizó y perdió el prestigio de que gozaba; batalla por la que aquellos comprobaron la fuerza, serenidad, firmeza y decisión de los independientes; y, por la que cuando mucho había conspirado contra Bolívar, todos se convencieron del ser extraordinario que él era, tuvo enorme influencia en los destinos del Perú. Si no fue definitiva, como no podía serlo, por cuanto en ella únicamente combatieron en su casi totalidad las fuerzas ecuestres de los contrincantes; y por cuanto, aparte otras fuerzas, como las del general Gerónimo Valdés, —que luchaban en el Alto Perú contra las de Olañeta, las cuales habrían podido sumarse a las demás defensoras de la Corona, ya que este jefe nunca dejó de ser ferviente realista—, las restantes de Canterac, que hubieran permanecido intactas de haberse replegado en orden, dada su organización y capacidad de marcha, eran aún después de la retirada, numerosas y junto con las comandadas directamente por La Serna constituían un respetable ejército, bien conducido por jefes expertos y muy superior al patriota en número y recursos, sobradamente suficiente para mantener la causa del Rey, Junín, al fijar la suerte de la campaña, como “golpe funesto de resultados más funestos aún”, fue el principio del fin.

Ordenado por Canterac a su infantería y a sus fuerzas continuar la marcha mientras él empeñaba en la gélida llanura el singular combate de caballería, una vez derrotado, favorecido por las sombras de la noche, huye precipitadamente y lo que debió ser una retirada estratégica se tornó en una fuga. En su desbandada incendia los sembrados, arrasa poblaciones, destruye puentes y cuanto pudiere ser útil a los republicanos. Deja tras sí en abandono soldados exhaustos, enfermos y heridos. Muchos fueron los que de sus filas desertaron y varios los de su caballería que se pasaron a los independientes.

Este jefe, que recibió en Junín un “golpe mortal”, valido de las condiciones de sus tropas, conocedoras de esos lugares y caminos, como que en su mayor parte la componían peruanos nativos de la sierra, connaturalizados con el clima, acostumbrados a jornadas diarias de doce y más leguas y a las que no afectaba el soroche, confundido y desanimado, rápido, apenas sin detenerse, ni hacer frente al enemigo, el 11 de agosto pernocta en Huanta, envía muchos enfermos a Huamanga, manda volar, y no lo logra, el puente de piedra de Iscuchaca, sin que valieran las protestas del general Maroto, que disgustado abandonó el ejército, y se dirigió al Cuzco en busca del Virrey, a quien Canterac pide auxilios y éste se los remite. Pasa luego a acampar cerca de Huamanga. A distancia ahora del Ejército Unido, continúa su camino con calma y en forma ordenada. Avanza más ligero a medida que se le aproxima la columna patriota del coronel Otero, que tenía por misión el perseguirlo. Cruza el Pampas, detiéndose quince días a descansar en Chincheros, para continuar, luego de atravesar el Apurímac, hasta el Cuzco. Había perdido más de un tercio de sus efectivos, los almacenes, gran cantidad de parque y arma-

mentos, inestimables recursos y las provincias de Jauja, Huancavélica, Huamanga, parte de la del Cuzco y otras más.

Bolívar, activo siempre en la persecución, esta vez, con suma cordura, como era lo debido, la efectuó conforme a la mejor manera como la permitían sus sufridas tropas, las circunstancias y la naturaleza del país. Sin fatigarlas más, después de la penosa travesía por la cordillera, que mucho se presta a la guerra defensiva, sin esperanzas de recibir refuerzos, ante el riesgo de irse alejando por lugares desconocidos, escabrosos e inhóspitos cada vez más del territorio bajo su autoridad, no podía exponer su ejército, que hartos esfuerzos le había costado formar. Duerme todo él la noche del 6 a la intemperie en el que fue campo de batalla. Entra temprano el 7 en el caserío de Reyes, donde descansa el 8 y ocupa el 9 a Tarma. De allí envía Bolívar una columna de tropas ligeras y un batallón peruano para picar la retaguardia a Canterac, ya a distancia y para apurarlo a desalojar el fértil y hermoso valle de Jauja, adonde llegan los republicanos el 11, como a Huancayo el 13, en donde el Libertador dicta providencias para la administración de las provincias recién libertadas. Se vió en la necesidad de tomar medidas urgentes para proveer, conservar y aumentar el ejército, por las pérdidas que había sufrido y las condiciones en que estaba.

Para esta fecha, Sucre, magnífico administrador, que se encontraba en Jauja, recibe encargo del Libertador de irse a retaguardia a ordenar la marcha de los hospitales, asegurar la línea de comunicaciones y salvar vidas como recoger y reparar material bélico, poniéndose al frente de la intendencia militar, comisión más propia de un ayudante general, la que cumple no obstante con celo y eficacia y dio ocasión al muy conocido incidente que motivó la digna y hábil carta suya y la talentosa y "más hábil aún" del jefe al responderle.

El Ejército Unido, con La Mar al frente, continuó adelante, y ocupa el 22 Huanca y el 24 Huamanga, donde permaneció algún tiempo. Allí se le reunió Sucre, quien volvió a ocupar la jefatura del mismo y desde donde parte Bolívar a reconocer el Apurímac. Precisébase determinar si se pasaba o no al otro lado de este río y, en caso afirmativo, cuál camino debería seguirse, el real o el de Challhuanka, más largo y por la sierra occidental. Como en todo, cada uno presentaba sus ventajas e inconvenientes. Necesario era efectuar reconocimientos. El ejército se aparta de la ruta principal y se adelanta por el otro. Ocupan sus divisiones diversos puntos cercanos entre sí, desde los cuales, sin obstáculos podían retornar al del Cuzco o continuar hacia Challhuanka.

Bolívar, que había pensado llevar sus tropas a la otra margen del Apurímac y atacar a la Serna para batirlo u obligarlo a abandonar el Cuzco, o interponerse entre Canterac y Valdés, al saber que los realistas se habían reforzado en esta ciudad y podían tomar la ofensiva, ordena al Ejército Unido concentrarse antes de que llegase a Pampachiri, pueblo cercano al nacimiento del Pampas, sobre la serranía de Chumba.

Sucre, partidario de abrir antes de octubre operaciones al otro lado del río y sólo cuando se tuviera la certeza de que en el Cuzco las fuerzas de Valdés no se hubiesen incorporado a las otras del Virrey, o que, aún cuando reunidas, no excediesen de siete mil hombres, a los que contaba fácil le sería derrotar con el entusiasmo, arrojo y disciplina de los suyos; y de no darse estas dos situaciones, reconcentrar las tropas, activar el reintegro de los atrasados como el de los convalescientes

y esperar a los auxiliares, para más tarde, suficientemente fuerte, atravesar el Apurímac y, entre tanto, con los "Granaderos de los Andes" y un batallón dirigirse hacia Velille por ver si sintiéndose amenazados los españoles por la espalda abandonaban sus posiciones; se adelanta con un cuerpo ligero a Challhuanca a recoger informes. Mientras tanto, el Libertador con sus edecanes por el camino real, reconoce las provincias de Andahuaylas y Abancay y el Apurímac por tales lados, a la vez que procura noticias acerca de la situación y condiciones del enemigo. Ambos reconocimientos servirían para determinar el plan por ejecutar, lógicamente variable según los cambios y las nuevas que se obtuviesen del contrario.

El Libertador, que presumía la reunión de Valdés con La Serna, cambia de proyecto y el 28 de septiembre, desde Huancamara, descartada la idea de la ofensiva, manifiesta a Sucre su deseo de dar un mes de reposo al ejército, dejando a su elección la vía por seguir.

Pero hizo variar el rumbo de los acontecimientos otra clase de asuntos y noticias importantes recibidas del Norte, cuales eran la relativa al empréstito en Londres, y la llegada del navío Asia y del bergantín Aquiles, que en mucho reforzaban a la escuadra real en el Pacífico, la que podría, junto con los barcos encerrados en El Callao, destruir la patriota, facilitarle a los españoles transportar tropas adicionales e interrumpir las comunicaciones marítimas de los republicanos con la Gran Colombia, de donde ya venían en camino cuatro mil hombres de los doce mil que Bolívar en repetidas oportunidades había solicitado con insistencia como necesarios para la prosecución de la campaña.

Era necesario preparar los medios para concluir la guerra, formar un ejército de reserva para prevenir cualquier evento, estrechar el sitio de El Callao y a la vez obligar a los realistas a abandonar a Lima, donde debía organizarse el gobierno y cuya posesión tenía gran importancia para la consolidación en el país del régimen republicano, y por las repercusiones internacionales en favor de la causa separatista. Todo ello requería la presencia allí de una figura prestigiosa y capaz, con fuerte autoridad. Además, había cesado en el Alto Perú la lucha de los realistas entre sí y era preciso organizar las provincias recién liberadas, a las que Bolívar con su acostumbrado celo comenzaba a reformar y ya empezaban a gozar de algunas de sus benéficas medidas.

Ante esta situación, pensó el Libertador enviar al general La Mar, de mayor graduación, o a Sucre hacia la capital con amplios poderes; mas habiéndose excusado los dos, alegando que funciones tan graves y difíciles únicamente a cabalidad podía desempeñarlas el propio Bolívar, éste resuelve separarse del ejército y pasar a la costa.

En el camino, en Huancayo, se entera de la ley promulgada por el Congreso en Bogotá el 28 de julio de 1824, derogatoria de la de 9 de octubre del año undécimo, en virtud de la cual se le conferían facultades extraordinarias al Presidente de la República cuando estuviere en campaña sobre los países recién libertados o que fueren teatro de la guerra.

Privado por el artículo final de la citada ley del mando del ejército grancolombiano, dictó las medidas para que se le subrogase y escribió a Sucre enterándole del contenido de la misma, así como del nombramiento que, conforme a ella, en él había hecho recaer el Vicepresidente Santander.

No nos toca juzgar ahora dicha ley. Sólo diremos que a Bolívar, que con todo su omnímodo poder fácil le era desconocerla, con serenidad y gran decoro la acató e hizo que las tropas se sometiesen a las disposiciones de la misma. Y cuando a él con respeto se dirigieron los jefes grancolombianos y extranjeros del Ejército Unido protestando indignados por la "atroz injuria del poder ejecutivo en consultar al Congreso si los empleos que el Libertador había dado al ejército serían reconocidos en la Gran Colombia" y lo instan a que continuase al frente de las tropas, no cambia de resolución ni consiente que los mismos jefes eleven al Soberano Cuerpo reclamos en análogo sentido a los del memorial que le habían dirigido.

De tal manera terminaba esta breve pero grandiosa y brillante campaña, en la que el Libertador desplegó todas sus facultades, talentos y virtudes, como sus dotes de organizador, y la más asombrosa actividad, al forjar con escasos recursos un respetable ejército. Tanto es así, que el historiador español don Mariano Torrente, nada favorable a Bolívar ni a los patriotas, no puede dejar de reconocerlo, al escribir: "Inconcebible parece como en tan poco tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa i bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección. Abundaban las provisiones de guerra y boca, el armamento, vestuario, medios de transporte i cuantos elementos guerreros se necesitaban para abrir una importante campaña... Las tropas de Bolívar cruzaron los horribles desfiladeros de los Andes con tanta constancia y sufrimiento que sería un acto de injusticia negarles el gran mérito contraído en esta campaña... Había asimismo entre ellos varios elementos de emulación y competencia, capaces de producir rasgos de extremada valentía".¹

Tomada por el Libertador la determinación de separarse, el 6 de octubre en Sañaica, antes de partir, fiado en los talentos y aptitudes de Sucre, con amplias e ilimitadas facultades para actuar tanto a la ofensiva como a la defensiva, a saber, "para continuar las operaciones activas o para acantonar las tropas", lo encarga del mando efectivo del ejército, que contaba con siete mil hombres.

Con el asombroso y profundo conocimiento que tenía de los hombres, como para lo que servían, Bolívar, en cuenta de la lealtad a toda prueba y de la adhesión hacia su persona de este insigne adalid, que lo complementaba, no duda en encomendarle tan difícil cuanto honrosísimo destino.

Nadie más adecuado; ninguna designación más acertada. Recordad la limpia y brillante trayectoria como los invalorable servicios del héroe de Pichincha en pro de la causa emancipadora. Espíritu selecto, inspirado en los más nobles sentimientos y en los más elevados ideales; figura inmaculada, modelo de virtudes, que resplandece por lo diáfano y puro de su conciencia, por su tolerancia, bondad, moderación, rectitud de carácter, inquebrantable y perenne firmeza, justicia, clemencia y generosidad; fue patriota ejemplar, distinguido político, destacado diplomático, intachable magistrado y esclarecido guerrero, reputado entre los primeros capitanes de su tiempo en América. Reunía como militar, entre otras sobresalientes condiciones, previsión, sentido de responsabilidad, poder de captación, prudencia, energía, serenidad, coraje, actividad, pericia y celo, a la vez que

1 Mariano Torrente: *Historia de la Revolución Hispano-Americana*. Tomo III, Madrid, 1830.

decisión, como acierto en el concebir y rapidez en el ejecutar, a lo que unía un armónico equilibrio y un dominio de sus facultades.

“En el terreno militar, su golpe de vista rápido y seguro y una aguda intuición psicológica, le permitían prescindir de los movimientos tácticos estereotipados, y sacar al terreno y a los lapsus del enemigo un partido que recuerda la clásica *souplesse* de Véndome, y que le permitía triunfar con fuerzas muy inferiores a las del adversario, como ocurrió en Ayacucho. A diferencia del general adocenado, esclavo de las normas clásicas de la táctica y de la estrategia, en vez de encasillarse en normas preconcebidas, abarcaba de una sola mirada el panorama táctico que se había producido como consecuencia del campo de batalla y del plan adoptado por el enemigo, y su rápido golpe de vista descubría el lado flaco del adversario. En el curso del combate conservaba una presencia de ánimo y un dominio de sus fuerzas, que no se repite en otro general hispanoamericano, que le permitían sacar partido de todos los errores y traspies del enemigo. Anticipándose en medio siglo a las normas tácticas del final del *xix*, no sólo concentraba el ataque sobre los puntos débiles de las líneas enemigas, sino que entretenía con destreza admirable, con un mínimun de fuerzas, al grueso de las contrarias, mientras las batía con fuerzas superiores en el centro o en un ala; y sacaba, en seguida, a los éxitos parciales un rendimiento psicológico casi inverosímil”.²

En la creencia de que los realistas no se encontraban en condiciones de emprender de inmediato una ofensiva y menos en la ya próxima época de las lluvias, que algo se habían adelantado, Bolívar le aconsejaba a Sucre, caso de tener que acantonar su gente, efectuarlo, por fértiles, en las provincias de Andahuaylas y Abancay. Le recomienda observar de cerca al enemigo y aprovechar las ventajas que le ofrezca, como tratar de evitar cualquier revés, al cual temía por juzgarlo fatal; aprovechar alguna oportunidad favorable y procurar un buen suceso. Le encarece no aventurar ningún combate sin la casi seguridad del triunfo, y, más que todo mantener, hasta donde le fuere dado, acantonadas las tropas para retardar las operaciones en espera de los refuerzos que debían de recibir de la Gran Colombia. Se debe recordar que Bolívar, preocupado vivamente por la suerte del ejército expedicionario, puso siempre enorme interés y desplegó inmensa actividad en auxiliarlo. Desde Jauja comenzó a remitirle pertrechos, hombres y caballos.

Apesar de la libertad de actuar de que estaba investido, a causa de algunas instrucciones y recomendaciones, que aun cuando pudieran tenerse como consejos u opiniones particulares que Bolívar le remitía, Sucre se consideraba algo cohibido en la acción y requería se le permitiese tomar plenamente por su cuenta las iniciativas y decisiones que debían conformarse a cuanto exigían las circunstancias, tanto más por lo extraordinario de los movimientos que hacían los realistas y los que en lo sucesivo pudieren hacer, así como lo muy lejos que se encontraba el Libertador, a quien, si cuando estaba a su lado, Sucre exponía y con firmeza sos-

2 Encina, Francisco A.: *Bolívar*. Páginas 465 y 466.

tenía sus propios pareceres, como discutía y contrariaba los proyectos del caraqueño insigne, ya adoptados estos, muy seguro se sentía en seguirlos y en ejecutarlos.

A mediados del mes de octubre, después de haber cruzado las serranías de Chumba y establecerse en la cuenca del Pachachac, Sucre acantonó la infantería en los vecinos pueblos de Sañaica, Soraya, Capaya, Toraya y Pichurhua; la caballería grancolombiana en Pacsisa, Soraica y Tapaysihua y los "Húsares de Junín" en la quebrada arriba de Challhuanca, donde había establecido su cuartel general. Esta ventajosa posición defendida por el caudaloso Pachachac, amenazaba la retaguardia realista y permitía mantener piquetes sobre el Apurímac.

Y aun cuando abrigaba absoluta confianza de que sin la ayuda de los refuerzos grancolombianos vencería con sus tropas, que, si superiores en calidad eran menos expertas en las marchas por las montañas que las defensoras del Rey, las juzgaba especialmente aptas para la ofensiva. Sucre, que la deseó una vez emprender, acataba ante todo, por sabio y experimentado, el criterio del Libertador, a quien, a más de admirar y de respetar con devoción única, jamás lo dejó de considerar su superior y al que, como Dictador y Jefe Supremo del Perú, correspondía en último término la máxima dirección de la guerra.

Sin embargo, en más de una ocasión, sin provocarlo y por tener probabilidades de éxito, se dispuso al combate, así como supo retirarse cuando el enemigo, sobre todo, por su superioridad numérica, lo hubiera podido derrotar, durante esta campaña, considerada de las más difíciles de cuantas se efectuaron durante la guerra de la independencia, por tener como escenario de operaciones un país donde el terreno por el cual maniobraban, situado a gran altura, de los más escabrosos cuanto abruptos, estaba atravesado por quebradas y torrentes, que se sucedían a pequeños valles, y por tres ríos, el Apurímac, el Abancay y el Pampas, por lo que, a pesar de las cortas distancias que separaban ciertos puntos entre sí, debido a los accidentes, mucho se tardaba para llegar de un sitio a otro.

Ante la necesidad de combinar el abastecimiento de las tropas con la seguridad de la posición, Sucre, que mantenía una permanente vigilancia sobre el adversario, después de adelantar un cuerpo de observación hacia Agcha, con órdenes de evitar todo encuentro con el enemigo, a fin de reconocer las posiciones de éste, vigilarlo, averiguar sus planes, mantenerlo en constante alarma e impedirle realizar tranquilo sus reemplazos, como de explorar los lugares y acopiar vítuallas para algunas pocas semanas, acorde todo esto con sus objetivos e ideas, pensó situarse a su retaguardia. Para ello, conduciría su ejército a Mamara y, los puestos avanzados a Háquira y Mara, resuelto a buscarlo y, de darse una ocasión segura, a batirse si el contrario lo procuraba. Tal evolución podía conducir a que los realistas, a quienes erradamente calculaba en ocho mil hombres, abandonasen el Cuzco, donde si continuaban en pacífica posesión creía pudieran reforzarse considerablemente y concentrarse, u obligarlo de inmediato a librar batalla. De no darse ninguna de estas dos posibilidades, los independientes consumirían los recursos de la provincia de Cotabambas. Sucre que tenía plena confianza en los suyos y jamás dudó del triunfo, con otro motivo escribía días después a Bolívar: "Fuera de lo imprevisto y de la inconstancia de la fortuna, podemos decir que por todo lo probable tendremos una victoria".

Cuando Sucre, que había sometido en consulta a Bolívar el anterior plan, adelanta sus reconocimientos hasta Chuquinbambilla y Mamara, cerca del río Oro-

peza, y era su ánimo caerles por la espalda a los contrarios en el Cuzco, recibe el 24 de octubre carta del Libertador, ratificada posteriormente, en la que le encomienda de manera categórica que establezca sus cuarteles de invierno en Andahuaylas, con el criterio de prolongar la guerra y esperar los refuerzos de la Gran Colombia.

Bolívar, que única y exclusivamente deseaba la destrucción del enemigo con la menor pérdida por parte de los republicanos, y que a esta operación debían contraerse a su juicio todas las de la campaña, norma que inspiró los movimientos del Ejército Unido hasta poco antes del triunfo de Ayacucho, y que cada día confiaba más en el tino, la prudencia, la actividad, conocimientos y demás cualidades que tanto distinguían a su lugarteniente, le hacía decir por intermedio de su secretario que obrara con absoluta libertad y como conviniera en las respectivas posiciones en que se encontrasen el ejército de su mando y el enemigo. También le hacía presente dos acertadísimas observaciones que, como muchas otras muy atinadas le formuló en esa época y las cuales ponen de manifiesto la perspicacia, intuición y agilidad mental del Libertador.

Era una, "que de la suerte del cuerpo que Sucre mandaba dependía tal vez para siempre la suerte del Perú y la de la América entera, tal vez por algunos años"; y la otra, "que como una consecuencia de la anterior se tuviera presente que cuando en una batalla se hallan tan comprometidos tantos y tan grandes intereses como los indicados, los principios y la prudencia, y aún el ánimo mismo a los inmensos bienes de que pueda privar una desgracia, prescriben una extremada circunspección y un tino sumo en las operaciones para no librarlas a la suerte incierta de las mismas, sin una plena y absoluta seguridad de un suceso".

Muy a su pesar, Sucre suspende la proyectada ofensiva y, en parte, acoge la orden de Bolívar al replegarse y situarse admirablemente entre Circa y Lambra en el divorcio de las aguas del Pachachac y el Oropeza, en la provincia de Abancay.

Por el lado contrario, La Serna al tener conocimiento de la derrota de Junín y temiendo una próxima llegada de cuantiosos auxilios grancolombianos, hizo enormes esfuerzos para reparar tamaño desastre y tomar la ofensiva. Dicta las órdenes más perentorias. Llama con premura en su auxilio, para detener el avance del enemigo victorioso, a Valdés, quien, con una división de más de tres mil hombres, combatía en el Alto Perú, a Olañeta, cuya escisión, fatal para la causa del Rey, favoreció inmensamente a la de los independientes. En los días 10 y 11 de octubre, el activo general Valdés, que en el tránsito repuso las muy fuertes bajas que había sufrido en la anterior campaña, luego de una de esas marchas rápidas que lo caracterizaron, llega al Cuzco, sin que los patriotas hubieran podido impedirlo. Reforzado de esa manera el Virrey, con asombrosa celeridad organiza un respetable ejército en pie de guerra de más o menos doce mil hombres.

Imposibilitado Canterac para continuar al frente del ejército, después de su derrota y de la funesta retirada que acababa de hacer, para no herir susceptibilidades, conciliar los ánimos, asegurar mejor la obediencia y por un mayor prestigio, el Virrey en persona asumió el mando. Reunido en Limatambo con Canterac y Valdés para deliberar acerca del plan por seguir, no ataca por Cocpa. Da algunos días de descanso a la división recién llegada y, sin dilación, enrumba casi todas sus fuerzas, con intención de copar a los republicanos, por el Sur, mediante un

gran rodeo, pues, crecido en invierno el Apurímac es infranqueable y para pasarlo se necesita esguazar los ríos tributarios por sus cabeceras.

A inicios de la tercera década del mes, las fuerzas españolas están todavía en el Cuzco y Paruro, de donde parten el 22. Poco después, la vanguardia alcanzó el punto de Agcha, donde permanecían aparentemente inactivas; empezaban a concentrarse. Parecía como si no quisieran tomar la ofensiva. El 29 se hallaban en Háquira, en el único camino transversal que conducía a Huamanga. Amenazaban la línea de operaciones de Sucre, a quien, en opinión del historiador Torrente, deseaba el Virrey conducir por la fuerza de los movimientos a un terreno en que tuviera mayor facilidad para derrotarlo, deshacerlo u obligarlo a abandonar el país. Luego, los realistas continúan su avance por Mamara y Chuquibamba.

El primero de noviembre una de las partidas republicanas que estaba en Chuquibambilla y tenía por objetivo observar de cerca al enemigo, desalojó esta población, ante la amenaza del mismo.

El general Miller, quien andaba en recorrida de inspección, urgentemente avisa a Sucre que todas las fuerzas realistas rápidamente se movían y que, quizás, el 3 sería inevitable un combate.

Púsose Sucre alerta y en expectativa. Apercibido a la lucha, sin presentar batalla, concentra sus diseminadas fuerzas detrás de la línea del Pachachac en el triángulo Challhuany —Pichirhua— Casinchihua. Espera tranquilo el ataque del Virrey, que no se produce. El 4 de noviembre lo pasa el ejército español, frente a Challhuanca. Sigue a Sañáica y el 8 acampó en los pueblos de Pampachiri y Larcai a retaguardia, aun cuando a larga distancia, del Ejército Unido. Parecía ser su propósito tomarle a éste las espaldas para cortarle a los restos del mismo la retirada después de derrotarlo. Pero La Serna, alejándose cada vez más del enemigo, siguió hacia el norte pasando por Coñani, Carhuanca y Vilcas-Huaman. El 16, cazadores de su vanguardia ocuparon Huamanga y se apoderaron de repuestos y de gran porción de pertrechos de guerra. Pensaba que los nuestros hubiesen avanzado y estuviesen más adelante de donde ellos se encontraban. Se sorprende de tenerlos a su retaguardia. Proponíase cortarles la línea de comunicaciones, lo cual tenía sin ningún cuidado a Sucre, por significar esto para él una simple inversión del frente de combate.

Entretanto, el Ejército Unido, que había de permanecer en Pichirhua hasta agotar los pastos para trasladarse después a Andahuaylas, cuando los realistas pasaron por Sañáica, rumbo a Pampachiri, como al llegar allí podían enrumbarse tanto a Huamanga como a Andahuaylas, Sucre se dirigió hacia este último lugar, donde llegó el 12 y las tropas tomaron un reposo. Pensamiento de Sucre era, escribe don Vicente Lecuna, "batir al enemigo en cualquier parte que lo encontrase, excusando atacar posiciones fuertes; perfectamente tranquilo tenía la convicción de saber escoger en el campo de batalla, entre tantas combinaciones posibles, las convenientes para anonadar a su contrario, presentándole en el punto decisivo fuerzas superiores aun cuando su ejército fuera menor".³

Descartada la posibilidad antes indicada, Sucre al enterarse de que los realistas se habían encaminado hacia Coñani y habiendo desechado cierto proyecto que le vino en mientes, continuó hacia el norte con todo el ejército. Conviene

3 Vicente Lecuna. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. Nueva York, 1950 T. III.

recordar que Bolívar el 25 de noviembre mandó hacer a Sucre las siguientes indicaciones: que no divida nunca su ejército y procure conservarlo a todo trance.

Mucho preocupó al Libertador el extraño movimiento de La Serna. Por su lúcida mente pasó cuanto hubiera podido suceder; cuanto pudiera habersele ocurrido ejecutar al adversario, como la conveniente solución a los problemas y diversas situaciones que habrían acontecido. Nada se le escapó. Las medidas que pensó adoptar, sus disposiciones y su epistolario, lo demuestran. Todo esto se desvaneció porque los realistas no pensaron ir a Lima, como con fundados motivos Bolívar lo intuyó.

Sin lograr La Serna por completo sus propósitos, aún cuando satisfecho de haber interceptado a los patriotas las comunicaciones con la costa, de donde podían recibir refuerzos, hace regresar la avanzada que envió a Huamanga al campo de Rajay-Rajay, donde él se había detenido en su avance, para retroceder con rapidez por el camino real en busca de los independientes.

Mientras los españoles efectuaban sus largas marchas y contramarchas, las tres divisiones de Sucre habían permanecido a la defensiva en San Jerónimo, Andahuaylas y Talavera, hasta el 19. Ese día el jefe patriota se dirige al Pampas y en el puente sobre el mismo las avanzadas se tirotearon. Llega Sucre el 20 a Uripa, en la margen derecha del mencionado río, a inmediaciones de Chincheros, pueblos ambos rodeados por fértiles campiñas. Del mismo lado se divisaron fuerzas realistas en las alturas de Bombón, y tres compañías de cazadores que allí permanecieron fueron desalojadas y obligadas a replegarse al Pampas.

Era plan de los realistas ocupar Uripa y obligar a Sucre a batirse en ese sitio, que a ellos les ofrecía magníficas ventajas; pero, como las fuerzas de Valdés, que eran las que habían vadeado el río, y a las que pertenecían las indicadas compañías, advirtiesen el estar ya situado el Ejército Unido en Uripa, desistieron del intento.

Al dirigirse La Serna hacia el Pampas acampó el 21 en Concepción, a una legua de la margen izquierda y a la vista y a espaldas de los patriotas. A poca distancia el uno de los otros no podían atacarse, a causa de los insuperables obstáculos que presentaba el terreno por las dos orillas. Difícil era, como Sucre lo reconoce, atravesar el río e imposible forzar las posiciones enemigas. Ambos contendores apenas se cruzaron algunos disparos entre sus destacamentos avanzados. Sucre, observa Sebastián Lorente, con sobrado fundamento y acorde con las prudentes instrucciones de Bolívar, si dispuesto a aceptar la batalla apoyado en su fortísima posición, no quiso acometerla y exponerse a un desigual combate. La Serna tampoco se atrevió a atacarlo y, sin ningún resultado, trató de atraerlo a la región baja, para él favorable. Es de advertir, como lo señala el R. P. Rubén Vargas Ugarte, que ambos ejércitos procedieron con suma prudencia y con temor de arriesgar en un combate el éxito de la campaña.

El 24 los realistas levantan su campo y avanzan río arriba hasta cerca del vado de Caruanca, donde hacen alto por dos días. Al saberlo Sucre mueve sus legiones a las alturas inaccesibles de Bombón, donde permanece hasta el 30. Por la noche, temiendo que el enemigo lo flanquease, con la mayor rapidez posible y en orden, atraviesa el Pampas, restablece sus comunicaciones con el Libertador y deja burlado al adversario. Este movimiento lo realizó al saber que por la parte

de arriba del río, en el paso de Uchubamba, lo vadeaba el ejército realista y en la creencia de que en su totalidad lo atacaría por la retaguardia.

La Serna había logrado en parte lo que se proponía, sacar a los republicanos de su formidable campamento de Bombón, pero le fue imposible batirlo al pasar el río, o más allá, como eran sus intenciones. Planeaba una hábil maniobra, consistente en hacer que el jefe republicano desalojase sus inexpugnables posiciones y cruzase el Pampas por creerlo fácil y sin peligro, en razón del movimiento retrógrado que a la vista del ejército patriota emprendió en su totalidad el español, cuya vanguardia pasaría, en sitio conveniente, antes del anochecer, a fin de que los contrarios se enterasen, a la orilla derecha del río, tratando de hacerles creer, con ardiles adecuados, no ser sólo ella la atacante sino la totalidad de las fuerzas.

De ese modo, mientras la vanguardia avanzaba para atacar a los patriotas por la retaguardia por las alturas de Cocharcas, lo que obligaba a éstos a seguir al norte atravesando el Pampas, en busca de recursos, el resto de las tropas realistas, en silencio y de noche, rápidamente retornaría a Concepción y al ser avisado los cargaría por el otro lado del río o al pasarlo. A la mañana siguiente al llegar la vanguardia realista a la vista de Bombón no encontró sino cincuenta jinetes que se habían quedado para inspeccionar los movimientos de Valdés e informar sobre los mismos y que al reconocer a éste pasaron el río y se incorporaron al Ejército Unido.

El Virrey, que se había alejado cinco leguas de Sucre facilitándole así con engaño el cruce del Pampas, no pudo por eso enterarse del movimiento de éste. Nunca sospechó lo hubiera verificado de noche y con tanta presteza, ganando cinco horas. Aunque al enterarse, rápidos los suyos se pusieron a la persecución, no pudieron alcanzar a Sucre, pues, al verse éste con todos sus contingentes al otro lado del Pampas, *marcha al pasitoste, veloz, sin detenerse.*

Al amanecer del 2 de diciembre, a la vista del ejército patriota, que acababa de llegar a Matará, el realista ocupó las alturas de Pomacahuanca. Tan fuertes eran las posiciones de ambos, al decir de Valdés, que no se atrevieron a atacarse.

Sucre, conocedor de que aún no se había incorporado la vanguardia contraria al resto del ejército, por su parte, declara, haber presentado batalla, no obstante su mala posición, pero que la rehusaron los contrarios, yéndose a situar en unas breñas, no sólo inatacables sino inaccesibles. Al otro día, el cuerpo principal del Virrey, *contramarcha media legua* y los independientes de nuevo le presentan batalla, pero aquél continúa su marcha por las inmensas alturas para interceptarles a los otros el camino del norte. Sucre, para quien antes había sido indiferente tener el enemigo a la espalda, ahora como la posición que ocupa, a más de serle desfavorable, carecía de recursos, se vio en el forzoso caso, arrojando grandes riesgos, de seguir la retirada a Tambo Cangallo, para lo cual era preciso cruzar la quebrada de Collpahuaco, peligroso paso de suma estrechez y profundidad, a una legua de distancia, en donde pensaban los otros cortarlo y batirlo, o al menos dispersarlo. Envía Sucre a algunos a practicar un reconocimiento, mas habiendo sido capturados, tuvo, por lo tanto, que seguir a ciegas adelante.

El Ejército Unido, sin dejar de presumir una emboscada, como a las once de la mañana rompe con presteza la marcha para impedir que con la obscuridad de la noche se hiciese más difícil el avance, así como para evitar la llegada del grueso del ejército contrario, el que, previendo las ventajas de un ataque sorpre-

sivo en la propia quebrada dispuso que una parte de la división Valdés, no obstante encontrarse muy fatigada por la ininterrumpida marcha que acababa de efectuar desde el día anterior, cayese sobre el flanco izquierdo de los patriotas.

A tal efecto, una columna ligera de dicha división, veloz y encubiertamente, llega a tiempo a la parte superior de la quebrada, por donde los nuestros debían pasar y en donde la naturaleza del terreno permitía a los realistas ocultarse para en el momento oportuno caerles encima de improviso.

Acorde con lo dispuesto por el jefe expedicionario, con rapidez atraviesan primero la quebrada las divisiones de Córdova y La Mar, que a eso de las cinco de la tarde la habían cruzado. Teniendo a la vista a La Serna en las filas de la altura que éste ocupaba, Córdova, precavido, por lo que pudiese suceder, deja en observación en una loma la Compañía de Cazadores de Bogotá. Apenas esto ocurría, al terminar de pasar la división de La Mar, a la que seguía en la retaguardia la de Lara, cae bruscamente la columna realista sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles, que en un primer momento no pudieron hacer uso de sus fusiles por portarlos sin carga y enfundados. Lo intempestivo del ataque, lo escabroso del camino y el tener que proteger la conducción del bagaje y de las cargas, impedían la formación regular en las filas, que al ser agredidas, en un comienzo se desconcertaron. Mas la señalada compañía que Córdova había dejado apostada a tal evento, contesta enseguida el fuego y la secunda en ello una Compañía de Cazadores de la Legión Peruana, último cuerpo de la división La Mar en salvar la quebrada.

Sucre al ver cortada la división de su reserva, mandó, por medio de un ayudante, al coronel Arturo Sandes, trepar a la loma con el denodado batallón Rifles, y, desplegado en guerrillas, abrir vivo fuego sobre el enemigo. Con el acreditado valor de este cuerpo, como dice Manuel Antonio López, testigo presencial, lo atacó, lo desalojó de las alturas de la loma y lo arrolló al descenso, al lado de la quebrada, mediante un reñido combate. Entretanto, el general Jacinto Lara y, luego, el general Guillermo Miller, vista la dificultad del paso de la caballería por el camino principal, la hicieron desfilar y conducir junto con ella las municiones, por el de más abajo e inmediato, el de Chonta.

En seguida, según apunta don Vicente Lecuna, atravesaron la quebrada los batallones Vencedor y Vargas. Situado éste por el general Lara en una altura desde donde cruzaba, con certera puntería, sus fuegos con el enemigo, bajo su protección terminaron de desfilar la caballería y el parque de las divisiones y pudo efectuarse la retirada de Rifles, y la del mismo Vargas.

Por horas, hasta el oscurecer, cuando se replegaron los cazadores españoles, se luchó en la retaguardia. Este valiente enfrentamiento, inteligentemente concebido como bien ejecutado por los realistas, tenía por fin dividir en dos al ejército independiente y destrozar la división Lara y la caballería o hacerlas replegar, mercedas y en desorden, a Mamara, separándolas de Sucre, al otro lado con las dos mencionadas divisiones, Córdova y La Mar, de manera que no pudiera con éstas auxiliar a aquéllas y al que luego, sin caballos, cañones, ni pertrechos, aniquilarían, lo cual, quizás, se habría conseguido si La Serna hubiese actuado con todas sus fuerzas. Tuvieron ocasión de distinguirse, del lado de las armas realistas, en las que muchos murieron, don Antonio Tur, y del nuestro, el batallón Rifles, para cuyo comandante solicitó Sucre el grado de general, y batallón que en posición

desfavorable, con pérdida de más del tercio de su dotación, resistió el recio empuje de gran parte de los contrarios, así como también el batallón Vargas, que comandado con gallardía por el Teniente Coronel Trinidad Morán, con fuertes pérdidas, cuando Rifles iba a ser arrollado, lo refuerza y secunda. Contribuyó a evitar el desastre el hacer ver a los contrarios que la lucha también se empeñaría por el lado norte y, sobremanera, la experticia, energía y actividad del general Jacinto Lara, que acudiendo a los puntos más comprometidos, a todo atendía y defendiéndose con coraje impidió la dispersión en tan encarnizado batallar.

La tenaz y bien concertada resistencia, la forma como se efectuó la retirada, la destreza y serenidad desplegadas, demostraban una experta dirección y un ánimo indomable dignos de ser tenidos muy presentes y reveladores de lo que pudiera ser un encuentro de mayor magnitud. Ejecutado el movimiento en el instante oportuno y habidas en consideración las circunstancias del caso, a juicio de Sucre, valió al Perú su independencia.

Envalentonados los realistas con el sorpresivo y parcial éxito que el 3 de diciembre de 1824 obtuvieron en Collpahuaco, el que por su inacción ese mismo día no supieron aprovechar, y al que no puede calificarse, como algunos pretenden, de desastre para los patriotas, aún cuando fueron de consideración sus pérdidas, más de trescientos hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, uno de los dos cañones con que contaban, el parque de campaña y abundante número de equipajes, presentes en un futuro han debido tener los españoles el temple y la hábil dirección de los independientes en tal oportunidad.

Tan así es, que a la mañana del siguiente día, reorganizado Sucre y situado en magnífica posición que le permite por lo abrupto del terreno una formidable defensa, el Virrey no se atreve atacarlo de frente, si no dispone que a las ocho Monet, por las alturas de la izquierda, descabece la quebrada de Collpahuaco. Sucre, con altivez, ansioso de combatir, sin oponerle resistencia en el paso principal, abandona sus posiciones y rápido va a situarse en la amplia llanura de Tambocangallo, donde ofrece combate al enemigo, que lo esquivo. Acorde éste con su manera de actuar, prosigue adelante por los enormes cerros a la derecha de los patriotas, lo cual acarrea a los jefes realistas críticas de sus subordinados, hastiados de marchas y contramarchas, en las que eran sumamente diestros. Debido a lo dicho, como por la escasez de provisiones, las tropas del Rey, que luchaban por deber, deseaban cuanto antes entrar en batalla campal, lo mismo que las huestes patriotas, que lo hacían por un ideal.

La misma noche del 4 abandona Sucre el camino real de Huamanga y, ante la urgencia de asegurarse el aprovisionamiento de víveres, al cambiar de ruta para evitar horribles desfiladeros, donde el enemigo, que le hacía una guerra de montañas, trataba siempre de atacarle e impedirle descansar, lo habría destrozado. Sin que éste se enterase, pues ni siquiera podía sospecharlo por lo difícil y arriesgadísimo del movimiento, Sucre atraviesa la quebrada de Acroco, para venir a ocupar el 5 por la tarde Acosvinchos, mientras el ejército realista, a la vista de los independientes, a quienes, siempre trató, además, de sorprenderlos en los pasos difíciles, de cortarles sus líneas de comunicación como la retirada, tomaba posesión de Tambillo.

El 6 el Ejército Unido acampa en Quínua, aldehuela que se proponía ocupar el Virrey, quien, convencido de lo inatacable de esta posición por el frente oeste

que miraba a Huamanga y creyendo que los nuestros continuarían su retirada hacia Huanta, dispuso que las fuerzas se dirigiesen a las alturas de Pacaicasa, después de situar convenientemente su vanguardia de "manera que pudiese cubrirlo cómodamente".

El 7 los españoles acampan entre Quínua y Huamanguilla. Examinado que hubo La Serna con su Estado Mayor el terreno que ocupaban los patriotas y reconocidas las dificultades de atacar por aquel frente, el 8 hace marchar sus tropas a posesionarse de las alturas de Cundurcunca con salida al río Pampas y al camino del Cuzco y punto el más apropiado para ejecutar sus planes, pero, que si le ofrecía ventajas para defenderse, presentaba inconvenientes para emprender el ataque, aunque eran ellos quienes con más facilidad podrían iniciarlo.

Sabido es que a petición del propio Sucre, quien cada vez abrigaba mayor confianza en obtener un buen suceso caso de batirse, y, quien se inclinaba a no pasar más allá de Huamanga y Huainta, por la situación crítica en que se hallaba, ya que el contrario proponíase aniquilarlo haciéndole, como dijimos, una exterminante guerra de montañas, por carta del 26 de noviembre, en atención a las operaciones ejecutadas por los realistas y, sobre todo, a que el Ejército Unido no podría recibir nuevos auxilios, le fue dada la orden de librar una batalla cualquiera que fuesen los resultados. Enviada con el edecán Medina y recibida muy pocos días antes de la acción final, le proporcionó a Sucre enorme satisfacción, pues, si estuvo facultado para obrar como a bien tuviese durante la campaña, él así no lo consideraba, a causa de instrucciones previamente recibidas. Aclarada su libertad para actuar, se le autorizaba sin modificación ni restricción ninguna a hacer lo que mejor le pareciese.

Los independientes, con dos días de reposo, lo que mucho los benefició, sobre todo, a la caballería, visto el anterior movimiento realista, en el mismo terreno que ocupaban cambiaron su frente hacia el naciente, en la parte alta de la meseta al pie del cerro, desde donde su jefe divisaba todo el campo.

Así, pues, el día 8 por la tarde, como en su breve parte lo dice Sucre, quedaron situados los contrarios en las alturas del Cundurcunca a tiro de cañón de nuestras posiciones. Algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde y la artillería cruzó sus fuegos, sin sufrir los nuestros ningún daño. A fin de mantener inquieto al enemigo e impedir que a las sombras nocturnales, sin ser notados, practicasen en masa el trascendental descenso, que por no haberlo ejecutado esa misma noche, constituyó uno de sus más graves errores, Sucre dispuso a algunas secciones de cazadores mantener un fuego vivo sobre los puestos avanzados de los contrarios. Prevenidos los cuerpos patriotas, para que no se alarmasen, a objeto de sembrar el desconcierto, la confusión y el desorden en las filas realistas, haciéndoles creer que se trataba de un ataque general, el intrépido José María Córdova con bandas de música y varios cazadores, con sigilo y en orden, en aquéllas se introduce y a una señal convenida, al unísono, los unos rompen fuego graneado mientras los otros empiezan a tocar, hasta que se les indica el retiro a sus posiciones, cuando todo cesó y los campamentos se sumieron en silencio.

Al concluir así Sucre su hábil retirada por las empinadas cimas de los Andes, entre riscos, gargantas, ríos, cumbres y abismos, con un ejército muy inferior al de su adversario, en la que presente estuvo en todas partes enterándose de cuanto necesitaba saber acerca de los planes y movimientos de aquél, como en

la que casi siempre ocupó posiciones ventajosas para su seguridad y tomó las precauciones necesarias para el éxito final que culminó en el glorioso campo de Ayacucho, "había obtenido la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo", en opinión de Bolívar, quien juzgó la marcha del Ejército Unido desde Cochabamba hasta Huamanga como "operación insigne comparable quizá a la más grande que presenta la historia militar". Por ello, el propio Sucre, con sobrada razón, al terminar el relato de sus brillantes actuaciones pudo escribir al Ministro de la Guerra; "Los españoles no han sabido que admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de ochenta leguas y presentando frecuentes combates".

El táctico va a coronar, ahora, la obra del estratega.

Sucre se sitúa en Ayacucho, meseta estrecha e inclinada, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, con un ancho medio de norte a sur como de setecientos metros y un largo algo mayor de un kilómetro. Ubicada al oriente del poblado de Quínuá, cercana a Huamanga, colinda al oeste con el Cundurcunca, cerro que enhiesto se levanta enfrente de ella. Hondísima quebrada, al norte, y otra, infranqueable, al sur, cortan dicha llanura, a la que, hacia el lado austral, desde el del septentrión, atraviesa como en sus dos terceras partes escabroso barranco que separa en su mayor parte las líneas de los contendientes. La poca extensión de la misma llanura favorecerá los movimientos del no muy numeroso ejército patriota.

En el sitio antes descrito, a pesar del lugar donde se encuentra y de la estación que allí reina en esa época del año, el 9 de diciembre de 1824, amaneció despejado y radiante como si el sol, Inti, dios de los incas, hubiese querido iluminar con todo su esplendor ese glorioso día.

Sucre dispuso sus fuerzas de manera que su ala derecha, la División Córdova, formase ángulo obtuso con su ala izquierda, la División La Mar, colocada al margen de la quebrada que pasa por el lado norte de la meseta. Esta División debía detener el vigoroso ataque que, según se dejaba prever, los contingentes de Valdés, fuerza de choque realista, luego de descender lomas y cruzar quebradas, dando un rodeo, realizarían por el flanco izquierdo para caer a retaguardia de las posiciones patriotas e interponerse así, entre el resto del Ejército Unido y la atacada División La Mar, a fin de aislarla y destruirla. Situó Sucre en el centro los Granaderos de Colombia y los Húsares de Colombia y, más atrás, cubriendo una posible retirada y como reserva, la diezmada División Lara, junto con los Húsares de Junín y los Granaderos de los Andes, fuerzas todas éstas que dentro de su plan jugaban papel de suma importancia, ya que parcial o totalmente dispondría de ellas para llevarlas a los sitios donde fueren necesarios sus auxilios. Enfrentaba la División Córdova todo el espacio al pie de la falda por el extremo de la misma, que por carecer de obstáculos une la meseta con el cerro y era, por tanto, la más accesible para entrar en el campo donde se daría la batalla. Tal espacio pareció suficiente a los realistas para desenvolver su caballería.

El Ejército Unido del Perú, cuyo comandante en jefe era el general de División Antonio José de Sucre, contaba con cinco mil setecientos ochenta combatientes, repartidos entre la caballería y tres divisiones de infantería. De estas úl-

timas, una, compuesta de los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas, la comandaba el bizarro general José María Córdova; otra, que regía el ilustre don José de La Mar, la formaban junto con la Legión Peruana, al mando del coronel argentino José María Plaza, los batallones N° 1, N° 2 y N° 3 del Perú; y la restante, que componían los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, la regía el intrépido general Jacinto Lara. El general Guillermo Miller, que tantos y tan valiosos servicios prestó en la guerra emancipadora, era jefe de la caballería, integrada por los Granaderos y los Húsares de Colombia, los Húsares de Junín y los Granaderos de los Andes, bajo las respectivas órdenes del coronel Lucas Carvajal, coronel José Laurencio Silva, teniente coronel Isidoro Suárez y del comandante Bogado. En ese ejército, aparte de algunos extranjeros amantes de la libertad y de un centenar de argentinos y chilenos, la mayoría eran grancolombianos y el resto, en crecido número, de peruanos, por lo que también podría denominarse "Batalla de las Naciones", a la de Ayacucho.

Después de estudiar detenidamente el campo y de apreciar los elementos y circunstancias, como de concebir las maniobras adecuadas, Sucre, antes de decidirse a dar la batalla, oyó a sus generales y les expuso el plan de combate, el que se cumplió a cabalidad en todo, como había sido previsto.

Ocupaban las huestes del Rey una altura de difícil acceso, que si les ofrecía ventajas para defenderse y desde la cual dominaban las posiciones contrarias, presentaba inconvenientes para el ataque, como el que los caballos sólo podrían bajar de la brida uno a uno y dificultades para el despliegue general y rápido de sus contingentes, casi dobles de los del enemigo, inferior en armas y pertrechos.

Los realistas, en número de nueve mil trescientos diez, en uniforme de gran parada y comandados por el propio Virrey, quien tenía como Jefe de Estado Mayor al Teniente General don José de Canterac y como Sub-jefe al Mariscal de Campo don José Carratalá, se hallaban así distribuidos: la tercera División, bajo las órdenes del austero Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés, militar que tanto se había distinguido en las guerras del Perú, y compuesta de cuatro batallones, dos escuadrones y una batería de cuatro piezas, constituía el ala derecha; ocupaba el centro la primera División, a cargo del Mariscal de Campo don Juan Antonio Monet; y la segunda, regida por el Mariscal de Campo don Alejandro González Villalobos, constituía, a su vez, el ala izquierda. Las dos últimas, con cinco batallones cada una, y que formaban sus líneas sobre el cerro serían las que se debían enfrentar por la hondonada y llano norte-sur. Comandante general de la caballería, situada a retaguardia de la última de las nombradas divisiones e integrada por dos brigadas a las respectivas órdenes de don Andrés García Gamba y don Ramón Suárez de Bedoya, lo era el brigadier don Valentín Ferraz. Le tocó mandar la artillería, que contaba con más de una docena de buenas piezas bien servidas, al brigadier don Fernando Cacho así como al también brigadier don Miguel Atero, el cuerpo de ingenieros.

Consistía el plan de los realistas en que una vez hubiese entrado Valdés en el campo de batalla y atacase, Villalobos y Monet bajarían de la altura. Apoyado por una batería, el primero de éstos, para secundar el anterior movimiento, cargaría por la derecha al enemigo, cogido de esta manera por sus extremos entre dos fuegos. A su vez, Monet se lanzaría sobre el centro. Así, el combate en toda la línea quedaba empeñado.

Ambos contendores desde las primeras horas de la mañana se dedican a ocupar sus respectivas posiciones. Los realistas, que dan por suyo el triunfo, son los primeros en ponerse en movimiento y comienzan a descender de sus alturas. Inicia Valdés el avance, por ser más largo y difícil el trayecto que le tocaba recorrer. Entre tanto, hacían incesante fuego la artillería y los cazadores. Por el lado opuesto, donde marciales sonos incitan a la lid, Sucre, al trote de su caballo, revisaba los diversos cuerpos. A objeto de emularlos, arenga uno a uno a casi todos, recordándoles sus combates, sus glorias y la patria. Luego, desde un punto céntrico, con toda la energía de su alma, y lleno de entusiasmo, lanza su famosa proclama: “¡Soldados! de los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur. Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia;” con razón equiparada a la inmortal que Nelson pronunció en Trafalgar.

El momento supremo ya se acerca. El bando contrario al nuestro se aproxima. A tiempo que por el norte, apoyado por las fuerzas de artillería y caballería que lo acompañan, con rapidez, Valdés, a quien primero oponen tenaz y valiente resistencia los ágiles montoneros, atacaba con ímpetu a La Mar y arroja hacia el llano compañías instaladas en los ranchos existentes al otro lado de la quebrada de la izquierda, como obligaba a replegarse a algunas secciones de los patriotas por allí avanzadas, a eso de las diez de la mañana, el coronel Rubín de Celis, a la cabeza del primer batallón del Primer Regimiento del Cuzco, baja la cuesta a fin de apoyar el emplazamiento en el espacio libre de la falda del cerro de una batería de cinco piezas.

Sucre de inmediato dispone que sus tiradores fueren tal posición. Canterac envía entonces rápidamente en auxilio de los suyos el escuadrón San Carlos, el cual, a poco, en violento choque quedó más que diezmado. No obstante, logran los españoles cubrir sus posiciones, como empezar a montar sus piezas aún en medio de la pelea. El combate se inicia. Acto continuo, el impetuoso Rubín de Celis, que so pretexto de órdenes superiores y que, al decir de Torrente, según las instrucciones que se le habían comunicado debía tan sólo llamar la atención a la derecha de los contrarios, se lanza imprudentemente a la llanura. Anticipase así la izquierda realista al momento de atacar, ya que, como se sabe, La Serna había ordenado a Villalobos, al igual que a Monet, no acometer a fondo antes que Valdés no hubiese flanqueado al enemigo.

Valiente y arrojado, Rubín de Celis acomete con ardor, hasta caer sin vida, la división Córdova, la que envolviéndole con dos de sus batallones, lo bate y deshecho pone en total dispersión, sin que le valieran la ayuda del Segundo Imperial, ni la del resto del indómito San Carlos, rechazado por dos escuadrones de los Húsares de Colombia. Con este anticipado movimiento que dejó el suelo cubierto de cadáveres y heridos, Sucre se ve notablemente favorecido en sus planes, los cuales consistían, en vista de lo propicio que para él era el terreno, por lo accidentado, en no dejar entrar en conjunto en la sabana a los contrarios y, sin que lograran desplegarse, atacarlos a fondo de modo de batirlos por grupos separados, para poder así equiparar sus fuerzas a las muy superiores de ellos, a quienes de esta manera, como con sus acertadas y oportunas órdenes y la intrepidez de sus soldados, derrotaría, en breve, completa y definitivamente.

Impávido y resuelto, seguro de sí mismo, alerta, sometido a cerrado fuego, que imparable resiste, de los cazadores como de los cañones del contendor y a los

cuales responde con el único de campaña de que dispone, gobernado por el comandante La Fuente y ubicado entre su caballería y la división Córdova, teniéndose “admirablemente inmovil”, atento a los movimientos de ambos contendientes, Sucre, a la defensiva, en espera de ocasión favorable para desencadenar oportunamente un contraataque decisivo, observa que Monet, quien se hallaba al borde del barranco de su frente en magnífica posición, en vez de esperar que la vanguardia dirigida por Valdés completase su movimiento, que el grueso de la caballería realista terminase de bajar y formase en la llanura y las piezas de artillería por descargarse de las mulas se situasen en los puntos convenidos, a objeto de sostener su batallón Guías, que había diseminado en guerrillas, y, sobre todo, creyendo reparar el descalabro que acababan de sufrir sus compañeros a la izquierda, antes del tiempo que se le había prescrito, atravesando la hondonada, por ahí poco profunda, introduce dos de sus batallones, Infante y Burgos, en la pampa, donde se forman en columnas y amenazan cortar por el centro la línea patriota.

El jefe republicano con penetrante y asombrosa intuición, como auténtico militar, calculando que de inmediato no podían oponérsele fuerzas superiores a las que él disponía a mano, entiende ser éste el instante preciso y el punto adecuado que deciden la batalla, la oportunidad de asestar el golpe certero, y aun cuando vea demasiado comprometida su ala izquierda, a tiempo reforzada por el batallón Vencedor, sin vacilar, en un instante de feliz inspiración, súbito ordena a Córdova que, sin darles tiempo de avanzar a los dos batallones de Monet, ni a los restantes del mismo de introducirse en la meseta, los ataque con cuatro de sus batallones. Logrado con esta operación un buen éxito, fácil le sería rendir a los demás cuerpos que alcancen entrar a combatir, como después en conjunto atacar a Valdés y liquidarlo.

El joven y apuesto paladín, rápido capta lo grave de la situación, como lo magno y difícil de su empeño y, al rompe, decidido y pujante, avanza a la cabeza de los suyos, enardecidos al par que arrebatados por aquel formidable grito, voz de mando única en los anales de la historia militar “¡Batallones!... ¡de frente!... ¡armas a discreción!... ¡paso de vencedores!” Bajo nutrido fuego, impertérrito, sin disparar un tiro, protegido por la caballería de Miller, marcha en perfecta formación hasta encontrarse a cien pasos de las columnas enemigas, siendo entonces cuando descarga sus armas para, en seguida, con denuedo, cargarlas a la bayoneta, sin darles tiempo para replegarse. El combate se traba por este sector y se hace general. Por todas partes la brega se acrecienta y se muestra implacable y por momentos, indecisa. Las tropas del pundonoroso Monet oponen con valor tenaz resistencia, mas nada ni nadie, ni el propio arrojo de este jefe que aún herido continúa batiéndose con ardor junto a sus conmlitones por infundirles ánimo y únicamente se retira al verlos aniquilados, logran contener a los nuestros.

Fue tal el ímpetu de su bravura y de su acometida, que destrozan y arrojan al zanjón, a culatazo limpio y a bayonetazos los batallones de Monet que habían penetrado en la sabana, y que, disminuidos y dispersos, al retroceder, arrastran a los otros dos batallones, Victoria y Segundo del Primer Regimiento, que todavía sin luchar permanecían en la falda y que tampoco pudieron resistir el impacto de la división Córdova. La sangre corre a torrentes. La matanza es horrenda.

Viendo lo muy comprometido que se hallaba Monet, presagio del desastre final, con prontitud y orden, rápido bajan en su auxilio varios escuadrones de los

Granaderos de la Unión y de los Granaderos de la Guardia. Acribillados a balazos, por el batallón Pichincha, los cargan de flanco y por el frente los Granaderos y los Húsares de Colombia. Una vez más los adversarios experimentan la indomable pujanza de nuestros llaneros invencibles, que a lanzazos los destrozan en vivo y sangriento encuentro que deja tendido en ese campo de muerte a la mayoría de los jinetes realistas. Los sobrevivientes se retiran precipitadamente e impedido queda también el descenso del resto de la mencionada caballería. Silva, con tres heridas de lanza en el pecho, y Carvajal, ese día allí se engrandecieron, ejecutando prodigios de valor. En tanto, el batallón Caracas, con ardor y a costa de valiosas pérdidas, ataca una batería contraria que abundantes estragos producía en nuestras filas, a cuyo poder pasa y es utilizada entonces contra sus dueños anteriores.

Entretanto, por el lado izquierdo patriota, como vimos, la lucha desde el comienzo presentaba un carácter bastante diferente.

Auxiliada, primero, por el batallón Vencedor, la división La Mar, de las tres nuestras la menos numerosa y aunque aguerrida la menos veterana y que ocupaba la parte más vulnerable del campo patriota, no obstante este refuerzo y la serena impavidez que opone, vese precisada a replegarse, aunque en orden, ante el ímpetu arrollador de las fuerzas muy superiores de Valdés, quien se coloca a la retaguardia de Sucre. Tan heroica y tenaz resistencia contribuyó de manera primordial al buen éxito final, al permitir que pudiera actuarse en la forma como se hizo por el lado opuesto y por el centro, pues, al ser allí los contrarios arrollados, se aseguraba el triunfo definitivo. De haber flaqueado La Mar, posiblemente, hubieran acudido las tropas de Valdés a reforzar los otros sectores, ya que apenas éste se da cuenta de la antelación de las maniobras por el lado contrapuesto, previendo lo que sucedería, es decir, que el centro y el lado izquierdo realista soportarían el peso del ejército patriota, el que una vez vencedor, se volcaría contra él y lo anodaría, tal como sucedió; audaz y resuelto, con premura y combatividad, trata de aniquilar a La Mar a fin de acudir lo antes posible en ayuda de sus compañeros y llegar a tiempo cuando ellos aún se mantuviesen y ver si de todas maneras se podía ejecutar algo parecido al plan original de la batalla. De haberse realizado sus deseos, el triunfo patriota se hubiese dificultado como retardado, y, tal vez, hasta diferente hubiese sido el resultado de la acción.

La Serna y Canterac, este último por orden del anterior, a la cabeza de la reserva, compuesta de los dos batallones de Gerona y del de Fernando VII, situada en la última línea de la cuesta, en vano se esfuerzan, como Carratalá y Villalobos, en contener a los fugitivos y desbandados, favorecer su reunión y restablecer el orden en los cuerpos, para tratar de impedir la derrota.

Y mientras Lara, a fin de asegurar el suceso, infundiendo pavor, ataca a quienes todavía presentan resistencia, Córdova, que había llegado al pie del Cundurcunca, continúa el avance victorioso por la escabrosa cumbre y avasalla a cuanto se le opone.

El propio Virrey, peleando en el frente como un simple oficial, al cargar y destruir los patriotas los famosos alabarderos de su guardia, es herido y cae, luego, prisionero. Actitud y hecho que tanto le honran. Asume, entonces, el mando supremo Canterac e inútilmente se empeña en alentar a quienes le siguen. De inmediato, los nuestros baten y ponen en fuga a la reserva.

Las columnas de Córdova, que habían decidido la batalla, por lo muy fatigadas a causa del inmenso ajetreo, reciben órdenes de retirarse y descansar. De continuar la persecución, que duró toda la tarde, se les imparten a Lara y a La Mar. Cortado el enemigo en diversas direcciones va cayendo en poder del vencedor, lo mismo que su material bélico.

Obtenido el éxito en los señalados frentes, pudo volverse Sucre hacia Valdés a objeto de contener su avance. Contra dos batallones en masa de este último que se interponían entre La Mar y Córdova destacó por delante de dichos cuerpos al batallón Vargas y por los flancos a los famosos Húsares de Junín y el regimiento Granaderos de los Andes, que los disuelven. La Legión Peruana, los batallones N° 1, N° 2 y N° 3 del Perú y Vencedor marchan audazmente sobre tropas de la derecha enemiga que, ante el empuje patriota, habían repasado la quebrada y en un desesperado esfuerzo intentan sostenerse, “pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda, y precipitadas a la carga, la derrota fue completa y absoluta”. Rendidas y desbandadas en su mayoría las huestes de Valdés, entregado éste “a todos los excesos del dolor y de la desesperación”, resuelto a no sobrevivir a la catástrofe, cuyas consecuencias aprecia en toda su magnitud, vese obligado por sus oficiales y soldados, que lo idolatran, a retirarse a lo alto del cerro, donde encuentra reunidos a Canterac, Monet, Carratalá, Villalobos, García Gamba y otros oficiales, quienes ante la gravedad de la situación deliberan acerca de la actitud que se debía adoptar.

Con los escasos contingentes que conservan, optan por organizar una retirada hacia el Cuzco, la cual, aunque prevista de antemano, era por demás aventurada y de difícil ejecución. Ya decidida, aún teniendo que reconocer a Olañeta, al otro lado del Desaguadero, como Jefe, por ser el único entre los realistas con fuerzas de consideración, de quien desconfiaban y a quien temían, por haberlo combatido, más que a los mismos independientes, fue imposible realizarla, por negarse los soldados a obedecer, matando a uno de los jefes y amenazando de muerte a otro. Visto lo cual se deciden todos a capitular, menos el coronel Diego Pacheco, quien expresó “yo no me rindo a nadie” y solo se internó por los páramos hasta llegar medio desnudo y hambriento a Puno.

Adoptada la anterior resolución, a objeto de tratar con el Jefe del Ejército Unido, comisionan a Canterac, quien para dirigirse a la tienda de aquél en solicitud de una capitulación, con bandera blanca de parlamentario, parte en busca del general La Mar, su antiguo compañero de armas, el que le conduce a la presencia del vencedor. Recibido por éste con toda deferencia y cortesía, Canterac, junto con Carratalá, entabla negociaciones con Sucre, quien, aunque dada la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional y absoluta, noble y magnánimo, realza el esplendor de su triunfo, completo y decisivo, concediendo a los ínclitos vencedores de catorce años, que con tanto lustre y valentía defendieron los intereses a ellos encomendados, sin cometer, con raras excepciones, las monstruosas tropelías y enormes atrocidades como las perpetradas por otros en Nueva Granada y, sobre todo, en Venezuela, capitulación que no pudo ser más amplia y generosa, honrosísima cual pocas en la historia, propia de la hidalguía y grandeza de alma del negociador en 1820 del ejemplar tratado regularizador de la guerra y que tanto lo enaltece, la cual en lo general aceptan esa misma noche, fría, triste y muy lluviosa, en la que el viento soplaba intensamente, Valdés y

demás jefes que ateridos y apesauridos en espera acampaban en la inhóspita cumbre del Cundurcunca.

Por esa capitulación, suscrita por Sucre y Canterac, puede decirse que no hubo derrotados. ¡Gloria a los vencedores!.. ¡Honor a los vencidos!

Todo estaba perdido, el iris tricolor, creación del ínclito Miranda, flamante ondea en la empinada cima. Los bélicos clarines anuncian la victoria final. Ahora el Perú sí era realmente libre. Ha terminado el imperio español en América. El sol se había puesto en sus dominios.

Ganada esta reñida acción, culmina la asombrosa campaña sin igual en los fastos de la guerra de independencia en la América Hispana.

“La historia militar registra centenares de batallas más espectaculares que la de Ayacucho, no sólo por las masas de los combatientes y el escenario que fue su teatro, sino también por las geniales concepciones estratégicas y tácticas que las decidieron; no registra otra en que un general colocado en condiciones difícilísimas haya sacado más partido al terreno que ocupaba y a la intuición de las reacciones psicológicas que provocan los incidentes y alternativas del curso de un combate”.⁴

Por el convenio, ajustado en el mismo campo de batalla y cuyas piadosas cláusulas conceden a los vencidos el más decoroso tratamiento y las condiciones más favorables, el Perú quedaba independiente desde Guayaquil hasta el Desaguadero y pasaban a manos de los patriotas los parques, maestranza y todos los restos del ejército español con los elementos militares existentes, todas las guarniciones obligándose los realistas a entregar la plaza del Callao con sus existencias y los territorios donde dominaban en el Alto y Bajo Perú. Si innumerables fueron las ventajas también lo fueron los inmensos trofeos conquistados. En poder del Ejército Unido se hallaban el Virrey, el teniente general Canterac, cuatro mariscales de campo, diez generales de brigada, dieciséis coroneles, sesenta y ocho teniente coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de dos mil prisioneros, considerable cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos poseían.

De esta batalla en la que los realistas, aparte de su expresada superioridad, en otros aspectos contaban en su favor con la fama de los éxitos anteriores a Junín, como con el prestigio de esforzados e inteligentes jefes, contendores algunos de Napoleón, que en ella desplegaron cuanta energía, actividad y coraje caben en militares esforzados y pundonorosos y en la que todo lo perdieron, “no por falta de decisión y celo por la causa que se defendía, y sí por exceso de ardor, de confianza y de arrojo”, hablan en forma elocuente e irrefutable de lo serio y reñido de la misma; ateniéndonos únicamente en lo que a ellos respecta, mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos, es decir, más de la cuarta parte de sus efectivos, “testimonio irrecusable del valor con que se batieron y de la tenacidad de su resistencia”.

La Madre Patria, en la que ocuparon años después de Ayacucho cargos de importancia varios de los defensores de ella en la tierra de los incas, debería hacer cabal reconocimiento a aquél ejército, digno de galardón, que en el Perú, sin

4 Encina, Francisco A.: *Bolívar*. Pág. 475. Santiago, 1954.

recibir auxilios suficientes, desplegando actividad, abnegación y valor, con dignidad, mantuvo el glorioso pabellón púrpura y oro, que siempre en todas partes sostuvieron en alto los aguerridos tercios españoles.

Basado en la justicia y la victoria y, por lo mismo, considerando que el gobierno de la Gran Colombia, no obstante la ley de 28 de julio de 1824, ratificaría sus actos, con personalidad, Sucre ascendió, en el mismo campo de batalla, a generales de división a Córdova y a Lara y concedió, por bien ganados, otros merecidos ascensos.

Allí se obtuvo, como declara O'Leary, lo que durante catorce años no habían logrado ni las tentativas aisladas de los patriotas del Perú, ni los esfuerzos combinados de éstos, Chile y el Río de la Plata. De allí que asiente el destacado historiador R. P. Rubén Vargas Ugarte "La convocatoria al Congreso de 1822 y la jura de la primera Constitución, en diciembre de dicho año, fue un primer paso hacia la efectiva emancipación; pero todavía el Perú distaba mucho de ser un país libre. Buena parte de su territorio lo ocupaba el enemigo".⁵ Hay que tener también muy presente, lo poderoso que eran las fuerzas del mismo y la situación crítica y precaria en esa época y en la inmediata de los patriotas. Pero mucho peor que entonces, dadas las gravísimas circunstancias de diverso género, surgidas con posterioridad, era la caótica por la que atravesaba el Perú cuando solicitó los auxilios de Bolívar y, reiteradamente, por diferentes órganos, como único medio de salvación, le suplicó que se trasladase a su suelo a dirigir la guerra. Agravadas para el momento de su arribo a Lima, el primero de setiembre de 1823, y al encargarse del mando, lo son aún mucho más, después de la desastrosa sedición del Callao y de tener él por decreto del Congreso, el primero de febrero del año siguiente, que asumir de lleno la dictadura, en ese momento de todo punto indispensable. Tal era la anarquía allí reinante en ese tiempo que con toda propiedad, con muy clara visión y realismo, la persona más calificada por sus antecedentes, el Protector del Perú, el egregio don José de San Martín, pudo exclamar: "Dios proteja al Perú. Yo creo que todo el poder del Ser Supremo no es suficiente a libertar ese desgraciado país: sólo Bolívar, apoyado en la fuerza, puede hacerlo".⁶

Ningún otro hombre que no hubiese sido tan extraordinario, poseedor de tan excepcionales dotes, un genio como él, único en la acción cuanto grandioso en el pensamiento y la palabra, hubiera podido triunfar en medio de tantas y tan ingentes vicisitudes. Otro, por muchos elevados atributos y eximios méritos que poseyera, por más militar que fuera, en circunstancias menos críticas, tal vez, no habría salido avante. Bolívar, el hombre de las dificultades, como a sí mismo se calificó, para quien no había imposibles, como siempre, todo lo supera, todo lo vence y a todos se impone.

Es en el Perú, por su categoría, riqueza, posición, antecedentes y condiciones, centro el más importante donde le tocó actuar, donde Bolívar en la plenitud de sus facultades, donde por obra del tiempo y la experiencia, su carácter adquiere completa madurez, que hasta cierta impetuosidad en que a veces incurría, se morigeró, cual se nota en la prudente y previsiva manera de pensar acerca de como

5 Rubén Vargas Ugarte. *Historia General del Perú*. Tomo VII. Página 29.

6 Cita tomada de *Bolívar* por Salvador de Madariaga. Tomo II, página 236. Ed. Heremes. México, 1953.

se debía proceder durante la campaña final, y, donde por circunstancias de diferente género, despliega toda la actividad, energía, talento y cuantas demás dotes le caracterizaban, su figura alcanza el máximo esplendor.

Si en un comienzo, determinados jefes como el mariscal de campo don Pío Tristán, en Arequipa, aclamado Virrey por una asamblea en el Cuzco, y el mariscal de campo don Antonio María Álvarez, en el mismo Cuzco, no quisieron someterse a la capitulación, en que salían favorecidos con toda clase de consideraciones y garantías y a la cual el mismo Sucre calificó "el más brillante resultado de la victoria", pronto, convencidos de que toda resistencia era inútil, mal de su grado, se acogieron a ella, por donde resultó casi innecesaria la expedición que a esas localidades, como a Puno, a raíz de la batalla, Gamarra, primero, y Sucre, después, emprendieron a fin de reducirlas. Unica excepción, de todos sabido, fue la plaza del Callao, cuyo jefe el brigadier José Ramón Rodil, no se plegó a las capitulaciones y mantuvo heroica resistencia hasta enero de 1826. No obstante la presencia de Olañeta con su ejército, la libertad del Alto Perú no tardaría, como en breve aconteció.

La buena nueva de la victoria fue recibida en el Perú con beneplácito, siendo en particular mayor el júbilo en Lima, no sólo por las ventajas que en varios órdenes reportaba, ante todo el inestimable de la tan deseada paz y, como consecuencia de la misma, la seguridad y tranquilidad, que permitían de nuevo una vida normal, sin zozobras ni peligros, y la reanudación de diversas actividades generadoras de bienestar, si no, además, por la presencia en ella de Bolívar, cuyo manifiesto entusiasmo, al ver, antes del tiempo que había prometido, realizada su obra, llena de toda clase de obstáculos, de sacrificios y de heroísmo, se hizo comunicativo a casi todos, pues, grande era en aquellos días la simpatía que la población en esa ciudad le profesaba por haber actuado en forma muy diferente al brigadier realista Mateo Ramírez, repudiado por su arbitraria, vesánica, ominosa y funesta actuación, al reemplazarlo en el gobierno de la capital.

Bolívar recibió tardíamente la noticia del suceso, el que calificó, como era en realidad, "la cumbre de la gloria americana y la obra del general Sucre". Nada mezquino, cuanto menos con su lugarteniente preferido, por quien sentía especial devoción; a quien profesaba entrañable afecto y, con sobrada razón, admiraba y apreciaba en el más alto grado. Jamás le escatimó los mayores elogios, llegando hasta escribir, ajustada en todo a la verdad, en su admirable lenguaje, en vida del propio Sucre, una magnífica síntesis biográfica del mismo. Tanto era así, que al enterarse del vil asesinato del Abel de Colombia, transido de dolor, con sincera elación, exhaltó con cabal exactitud, las excelsas virtudes del más puro de los próceres de la independencia, en esta sublime frase:

"Como soldado fuiste la victoria; como magistrado, la justicia; como ciudadano, el patriotismo; como vencedor, la clemencia; y como amigo, la lealtad".

Por eso, lleno de inmensa satisfacción, a ninguno escatimó galardones y tributó al vencedor toda clase de reconocimientos como el título de gran mariscal con el sobrenombre de general Libertador del Perú, lo que tanto lo enaltece. Eufórico, expidió el 25 de diciembre dos inolvidables proclamas. Destinada una, al Ejército Unido, está en parte concebida en los siguientes términos: "Soldados:

Habéis dado libertad a la América Meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria, ¿dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

Soldados! Colombia os debe la gloria que nuevamente le dáis: el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas”.

Dirigida, la segunda, a los peruanos, entre otros conceptos, manifiesta: “Peruanos:

El ejército Libertador a las órdenes del intrépido y experto general Sucre ha terminado la guerra del Perú, y aun la del Continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice, de completar en este año la libertad del Perú.

Peruanos!

La paz ha sucedido a la guerra: la unión a la discordia, y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo”.

Dos días después, el 27 de diciembre, dicta un decreto rindiendo noble testimonio de gratitud y concediendo honores al Ejército Unido y en cuyos dos primeros considerandos se declara:

- 1º Que el Ejército Unido Libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la libertad al Perú;
- 2º Que esta gloriosa batalla se debe, exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre y demás generales, jefes, oficiales y tropas.

Mas no sólo en Perú tuvo resonancia el triunfo de Ayacucho. Sumidas en la ruina y la desolación, a causa de la espantosa guerra a muerte, Cumaná y Caracas, y esta última, asolada todavía, además, a consecuencia del horrible terremoto de 1812, aun cuando la celebraron con entusiasmo, no pudieron efectuarlo de modo magnificante conforme a sus deseos y cual les correspondía. Buenos Aires lo festejó de esplendorosísima manera. En la Gran Colombia, sobreponiéndose el sentimiento y el orgullo patrios a las diferencias políticas, todo fue satisfacción y contento. El Congreso decretó dignas recompensas a los vencedores en Junín y Ayacucho y regocijos públicos en las provincias. El 6 de enero de 1825, el general Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de la Gran Colombia, encargado del Poder Ejecutivo, escribía al Libertador, oficialmente: “si la batalla de Ayacucho es un nuevo monumento del valor del Ejército Unido y de la celeridad del jefe que lo condujo a la victoria, la libertad del Perú al través de tantos y tan grandes obstáculos, ha traspasado los límites que la gloria habría prescrito a un mortal. V. E. en el teatro de operaciones que le ha presentado el Perú, ha decidido importantes problemas para la felicidad del género humano; la independencia de Colombia está enteramente afirmada, una sección considerable del Nuevo Mundo ha dejado de pertenecer al gobierno de Madrid; el más poderoso ejército español rindió sus armas catorce años victoriosas; ha sancionado irrevocablemente la suerte de América”. Y en carta particular: “¡Qué grande es el suceso de Aya-

cucho! ¡Qué inmenso el servicio que Ud. ha hecho a la América entera! Ningún mortal ha llegado al término de la gloria de Ud., y no es exageración afirmar que Ud. ha traspasado las barreras que la gloria había fijado a los hombres. Dichosa Colombia que ha producido un ejército de heroes y el jefe de ellos, más; dichosos nosotros en haber sido testigos de las inmensas glorias de Ud”.

Puede decirse que todas las antes llamadas colonias españolas, dada la común compenetración ideológica y la reciente transformación política, simultánea y semejante de ellas, como por la similitud de orígenes, población, costumbres, estructura social, lengua, religión, cultura, y forma de gobierno, en vista de lo cual puede sostenerse constituían una sola nación, fue general el contentamiento por la consolidación de su libertad.

Reinstalada en Lima el diez de febrero de 1825, al año justo de la investidura del poder omnímodo, la representación nacional, integrada por prestantes figuras en la independencia peruana, en actos que tanto la honran como al pueblo que representaba, atendiendo a cuanto debía esa República al Libertador en la gran obra de su total emancipación “sancionó dos votos de acción de gracias, uno a Bolívar declarándolo *Padre y Salvador del Perú* y otro al Ejército Unido Libertador”. Dos días después, en reconocimiento a los eminentes servicios prestados por El Libertador, sus colaboradores y los auxiliares extranjeros, les acordó extraordinarios honores y recompensas. Y considerando que el Perú debe al Libertador Simón Bolívar con su invencible ejército la existencia política que hoy goza, y la feliz cesación de las grandes calamidades de la guerra vino en decretar: acuñar una medalla en honor de Bolívar que lleve por el anverso su busto con este mote: *A su Libertador Simón Bolívar*; y por el reverso las armas de la República con este otro: *El Perú restaurado en Ayacucho año de 1824*; erigir en la plaza de la Constitución, entonces la principal de Lima, un monumento, levantado en 1859, con la estatua ecuestre del Libertador, que perpetúe la memoria de los heroicos hechos con que ha dado la paz y la libertad al Perú; fijar en la plaza mayor en las capitales de los Departamentos una placa con una inscripción de gratitud al Libertador por haber salvado la República y en las casas de las Municipalidades colocar con todo el decoro posible su retrato; reconocer en adelante al general Antonio José de Sucre con el dictado de gran mariscal de Ayacucho; declarar peruanos por nacimiento a todos los individuos que hubieran servido en la campaña del Perú, desde el 6 de febrero de 1824 hasta el día de la victoria de Ayacucho; denominar *Libertador* al Ejército Unido; poner a disposición de Bolívar, quien había de disfrutar en todo tiempo los honores de Presidente de la República, dos millones de pesos: uno para que lo distribuyese a discreción entre los generales, jefes, oficiales y tropas del ejército Libertador y otro para el propio Bolívar como una pequeña demostración del reconocimiento público. Espléndido regalo que él, modelo de desprendimiento, no obstante las reiteraciones, jamás quiso aceptar y que de inmediato rehusó en carta en que declara al Congreso estimar más toda la gloria que le ha dado librando el destino de la patria en sus manos y en la que agrega: No es mi ánimo desdeñar los rasgos de bondad para conmigo. Jamás he querido aceptar de mi patria misma ninguna recompensa de este género. Así sería una inconveniencia monstruosa, si ahora yo recibiese de las manos del Perú lo mismo que había rehusado a mi patria.

El Congreso Constituyente del Perú decretó también, en testimonio de su

alto reconocimiento, un voto de gracias a la Gran Colombia por los eminentes servicios que le había prestado, sin los cuales habría sucumbido, sin duda, al poder español. Asimismo decretó otro voto de acción de gracias al Senado y a la Cámara de Representantes de la Gran Colombia por los poderosos auxilios con que contribuyó esa república a la libertad del Perú y por haber tenido la generosidad de permitir que el Libertador viniese a encargarse de la salvación de su aliada y confederada la del Perú.

Otras consecuencias de naturaleza diferente originó la jornada de Ayacucho. En el orden internacional rige una nueva noción, inspirada en auténtico espíritu de justicia y humanidad, que fuera del restablecimiento de los legítimos derechos, el triunfo, fruto muchas veces de la superioridad de la fuerza, no concede ventajas. Gobiernos de potencias europeas, unos, aun cuando decididos a reconocer a las nuevas repúblicas, pero que recelosos, diplomáticamente, esperaban el momento oportuno, y otros, hasta entonces reacios a ello, vistas las ventajas, particularmente económicas y mercantiles, que les reportaba, abiertos nuestros países al comercio exterior, ya no dudaron en efectuarlo. Ingresaban a la vida soberana y a la comunidad internacional, con espíritu generoso, noble, amplio y comprensivo, un conjunto de estados, que, por varias razones conocidas, cada día más, al ir alcanzando un mayor desarrollo y adquiriendo la importancia a que están llamados, grande influencia han de tener en el desenvolvimiento y en las decisiones del consorcio de las naciones. Sobrada razón tenía Bolívar al anunciar que "la libertad del Nuevo Mundo era la esperanza del universo".

Por todos admirado, aún por sus propios enemigos, por lo extraordinario de su genio, excepcionales dotes y aptitudes, heroicas e insólitas proezas y la grandiosidad de su obra, el Libertador, que por decreto de 14 de febrero de 1825 había delegado para los Departamentos del Norte el mando político y militar en un Consejo de Gobierno, para atender los asuntos de las regiones sureñas, que reclamaban su presencia y los beneficios que los otros habían recibido, así como para atender a los ingentes problemas surgidos por las cuatro provincias que formaban el Alto Perú, ya totalmente libres, el 10 de abril por el camino de la costa, que no conocía, rumbo a Quilca, pasando por Ica, parte hacia el Sur. Visita Arequipa, Cuzco, donde admiró los soberbios monumentos incaicos; Puno, del que no salió sin dejar de conocer el lago y la isla de Titicaca, cuna de Manco-Capac, el fundador del imperio de los incas; La Paz, Potosí y Chuquisaca. Tocó luego en Tacna y se embarcó en Arica para estar de regreso en Chorrillos el 7 de febrero 1826.

El recorrido fue una espléndida ovación, verdadera apoteosis por lo fervoroso de las acogidas, la suntuosidad de las recepciones y homenajes que se le tributaron, así como por la esplendidez de los fastuosos presentes que se le obsequiaron, de los que casi ninguno conservó para sí y los encomiásticos elogios y alabanzas que se le rindieron, entre los cuales no puede dejar de recordarse la inmortal y conocida arenga que en Pucará le dirigió don José Domingo Choquehuanca.

En esta gira triunfal, en que los pueblos espontáneamente, con devoción y alegría únicas, rayanas en delirio, todo lo consideraban poco para manifestar su amor y gratitud hacia Bolívar por cuanto había hecho por ellos y por cuanto había realizado; en que las ciudades competían a cual más en la magnificencia

con que lo recibían y el tributo de veneración que le demostraban; en ese recorrido en que por todas partes, entre aplausos y vítores es aclamado por las agridedicadas multitudes, estando junto con Sucre en Chuquisaca, como una muestra más de reconocimiento a ambos, la Municipalidad de Lima les envía sendas riquísimas espadas de oro y brillantes. El día de San Simón, su onomástico, le es entregada la suya a Bolívar, obra del afamado artífice indígena Chungopona y en cuya empuñadura, donde están grabadas sus iniciales S. B., se lee: "El Perú a su Libertador", como en verdad y en justicia, sus contemporáneos, como nadie, los más calificados, con entusiasmo reconocían y proclamaban, ya que de no ser así, no hubieran tenido lugar las gloriosas acciones de Junín y Ayacucho.

En su múltiple, asombrosa e incansable actividad, no olvida, ante todo, Bolívar en las localidades por donde pasa dictar las medidas necesarias y convenientes para la buena marcha y mejoramiento de la administración pública regional y las que requerían la recuperación y desarrollo de la economía, la mejora y reforma de la enseñanza, el resurgimiento de las poblaciones que habían sufrido estragos en la guerra, un cúmulo de sabias y protectoras disposiciones en beneficio de los indígenas y muchas otras más en pro del bien común, a fin de remediar los males más urgentes y corregir abusos. Nada menos que el digno patriota don Francisco Javier Luna Pizarro, su adversario aunque admirador, con toda honradez le escribe desde Arequipa:

"Permítame V. E. repetir que al instruirme y ver de cerca en mi país las medidas de V. E. para establecer el orden, al tocar con la mano las sublimes virtudes que adornan a V. E., el más puro gozo ha inundado mi alma; desaparecieron hasta los menores vestigios de recelo o desconfianza, inseparables de todo fiero republicano a la vista de un gran capitán cuya gloria se teme pueda eclipsar la libertad civil; y no ceso de bendecir al supremo árbitro de los estados, por el don de concedernos al digno émulo de Washington, que sin duda ocupará la primera página en los fastos de Sur América".

Si primordial fue siempre propósito suyo, como tenía que ser la organización del ejército, en el que produjo útiles reformas y el que proveyó de todo lo necesario, hasta en los más mínimos detalles, para la preparación de la campaña que habría de culminar en Ayacucho, en "que triunfó por encima de tantas y tan tremendos obstáculos, asechanzas y peligros", no olvidó nunca, en medio de los ajetreos de la guerra, atender varias e imperiosas necesidades. Antes de partir había adoptado medidas de suma utilidad. Preocupado por la administración de justicia, traslada de Trujillo a Lima la Corte Suprema, por él creada; funda las direcciones de minería en las capitales de departamentos, donde organiza las milicias cívicas; crea las universidades de Trujillo y Arequipa y la Sociedad Económica de los Amantes del País; designa la comisión encargada de elaborar el proyecto de Código Civil y Criminal y deroga ordenanzas contrarias al espíritu liberal, que le animaba hacia los extranjeros.

Bolívar, para quien siempre la patria fue América, en cuya porción hispánica, en la que, aparte constituir una unidad, no existían distintas nacionalidades, ni fronteras en la conquista por la libertad, fruto esto último, más que todo, de una ideología política, como eminente estadista, con penetrante visión de futuro, desde joven, inspirado en los proyectos de Miranda y en los principios de la Junta

Suprema de Caracas de 1810, acarició constantemente el grandioso pensamiento de unir o confederar las repúblicas que en el Nuevo Mundo habían sido posesiones españolas, para que de ese modo, reconstituída la anterior unidad, suficientemente fuertes, pudieran asegurar su soberanía, lo mismo que su porvenir y engrandecimiento. Tal lo comprueban su famoso Manifiesto de Cartagena de 1812; la circular en enero de 1814 de su Secretario de Relaciones Exteriores, Luis Muñoz Tébar; la célebre Carta de Jamaica de 1815; el Mensaje al Supremo Director don Juan Martín de Pueyrredón y la Alocución a los habitantes del Río de la Plata, en 1818. Jamás, ni en los comienzos, cuando la fortuna le era adversa, ni durante los azares de la guerra, abandonó esta extraordinaria idea, que con ahínco deseaba realizar y constituía finalidad última de su acción política. De aquí, que viendo próximo el fin de la contienda, las amenazas que entrañaba la Santa Alianza y recién proclamada la doctrina Monroe, conforme a los respectivos tratados de unión, liga y confederación que habían celebrado la Gran Colombia y México con el Perú, en su carácter de jefe Supremo de esta Nación, el Libertador, único por la grandeza de su ideal de fraternidad y solidaridad continentales, dirige la memorable circular, fechada en Lima el 7 de diciembre de 1824, por la que invita, antes que a los otros, a los dos primeros países mencionados, a formar una Confederación y mantener en el istmo de Panamá una Asamblea "para cimentar de un modo más sólido y estable las relaciones íntimas que deban existir entre todos y cada uno de ellos y que le sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus tratados públicos cuando ocurran dificultades y de Juez Arbitro y Conciliador en sus disputas internacionales".

Por todo, Bolívar, único, sin par, el Gran Libertador, "el hombre de más talla que ha dado la América española" para don Salvador de Madariaga, escritor, como es sabido, muy poco adicto a él y quien, ante todo, lo conceptúa original y genial, concluida la portentosa gesta de la emancipación hispanoamericana "por obra de su genio y de su espada", en el pináculo de su grandeza, el año de 1825, en Potosí, ciudad aún opulenta, que lo recibió en insólita forma apoteósica y donde gentiles damas ciñeron su frente olímpica con espléndida corona de oro y piedras preciosas, al escalar la cumbre del majestuoso monte y recordar el vaticinio que muchos años antes había formulado en Guayana y que tantas veces preconizó, lleno de noble satisfacción y legítimo orgullo, con elevada inspiración y arrebatadora elocuencia, en su grandioso estilo original, bien pudo, ante el asombro de quienes lo escuchaban, prorrumpir en admirable improvisación, que así concluye:

"Venimos venciendo desde las costas del Atlántico y en quince años de una lucha de gigantes, hemos derrocado el edificio de la tiranía... ¿cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos a sus derechos por nuestra perseverancia y nuestros esfuerzos? En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España; yo estimo en nada esta opulencia, cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo".

PARTE DE LA BATALLA DE AYACUCHO

Ejército Unido
Libertador del Perú.

Cuartel Jeneral en Ayacucho a 11 de Diciembre de 1824

Al Sr. Ministro de la Guerra

SEÑOR MINISTRO — Las tres divisiones del Ejército quedaron desde el 14 al 19 de noviembre situadas en Talavera, San Gerónimo y Andahuaylas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor numero de los cuerpos enemigos se dirijian á Guamanga, y dispuse que el Ejército marchase para buscarlos. El 19 nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20 al llegar á Uripa se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombon. Una compañía de Uzares de Colombia y la 1^a de Rifles con el Sr. Coronel Silva se destinaron á reconocer estas fuerzas, que constantes de tres compañías de Cazadores fueron desalojadas y obligadas a repasar el rio Pampas, donde se encontro ya todo el Ejército Real, que habia cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situandose á la espalda.

Siendo difícil pasar el rio, é imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro Ejército quedo en Uripa, y los Españoles en Concepcion, estando así á la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fue siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcashuaman, y nuestro Ejército vino á situarse sobre las alturas de Bombon hasta el 30, que sabiéndose que los enemigos venian por la noche á la derecha del Pampas por Uchubambas á flanquear nuestras posiciones, me trasladé á la izquierda del rio para descubrir nuestra retaguardia.

Los Españoles al sentir este movimiento repasaron rápidamente á la izquierda del Pampas; nuestros cuerpos acaban de llegar á Matará en la mañana del 2, cuando el Ejército Español se avistó sobre las alturas de Pomacahuanca: aunque nuestra posicion era mala, presentamos la batalla, pero fue escusada por el enemigo, situandose en unas breñas no solo inatacables sino inaccesibles. El 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirijiendose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes habia sido indiferente al Ejército dejar al enemigo nuestra espalda, pero la posicion de Matará despues de ser mala, carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada a Tambo Cangalo. Nuestra marcha se rompio mui oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpuaguayco, antes

que llegase el cuerpo del Ejército enemigo, mas este había adelantado desde mui de mañana y encubiertamente cinco batallones y cuatro Escuadrones a oponerse en este paso impenetrable. Nuestra infantería de Vanguardia con el señor Jeneral Cordova y la del Centro con el señor Jeneral Lamar habien pasado la quebrada, pio mui oportunamente para salvar la dificil quebrada de Corpaguayco, antes cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas Vencedor y Rifles que cubrian la retaguardia con el señor Jeneral Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviendose de sus armas para abrirse paso, y Rifles en una posicion tan desventajosa tuvo que sufrir los fuegos de la artilleria y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre á este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra Caballería bajo el señor Jeneral Miller paso por Chonta protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre mui molestada por la Infanteria enemiga. Este desgraciado encuentro costo al Ejército Libertador mas de tres cientos hombres; todo nuestro Parque que fue enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4 los enemigos engréidos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis Escuadrones por las alturas de la izquierda á descabezar la quebrada, mostrando querer combatir: la barranca de la quebrada Corpaguayco permitía una fuerte defensa; pero el Ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonandoles la barranca me situe en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los Españoles al subir la barranca marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operacion fue un testimonio evidente de que ellos querian maniobrar y no combatir: este sistema era el unico que yo temia, por que los Españoles se servirian de el con ventaja conociendo, *que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón.*

Crei pues necesario obrar sobre esta persuacion, y en la noche del 4 marchó el Ejército al Pueblo de Guaychao, pasando la quebrada de Acroco y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuo la marcha á Acos Vinchós y los enemigos á Tambillo, hallandonos siempre á la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinoa, y los Españoles por una fuerte marcha á la izquierda se colocaron á nuestra espalda en las formidables alturas de Paccaicasa: ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Guamanguilla y al día siguiente á los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estabamos en reposo: el 8 en la tarde quedaron situados en las alturas de Cundurcunca á tiro de cañon de nuestro campo: algunas guerrillas que bajaron, se batieron esa tarde, y la artillería uso sus fuegos.

La aurora del día 9 vio estos dos Ejércitos disponerse para decidir los destinos de una Nación. Nuestra linea formaba un angulo: la derecha compuesta de los batallones Bogotá, Voltijeros, Pichincha y Caracas de la 1ª division de Colombia, al mando del señor Jeneral Cordova:¹ la izquierda de los batallones 1º, 2, 3 y Legion Peruana con los Uzares de Junin bajo el Ilustrisimo señor Jeneral Lamar:²

1 2.100 hombres.

2 1.380 hombres.

al centro los Granaderos y Uzares de Colombia con el señor jeneral Miller;³ y en reserva los batallones Rifles, Vencedor y Vargas de la 1ª division de Colombia, al mando del señor jeneral Lara;⁴ al recorrer los cuerpos recordando a cada uno sus triunfos y sus glorias, su honor y su patria; los vivas al Libertador y á la Republica resonaban por todas partes. Jamas el entusiasmo se mostro con mas orgullo en la frente de los guerreros. Los Españoles á su vz dominando perfectamente la pequeña llanura de AYACUCHO y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria: nuestra posicion aunque dominada, tenia seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podía obrar la Caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana fue empleada solo con fuegos de artillería y de los de Cazadores: á las 10 del día los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas, á tiempo que estaba yo revisando la linea de nuestros tiradores: di á estos la orden de forzar la posicion en que colocaban la artillería, y fue ya señal del combate.

Los Españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando á las quebradas de nuestra izquierda los batallones Cantabria, Centro, Castro 1º Imperial y dos Escuadrones de Uzares con una batería de seis piezas forzando demaciadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro formaban los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y 2º del Primer Regimiento, apoyando la izquierda de este con los tres Escuadrones de la Union, el de San Carlos, los 4 de Granaderos de la Guardia y las 5 piezas de artillería ya situadas: y en las alturas de nuestra izquierda los batallones 1º y 2º de Jerona, 2º Imperial, 1º del Primer Regimiento, el de Fernandinos, el Escuadron de Alabarderos del Virrey, y dos de Dragones del Perú.

Observando que aun las masas del centro no estaban en orden y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mande al señor jeneral Cordova que lo cargase rapidamente con sus columnas: protegido por la Caballería del Sr. jeneral Miller, reforzando aun tiempo al Sr. jeneral Lamar con el batallon Vencedor y sucesivamente con Vargas: Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el Sr. jeneral Lara recorria sus cuerpos en todas partes. Nuestras masas de la derecha marcharon arma a discrecion hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que cargadas por ocho Escuadrones españoles rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia Caballería, fue un momento. La Infanteria continuo inalterablemente su carga, y *todo plegó a su frente*.

Entre tanto los enemigos penetrando por nuestra izquierda amenazaban la derecha del Sr. jeneral Lamar, y se interponían entre este y el Sr. jeneral Cordoba con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad Vargas al frente, y ejecutando bizarramente los Uzares de Junin la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. Vencedor y los batallones 1, 2, 3, y Lejion Peruana marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que rehaciendose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias; pero reunidas

3 700 hombres.

4 1.600 hombres.

las fuerzas de nuestra izquierda y precipitadas á la carga, *la derrota fué completa y absoluta.*

El Sr. jeneral Cordoba trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Cunduncunca, donde se tomó prisionero al Virrey La Serna: el Sr. jeneral Lamar salvaba en la persecucion las difíciles quebradas de su flanco, y el Sr. jeneral Lara marchando por el centro aseguraba el suceso. Los cuerpos del Sr. jeneral Cordoba fatigados del ataque, tubieron la orden de retirarse; y fué sucedido por el Sr. jeneral Lara, que debía reunirse en la persecucion al Sr. jeneral Lamar en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya mas de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando *el general Canterac comandante en jefe del ejercito español*, acompañado del jeneral Lamar, se me presentó a pedir una capitulacion. Aunque la posicion del enemigo podia reducirlo á una entrega discrecional, crei digno de la jenerosidad americana conceder algunos honores á los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la capitulacion fué ajustada sobre el campo de batalla en los terminos, que verá V. S. en el tratado adjunto: por el se han entregado todos los restos del ejército Español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas sus guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus ecsistencias.

Se hallan por consecuencia en este momento en poder del Ejército Libertador *los tenientes jenerales La Serna y Canterac; los mariscales Valdés, Carratala, Monet, y Villalobos: los jenerales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Alero, Landazuri, Vigil, Pardo y Tur*, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales; mas de dos mil prisioneros de tropa,⁵ inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseian: mil ochocientos cadaveres enemigos y setecientos heridos han sido en *la batalla de Ayacucho* las victimas de la obstinación y de la temeridad española. Nuestra perdida es de 309 muertos y 670 heridos: entre los primeros el mayor Duxburi de Rifles, el capitan Urquiola de Uzares de Colombia, los tenientes Oliva de Granaderos de Colombia, Cormenares y Ramirez de Rifles, Bonilla de Bogotá, Sevilla del Vencedor, y Prieto y Ramonet de Pichincha: entre los segundos el bravo coronel Silva de Uzares de Colombia, que recibió tres lanzazos, cargando con extraordinaria audacia á la cabeza de su Rejimiento: el coronel Luque, que al frente del batallon Vencedor entro á las filas españolas: el comandante Leon del batallon Caracas, que con su cuerpo marchó sobre una bateria enemiga: el comandante Blanco Blanco del 2º de Uzares de Junin, que se distinguió particularmente; el Sr. coronel Leal contuso que a la cabeza de Pichincha, no solo resistio las columnas de caballeria enemiga, sino que las cargó con su cuerpo: el mayor Torres de Voltígeros y el mayor Sornosa de Bogotá, cuyos batallones conducidos por sus comandantes Guanch y Galindo trabajaron con denuedo: los capitanes Jiménez, Coquis, Doronzoro Brown, Gil, Ureña, Cordova; y los tenientes Infante, Silva, Suares, Vallarino Otaola, Frencle: los subtenientes Galindo, Chabun, Rodríguez, Malabe, Teran,

⁵ El Mariscal Alvarez, los jenerales Montenegro y Echeverria y tres jefes y oficiales mas, y hasta el completo de seis mil prisioneros de tropa estan ya entregados. Diciembre 29.

Perez, Calles, Marquina y Paredes de la 2ª división de Colombia. Los capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Doronzoro, Granados y Miro: los teniente Paraya, Ariscuno y el subteniente Sabino de la 1ª división de Colombia. Los tenientes Otarora, Suares, Ornas, Posadas, Miranda, Montollas, y los subtenientes Yzas y Alvarado de la division del Perú. Los tenientes coroneles Castilla y Jeraldino y los tenientes Moreno y Piedraita del E. M. J. Estos oficiales son muy dignos de una distincion singular.

El batallón Vargas conducido por su comandante Moran ha trabajado bizarramente: La Lejion Peruana con su coronel Plaza sostubo con gallardía su reputacion: los batallones 2 y 3 del Peru con sus comandantes Gonzales y Benavides mantubieron firmes sus puestos contra bruscos ataques: los Cazadores del número 1, se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva. Los Uzares de Junin conducidos por su comandante Suares, recordaron su nombre para brillar con un valor especial; los Granaderos de Colombia destrozaron en una carga el famoso regimiento de la Guardia del Virey. El batallon Rifles no entro en combate, escogido para reparar cualquier desgracia, recorria los lugares mas urgentes, y su coronel Sandes los invitaba á vengar la traicion con que fue atacado en Corpaguaico. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse los jefes y oficiales de E. M. se han conducido bizarramente.

Con satisfaccion cumpla la agradable obligación de recomendar la consideracion del Libertador, á la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el Sr. jeneral Lamar ha rechazado todos los ataques á su flanco, y aprovechando el instante de decidir la derrota; la bravura con que el Sr. jeneral Cordova condujo sus cuerpos, y desbarato en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el Sr. jeneral Lara atendía con su reserva á todas partes; la vijilancia y oportunidad del Sr. jeneral Miller para las cargas de la caballeria; y el zelo constante con que el Sr. jeneral Gamarra Jefe del E. M. J. ha trabajado en el combate y en la campaña.

Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual, al peso de los intereses que tenía á su cargo, es difícil hacer una relacion de los que mas han brillado: pero he prevenido al Sr. jeneral Gamarra que pase á V. S. orijinales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendacion es bastante para significar el merito de estos bravos.

Segun los Estados tomados al enemigo, su fuerza disponible en esta jornada eran nueve mil trescientos diez hombres, mientras *el Ejercito Libertador* formaba cinco mil setesientos ochenta. — Los Españoles no han sabido que admirar mas, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, ó la sangre fria, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada desde las inmediaciones del Cuzco hasta Guamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una estencion de ochenta leguas y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú esta terminada: su independencia y la paz de America se han firmado en este campo de batalla. El Ejercito Unido cree, que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del LIBERTADOR DE COLOMBIA — Dios guarde a V. S.

Sr. MINISTRO

ANTONIO JOSE DE SUCRE

ESTADO DE MUERTOS Y HERIDOS

DIVISIONES	CUERPOS	MUERTOS		HERIDOS		Total
		Ofic.	Tropa	Ofic.	Tropa	
1ª de Colombia	Estado Mayor	"	"	4.	"	
	Rifles	3.	51.	1.	39.	
	Vencedor	1.	23.	4.	114.	334
	Vargas	"	20.	1.	31.	
	Uzares	1.	13.	3.	20.	
Division Peruana	Artilleria	"	"	1.	1.	
	Lejion	"	03.	1.	10.	
	Nº 1º	"	06.	3.	25.	184
	Nº 2º	"	48.	2.	21.	
	Nº 3º	"	20.	"	21.	
4º de Colombia	Uzares de Junin	"	08.	2.	12.	
	Bogotá	1.	24.	4.	61.	
	Voltijeros	"	19.	7.	60.	
	Pichincha	2.	20.	6.	55.	461
	Caracas	"	30.	9.	128.	
Gran. Montados		1.	10.	3.	21.	
Total		9.	300.	51.	619.	979

DOCUMENTOS SOBRE AYACUCHO

PROCLAMA DEL GENERAL SUCRE

EL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO UNIDO

SOLDADOS:

Sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la independencia del Perú y la paz de América. Los diez mil soldados españoles que vencieron catorce años en esta república, están ya humillados a vuestros pies.

PERUANOS:

Sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos y las más remotas generaciones del Perú recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

COLOMBIANOS:

Del Orinoco al Desaguadero, habéis marchado en triunfo: dos naciones os deben su existencia; vuestras armas las ha destinado la victoria para garantizar la libertad del Nuevo Mundo.

Cuartel general en Ayacucho a 10 de Diciembre de 1824.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

PROCLAMA DEL LIBERTADOR

SOLDADOS:

Habéis dado libertad a la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria, ¿dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

SOLDADOS:

Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais: el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

SOLDADOS:

Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis, antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas no... jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

SOLDADOS PERUANOS:

Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

SIMÓN BOLÍVAR

CARTAS DE SUCRE

EXCELENTÍSIMO SEÑOR LIBERTADOR.

Excelentísimo señor:

El campo de batalla ha decidido. Por fin el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del ejército libertador han destruido en Ayacucho los diez mil soldados realistas que oprimían esta República: los últimos restos del poder español en América han espirado el 9 de Diciembre en este campo afortunado. Tres horas de un obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que V. E. se dignó confiar al ejército unido.

Han pasado cuatro horas que terminó la batalla, y diferentes cuerpos persiguen los dispersos enemigos en varias direcciones. *Por este momento* el Ejército libertador ofrece a V. E., como un trofeo en Ayacucho, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, más de mil prisioneros, entre ellos el virrey La Serna y sesenta jefes y oficiales, más de cuatrocientos cadáveres y heridos enemigos, y multitud de otros elementos militares.

Calculo nuestra pérdida en ochocientos o mil hombres; pero la mayor parte heridos, y entre ellos, treinta jefes y oficiales. No hay tiempo para hacer detalles; pero me apresuro a dar a V. E. este parte que le será altamente satisfactorio. Mañana podré informar a V. E. de los pormenores, y serán más nuestros despojos. Espero que algunos generales enemigos caerán en nuestro poder, por estar cortados por todas partes y prevenidos convenientemente. Entre tanto, debo instruir a V. E. que me he tomado la libertad de conceder, a nombre de V. E., de Colombia, del Congreso y del Gobierno, varios premios, después de la victoria, a los generales, jefes y oficiales que más han brillado en la célebre jornada que ha afianzado eternamente la independencia del Perú y la paz de la América.

El comandante Medina, edecán de V. E., y mi edecán el capitán Alarcón, tendrán la honra de poner en manos de V. E. esta nota, y de presentarle mi humilde respeto y la consideración más distinguida.

Dios guarde a V. E.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

AL EXCMO. SEÑOR LIBERTADOR.

Excmo. señor:

El Tratado que tengo la honra de elevar a manos de V. E. firmado sobre el campo de batalla en que la sangre del Ejército libertador, aseguró la independen-

cia del Perú, es la garantía de la paz de esta República, y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho.

El Ejército Unido siente una inmensa satisfacción al presentar a V. E. el territorio completo del Perú, sometido a la autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, todas sus plazas, sus parques, almacenes, y quince generales españoles son los trofeos que el Ejército Unido ofrece a V. E. como gajes que corresponden al ilustre Salvador del Perú, que desde Junín señaló al ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras.

Cuartel general en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.

Dios guarde a V. E.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

Adición. — Una circunstancia notable he olvidado en mi parte a V. E. Según los estados tomados al enemigo, contaba éste disponibles en el campo de batalla, nueve mil trescientos diez hombres, mientras el Ejército libertador formaba sólo cinco mil setecientos ochenta. — SUCRE.

TRATADOS FIRMADOS EN AYACUCHO

Don José Canterac, Teniente general de los reales ejércitos de S.M.C. encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excmo. señor Virrey don José de La Serna, habiendo oído a los señores generales y jefes que se reunieron después que el Ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho, y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor General de división de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, Comandante en jefe del Ejército Unido Libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

1º El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú, será entregado a las armas del ejército libertador, hasta el Desaguadero, con los parques, maestranza y todos los almacenes militares existentes.

1º Concedido; y también serán entregados los restos del ejército español, los bagajes y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al Gobierno español.

2º Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entre tanto la debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponda mensualmente a su empleo, interín permanezca en el territorio.

2º Concedido; pero el Gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione transportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la independencia y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupado por las armas españolas.

3º Cualquier individuo de los que componen el ejército español, será admitido en el del Perú, en su propio empleo si lo quisiere.

3º Concedido.

4º Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados a favor de la causa del Rey, ni los conocidos por pasado: en este concepto, tendrán derecho a todos los artículos de este Tratado.

4º Concedido; si su conducta no turbare el orden público, y fuere conforme a las leyes.

5º Cualquier habitante del Perú, bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado, que le acomode trasladarse a otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo su familia y propiedades, prestándole el Estado proporción hasta su salida: si eligiere vivir en el país, será considerado como los peruanos.

5º Concedido; respecto a los habitantes en el país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.

6º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer con el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse a la Península, y tengan allí intereses de su pertenencia.

6º Concedido como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de América, pues en caso contrario el Gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.

7º Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del artículo 5º y no se le exigirá más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del ejército.

7º Concedido.

8º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del Gobierno español en el territorio.

8º El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga a los intereses de la República.

9º Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos, y si alguno o algunos no lo fuesen, o prefiriesen trasladarse a otro país, serán comprendidos en los artículos 2º y 5º

9º Continuarán en sus destinos los empleados que el Gobierno guste confirmar, según su comportación.

10º Todo individuo del ejército o empleado, que prefiera separarse del servicio y quedare en el país, lo podrá verificar, y en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.

10º Concedido.

11. La plaza del Callao será entregada al Ejército Unido libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este tratado.

11º Concedido; pero la plaza del Callao con todos sus enseres y existencias será entregada a disposición de S. E. el Libertador dentro de veinte días.

12º Se enviarán jefes de los ejércitos español y unido libertador a las Provin-

cias Unidas para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencia y las tropas de las guarniciones.

12º Concedido: comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince días, y los pueblos más lejanos en todo el presente mes.

13º Se permitirá a los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses después de la notificación de este convenio, para habilitarse y salir del Mar Pacífico.

13º Concedido; pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco a su salida del Pacífico; siendo obligados a salir de todos los mares de la América, no pudiendo tocar en Chiloé, ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.

14º Se dará pasaporte a los buques de guerra y mercantes españoles para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.

14º Concedido; según el artículo anterior.

15º Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo, los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército.

15º Concedido; y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que, completamente restablecidos, dispongan de su persona.

16º Los generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases, y los criados que tuvieren.

16º Concedido; pero mientras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del país.

17º A los individuos del ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias e intereses, y trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios, para que sus personas no sean embarazadas por ningún Estado independiente hasta llegar a su destino.

17. Concedido.

18º Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente Tratado, se interpretará a favor de los individuos del ejército español.

18º Concedido: esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

Y estando concluídos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que les convengan.

Dados, firmados de nuestras manos en el campo de Ayacucho el 9 de Diciembre de 1824.

JOSÉ CANTERAC. — ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

PROCLAMA DEL LIBERTADOR

A LOS PERUANOS

¡PERUANOS!

El Ejército Libertador a las órdenes del intrépido y experto general Sucre ha terminado la guerra del Perú, y aun del Continente americano, por la más glorio-

sa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice, de completar en este año la libertad del Perú.

¡PERUANOS!

Es tiempo que os cumpla ya la palabra que os di, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será pues reunido el 10 de febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al Cuerpo Legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

¡PERUANOS!

El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del norte y hacían la guerra al Congreso; la marina no obedecía al Gobierno: el ex presidente Riva Agüero, usurpador, rebelde y traidor a la vez, combatía a su patria y a sus aliados: los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas; y las de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus jefes, entregaron aquella plaza a los enemigos. El presidente Torre Tagle llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú.

La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía: todo estaba disuelto. En estas circunstancias el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia, lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron el Gobierno legítimo, y han prestado inmensos servicios a la patria; y las tropas que la defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú. Esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad. La plaza del Callao está sitiada y debe rendirse por capitulación.

¡PERUANOS!

La paz ha sucedido a la guerra: la unión a la discordia: el orden a la anarquía, y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.

¡PERUANOS!

El día que se reúna vuestro Congreso será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡no mandar más!

Cuartel general libertador en Lima, a 25 de diciembre de 1824.

BOLÍVAR

SIMON BOLIVAR,

LIBERTADOR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA, Y ENCARGADO DEL PODER DICTATORIAL DE LA DEL PERÚ, ETC., ETC., ETC.

Considerando:

1º Que el Ejército Unido libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la libertad al Perú;

2º Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre y demás generales, jefes oficiales y tropa;

3º Que es el deber del pueblo y del Gobierno, dar un noble testimonio de su gratitud a este glorioso ejército;

He venido en decretar, y decreto:

1º El Ejército vencedor en Ayacucho tendrá la denominación de "Libertador del Perú", y los cuerpos llevarán en sus banderas esta misma inscripción.

2º Los cuerpos que lo componen recibirán el sobrenombre de "Glorioso".

3º Los individuos que lo componen, el título de "Beneméritos en grado eminente".

4º En el campo de Ayacucho se levantará una columna sagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito general Antonio José de Sucre, y en ella se grabarán los nombres de los generales, jefes, oficiales y cuerpos en el orden y preeminencia que les corresponden. La gratitud del pueblo y del Gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la erección de esta columna.

5º Un cuerpo de cada arma de los de Colombia y el Perú tomará el sobrenombre de "Ayacucho". Una junta compuesta de los generales y jefes de ambos ejércitos, presidida por el general en jefe Antonio José de Sucre, designará los cuerpos que deban recibir esta gloriosa recompensa.

6º El ejército vencedor en Ayacucho será inmediatamente ajustado y pagado, teniendo estos gastos la preferencia sobre todos los del Estado, aun cuando para ello tenga la nación que contraer un nuevo empréstito.

7º Los individuos del ejército vencedor, llevarán una medalla al pecho, pendiente de una cinta blanca y roja con esta inscripción: "Ayacucho". Los generales, esmaltada en brillantes, los jefes y oficiales de oro, y la tropa de plata.

8º Los padres, mujeres e hijos de los muertos en Ayacucho, gozarán del sueldo íntegro que correspondía a sus hijos, esposos y padres cuando vivían.

9º Los inválidos recibirán la misma recompensa del artículo anterior, y además serán preferidos para los empleos civiles, según sus aptitudes.

10. Se nombra al general en jefe Antonio José de Sucre Gran Mariscal, con el sobrenombre de "General Libertador del Perú".

11. El Gobierno del Perú se encarga de interponer su mediación con el de Colombia, a fin de que se sirva prestar su consentimiento para el efecto de las recompensas que declara este decreto al Ejército de Colombia.

Dado en el palacio dictatorial en Lima, a 27 de diciembre de 1824.

BOLÍVAR

SIMON BOLIVAR,

LIBERTADOR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA, Y ENCARGADO DEL PODER DICTATORIAL DE LA DEL PERÚ, ETC., ETC., ETC.

Considerando:

1º Que por la jornada de Ayacucho, puede el Gobierno, sin perjuicio de la causa pública, indultar a los que en otras circunstancias debieran ser juzgados con todo el rigor de la ley;

2º Que por este mismo suceso se ha anulado el funesto ejemplo de aquellos que no siguieron la suerte del Ejército libertador en febrero del año anterior;

He venido en decretar, y decreto:

1º Quedan indultados de la pena de ordenanza todos los que a consecuencia del decreto de 9 de julio dado en Huanuco, han sido procesados o estuvieren presos.

2º Los comprendidos en el artículo anterior, presentarán sus despachos, dentro de ocho días, en el ministerio de la Guerra, donde recibirán el correspondiente boleto de indulto.

3º Queda sin efecto la gracia del artículo 1º respecto de aquellos que no presentaren este boleto.

El ministro de Estado en los departamentos de Guerra y Marina, queda encargado del cumplimiento de este decreto.

Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en el palacio dictatorial de Lima, a 3 de enero de 1825.

SIMÓN BOLÍVAR

Por orden de S. E.

Tomás de Heres

NOTA DEL GENERAL SUCRE PARA EL MINISTRO DE LA GUERRA DEL GOBIERNO
DICTATORIAL DEL PERU

Cuartel general en Sicuani, 23 de enero de 1825.

SEÑOR MINISTRO:

He tenido la honra de recibir la nota de V. S. del 27 de diciembre, con el decreto de S. E. el Libertador en favor de los vencedores de Ayacucho. Mi corazón ha sufrido un combate de terribles sentimientos. Me he visto humillado por la excesiva generosidad de S. E. el Libertador en prodigarme honores que son debidos a él, el genio de la América, que me dio un ejército de héroes formado por él mismo, para defender las libertades patrias y los derechos del Perú; y a la vez he visto con orgullo las recompensas a estos héroes que fijaron en un día los destinos del Nuevo Mundo.

El Libertador ha mandado erigir monumentos que recuerden a las futuras generaciones los servicios de los vencedores de Ayacucho; pero en el corazón de éstos está consagrado el monumento que ellos han formado al hijo de la gloria, al guerrero generoso que nos dió patria, y que de la condición de esclavos nos convirtió en soldados de la libertad y de la victoria. Sobre todos estos corazones y en cada uno de ellos existe la estatua de Bolívar y de allí la dejaremos a los hijos de nuestros hijos, para que su memoria tenga la duración del sol.

V. S. querrá dignarse presentar a S. E. mi reconocimiento ilimitado a sus bondades, y aceptar las consideraciones con que soy, etc.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

DECRETO DEL CONGRESO

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERU

Reconocido altamente a los eminentes servicios que la República de Colombia ha prestado a la del Perú, sin los cuales habría ésta sucumbido, sin duda, al poder español.

Ha resuelto:

1º Que se vote una acción de gracias a la República de Colombia, en testimonio de su alto reconocimiento, por los servicios que ha hecho a su aliada y confederada la del Perú.

2º Que estos sentimientos se trasmitan al Gobierno de Colombia por el órgano de la comisión que de su seno manda el Congreso a aquel Estado para los demás fines que ha tenido a bien acordar.

Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en la sala del Congreso en Lima, a 10 de febrero de 1825.— 6º

José María Galdiano
Presidente

Joaquín Arrese
Diputado secretario

Manuel Ferreyros
Diputado secretario

DECRETO DEL CONGRESO

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERU

Teniendo presente:

1º Que el Senado y Cámara de representantes de la nación colombiana tuvieron la generosidad de permitir que el Libertador viniese a encargarse de la salvación de su aliada y confederada la del Perú, desprendiéndose del Héroe que había libertado su patria, y cuya presencia es el consuelo de aquellos pueblos tan celosos de su independencia y libertad;

2º Que a más de este extraordinario beneficio, decretaron poderosos auxilios para hacer la guerra a los enemigos de la libertad peruana;

Ha resuelto:

1º Se vote una acción de gracias al Senado y Cámara de representantes de Colombia, en señal de reconocimiento a los servicios que ha hecho al Perú, con el permiso que dio al Libertador para que pudiera venir a encargarse de salvarlo, y por los auxilios que decretaron con este mismo objeto.

2º Estos sentimientos se trasmitirán al Senado y Cámara de representantes de Colombia, por la comisión que del seno del Congreso va a aquel Estado por los demás fines que ha tenido a bien acordar.

Imprímase, publíquese y circúlese a quienes corresponda.

Dado en la sala del Congreso en Lima, a 10 de febrero de 1825.—

José María Galdiano
Presidente

Joaquín Arrese
Diputado secretario

Manuel Ferreyros
Diputado secretario

AL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR, ENCARGADO DEL SUPREMO
MANDO DE LA REPÚBLICA:

DECRETO DEL CONGRESO

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERU

Considerando:

1º Que el Perú debe al Libertador Simón Bolívar con su invencible ejército la existencia política que hoy goza, y la feliz cesación de las grandes calamidades de la guerra;

2º Que es una obligación de la gratitud nacional perpetuar de todos los modos posibles la memoria de estos inapreciables bienes, y la alta consideración debida a sus autores;

3º Que el pundonor, desinterés y generosidad de cuantos componen el ejército unido libertador no absuelven a la República peruana del sagrado deber de compensar las fatigas y heroicos servicios de sus defensores, del modo que sea menos desproporcionado, aunque siempre demasiado inferior al valor de la sangre y las vidas con que han comprado la libertad del pueblo peruano;

4º Que además de los bravos que han militado personalmente en la campaña libertadora, tienen un derecho incontestable al reconocimiento nacional los que han prestado al Libertador eminentes servicios de cualquier otro género para esta grande empresa;

5º Que es un interés imprescindible de la república estimular para en adelante a cuantos puedan destinarse a servirla acreditando con esta ley de premios, que si no es capaz de igualar con sus recompensas el mérito de sus libertadores se esfuerza al menos a no manifestarse insensible a sus inestimables auxilios;

Ha venido en decretar, y

Decreta:

1º Se abrirá una medalla de honor del Libertador que lleve por el anverso su busto con este mote: A su LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR; y por el reverso las armas de la República con este otro: EL PERÚ RESTAURADO EN AYACUCHO AÑO DE 1824.

2º Se erigirá en la plaza de la Constitución un monumento con la estatua ecuestre del Libertador, que perpetúe la memoria de los heroicos hechos con que ha dado la paz y la libertad al Perú.

3º En las capitales de los departamentos se fijará una lápida en la plaza mayor con una inscripción de gratitud al Libertador por haber salvado a la República; y en las casas de las municipalidades se colocará con todo el decoro posible su retrato.

4º La persona del Libertador disfrutará en todo tiempo los honores de presidente de la República.

5º Se pone a disposición del Libertador, como una pequeña demostración del reconocimiento público, la cantidad de un millón de pesos; y otra igual para que la distribuya entre los jefes, oficiales y tropa del Ejército libertador, reputándose como perteneciente a éste, para los efectos dichos, en la clase que el Libertador juzgue convenirle, al Ministro general que fue del Estado, por la parte tan activa y laboriosa que ha tenido en la campaña.

6º Para llenar los objetos del artículo anterior se abrirá un empréstito del todo independiente de los demás que el Gobierno tenga a bien levantar, según sus facultades, para la paga del ejército y demás necesidades de la República; pudiendo cubrirse su respectiva asignación con alguna de las fincas nacionales a los interesados que lo eligieren.

7º Será reconocido en adelante el General en jefe del ejército unido, Antonio José de Sucre, con el dictado de *Gran Mariscal de Ayacucho*, por la memorable victoria obtenida en los campos de este nombre.

8º A todos los individuos que han servido en la campaña del Perú desde el 6 de febrero de 1824 hasta el día de la victoria de Ayacucho, se les declara la calidad de peruanos de nacimiento, con opción a todos los empleos de la República, si por otra parte reunieren los demás requisitos constitucionales.

9º Queda el Libertador autorizado para instituir y señalar cualquiera otra clase de premios honoríficos o pecuniarios para mejor compensativo de los servicios ya prestados y estímulo de los que pueda necesitar en adelante la nación.

Comuníquese al mismo Libertador para que lo mande imprimir, publicar y circular.

Dado en la sala del Congreso en Lima, a 12 de febrero de 1825.

Diputado secretario
Joaquín Arrese

José María Galdiano
Presidente

Manuel Ferreyros
Diputado secretario

EL SENADO Y CAMARA DE REPRESENTANTES DE LA REPUBLICA DE
COLOMBIA, REUNIDOS EN CONGRESO

Informados del glorioso éxito que ha obtenido el ejército libertador del Perú, dirigido por el Libertador presidente de Colombia en las batallas memorables de Junín y de Ayacucho, en los días 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824, en las cuales ha acreditado el ejército de Colombia auxiliar del Perú, mandado por el intrépido y experto general Antonio José de Sucre, que era digno de la confianza que de él hizo la nación, encargándole la defensa y protección de sus hermanos del Perú; y

Considerando:

1º Que este glorioso resultado, que asegura para siempre la libertad de la América meridional y la gloriosa reputación de las armas de Colombia, es debido al genio del Libertador presidente Simón Bolívar:

2º Que la lealtad, constancia y valor del ejército colombiano, auxiliar del Perú en esta memorable campaña, son un modelo de virtudes militares:

3º Que es un deber del Congreso, como órgano de la gratitud nacional, conceder premios y recompensas a los que han hecho grandes servicios a la patria:

Decretan:

Art. 1º Los honores del triunfo al Libertador Simón Bolívar, presidente de Colombia, y al ejército auxiliar colombiano, vencedor en Junín y Ayacucho.

§ único. Luego que el Libertador Presidente de Colombia regrese con todo o alguna parte del Ejército a la capital provisional de la República, el Poder ejecutivo designará el día en que deban recibir los honores del triunfo.

Art. 2º El Poder ejecutivo a nombre de la Nación presentará al Libertador presidente Simón Bolívar una medalla de platina de veintiocho líneas de diámetro, que contendrá en el anverso a la Victoria coronando el genio de la Libertad con una corona de laureles: éste llevará en la mano izquierda las faces colombianas y en derredor de este emblema la siguiente inscripción: *Junín y Ayacucho — 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824*: en el reverso una guirnalda formada con una rama de oliva y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción: *A Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú — el Congreso de Colombia año de 1825*.

Art. 3º El Poder ejecutivo hará acuñar la misma medalla en plata para distribuirla a las municipalidades de la República, al museo y a las universidades y colegios con el objeto de que se conserve siempre este testimonio auténtico de la gratitud nacional.

Art. 4º El Poder ejecutivo a nombre del Congreso presentará al general Antonio José de Sucre una espada de oro con la siguiente inscripción: *El Congreso de Colombia al general Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho el año de 1824*.

Art. 5º Todos los individuos del ejército de Colombia que han hecho la campaña del Perú, serán condecorados con un escudo bordado sobre fondo rojo, de oro para los oficiales y de seda amarilla desde sargento abajo, con esta inscripción: *Junín y Ayacucho en el Perú*.

Art. 6º Los cuerpos de toda arma de dicho ejército, añadirán a su denominación la de vencedor en el Perú.

Art. 7º El Libertador Presidente Simón Bolívar, presentará a nombre del Congreso los sentimientos de gratitud nacional al esforzado batallón *Rifles*, que antes quiso ser despedazado en su mayor parte que ceder por un momento a la fuerza superior del enemigo el día 8 de diciembre en los campos de Huamanguilla.

Art. 8º El Poder ejecutivo señalará un día en el presente año en que será celebrado el triunfo de este ejército en todos los pueblos de la República, con todo género de regocijos y una fiesta religiosa en que se tributen gracias al Altísimo por la visible protección que ha dispensado a las armas de la libertad.

Art. 9º El Poder ejecutivo designará también otro día para que en todas las capitales se hagan funerales por los colombianos que murieron en la campaña del Perú.

Art. 10. También dispondrá de que este decreto sea registrado en todas las municipalidades, universidades, colegios y en las oficinas de los Estados mayores, departamentos y divisiones.

Art. 11. Asimismo libraré del tesoro nacional y del fondo que estime conveniente, las armas necesarias para cumplir las disposiciones de este Decreto con todo el decoro que corresponde a la dignidad nacional y al mérito eminente de los servidores de la patria que quiere recompensar.

Dado en Bogotá a 11 de febrero de 1825. — 15º

El presidente del Senado,

Luis A. Baral

El presidente de la Cámara de representantes,

Manuel María Quijano

El secretario del Senado,

Antonio José Caro

El diputado secretario,

Vicente Castillo

Palacio de Gobierno en Bogotá, a 12 de febrero de 1825. — 15º

Ejecútese

Francisco de P. Santander

Por S. E. el Vicepresidente de la República encargado del Poder ejecutivo.

El secretario de Marina y Guerra,

Pedro Briceño Méndez

SIMON BOLIVAR,

LIBERTADOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA Y ENCARGADO DEL
SUPREMO MANDO DE LA DEL PERU, ETC., ETC., ETC.

Considerando:

1º Que la victoria de Ayacucho ha afianzado para siempre la independencia total de la República.

2º Que obtenida esta victoria en el departamento de Huamanga, debe marcarse su nombre de manera que perennemente recuerde a aquellos habitantes el origen de su libertad.

He venido en decretar y

Decreto:

1º El departamento de Huamanga será denominado en adelante *departamento de Ayacucho*.

2º La ciudad de Huamanga, capital de este departamento, llevará la denominación de *ciudad de Ayacucho*.

3º La provincia de Huamanga conservará su antiguo nombre de *provincia de Huamanga*.

4º El ministro de Estado en el departamento de Gobierno y Relaciones Exteriores queda encargado de hacer ejecutar este Decreto.

Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en el Palacio del Supremo Gobierno, a 15 de febrero de 1825. — 4º de la República.

SIMÓN BOLÍVAR

Por orden de S. E.

José Sánchez Carrión

DECRETO DEL CONGRESO PERUANO

Secretaría general del Congreso constituyente del Perú.

Lima, Febrero 28 de 1825.

AL SEÑOR MINISTRO DE ESTADO EN EL DEPARTAMENTO DE HACIENDA

Puesta en consideración del Congreso la nota de U. S. relativa a la aplicación de la hacienda de la Huaca, sita en el valle de Chancay, al Mariscal de Ayacucho, ha resuelto:

1º Que la suerte compensativa a los eminentes servicios del Gran Mariscal de Ayacucho, no sea comprendida en el millón de pesos destinado a las gratificaciones del Ejército.

2º Que le sean entregados doscientos mil pesos en dinero, o fincas del Estado, que reunan las calidades capaces de merecer la aceptación del agraciado.

DECRETO DEL CONGRESO

El Congreso Constituyente del Perú

Por cuanto es preciso:

1º Perpetuar con la solemnidad debida la memoria de los grandes acontecimientos que más han influido en la independencia y libertad del Perú a fin de sostener y animar el espíritu público:

2º Tributar a los ilustres campeones que perdieron sus vidas gloriosamente por la salud de la patria, un homenaje de agradecimiento conforme a las sagradas instituciones de la religión que profesa la república:

Ha venido en decretar y

Decreta:

1º Se celebrará todos los años una misa solemne de acción de gracias con *Te Deum* en las iglesias mayores de las capitales de departamento — el día 6 de agosto, aniversario de las batallas de Junín — el día 1º de septiembre, aniversario de la primera entrada del Libertador en Lima — el 9 de diciembre, aniversario de la batalla de Ayacucho.

2º El Gobierno proporcionará al público, en el modo posible, el 6 de agosto y 9 de diciembre de cada año, regocijos alusivos a los grandes sucesos que se recuerdan en estos días.

3º Se celebrarán el 17 de diciembre en las mismas iglesias, exequias solemnes por los defensores de la libertad, que murieron en las jornadas de Junín y de Ayacucho.

Comuníquese al Libertador, para que lo mande imprimir, publicar y circular. Dado en la sala del Congreso en Lima, a 1º de marzo de 1825.— 6º

José Gregorio Paredes,

Presidente

Juan Bautista Navarrete,

Diputado secretario

Felipe Santiago Esteñes,

Diputado secretario

LA NOTICIA Y LA VICTORIA DE AYACUCHO

(Prensa Peruana de la Época)

AVISO

AL PÚBLICO

Lima Diciembre 18 de 1824

GRAN VICTORIA
TRIUNFO DECISIVO

El ejército libertador al mando del jeneral Sucre ha derrotado completamente al ejército español el 9 del presente mes en los campos de Guamanguilla. El je-

neral La-Serna que lo mandaba, ha sido herido y se halla prisionero con los jenerales Canterac, Valdes, Carratalá y demas jefes oficiales y tropa. Por consiguiente. todos los bagajes del enemigo, su armamento y pertrechos, se hallan tambien en nuestro poder. El teniente coronel Medina, ayudante de S. E. el Libertador conducía los partes oficiales de la accion; y es de lamentar la desgracia que tuvo de ser asesinado en Guando por los rebeldes de aquel pueblo. Mas todas las autoridades de los lugares inmediatos al sitio de la batalla, avisan oficialmente el triunfo de nuestras armas, añadiendo que el jeneral Canterac que quedó mandando el campo, despues de haber sido herido el jeneral La-Serna, capituló con el jeneral Sucre estipulando espresamente, que la fortaleza del Callao se entregará al ejército libertador.

El 9 de diciembre de 1824, se ha completado el día que amaneció en Junin; al empezar este año, los españoles amenazaban reconquistar la América con ese ejército, que ya no ecsiste. Los campos de Guamanguilla han sido testigos de la victoria que ha terminado la guerra de la independencía en el continente de Colón. Alli se ha decidido la cuestion que divide la Europa, que intereza inmediatamente á la América, que es trascendental á todo el jénero humano, y cuyo influjo alcanzará sin duda á mil de mil jeneraciones que se sucedan: esta cuestion es, si el mundo debe gobernarse por el poder absoluto de los que se llaman Lejitimos, o si es llegada la época en que los pueblos gozen de sus libertades y derechos. En fin, el ejército libertador ha resuelto el problema y ha levantado el último monumento que faltama á su gloria: la gratitud escribirá en él los nombres de los vencedores de Guamanguilla, y del ilustre jénio que ha dirijido la guerra, que ha salvado al Perú y que en los sucesos de Febrero no ha encontrado, sino nuevos caminos para la gloria: su fama durará hasta la muerte del mundo, y este es un presentimiento que tienen todos los corazones que suspiran por la libertad.

Lima. 1824 imprenta administrada por J. Maria Concha

(NUM. 48

TOM. 6)

GACETA DEL GOBIERNO

Del Sabado 6 de Nobienbre de 1824 — 5º — 3º

Se han recibido comunicaciones oficiales sobre los progresos del ejército Libertador a consecuencia de la ocupación de todo el departamento de Huamanga; y sobre los nuevos auxilios de nuestra aliada la jenerosa República de Colombia.

ESTADO MAYOR JENERAL

Cuartel jeneral en Chuquibamba a 4 de octubre de 1824.

Al Señor Ministro Jeneral de los negocios del Peru D. Jose Sanchez Carrion.

Los progresos del ejército siguen sin interrupcion, aunque sin un gran suceso notable desde Huamanga, porque los españoles, en su fuga continuada a distancias siempre grandes, han cuidado de evitarlo; bien que a costa de muchos dispersos y cargas que han perdido. A la fecha somos dueños del Apurimac, cuyos puentes han sido volados ó rotos por ellos, a ecepcion del de Ocopa sobre el que

mantienen un destacamento. Es probable que sea de él, lo mismo que de los otros, al haberse acercado la partida nuestra que ha ido a ocuparle.

S. E. el LIBERTADOR en persona ha reconocido y paseado toda la costa de aquel río, y ha dejado ordenada la preparacion de algunos puentes y balsas, que se están trabajando, para salvar el último y mayor de cuantos obstaculos han podido oponer los españoles al ardimiento, con que los persigue el ejército Libertador.

S. E. ha recibido avisos seguros, de que el jeneral Valdéz ha tenido un encuentro bastante serio con una division del jeneral Olañeta, cerca de Potosí; que la suerte ha sido para el enemigo igualmente contraria en el Sud; y que el jeneral Olañeta viene persiguiendo a Valdéz que ha abandonado al Vencedor las provincias del Perú alto.

Pero es notable, Señor Ministro, y digno de que se haga pública la conducta de nuestros enemigos, al dejar el Pais que tiranizaban: ellos han FUSILADO a todos sus soldados cansados, a las mujeres que han podido tomar en defecto de algunos otros, y aun a los mismos enfermos de los hospitales que no han sido capaces de seguirlos. Hemos visto mas de doscientos muertos sobre el transito de ellos, y los vecinos de este pueblo nos han informado del asesinato de nueve hospitalarios que había en él, y de otros cinco en Abancay.

S. E. está muy satisfecho del entusiasmo y contento, con que los pueblos reciben a sus Libertadores. El ejército ha tenido en todos muy buena acogida, y son admirables los esfuerzos que hacen para concurrir a su Libertad.

S. E. quiere, que U. S. haga publicar estos avisos para conocimiento de las demas provincias libres. — Dios guarde a U. S. — Señor Ministro — El Jeneral Jefe *Andres Santa Cruz*.

P. D. Se han recibido comunicaciones del Comandante Jeneral de la costa del Sud desde Ica, y asegura, que marchaba ya ácia la capital con fuerza.

OTRA

SECRETARIA JENERAL

Cuartel Jeneral en Chuquibamba a 4 de octubre de 1824.

Al Señor Ministro Jeneral de la República del Peru don José Sanchez Carrion

Los enemigos han pasado al otro lado del Apurimac, abandonandonos todo el pays comprendido de esta banda del rio, de sud a norte, y segun sus movimientos, parece que se retirarán hasta el Collao.

El ejército Libertador ha ocupado pues todo el pays abandonado, el que contiene algunas provincias del departamento del Cuzco; cubre y observa la línea del Apurimac.

Se le presentan diariamente soldados del enemigo, cuya desercion ha ido en aumento a proporcion de su marcha. El 17 de agosto hubo en la Laba una accion muy seria entre la vanguardia del jeneral Olañeta, y la division del jeneral Valdéz, quien, segun las noticias que tenemos, salió gravemente herido. Los papeles públicos firmados por el mismo señor Olañeta no dejan la menor duda de que es enemigo irreconciliable de los jefes españoles.

Por la última correspondencia que se ha recibido de Colombia, sabe S. E. el LIBERTADOR, que desde julio estaban en marcha para Panamá diez mil veteranos, pedidos por S. E., para ausiliar al Perú. De un día a otro esperaba el intendente de Guayaquil, del istmo 4.000 hombres, y 8.000 fusiles ingleses. La corbeta Limeña ha conducido de Panamá a Guayaquil el célebre escuadrón de Laneros de Venezuela, y dos mil fusiles ingleses. Este cuerpo, y armamento deben arriar ya a estas costas, en conformidad de las órdenes comunicadas a dicho intendente.

Los pueblos de esta parte del Perú se muestran cada día mas y mas amantes de la causa santa de su Patria, manifestandose igualmente muy reconocidos a los eminentes servicios de S. E. y de todos los bravos que sostienen los derechos del género humano en la actual contienda. Por consiguiente, es muy facil calcular, que dominando el ejército Libertador los corazones de estos habitantes, no solo no le faltará nada de cuanto pueda servir a su subsistencia, sino aún a su comodidad. Sería, pues, una estupidez, dudar siquiera por un momento, en nuestra presente actitud, de la pronta y completa Libertad de la República.

Lo comunico a U. S. para su satisfaccion, y la de los pueblos — Dios guarde a U. S. — *Tomas de Heres* — Secretario Jeneral interino.

NOTA

En el número 34 del boletín del ejército español, dijo, entre otras cosas, el brigadier don Andres Garcia Camba lo que sigue: “Si el año de 1824 fuese para “las armas nacionales (*hoy realistas*), como es de ESPERAR, tan dichoso como “el de 1823; el genio del mal, que asola algunos pueblos del Perú, no hallará asilo “en punto alguno de su territorio, a pesar del nuevo empeño del célebre SIMON “BOLIVAR. Y en el número 35 del mismo boletín, lo siguiente: “Es de tal naturaleza el horror, o llamese MIEDO, que nos inspira el señor BOLIVAR, que “para cuando S. E. libertadora nos quiera buscar con sus INVENCIBLES compañeros, ya tendremos nosotros bien examinado el camino que sirva a nuestra “FUGA. Y en esto se nos concederá alguna ventaja, porque estamos acreditados “de baqueanos en todo el reyno. Yo prevéo que el TERMINO de los españoles “ha llegado: y que, como se dice, no pasa del año 24. Nó: en esto no hay DUDA, “por que BOLIVAR y compañía son profetas de otra jerarquía que San Martin “y Riva-Aguero”.

Parece que al vertir estas palabras, el señor brigadier estaba animado de un espíritu verdaderamente profético. El hablaba, desde luego, en ironía pero los sucesos han dado a estas cláusulas su obvio y natural sentido, volviendo por pasiva aquello de; *el genio del mal* &c. que propiamente cuadra a los españoles.

* * *

El martes 2 del presente se recibio otro correo bien atrazado del ejercito, cuyas noticias no repetiremos por ser ya sabidas, y solo insertamos el siguiente decreto que prueba cada dia mas la generosidad con que estan marcadas todas las providencias de S. E. el Libertador.

Con fecha 30 de Agosto último — S. E. el LIBERTADOR se ha servido decretar. Que el pueblo de Cangallo lleve el título de ciudad, conforme a la declaratoria del gobierno en 1821, gozando de todas las prerrogativas de tal deno-

minación; y que en adelante, sea la capital o cabeza de la provincia de Vilcashuaman.

Igualmente se há servido declarar esentos de toda clase de contribución, por diez años, desde el día 30 de agosto último, a los vecinos de los pueblos que han sido quemados por los enemigos; debiendo cooperar a su reedificación los prefectos de los departamentos, donde se hayan sufrido estos incendios.

Así mismo se ha declarado abolida por S. E. la contribución que con el nombre de tributos pagaban los indijenas en los puntos ocupados por los españoles; quedando dichos individuos igualados en derechos y obligaciones a los demas habitantes del estado; siendo un deber de los jueces y de los párrocos hacer entender estas disposiciones a los interesados.

PROMOCIONES

El jeneral en jefe atendiendo á la bizarra comportacion del Jeneral Cordova en la batalla de Ayacucho, tomó el nombre de Colombia, del Libertador, del Congreso y del gobierno para ascenderlo sobre el mismo campo á jeneral de division, y en iguales terminos ha nombrado jeneral de division al Sr. jeneral Lara por sus muy distinguidos servicios en la campaña.

Del mismo modo el Sr. jeneral en jefe ha dado á los jefes del ejército los premios siguientes, mientras pasadas por las divisiones las noticias de la tropa, capitanes y subalternos, que se han distinguido, se concedan las promociones y gracias á que sean acreedores, con cuyo motivo ecsige hoy mismo estas relaciones.

Coronel graduado, José Leal — á coronel efectivo.

Teniente coronel, Trinidad Morán — á coronel graduado.

Teniente coronel graduado, Pedro Guash. — á teniente coronel efectivo comandante de Voltigeros.

Teniente coronel graduado, Rafael Cuervo. — á teniente coronel efectivo 2, comandante del Batallon Bogota.

teniente coronel graduado, Antonio Guerra. — á teniente coronel efectivo.

teniente coronel graduado, Florencio Jimenes. — á teniente coronel efectivo.

teniente coronel graduado, Jorje Brown. — á teniente coronel efectivo.

Sargento mayor Pedro Torres. — á coronel graduado.

Sargento mayor graduado, Antonio Zornosa. — a sargento mayor efectivo.

El Señor jeneral en jefe, ha puesto con muy particular encarecimiento á S. E. el Libertador los servicios de los Señores coronel Silva, coronel Carbajal, y coronel Sandes, recomendando las heridas que ha recibido el Señor coronel Silva en la batalla.

El Sr. jeneral en jefe al ejército unido

Soldados. Sobre el campo de Ayacucho habeis completado la empresa mas digna de vosotros. Seis mil bravos del ejército libertador han sellado con su cons-

tancia y con su sangre la independencia del Perú y la paz de América. Los diez mil soldados españoles, que vencieron catorce años en esta República, están ya humillados á vuestros pies.

Peruanos: sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos, las mas remotas generaciones del Perú recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

Colombianos: del Orinoco al Desaguadero habeis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia; vuestras armas las ha destinado la victoria para garantizar la libertad del Nuevo Mundo.

Cuartel jeneral en Ayacucho á 10 de Diciembre de 1824.

Antonio Jose Sucre

E. M. G. L.

ORDEN DEL DIA

Cuartel jeneral en Lima a 22
de Diciembre de 1824

S. E. el Libertador ha recibido anoche, por conducto del edecan del señor general Sucre, capitán Alarcon, la confirmacion de la batalla de Ayacucho el 9 del corriente, a las ordenes del inmortal general Sucre.

Despues de cinco meses de maniobras habiles por ambas partes, y de diferentes combates siempre gloriosos para nuestras armas, el Señor general esperó al enemigo en la posicion de Ayacucho. Los dos ejercitos tubieron el 8 algunos ligeros encuentros. El 9 el ejercito libertador fue atacado por el ejercito enemigo, que habia tomado las alturas que estaban al frente de nuestro campo. El general Valdes a la vanguardia, mandaba la derecha con cuatro piezas de batalla, cuatro batallones de escuadrones de Husares: el general Monet al centro con cinco batallones, el general Villalobos mandaba la izquierda y cuatro batallones; el resto de la caballeria y del ejercito español estaba a retaguardia.

Nuestro ataque fue en el orden siguiente. El general Cordova atacó por la derecha con la segunda division de Colombia compuesta de los batallones Bogotá, Voltijeros, Pichincha y Caracas. El general La-mar mandaba la izquierda con los batallones del Peru, Legion n. 1, 2 y 3; la división del general Lara estaba en reserva.

Los dos ejercitos, aunque muy desiguales en fuerzas, ardian por combatir. El enemigo tenía cerca de diez mil hombres, y el nuestro cinco mil ochocientos.

Los batallones de la segunda division de Colombia marcharon, arma al brazo, con un denuedo de que hay pocos egemplos. A penas se rompió el fuego, cuando los españoles empezaron a perder terreno y a desordenarse. La división del Peru habiendo encontrado una resistencia muy vigorosa en la vanguardia enemiga a las ordenes del jeneral Valdes fue reforzada por el general Lara con los batallones Vencedor y Vargas de la guardia Colombiana. Entonces ya nada resistio el im-

petu de nuestros bravos. El segundo escuadron de Huzares de Junin a las ordenes del intrepido comandante Olabarria cargó brillantemente a los escuadrones enemigos que estaban a la derecha del general Valdes, y logró un suceso admirable. Los granaderos de Colombia cargaron, pie a tierra, por el flanco derecho nuestro a la infantería española. El regimiento de Huzares de Colombia a las ordenes del intrépido coronel Silva, cargó lanza en mano, a los granaderos de la guardia del Virey y fueron despedazado: este bravo coronel recibio tres lanzasos.

Todos los cuerpos, todas las armas se portaron de un modo heroico durante el corto pero terrible choque de la batalla.

Nuestra perdida ha sido, de muertos, un gefe, ocho oficiales y treientos soldados: heridos, seis gefes, treinta y cuatro oficiales, y cuatrocientos ochenta soldados. La del enemigo: el Virey herido, seis gefes muertos, y dos mil siescientos de tropa entre muertos y heridos.

El señor general Sucre recomienda los siguientes gefes a quienes ha dado los ascensos inmediatos.*

Como no se ha recibido el parte de la batalla por la muerte del teniente coronel Medina, apenas sabemos los gefes que mas se han distinguido. El señor jeneral La Mar, segun los informes, se ha portado de un modo digno de su antigua reputacion; cuando venga este glorioso parte lo insertaremos todo en la orden del dia.

Los restos del ejercito español a las ordenes del jeneral Canterac capitularon con el señor jeneral Sucre antes de terminar el dia de la batalla. Por esta capitulacion todo lo que pertenecia antes al poder español en el Peru, se ha mandado entregar a esta publica. Todo el egercito español inclusive, quince jenerales ha quedado en nuestro poder.

El Jefe interino Manuel Jose Soler

DISPOSICIONES TESTAMENTARIAS DEL GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE

- 1º - Mi mujer legítima es Mariana Solanda; y tenemos una sola hija Teresa, que ha cumplido hoy cuatro meses de edad, por lo que mi mujer no está embarazada.
- 2º - Si yo muero estando viva mi hija, ella es mi sola y única heredera. Si mi hija muere antes que yo, entonces, mi mujer es mi heredera, con excepción del tercio y quinto de mis bienes.
- 3º - En el caso que mi mujer sea la heredera, el quinto de mis bienes lo tomará mi Ayudante el coronel Pedro José Alarcón, y lo distribuirá en los términos que le prevengo en una memoria separada que le dejo, y que observará puntualmente. El tercio de mis bienes se repartirá igualmente entre mis ocho hermanos legítimos, José María, Jerónimo, Margarita, Manuela, José Manuel, Juan Manuel Magdalena y Rosario. La distribución por partes exactamente iguales la encargo a mi hermano Gerónimo que la cumplirá con fidelidad.

* Estos asensos hon los espresados arriba.

- 4º - Las muy pocas mandas que prevengo las cumplirá Alarcón de mi quinto. De mis bienes se separa la espada que me regaló el Congreso de Colombia como premio por la batalla de Ayacucho, y que se entregará al general Bolívar en señal de gratitud por los servicios que ha hecho a mi patria.
- 5º - Mi hija o mi mujer elegirán de entre mis bienes los que ellas gusten para su herencia, y puesto que a la primera nada reservo, comprende este artículo a la segunda.
- 6º - Mis bienes consisten en mi casa, que antes fue del Marqués de Villarrocha, y que con lo que dejo para su conclusión me cuesta veinticuatro mil pesos, de los que 5.320 son a censo y pertenecen por una capellanía legal a mi mujer, a cuyo nombre se compró la casa, estando yo en Bolivia. 18.400 pesos que me reconoce a censo la hacienda de Santiago, perteneciente a los señores Zaldumbides. 600 pesos de unos negros de mi propiedad que están en Esmeraldas. 1.000 pesos que vale mi cantina de plata. 12.000 pesos en plata que tengo en poder de don Lucas de la Coterá, residente en Bolivia, y cuya obligación se halla entre mis papeles. 12.000 o 15.000 pesos que valen mi espada de brillantes que me regaló la Municipalidad de Lima, y mi medalla de brillantes que me regaló el Congreso de Bolivia. 6.000 pesos que me debe el Sr. Cristóbal de Armero por los arriendos de la hacienda de la Huaca en los años de 27 y 28, que rebajados algunos picos que dice él que tiene que cargarme, quedarán lo menos a mi favor 5.300. Y doscientos seis mil y pico de pesos en que está tasada mi hacienda de la Huaca, sita en el valle de Chancay, del Departamento de Lima, siendo éste su valor el año de 1825 y sin comprender las mejoras que haya tenido hasta ahora.
- 7º - Mi herencia paterna y materna, y unos 20.000 pesos que había prestado al Gobierno de Colombia, por medio de mi apoderado en Guayaquil, no se cuentan en mis bienes, porque los he cedido desde años pasados a mis hermanos, que deben estar ya en posesión.
- 8º - Mi cantina de plata, y las prendas de oro y plata que hay en mi equipaje las tomará mi ayudante Alarcón; y también tomará lo que guste de mi equipaje, repartiendo el resto entre mis criados. Mi buena papelera pertenece a Carlos Aguirre, a quien se le entregará.
- 9º - No debo cantidad alguna a nadie. Tenía una cuenta pendiente con mi ayudante el coronel Alarcón y le he dado una libranza para que mi apoderado en Lima se la cubra de toda preferencia con los productos de la Huaca en este año o el que viene.
- 10º - Nombro por mis albaceas a los señores general Vicente Aguirre y coronel Pedro Alarcón, mientras se haga la distribución de mis bienes. Si mi hija vive, será mi mujer la tutora mientras no se case. Si mi mujer se casa, será el tutor de mi hija mi ayudante el coronel Alarcón. Los diez artículos que anteceden, escritos de mi puño y letra, son válidos como un testamento en forma, si yo falleciese sin haber hecho otro con fecha posterior al presente.
Quito, a diez de noviembre de mil ochocientos veintinueve, el 19º de la independencia.

(Firmado)

Anto. Js. de Sucre

Disposiciones testamentarias oct. Tab. Int. José de Saura.

- 1.^o Mi mujer legítima es Mariam de Solandub, y tenemos una sola hija Teresa, y ha cumplido hoy cuatro meses de edad, y que mi mujer es en la edad aragonesa.
- 2.^o Si yo muero estando viva mi hija, ella es mi sola y única heredera. Si mi hija muere antes que yo, entonces, mi mujer es mi heredera, con creción del tercio y quinto de mis bienes.
- 3.^o En el caso y si mi mujer sea mi heredera, el quinto de mis bienes lo tomará mi hijo. El Sr. Pedro José Alarcón, y lo distribuirá en los sesenta y cuatro prebendas en una memoria separada y sellada, y que obren para puntualmente. El tercio de mis bienes se repartirá igualmente entre mis ocho hermanas legítimas, José María, Ferrnán, Margarita, Mameña, José Manuel, Inés María, Magdalena y Rosario. La distribución de partes exaltará, iguales, la exacción mi hermanas y hermanas. Ha cumplido mi hijo de la edad.
- 4.^o Las muy pocas monedas que prebendas de cumplimiento Alarcón de mi quinto. De mis bienes se separa la espada que mereció el Congreso de Colombia como premio por la Batalla de Boyacá, y que se entregará al Sr. Botívar, en señal de mi gratitud, y de servicio y ha el Sr. Botívar.
- 5.^o Mi hija o mi mujer, elejirá de entre mis bienes los sellados que le parezcan herencia, y que se sellará y firmada en un recibo, conforme este artículo a la segunda.
- 6.^o Mis bienes consisten, en un casafuente fue del Marqués de Villarrocha, y con los de la construcción me cuesta veinte y cuatro mil p. de los cinco mil. Treinta y cinco son a cargo, y pertenecen a una capellanía lega a mi mujer, a cuyo nombre se compró la casa estando yo en Bogotá. El Sr. y ocho mil cuatrocientos p. y me como a cada cargo, la casa de Sanabria, perteneciente a la Sr. Catolimbides. Treinta y cinco mil p. de un negro de mi propiedad. Y están en Encomienda: mis p. y vale mi cantina de pilata = Doce mil p. de pilata y tengo en poder de D. Lucas de la Cota vendente en Bogotá, y una obligación de halla

entremij papales = Dote o gnuice mil p.^{os} que
valen mi esposa de brillante y me regaló la mu-
nipalidad de Lima, y mi modesto. Escrito -
terg me regaló el Cor. reu de Bolivia = Leir
mil p.^{os} y me otorgó el Sr. Cristobal de Romero
de la archidiaz de la Plaza de la Plazuela en
Lima de 27 y 28 y se le regaló al p.^{ro} que
dile el q.^{to} tiene, y cagarme, quedando me ya me
faro cinco mil p.^{os} = y docientos Leir
mil, pico de p.^{os} en esta casa a mi hacienda de
Plaza, ciudad del Valle de Chincipe de la Depar-
tamento de Lima, donde este su valor el uno de
mil ochocientos veinte y cinco, y sin comprender lo me po-
roy y huya tanto de la zona.

7º - El Sr. Herencia paterno don Maternio, y una veinte
mil p.^{os} y habia prestado a Uobn de Colombia, por
medio de mi poderado en Guayaquil, no se cuentan
en mis bienes, y los he cedido desde muy parados
a mi hermano, y deben estar ya en posesión.

8º - El Sr. Cantón de Plata, y las prendas de oro y
plata hay en mi equipaje, las tomara mi
Agud. Alarcón, y tanto tomara lo q.^{to} guste de
mi equipaje, repartiendo el resto entre mis
criados. Esto buena papelera, pertenece a Car-
los Aguirre, a quien se le entregara.

9º - A dicha cantidad alguna nada. Fensa una
cuenta pendiente con mi Agud. el Cor. Alarcón, ple-
hedado una libranza p.^a mi poderado en Lima de la
caudad de la presencia, con los productos de la plaza
en este año, o el q.^{to} viene.

10º - Donde si mi Albacero de la Sr. Mat. Aguirre,
y Cor. Pedro Alarcón, mis otras se hizo la lista bien
se me bien en mi hija vive, den mi mujer se tutora,
mientras no case; y si mi mujer se casa, sea el
tutor de mi hija, mi Agud. el Cor. Alarcón.

Los diez artículos preceden o citos de mi mano y
letra, son validos como un testamento en forma, si yo falle-
ciere, mi hijo u otro con fecha posterior a la presente.

Dada a 27 de Nov. de mil ochocientos veintinueve
el 19º de la independencia Ant. J. de Villota

EJERCITO UNIDO
LIBERTADOR DEL PERU.

Núm. 2

Cuartel jeneral en Puno

6 — 2 — de febrero de 1825.

45

Comando

Al Sr. Prefecto Comand. Militar en Huamanga.

Sr. Prefecto.

La Nota en V. S. del 14 en Unos la he recibido ante ayer, y la he leído con sentimiento. No sé si haya habido una equivocación al escribirlo. V. S. me dice que muchos individuos del Ejército Libertador restablecidos de sus heridas, pero inutilizados por el servicio, le imploraban socorros para subsistir, y licencia para irse retirados a diversos puntos del Perú. No es como un soldado del Ejército Libertador pueda implorar subistencia, cuando el Gobierno deba darsela, y cuando las Intendencias y las Ciudades no deben contemplar en sus heridos las fuentes de la Libertad y la Republica. En todos invalidos del Ejército Libertador, merece el respeto mas grande, y consideraciones prodigas. V. S. hará saber a estos invalidos muy condescendiente, dándoles recursos, vestimenta en cuantel, y su cuantioso sueldo.

De todos los invalidos Peruanos que haya en el Departamento se reformara un deposito para auxilios bien, y los que quieran ir a las Provincias se les daran los mismos socorros, tomados a los Intend. o Gobiernos.. el certificado de su existencia; y ellos (los invalidos) tendrán su certificado en habiendo prestado al Ejército Libertador.

Los invalidos Colombianos sean remitidos a Lima al Sr. Jeneral Salom, con una nota en que se expone el cuantioso y como a que corresponden, y el y el Sr. Jeneral Salom para su naturalidad, y en su vecindario para que sean remitidos a donde ellos desean vivir; pero por ningun motivo se les defienda en otra parte que suya en Lima en regalo al Sr. Jeneral D. Antolonia Salom, a cuyo efecto se reconocen todos los invalidos que haya, e irán juntos a cargo en un oficial que cuide de su asistencia en el camino. A cada invalido se le daran los sueldos integros de su clase antes de marchar, y se les cargara sobre sus alcances. Para razon igual a la que se manda al Sr. Jeneral Salom, se remitirá al Sr. al Ejército, con la misma nota que se le ha ya pagado a cada uno.

A todos los heridos del Ejército Libertador se les entregará en su mano la mitad de su paga mensual, mientras estén en el Hospital, y las relaciones de pago se enviarán al Sr. al Ejército. Por supuesto que el Hospital debe ser am-

do



Recibido en el Cuartel Jeneral de Puno

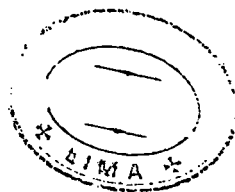
Se transcribio en el
y el Sr. Jeneral Salom
Lib. in p. 1000
Hospitales
Intend. Huamanga
Al Com. Militar Huamanga
Sr.

///
tudo con tanto amigos y aliados, como si cada soldado fuese un general, por que cada soldado
es un libertador. Espero no recibir ninguna queja de los soldados por falta de asis-
tencia.

Estacionen la fuerza de V. circular en todas las Provincias en que haya Hospi-
tales militares y velará en su cumplimiento.

Des que anda.

J. de Luna



LOS SESQUICENTENARIOS CIMEROS

CRISTÓBAL L. MENDOZA

Harto difundido, hasta el punto de constituir unánime opinión de cuantos historiadores en las más diversas latitudes se han ocupado del estudio de las guerras de la emancipación hispanoamericana, es el concepto de que la campaña de la Sierra del Perú en 1824, consumada por victorias decisivas, cerró definitivamente el ciclo de la contienda armada y señaló el comienzo de una nueva era continental. Con frases dignas del mármol, el insigne Rodó trazó los rasgos de la empresa heroica y puntualizó sus alcances: "Bolívar será quien corone, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima y luego entra en el Cuzco, en Chuquisaca, en Potosí el Libertador de América y mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta a esperarle y él se consagra a apercibir el suyo, enferma, y doliente todavía, oye que le preguntan: ¿Qué piensa hacer usted ahora? "Triunfar, contesta con sencillez de esparciata. Y triunfa: triunfa después de cruzar las gargantas de los Andes a la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín, y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando".

Empero, la entrega de los títulos de la fabulosa propiedad puesta tres siglos antes por el Descubridor en manos de los Reyes Católicos, no constituía el acto final del drama de la emancipación de Hispanoamérica, en el cual intervenían múltiples y complicados factores, tanto del propio orden militar, como en el aspecto político. Existían aún en el Continente áreas y agrupaciones humanas no amparadas por la gloriosa capitulación y la acción del Libertador tenía todavía un inmenso campo para el desenvolvimiento de sus iniciativas redentoras. La victoria espectacular abría nuevos horizontes a su empresa y encendía en su mentalidad el panorama seductor de una nueva cruzada de más vastas y más altas proporciones que lo llevaría a todos los rincones de América donde existían aun lazos por desatar, aspiraciones no satisfechas. Al general Portocarrero, uno de los mensajeros enviados de Lima para pedirle su marcha al Perú, le había asegurado que los soldados de Colombia, los primeros en empuñar las armas libertadoras, serían los últimos en deponerlas en el templo de la libertad del Nuevo Mundo y, en cuanto a él, estaba pronto a marchar con sus compañeros de armas a los confines de la tierra que fuese oprimida por tiranos. Y ahora surgían Junín y Ayacucho como

la comprobación de que aquel aserto no era una vana arrogancia, sino la exteriorización de una fe irrevocable en los destinos de la América Hispánica y de su confianza sin límites en que los esfuerzos hasta entonces realizados y las victorias resonantes obtenidas, constituían el nuncio formal del éxito en las empresas futuras.

Bajo la euforia del triunfo, a raíz de la destrucción del último ejército español en Venezuela, ya asegurada la independencia de su tierra nativa y libre la Nueva Granada, había dirigido sus miradas al Sur. Allí estaban, en primer lugar, Quito y Guayaquil, el complemento indispensable de su organización grancolombiana, cuya conquista le permitiría continuar su marcha hacia el Virreinato del Perú, corazón del poderío realista en América. A pocas semanas de Carabobo, había escrito al Vicepresidente Santander que ya nada había de temerse en Venezuela y que despacharía por el Istmo sus hombres rumbo al Sur. Le pedía que tomara las medidas más activas para el envío de 3.000 ó 4.000 hombres más, equipados con el vestuario indispensable y mucho dinero. Lo instruía acerca de la movilización de otros Cuerpos cuyo despacho apremiaba. "Haga Vd. prodigios, le dice, si Vd. ama mi gloria y a Colombia como me ama a mí". Previendo el empeoramiento de la situación en el Departamento sureño y los conflictos que pudiesen surgir con motivo de su anexión a Colombia, advierte al Vicepresidente acerca de la necesidad de realizar nuevos sacrificios para consumar la operación. Piensa que debe marchar a la cabeza de un ejército digno de los vencedores de Carabobo y Boyacá. Y pide a aquel "le forme un ejército que pueda sostener la gloria de Colombia a las barbas del Chimborazo y Cuzco, que enseñe el camino de la victoria a los vencedores de Maipú y libertadores del Perú. Meses antes, ha advertido a Santander, sobre las condiciones indispensables para asegurar el éxito: un ejército magnífico, un gobierno fuerte y un hombre cesáreo y arrebatado ante la perspectiva de hallarse un día a la cabeza de un ejército brillante, integrado por soldados de toda la América hispánica, marchando por las más distantes fronteras del Continente, desahoga su pasión libertadora en palabras que por desproporcionadas con los recursos del medio y la escasez de contingentes humanos, envuelve en los velos del ensueño: "Quien sabe si la Providencia me lleva a dar la calma a las aguas agitadas de la Plata y a vivificar las que tristes huyen de las riberas de las Amazonas. Todo esto es soñar, amigo".

La áurea pluma de Rodó siguió devotamente la asombrosa trayectoria del ensueño y describió la elipse gigantesca de la marcha al través de los misterios de la naturaleza americana para cerrarse triunfalmente en la majestuosa reunión de todas las Repúblicas hispanoamericanas en Panamá: "Cumplida está la obra de Bolívar, dice aludiendo a la liberación del Perú, pero aún rebosan sobre ella la inspiración y los heroicos alientos. Aún sueña el héroe con más; aún quería llegar a las márgenes del Plata, donde padece, bajo la conquista, un pueblo arrancado a la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador; arrollar, hasta la misma corte del Brasil, las huestes imperiales; fundar allí la república, y remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano e ir a acordar y presidir la armonía perenne de su obra en la Asamblea Anfictiónica de Panamá".

¿A quién habría escogido el Libertador como compañero en la ejecución de la épica odisea, superior a cuantas había conocido la humana Historia? Si se re-

corre su epistolario con todos los Tenientes de la Epopeya, entre quienes hubo algunos dignos del Olimpo, no cabe duda de que la elección habría recaído en el autor de la batalla de Ayacucho, que le mereció el calificativo de cumbre de la gloria americana, poniéndola por sobre Boyacá, Carabobo y Junín, sus obras maestras. Escribe su Biografía destacando las características de aquella campaña, "la más brillante de cuantas forman la gloria de los hijos del Nuevo Mundo", observando que la marcha del ejército fue una operación insigne, comparable quizás a lo más grande que presenta la historia militar. Bolívar narra la proeza de aquella campaña magistral, con un ejército mitad del realista, desfilando por las alturas heladas y desiertas, salvando riscos, gargantas y abismos imponentes, siempre en presencia del adversario, superior en ventajas materiales. "Esta corta, pero terrible campaña, advierte, tiene un mérito que todavía no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa... La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas". Y en su estilo inflamado, consagra a la inmortalidad al triunfador: "el general Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada".

Sin embargo, la gloria sin par que lo cubría con un manto resplandeciente y debía ser su escudo protector, fue el motivo de su muerte. Temerosa de su prestigio, indiferente a sus virtudes, la desaforada demagogia desatada en la capital de Colombia, en contubernio con el caudillismo reaccionario, lo condenó. Su prensa, suma de villanías, habló de la ambición que devoraba sus entrañas, de su humor ponzoñoso y disociador, de su servilismo por el Libertador, aquel genio del mal, y lo acusó de pérfido, de presuntuoso, de baladrón y de insensato; invirtiendo las nociones más elementales de dignidad y de moral, tildó de víbora a aquel hombre, que era el más perfecto modelo del servidor público en todas sus manifestaciones y cuyo único anhelo era el de encerrarse en su hogar. Le ha escrito al Libertador una carta reveladora de su propósito de abandonar toda ingerencia en la vida pública: "Ud. me convida para que continúe esta carrera pública y diré que los desórdenes de Colombia, la confusión de América y la ingratitude que observo, me han persuadido de que si los que figuraron en la guerra de la independencia no dejan el puesto, les costará la cabeza". Ciertamente, no era el temor de su propia persona lo que inspiraba su decisión, sino la melancólica convicción del sacrificio frustrado, del hondo escepticismo en cuanto a los resultados del esfuerzo emancipador, su distanciamiento de aquella cosa pública, repugnante hasta para sus sentidos, dotados de una sensibilidad incompatible con el medio. Sólo tiene como punto de contacto con aquella sociedad convulsa y desigual, su lealtad hacia Bolívar, una de las páginas más hermosas y fecundas en la Historia de la atormentada Revolución. No veía en el horizonte sino la perversión de las ideas, la negación de los principios, el surgimiento de los más bajos elementos. "Nuestros edificios políticos, dice al Libertador en otra ocasión, están construi-

dos sobre arena; por más solidez que pongamos en las paredes, por más adornos que se les hagan, no salvamos el mal de sus bases. Es la mayor desgracia conocerlo y no poderlo remediar". Sin embargo, actúa de un modo admirable, hasta que sale de Bogotá, bajo la ominosa advertencia de su muerte. La Historia no conoce crimen más inhumano, ni la lengua tiene palabras adecuadas para expresar su repudio.

No obstante la seducción que en su ánimo ejercía la idea de proseguir indefinidamente hacia el Sur el vuelo de sus empresas y las tentaciones con que lo halagan, Bolívar abriga otros planes que satisfacerían con mayor provecho y menores sacrificios, el ideal de integración hispanoamericana, meta de sus ardientes aspiraciones. En su Carta de Jamaica, había insinuado ya la idea de la grandiosa Asamblea que habría de estabilizar el orden interno y alejar las asechanzas exteriores, oponiendo un frente formidable de fuerza y de opinión a los intentos reaccionarios de la Europa legitimista: "Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo".

Bolívar tiene clavado en su mente el advenimiento de lo que en su lenguaje pletórico de grandes y fecundas concepciones, llama el Día de la América, Día que no ha de surgir en un campo de batalla ni ser el resultado inmediato del triunfo de las armas y que no se alcanzaría sino, cuando ya emancipadas las naciones hispanoamericanas, se reuniesen todas en un sólido conjunto que se presentara ante el mundo con toda la grandeza de una inmensa unidad. Desde Cali el 8 de enero de 1822, en marcha a la campaña del Ecuador, había explicado su idea al Director Supremo de Chile, en cuya ayuda confiaba. Anticipándose a los acontecimientos, le hace la pintura optimista de la situación: las Provincias del Nuevo Mundo se han desprendido de las cadenas que desde el otro hemisferio le había echado España y han recobrado su libertad, dándose una existencia nacional, han expulsado a sus opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas. Sin embargo, el gran día de América no ha llegado aún: falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo una nación de Repúblicas, y pone ante los ojos del estadista sureño la visión del coloso que será la América Hispana cuando se reunan todas sus partes para asombro de Europa, que no estaría en capacidad de imponer su despótica ley a la soberbia entidad representativa de los nuevos ideales llamados a quebrantar las estructuras tradicionales y a iniciar una nueva era en las relaciones internacionales. El Director de Chile estaba en posición, según Bolívar, de contribuir eficazmente al pacto salvador y a erigirse en el hombre a quien su pueblo le debería hasta la más remota posteridad, no sólo su nacimiento político, sino su estabilidad social y su reposo doméstico.

Sin aguardar el desenlace de la campaña, Bolívar convoca el Congreso de Panamá. Lo hace, como dice, "bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español". Sabe que el final ha de serle propicio porque tiene a su disposición los elementos del triunfo, reunidos y organizados mediante sus esfuerzos inauditos, que se revelan espléndidamente en la impresionante revista pasada al ejército en las vísperas de Junín, donde había expuesto a sus

soldados que el cielo los ha encargado de salvar un mundo de la esclavitud y que el Perú y la América toda aguardaban de ellos la paz, hija de la victoria y que aún la Europa liberal los contemplaba con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo era la esperanza del Universo. Junín había confirmado la profecía de Pativilca: había escalado las temibles alturas de los Andes, tramontando la Cordillera hostil y vencido al adversario, cuya destrucción total dejaba en las manos expertas de Sucre. Dos días después de la convocatoria, desaparecía el ejército realista. Enagelado, Bolívar dice a sus soldados que Ayacucho, semejante al Chimborazo levanta su cabeza sobre todos los trofeos ganados en América y proclama los beneficios universales de la victoria. "La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios".

Bolívar sabía que la mera victoria militar no aseguraba el libre desarrollo de los pueblos recién emancipados: no estaban dadas las condiciones para el pacífico ejercicio de las actividades ciudadanas y, sobre todo, eran de temerse las agresiones de una Europa absolutista, que veía con recelo el triunfo de las ideas republicanas en toda la extensión de la América Hispana. Se cernían, pues, sobre ésta riesgos mortales y la solución salvadora estaba en la unión de los dispersos Estados, bajo la protección de Inglaterra, opuesta a los planes de la Santa Alianza. Un escrito suyo sintetizaba su concepto acerca del Congreso de Panamá, en cuya realización veía la cristalización del Día de la América. Tras apuntar que el Congreso formaría la liga más vasta o más extraordinaria o más fuerte aparecida hasta la fecha sobre la tierra, el escrito observa que la Santa Alianza sería inferior a ella en poderío, siempre que la Gran Bretaña quisiera tomar parte. El género humano daría mil bendiciones a esta liga de salud. La América, como la Gran Bretaña, recogerían cosechas de beneficios y las relaciones de las sociedades políticas recibirían un Código de Derecho Público por regla de conducta universal: la existencia de los nuevos Estados quedaría asegurada; España haría la paz y la Santa Alianza desistiría de sus pretensiones; ninguno sería más débil ni más fuerte que los demás y se establecería entre aquellos un perfecto equilibrio; la fuerza de todos concurriría al auxilio del que se viese atacado por enemigos externos o por facciones anárquicas y carecerían de influencia las diferencias de origen o de colores. Y extremando la visión del grandioso pensamiento, el escrito concluye "que en la marcha de los siglos, podría encontrarse, quizás, una sola nación cubriendo el universo: la federal".

La convocatoria del Congreso de Panamá, documento de permanente vigencia en los anales de América y fuente constante de inspiración para los hombres de Estado y los publicistas del Continente, es la ratificación de los postulados expuestos en el escrito. Comienza por invocar los sacrificios consagrados a la libertad de América para obtener el sistema de garantía que sea el escudo de los nuevos destinos de América y proclama la necesidad de que las repúblicas americanas tengan una base fundamental que eternice la duración de sus gobiernos y de seguidas observa que el sistema y su consolidación corresponden a una autoridad sublime que dirija la política de los gobiernos y cuyo influjo mantenga la uniformidad de los nuevos principios; da cuenta de sus gestiones anteriores cerca de los diferentes gobiernos establecidos; llama la atención sobre las dificultades y retar-

dos que pueden ocurrir por las distancias que los separan y los preliminares para el nombramiento e incorporación de los representantes; sugiere un plazo de seis meses para la instalación de la Asamblea y en cuanto al sitio de la reunión, indica que si el mundo hubiese de elegir su capital, señalaría al Istmo de Panamá para el augusto destino colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra el Africa y la Europa. El gobierno de Colombia ha ofrecido el Istmo para sede de la reunión y podría ser el lugar provisorio para el primer contacto. Se siente inclinado a enviar a Panamá los Diputados del Perú, apenas tenga el honor de recibir la ansiada respuesta a la convocatoria y nada, ciertamente, llenaría tanto los ardientes votos de su corazón como la conformidad que espera de los gobiernos de América sobre la celebración del augusto acto que propone. La convocatoria concluye con un pensamiento digno de ser estampado en todas las Casas de Gobierno de la América española como una llamada a la integración, que cobra cada vez mayor actualidad en el propósito de alcanzar ese Día de la América soñado apasionadamente por el Libertador: "el Día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los actos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrará el plan de las primeras alianzas que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?"

Para Bolívar, la reunión del Congreso de Panamá reviste una importancia vital. A pesar de Ayacucho, teme las contingencias a que está expuesta la causa de la República en la América Meridional. A pocas semanas del triunfo, escribe a Santander una carta reveladora de sus preocupaciones: presume un acuerdo entre el Emperador del Brasil, adonde han llegado dos mil alemanes, esperándose seis mil rusos, con el rebelde Olañeta; el Rey de Portugal se ha entendido con su hijo el Emperador para propagar el legitimismo en América. El Perú se pierde el día en que él se vaya por falta de hombres capaces. Bolívar advierte al Vicepresidente que cada día se hace más urgente la Asamblea del Istmo. Días después vuelve a escribirle: las Provincias del Río La Plata no tienen ejército y el Príncipe del Brasil posee todos los medios para subyugarlas. El Emperador y la Santa Alianza son uno y si nosotros no formamos otra unidad, somos perdidos; pide el envío de los representantes de Colombia a Panamá como muy urgente y muy útil, agregándole que la Asamblea es el último servicio que pueda prestarse a la América. El 11 de marzo siguiente, le comenta al Vicepresidente que si Francia continúa en su actitud hostil no obstante Ayacucho, la América debe prepararse para la contienda más ardua y más grande de cuantas han afligido hasta entonces a los hombres. Piensa que el plan definitivo de los legitimistas es librar una contienda para el triunfo de los tronos sobre la República. Bolívar sugiere que la América debe prepararse para una lucha muy prolongada, muy ardua y muy importante. "El remedio a todo esto se encuentra, advierte, en el gran Congreso de plenipotenciarios en el Istmo, bajo un plan vigoroso, estrecho y extenso con un ejército a sus órdenes de cien mil hombres, a lo menos, mantenido por la Confederación e independiente de las partes constitutivas".

Al avisar a Santander su viaje al Alto Perú el 7 de abril, le comunica instrucciones que revelan sus ansias por los resultados de la reunión y su disposición de transigir con las aspiraciones de los Diputados. "Este gobierno (el peruano) queda encargado de entenderse con el de Colombia en todo lo relativo a las relaciones exteriores, y muy particularmente, en lo que respecta a la federación americana... cada vez que pienso sobre esto me encanto, por que la erección de un gigante no es muy común. Vd. ordene que se pase por todo, con tal que tengamos federación; que se tenga deferencia a todo lo que se exija por cualquier parte, que pretenda alguna extravagancia tolerable, aunque sea por algún tiempo; quiero decir que se conserve a todo trance la reunión federal y la apariencia de este cuerpo político. Su mera sombra nos salva del abismo o nos prolonga la existencia, por lo menos. Yo pienso ir al lugar de la reunión de este Congreso, luego que se haya verificado, a darle algunas de mis ideas que tengo en reserva". Desde Arequipa, el 30 de mayo, le participa a Santander la invasión de la Provincia de Chiquitos por los portugueses y le dice: "Si es del Emperador, sin consulta de la Santa Alianza, es un arrebato loco y sin consecuencia; y si por consejo de la Santa Alianza, la cosa es de la mayor gravedad y su trascendencia inmensa. Debemos, pues, en este caso, prepararnos para una larga contienda con la mayor parte de la Europa; creo que lo primero que debemos ejecutar, si la Santa Alianza se mezcla en nuestros negocios, es que el Perú y Buenos Aires ocupen inmediatamente el Brasil; Chile a Chiloé; Colombia, Guatemala y México, deben ocuparse de su propia defensa y toda la América formar una sola causa, atendiendo todos a la vez a los puntos atacados o amenazados". Iguales instrucciones comunica al Consejo de Gobierno del Perú por órgano de Unánue.

Las amenazas no se cumplen. La Santa Alianza desaparece, arrastrada por el progreso de las ideas. El Congreso de Panamá se desvanece, a su vez, aunque dejando en las páginas de la historia de América una lección inmortal. Las naciones de Hispanoamérica no se entienden y aun emprenden entre sí contiendas fratricidas y son víctimas de los desórdenes internos y de los apetitos internacionales de las Grandes Potencias. Se aleja indefinidamente la hora ansiada del Día de América, preconizado por el Libertador. Bolívar abandona el Perú, desde donde había soñado con llevar a cabo su proyecto salvador y regresa a la Gran Colombia, ya carcomida, a sumergirse en el calvario de sus últimos años.

LAS MEDALLAS DE AYACUCHO

Por TOMÁS PÉREZ TENREIRO

Para conmemorar la victoria de Ayacucho, premiar a los denodados vencedores y señalarlos ante el reconocimiento público, y el hecho en sí a la memoria de los siglos por venir, las autoridades a quienes competía la tutela de los intereses patrios mandaron acuñar algunas medallas y acordaron premios que pasamos a describir. Sucre no vaciló en escribir al Libertador: "he creído que la justicia y la victoria me autorizaban para dar algunos premios" ... y en base a tales argumentos decidió, que se repartiese una Medalla. Los considerandos de su acuerdo son:

1º) El Ejército de Colombia Libertador del Perú y Vencedor de Ayacucho, llevará una medalla al pecho izquierdo pendiente de un cordón de los colores nacionales.

2º) Esta medalla será una corona de laureles, en cuya parte interior estará esta inscripción: "Colombia a sus bravos en el Perú", y en reverso el nombre del agraciado. En medio se figurará la llanura de Ayacucho atravesada de un fusil y una espada, y la inscripción "Vencedor en Ayacucho, 9 de Diciembre Año 14º".

3º) Los Jefes y Oficiales llevarán esta medalla de oro, y la tropa de plata costeándosele a esta por la caja del Ejército. Los generales no usarán de esta medalla hasta tener la aprobación del Gobierno Supremo y entonces la llevarán de piedras preciosas.

4º) Como los individuos del Ejército de Colombia que no estuvieron en Ayacucho han concurrido también a la libertad del Perú, llevarán esta medalla sin la inscripción del medio, si el Libertador y el Gobierno se lo permitiesen.

Es de notar que Sucre, hombre cual ningún otro respetuoso de los preceptos legales, en el mismo decreto, dejaba muy claras las prerrogativas que le permitían mandar a repartir el premio. Así que conviene conocer el encabezamiento y parte, digamos explicativa, del Decreto creador de la Medalla Colombiana de Ayacucho.

Antonio José de Sucre, General de División, Comandante en Jefe del Ejército de Colombia Libertador del Perú. Habiendo declarado el Soberano Congreso de la República su voluntad expresa en la Ley del 28 de julio último, de que el ejército de Colombia en el Perú conserve su brillo y esplendor por todos los medios posibles y que sus individuos reciban inmediatamente las recompensas a sus servicios y considerando:

1º Que la resolución del Excmo. señor Libertador en 24 de octubre, separándose de toda intervención y conocimiento del Ejército, lo ha dejado sin una autoridad suficientemente investida para proveer a los premios y a la conservación de estas tropas.

2º Que la Ley de 28 de julio manifiesta el deseo del Soberano Congreso, de que las facultades concedidas al Supremo Poder Ejecutivo fueren delegadas en el Perú a algún jefe capaz de sostener y remunerar los servicios del ejército.

3º Que el decreto del 2 de agosto del Supremo Poder Ejecutivo, nada habla de la delegación de sus facultades a un jefe colombiano en el Perú considerando sin duda que S. E. el Libertador las ejercía, puesto que la suspensión de ellas en la citada Ley es referente al Sur de Colombia.

4º Que por la concurrencia de tantas circunstancias nuestra situación misma me ha colocado en el caso de tomar aquellas facultades que han sido de la voluntad del Congreso y del Gobierno, a lo menos en los casos esenciales.

5º En fin, que las tropas que alcanzaron la victoria de Ayacucho, que ha dado la libertad al Perú y la paz a la América, merecen llevar todas las señales de honor, de triunfo y que lo más justo y querido de ellas es una distinción de su país.

He venido en nombre del Congreso, del Libertador y del Gobierno de la República en decretar: "...Y seguían los considerandos ya transcritos.

Cual bien vemos, Sucre procedió en un todo, de acuerdo con la necesidad de premiar los méritos y mediante un nuevo estímulo elevar aun más las fuerzas morales de sus tropas, finalidad ésta principalísima de los premios en cuestión. Además se basaba en los mismos extremos que señalaba la singular ley, votada desde Bogotá, y que tantos comentarios causó en la época. Vale decir en completo, riguroso acatamiento a ella y "por la ocurrencia de tantas circunstancias".

No sabemos que se haya cumplido el decreto tal cual lo expidiera Sucre. Ninguna medalla con tales características hemos visto en Museos o en manos de coleccionistas o descendientes de Próceres. Es muy posible que no se acuñaran de manera reglamentaria sino que uno u otro Jefe u Oficial se las mandara a grabar. De los ejemplares de tropa nunca hemos visto uno, por lo que es de suponer que no se repartieron o que solo se entregaran los pocos que se hicieran en alguna apresurada acuñación. El erudito Alejandro Rosa en su *Numismática* (Buenos Aires 1904) no la menciona y Harold E. Gillingham en sus "South American Decorations and War Medals" (New York, 1932) tampoco trae el decreto o señala haber visto algún ejemplar.

El decreto de Sucre fue fechado en Huamanga el 19 de diciembre de 1824. El Libertador, en Lima el 27 de diciembre del mismo año acordó honores al Ejército Libertador del Perú y al general Sucre. Los considerandos dicen: "Que el Ejército Unido Libertador, Vencedor en Ayacucho ha dado la libertad al Perú. 2º Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre y demás generales, jefes y oficiales de tropa. 3º Que es el deber del pueblo y del gobierno dar un testimonio de su gratitud a este glorioso ejército. HE VENIDO EN DECRETAR Y DECRETO:

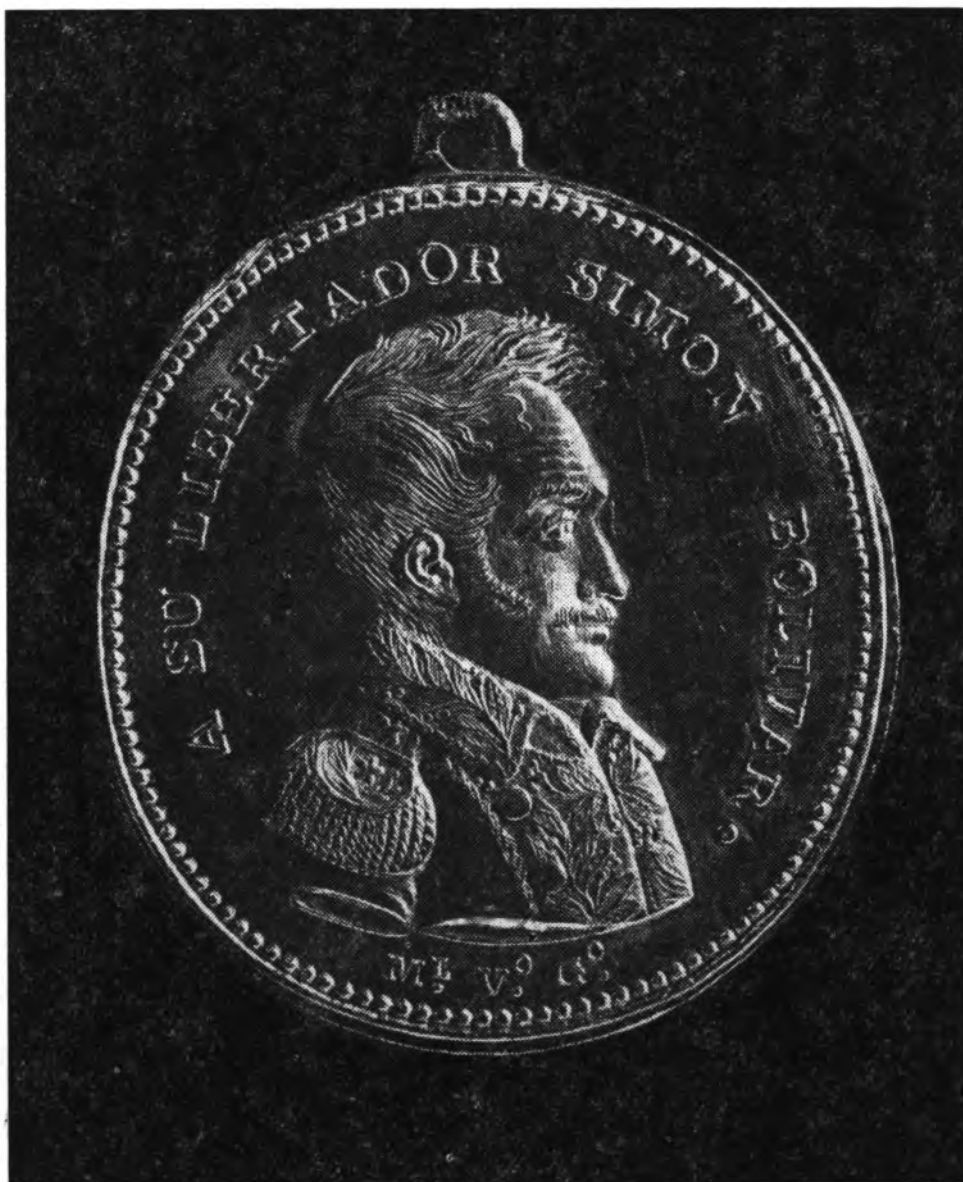
Art. 1º el Ejército vencedor en Ayacucho tendrá la denominación de Libertador del Perú y los cuerpos llevarán en sus banderas esta misma inscripción. Art. 2º Los cuerpos que lo componen recibirán el renombre de GLORIOSO. Art. 3º Los individuos que lo componen el título de *Beneméritos en grado eminente*... Art. 7º Los individuos del Ejército vencedor, llevarán una medalla al pecho pendiente de una cinta blanca y roja con esta inscripción: AYACUCHO. Los generales esmaltada en brillantes; los jefes y oficiales de oro y la tropa de plata”.

Esta medalla se acuñó y distribuyó. Tenía en su anverso dos ramas de laurel cruzadas en forma de corona y en la parte superior la inscripción “Ayacucho”. Era de forma ovalada. Se conservan ejemplares en oro y en plata. Estos pesan unos ocho gramos y miden 27½ por 22½. La cinta cual lo especifica el decreto es partida de blanco y rojo.

En 1830 bajo la presidencia de Gamarra, el Perú modificó la medalla, esmaltando en azul la inscripción, la que dejaba nacer aspas (cuatro) azules y haces de rayos (cuatro), en oro. La primera acuñación fue de oro, autorizándola en diamantes para los generales y de plata para las tropas. Hemos visto ejemplares en plata, en todo similares a los del decreto original, más, con la inscripción y las ramas de laurel en esmalte azul. Esta misma acuñación corrientemente tiene ramas de laurel en la parte superior externa de la medalla, cosa que en la primera es poco común. Existe en el Museo Bolivariano una medalla en plata, ovalada, que perteneció al general Juan Garcés y que no se ajusta a ninguno de los decretos conocidos, pero que parece estar inspirada en el de Sucre. Es oval, lleva en el anverso una corona de laureles en cuyo centro se lee: AYACUCHO 9 DE DIC. - 1824. Conviene anotar que en la colección Boulton existe un curioso ejemplar en forma de estrella de cinco puntas en cuyo centro se lee en cursiva AYA-CUCHO. La cinta es la del Perú. (Completa). Es indudablemente una medalla de reemplazo y viene valorada, además, por las de Junín de diseño similar, la de Zepita en losanje o rombo y la del Callao, oval.

Más tarde, en el año de 1825, el Congreso Constituyente del Perú, el día doce de febrero, acordó una Medalla al Libertador por la victoria de Ayacucho, esta es la llamada del BUSTO DEL LIBERTADOR, y que tantos absurdos causara en los considerandos de nuestra ORDEN DEL LIBERTADOR. Afortunadamente el escritor PLANAS SUAREZ aclaró todas dichas cuestiones.

El Decreto del Congreso del Perú decía: “CONSIDERANDO: 1º Que el Perú debe al LIBERTADOR SIMON BOLIVAR con su invencible ejército la existencia política que hoy goza y la feliz cesación de las grandes calamidades de la guerra. 2º Que es una obligación de la gratitud nacional, perpetuar de todos modos posibles la memoria de estos inapreciables bienes y la alta consideración debida a sus autores. 3º Que el pundonor, desinterés y generosidad de cuantos componen el EJERCITO UNIDO LIBERTADOR, no absuelven a la República peruana del sagrado deber de compensar las fatigas y heroicos servicios de sus defensores del modo que sea menos desproporcionado, aunque siempre demasiado inferior al valor de la sangre y de las vidas con que han comprado la libertad del pueblo peruano. 4º Que además de los bravos que han militado personalmente en la campaña libertadora, tienen un derecho incontestable al reconocimiento na-



Medalla del "Perú restaurado en Ayacucho"
(anverso)



Medalla del "Perú restaurado en Ayacucho"
(reverso)

cional, los que han prestado al LIBERTADOR eminentes servicios de cualquier otro género para esta grande empresa. 5º Que es un interés imprescindible de la República estimular para en adelante a cuantos puedan destinarse a servirla, acreditando esta ley de *premios*, que si no es capaz de igualar con sus *recompensas* el mérito de sus libertadores, se esfuerza al menos a no manifestarse insensibles a sus inestimables auxilios. HE VENIDO EN DECRETAR Y DECRETO: Art. 1º Se abrirá una *medalla* en honor del *Libertador*, que lleve por el anverso su busto con este mote: "A su Libertador SIMON BOLIVAR" y por el reverso las armas de la República con este otro: "EL PERU RESTAURADO EN AYACUCHO AÑO DE 1824". En considerandos sucesivos se ordenaba la erección de una estatua ecuestre al Libertador, la colocación de una lápida en las Capitales de Departamento con inscripciones de gratitud a Bolívar, de su retrato en las Municipalidades, los honores vitalicios de Presidente del Perú, la erogación de un millón de pesos a su disposición personal y de otro para que se distribuyera entre los miembros del Ejército Libertador, la calidad de peruanos por nacimiento para los mismos, la autorización al Libertador para conceder otros premios honoríficos y en el Art. 7º el dictado de Gran Mariscal de Ayacucho para el "General del Ejército Unido, Antonio José de Sucre".

La Medalla del Perú con el busto del Libertador fue el más ambicionado y popular de los premios militares concedidos en nuestra guerra de Independencia, por lo menos en Venezuela. En casi todos los retratos que se conservan de Jefes de aquella época, la lucen pendiente al cuello de una larga y ancha cinta.

La acuñación se hizo en oro, en enchapado de oro, en plata, en enchapado de plata, y en aleación de cobre, dorada. La medalla es ovalada y corresponde al decreto. Existen ejemplares que llevan debajo del busto del Libertador las iniciales A. D. que son del grabador A. DAVALOS, cuyo nombre aparece así en otras. Debíó pues haber por lo menos tres troquelaciones diferentes, ya que se conocen ejemplares que debajo del busto no tienen ninguna indicación de grabador y otras más que tienen las iniciales siguientes: M^l. Vº. Gº. En general, pesan las de oro unos 26 gramos y tienen 31 por 28½ mm. Las de plata unos 18 gramos con medidas casi iguales. La cinta original sería la peruana, aunque no se fijó en el decreto, lo que dio lugar al uso de la medalla con los colores de la recién nacida Bolivia, cosa frecuentísima sobre todo entre los Jefes y Oficiales de Venezuela, Cundinamarca y Ecuador. Más tarde, luego de 1830 muchos la usaron con los colores del pabellón nacional.

Existen algunos contados ejemplares que sólo tienen el reverso, es decir las armas del Perú, esta acuñación seguramente es posterior a la salida del Libertador. Además, el diseño del escudo es diferente y no tiene la palma y el laurel que en la primera acuñación rodean el escudo por su parte inferior.

Bolívar en uso de las atribuciones que le confería el decreto, la concedió hasta los años de 1826 y quizás 27, pues en los papeles de su Archivo se encuentran numerosas solicitudes, acompañadas de los comprobantes del caso y con la resolución, "concédase".¹

1 En el Archivo de la Academia de la Historia, Sección Fundación Villanueva, se encuentra una carta autógrafa del general Mariño en la cual éste dice: "Hace sobre cuatro me-

Los hijos de los Próceres de la Independencia que siguieron la carrera militar acostumbraron usar la medalla concedida a sus padres, alguno trató de obtener el permiso de nuestro gobernante en el momento, cual se puede ver en el documento que transcribimos:

Exmo. Sor. Presidente de la República.

Manuel R. Conde soldado inválido de los Ejércitos de Venezuela, hijo legítimo del difunto coronel Juan José Conde, a V. E. con la consideración merecida represento y digo.

El año de 1826 decretó el Gobierno del Perú una medalla con el *busto* del *Libertador* para concederla a los campeones de la independencia suramericana, como premio de sus afanes y heroicos sacrificios, i como una muestra de la gratitud de aquel pueblo a los salvadores de la Patria.

Cupo a mi padre la alta honra de ser condecorado con esta insignia brillante, que representa todas las calamidades, los sufrimientos i trabajos que tuvo que arrostrar i sufrir para legar a sus hijos un territorio independiente en que viviesen, no como tristes colonos al servicio de la vieja España, sino como hombres libres en el goce de sus sacrosantos derechos.

Hoy, conservo esta medalla de mi padre como un tesoro de honor i de gloria legado a sus hijos; i yo que he seguido la carrera de las armas he podido conocer i apreciar mejor que otros el valor de este premio concedido por el Perú a sus heroicos libertadores; y quisiera conservarlo, no como una memoria privada destinada a morir con los recuerdos de la familia, sino como una prenda sagrada con que adornaría gustoso mi humilde uniforme militar.

Por estas razones, i con el derecho que me concede el decreto del Gobierno del Perú, que trasmite a los descendientes del agraciado el uso i propiedad de la medalla del Libertador, como lo verá V. E. por el decreto que original acompaño y que espero se sirva devolverme.

Suplico a V. E. se sirva disponer que pueda yo usar la referida *medalla* durante mi vida.

Yo me dirijo a uno de los Héroes que más sacrificios hicieron por la libertad e independencia Americana, i que compartió con mi padre los trabajos i penalidades de la guerra; i no dudo que V. E. respetando la memoria del hombre que bajó al sepulcro, y siendo indulgente con los deseos del hijo que quiere heredar la grandeza de un nombre i la insignia del heroísmo, me conceda esta gracia que pido en Caracas a 3 de agosto de 1855.

Exmo. Señor

Manuel R. Conde

A. N. H.

Colección Rudolf Dolge

V - 63

ses, mi general, que Ud. me ofreció un busto. Pido uno siquiera para el Cnel. Montes, que no se ha hecho indigno de él" (Cumaná, 3 de mayo de 1827).

En el documento transcrito, no existe traza de la resolución del general Monagas y por lo tanto no sabemos si accedió a la petición. Es de notarse que Conde dice que el decreto transmite el uso de la medalla a los descendientes, la realidad es que la autorización nace de las disposiciones del Consejo de Gobierno del Perú. En efecto, el texto que de seguidas copiamos, pertenece al Diploma de la Medalla concedido al general Soublette de muy bella impresión por cierto, dice: "EL CONSEJO DE GOBIERNO. Deseoso de llevar a efecto la soberana disposición del Congreso Constituyente de 12 de febrero de este año, ha hecho abrir la medalla que en ella se previene con el busto clásico del nuevo-mundo, del padre insigne de la Patria SIMON BOLIVAR. Esta prenda de valor inestimable a los ojos de la libertad y de la justicia, al paso que acredita la gratitud peruana, debe mirarse como el más honroso distintivo de los claros varones, que reuniendo sus esfuerzos a los del primer campeón de la independencia, han cooperado a romper nuestras cadenas, y a establecer el imperio de la voluntad general. Por lo tanto conformándose con el espíritu del artículo 9 del mismo decreto, ha dispuesto se conceda una de aquellas a... Para que lleno de un noble orgullo por la parte que le ha cabido en empresa tan heroica, *pueda trasmitirla a sus descendientes* como un testimonio de recompensa a sus virtudes y de reconocimiento al héroe, en cuyo honor es instituida. Es dado en el palacio de gobierno en Lima a 10 de octubre de 1825".



Escudo a los vencedores de Junín y Ayacucho

Como se ve, la disposición que la hacía hereditaria fue del Consejo de Gobierno y no Decreto del Constituyente. (Debió decirse legarla).

Otros oficiales, según puede leerse en sus hojas de servicios, la usaron sin recabar permiso o autorización especial.

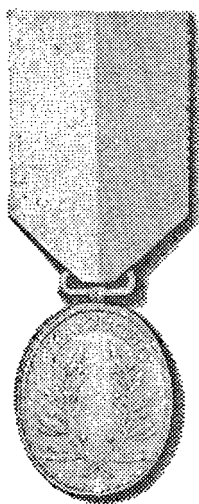
Además de la Medalla Oval, que es neta y claramente lo que se llama una condecoración, una recompensa a méritos especialmente militares (recordemos que la Medalla del Perú fue concedida también a Próceres Civiles), se acuñó una medalla redonda, netamente conmemorativa, de plata, aunque se conocen encha-

padas; con un diámetro de unos 32 mm. y que tienen debajo del busto el nombre del grabador: A. DAVALOS. No es raro encontrar estas medallas añadidas de un dispositivo conveniente para suspenderlas de una cinta, y otras burdamente agujereadas con el mismo fin.

En las medallas ovaladas, se encuentran ejemplares surmontados de una corona de laurel.

Son pocos los ejemplares con ella; de la corona sale el dispositivo para suspender la medalla.

No podía el Congreso de la victoriosa República de Colombia, dejar de acordar honores a su Ejército vencedor, a sus Jefes y en especial a los Generales Bolívar y Sucre. En once de febrero de 1825 dieron en Bogotá la siguiente Ley. "El Senado y Cámara de R. de la R. de Colombia reunidos en Congreso. Informados del glorioso éxito que ha obtenido el ejército del Libertador presidente de Colombia, en las batallas memorables de Junín y de Ayacucho, en los días 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824, en las cuales ha acreditado el ejército de Colombia auxiliar del Perú, mandado por el intrépido y experto general Antonio José de Sucre, que era digno de la confianza que de él hizo la nación, encargándole la defensa y protección de sus hermanos del Perú, y considerando: 1º Que este gran resultado, que asegura para siempre la libertad de la América Meridional y la gloriosa reputación de las armas de Colombia, es debido al genio del Libertador presidente Simón Bolívar. 2º Que la lealtad, constancia y valor del ejército colombiano auxiliar del Perú en esta memorable campaña son un modelo de virtudes militares. 3º Que es un deber del Congreso, como órgano de la gratitud nacional, conceder premios y recompensas a los que han hecho grandes servicios a la patria. DECRETA: Art. 1º Los honores del triunfo al Libertador Simón Bolívar, presidente de Colombia, y al ejército auxiliar colombiano vencedor en Junín y Ayacucho.



Medalla de Ayacucho

Unico. Luego que el Libertador Presidente de Colombia regrese con todo, o alguna parte del ejército a la capital provisional de la república, el poder ejecutivo designará el día que deban recibir los honores del triunfo.

Art. 2º El poder ejecutivo a nombre de la nación presentará al Libertador Presidente Simón Bolívar una *medalla de platina* de veintiocho líneas de diámetro, que contendrá en el anverso a la Victoria, coronando al genio de la libertad con una *corona* de laureles: este llevará en la mano izquierda las faces colombianas y en derredor de este emblema la siguiente inscripción:

“JUNIN Y AYACUCHO 6 DE AGOSTO Y 9 DE DICIEMBRE DE 1824”
en el reverso una guirnalda formada por una rama de olivo y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción:

“A SIMON BOLIVAR LIBERTADOR DE COLOMBIA Y DEL PERU, EL CONGRESO DE COLOMBIA: AÑO DE 1825”.

Art. 3º El poder ejecutivo hará acuñar la misma *medalla* en plata para distribuirla a las municipalidades de la república, al museo y a las universidades y colegios, con el objeto de que se conserve siempre como testimonio auténtico de la gratitud nacional.

Art. 4º El poder ejecutivo a nombre del congreso presentará al general Antonio José de Sucre una *espada* de oro con la siguiente inscripción:

“EL CONGRESO DE COLOMBIA AL GENERAL ANTONIO JOSE DE SU-
CRE, VENCEDOR EN AYACUCHO EL AÑO DE 1824”.

Art. 5º Todos los individuos del ejército de Colombia que han hecho la campaña del Perú, serán condecorados con un *escudo bordado* sobre fondo *rojo*, de *oro* para los oficiales y de *seda amarilla* desde sargento abajo, con esta inscripción:

“JUNIN Y AYACUCHO EN EL PERU”

Art. 6º Los cuerpos de toda arma de dicho ejército añadirán a su denominación la de *Vencedor en el Perú*.

Seguían cinco considerandos en los cuales se disponía un agradecimiento especial al Batallón Rifles, la celebración de festejos especiales en un día que fijaría el ejecutivo, asimismo honras fúnebres también en día especial, el registro del decreto en las universidades, colegios, municipalidades y oficinas y la autorización para librar del tesoro las sumas correspondientes a los gastos...

La medalla acordada, se acuñó y fue de feliz diseño y ejecución. En cuanto a los Escudos, de estos, por su material fácilmente perecedero, son muy pocos los conservados. La última unidad venezolana que lució dicha presea fue el GUIAS DE LA GUARDIA, disuelto en el año de 1945.

El once de agosto de 1825, en Chuquisaca, el Congreso del Alto Perú quiso “manifestar su gratitud a los intrépidos protectores de la libertad” y al efecto Decretó primero, “la denominación del nuevo Estado es y será por lo sucesivo REPUBLICA BOLIVAR”. En el segundo expresaba “su ilimitada confianza en

el *Libertador* de Colombia y del Perú, le reconoce por su buen padre, y mejor apoyo contra los peligros de desorden, anarquía, tiranía, invasiones injustas y ataque cualquiera al carácter de nación de que se ha investido por voto unánime de sus representantes". En el tercero se reconocía al Libertador como presidente y *Protector*. En el cuarto se mandaba celebrar anualmente el día 6 de agosto aniversario de Junín. En el quinto se disponían celebraciones en el día aniversario del nacimiento del Libertador. En el sexto que su retrato se colocase "en todos los tribunales, cabildos, universidades, colegios, escuelas y casa de pública enseñanza". En el séptimo se ordenaba la colocación de estatuas ecuestres de S. E. el Libertador. En el octavo se decía "El Gran Mariscal de Ayacucho, como encargado inmediato del mando de los departamentos de la República mandará forjar, y presentará a S. E. el *Libertador*, una medalla de oro tachonada de brillantes, del diámetro que juzgue más adecuado, para que en el anverso de ella se figure el



Medalla de Ayacucho
acordada por Sucre

cerro de Potosí y al *Libertador* colocado en el término de una escala formada de fusiles, espadas, cañones y banderas en aptitud de fijar sobre la cima de dicho cerro la gorra de la libertad, y en el reverso entre una guirnalda de oliva y laurel la siguiente inscripción:

"LA REPUBLICA BOLIVAR AGRADECIDA AL HEROE CUYO NOMBRE LLEVA"

Los siguientes considerandos se dedicaron a la gloria del héroe de Ayacucho y a la de sus tropas.

La medalla que se ofreció al Libertador, éste, en su testamento la donó a la República de Bolivia y hoy es medalla que lucen sus presidentes.

Se acuñaron, en oro y plata medallas con las mismas características del decreto y que comúnmente se conocen como medallas de Potosí. Tienen carácter conmemorativo, aunque se conocen ejemplares perforados y con cinta de época para suspenderla del pecho. Estos no oficiales.

Como hemos visto, el magno acontecimiento despertó la gratitud de los pueblos expresada por los dirigentes políticos en medallas que hoy son preciosísimo testimonio de los esfuerzos libertadores.

LA MEDICINA EN LA CAMPAÑA DEL SUR

Por OSCAR BEAUJON

Desde la más remota antigüedad, la medicina ha estado mezclada en todas las vicisitudes de las contiendas bélicas, y sus previsiones, vinculadas al proceso evolutivo de la ciencia y de la guerra, han sido factores importantes en la planificación de las campañas militares de todos los tiempos.

En los principios, la medicina estuvo destinada a prestar auxilio a los heridos de un solo bando, puesto que matar a los prisioneros y solamente perdonarles la vida, cuando era necesario "utilizarlos como testigos de la victoria en el desfile triunfal"¹ fue regla habitual de la barbaridad.

Sin embargo, existen noticias de hechos humanitarios cumplidos por los griegos y los romanos en la atención de los heridos enemigos, pero parece haber sido el rey persa Ciro (559-529), uno de los primeros guerreros que ordenaba a los médicos de sus ejércitos "que trataran a los caldeos hechos prisioneros, con los mismos cuidados que a los heridos de sus propias filas".²

También se encuentran esbozos del respeto a "los derechos humanos" del hombre, a conservar su vida, en la Ley India Mani, escrita siglos antes de J. C. que prohibía "Matar enemigos inermes, dormidos o heridos y el uso de proyectiles envenenados o provistos de garfios" y en la concesión hecha durante la Tercera Cruzada a los Caballeros de la Orden de San Juan por el Sultán Saladino (1119-1193) "permitiéndoles en sus campamentos la asistencia a los prisioneros cristianos".³

Los cambios de criterios terapéuticos con respecto a los heridos de guerra y el desarrollo lento, pero progresivo de la medicina militar, estimularon la acción de la población civil, en especial de asociaciones religiosas, que movidas por sentimientos caritativos prestaban servicios voluntarios en tiempos de guerra, puestos en relieve en la España del siglo XII, a través de "los caballeros del Templo de San Juan de Jerusalem, los de Calatrava y de Santiago dedicándose en los hospitales de sangre a curar los heridos de las proezas de Navarra y de Aragón, de Toledo y Guadalupe".⁴

Pero fue después de siglos y a secuencia de la batalla de Solferino, librada el 28 de junio de 1859, entre las tropas francesas y austriacas, que se despertó una verdadera conciencia de la participación civil en la solución de los problemas humanos de las guerras, que canalizada por el periodista suizo Jean Henry Dunant (1828-1910), condujo a la convención de Ginebra, durante la cual se firmó

el 22 de agosto de 1862 un "Tratado" que pautaba la neutralización de los hospitales de campaña, la asistencia de todos los heridos sin discriminación de ninguna clase "por los habitantes de las zonas de guerra",⁵ cuyas normas forjaron las bases humanitarias, morales y jurídicas de la Cruz Roja.

Es justo divulgar, que el espíritu humanitarista de los hombres ha estado presente en las más encarnizadas batallas y ha logrado en beneficio de los heridos de guerra, la vigencia de pactos y convenios, en cuyo fondo, su respeto y cuidado, fue siempre núcleo central de entendimiento; siendo de observar, que en las naciones occidentales se firmaron, durante el período comprendido entre 1581-1864 doscientos noventa y uno "reglamentos y capitulaciones destinados a reglamentar el tratamiento de los prisioneros de guerra, las modalidades de su canje y la estipulación del rescate";⁶ sobre este particular, debemos recordar que fue Francia abanderada en destacar la categoría de los médicos militares, al firmar en 1673 con los Estados Generales, un convenio, donde por primera vez se admitió que "los médicos cirujanos y farmacéuticos fueran puestos en libertad sin rescate".⁷

Es de notar, que de la tremenda tragedia de las guerras, la medicina y la tecnología recogen buenas experiencias, sin que esto quiera decir, que las mismas sean necesarias para el desarrollo científico y tecnológico del mundo; basta señalar que Ambrosio Paré (1510-1590) cambió por completo en 1536 el concepto patogénico y terapéutico de que la pólvora envenenaba a los heridos, y por consiguiente, su tratamiento consistía en quemar las lesiones con aceite de sauco hirviendo a lo cual se agregaba un poco de triacal, lo que provocaba grandes dolores y reacción inflamatoria grave, al demostrar que la acción destructiva y su consecuencia debilitante, que hoy llamamos Schoc, eran consecuencia de la penetración traumatizante del agente mecánico agresivo, arma blanca o de fuego, tratándolas exitosamente con un preparado hecho con "yema de huevo, aceite de rosas y trementina";⁸ y qué decir, de las adquisiciones físicas, químicas, mecánicas y médicas de las guerras de este siglo.

Al escenificarse en el continente americano el drama heroico de las guerras de emancipación, la medicina ya compartía la versátil fortuna de las campañas, contribuyendo con la restitución física de los efectivos a la modelación de la victoria y sufriendo con la pérdida de hombres y equipos el impacto pesados de la derrota, pero en ambas circunstancias, su filosofía humana de atender al hombre en trance difícil de su salud y de su ánimo, fue principio cumplido e incrustado en la tradición.

En nuestra guerra grande, la de la independencia, fue precepto de humanitarismo la asistencia médica de los heridos, prisioneros y propios, enemigos o amigos recibieron servicios eficientes, dentro de las pasiones y posibilidades científicas y técnicas de la época, siendo extensa la lista de hospitales de sangre levantados en las rutas del ejército patriota y hermosa la nómina de doscientos quince médicos, que según Ceferino Alegría,⁹ actuaron en la gesta emancipadora.

Es natural comprender que esta tradición médica del ejército venezolano, lo acompañará en la Campaña del Sur, emprendida por el Libertador, cronológicamente a nuestro entender, el 13 de diciembre de 1821, cuando Bogotá "le ve partir para las tierras del sur. El Ecuador, el Bajo y Alto Perú están sometidos al poder español. Libertarlos ahora es su propósito inmediato."¹⁰ y militarmente

iniciada el 1º de enero de 1822, cuando “se pone al frente del ejército en Cali”¹¹ y desde donde escribe, el 2 de enero de 1822, al general Sucre: “He llegado al fin a esta capital a completar la libertad de Colombia y el reposo del sur”.¹²

De Cali partirá el Libertador a Popayán, a donde llega el 25 de enero de 1822 y en cuya ciudad “el teniente coronel Joaquín París quedaría con 230 veteranos encargados de cubrir la ciudad, y aumentar su columna con las altas de los hospitales de Caloto, donde había 600 soldados, la mayor parte convalecientes”,¹³ y en donde también, con este aporte de soldados convalecientes salidos de los hospitales de Caloto, comienza la participación de la medicina en la Campaña del Sur.

Entre las muchas dificultades superadas por el ejército Libertador, se destacaron las enfermedades reinantes en el área geográfica cubierta por los guerreros de la libertad.

En la etapa inicial de la campaña, aún en territorio colombiano, la desertión de los reclutas y la propagación de las viruelas, sin medios para combatirlas, mermaban severamente las tropas, basta señalar con Lecuna¹⁴ que los hospitales de Caloto y Cali tenían 1.000 soldados hospitalizados, con aumento diario de 30 a 80 pacientes, por lo que “para evitar nuevas bajas por las enfermedades reinantes en Popayán el general Bolívar resolvió mandar adelante a la división Torres, aunque todavía no había llegado la Guardia”, cuyos batallones lo hicieron, entre el 15 de febrero y el 3 de marzo, con el “Vencedor en Boyacá, contagiado de viruelas en el camino”, por cuyas fatalidades, el Libertador “apresurado por la peste y la falta de dinero, resolvió mandar al general Valdés con el ejército a Pasto”, en cuya trayectoria “los batallones seguían perdiendo hombres por la desertión, la viruela y los pujos”.

Tan graves fueron los cuadros clínicos de viruelas y disentería que sufrieron las tropas en toda la travesía de Popayán a Pasto, que fue necesario establecer hospitales en los pueblos situados a lo largo de la misma, como Tambo, Yeguas, Miraflores, Mercaderes, Taminango y el Peñol, que el Libertador visitaba con frecuencia para controlar la eficacia de los servicios, que permitieron reunir un poco menos de dos mil combatientes, descontadas las bajas por enfermedades, que libraron la batalla de Bomboná el 7 de abril de 1822, el primer triunfo de importancia en la Campaña del Sur, que dejó a los patriotas, según Lecuna¹⁶ 341 heridos, entre ellos el general Pedro León Torres y el coronel Morillo, y para la asistencia de los mismos “el Libertador se ocupó esa misma noche de mandar a recoger los heridos y establecer un hospital militar”,¹⁷ de cuya existencia hizo saber al jefe militar realista, Basilio García “que dejaba en Bomboná un hospital militar con médicos, medicina y recursos para su subsistencia, y en él, al general Pedro León Torres, para que fueren tratados dicho general, los oficiales y tropas con arreglo al derecho de gentes y de la guerra, en virtud de la regularización celebrada entre el Libertador de Colombia y el general en jefe don Pablo Morillo”;¹⁸ no obstante esta comunicación y las cartas cruzadas entre el Libertador y el general García sobre “cuido de heridos y enfermos”,¹⁹ humanitarismo de la guerra preconizado por el Libertador fue violado por los españoles, puesto que el 16 de abril del mismo año de 1822, tropas enemigas asaltaron y tomaron el hospital de Miraflores matando a varios individuos que asumieron

su defensa, escapándose “un capitán, dos subalternos y varios convalecientes que pudieron llegar a Mercaderes”.²⁰ El cirujano principal de la batalla de Bomboná fue el Dr. Joly, quien para entonces gozaba de las consideraciones del Libertador.

Después del refulgente triunfo obtenido en Pichincha por el general Antonio José de Sucre, el 24 de mayo de 1822, derrotando al general Melchor Aymerich, el Libertador llega a Pasto el 6 de junio de dicho año, y de allí seguiría, con la antorcha de la libertad para su entrada triunfal a Quito el 15 de junio de 1822, en donde se dedica a organizar gobierno, establecer sistemas administrativos, y a trabajar activamente, con su logística genial, en la organización y dotación del ejército que habría de proseguir la campaña, hasta liquidar el poderío español en nuestra América.

En la batalla de Pichincha dejaron los españoles 190 heridos y los patriotas 160 lesionados, que fueron atendidos en los hospitales de Quito y Pasto, de los cuales se recuerda por su heroísmo al teniente Abdon Calderón “que habiendo recibido cuatro heridas, no quiso retirarse del combate”,²¹ muriendo horas más tarde, a consecuencia de las mismas.

Con poca fortuna hemos revisado muchas informaciones sobre la Batalla de Pichincha, sin encontrar buenas noticias médicas, por lo cual nos proponemos seguir investigando al respecto.

De Bogotá al Potosí la ruta es larga, accidentada la tierra, insistente contraste de climas, de aguas y de proteiforme patología, escalonando, dificultades sobre dificultades, en la exitosa dinámica del ejército libertador.

Dos enfermedades, anímica y vergonzosa, una: la desertión, de causas variables: hija del miedo, móvil del halago, sucia de traición, ambiciosa de saqueos y atropellos, y turbia de ignorancia de ideales y de propósitos de lucha; y la otra, las fiebres: la malaria, con sus accesos y recesos y el cortejo de epidemias que azoraban la región peruana: angina, difteria, sarampión, cólera morbus, fiebre biliosa, fiebres hídricas, enfermedades pulmonares, escorbuto, disentería y tabardillo figuraban con frecuencia nosológica en los documentos de la época.

Las epidemias aniquilaban las tropas patriotas bolivarianas y sanmartinianas, de tal manera, que según García Rosell²² del ejército que al Perú trajo el general San Martín, para el año de 1823, “una parte se había perdido en las epidemias de Huaura”.

El paludismo en su conocida forma clínica de fiebres tercianas fue dominante en la costa, lo mismo que la sarna y los parásitos intestinales atacaban a las tropas y a la población civil, y el “Chucho”, una fiebre intermitente posiblemente palúdica, le daba a los enfermos aspecto bilioso y enfermizo”.²³

En las serranías peruanas, donde soplan vientos helados, se observaba a veces en la tropa “mortificación de los tejidos” sobre todo en las zonas descubiertas del cuerpo, como manos, pies y orejas que llaman Punas, anunciada con sensación de malestar y abatimiento, confundida en su etiología y sintomatología con el Soroche, conocido por los indígenas pre-hispánicos y tan citado en la correspondencia de el Libertador.

El soroche, mal de las montañas, apunamiento y “mal del páramo” fue también, dice Lastre²⁴ una dura contingencia con que tropezaron los ejércitos, siendo combatido exitosamente comiendo cebolla y ajos, cuya recolección y distribución se ha-

cía con gran interés, como puede observarse en correspondencia dirigida por el general Córdova al general Sucre, el 27 de julio de 1824, desde el cuartel de Chacayán: "De orden de S. E. el Libertador, dice, me ha remitido el señor Cura de Jesús once cargas de ajos que tengo en mi poder y S. E. me previno eran para que los soldados lo usasen contra el soroche".²⁵

En las raciones alimenticias, cuando las circunstancias lo permitían, entraba la carne curada, bien sazónada con pimienta, maíz tostado, galletas y gran cantidad de cebollas y ajos.

El Libertador con su extraordinaria capacidad de observación, señala formas clínicas de soroche, al comentarle al general Sucre el 22 de diciembre de 1823, las ventajas que en la Costa tienen los ejércitos patriotas sobre los godos, entre las cuales destaca el clima, los caballos, las comunicaciones marítimas, las actividades patriotas de los habitantes, "los arenales, la sed y la polvareda de nuestros caballos sobre los indios del Cuzco que sufrirán un diferente soroche en estas llanuras ardientes"²⁶ y que habría de sentir en carne propia, según manifiesta al general Santander el 7 de enero de 1824, al referirle sus trastornos de salud: "Este país con sus sorochees en los páramos me renueva dichos ataques cuando los paso al atravesar las sierras".²⁷

En Venezuela, el soroche conocido con el nombre de "Mal del Páramo" ha sido estudiado en Los Andes venezolanos por el Dr. Vladimir Ivanoff Buikliski,²⁸ quien lo describe como "disfuncionamiento que se caracteriza por trastornos respiratorios, circulatorios, nerviosos, cefaleas, mareos y a veces vómitos, y que solamente en ciertos casos ocasiona la muerte".

Las medidas preventivas del soroche sugeridas por Ivanoff, en cuanto a la alimentación ligera y el evitar excesos físicos, recuerdan las recomendaciones hechas a las tropas durante la Campaña del Sur, de "Jornadas lentas y graduales" y el uso de la cebolla, ajos y el zumo de limón con azúcar, al atravesar las serranías.

Otra afección agresiva que sembraba miedo en la tropa fue la Verruga Peruana, conocida en el lenguaje Quichua con la palabra "SIAKI", de frecuencia especial en los territorios quebrados con aguas estancadas, entre cuyas víctimas se contó el coronel Francisco Burdett O'Connor, quien al pasar un arroyo, relató, "mi caballo me salpicó con una gota de esa agua en la pierna derecha", produciéndole la "verruga", que lo hizo sentir "muy decaído y muy triste" durante su formación, hasta rompersele meses más tarde, cuando dominaba un caballo desbordado "se me llenó la bota de una sangre muy negra"; "fui atendido" dice, "por el doctor Blair", cirujano del Batallón de Rifles, quien le indicó "que era necesario me metiese en la cama, y me administró unos polvos de Dover con lo que amanecí aliviado".²⁹

La Verruga Peruana diezmó a las tropas de Francisco Pizarro en 1531 y durante muchos años se consideró que su aparición estaba "ligada a las aguas y es probablemente parasitaria",³⁰ todo lo cual explica la preocupación de el Libertador para dictar medidas de prohibición absoluta de tocar las aguas de las quebradas y la indicación de usar el aguardiente mezclado con el agua de tomar, que a través de Luis Urdaneta hace el señor general en Jefe del Ejército Unido, desde el Cuartel General en Caraz el 20 de mayo de 1824: "S. E. el Libertador está impuesto de lo perjudicial que es para la salud de la tropa beber el agua pura principalmente al tiempo de pasar la cordillera, y en esta virtud me manda decir a V. S. que V. S.

tome las providencias necesarias para que se colecte cuanto aguardiente sea posible y que V. S. disponga de la tropa al tiempo de marchar llene de agua las cantimploras y mezcle con ella una pequeña parte de aguardiente, tanta como sea necesaria para evitar su crudeza".³¹ Hoy se conoce que la Verruga Peruana es producida por la *Bartonella bacilliformis* y su agente transmisor es un zancudo llamado vulgarmente TITIRA o *Phlebotomus verrucarum*.

En la correspondencia y memorias de los oficiales que escenificaron la Campaña del Sur, se encuentran referencias de síntomas de enfermedades producidas por el hacinamiento, la mala alimentación, los efectos del clima o la altura, problemas sexuales y neurosis de guerra.

La nieve, en las serranías peruanas, actuando en organismos debilitados por el hambre y la fatiga, producía, además de las conocidas congelaciones, una especie de conjuntivitis a frigore, consecutiva a los efectos de la refracción de los rayos solares sobre la superficie de la nieve, conocida con el nombre de "SURUMPI", "enfermedad que ciega con los dolores más acervos". Se forma, dice Lastre, un grano en la niña del ojo y picazón con pinchazos de alfileres. El único consuelo: cataplasma de nieves.³²

Los problemas de los medicamentos para tratar las enfermedades regionales y las consecuentes de las batallas durante la Campaña del Sur, fue de lo más preocupante para los Jefes Militares y de gravedad muy anterior a la llegada de El Libertador a territorio peruano, ya que, con excepciones de farmacéuticos que espontáneamente colaboraron con la causa patriota, muchos de ellos, "a quienes se les ha mandado sacar por la fuerza han ocultado los principales medicamentos".³³

Desde los tiempos sanmartinianos, dicen algunos historiadores, las heridas en estado de putrefacción se trataban con sublimado, agua de cal o bálsamo del Perú.

En las comunicaciones oficiales e instrucciones militares se cita constantemente la cuestión de medicinas, pidiéndolas con frecuencia, recibéndolas a veces y reclamándolas continuamente.

Las medicinas más solicitadas en esos tiempos fueron: la triaca, sublimado, la quina, los bálsamos del Perú, y de Alcedo, ungientos amarillo y rosado, trementina, kermes, aceite de almendras, opio, aceite de mangle, bálsamo de copaiba, sal de glaubeno, píldoras mercuriales, cal pura, azafrán de Castilla, jalapa, raíz de ipecacuana, goma arábica, alcanfor, flor de manzanilla, tártaro emético, cuerno de ciervo, cantáridas y tantos otros más que completaban el arsenal terapéutico de la medicina del momento.

En las reseñas de los remedios figuran anexos los modestos equipos quirúrgicos usados para el tratamiento de los traumatismos abiertos y cerrados sufridos por los ejércitos durante las campañas y las batallas, tales como: torniquetes encintados, tabillas forradas de baldanas, bolsas de instrumentos de cirugía de fatriguera, tablillas de curación que se empleaban para "tratar heridos, practicar amputaciones, reducir y consolidar fracturas y luxaciones, ligaduras, heridas y retención de orinas".³⁴

En la copiosa correspondencia militar de el Libertador, figura siempre en primera plana, las instrucciones referentes a las medicinas y equipos quirúrgicos de "los botiquines del ejército", para que siempre estuvieran dotados de lo mejor que pudiera lograrse, ubicados en la retaguardia y protegidos de tal manera, que estuvieran menos expuestos a perderse, sin que obstaculizaran en ningún mo-

mento los movimientos de la tropa y que ofrecieran siempre la eficiencia y buena oportunidad de servicio, y que indudablemente, con sus estrecheces materiales, recursos deficitarios y mar de dificultades técnicas fueron auxiliares preciosos de los médicos y cirujanos y "que ayudaron a recuperar lo más prontamente a los efectivos, alentando la moral de las tropas, al verse protegidas contra el infortunio de la herida o de la enfermedad".³⁵

Durante la Campaña del Sur, los servicios de hospitales fueron surgiendo al golpe de las necesidades del ejército, de las agresiones de las enfermedades y de los efectos de las batallas cumpliéndose cabalmente el aserto de don Vicente Lecuna de "la conservación del ejército requería la fundación de hospitales en el teatro mismo de la guerra y en la capital".³⁶ y efectivamente en toda la ruta de Cali a Lima se utilizaron los servicios de los hospitales establecidos anteriormente en las ciudades; se adaptaron casas, se improvisaron hospitalizaciones y se levantaron hospitales de sangre, para atender enfermos y curar heridos, lo que ratifica Lastre³⁷ al escribir "el hospital desempeñó papel importante en las campañas por la independencia. La mayor parte de los hospitales civiles en las diversas poblaciones se militarizaron. Hubo algunos que cobraron importancia excepcional, como el Bella Vista fundado en la época del Virrey Amat en 1770. Otras veces por la benignidad del clima se improvisaban hospitales para atender los heridos provenientes de las batallas o los epidemiados, como se hizo en Huaura. También llamaban hospitales de sangre a los botiquines y cirujanos que iban en la campaña para socorrer a los heridos".

No es de extrañar que la antisepsia y asepsia, todavía desconocidas, no fueran aliados de los éxitos quirúrgicos y que las infecciones de las heridas, el mal trato, la mala comida, la falta de medicamentos y de camas fueran acusaciones frecuentes contra los hospitales, algunos de los cuales, tenían restricciones severas para aceptar enfermos, como no recibir pacientes con sarna ni con enfermedades infecciosas, reclamos y planteamientos que en múltiples oportunidades justificaron rigurosas investigaciones ordenadas por la Superioridad Militar, como se comprobaron en el Hospital San Juan de Dios de Lima, aplicando fuerte reprimenda al Padre Provincial "que como buen español en nada ponía remedio".³⁸

Notoria fue la preocupación de el Libertador por defender la salud de la tropa y numerosas disposiciones sobre este particular se encuentran en sus documentos publicados.

Con sostenido interés acudía el Libertador a visitar los hospitales y a informarse personalmente de la salud de los enfermos, de tal manera que en Cuenca, en setiembre de 1822, despertó gran simpatía porque "tomó interés en organizar el hospital y lo visitaba con frecuencia acompañado por el médico militar doctor Moore".³⁹

Durante el año cumbre de 1824 no se cansó el Libertador de recomendar a los conductores de tropas, la vigilancia y cuidado de los hospitales.

Desde Caraz, encarga el 5 de junio de 1824, al general Sucre "la formación de un campo de instrucción, donde todo el ejército pueda trabajar en línea; y el establecimiento de hospitales para todo él";⁴⁰ desde Pampas⁴¹ el 23 de agosto de 1824, le dice al futuro Mariscal "Nada encargo a Ud. tanto como el buen establecimiento de los hospitales; examinando muy prolijamente las medicinas que tienen y dar las órdenes más fuertes a los gobernadores, alcaldes & para que se

cuiden a los enfermos", informándole en la misma correspondencia que a "Lara le he encargado que vaya preparando todo por los pueblos donde él transita, para las tropas que vienen a su espalda, que deje bien establecidos todos los hospitales", y el 23 de agosto de 1824, el Secretario José Sánchez Carrión⁴² por órdenes de el Libertador, le escribe al general Sucre "que se informe de todos los pueblos del tránsito, del estado de los hospitales"; lo que significa que en todos los pueblos de la ruta libertadora se establecieron hospitales.

El aporte de efectivos, convalecientes, curados y recuperados que hacían los hospitales al ejército libertador es prueba fehaciente de la participación activa y efectiva de los hospitales en el éxito de la Campaña del Sur, de lo cual hay constancia en infinidad de documentos oficiales, en cuyos textos se encuentran frases al tenor "de recoger y reforzarse con los convalecientes y alta de los hospitales".

Con esos excedentes fueron ocupadas muchas ciudades, como Lima después de la Batalla de Junín, "por orden superior el coronel Urdaneta había ocupado la capital con una columna de 600 hombres, formada de alta de los hospitales y algunos guerrilleros".⁴³

Precisamente por lo frecuentemente repetido, de establecer y vigilar los hospitales por los pueblos por donde vaya pasando el ejército, sobre lo que tanto insistía el Libertador, es difícil conocer, fuera de los hospitales anteriormente establecidos en Lima, como los de San Andrés, Bella Vista, Miraflores, San Bartolomé exclusivamente dedicados a atender a los enfermos de la División de Colombia del ejército unido de Lima, Quito, Guayaquil y de otras ciudades, la nómina de los numerosos hospitales establecidos, utilizados y desplazados durante toda la Campaña del Sur.

Sin embargo, siguiendo la ruta del ejército, desde Cali a Pasco, en una primera fase que llevó la libertad al Ecuador y avanzaba decididamente hacia la gloriosa Batalla de Ayacucho, se pueden identificar citas, relatos e informes de hospitales en:

Cali	Mercaderes	Guayaquil
Caloto	Trapiche	Cuenca
Popayán	Taminango	Tumbes
Tambo	Peñol	Loja
Yeguas	Bamubo	Paita
Tapía	Yacualquer	Cajamarca
Miraflores	Bomboná	Trujillo
	Pasco	Huaraz
		Pasco

En un cuadro informativo sobre el ejército Unido Libertador, referente al Estado Mayor General del Ejército de Colombia Auxiliar del Perú, subtítulo "Estado general que manifiesta la fuerza del expresado en la primera quincena del mes de agosto de 1824-14"⁴⁴ se encuentran nombres de oficiales y tropas hospitalizados en:

Tarma	Santiago	Jauja
Reyes	Trujillo	Huancayo
Cerro	Sacrafamilia	Chiquian
Michivilca	Farma	Cajatambo

Baños	Biura	Pasco
San Marcos	Pomabamba	Supé
Huaras	Huamico	Cagua
Huamachuco	Huariaco	Hucarica
Cajabamba	Cerro	Mollepata

Además de los mentados hospitales, aparecen en diferentes "Historia de Novedades efectivas o de Novedades Accidentales" del ejército libertador firmadas por Francisco Burdett O'Connor otros nombres de hospitales como:

Morro	Huanaca
Cahuas	Gorgor
Pampas	Concepción
Tarmas	Huayaco
Chiquirán	Pereira
Laricocha	Chicual
Pomabamba	Pisco
Hicamanguilla	

La devoción de el Libertador por los hospitales llega a la cumbre de sus realizaciones al dictar, el 22 de diciembre de 1822, el Reglamento de los Hospitales Militares, el primero en su género en la Historia de la Medicina Militar, por medio del cual fija reglas para las asistencias de los enfermos y obligaciones para todo el personal, especialmente los médicos, que deben realizar dos visitas diarias al hospital.

La figuración de médicos y cirujanos bajo los comandos del general Bolívar data desde los mismos comienzos de su carrera militar; todos conocemos los episodios del doctor Folinay⁴⁶ curándole sus ataques de primo infección palúdica en diciembre de 1812, durante la campaña de limpieza del Magdalena, su simpatía con la medicina hasta para llegar a firmar una "receta" para su propia persona⁴⁷ y las relaciones con sus médicos, estudiados a través del tiempo por Arturo Guevara, Silva Alvarez, Conde Jahn, Fortique y muchos otros historiadores nacionales y extranjeros.

Las actividades de los cirujanos que se apasionaron por la causa bolivariana, sobrepasaban a veces sus funciones quirúrgicas para convertirse, en francos colaboradores informativos de la guerra libertadora, como refiere el propio Libertador al general Santander el 10 de junio de 1820:⁴⁸ "Parece que el estado del ejército de Morillo es bien triste por lo que dicen un oficial y un cirujano pasados".

Cuando el Libertador llegó al Perú en 1823, encontró la colaboración de cirujanos y médicos peruanos, muchos de los cuales habían servido en el ejército del general San Martín, quien dictó, el 30 de octubre de 1821, un decreto "indicando el uniforme que usarán los cirujanos: bordado de plata en el cuello y botamanga (primera clase)", considerado esto por Lastre,⁴⁹ como la "partida de bautismo del cirujano militar peruano".

Es de notar, que los cirujanos que actuaron en la Campaña del Sur, fueron de distintas nacionalidades, pero con la misma aspiración de servicio y el común denominador del amor por la libertad.

Los cronistas militares mencionan en una larga lista de cirujanos a Diego Paroissien; Fray Antonio San Alberto de la Orden Bethlemita, quien desempeñó papeles de “boticario, flebotomo y enfermero”, fue cirujano de segunda clase en la Expedición Libertadora;⁵⁰ José de los Santos Montero, cirujano de las Escuadras de Caballería en 1823 y cirujano del ejército sitiador de la Fortaleza de El Callao en 1826; Santiago Marcote, cirujano de la expedición que bajo las órdenes del general Luis Urdaneta salió de Guayaquil para Quito en 1823; José Isidoro Alcedo, que figura como cirujano de primera clase de los sitiados de El Callao y del Hospital de Bellavista; Francisco Fuentes, Manuel Rusi, José Caffari de Barga, Cirujano Mayor del ejército colombiano, quien vino en la comitiva del Libertador; Eduardo Oliver, “aparece citado entre los integrantes de la Sanidad de la Expedición Libertadora”: José Estrada, cirujano de Ayacucho adscrito con el grado de teniente al regimiento de Húsares; Manuel Aguilar; José Pastrana Solero, sangrador del hospital Santa Ana; Fray Manuel Gonzáles, de la Orden de San Juan de Dios, cirujano del Batallón N° 2 del general Santa Cruz; Tomás Foley, inspector de los hospitales de Colombia en 1823. Importante labor desempeñarían los médicos después de las acciones cruentas de la Campaña del Sur, como fue catalogar las lesiones crónicas y secuelas de las heridas para las declaraciones de inválidos y las consiguientes pensiones. Algunos médicos vinieron al Perú con la división de Colombia, entre los cuales se encontraron los facultativos Leuroy, Leyman y Debauje.

No olvidemos al cirujano Joly quien con una “bebida arsenical curó un ataque de fiebre terciana a el Libertador antes de la Batalla de Bomboná y rindamos palabras de homenaje a los heroicos cirujanos de la Batalla de Pichincha “cuya relación de hechos en ese combate levantó el general Santa Cruz” sin divulgar sus nombres.

Hecho de gran trascendencia en la disciplina y estimulación de la Sanidad Militar durante la Campaña del Sur, lo significó el decreto relativo al reglamento sobre “rangos y sueldos, a reserva de ser aprobado o rechazado por el Congreso de Colombia, por medio del cual estableció el cargo de Inspector General de Hospitales con el grado militar de Coronel y las Categorías de Cirujanos de Primera, Segunda y Tercera Clase, así como también reglamentaba el trabajo de los boticarios y practicantes.

Debemos citar con justicia a los doctores José D. Espinar y José Manuel Valdez, quienes llevados por el eminente patriota y notable médico doctor Hipólito Unanue trataron al más importante enfermo de la Campaña del Sur, S. E. el Libertador, en la crisis aguda sufrida en enero de 1824, en Pativilca.

En documentos que reposan en el Archivo Nacional-Guerra y Marina del Perú, publicados por el general Carlos Cortés Vargas,⁵¹ se encuentran los nombres y ubicación de los siguientes cirujanos:

Trujillo 7 de marzo de 1824. Primera División de Colombia.

Plana Mayor. Batallón “Rifles” de Bomboná, 1° de la Guardia.

Coronel Efectivo: Arturo Sanders

Cirujano Mayor: Teniente Coronel Hugo Blais

Llata 8 de febrero 1824: Batallón “Bogotá” de la Guardia.

Plana Mayor.

Cirujano: Teniente, Yl. Carrillo

15 de agosto de 1824. Cuartel General. Jauja. Estado Mayor.

Comandante en Jefe del Ejército: General de División Antonio

José de Sucre

Cirujano Mayor: Sargento Mayor Antonio Merich

15 de diciembre de 1824. Cuartel General en Huamanga. Estado Mayor.

Comandante en Jefe del Ejército: General de División Antonio

José de Sucre

Cirujano Mayor de Caballería: Teniente Coronel Antonio Marchisio

Cirujano Mayor de la Segunda División: Teniente Coronel Graduado

Antonio Merich

En el capítulo de gastos hechos por la Nueva Granada para la Independencia del Perú publicados por el citado Cortés Vargas.⁵² figuran los sueldos devengados por los cirujanos, los gastos de botiquines y medicina del ejército libertador durante la Campaña del Sur.

Al lado de los cirujanos y médicos, se encontraron los farmaceúticos, haciendo notar que muchos cirujanos hacían el papel de boticarios. Por regla general, el Departamento de Farmacia del ejército libertador estaba compuesto de Boticario Mayor, de primera clase, otro de segunda clase y un practicante de farmacia, cuyos privilegios y obligaciones estaban pautados en el reglamento bolivariano sobre rangos y sueldos de 1823.

La farmacia peruana retiene como héroes civiles de su independencia a Guillermo Geraldino (1776-1847), Agustín Cruzate (1773-1863), preparador de sulfato de quinina, José Manuel Saldarriaga, Mariano Egoaguarril, Manuel Palacios, José Isidoro Alcedo, cirujano y boticario quien preparó el "Unguento de Alcedo" para curar las heridas.

Los practicantes de medicina y de farmacia fueron personajes de una gran eficacia y utilidad para desempeñar funciones auxiliares a los cirujanos, y en las batallas, para recoger heridos y transportarlos a las chozas que servían de hospitales de sangre, y además ejercía actos médicos de menor cuantía, como colocar vendajes, inmovilizar provisionalmente las fracturas y cumplir indicaciones terapéuticas e higiénicas de los cirujanos.

Los decretos de el Libertador, durante y después de la Campaña del Sur, con su magnífico criterio integracionista de la medicina echaron las bases de la medicina militar, para que en el futuro, todos los servicios destinados a recuperar la salud de los efectivos del ejército, se conocieran con el nombre de Sanidad Militar, cuya eficiencia marcó relieve en Junín y Ayacucho.

Con el victorioso quehacer de las armas libertadoras llegó la medicina a la historia de la Laguna de Reyes, Chinchaycocha o Lauricocha en el Departamento de Junín, Provincia Pasco del Perú⁵³ y comparte con honor, la gloria imperecedera de la Batalla de Junín.

Lastre⁵⁴ resume en emocionantes frases, el chocar de las armas blancas, el dolor de los heridos, el estertor de los moribundos y la apostólica acción de físicos, al decir: "La victoria de Junín es como un relámpago que dura apenas 45 minutos y en que sólo actúa el arma blanca, los aceros y los "Caballos fuertes y ágiles" que cántara Chocano. Sobre la frígida pampa quedan tendidos los muertos de am-

bos bandos, los “físicos cumplen su abnegada misión de curar y recuperar, en medio de tan difíciles circunstancias al heroico efectivo”.

“El bravo Necochea recibió siete heridas. Desgarros en la carne blanda, heridas cortantes, punzo cortantes, penetrantes, daban con los héroes en tierra y como en los poemas homéridas, en medio de enloquecedor estrépido”, la “negra muerte”, les cortaba el estambre de la vida. El frío de la pampa por la noche fue tremendo y con el viento helado se llevó a muchos de los heridos”.

El general argentino Mariano D’Necochea, con el cuerpo sangrante por heridas de sable y lanza, cae prisionero, rescatado por el coronel José Laurencio Silva es llevado a “Reyes como todos los demás heridos en la misma noche, después de habérsele vendado sus heridas en el mismo campo y como el sitio y las circunstancias lo proporcionaban, por el Teniente Coronel D. Domingo Espinar, facultativo de primer orden en la comitiva de S. E. el Libertador”.

Los demás físicos del ejército acudieron al Hospital de Sangre, llenando todos sus deberes, practicando operaciones quirúrgicas, colocando vendajes, reduciendo fracturas, suturando heridas, taponando vasos sangrantes y medicinando a toda persona lastimada, fuese amiga o enemiga.

La información de haber sido llevados los heridos a la pequeña población de Reyes, significa que allí funcionó el Hospital de Sangre, donde actuaron los cirujanos José Domingo Espinar, comandante de la Sanidad Militar colombiana; Francisco Santiago Mascote, cirujano del Batallón de Infantería N° 3; el físico Julián Resua o Recua, quién ejerció oficios de sangrador; el cirujano Francisco Fuentes, y quizás otros más, cuya labor conciente y oportuna quedó en el anonimato de la historia.

Con su tradicional preocupación por la suerte de la tropa, el Libertador se interesó por la buena atención de los heridos, recorriendo el campo de batalla y animando a los deprimidos; sobre este particular, dice Alaysa⁵⁵ ::el Libertador se ha comportado con los prisioneros y heridos del modo más noble que puede imaginarse; mandó terminantemente que se atendiese a estos acaso con más cuidado que a los de nuestras filas”.

En cuanto a los heridos, su número ha sido distintamente mencionado, Santa Cruz⁵⁶ dice: “La pérdida del enemigo ha sido de dos jefes, 12 oficiales y 245 hombres de tropa; 80 prisioneros, más de 400 caballos ensillados, la mayor parte de sus armas, muchos dispersos y gran número de heridos. La nuestra ha sido de 45 muertos y 99 heridos, citando entre los heridos al general Necochea, el comandante Sowerabi, el capitán Vargas y alférez Rodríguez, del regimiento del Perú; el alférez Ferrer de Granaderos de Colombia; el teniente Allende de Granaderos de los Andes y el capitán Perza, teniente Tapia y alférez Lanza, de Húsares de Colombia.

Lecuna⁵⁷ indica: “Las pérdidas de los españoles alcanzaron a 19 oficiales y 345 soldados muertos y heridos y 100 prisioneros y las de los patriotas fueron de 145 muertos y heridos”, muchos de los cuales murieron con el frío de la noche y los más fueron enviados el día siguiente a Pasco. Por otro lado, Canterac le informa al Virrey Laserna: “Nuestra pérdida fue de poca consideración en el número de hombres; pero sí ha influido extraordinariamente en el ánimo, particularmente en el de caballería” y agrega, con la deformación de la verdad, la inmensa mentira de “Los

Jefes enemigos La Mar, Necochea, Soler y Plascencia han muerto y Bolívar fue ligeramente herido en una mano”,⁵⁸ pero lo que no informó el general Canterac fue que en la fuga emprendida velozmente esa noche para llegar a Huayucachi dejó parque, almacenes, hospitales, armas y más de 600 hombres entre muertos, heridos, dispersos, rezagados y desiertos.

La experiencia médica lograda en la Batalla de Junín fue extraordinaria y en su tiempo se admiró la destreza y pericia con que los cirujanos suturaron las heridas, permitiendo la pronta incorporación al ejército de muchos efectivos, exaltando cada vez más el interés de los jefes militares de dotar hospitales y mantener médicos en cantidad y calidad, dentro de las angustias de la guerra, para ofrecer al ejército la mayor efectividad de los servicios médicos.

Con ese sentido, el general Sucre escribe al Libertador el 26 de octubre de 1824, planteándole la necesidad de severas órdenes “para que nos vengan los hospitales”, refiriéndose posiblemente a los Hospitales de Sangre que los halló bastante pobres, porque las medicinas se fueron mermando durante las marchas y enfermedades sufridas por los caminos.

Notoria fue la dedicación del general Sucre a la organización de los servicios médicos del ejército, que destaca el Libertador, al escribir el resumen de la vida del insigne cumanés. “El general Sucre después de la acción de Junín se consagró de nuevo a la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él y los piquetes que venían de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo general: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizás hubieran perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos a tan piadoso servicio”.⁵⁹

En esa forma insistente y disciplinada de ordenar todos los factores concurrentes a la victoria de las armas del ejército unido se llega al 9 de diciembre de 1824, en que 5.780 suramericanos que el ejército libertador al mando del general Antonio José de Sucre, en el glorioso Campo de Ayacucho, derrotan en forma aplastante a 9.310 realistas comandados por el Virrey Laserna, para sellar la libertad de medio continente.

Devoto del Libertador, a pocas horas del triunfo, desde el mismo campo de batalla, el Mariscal Sucre, le escribe: “Tres horas de un obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que V. E. se dignó confiar al ejército unido”,⁶⁰ “Calculo nuestra pérdida en ochocientos o mil hombres; pero la mayor parte heridos, y entre ellos, treinta jefes y oficiales”, en nota emocionada, que pondría en sus manos el comandante Medina y su edecán el capitán Alarcón y que habría de llegar con retardo, debido a que el “comandante Medina fue asesinado en Huanta por los indios que estaban reunidos conmemorando el triunfo realista en Colpahuayco”.⁶¹

La razón estuvo con el Mariscal de Ayacucho en la cuantía de las pérdidas del ejército patriota, puesto que, al revisar el informe de las divisiones que tomaron parte en la Batalla de Ayacucho, se asentó para la comunicación “Parte del Mariscal Sucre” dirigido al Ministerio de Guerra: “Nuestras pérdidas son de trescientos diez muertos y seis cientos nueve heridos”,⁶² entre los cuales se destacó con timbales de heroísmo el general José Laurencio Silva, comandante de Húsares de Colombia, que “se arroja al enemigo y es herido de lanza por el único apureño que había en el ejército realista”.⁶³

Con la veracidad histórica de José Laurencio Silva sangrante incorporándose a la lucha, tejió Ricardo Palma⁶⁴ el siguiente diálogo: "el coronel venezolano Laurencio Silva, cayó herido. Llevado al hospital y puesto un vendaje a la herida, preguntó al cirujano:

—Dígame socio ¿Crée usted qué moriré de esta?

—Lo que es morir, me parece que no;
pero tiene usted lo preciso para pasar algunos meses bien divertido.

—¡Ah! Pues si no muero de esta, venga mi caballo, que todavía hay jarana para un cuarto de hora y quiero estar en ella hasta el conchito.

Y con agilidad suma, sin escuchar las reflexiones de su amigo el cirujano, saltó sobre el caballo y volvió a meterse en lo recio del fuego".

También en la Batalla de Ayacucho, el entonces teniente coronel Ramón Castilla fue herido de bala en "un brazo y conducido al Hospital de Sangre" donde se colocó en el Salón destinado para atender a los jefes, sin discriminar entre vencedores y vencidos, se encontró y reconcilió con su hermano realista Leandro Castilla.⁶⁵

El herido más importante de los españoles fue el Virrey Laserna, quien según Cortés Vargas,⁶⁶ al notar perdida la batalla "se lanzó denodado entre las tropas batidas; como era natural, fue arrollado y recibió siete heridas de bala y arma blanca, fue derribado de su caballo y cayó prisionero" y añade "El ilustre Virrey es conducido a una choza de la aldea y allí, en prisión, es curado de sus heridas y atendido solícitamente por los cirujanos del Ejército Libertador".

Otros autores, Lastre entre ellos, sostienen que la herida del Virrey fue que "le alcanzó la punta de la bayoneta a herirle el labio de la oreja derecha, de la que corría sangre sobre su poncho", por la que fue llevado a una de las miserables habitaciones del pueblo de Quinua. Esta opinión se encuentra ratificada en la página 155 de los "Recuerdos" de Francisco Burdett O'Connor, Jefe del Estado Mayor del Ejército Vencedor y encargado de recoger en Ayacucho "a los jefes, oficiales y soldados heridos del enemigo y los fusiles y demás objetos arrojados en el campo de batalla", quien al referirse a los hechos sucedidos en la noche lluviosa del 9 de diciembre de 1824, anota: "El general Miller hizo llevar su servicio de té al alojamiento del Virrey La Serna, que se hallaba herido en una oreja. Tomaron su té y regresó el general a seguir escribiendo".

Los heridos de Ayacucho, como los de Bomboná, Pichincha y Junín fueron atendidos con gran cuidado y excelente humanitarismo por el personal médico militar del Ejército Libertador Unido, llegando su propósito perfeccionista hasta la concesión del "Punto 15" del Acta de Capitulación: los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que completamente restablecidos dispongan de su persona".

La mayor parte de los cirujanos que actuaron en la Batalla de Ayacucho se conocen porque sus nombres aparecen en la nómina de "Promociones y Ascensos"⁶⁷ concedidos a seguidas de la batalla, el mismo 9 de diciembre de 1824, donde figuran: General de División Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe del Ejército;

Estado Mayor General:

Cirujano Mayor:	Teniente Coronel J. Marchisio.
Segunda División:	Sargento Mayor Antonio Merfe al Grado de
Cirujano Mayor:	Teniente Coronel.

Batallón Vargas:

Plana Mayor:	Cirujano Teniente José Heredia.
Batallón Bogotá:	Cirujano Capitán Benito Hoya.

Plana Mayor:

Batallón Voltígeros:

Plana Mayor:	Cirujano Capitán Vicente Golínez.
--------------	-----------------------------------

Batallón Pichincha:

Plana Mayor:	Cirujano Capitán Graduado Pedro Torres.
--------------	---

Regimiento Granados a Caballo:

Plana Mayor:	Cirujano Teniente José Carrillo.
--------------	----------------------------------

Regimiento de Húsares:

Plana Mayor:	Cirujano Teniente José Estrada.
--------------	---------------------------------

Pedro Moneteser, es otro de los cirujanos nombrados para el reconocimiento por su valiente comportamiento durante la batalla, penetrando hasta las zonas de lucha para rescatar heridos y atenderlos en el propio terreno.

El personal médico del ejército español en la Batalla de Ayacucho,⁶⁸ estuvo integrado:

Jefe de Cirugía:	Dr. Angel Mainen
Consultor:	D. Majín Berdos
Cirujano:	D. Andrés Pabón
Boticario:	Mayor D. Francisco Asqueta.

Con excepción de los cirujanos españoles Marcelino Fuentes y José Castro, que se radicaron en Lima, todos los cirujanos realistas regresaron a Europa.

Está perfectamente demostrado la existencia de Hospitales de Sangre y de hospitales civiles militarizados en todas las batallas de la Campaña del Sur, muy especialmente en Junín y Ayacucho, habiéndose situado en la población de Reyes en la Batalla de Junín y durante la Batalla de Ayacucho, en la aldea de Quinua para algunos historiadores, y para otros como López Contreras, en la iglesia del pueblecito de Quinua.⁶⁹

En la Batalla de Ayacucho dirige el Hospital de Sangre, con el título de Controlador, el teniente D. José Aspauza.

Cumpléndose siempre la pesada tradición de pobreza material de los hospitales, en el Hospital de Sangre de Ayacucho faltaron medicinas para atender a los miles de heridos y contusos de la inmortal batalla, de tal manera que el propio Mariscal Sucre, escribe desde Huamanga, el 12 de diciembre de 1824: "Nos faltan medicinas y todo para estos heridos que en todo exceden de mil; es menester que volando nos envíen auxilios porque si no perderemos muchos hombres".⁷⁰

Por cierto que con urgencia reclamaban medicinas tales como: Licor Hoffman, Laúdano de Sydeham, Bálsamo peruano, Cantáridas, Calomelano, sublimado, cre-mo, mercurio dulce, jalapa, sal catártica, ipecacuana, tártaro emético, triaca magna, extracto de cicuta, extracto de orosus, etc.

Los heridos de mayor gravedad, con gran criterio asistencial en cirugía de urgencia, eran trasladados después de las primeras curas, a hospitales de mayores recursos como el Bellavista, Santa Ana y San Andrés de Lima, donde los Drs. José de los Santos Montero, Francisco Fuentes, Manuel Seguí, Vicente Godínez y otros cumplieron su abnegada misión de médicos y de patriotas.

La Campaña del Sur no había terminado con la Batalla de Ayacucho, ya que el general José Ramón Rodil, jefe español de la Fortaleza de El Callao se negó a cumplir lo pautado en el Acta de Capitulación, prolongando la lucha por trece meses y trece días, para quedar definitivamente firme la independencia del Perú.

Faltaba por consiguiente, para lograr la paz, todo el proceso diplomático y militar de El Callao, que para los momentos, era casi imposible de obtener por medios pacíficos y civilizados, entre los cuales se atravesaron la terca resistencia y la soberbia hispana expresada en el lenguaje folklórico de Rodil:

¡Que capitulen los que se dejan derrotar y no yo! Abogaceras conmigo? Mientras tenga pólvora y balas, no quiero dimes y diretes con p. pícaros insurgentes!⁷¹ decía el canario Rodil por lo que el Libertador decreta el 2 de enero de 1825 "los enemigos encerrados en dicha plaza serán considerados separados de la nación española y todo el que los auxiliase quedaba sujeto a la pena capital".⁷²

Las tropas sitiadas y sitiadoras sufrieron los rigores de las estrecheces alimentarias y de las enfermedades, de tal manera que el general Salón, escribe al Libertador el 28 de mayo de 1825, "se ha aumentado en la División el número de enfermos, de suerte que hay como 55 oficiales, entre ellos dos Jefes de Estado Mayor, y poco más o menos 1.000 individuos de tropa".⁷³

Muchas escenas antihumanas de la guerra se presenciaron durante el sitio de El Callao, que fueron exaltándose con el tiempo de la resistencia realista, como expulsión de la población civil a punta de bayoneta, extensión de la miseria, desaparición de los alimentos con la intensificación de hambre después de haber agotado reservas de carne de caballo, perros, gatos, ratones y demás animales, multiplicación de las enfermedades, como el escorbuto que hizo justicia con el traidor Torretagüe y de la fiebre tifoidea que mataba gente a centenares "aumentando el número a tal extremo que los cadáveres no se podían enterrar y se corrompían en las casas y en las calles";⁷⁴ dramas tremendos que entraron en definitiva liquidación el 22 de enero de 1826, con la rendición del general Rodil, afortunada conclusión militar de la Campaña del Sur, que dejó en manos del ejército libertador, al mando del general Salón, la Fortaleza de El Callao, y quien pensando en los heridos impone en el artículo 17 del Acta de Capitulación "Los heridos y enfermos de la guarnición, que de ningún modo puedan viajar o navegar, serán alimentados y curados por cuenta de la República; y restablecidos disfrutarán las mismas consideraciones que los sanos en los artículos en que cada uno en su clase se halle

A lo largo de los meses que duró el sitio de El Callao se establecieron hospitales, se dispuso el hospital de la isla de San Lorenzo y el de Bellavista para atender heridos y enfermos procedentes de dicha fortaleza, se atendió a la población civil y se resolvieron dentro de la gravedad de las circunstancias sanitarias

reinantes, los problemas médicos de urgencia. El brigadier Rodil también estableció en el castillo de El Callo un hospital que servía el físico D. Benito Berco.

Se sabe que los cirujanos José de los Santos Montero, Laureano Lara, Isidoro Alcedo, José Estrada y otros figuran entre los héroes civiles que contribuyeron a la exitosa asistencia médica de la Campaña del Sur.

Fue preocupación de los libertadores después de Ayacucho, velar por la protección de los inválidos de la guerra y sin esconder méritos para poner en acción disposiciones sanmartinianas, con esa tendencia decreta el Libertador el 27 de diciembre de 1824⁶ honores para los vencedores de Ayacucho y la estampa del artículo 8: "Los padres, mujeres e hijos de los muertos en Ayacucho, gozarán del sueldo íntegro que correspondía a sus hijos, esposos y padres cuando vivían", y el artículo 9: "Los inválidos recibirán la misma recompensa del artículo anterior, y además serán preferidos para los empleos civiles, según sus aptitudes".

Es satisfactorio reconocer las nobles intenciones de el Libertador, Sucre, Salón y los altos jefes militares por ciudar la salud, la asistencia, la dignidad, el suministro de recursos económicos, aportándoles sus pagas, atendiéndolos en los hospitales, ubicándolos en sus pueblos de origen y demás cuidados de la comunidad militar, previa comprobación de su estado, por medio de las Boletas de Invalidez y de Premio, y de haber pertenecido al ejército libertador.

La categoría y características de la invalidez, fue certificada por los médicos, habiendo sido frecuentes los diagnósticos de: dolores de los huesos, vista corta, vejez, abierto de pecho, costillas hinchadas, mal de orinas, hombro dislocado, tuerto del ojo derecho, tiña, enfermedades contagiosas, incurvación de la columna vertebral, manco de la mano derecha, caquético, procidencia del ano, escrófulas, hemotóico, leproso, sangre por la boca, fracturado de una pierna, hernia escrotal, tísico, llagas en la garganta, hidrotorax; que firmaban, entre otros los doctores José Santos Montero, Laureano Lara, Cayetano Heredia y José Dámaso Herrera.

Los resplandores del genio de América iluminaron a la medicina, en prodigiosa conducción a las oportunidades de servicios, franca y decididamente importantes, para contribuir con el esfuerzo de cirujanos, médicos, farmacéuticos y practicantes a la exitosa Campaña del Sur, cronológicamente cerrada el 4 de setiembre de mil ochocientos veinte y seis, al salir el Libertador de Lima, para emprender la Gran Jornada, y llegar el miércoles, diez de enero de mil ochocientos veinte y siete a la Caracas matriz de la libertad.

BIBLIOGRAFIA

- 1 SCHAEFER, DR. GUSTAVO. *La neutralización de enemigos heridos antes de la fundación de la Cruz Roja*. Actas Ciba N° 3. 1941. Pág. 34.
- 2 SCHAEFER, DR. GUSTAVO. *Ob. cit.*, pág. 34.
- 3 SCHAEFER, DR. GUSTAVO. *Ob. cit.*, pág. 34.
- 4 RÍSQUEZ, JESÚS RAFAEL. *La Cruz Roja, sus predecesores, su obra y su instalación en Venezuela*. Folleto. Tip. Americana. Caracas, 1909. Pág. 5.
- 5 SCHAEFER, DR. GUSTAVO. *La Convención de Ginebra*. Actas Ciba. N° 3. 1941. Pág. 48.
- 6 SCHAEFER, DR. GUSTAVO. *Ob. cit.*, pág. 34.
- 7 SCHAEFER, DR. GUSTAVO. *Ob. cit.*, pág. 35.
- 8 BERDER A., GEORGE. *Notas terapéuticas*. Vol. LIII. N° 5. 1960.

- 9 ALEGRÍA, CEFERINO. *Médicos que sirvieron en la causa de la Independencia*. Compilación.
- 10 BERNAL MEDINA, RAFAEL. *Ruta de Bolívar*. Cali, Colombia. 1959. Pág. 129.
- 11 BERNAL MEDINA, RAFAEL. *Ob. cit.*, pág. 131.
- 12 *Correspondencia del Libertador*. (1819-1829). Fundación Vicente Lecuna. Banco de Venezuela. Caracas, 1974. Pág. 13.
- 13 LECUNA, VICENTE. *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar*. Tomo III. New York, N. Y. The Colonial Press Inc. 1950. Pág. 84.
- 14 LECUNA, VICENTE. *Ob. cit.*, págs. 88-90-91.
- 15 LECUNA, VICENTE. *Ob. cit.*, pág. 94.
- 16 LECUNA, VICENTE. *Ob. cit.*, pág. 99.
- 17 MOSQUERA, TOMÁS CIPRIANO. *Memorias sobre la vida del General Simón Bolívar*. Bogotá. Imprenta Nacional. 1954. Pág. 407.
- 18 MOSQUERA, TOMÁS CIPRIANO. *Ob. cit.*, pág. 408.
- 19 LECUNA, VICENTE. *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar*. *Ob. cit.* Pág. 101.
- 20 MOSQUERA, TOMÁS CIPRIANO. *Ob. cit.*, pág. 408.
- 21 VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN. *El Washington del Sur. Cuadros de la Vida Militar del general Antonio José de Sucre*. Libro. Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona. 1893. Pág. 175.
- 22 GARCÍA ROSSELL, CÉSAR. *Bolívar en el Perú*. Folleto. *Simón Bolívar, Libertador del Perú*. Publicaciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Caracas 1971. Pág. 30.
- 23 PROCTOR, ROBERTO. *Narración del viaje por la Cordillera de Los Andes y Residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824*. Buenos Aires, 1920.
- 24 LASTRE, JUAN B., *La cultura peruana y la obra de los médicos en la emancipación* Lima, Perú, 1954.
- 25 *Correspondencia del Libertador*. (1819-1829). Fundación Vicente Lecuna. Banco de Venezuela. *Ob. cit.*, pág. 262.
- 26 BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras Completas*. Vol. I. Editorial Lex. La Habana, Cuba. 1947. Pág. 856.
- 27 BOLÍVAR, SIMÓN. *Ob. cit.*, pág. 864.
- 28 IVANOFF BUIKLISKI, Dr. VLADIMIR. *Efectos de la altitud sobre el organismo humano en Los Andes Venezolanos*. "Mal del Páramo". Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes. N° 8. Mérida, 1951. Página 9.
- 29 O'CONNOR, FRANCISCO BURDETT. *Recuerdos de*. Editores propietarios González y Medina. La Paz, Cochabamba, Oruro, Potosí (Bolivia) 1915. Págs. 89 y 125.
- 30 MOROTE, DONALD. *Daniel A. Carrión*. Biblioteca de Hombres de Perú. XXVI. Tercera Serie. Pág. 55.
- 31 *Correspondencia del Libertador*. *Ob. cit.* Pág. 206.
- 32 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.* 205.
- 33 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 229.
- 34 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 229.
- 35 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 236.
- 36 LECUNA, VICENTE. *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar*. Tomo I. New York., N. Y. The Colonial Press Inc. 1950. Pág. 97.
- 37 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 237.
- 38 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 239.
- 39 LECUNA, VICENTE. *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar*. Tomo III. *Ob. cit.* Pág. 229.
- 40 BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras Completas*. Tomo I. *Ob. cit.* Pág. 973.
- 41 *Correspondencia del Libertador*. (1819-1829). *Ob. cit.* Pág. 274.
- 42 *Correspondencia del Libertador*. (1819-1829). *Ob. cit.* Pág. 275.
- 43 LECUNA, VICENTE. *Ob. cit.* Pág. 439.
- 44 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Participación de Colombia en la Libertad del Perú*. Tomo III. Segunda edición. Sección de Imprenta y Publicaciones. Bogotá, 1947. Pág. 130.
- 45 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Ob. cit.*, págs. 133-134 y otras.
- 46 EDSCHMID, KASIMIR. *El Mariscal y la Dama*. Editorial AHR. Barcelona, 1952. Pág. 84.

- 47 BRICE, ANGEL FRANCISCO. *El Libertador y la Medicina*. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Tomo XLVI. Octubre-diciembre 1961. N° 176. Pág. 564.
- 48 BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras Completas*. Tomo I. *Ob. cit.*, pág. 451. Doc. 395.
- 49 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 161.
- 50 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 165.
- 51 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Participación de Colombia en la Libertad del Perú*. *Ob. cit.* Tomo III. Pág. 50 y otras.
- 52 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Ob. cit.*, T. III. Pág. 255.
- 53 Diccionario Enciclopédico Hispano Americano de Literatura, ciencias, artes, etc. Tomo XII. Editores Montaner y sucrs. Barcelona. Pág. 292.
- 54 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.*, pág. 330-331-332.
- 55 ALAYZA Y P. S. LUIS. *Unanue, San Martín y Bolívar*. Lima, 1934. Pág. 382.
- 56 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao Histórico*. Caracas. Litografía del Comercio. 1926. Pág. 87.
- 57 LEGUNA, VICENTE. *Crónica Razonada*. Tomo III. *Ob. cit.* Pág. 419.
- 58 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao Histórico*. *Ob. cit.* Pág. 91.
- 59 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao Histórico*. *Ob. cit.* Pág. 120.
- 60 VILLANUEVA, LAUREANO, *Vida de don Antonio José de Sucre*. Librería Paul Ollendorff. París, 1895. Página 345.
- 61 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. Tomo III. *Ob. cit.* Pág. 329.
- 62 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao Histórico*. *Ob. cit.* Pág. 116.
- 63 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Participación de Colombia en la libertad del Perú*. Tomo II. Segunda edición. Biblioteca del Oficial. Vol. N° 24. Pág. 303.
- 64 PALMA, RICARDO. *Tradiciones Peruanas Completas*. Aguilar S. A. Ediciones Madrid. 1953. Pág. 998.
- 65 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.* Pág. 334.
- 66 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Ob. cit.* Tomo II. Pág. 304.
- 67 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Ob. cit.* Tomo III. Pág. 177 y siguientes.
- 68 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.* Pág. 355.
- 69 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao Histórico*. *Ob. cit.* Pág. 126.
- 70 LASTRE, JUAN B. *Ob. cit.* Pág. 336.
- 71 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao Histórico*. *Ob. cit.* Pág. 126.
- 72 O'LEARY. *Documentos*. T. XXXIII. Pág. 95.
- 73 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *Ob. cit.* Pág. 137.
- 74 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *Ob. cit.* Pág. 143.
- 75 LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *Ob. cit.* Pág. 164.
- 76 CORTÉS VARGAS, general CARLOS. *Participación de Colombia en la libertad del Perú*. *Ob. cit.* T. II. Pág. 333.

GENERAL JACINTO LARA

Por AMBROSIO PERERA

28 de mayo de 1778. Se comenta entre los españoles criollos de la vieja ciudad del Portillo, que doña Juana Paula acaba de dar a luz un robusto varón que constituye el fruto nono de un árbol rancio y de un oloroso hogar de tradiciones y virtudes. Don Miguel se siente orgulloso porque con el recién nacido llega a seis el número de varones que ha tenido, y piensa que ya tiene asegurada su vejez y el cuidado de sus tres doncellas. Le cuenta a sus hijos que ya ha llegado de Cádiz el niño encargado a la vieja tienda morisca, y el mayor de ellos, que será más tarde de los ciento cincuenta centauros de Las Queseras, y que cuenta doce años cumplidos, corre, el primero, a conocer el hermanito y al besarlo siente en sus labios sabor de sangre. Eran dos fuerzas de la patria que chocaban. Eran dos chispas de libertad que saltaban del aposento materno y que iban a clavarse interrogantes en el paterno corazón del andaluz. Don Miguel ama mucho a su España; en ella ha dejado a su viejecita doña Gabriela rezando Ave Marías con negras cuentas de madera para que la aventura suya pueda terminar a su lado rezando el último Ave María con rosario de cochanos en el viejo olivar de los abuelos. Pero don Miguel lleva quince años en Carora, tiempo suficiente para que se realice en él el milagro de atracción y de conquista que encierra ese pedazo de tierra venezolana. No percibe el germen de independencia y la aureola de libertad con que ha brotado adornada de la simiente de su casa. El espera orgulloso que mañana su hijo será un vasallo obediente de la casa de Borbón y que tal vez sea éste el que ha de volver a Málaga la sangre que se trajo de sus antepasados para unirla con la de la hija de la hermosa prima que dejó esperando en Antequera.

Siguiendo la costumbre, los amigos y parientes se dirigen apresurados a la casa de los Laras. Se han puesto las camisas de gala, que eran entonces, cuando nadie solía usar paltó, la prenda más elegante de la vestimenta. Don Miguel se ha puesto la tradicional bata de gorgorán que le confeccionó, para el primer parto de Juana Paula, el sastre único del pueblo, y se ha colocado sobre su cabeza la obligada gorra conforme al rito circunstancial de esos felices tiempos. Ha tomado asiento sobre la vieja butaca casera y colocado sus manos sobre la frente inclinada en postura ceremonial de espera. Van llegando los amigos de la casa, y el viejo andaluz que es fiel a la costumbre caroreña, no levanta los ojos hasta que recibe el consabido saludo: "Buenos días os doy, gran fecundador", grita su cu-

ñado Juan Manuel y el saludo lo van repitiendo con seriedad y monotonía los Alvarez, los Oropezas, los Silvas, los Rieras, los Montesdeocas, los de la Torre y don Lázaro Perera y don Diego Herrera, quienes, a pesar de ser canarios, creen que es conveniente hacer lo que se viere en el pueblo que se fuere. A la voz amiga que saluda la potencia de su fecundidad, don Miguel deja su butaca y con voz lenta y ronca responde: "Sorrocloco estoy, sorrocloco estoy". Tal era la fórmula prescrita para estas circunstancias en el catecismo social de los abuelos.

Mientras tanto doña Juana Paula, con el chupón péndulo del pecho, recibe la visita amiga de Francisco de Asís que, obediente a la tradición de acudir presto al llamado del dolor, ha venido esculpido y como siempre dulce del antiguo convento de Santa Lucía a llenar de azúcar blanca la blanca leche de los pezones, de modo que vaya a quemarse en la sangre del niño y llenarle de fuego el corazón. Es la dulzura franciscana gestando por ley de la naturaleza el valor temerario, firme y épico del héroe.

Se interrumpe de repente la tranquilidad del caserón. Oyénse gritos y reclamos. La esclavitud discute. La esclavitud pelea. Todas las esclavas quieren tener el honor de ser aya del nuevo infante: saben que en su noche de injusticia no pueden aspirar mayor grandeza que servir de cerca al amo o llevar en los brazos o colgando del cuadril el hijito del amo. Que yo lo llevo a la pila, dice la mulata Juana; que a mi me toca, grita la negra Tare, y la zamba María Antonia, más viva que todas, deja peleando a las otras y se va corriendo al amo. Encuentra a don Miguel guardando la bata y la gorra para la próxima vendimia y le pide y obtiene el favor que la esclavitud disputa. Pobrecita la zamba: ya se encuentra feliz porque el padrino habrá de dejarle entre sus negras manos una blanca peseta el sabroso día del bautizo. Ignora ella que es la peseta grandota y pesada con efigie de niño la que ha de darle para siempre holgorio. Es el niño de la peseta pesada y grandota el que, al irse de sus manos, saldrá corriendo a la gesta para comprarle con sangre el derecho inviolable de la libertad.

A pesar de la lentitud con que suele moverse el sol en el cielo de la provincia, y más en la apacible época colonial, llega pronto el cinco de junio, día de San Bonifacio, y que es el que ha escogido para la celebración del Sacramento del bautismo. Se piensa en el nombre que ha de imponerse al niño y doña Juana Paula prudentemente calla, esperando recibir esta vez una prueba más del afecto de su esposo. Ya este ha repuesto en Alonso el nombre de su padre, y el suyo propio lo lleva el primogénito, aquél que el día de mañana será de los que atravesando a nado el Arauca inscribirá con letras de gloria, en el Campo de las Queseras, el nombre de su casa sobre la Cruz de los Libertadores. Don Miguel comprende el lenguaje mudo de su esposa y le habla con cariño del niño y lo llama Juan Jacinto. Le es imposible a Juana Paula disimular la alegría; corre a participarle a todos la nueva, y al ir a besar al niño y llamarlo Juan Jacinto, se recuerda de su padre y le parece oír a lo lejos la dulce voz de su madre que lo llama con afecto.

Ya sale el sencillo cortejo hacia la iglesia parroquial de San Juan Bautista. Delante va la zamba María Antonia y parece que sus brazos negros aprisionan un copo de nieve. Le siguen don Juan Manuel Meléndez y doña Josefa Ferrer, quienes son los escogidos para padrinos por los amorosos padres. Don Miguel

los acompaña, y algunos muchachos curiosos y deseosos de las galas, cierran la comitiva que ya está cerca de la puerta mayor donde espera revestido de mohosa sobrepelliz el padre Meléndez, que, como pariente del niño, ha obtenido del cura párroco el permiso necesario para ser el bautizante. La ceremonia empieza a las puertas de la iglesia; ya todos se dirigen a la pila bautismal; ya empieza a caer el agua libertadora sobre las sienes de un libertador y ya aparece libre el alma del que ha nacido para romper las cadenas que aprisionan, en la América, el corazón. El campanario se encarga de llevar con sus roncas voces de metal destemplado la grata nueva a todos los rincones de la ciudad que, como buena española, duerme con el calor de su clima la siesta reparadora. Don Juan Manuel, orgulloso de su ahijado y sobrino, atiende generoso la demanda de la muchachería y unos cuantos maravedíes son lanzados a los aires, mientras los muchachos los reciben a cambio de romper sus trajecitos en el suelo donde han ido a recoger, golpeándose, la gala. El cura párroco inscribe el acta del bautismo en los antiguos libros donde el derecho manda; pero se olvida de hacer anotar el día del nacimiento del niño como lo pauta la Iglesia Romana. Jamás pudo pensar el padre Ferrer que la omisión suya hubiese de ser motivo de reclamo y que por culpa de la misma, es que se ha escogido el 28 de mayo como posible fecha de nacimiento del prócer, la cual hoy, a los ciento sesenta y cinco años, recordamos en esta casa que trabaja con fe por el Estado que lleva con orgullo y bendición el glorioso nombre de Jacinto Lara.

Al regresar la comitiva al hogar de los Laras la sorprende don Juana Paula, quien ha dejado su reposo para recibir el hijo de su vientre convertido, por el bautismo, en hijo de la Iglesia de Cristo. Se ha puesto el traje heredado y su blancura resplandece majestuosamente sobre la línea de su elegancia y bajo la corona de oro de su cabellera. Se destacan sus ojos azules, que son los de las mujeres y hombres de su apellido, bajo el bosque dorado de sus cejas. Algunas pecas familiares empiezan aparecer tímidamente a pesar de sus treinta y ocho años, pero ellas no han hecho otra cosa que darle a su figura una nota más de simpatía y atracción. Conversa con sencillez, la malicia no es fruto del árbol de su casa, sabe ser generosa, los pobres y los esclavos la tratan con confianza, y su corazón es para todos los que sufren y sus manos para servir de pañuelo a todos los que lloran. Su alma es un templo donde se alaba a Dios, sabiendo ser hermana del hermano del samaritano. No se cansa en los quehaceres de su casa; si ordena va ella misma hacer lo que ha mandado. Sus hijos y su esposo la adoran porque ella sin alardes, con pocos abrazos y con menos besos, ha sabido conquistar, con su abnegado proceder, el corazón. Es que Juana Paula sabe sentir como mujer las delicadas impresiones. Es que Juana Paula sabe amar como mujer en flor de primavera. Es que Juana Paula sabe obrar como mujer orgullosa de su sexo y conquistar su hogar a galope sobre el lomo del caballo social de su misión. Es que Juana Paula no ha empeñado, ni cambiado, ni vendido el arma femenina. Es por eso que Juana Paula manda con su cariño, se impone con su presencia y hace que se le aprecie y obedezca por la razón de su ejemplo, por el derecho nacido de su conducta y por la fuerza irresistible de su cristiano proceder.

Juan Jacinto está cansado de tantas ceremonias y de tanto oír que se le dice hermoso. Se siente aprisionar los pies por los escarpines tejidos para su hermano mayor con la agujeta de la madrecita. Todos los hermanos han llevado sus pies cubiertos a la pila con los escarpines de Miguel María; pero Juan Jacinto, que ha nacido para sentirse libre, busca en el llanto, que es la única arma del niño, el arma salvadora. Sus gritos preocupaban al aya que cuidadosamente lo desviste, pero Juan Jacinto no calla. Toma Juan Jacinto la leche nutritiva y el llanto continúa. La zamba se impacienta y quita con violencia el niño del pecho de la madre y lo acuesta en el chinchorro nuevo que le ha regalado, por gala, la madrina y con gracia gitana empieza a cantarle:

*"Dormite niño
Que tengo que hacer,
Lavar los pañales
Y sentarme a coser"*

Dejemos ahora, señores, que Juan Jacinto continúe durmiendo en el chinchorrito de la madrina y pensemos que los días que hoy conmemoramos, son los mismos que hemos procurado vivir esta noche con el recuerdo para sentir de cerca el calor del horno en que se forjó el acero que dio brillo indeleble a Corpauhaico y chispas de gloria al campo de Ayacucho.

Juan Jacinto había aprendido en la escuela no sólo a leer y a escribir sino también las cuatro reglas y alguno que otro rudimento de castellano, de geografía e historia, sin olvidar, por supuesto, el catecismo y sin dejar de recibir en sus débiles manos algunos saludos de la vieja palmeta, que ya empezaba a resentirse de su largo y duro oficio de ductora.

El joven Lara había pasado la época algo tragicómica de la escuela de entonces y ahora tiene que enfrentarse a la vida, tiene que sudar para ganar el sustento y preparar su porvenir. Es la época más difícil del hombre. Es el momento de asumir responsabilidades. Es la hora de la campanada optimista que hay que atender presto para elegir feliz en la encrucijada del camino. Juan Jacinto tiene carácter. Juan Jacinto está enrazado, como dijera un buen llanero. Juan Jacinto no está gastando su juventud en claudicaciones de la voluntad y en bagatelas del espíritu. Juan Jacinto se siente hombre y se va al llano con todo el coraje de sus abuelos, los conquistadores. El llano está llamando a la juventud a los cuatro vientos de la Capitanía General. Juan Jacinto lo lucha entre los cuernos de sus toros bravíos o apretando las ubres de su vaca lechera. Ya se abre camino en medio de la verde y amplia y espigada alfombra de la llanura, para pasar vencedor con los productos de su conquista al lomo de obedientes mulas e irlos a cambiar por oro en los hambrientos almacenes de la capital lejana.

Los años pasan con monotonía para los que han sido vencidos en la lucha. Pero Juan Jacinto continúa bregando con el llano y está dispuesto a no dejarse tragar por la llanura hambrienta de carne humana. Sus manos están adornadas de duros callos que valen, para la dulcinea del trabajador, como rubíes y diamantes engastados en el platino anillado de las cicatrices. Su rostro y sus brazos han perdido el blanco color de herencia y se han tostado a fuerza de recibir los golpes inclementes de los rayos del sol. Hasta la noble prestancia de noble caba-

llero la ha dejado enredada entre las tunas de los espinares. Sus músculos forman arabescos o relieves barrocos a cada golpe de su contracción. No le para los pelos el tigre de la montaña ni le preocupa el agua con malezas y con estrepitoso ruido de la corriente impetuosa del desbocado río. Acostumbrado está a dormir en el accidentado suelo o ha llegado hasta aprender a comer sin los instrumentos elementales de la mesa casera. Sabe montar a pelo limpio el potro indomado y se burla y se ríe a carcajadas a cada salto de la fiera hasta que logra, a fuerza de espuela y latigazos, someterla a la obediencia e imponerle sumisa el pasitrote.

A la ardua labor del campo ha unido Juan Jacinto la del comercio en correrías por los pueblos del llano. Importa por Güiría mercancías de Trinidad y le parecen días de recreo las largas caminatas a pleno hervor de la asolada tierra. Aunque productivos, resultan en extremo peligrosas las aventuras mercantiles de Juan Jacinto. El indio Guardajumo con su trágica pandilla está llenando de pavor y de rapiña los llanos guariqueños. Lara se reúne con frecuencia en sus correrías con otro valiente y arrojado comerciante. Es José Tomás Rodríguez, el futuro Boves de la Puerta, el compañero de Juan Jacinto, y juntos se enfrentan en los llanos de Barcelona al indio corajudo. Luchan cuerpo a cuerpo, quedan tendidos cuatro de los salteadores, y Guardajumo, si no hubiera tomado a tiempo las de Villadiego, hubiera quedado enredado entre las garras del futuro héroe o entre los pelos negros del futuro vampiro de Caracas y Valencia.

Juan Jacinto ha logrado una fortuna y apenas cuenta treinta y dos años. Se encuentra en Caracas en uno de sus viajes acostumbrados con el fin de cambiar por mercancías el cacao de su hacienda de La Aparición de la Corteza. Ha salido de la iglesia de San Francisco a donde ha ido a pedirle a la Virgen de la Soledad un buen regreso. Se dirige a la posada de San Pablo pensando que mañana, apenas apunte el lucero del alba, debe ir a su arreo tragándose la serranía, mientras va rompiendo el silencio una larga letanía de coplas armonizadas por el sabroso repicar de la mula campanera. Al cruce de una esquina, Juan Jacinto tropieza con un buen amigo, quien le habla de un grupo de hombres cultos que, conociendo el valor de la soberanía de los pueblos, quieren aprovechar las circunstancias de las guerras napoleónicas y la abdicación de Bayona para, respetando los derechos de Fernando, hacer reconocer los del bravo pueblo y dar el primer paso al logro de la emancipación. Juan Jacinto no responde; pero se va a la posada dominado por las palabras del amigo. Las ideas nuevas han penetrado tan adentro de su espíritu que da orden al arriero para que salga solo con sus mulas. El aplaza su viaje para después de la Semana Santa; pero no es el alma del creyente la que pide espera, es el veneno de la libertad que está matando las antiguas ilusiones para que florezca la idea nueva entre los escombros del viejo pensamiento. De pronto Juan Jacinto oye emocionados gritos y le sorprende una joven que al parecer no está en todo su juicio: tiene su larga y encrespada cabellera al viento, su voz parece una cascada que acaba de romper el peñasco milenario para precipitarse ávida al abismo; sus palabras son flechas ardientes que van a clavarse en los corazones de los decididos para llenarlos de fuego y en los corazones de los indiferentes para lanzarlos como fieras a la erizada presa; parece que está maseando con sus gestos a los que han sido soberanos de España y las Américas y que se está tragando la sangre y hasta los huesos de los

que no supieron ser fieles a las leyes justas y de los que inicualemente mancharon los pendones: es la revolución que le está llegando al alma, es la revolución que lo empuja a la lucha, es la revolución que está fecundando en un corazón llanero un libertador de América.

El joven Lara es hombre de resoluciones rápidas y definitivas. Nada le impedirá seguir el nuevo rumbo. Se encuentra miserable nadando en su fortuna. Sólo quiere el llano porque ha preparado su cuerpo y sus costumbres para el sacrificio y para la recia lucha. Sólo quiere el llano porque le ha enseñado amar la libertad en la escuela de la naturaleza, en la vida del desenfrenado potro, en la bravura del toro que defiende con cornadas su dominio, en el pájaro que canta sus amores, en el bosque exhuberante y en el hombre que no ha doblado el espinazo en cortesías palaciegas y que sólo ha ensuciado sus rodillas para adorar con profunda sinceridad y fe al Dios de la llanura.

Llega el Jueves Santo. Juan Jacinto se va a las barras del Cabildo y luego, desde la plaza mayor, corresponde entusiasmado al dedo indicador de Madariaga. Ya no puede más con el peso de su patriotismo. Está reventando por servir a la Patria. Impulsado por estas fuerzas solicita audiencia de la Junta Suprema de Gobierno, no para mendigar el cargo para el medro y la vara, sino para ofrecer su persona y sus energías a la revolución y a la patria. La Junta sabiamente interpreta y comprende al oferente y le expide gustosa el nombramiento de Comandante de las milicias de Araure y Ospino.

Regresa Juan Jacinto a su tierra llanera y cuando todos esperaban que llegaría cargado de oro y de ánimo para proseguir en sus labores del campo, se sorprenden al ver el pergamino que acredita su nombramiento. Hay chismes en el pueblo. Muchos no comprenden que el hijo de un español de Antequera, que ha sido de los privilegiados en la Colonia por su condición de noble criollo y que tiene dinero y juventud para gozar de la vida, se entregue a una aventura que lleva todas las de perder. Juan Jacinto no se preocupa por esta incompreensión y sin reposar y sin ver de sus negocios, empieza su obra de apóstol de la revolución. Ha sido fiel con la promesa hecha, y al no dejarse vencer por el medio, apunta su primer triunfo en la larga correría de su patriotismo. Abandona sus hatos, sacrifica las cosechas de su campo, odia el reposo egoísta y la duda sacrílega, hierve su sangre y lo impulsa indómito a la lucha.

Llega el año de 1811 y Juan Jacinto corre al Cerro del Morro donde lo espera Miranda para castigar los realistas de Valencia que han querido herir infames la República naciente, y tiene la fortuna de poder sentir las delicias de una victoria al primer paso marcial de su carrera. Pasa un año, y Monteverde logra estrangular con la brava y bárbara tropa coriana hasta el mismo corazón de la Primera República. Juan Jacinto escapa de las persecuciones del jefe realista y viene aparecer más tarde en las cúspides andinas entre las pléyades de águilas obedientes a Bolívar que llegan rompiendo el horizonte para inundar a Venezuela con las aguas del triunfo y libertad traídas del destierro en las ánforas hirvientes de sus corazones.

Señores: no puedo continuar viendo de cerca la vida de nuestro prócer, ya que no quiero llevar a más larga prueba la benevolencia de mi auditorio y, por lo

tanto, preciso es que suba hasta el más alto pico de las montañas de América para contemplar solamente, y a lo lejos, el rastro luminoso del héroe, la justa actuación del magistrado y la digna y austera posición del ciudadano.

En 1813 realiza Bolívar la Campaña que justa y felizmente ha bautizado la historia con el nombre de Admirable. Lara viene entre los libertadores como segundo jefe de los ejércitos de Rivas. Niquitao, Los Horcones y Taguanes dan testimonio eterno del valor y disciplina de nuestro héroe. Monteverde, refugiado en Puerto Cabello, impide que Bolívar pueda descansar entre los laureles del triunfo con su cabeza reposada sobre el título de Libertador. Lara acompaña nuevamente al hijo de Caracas en Las Trincheras, Bárbula, Vigirima y Carabobo probando que sabe luchar por la libertad de los pueblos. Ve caer a Girardot entre los pliegues de la bandera tricolor, como águila envuelta en su plumaje blanco, y su arrojo se multiplica ante la obra del fuego bárbaro.

En Apure está Páez llenando de sangre y de heroísmo la historia santa de los pueblos. Amamantando también a la ubre del llano no puede quedarse quieto, como marmota durmiente, a los gritos de la revolución. El Apure se ha convertido en el escenario principal de la contienda y Lara tiene el privilegio de actuar en los sitios de mayor actividad y peligro. Llega a hacerse necesario y se gana la confianza del Libertador. Se encuentra con Páez en el hato del Yagual, donde el coronel Francisco López, gobernador realista de Barinas, da ocasión a una victoria, para luego caer prisionero en las aguas del majestuoso Apure. Llega el día 17 de febrero de 1817 y la orgullosa caballería realista queda destrozada en Mucuritas y es Lara de los que persiguen al general La Torre, saltando sobre llamas la llanura, con la misma tranquilidad y destreza con que perseguía en el llano barinés la fiera montuna que rugiendo abandonaba el cortijo y desafiaba el horizonte.

Nueva Granada ha sufrido con Morillo la suerte que le cupo a Venezuela en 1814. Todas sus provincias con excepción de la de Casanare se encuentran en poder de los realistas. Bolívar piensa invadir la provincia de Barinas; pero cuando va a dar comienzo a la campaña se detiene a la visión lejana de un audaz jinete que viene abriéndose paso por la montaña virgen, tragándose las leguas de la sabana inmensa y bebiéndose los caudalosos ríos. No ha detenido su carrera la cabalgadura cuando Lara, saltando de la misma, grita emocionado: "Os traigo, Libertador, las lágrimas de Nueva Granada y la voz de Santander que os suplica una mirada de piedad sobre el infortunio de sus compatriotas". Bolívar comprende la tragedia vecina y encomienda a Páez la suerte de Venezuela y empujado por su amor a la libertad vuela a Casanare para trepar los Andes y obtener a sus faldas la victoria. Lara, que no abandona al Libertador, viene con Santander en la vanguardia y muestra su pujanza desalojando el enemigo de la formidable posición de Paya. Bolívar, envuelto con la gloria de Los Andes y con el triunfo de Boyacá, hace su entrada a Bogotá, y conociendo la bravura y fortaleza del hijo de Carora le señala su destino. Obedeciendo las órdenes del Libertador vuelve Lara a la refriega, y su excelsa cualidad guerrera queda nuevamente comprobada en Chiriguana, en el Valle de Upar y en la toma memorable de Cartagena, donde se le nombra gobernador de esta provincia y de Santa Marta.

Ahora, señores, el teatro principal de la guerra se encuentra en la tierra del Sol, y Lara se dirige allí a medir otra vez su coraje con el arrojo de las huestes

realistas. Arequipa lo cuenta entre sus héroes y en Junín se une al invitatorio entonado en esta batalla, que no es otra cosa que el anuncio del triunfo que habrán de salmodiar las dianas al pie del soberbio y coronado Condorcunca.

La suerte de las armas libertadoras han sido encomendadas a la pericia militar de Sucre. El Virrey La Serna espera con la fuerza y valor de su ejército destruir en la última batalla la obra de los rebeldes de América. Sucre atraviesa con su ejército el río Pampas frente a Matará, en cuyas alturas las fuerzas españolas hacen alarde de impavidez y poderío. La prudencia militar frena el ímpetu bravío de los héroes y con hábiles maniobras se busca el sitio que brinde mejores ventajas para afrontar la lucha. Sucre ve en sus manos toda la sangre de los mártires, todo el dolor de las mujeres viudas, todo el llanto de los huérfanos, todas las abnegaciones de los hombres, toda la sublimidad del sacrificio de América. Recuerda la tragedia de los caraqueños cuando huyendo de Boves iban dejando sus carnes entre los espinares del camino y sembrando el dolor en tierras fertilizadas con lágrimas y sangre. Piensa en los estudiantes de La Victoria, que dignos como los de ayer, los de hoy y los de siempre, fueron cantando al holocausto y orgullosos de que sus pechos fueran atravesados por la bala de la tiranía porque enseñarían a los venezolanos el saber morir cuando nadie pensase sino vivir del servilismo y la adyección. Piensa en el paso de los Andes con sus interminables cruces de dolores y con sus sepulcros fríos abiertos para muchos en el hueco sin nombre de la nieve. Es necesario oír el reclamo de esas voces para no exponer imprudente la gloria del pasado.

Llega el 3 de diciembre de 1824. Entra en el plan de las maniobras trazadas por el Estado Mayor el atravesar el estrecho desfiladero de Corpahuaico. La empresa es la más atrevida y se necesita acometerla con la mejor disciplina y con la mayor impavidez y firmeza. Sucre encarga a Lara del parque y de la caballería y Lara sabe asumir la responsabilidad y se da cuenta perfecta de que se ha puesto en sus manos la suerte de la República. Empieza a moverse el ejército al ritmo de la emoción más profunda y del silencio más conmovedor. Sucre va pensando en la nobleza de su ideal y esto le da aliento y optimismo. Ya están fuera de peligro la vanguardia y el centro; pero a Lara se le ha colocado en retaguardia y es precisamente ésta, la que al caer la tarde tristemente sobre la serranía, se encuentra afrentando el mayor de los peligros. El general español Valdés se da cuenta de la temeraria empresa y cree que sólo la locura producida por la desesperación ha podido llevar a Sucre a arriesgar la suerte de su ejército. Espera la retaguardia porque sabe que su vencimiento dejaría sin armas y sin caballos los enemigos de España. Llega el momento deseado y al león ibérico lanza su rugido al abismo y salta bravo, resuelto y arrogante sobre los batallones Rifles, Vencedor y Vargas que componen la división mandada por Juan Jacinto Lara. Momento de gloria eterna o descalabro total. Lara se estremece de heroísmo. Parece que se ha vuelto un toro del llano que embiste con furia y quiere ensartar en sus cachos al león castellano. Se siente orgulloso del batallón Vargas que se bate con denuedo, y es tan grande el heroísmo de su jefe Trinidad Morán, que conquista la gloria eterna al intenso calor de la refriega. El batallón Rifles sufre grandes pérdidas y los realistas se llenan de ilusiones; pero Lara no desmaya un solo instante y dando un empujón a los hombres de sus batallones logra salir de la zona peligrosa y puede

decir con palabras de justicia "Salvé el ejército porque salvé la división, 90 cargas de a 4.000 cartuchos y toda la caballería". Era la victoria arrancada de las garras del león ibérico. Era el primer color del arco iris de paz dibujado con fogonazos en el cielo de América. Era Jacinto Lara armando en Corpahuaico al soldado del definitivo triunfo y entrando a la inmortalidad por la puerta mayor abierta de par en par y llevando en sus manos la aurora radiante de Ayacucho.

9 de diciembre. Frente a frente se encuentran los dos ejércitos que van a decidir la suerte de América: uno dando la espalda al pueblo de Quinua y el otro al imponente Condorcunca. Dos barrancos profundos dan seguridad a los flancos. Sucre organiza su ejército: toca el ala derecha a Córdoba, la izquierda a La Mar y el centro a Miller con la caballería salvada en Corpahuaico. Sabe Sucre que Lara es el hombre de las situaciones desesperadas y por eso lo coloca en la reserva con los tres batallones de su división. Descienden al llano los españoles al amparo de la artillería y comienza el fuego de su fusilería, que logra romper el ala comandada con heroica fiera por La Mar, y sobre la cual se adelanta la caballería realista apoyada por los cinco batallones de Villalobos. El laurel de la victoria empieza a inclinarse genuflexo sobre el Virrey La Serna. Ha llegado la hora de nuestro héroe. Lara distribuye sus batallones para apoyar el flanco que tambalea al empuje concentrado de las fuerzas castellanas y para sostener el centro que se ha debilitado, porque Miller con sus jinetes acaba de dar un salto en apoyo de la izquierda. Mientras se logra frustrar de este modo el éxito realista. Córdoba, que se siente feliz porque lucha de nuevo por la libertad, grita a sus soldados "Armas a discreción, paso de vencedores" y como fiera vendada arroja su división y escala la falda hasta cien pasos del enemigo; se oye luego una descarga de fusilería y tras el fuego de sus balas logran llegar sus hombres hasta el propio centro del ejército español, donde formidables cargas a la bayoneta hacen pedazos la arrogante división de Villalobos. La izquierda realista, comandada por Monet, trata en este decisivo momento de restablecer el combate, pero Lara, que no ha perdido la astucia del llanero, anda en caza del momento capaz de gestar una tragedia e impulsado por la maniobra peligrosa de Monet, se lanza con sus batallones hasta obligarlo a la retirada tras un choque sangriento de sus fuerzas. Logra entonces La Mar rechazar la terrible división comandada por Valdés y la caballería patriota con sus lanzas hace volver grupas la enemiga. Sucre ordena la gran carga final y desde el cielo de Ayacucho se extiende sobre el cielo de América el manto de iris que arrojó, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco, al sublime delirante del Chimborazo.

El 4 de setiembre de 1826 el Libertador salió de Lima llamado a Colombia por los graves acontecimientos que se venían sucediendo en el Departamento de Venezuela y que, como en otras circunstancias he dicho, fueron una de las más dolorosas estaciones del largo Via-Crucis de Simón Bolívar.

Había que dejar al frente de la división colombiana que se quedaba en la ciudad de los Virreyes, a uno de los más leales y disciplinados oficiales del ejército. Lara, quien en el mismo campo de Ayacucho había sido elevado a General de División y por el Congreso peruano a General de los Ejércitos de aquella República, y quien, desde el triunfo de Ayacucho había servido el cargo de Inten-

dente y Comandante General de los departamentos de Arequipa, El Cuzco y Ayacucho, fue el escogido por el Libertador para el desempeño de tan delicada misión.

Muchos compañeros de gesta regresaban a la patria a contarle a sus familiares y amigos sus hazañas y proezas, pero el general Lara no podía agregarse a este grupo de felices, a pesar de que la única recompensa que esperaba por sus sacrificios y heroísmo era la de poder saborear la libertad como simple ciudadano en la paz del hogar y al pie de su trabajo, acompañado, por supuesto, de las viejas coplas aprendidas en el llano. El Libertador ha ordenado que se quede en Lima y no hay sacrificio al cual no esté dispuesto, en cumplimiento de su deber militar. Pasan meses de soledad sin recibir comunicación alguna que no fuese relativa al servicio de las armas: "Parecíanos, dice, condenados a un perpetuo ostracismo, más bien que un Ejército que tantas glorias había añadido a la nación de que procedía y ha pertenecido constantemente".

Llega el 26 de enero de 1827 y el comandante José Bustamante, Jefe del Estado Mayor de la División, subleva la guarnición y el general Lara y muchos otros oficiales leales son hechos presos y embarcados para el puerto de San Buenaventura. Se le confiscan a Lara sus bienes, se le humilla y se le trata con cinismo y crueldad, hasta el punto de no darle ningún alimento ni bebida por dos días consecutivos. Lara había cumplido con la disciplina y con las normas de todo militar que esté convencido de la gravedad de su función. "Mis fuerzas, dice, mantenían el orden y la tranquilidad; más jamás tuvieron la más pequeña influencia (ni menos intervención) en el sistema de gobierno ni se creyeron como cuerpos mercenarios vendidos al capricho ni a la pasión de ningún individuo".

Tal era el concepto que el general Lara tenía del militar, y de acuerdo con él obró y procedió siempre que tuvo en sus manos un comando o cuando ejerció la función civil de gobernante. Por eso en la historia de Venezuela no hay un solo hecho que presente a Lara decapitando con la influencia militar, el libre ejercicio de la función civil del ciudadano. Por eso se le aclama, se le venera, se le respeta y se le quiere en la conciencia digna y eterna del pueblo soberano.

Llega al héroe el momento de reposo y vuela a la ciudad de su nacimiento a confundirse con los que se sienten orgullosos de llevar su sangre o se ufanan de haber sido los compañeros de la alegre y recordada infancia. El general Lara vuelve a ser para todos, el Juan Jacinto de otrora; nada de inmodestias, nada de ostentar vanamente el mérito. Cree que solamente ha cumplido con un deber y no se considera superior a ninguno de sus paisanos. El que ha empezado la lucha con el dinero de su trabajo, regresa de la misma sin moneda alguna, pero su pobreza es la aureola de su gloria.

Se encuentra en Carora una muchacha llanera, como las primeras ilusiones del héroe. Ha nacido cerca de Barinas, y su madre es toda vieja sangre tocuyana y su padre mezcla igual de barquisimetana y caroreña. Vale decir que era un retoño en gracia de las tres ciudades coloniales que llenaban con sus distritos capitulares el territorio que hoy se ufana en llamarse Estado Lara. El héroe se siente más héroe al lado de su dulcinea; pero tiene que alejarse de ella para atender la voz de Bolívar que lo ha nombrado Intendente y Comandante General del Departamento de Orinoco. Permanece en Guayana gran parte del año 28 y casi todo el 29, a fines del cual, resentida su salud, presenta la renuncia del

cargo y regresa, como caballero enamorado, a llenar el corazón de la llanera hermosa.

15 de septiembre de 1830. La vieja iglesia de San Juan Bautista contempla otro sacramento en el alma cristiana de Juan Jacinto. Ninguna pompa, nada de larga caravana de padrinos. Sólo dos corazones amantes, un par de testigos, una vela soñolienta y el cura de la Parroquia rezando en el libro viejo, donde otro cura rezó al abuelo, las oraciones rituales del matrimonio. Ningún regalo sacia la curiosidad de los que van a darles la enhorabuena, si exceptuamos, naturalmente, el devocionario con que Juan Jacinto obsequiara a su Nemesis y que no ha mucho viniera a aumentar el fuego de una hoguera sacrílega. No hay fiesta en la casa pero sí en el corazón de los esposos y en el orgullo noble de los familiares.

El héroe no puede tener reposo ni durante la luna de miel que feliz se ha prometido. Han pasado dos meses de su matrimonio y el gobierno de Valencia le obliga a trasladarse a esa capital. Ha surgido la conspiración del comandante Mármol y se acusa al general Lara del pecado de ser fiel al Padre de la Patria. El general Lara valiente y sinceramente prueba su inocencia: “¿Estaría, dice, contenta mi ambición con el mando de cuarenta o cincuenta facciosos errantes por los montes, después que he estado a la cabeza de un ejército valiente que ha hecho honra a la República?... No soy el hombre que pueda dar pábulo a revoluciones de este género, ni el ciudadano desmoralizado que trate de entorpecer la marcha del engrandecimiento de Venezuela”. Manifestando luego el aprecio que tiene por la vida del hogar, agrega: “¿Y esta justa consideración no es bastante para que se me restituya ese inmenso caudal que se me ha quitado?” Hermosa expresión en labios de un guerrero a la hora de la paz. El general Lara no busca que la política o la vida capitalina recompensen sus hojas de servicio y sólo desea el inmenso caudal de su pequeño pueblo. Convencido el Gobierno de que el general Lara no es el militar de la revolución inoportuna, como tampoco lo es de la que se hace por un hábito cruel o por la codicia de mando, le permite, al fin, regresar tranquilo a saciar su corazón con el tesoro inapreciable de sus afectos. Pasan trece años de vida hogareña al cabo de los cuales tiene que atender a su pueblo que le exige un nuevo sacrificio.

Llega el 8 de diciembre de 1843 y el general Lara toma posesión del cargo de gobernador de la Provincia de Barquisimeto, el cual desempeña hasta fines de 1847, dando ejemplo de probidad administrativa, de ecuanimidad política y de sagrado respeto a los derechos ciudadanos. Inaugura una hermosa Casa de Gobierno y realiza dos obras públicas de gran envergadura, si tomamos en cuenta lo que era el erario entonces: hacer desaparecer con terraplenes la laguna de Alamo que interceptaba las calles de Ayacucho y del Desengaño (hoy Obispo) y convertir la laguna de Mora en una obra de utilidad y recreo. Se ha dicho de él que como magistrado tuvo “la prudencia de Salomón y la severidad de Junio Bruto” y estas virtudes lo llevaron a la conquista de poder descender con la aureola de no haber establecido diferencias odiosas entre los barquisimetanos.

Hay que recordar que el general Lara había sido el año de su nombramiento el candidato de la juventud, cuyo partido local llevaba el nombre de “Los Unidos”, en contraposición con los llamados “Oligarcas”, cuyo candidato era el

honorable ciudadano Dr. Miguel Anzola. Curioso resulta ver que los jóvenes se agrupen alrededor de un anciano setentón, cuya vida pública había sido sobre todo la del campamento y no sigan al universitario joven con prestigio de ilustración y de talento. Es que el general Lara no tiene años para el estancamiento y el egoísmo. Es que el general Lara ha probado que sus charreteras no pesan en la balanza de la injusticia. Es que el general Lara habría de ser el Padre del Pueblo desde el solio del Magistrado. Es que la juventud no se arrastra con las borlas doctorales, sino con la bandera de la idea, con el fiel de la justicia y con la amplitud del corazón. Es que la juventud sabe que hay muchas borlas doctorales empapadas en sangre, para que sirvan todas de garantía en el momento de selección. Es que la juventud sabe que la revolución justa claudica muchas veces en el corazón en primavera para irse a gestar frondosa en un fecundo corazón de otoño. Es que la juventud ha visto muchos de los suyos correr cobardes ante la nueva y cristiana idea de equidad y de justicia y también ha visto a muchos hombres de arrugas y cabellos blancos predicando sin temor la doctrina social de Jesucristo. Es que Jacinto Lara representa para la juventud barquisimetana el pasado glorioso de la Patria tocando clarines para la futura revolución de Venezuela.

Desciende el general Lara del poder y vuelve feliz a la vida de simple ciudadano. Su ilusión es ahora la educación de sus hijos. Pero el que luchó tanto por la libertad de su Patria, el que ha tenido en sus manos los dineros del pueblo y gozado del prestigio de una vida consagrada por entero al honor de Venezuela, tiene que sufrir los lamentos de su amado hijo Jacinto porque la pobreza que adorna la vejez de su progenitor, se opone a la terminación de sus estudios académicos. Así, rodeado de fama, con las manos limpias de peculado, que es el pecado capital del hombre público, con el amor y cariño de todo el pueblo, con la conciencia pura, con la modestia del que no se ha sentido grande sino para luchar por la libertad y para no dejarse envenenar por la lisonja, baja al sepulcro el Ulises de Colombia el 25 de febrero de 1859 con todos los sacramentos de la Iglesia y con todo el valor y esperanza de un héroe y de un cristiano.

Señores: Son tantas y tan grandes y tan nobles las acciones militares y civiles de Jacinto Lara, que me ha sido difícil compendiarlas en esta conferencia. Comprendo que habéis necesitado paciencia para oírme. Pero excusadme, señores, en premio de mi intención. Caracas nunca había rendido un homenaje a la gloria del héroe y no podía pasar en olvido este día sin que cayera culpa sobre la Directiva de la Casa Lara. Por eso me tenéis aquí abusando de vosotros; pero mi suerte está en saber que estoy hablando en Caracas y que me está oyendo una sociedad patriota. Caracas no se cansa de sus héroes, necesita todavía de sus doctrinas, urgida está todavía de su ejemplo. Por eso se que la historia de Jacinto Lara, aunque en el molde sin gracia de mis palabras, os dejará complacidos, patriotas de Caracas, patriotas de Venezuela, como una llamada a la honradez pública, como una campanada en la conciencia ciudadana y como un latigazo en el alma del que quiera herir alevé el gran corazón de Venezuela.

LA PERMANENTE AMISTAD ENTRE SUCRE Y MORAN

Por CARLOS FELICE CARDOT

Dentro de breves días se cumplirá un aniversario más de la tragedia de Bermeos. Del crimen que causó mayor estupor en el Continente. El sacrificio de un hombre en la flor de la vida, predestinado, sin duda, para reconstruir una porción de la América presa de la anarquía y de los apetitos localistas. Para sentar las bases de una nueva arquitectura, más sólida y más real que aquella que había vislumbrado el Libertador cuando establece la República de Colombia, en forma unitaria, con la unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito, viejo sueño mirandino y realidad temporal en un mundo ilusionado con las nuevas corrientes republicanas. Antonio José de Sucre murió precisamente cuando Bolívar, separado de toda ingerencia política, estaba ya en la costa atlántica, esperando la realización de un viaje que iba a ser definitivo, porque el hilo de la vida se le hacía cada vez más tenue, y a la dura e incurable afección física se unía la pena moral, más destructora, si cabe, que aquélla; especialmente para quien había realizado una obra gigantesca y ahora, vilipendiado y escarnecido, trataba de ganar en lugares extraños la tranquilidad que ya no podía conseguir en las tierras que había logrado liberar de la dominación extranjera.

Disuelto el Congreso Admirable presidido por Sucre, y ante la inquietante situación, éste toma la determinación de separarse de toda actividad política e ir a reunirse con su esposa y su pequeña hijita en Quito, el hogar escogido por él, años atrás, para su vida familiar. Desde los días gloriosos y convulsivos del Alto Perú: desde la época de su Presidencia de la República de Bolivia su imaginación estaba siempre dirigida a Quito. Constituía para él casi una obsesión. Circunstancias diversas impidieron que estuviese más tiempo junto a su mujer. La guerra con el Perú, con la victoria de Sucre, en el Portete de Tarquí; el Congreso Admirable, y mil otras cosas que no podía soslayar, dada su avasallante personalidad, y su reconocida y varonil lealtad al Libertador, hicieron que el Gran Mariscal y la marquesa de Solanda apenas vivieran poco tiempo reunidos en su hogar quiteño. Pero las escasas y breves etapas en que lo lograron fueron para Sucre un obligado remanso después del duro batallar, no obstante hallarse en la temprana madurez de una vida excesivamente precoz.

Fuera de sus acciones militares en Venezuela, casi siempre como subalterno, porque su edad era mucho menor que la de la mayoría de los grandes caudillos, el hecho de haber sido escogido por el Libertador para actuar como Plenipotenciario en las negociaciones de Trujillo, ponía en evidencia la existencia de una

suma de condiciones de las que carecían muchos de aquéllos. Para 1820 Sucre tenía 25 años y regresaba de una comisión muy delicada —adquirir armamento y trasladarlo a Cúcuta—. Es el momento en que Sucre, a la llegada de Bolívar, se adelanta a saludarlo. O'Leary, que acompaña al Libertador le pregunta que “quién es ese mal jinete” a lo que rápidamente, y dándole rienda suelta a su aguda perspicacia y espíritu de justicia, responde Bolívar: “Es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne las condiciones profesionales de Soublotte; el bondadoso carácter de Briceño; el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca no se le conocen ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará”.¹ Pocos días después se entenderá con los plenipotenciarios del gobierno español en Trujillo, en compañía de Pedro Briceño Méndez y de José Gabriel Pérez. Y cuando Bolívar reorganiza su ejército para vencer a los españoles en Venezuela, si los Pactos de Trujillo no iban a darle fin a la guerra, Sucre es enviado al Sur, a asegurar para Colombia la posesión de Guayaquil y a dominar a los pastusos, que por tanto tiempo iban a ser impermeables a las ideas de la independencia.

Desde este momento, comenzaron sus actuaciones en la campaña del sur. Vencerá en Yaguachí; perderá la acción de Guachí imprudentemente comprometida por un subalterno; pero repuesto de ésta, será pronto vencedor en Pichincha, y libertador de Quito.

Cuando Sucre deja el territorio colombiano y se embarca en Buenaventura, rumbo a Guayaquil, va junto con las tropas un joven oficial venezolano que se ha destacado como buen organizador y como hombre de ejemplar valor: es Trinidad Morán, nacido en El Tocuyo el 26 de noviembre de 1796, quien se había incorporado a las tropas independientes en 1813. Reducido a prisión, después de la pérdida de la Segunda República, —y luego de ser obligado a servir en las tropas del Rey—, logró fugarse en alguna escaramuza en el río Magdalena, marchar a Bogotá, hasta presentarse al Libertador, quien habría de recibirlo con las mayores muestras de simpatía y benevolencia, y al incorporarlo nuevamente a filas con el grado de teniente, lo destaca a la campaña del Sur. De aquí comienza su amistad con Sucre y la lealtad que le profesó durante toda su vida, y la prolongó, después del sacrificio de Berruecos, defendiendo su excelsa gloria.

Exito extraordinario fue obtenido en Yaguachí; por una parte, aseguró Guayaquil, y por la otra contribuyó a despejar el camino para liberar a Quito. El 19 de agosto de 1821, triunfan las tropas grancolombianas. Morán tuvo allí participación decisiva como capitán de la primera Compañía de Dragones del Sur. El parte de Batalla lo confirma. “El capitán Morán —dice— con la primera compañía de dragones acompañados entre otros del teniente Agustín Icaza, hijo de Guayaquil, y del sargento Curagua, aprovechó la primera oportunidad que le presentó el terreno para hacer una carga la más vigorosa, la más audaz y la más mortífera. Los españoles, cubiertos de terror plegaron al momento, y la derrota fue completa antes de una hora”.² Y nuevamente es nombrado al hacer una relación de

1 Daniel F. O'Leary. *Memorias*. Narración. Tomo II. Imprenta Nacional. Caracas, 1952. Páginas 68 y 69.

2 Alfredo Guinassi Morán. *General Trinidad Morán. 1796-1854. Estudios Históricos y Biográficos*. “Arequipa 1918. Tomo 1, página 90. Boletín de la División del Sur del día 20 de agosto de 1821. La firma Cayetano Cestarís. Esta obra de Guinassi Morán, fue repro-

quienes combatieron con más heroísmo; allí se destaca la singular bravura del capitán Morán...³ Estos hechos, su conducta, sus condiciones intelectuales, lo acercaban más al general Sucre. Pocos días después, en el combate de Ambato o Guachi, la suerte será adversa para las tropas nacionales. Morán dará en sus *Memorias* detalles interesantes de esta desgraciada jornada. Explica que Mires comprometió la acción con la desaprobación del general Sucre. Cuando aquél se replegó, la situación se hizo crítica. Sucre estuvo en grave peligro. Morán rompió un frente por entre los enemigos y por allí avanzó Sucre. "Para hacerlo, dice Morán, tenía la ventaja de que toda la caballería española estaba dispersa, persiguiendo a los derrotados; empujé al galope con cuarenta hombres por el centro de la llanura; rodeado a poco de enemigos que pretendían cerrarnos el paso, matando con mi propio sable a algunos de ellos, salvé al general y a varios oficiales del Estado Mayor".⁴ Luego de relatar el final de esa arriesgada aventura dice: "Este fue el principio de mi estrecha amistad con el general Sucre".⁵ Después lo acompañó en la batalla de Pichincha, el 24 de mayo, que selló la independencia de Quito.

Marcha al Perú en 1823, de edecán del general Sucre, quien lo destaca en cargos de singular confianza cerca de las fuerzas realistas. Va de emisario de los republicanos, ante Canterac, jefe español, y es detenido por cerca de dos meses. Cuando regresa, se le da la Comandancia del batallón Vencedor. Le tocará desempeñar en todo el curso de este año, y en el siguiente, importantes funciones militares.

Ya en el siguiente, con el grado de teniente coronel, será comandante del batallón Vargas, de la división del general Jacinto Lara.

En agosto de 1824, Junín será el preludio de la batalla decisiva. Las tropas republicanas conducidas por Sucre, compuestas de tres divisiones, avanzan hacia el campo de Ayacucho. En el desfiladero de Corpahuaico, "barranco extenso como profundo, cubierto de breñas y piedras que dificultan la marcha; los cerros de sus costados son los formidables que la naturaleza volcánica dio al Perú en sus elevadas y ásperas serranías y parecen dos enormes murallones amenazando desplomarse".⁶ es atacado el ejército republicano. Ya han pasado el desfiladero la primera y la segunda división, y como a las cinco de la tarde, cuando desfila la tercera, es atacada violentamente por el general español Valdés. El batallón Rifles sufrió la más dura embestida, y cuando estaba a punto de sucumbir, Morán, comandante del batallón Vargas, lo auxilia, escalando con sus soldados los barrancos de la izquierda, y haciendo un nutrido fuego que dispersó a los españoles. Era el 3 de diciembre de 1824. Se había logrado un éxito extraordinario desde el punto de vista militar, preludio de la batalla final en Ayacucho. Acción memorable que produjo multitud de muertos pero salvó al ejército del golpe inesperado y

ducida en Caracas, bajo la dirección del autor de este libro, por Decreto del Gobierno Nacional del 24 de noviembre de 1954 en los talleres tipográficos de la Cartografía Nacional. Los dos tomos de su edición de Arequipa se redujeron a un tomo de dieciséis-avo con 524 páginas.

3 *Ibidem.*

4 *Ibidem.*

5 *Ibidem.*

6 *Ibidem.*

motivó los más encomiásticos juicios sobre la conducta del comandante Morán. En Ayacucho, el 9 de diciembre combatirá con heroísmo. Sucre, —tan parco en el elogio y que nunca los tributó sin causa justificada— dirá en el elegante parte de batalla que el “batallón Vargas, conducido por su denodado comandante Morán, ha trabajado bizarramente”.⁷

Aquí, seguramente, el Gran Mariscal hubo de confirmar el alto aprecio que desde años atrás profesaba a Morán. Este le será fiel de por vida, y luego de la tragedia de Berruecos, mantendrá su cariño y veneración por su memoria.

* * *

La gloria de Sucre llega al cenit en Ayacucho. Esta fue su obra maestra. Desde la planificación de la campaña, —después de Junín—, hasta la serena dirección de la gran batalla, decisiva en el orden de la independencia americana. Luego, la noble capitulación que concedió a los vencidos. Ayacucho fue despliegue de valor de los bandos contendientes. Unos y otros cumplieron su deber. Miles de muertos y heridos demuestran que aquello fue una lucha de hombres poseídos de ardor patriótico, y no una componenda para poner fin a una larga lucha, como han querido ver resentidos incurables.

La figura de Sucre, de veintinueve años, ya general en jefe y gran mariscal de Ayacucho, fue objeto de la más viva admiración. Noble, desinteresado, inteligente, valeroso. Lo adornaban mil prendas morales que le capacitaban para ser cabeza duc-tora del continente, cuando el Libertador, prematuramente envejecido, se hubiese separado de la actividad política. Sucre, empero, rehuía, con insistencia, los elevados destinos públicos. La fuerza de las circunstancias y su lealtad al Libertador le hicieron tomar el cargo de Presidente de Bolivia, el cual debía ser vitalicio, pero apenas lo aceptó por dos años. Desempeñó sus funciones como magistrado ejemplar. El motín de Chuquisaca, y la herida en su brazo derecho, tal vez precipitaron su decisión de apartarse de la escena pública.

Sucre marchó al Alto Perú para consolidar la emancipación del Altiplano. Trinidad Morán, su noble amigo, coronel desde la batalla de Ayacucho se quedaría por un tiempo en tierras peruanas, sirviendo bajo las ordenes del general Lara, pero manteniendo constante correspondencia con el Gran Mariscal. Cesará en el mando del batallón “Vargas”, para tomar a su cargo el “Bogotá”. El primero lo había organizado y disciplinado, hasta conducirlo a la victoria en Corpahuaico y Ayacucho. Solo un incidente personal hace que su nombre no figure más al frente de la comandancia. Pero inequívocos testimonios de la forma como lo manejó revelan la alta capacidad militar y organizativa de Morán. Pasará luego al “Voltígeros”. Servirá en Bolivia. Se acercan los días de la guerra colombo-peruana. Morán avicinado definitivamente en el Perú, pedirá su retiro del ejército. Trastornos constantes serán el común denominador de los países bolivarianos en los años finales de la década del veinte.

La amistad entre Sucre y Morán se hará firme a partir del fracasado combate de Guachi. Y esa amistad siempre se mantendrá inalterable, pues Morán respeta y admira a Sucre, y este le corresponde “queriéndolo como a un hijo”.

7 O'Leary. Ob. y tomo cit. Parte oficial de la Batalla de Ayacucho. Página 297 y sgts.

El 19 de octubre de 1823, Sucre le había confiado a Morán, una serie de delicadas comisiones. En carta de Huamanga, el 18 de diciembre de 1824, —después de Ayacucho—, le habla de diversos problemas y le trasmite instrucciones precisas para proceder.⁸ Desde Potosí le escribe el 22 de abril de 1825 y finaliza: “Hace mucho tiempo que no tengo carta de usted y deseo frecuentemente saber cómo le vá, cómo están todos los compañeros a quienes saludo afectuosamente”. Y se despide como “su amigo de corazón”.⁹ El 12 de diciembre le escribe desde Chuquisaca y hace alusión a los planes futuros de Morán con respecto al lugar en que fijará su residencia. Entre otras cosas le dice: “Ud. parece que quiere quedarse donde yo me quedé, y agradeciéndole su cariño y amistad, le digo que no sé que será de mí. Acaso me veré en la precisión de quedar en esta República hasta el año de 27 pero yo nunca pierdo de vista irme a fijar en Quito, porque pienso que mis huesos se entierren en el Ecuador, o que se tiren dentro del volcán de Pichincha”.¹⁰

Un incidente de gravedad ocurrió entre Morán y Alarcón. Como consecuencia, Lara ordenó el enjuiciamiento del primero, no obstante que siempre mantuvieron equilibradas y respetuosas relaciones. Lara era severo, y aunque el incidente no fue precisamente de índole militar, sin duda, podía trastornar la disciplina en los cuerpos. El 31 de agosto de 1826, Espinar, desde Tacna, se dirige a Lara y le dice “Ha sido muy desagradable para S. E. el Libertador la ocurrencia con el coronel Morán de que V. S. de cuenta en su apreciable comunicación del día del que rige S. E. quiere se corte el progreso del sumario, y que el coronel Morán se encargue del batallón Bogotá, si este jefe quiere servir a la intermediación de S. E. el gran mariscal de Ayacucho”.¹¹ Sobre esta nueva determinación, los oficiales del antiguo batallón Vargas —en nota dirigida a Morán el 8 de febrero de 1826— “se han llenado de sentimiento al saber que el jefe que en Matará y Ayacucho los condujo a la victoria deja de mandarlos hoy”.¹² Sucre le escribe el 28 de febrero, y le dice: “Tengo una carta del Libertador de Tacna en la que me dice que corte el asunto de usted y me indica que puesto que Ud. no quedará bien en esa división después de esa ocurrencia, lo pase a mandar un batallón de la 2ª. Como me dice que tiene pendiente la solicitud de un licenciamiento final, no va la orden, pero puede venir el batallón de Ayacucho . . .”¹³ Como se ha visto, ya estaba encargado del “Bogotá”.

Luego, comandando el “Voltígeros” pronto rozará con el general Figueredo, quien ordena su enjuiciamiento, no obstante que el procedimiento de Morán no fue acto de indisciplina, sino el de un celoso mantenedor de la moral y honestidad entre el ejército. El 27 de octubre de 1827, desde Chuquisaca, le escribe Sucre al Libertador: “El general Figueredo le ha mandado seguir una causa al coronel Morán con la más atroz injusticia y por una animasidad y hasta ignorancia de la Ordenanza. Lo ha separado del batallón Voltígeros y lo ha mandado para Colom-

8 *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas. Julio-diciembre de 1940. Número 91.

9 *Ibidem*.

10 *Ibidem*.

11 *Ibidem*.

12 *Ibidem*.

13 *Ibidem*.

bia. No vacilo en asegurar que el verdadero objeto ha sido separarlo de la división porque considerándolo amigo fiel de Ud. y mío, pensaba para ciertas maquinaciones que se han intentado y que no sé si aún están destruidas. Debo no sólo anticipar este aviso para evitar que Morán sea mal recibido sino para recomendarlo a Ud. pues aseguro que no sólo es un excelente jefe por su instrucción y capacidad sino por su amor al orden y a la disciplina. No he visto su causa ni Figueredo ha tenido la dignación de hablarme de ella, pero desde ahora aseguro que todo es una atroz calumnia y un efecto de animosidad".¹⁴ Ya el 22 había escrito a Santander, y después de expresarle la injusticia de la causa, le dice: "El coronel Morán es un oficial de distinguidos servicios, de buenas capacidades y que por su aplicación y amor al orden ha merecido siempre consideraciones de todos. Estoy cierto de que su falta en la división se sentirá luego; y que el comandante general no lo reemplazará fácilmente, y que lo sentirá después que le pase su animosidad".¹⁵ Le pide que suspenda la causa, y sobre opiniones políticas le dice: "En estas cosas de Colombia, Morán se ha pronunciado abiertamente por sostener el orden y porque se guarden las fórmulas y las leyes; sus opiniones han sido tan juiciosas como bien fundadas; y siempre insistiendo en que esta división debe conservarse en estricta obediencia al Gobierno sin mezclarse en nada".¹⁶ La opinión de Sucre sobre Figueredo no era muy favorable. Aquel dirá en carta de La Paz el 11 de enero de 1828: "El general Figueredo también se irá pues aquí no sirve y nos desacredita por lo mal opinado que está como militar".¹⁷ El proceso fue suspendido, pero Morán llegó hasta Guayaquil. Posteriormente regresó al Perú, separado definitivamente del servicio, a pedido propio. Sucre continuó su afectuosa correspondencia con su amigo, y el 11 de abril, le había transmitido una serie de instrucciones a fin de que le solucionase asuntos privados en Quito. Alarcón le da cuenta de la sublevación del batallón Voltígeros, sobre quien había tenido Morán grandes sospechas. Dice: "Casi se me cae la pluma": se han cumplido sus profecías: inaudito vaticinio; su vindicación (de Morán) nos cuesta la pérdida del batallón Voltígeros. Ya ha visto el señor general Figueredo que sus patrióticas opiniones no eran meros chismes. El paga cruelmente sus desafectos particulares, y sufre las amarguras de ver perdido uno de los mejores cuerpos de Colombia".¹⁸

Morán pensó en alguna oportunidad venirse a Venezuela, no obstante estar casado con doña Rafaela Zareceda Zaoneta, dama de la alta sociedad de Arequipa. En carta a Sucre, desde esta ciudad, se lo confirma con frases de gran ternura familiar.¹⁹

Muchos testimonios más abundan sobre el cariño que Sucre profesó a Morán: "Usted sabe que lo he querido como un hijo mío", le dice en carta del 31 de julio de 1827, cuando lo insta a que los jefes que están en Bolivia se mantengan unidos.²⁰ En muchas misivas le encomienda asuntos no sólo oficiales y delicados,

14 Daniel F. O'Leary. *Cartas de Sucre al Libertador*. Editorial América. Madrid, 1919. Página 203.

15 Boletín A. N. H. cit.

16 *Ibidem*.

17 O'Leary. *Cartas de Sucre al Libertador*. Cit. página 224.

18 Boletín A. N. H. Cit.

19 *Ibidem*.

20 *Ibidem*.

sino enteramente particulares. Fue una constante el cariño que el Gran Mariscal profesó a su antiguo edecán. Así mismo fue sincero el que Morán tuvo por aquél.

Los días de Sucre estaban contados. Regresa a Quito. Es nombrado jefe del ejército colombiano que derrota a los peruanos en Tarqui. Volverá a Quito, y luego partirá a Bogotá a asistir a las deliberaciones del Congreso Admirable. Viene hasta la frontera de Venezuela a conferenciar con los enviados de Páez, quienes no permiten que la comisión se interne en Venezuela, y regresa a Bogotá lleno de melancólicos presentimientos. Su muerte es decretada en los conciliábulos santafereños. Toma la vía del Sur, y en una emboscada cae aquel juvenil caballero y el único mariscal de la emancipación americana. La justicia americana ha señalado a un general neogranadino como el responsable primero de este hecho nefando, y aunque intereses partidistas hayan gastado esfuerzos y consumido talento para defender al inculpaado, su sombra macabra, su contradictoria vida y su trágica muerte, serán siempre el espectro que rondará alrededor de la límpida figura del Gran Mariscal. Trinidad Morán, a muchas leguas de distancia del teatro de los acontecimientos, y lejos de su patria, —la nativa y la adoptiva—, refutará desde Chile, pasados más de dos lustros de la tragedia de Berruecos, especies divulgadas por Obando con relación a Sucre, y asienta sutilmente conclusiones convergentes a hacerle recaer su participación en el crimen²¹

Sucre fue asesinado el 4 de junio de 1830. Morán vivirá veinticuatro años más. Y morirá también con su pecho horadado por descargas de fusilería en el Portal de San Agustín, en Arequipa, urbe que él había hecho suya. Su recuerdo perdura en tierras del incanato, y su numeroso linaje lo integran hoy destacadas personalidades de la sociedad peruana. Sus restos reposan en el silencioso templo de nuestros inmortales.²² Los del gran mariscal son objeto de veneración constante en la ilustre ciudad de San Francisco de Quito, al pie del Pichincha.

21 Trinidad Morán. Réplica al libro *Apuntamientos para la Historia* de José María Obando, escrita en Santiago de Chile en enero de 1843. Fue publicada originalmente en el N° 75 de El Correo de Guayaquil el domingo 5 de marzo de 1843. Reproducida por el historiador Angel Grisanti en su libro *General José Trinidad Morán. El Pequeño Gigante de El Tocuyo. Apuntes Biográficos*. Caracas, 1952. Página 83-87.

22 Desde el 3 de diciembre de 1954, centenario de su fusilamiento en Arequipa. El autor, como Embajador Extraordinario en Misión Especial presidió la Delegación venezolana que recibió y condujo sus restos mortales, desde la iglesia de Caima, Arequipa, Perú, al Panteón Nacional de Caracas donde recibieron honores de Jefe de Estado.

EL GENERAL TRINIDAD MORAN

Por PEDRO MONTESINOS

Este Ilustre Prócer de la Independencia, ciudadano benemérito por sus grandes servicios a la Patria, militar experto e ilustrado i caballero sin tacha, nació en la ciudad del Tocuyo el 26 de noviembre de 1796, como se ve de la siguiente partida:

“En doce días del mes de diciembre de mil setecientos noventa i seis años, yo el Br. Dn. José Domingo de Mendoza, Cura Rector Decano de esta Parroquia del Tocuyo, concedí licencia al Br. Dn. Domingo Hurtado de Mendoza, Vicario Foráneo, Juez Eclesiástico, Comisario del Santo Oficio i de la Santa Cruzada i Juez de Diezmos de esta ciudad, quien con ella exorcizó, puso santo óleo, i crisma i dio bendición según el Ritual Romano a JOSÉ DE LA TRINIDAD, hijo lejítimo de José Gregorio Morán i de María del Rosario Manzano, vecinos de esta ciudad. Nació el día veintiseis de noviembre i en todo fue su madrina María de la Asunción Lucena, a quien se le advirtió el parentesco espiritual i su obligación, siendo testigos Antonio Venancio Márquez i José Gregorio Colmenares, i para que conste lo firmo.—*Fr. Lázaro de Estrada*”.

Esta copia la tomó el señor Bartolomé Losada del *Libro de Bautismos número 20*, que existe en el Archivo de la iglesia de la Inmaculada Concepción del Tocuyo, a los folios 407 a 408.

Para julio de 1845 vivían en el Tocuyo Josefa i José Tomás Morán, hermanos lejítimos del general don Trinidad Morán, según lo acredita el siguiente documento cuya copia nos ha remitido nuestro amigo don Froilán Ramos:

“Josefa i José Tomás Morán, de este vecindario, mayores de veintiún años, confieren su poder especial a los señores Tomás Veracoechea, vecino de esta ciudad, i José Gregorio Villafañe, vecino de Sancristóbal, para que, bien juntos o por separado, les representen i sostengan sus derechos judicial o extrajudicialmente, según convenga, en el recibo de novecientos cuarenta pesos que debe entregar el señor Eujenio M. Herrán, vecino de la capital de Bogotá, cuya cantidad es la misma que el JENERAL SEÑOR TRINIDAD MORÁN había destinado para su lejítima madre María del Rosario Manzano, la que habiendo fallecido, les corresponde aquella a los otorgantes como únicos herederos de ella, según se evidencia del justificativo que lo acredita, aprobado en dieciséis del presente mes por el

Juez de Primera Instancia de este Circuito, con facultad de sustituir este poder en la persona o personas de sus confianzas, en lo que obrarán sin limitación alguna. I para que este documento tenga toda la fuerza i validez que por derecho se requiere lo presentamos al señor Registrador subalterno del Cantón para que, después de leído i firmado a su presencia i la de los testigos que suscriben, lo archive i protocolice en la Oficina de su cargo. Tocuyo, julio veintiocho de mil ochocientos cuarenta i cinco. Josefa Morán — José Tomás Morán — Juan J. Jiménez. El documento que precede es igual al orijinal presentado, leído i firmado por los otorgantes a mi presencia i la de los testigos señores José Lucas Ruiz i Juan José Jiménez. — Tocuyo, julio veintinueve de mil ochocientos cuarenta y cinco, 10º i 35º — El Registrador Subalterno interino, Juan B. de Arce”.

Comprobadas como quedan la filiación i la naturaleza del jeneral Morán, expongamos sucintamente los puntos más salientes i las acciones más notables de su meritoria vida, sirviéndonos para ello de los datos que constan en la obra titulada *Jeneral Trinidad Morán. — Estudios históricos i biográficos. — 1796 a 1854* tomo primero, escrita por el historiador peruano, descendiente de nuestro compatriota, señor Alfredo Guinassi Morán. La obra está dividida en dos libros, el primero lleva el nombre de *La Gran Colombia* i el segundo *El Perú*. En cada uno de ellos los hechos están expuestos con serenidad i lucidez i el autor analízalos i estudia con criterio elevado e imparcial, como cumple a quien con el noble fin de defender la verdad habla desde la cátedra de la historia, no para complacer vanidades, sino para servir a la justicia. Su estilo no abunda en arcos retóricos, pero es conciso, rápido, enérgico. Con un solo rasgo de pluma pinta el paisaje, el hecho, el actor en que para su atención, cualidad que pocos autores poseen. Cuanto a los juicios que sintetizan su discreta i sabia disquisición histórica, ellos se avaloran por el candor i la honradez prendas sin las cuales toda labor de este jénero se anula i desprestijia. Boliviano convencido i sincero, defiende al Libertador i a Sucre, i rinde homenaje de admiración i justicia a sus esclarecidas virtudes de patriotas i a sus glorias fulgurantes de guerreros civilizadores. La obra del señor Guinassi Morán es de mérito relevante i para el que esto escribe en particular preciosa, porque en ella esboza la vida de un tocuyano eminente, a quien hoi glorifica el Perú, su patria adoptiva, que desde la adolescencia prestó a la causa americana singulares i altísimos servicios hasta contribuir con su inteligencia i su valor al triunfo definitivo en el campo glorioso de Ayacucho; triunfo que fue precedido de la acción de Corpahuaico, en la cual Morán, al frente del batallón *Vargas*, salvó el ejército independiente con su bizarra, brillante i heroica resistencia, digna de perpetua loa i admiración.

En breve manuscrito orijinal relata hechos importantes en que él fue actor desde que se inició en la carrera de las armas hasta la batalla de Pichincha. “Bolívar había llegado a la raya venezolana, escribe el jeneral Morán, persiguiendo a Correa; penetra por Mérida a Trujillo, en donde mi padre, llevado de su patriotismo, en unión de un hermano mío, nos mandó a incorporarnos al ejército, recomendándonos a su amigo el señor Terán para que nos presentase al jeneral Bolívar. En efecto, fuimos presentados a este hombre extraordinario; nos acogió con mucho cariño i nos destinó de aspirantes al 5º de la Unión. Mandaba este cuerpo el teniente coronel D’Elhú-

yar, joven bogotano lleno de las más elegantes prendas. Al quinto día de nuestra incorporación fue la declaratoria de la guerra a muerte, que la notificó en persona el general Bolívar a las tropas formadas en la plaza de Trujillo. Tiramos el guante para conseguir la independencia de Venezuela i de toda la América, porque nuestros corazones eran americanos. A los dos días de la declaratoria de la guerra a muerte, marchamos sobre la provincia de Barinas, por Boconó de Trujillo, haciendo nuestra marcha por un camino tan intransitable i con tanta rapidez, que sorprendimos en la ciudad de Guanare a la guarnición i a los españoles que habían allí, quienes no tuvieron tiempo de disponer de sus propiedades, i quedaron intactos en poder del ejército sus almacenes, tiendas i cuanto poseían. Por el mero hecho de ser españoles morían en el patíbulo”.

Tomó parte en la serie de rápidas batallas con que el Libertador iba escalonando su marcha hasta llegar a Caracas. “Fue en esta batalla de Las Trincheras, dice, donde por la primera vez merecí la aprobación de mis jefes i fui recomendado en el boletín de esta jornada, tan gloriosa para las armas colombianas. Cualquiera que haya seguido una profesión i que haya recibido aplausos por su comportamiento i adelanto, juzgará cómo estaría yo al verme recomendado por mi valor a los dieciséis años; no pensaba como me ha sucedido después en las diferentes campañas, que es el placer de vencer placer incomparable i que no tiene sobre la tierra nada que se le parezca. Engolfado en estas dulces emociones, viene a turbarme la fatal noticia de los triunfos de los españoles en el occidente de Venezuela i que habiendo entrado éstos en mi país, habían fusilado a mi padre, junto con cinco vecinos más de los hombres respetables i padres de numerosas familias. Los señores Oropesa, Losada, Yepes i otros dos fueron las víctimas que acompañaron a mi padre en el patíbulo”. Entonces Morán pensó volver al Tocuyo para contraerse a su familia, que había quedado en la miseria, porque se le habían confiscado sus bienes; pero D’Elhúyar lo disuadió de tal propósito, i nuestro joven militar continuó sirviendo en el ejército con mayor decisión i valentía: peleó en La Puerta, donde estuvo a pique de ser lanceado, i en Puerto Cabello i en San Mateo lucha en que fue herido. Llevado a Caracas en camilla, fue asistido con esmero por distinguidas damas, para las cuales tiene este recuerdo de gratitud: “El hospital militar de Caracas, dice, era el punto de reunión de las más bellas i afables señoras del mundo: recibid, amables compatriotas, el más sincero agradecimiento, que os lo tributo a millares de leguas de vuestra feliz mansión! Cada uno de nosotros creía tener en estas señoras una madre o una hermana vivamente interesada en nuestra salud, i no me equivoco en decir que muchos escaparon i deben su salvación a tan piadosos oficios”.

Fue de los que emigraron de Caracas en año de 1814. “La caballería de Bo-ves, escribe, nos persiguió los primeros días de nuestra retirada, i cuanta persona encontraban era lanceada: era el exterminio de todos los americanos lo que querían los españoles. Yo he debido ser una de las víctimas, pues salí a pie i con mis muletas arrastrándome a duras penas i adelantando mui poco; pero el Libertador, que con su escolta se retiró el último de la capital, al pasar delante de mí se detuvo i mandó desmontar un soldado, que lo pusieron en un cuerpo de infantería, entregándome el caballo. Este hecho quedó eternamente grabado en mi

corazón, i yo mismo me lleno de orgullo al recordar que en todo el curso de mi carrera acompañé al Libertador con lealtad, estuve con él en sus más grandes peligros, i le seré constante mientras viva, haciendo respetar su memoria”.

Fue de los emigrados de Oriente cuando todas las desgracias que jeneran la derrota, la ambición i la discordia caían sobre los ejércitos patriotas sin quebrantar el espíritu del Libertador, i llegando a Nueva Granada, “fui enviado, dice, de parlamentario a Bogotá, cerca del presidente Alvarez, a intimar el reconocimiento del Gobierno Central o notificar el comienzo de las hostilidades”. Vencida la facción disidente, siguió con el Libertador i luego fue hecho prisionero en el pueblo de Machi. Aunque anduvo afortunado por no haber sido fusilado, sí recibió duro tratamiento i tuvo que servir como soldado en el *Batallón del Rei*, compuesto de facinerosos i asesinos que figuraran en el ejército de Boves y Rosete, hasta después de la victoria de Boyacá, que fue cuando pudo volver a sus banderas. Se trasladó a Bogotá i “el Libertador, dice, me recibió con el cariño de un padre, me hizo elojios delante del jeneral Santander, mandó que se extendiesen despachos de Teniente del primer escuadrón del regimiento *Guías de Apure* (que existe entre mis papeles), que se me diesen cuatro sueldos i por la Comisaría se me hiciera el uniforme del regimiento. Diez días estuve viviendo en palacio, recibiendo mil demostraciones de todos, aunque estas manifestaciones de afecto las creo orijinadas en el aprecio que hacía de mí el Libertador”. Peleó rudamente en La Plata i derrotó la vanguardia de Calzada, en que éste perdió como 800 hombres, i a poco alcanzó nuevo triunfo sobre el mismo jeneral que tenía 3.000 plazas. Siguí combatiendo hasta Pasto, para hacer la campaña del Ecuador, a las órdenes del jeneral Sucre, a quien no abandonó desde entonces.

En el parte de la batalla de Yaguachi se lee:

“El capitán Morán, con la primera compañía de Dragones, acompañado, entre otros, del teniente Agustín Icaza, hijo de Guayaquil, i del sarjento Curagua, aprovechó la primera oportunidad que le presentó el terreno para hacer una carga, la más vigorosa, la más audaz i la más mortífera. Los españoles, cubiertos de terror plegaron al momento, i la derrota fue completa antes de una hora”.

En la batalla de Guachi fue derrotado el ejército patriota, por haber empeñado el combate el jeneral Mires contra las órdenes que tenía. Véase el relato del jeneral Morán:

“Como los relistas eran tan superiores en el número de caballería, i a más, mejor montada que la nuestra, desde el principio del combate nos cargaban por todas partes. Cuando se aproximaba el escuadrón *María Luisa*, el jeneral Sucre me mandó con mi compañía a hacerle frente; logré una carga feliz i salió disperso el escuadrón, que perseguí como un cuarto de legua hacia Ambato; mas advirtiéndome que el fuego de nuestra línea retrocedía, dejé la persecución i llegué luego al campo en el momento en que nos arrojaban por todas partes. El jeneral Mires i todos los jefes se replegaban con las fuerzas que podían a una hacienda que hai en medio de la llanura, i nos llamaban. Yo que había sido prisionero de los españoles en Cartajena, hubiese preferido la muerte a caer en sus manos, e hice esfuerzos para mantener unidos a mis soldados; el jeneral Sucre, desesperado, pen-

saba entregarse prisionero; yo lo desanimé, le dije que me siguiera, que yo rompería por entre los enemigos. Para hacerlo tenía la ventaja de que toda la caballería española estaba dispersa, persiguiendo a los derrotados; emprendí al galope con cuarenta hombres por el centro de la llanura; rodeado a poco de enemigos que pretendían cerrarnos el paso, matando con mi propio sable a algunos de ellos, salvé al jeneral i a varios oficiales del Estado Mayor. Luego que ya no habían enemigos, el jeneral Sucre con sus ayudantes, el coronel Cestaris, Jefe del Estado Mayor i algunos oficiales que se nos unieron, se adelantaron por el mismo camino por donde habíamos bajado a Guachi i yo cubría la retaguardia, haciendo frente a los españoles, que nos persiguieron como hasta tres cuartos de legua... Este fue el principio de mi estrecha amistad con el jeneral Sucre”.

Morán combatió en Pichincha y cuando el jeneral Sucre fue enviado como Ministro al Perú, lo acompañó, pues desde la campaña de Pasto era su Edecán de Campo. Por lo que va apuntado se comprenderá que el joven Morán era un militar notable por su valor, inteligencia e hidalguía, siempre dispuesto a defender la libertad de la Patria en el campo del honor. Su recuerdo i su nombre dignos son de vivir en la historia.

En 1823 fue encargado, de acuerdo con el presidente Riva Agüero, de un parlamento al ejército español para proponer suspensión de armas. El jeneral Canterac no aceptó las proposiciones i Morán quedó detenido por dos meses, recibiendo, dice, de los jefes españoles demostraciones de aprecio, a que tuvo el placer de corresponder, sirviéndoles en cuanto pudo cuando fueron prisioneros del ejército patriota. Juntaba nuestro compatriota a la valentía y al coraje del soldado, la nobleza de ánimo del caballero i la fina hidalguía del varón culto que realza su carácter en la práctica de acciones altas i jenerosas. Siguió Morán al lado del jeneral Sucre ya como jefe del batallón *Vencedor*, ya en la preparación del ejército para la campaña final, ya en sus marchas, contramarchas i retiradas por un terreno erizado de dificultades naturales, ya como jefe del batallón *Vargas* con el cual realizó una heroicidad de Corpahuaico. *Vargas* fue aquel renombrado *Batallón sin nombre* que ganando la reñida acción del Pantano de Vargas, mereció este nombre glorioso”. El batallón *Vargas* formaba parte de la primera división colombiana, llamada de *La Guardia* que era la reserva, al mando del jeneral Jacinto Lara, que estaba compuesta de los batallones *Rifles*, mandado por el coronel Arturo Sandes, *Vencedor*, por el coronel Ignacio Luque, i *Vargas* por el teniente coronel Trinidad Morán. “Corpahuaico, dice Guinassi Morán, es un barranco tan extenso como profundo, cubierto de breñas i piedras que dificultan la marcha; los cerros de sus costados son los formidables que la naturaleza dio al Perú en sus elevadas y ásperas serranías i parecen dos enormes murallones amenazando desplomarse. A pesar de la oscuridad, en las primeras horas del tres, se puso en marcha el ejército patriota con dirección a Tambo Cangallo, por divisiones i con intervalo de una a otra para dar lugar al lento i pesado desfile. El ejército unido iba en tres divisiones, la de vanguardia a órdenes del jeneral Córdoba, la peruana, a las del jeneral Lamar, llevaba el centro, seguida de toda la caballería, a las del jeneral Miller, i cerraba a retaguardia la división Lara”. La primera i la segunda división independiente habían desfilado, pero poco antes de las cinco de la tarde

una división realista, mandada por el jeneral Valdés y formada por cinco batallones i cuatro cuerpos de caballería, cayó de improviso sobre la retaguardia patriota. Porfiada, vigorosa, ruda fue la lucha, desfavorable en todo para los independientes; los batallones *Rifles* i *Vencedor* resistían con valor el formidable ataque i ya flaqueaban, cuando el comandante Morán logró reunir el *Vargas* i “escaló con sus soldados los muros de su derecha i desplegándolos, ordenó hacer nutrido fuego sobre los españoles, que comenzaron a pagar la mortandad que antes hicieron sobre sus contrarios, logrando salvar no sólo las reliquias de los dos cuerpos compañeros, sino proteger con sus disparos la retirada de la caballería, que lo verificó por Chonta, al oeste de Corpahuaico. El comportamiento de Morán aquella tarde le valió los aplausos i felicitaciones del ejército que dio libertad al Perú i la paz a la América española; pero él sólo una vez hizo mérito de su acción, esperando la hidalguía del país para reconocerla”.

El periódico titulado *El Museo de ambas Américas*, de Valparaíso, decía en 1842: “El español cae sobre la retaguardia del ejército independiente, bate al batallón *Rifles*, uno de los mejores cuerpos colombianos i prosigue sus ventajas hasta que le sale al frente el batallón *Vargas*, a las órdenes del teniente coronel Morán. Contiene éste al enemigo, i después de un combate reñido de más de dos horas, son rechazados los españoles, con alguna pérdida i el batallón *Vargas* i su bizarro jefe reciben los más entusiastas aplausos i el justo homenaje de admiración que les tributan sus compañeros de armas por su brillante i feliz comporcación”.

El Dr. Valentín Ledesma, dice en 1853: “*Vargas* comenzaba a dispersarse cuando su denodado jefe logró restablecer el orden i, salvando la quebrada, formó en el otro lado, desde donde con vivo fuego contuvo a los enemigos i protejió la retirada de la caballería, que la verificó por Chonta”.

“Sucre dijo oficialmente, añade Guinassi Morán, que el encuentro de Corpahuaico valió la libertad del Perú. Efectivamente, la moral del ejército se enaltecíó: un batallón, apesar de la sorpresa, supo contener i batir a toda la división que era la flor del ejército enemigo. Aquella lección de heroísmo i firme voluntad, llevó vencidos al campo de Ayacucho. Digan lo que quieran los historiadores españoles, no pudieron sentirse alentados: Junín i Corpahuaico los hirieron de muerte. En adelante cada año recibió Morán una nota de felicitación del Estado Mayor del Libertador, recordando la efeméride notable i reiterándole los aplausos que en ese día de 1824 le tributó el ejército unido. El comportamiento de Morán aquella tarde salvó la Patria; destruida la tercera división, la inferioridad numérica imposibilitaba el triunfo i seguir la retirada era casi imposible”.

El mismo jeneral Morán, veintiséis años después de su estupenda acción, al verse herido por el Gobierno peruano en impetuoso arranque de pasiones infandadas, calentadas por bajos intereses personales i atizadas por la envidia de caudillos consagrados por el servilismo de aparceros i medradores consuetudinarios, hizo valer su mérito en estos términos: “El primer encuentro serio que tuvimos fue el de Matará, en la quebrada de Corpahuaico, en donde el batallón *Rifles*, cargado por cinco batallones enemigos, fue arrollado, i cuando los españoles vic-

toriosos seguían sobre nosotros, le hizo frente el batallón *Vargas*, no sólo tuve la satisfacción de contenerlas, sino que, después de dos horas de combate, fuesen rechazados. Los que se han hallado en esta campaña son testigos de esta obstinada i brillante resistencia i pueden decir si el siguiente día no fue saludado el batallón *Vargas* como el salvador del ejército”.

Habla ahora don Ricardo Palma, cuyo juicio es de insuperable valor, tanto por las cualidades sobresalientes que ilustran a su autor, como por la preciosa documentación en que se fundó para exponerlo: “El desastre habría sido para ellos más trascendental, si el batallón *Vargas*, mandado por el comandante Trinidad Morán, no hubiese desplegado heroica bizarría, dando con su resistencia tiempo para que el ejército acabase de pasar el peligroso desfiladero”.

Paz Soldán refiere que Morán sostuvo la retirada hasta el otro lado de la quebrada i que el valor de su resistencia i el orden i parsimonia de su retirada enseñaron a los contrarios la prudencia con que debían atacarlos.

En 1893 decía *El Comercio*, diario limeño: “El comandante Trinidad Morán fue el héroe ilustre de esta jornada; sin él la tercera división se habría perdido en su mayor parte, como se perdió el parque en lo absoluto. Jamás un ascenso se confirió con tanta justicia como el que con gloria obtuvo Morán a *Coronel*, en el campo del honor”.

En la acción de Corpahuaico perdió el ejército libertador como 300 hombres muertos i 200 entre heridos i prisioneros; todo el parque, municiones, caja militar equipajes, uno de los cañones i la imprenta.

Ya en plena batalla, en Ayacucho, el Mariscal Monet, viendo el avance de los patriotas, con la división del centro, comienza a pasar la quebrada de su frente; i entonces el batallón *Vargas*, al mando de Morán, recibe orden de cargarlo, i en rápida i arrogante arremetida se arroja sobre el enemigo. Después del esforzado empuje de éste, se enardece la lucha, hasta hacer el heroico jeneral Valdés vacilar al ejército patriota en el ala izquierda, perdiendo terreno; Sucre manda oblicuar al batallón *Vargas* apoyado por los *Húsares de Junín* i *Granaderos de los Andes*; rompe Vargas sus fuegos en el momento crítico sobre Valdés, i lo contiene, i ya casi cuerpo a cuerpo, ordena Morán usar la bayoneta a sus soldados, “cuando el resto de la división embiste de nuevo, i arrojan a Valdés, que repasa el barranco en completa derrota”.

Sobre el campo de Ayacucho fueron ascendidos por su bizarro comportamiento, por su valor incomparable i por su altísima hidalguía en esa especie de justa caballeresca, a jenerales de división los de brigada Córdoba i Lara; al grado inmediato el coronel graduado José Leal, el teniente coronel Trinidad Morán el teniente coronel graduado Pedro Gúas i el de igual clase José Brown.

Después del triunfo de Ayacucho, Morán se quedó en el Perú, estableciéndose en la ciudad de Arequipa, donde fundó un hogar honorabilísimo. Tomó parte en las contiendas políticas posteriores, en una de las cuales fue inicuaamente fusilado el año de 1854. “Los documentos de esta última época no existen casi, escribe Guinassi Morán. Es seguro que cayeron en poder de los vencedores, interesados en destruirlos, pues para hacer menos odioso y repugnante el crimen, era preciso envolver en el misterio y en la sombra, si nó en la calumnia, la alta personalidad del infatigable soldado de la libertad y el bien, que murió, alta la frente

sin mancha". Como observa un escritor, los vencedores en Ayacucho recibieron ingratitud en recompensa de su magno esfuerzo: Sucre, murió asesinado; Córdoba, asesinado; Lamar, en el destierro; Morán, asesinado, pues su fusilamiento, fue un crimen. "Triste burla de la suerte! exclama don Ricardo Palma. Treinta años después (de la acción de Corpahuaico) el 3 de diciembre de 1854, el jeneral don Trinidad Morán era fusilado en la plaza de Arequipa, en el mismo día aniversario de aquél en que salvó al ejército patriota, y con él acaso la independencia de América... El coronel Trinidad Morán (se refiere al año de 1826), el bravo que en una de nuestras funestas guerras civiles fue fusilado en Arequipa, precisamente al cumplirse los treinta años de la acción de Matará, en que su impávido valor salvara al ejército patriota de ser deshecho por los realistas".

Algunas líneas sobre su carácter personal lo darán a conocer completando su retrato. "Cumplidor de su deber, estuvo siempre convencido de que la disciplina del soldado es la unidad i la fuerza del ejército; su lema como soldado era la fidelidad. Todos sus jefes, desde el coronel D'Elhúyar hasta el jeneral Sucre en Ayacucho, lo tuvieron por amigo con especial estima. Fiel a Bolívar, teniendo hacia él cariño, estimación i respeto, formó siempre al lado de los partidarios del jenio venezolano. Amigo leal, jamás escuchó con calma la calumnia empeñada en contra del grande hombre; por Sucre expuso su vida; amó i luchó por Arequipa, contra el Perú que le tenía proscrito, no admitió ofertas de Chile ni de Bolivia para llevarle la revolución, obstáculo a su progreso; jamás abandonó la causa que él creía justa; pudo engañarse en el concepto, pero no traicionó ni abandonó jamás su partido, ni vendió su espada ni sus ideales. Obligado a tomar las armas en 1834, fue el último en deponerlas por capitulación en 1839. Leal i fiel fue siempre; nadie tendrá que afearle su conducta; su nombre no se mancha, ni su dignidad de mancilla, ni nadie podrá acusarle en crimen en su larga carrera política: es uno de los pocos hombres salidos puros del lodazal de las revoluciones peruanas. Con el mismo valor i constancia empeñados en la guerra de la independencia sirvió al Perú hasta su muerte: su vida está, para mí, llamada a servir de revelación i de ejemplo. Padre de familia, fue en su casa el mismo hombre amable i tranquilo; no parecía crecido en el campo de batalla i entre la jente más ruda. Muchos años pasó, i sus años más felices, en el trabajo, apartado voluntariamente del servicio. Las crueldades de la guerra venezolana no endurecieron su corazón. Era sencillo i parco en sus costumbres, era siempre el hombre del estilo sobrio, ajeno a toda ostentación ridícula, a todo inflamamiento; supo siempre mantenerse en el nivel que corresponde a un caballero".

Venezuela, y el Estado Lara especialmente, deben un homenaje, de gratitud i respeto a la memoria del jeneral Trinidad Morán, y es necesario tributársela. Al que esto escribe corresponde la pura satisfacción de que, movido por sentimiento aptriótico, ha sido el primero que ha revivido en la República el recuerdo de este ilustre ciudadano. *Feci quod potui faciant mejora potentes.*

Barquisimeto: 12 de noviembre de 1920.

CAMPAÑA DE AYACUCHO

Por VICENTE LECUNA

Libertada gran parte del territorio del Perú a consecuencia de la batalla de Junín y de la activa persecución de los realistas dirigida por Bolívar, las tropas se detuvieron mientras reponían sus pérdidas de hombres y de material, receso inevitable dada la extensión del país ocupado. En ese período el único refuerzo enviado de Colombia fue la columna del Zulia a cargo de Manuel León, compuesta del batallón Caracas, una compañía de Cartagena y los Dragones de Venezuela; y además un escuadrón del Ecuador, a cargo de Pedro Alcántara Herrán, en junto 1.102 soldados; mientras tanto se recogían veteranos rezagados en las marchas y algunos reclutas juntándose así 1.046 hombres. Sucre había acantonado el ejército a la izquierda del Alto Apurímac en la provincia de Abancay, en la idea de invadir hacia el Cuzco si las circunstancias lo permitieran. Mientras tanto los españoles tenían las suyas en el Cuzco y en Agcha, a la derecha del Apurímac.

Para satisfacer en parte los deseos de Sucre de tomar la ofensiva, expresados en carta del 1º de octubre, Bolívar le recomienda emprender operaciones dentro de límites moderados, aprovechar alguna coyuntura favorable, pero no embestir a fondo; y mantener las tropas acantonadas hasta donde fuese posible.¹ De acuerdo con estas ideas Sucre pensó llevar el ejército a Mamara, y los puestos avanzados a Háquira y Mara, al otro lado del río Oropesa, resuelto a buscar a los enemigos si se presentaba una oportunidad segura y sin temor a una batalla, si los españoles la buscaran.

Movimiento de Sucre a Mamara.

Confiado en sus fuerzas se adelantó con un cuerpo ligero a Mamara, y los españoles hasta entonces en observación, en lugar de oponerse retrocedieron a Agcha y el Virrey mandó a cortar el puente de Cocpa. El movimiento de Sucre tenía por objeto provocar a los contrarios a descubrir sus planes, en verdad, podía conducir a una batalla inmediata o bien al abandono del Cuzco por los españoles, y si no se realizaba ni una ni otra de estas eventualidades el ejército, sin pasar el Apurímac, se estacionaría a consumir los recursos de la provincia de Cotabamba.

1 Cartas de Sucre a Bolívar, 17 y 20 de octubre. O'Leary, I, págs. 180 y 182.

Tales eran sus ideas cuando el 24 de octubre recibió carta de Bolívar, fechada el 12, aconsejándole de un modo definitivo acantonar el ejército. Sucre lo sintió mucho, pero no podía desatender la recomendación del Libertador, inspirada en el sistema razonable de prolongar la campaña y esperar los refuerzos de Colombia. Ante algunas indicaciones de Sucre el Libertador le contestó el 9 de noviembre, que sus observaciones no restringían en absoluto la confianza depositada en él, pues cada día confiaba más en el tino, en la prudencia, en la actividad, en los conocimientos y en las demás cualidades que tanto distinguían a Sucre.² Manera elegante y justa de expresar una confianza ilimitada.

Instrucciones del Libertador

De acuerdo con las instrucciones generales del Libertador, Sucre acantonó el ejército el 24 de octubre a inmediaciones de los pueblos de Circa y Lambrana, a siete leguas uno del otro, en las lomas y mesetas entre los ríos Pachachaca y Oropesa. Enseguida personalmente recorrió el país inmediato estudiando las posiciones y recursos. Bien establecido su campamento, Sucre formuló esta observación: "Por cualquier parte que quieran buscarnos los enemigos han de hacer tres veces las jornadas que nosotros para reunirnos".³ Principio idéntico enunciado por Federico II en sus Instrucciones Militares para sus Generales, y tomado por Sucre de la naturaleza de las cosas, nó de la mencionada obra desconocida para él hasta 1826, cuando recibió en Chuquisaca muchas obras pedidas a Buenos Aires.

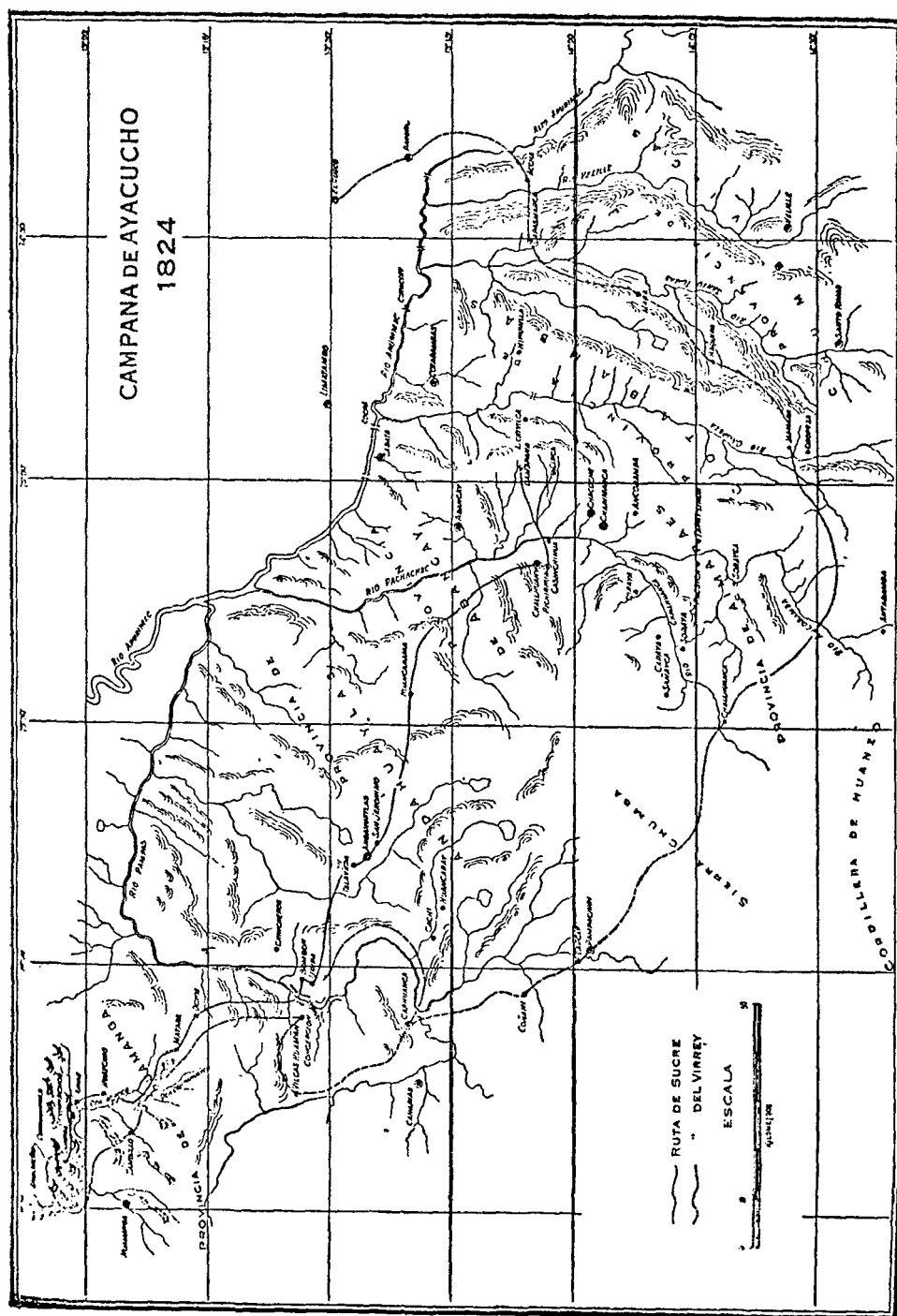
Mientras tanto los españoles habían concentrado 12.000 hombres en el Cuzco, incluyendo la división Valdés que venía de regreso del Alto Perú, después de haber sostenido una batalla indecisa con el general Olañeta en La Lava, cerca de Potosí. El Virrey no había querido tomar la ofensiva hasta tener todas sus fuerzas juntas.

Movimiento envolvente de los españoles

El 2 de noviembre se ocupaba Sucre de mudar los acantonamientos a la provincia de Andahuaylas, de acuerdo con las recomendaciones del Libertador del 18 de octubre, inspiradas en el sistema de prolongar la campaña y esperar los refuerzos de Colombia, cuando recibió repetidas noticias de que los enemigos avanzaban rápidamente a la izquierda del Apurímac hacia Mamara, al parecer en dirección de los patriotas y con la intención de batirse enseguida. En el acto Sucre procedió a reunir el ejército en Pichirhua, dispuesto arrogantemente a combatir, pero los españoles de los altos de Mamara, donde pasaron la noche del 31 de octubre, siguieron rodeando a larga distancia los acantonamientos de Sucre y acamparon el 8 de noviembre en Pampachiri a 150 kilómetros de Sucre.

2 Oficio a Sucre. Chancay, 9 de noviembre. Paz Soldán. Historia del Perú Independiente, Segundo Período, tomo I, pág. 271.

3 Carta de Mamara, 24 de octubre. O'Leary tomo I, pág. 184. Este principio lo enunció el Rey de Prusia en sus Instructions Militaires de Frédéric II pour ses Généraux. Première Partie. Pag. 159. Postdam, 1805.



Confianza de Sucre.

Al saber Sucre este movimiento de los adversarios y su llegada a Pampachiri se dirigió con su ejército a Andahuaylas a donde llegó el 12. El 13 al saber que los españoles se dirigían a Coñani no dudó que continuarían a Huamanga. Entonces pensó, si los españoles seguían adelante avanzar con sólo los colombianos hasta Huamanga siempre que los españoles continuaran a Jauja, pero como ellos se detuvieron abandonó este propósito y siguió al Norte con todo el ejército reunido.

García Camba afirma que los españoles se sorprendieron desagradablemente al saber que Sucre, sin preocuparse de perder las comunicaciones, había permanecido inmóvil en Andahuaylas, oponiendo una tranquila presencia al vertiginoso e inútil movimiento envolvente de los enemigos. "Para allá se van los godos —escribía Sucre a Bolívar— Ud. se extrañará de una marcha tan loca".⁴

Pensando el Libertador en la posibilidad de trasladarse el Virrey a la Costa, ordenó a Sucre tener reunido el ejército y marchar sobre el enemigo en cualquier dirección que tomase pero sin cruzar la cordillera, sino por motivos urgentes y necesarios; y caso de que los españoles se dirigieran a Lima le aconsejaba quedarse en Jauja, y conservar intacto el ejército, como la salvaguardia del Perú y de toda la América, mientras él formaría en la Costa otro ejército de 3.000 hombres con voluntarios, altas de los hospitales y milicianos de Ica, Lima y de la Costa, como base segura para recibir los refuerzos esperados de Colombia. Censurando el Libertador a los españoles, les aplicaba la máxima del Mariscal de Sajonia: "Por los pies se ha conservado el Perú, por los pies se ha salvado, y por los pies se perderá".⁵

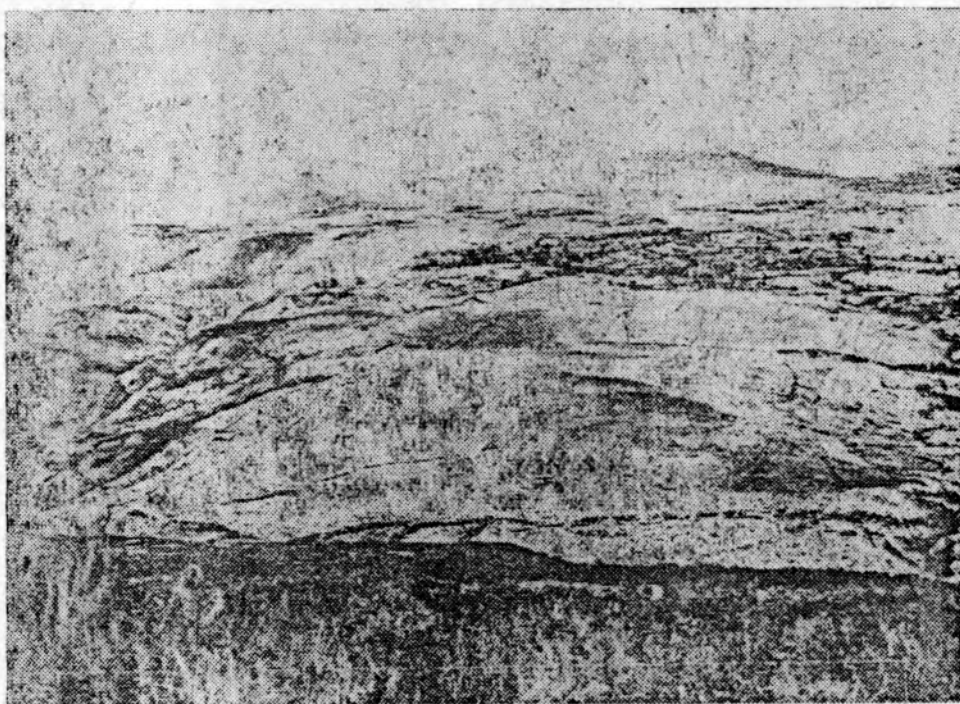
En vista de las reflexiones puestas por Bolívar en sus comunicaciones a Sucre, aunque le había advertido que no disminuían las autorizaciones que le había dado en Sañaica, Sucre no se consideraba enteramente libre para obrar según las circunstancias de cada momento, y por esto Bolívar, después de exponerle observaciones atinadas le dice terminantemente: "Vd. está autorizado para hacer lo que mejor le parezca y esta autorización no recibe ni modificación ni restricción alguna". Esta carta fechada el 26 de noviembre la condujo el edecán Medina y fue causa para Sucre, por su excesiva modestia, de gran satisfacción, aunque en realidad en toda la campaña estuvo autorizado a dirigir las operaciones como creyera conveniente.⁶

Cuando algunos decían en Andahuaylas que el ejército unido estaba cortado, contestaban los soldados: "Mejor, porque estamos ciertos de que nos esperan". Esta confianza debíase a la seguridad de las tropas en la insuperable destreza de su general, demostrada día por día en la manera de acampar y mover las tropas

4 Sucre al Libertador. Andahuaylas, 13 de noviembre, O'Leary I, pág. 196.

5 "Le principal de l'exercice sont les jambes, et non pas les bras. C'est dans les jambes qu'est tout le secret des manoeuvres, des combats, et c'est aux jambes qu'il faut s'appliquer". Les Réveries, ou Mémoires sur l'art de la guerre. Maréchal de Saxe. En el capítulo De l'exercice. Bibliothèque Historique et Militaire. Liskenne et Sauvan. París, 1857, tomo IV, pág. 991.

6 LECUNA: Cartas del Libertador. Chancay, 26 de noviembre de 1824, tomo IV, pág. 211.



o de situarlas para desafiar a los enemigos; pues cuando tropas veteranas están sabiamente dirigidas, como sucedía a las del Mariscal Turena, penetran con frecuencia el pensamiento de su general, y a veces se anticipan a señalarlo. La actitud de Sucre contrastando con la de Canterac antes de Junín, impuso respeto a los enemigos y llenó de confianza a los soldados independientes.⁷

Pero los españoles no llevaron todo su ejército a Huamanga, ni pensaban dirigirse a Lima; el cuerpo principal se detuvo en el campo de Rajay-Rajay y pronto regresó la vanguardia a unírsele. Las tres divisiones de Sucre avanzaron lentamente a San Jerónimo, Andahuaylas y Talavera, pueblos situados en anchos valles tributarios del río Pampas, donde permanecieron desde el 14 al 19 de noviembre en actitud defensiva, mientras los enemigos realizaban los extensos movimientos mencionados. El 18 Sucre se dirigió sobre el Pampas, el 19 partidas avanzadas se batieron con un cuerpo enemigo cerca del río, e incendiaron el puente, y el 20, al llegar el ejército unido a Uripa, divisáronse tropas españolas en la misma orilla en las alturas de Bombón.

Los enemigos a su vez habían retrocedido de Rajay-Rajay al Pampas, estableciéndose en el pueblo de Concepción, a una legua del río en su margen izquierda; Valdés lo cruzó rápidamente por el vado inmediato, con el agua al pecho, y ascendió a reconocer las alturas de Bombón, pero luego que se impuso de la

7 Sucre al Libertador, Andahuaylas, 13 de noviembre de 1824. O'Leary, tomo I, pág. 196.

proximidad de Sucre, retrocedió velozmente y esguazó de nuevo al río hacia la orilla izquierda.

Hallándose todavía el ejército independiente en Uripa, el coronel Silva con dos compañías batió el 20 a otras tres de los enemigos en el sitio de Bombón y al llegar a la orilla del río observaron a todo el ejército real en la orilla izquierda cerca de Concepción, en una posición formidable, mientras el ejército unido continuaba en Uripa. Los dos ejércitos se hallaban a pocas leguas separados por el profundo valle de Pomacochas, lecho del río Pampas.

Sucre dejó burlado a Valdés.

Durante tres días el encuentro de las descubiertas fue siempre favorable a los patriotas. El 24 los españoles emprendieron marcha río arriba hasta el vado de Carhuanca, desandando el camino que los había conducido a cortar a los independientes y reposaron allí dos días. Sucre al saberlo llevó su ejército río abajo a las alturas de Bombón en la margen derecha del río Pampas, donde permaneció hasta el 30, y luego se trasladó rápidamente con todo el ejército a la orilla izquierda, restableciendo sus comunicaciones con el Libertador y burlando completamente al enemigo. Este último movimiento lo ejecutó al tener conocimiento de que los españoles habían pasado frente a Carhuanca a la margen derecha del Pampas una parte de su ejército e indicaban que todo él pasaría el río probablemente con el objeto de obligar a Sucre a aceptar la batalla con el río Pampas a la espalda.

El general Valdés ha asegurado posteriormente que el plan sugerido por él al Virrey consistía en aprisionar al ejército de Sucre en el Valle de Pomacochas, entre el cuerpo principal del ejército español que debía regresar rápidamente a sus antiguas posiciones de Concepción en la orilla izquierda, y la división Valdés destinada en la orilla derecha a caer sobre la retaguardia de Sucre, cuando éste intentase cruzar el río, pero todo quedó sin efecto por el rápido movimiento del ejército independiente. Según Valdés cinco horas de tiempo ganadas de noche por Sucre en el paso del río frustraron la combinación, porque el Virrey no se hallaba todavía en el punto conveniente para detenerlo.⁸

Valdés se engañaba al partir de la hipótesis falsa de suponer los movimientos próximos del enemigo propicios a los designios por él premeditados. Tan seguro estaba Valdés de aprisionar al jefe insurgente con todo su ejército, que al llegar a Bombón dijo a sus ayudantes: "Hemos terminado la Campaña tan felizmente, como no se ha visto jamás terminar ninguna; aturdido Sucre con nuestro movimiento envolvente, se ha metido donde no le es posible salir".⁹ Estos hechos dan la medida de la superioridad de Sucre sobre los españoles.

Al cruzar el Pampas Sucre podía aprovechar los productos de las Provincias de Huamanga y Huanta, ricas en víveres y pastos. Frustrado su plan, Valdés

8 Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú, por el Conde de Torata, tomo III, primera parte, pág. 51.

9 Diario de Sepúlveda, en la obra del Conde de Torata, citada, tomo III, segunda parte, pág. 33.

repasó el río con su división y alcanzó al Virrey en su marcha hacia Concepción y Ocrós.

Combate de Collpahuaco.

El ejército unido acababa de llegar a la Pampa de Matará en la mañana del 2 de diciembre, cuando el español ocupó los altos de Pomaccahuanca a la vista de los republicanos. Aunque la posición no presentaba ventajas, Sucre ofreció la batalla, pero los enemigos se movieron sobre su propia izquierda por los altos nombrados, a la orilla de la Pampa, y tomaron una posición inaccesible. El día 3 el cuerpo principal del Virrey retrocedió como media legua. Sucre volvió a ofrecer la batalla y los españoles lejos de aceptarla siguieron otra vez las lomas de la izquierda del camino real para cerrar al ejército unido el camino al norte. Antes había sido indiferente a Sucre dejar al enemigo a la espalda, pero Matará carecía de recursos y por tanto era necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo. El ejército unido rompió la marcha oportunamente para salvar la quebrada de Collpahuaco antes de que llegase el grueso del ejército enemigo, más éste hizo adelantar con velocidad la división Valdés, y una columna ligera pudo llegar a tiempo de situarse en la parte superior de la quebrada por donde debían pasar los republicanos.

Mientras la vanguardia hacía estos movimientos el ejército español permanecía quieto en sus posiciones hacia atrás. Las divisiones de Córdova y La Mar habían cruzado la quebrada cuando la columna enemiga cayó bruscamente sobre los batallones de la división Lara. Sucre oportunamente envió orden al batallón Rifles de trepar la loma y abrir fuego contra los enemigos, mientras Lara y Miller hacían desfilar a la caballería y a las municiones por el camino inmediato de Chonta. Enseguida se trabó un combate entre la columna de Valdés y los batallones Vargas y Rifles de los patriotas, éstos rechazaron los enemigos, pero perdieron 300 hombres entre muertos, heridos y dispersos, el parque de campaña y una pieza de artillería. El coronel peruano Hermán G. Yañez, ha demostrado recientemente, que toda la división Valdés no estuvo desde el principio en el ataque como generalmente se ha escrito, sino solamente cuatro compañías de Cazadores y el batallón Cantabria, porque los demás marchaban atrasados.¹⁰

Engreídos los españoles con la ventaja adquirida, en la mañana del 4 destacaron 4 batallones y 6 escuadrones a descabezar la quebrada de Collpahuaco, creyendo que Sucre les opondría resistencia, pero el general independiente con su habitual arrogancia les abandonó la barranca y se situó en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo, provocando a los adversarios a combatir. Los españoles no aceptaron el desafío.

Sucre se sitúa en Ayacucho.

Debiendo Sucre asegurar la recolección de víveres resolvió continuar hacia el Norte. En la noche pasó la profunda quebrada de Acroco, siguió al pueblo de

¹⁰ La Sorpresa de Collpahuaco, 3 de diciembre de 1824. Por el coronel Hermán G. Yañez, Boletín de la Academia de la Historia N° 45, págs. 62 a 69.

Huaichao y el 5 en la tarde se dirigió a Acosvinchos, mientras el ejército real avanzaba a Tambillo, hallándose siempre a la vista de los independientes. El 6 ambos continuaron sus marchas: Sucre por el pueblecillo de la Quínua al campo inmediato de Ayacucho y La Serna hacia el punto de Macachacra, después de atravesar la barranca y el río Pangora. Los españoles quedaron al oeste de los republicanos en las alturas formidables de Pacaicasa, cortándoles otra vez sus comunicaciones con el Norte. El 7 el ejército unido permaneció tranquilo en su campo de Ayacucho y el de La Serna atravesó por entre las huertas y sembrados y trasladó el suyo a un cuarto de legua al Oeste de Huamanguilla y hacia el Norte de la Quínua. El 8 el ejército real continuó su movimiento envolvente y se situó en el cerro de Cundurcunca, en una posición que domina el campo de Ayacucho.

Descripción del campo.

Ayacucho es una meseta convexa e inclinada, en un estribo de la cordillera oriental. Mide 600 metros de ancho en la parte más elevada y 750 en la más baja, medidos de norte a sur y 1.200 de largo en dirección de este a oeste. En la parte baja tiene 3.360 metros sobre el mar, y en la más alta al pie del Cundurcunca 3.460 metros. El cerro tiene 150 metros a 200 de altura sobre la Pampa. Al término de la meseta se halla el pequeño caserío de la Quínua.



Batalla de Ayacucho.

Los españoles no podían bajar sino de frente sobre la posición de Sucre, o bien dando un rodeo hacia la izquierda de los independientes, pues por el lado de la derecha de estos últimos la quebrada es infranqueable por profunda.

Desde que los españoles se establecieron en el cerro, Sucre en vista de los accidentes del terreno, concibió la idea de no dejarlos entrar en masa a la meseta, donde él se hallaba, sin combatirlos.¹¹

El 9 de diciembre hallábanse los dos ejércitos dispuestos a la batalla. Los españoles formaron su línea, compuesta del centro y de la izquierda sobre el cerro, mientras la derecha bajaba las lomas más suaves dando un rodeo para caer a retaguardia de la posición de Sucre. Los independientes situaron su derecha y centro dando frente a los enemigos del cerro, y la izquierda en ángulo obtuso con las anteriores para contener el ataque que indicaba ejecutar la derecha española. El ejército del Rey entre infantes y jinetes contaba 9.310 hombres, mientras los patriotas sólo disponían de 5.780 de los cuales 1.444 eran peruanos, inclusive unos 100 argentinos y chilenos, y los restantes colombianos.

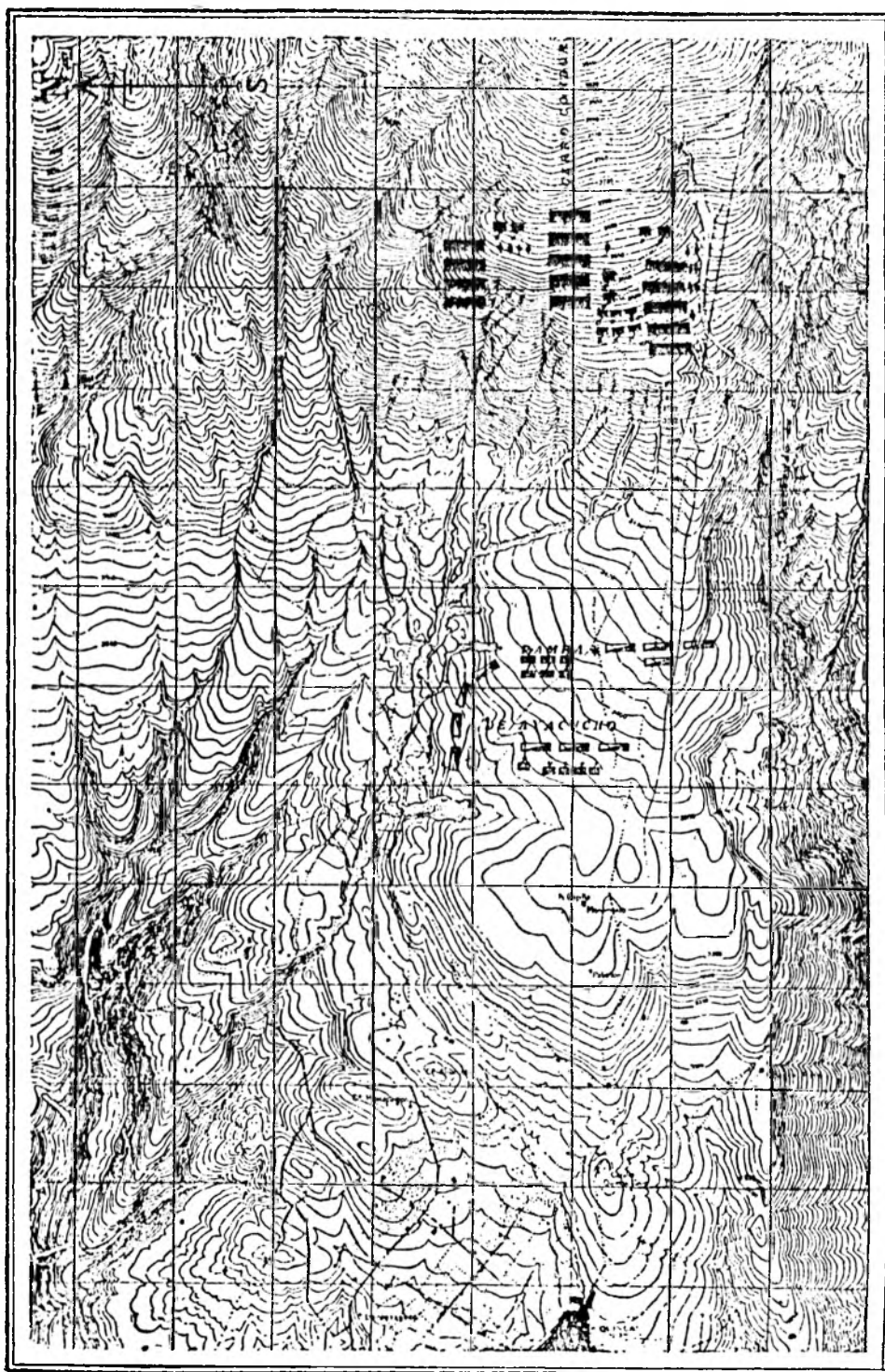
Los españoles del centro y de la izquierda, a cargo de Monet y Villalobos respectivamente, debían esperar que Valdés al frente de la derecha entrara al campo, y atacara la izquierda de Sucre, para ellos bajar a la meseta y empeñar el combate en toda la línea; pero Sucre no les dio tiempo de realizar este proyecto. Favorecido por haberse adelantado demasiado la izquierda española, lanzó sobre sus primeros batallones regidos por Rubín de Celis, dos de la división Córdoba y dos escuadrones de Húsares de Colombia. Asaltados los realistas por estas fuerzas, el batallón de Rubín de Celis fue destruído, muerto su valeroso coronel, y rechazados los restantes.

La lucha se había iniciado con ardor entre la división Valdés y la de La Mar, y esta retrocedió desde los primeros momentos a pesar de un refuerzo enviado por Sucre. Mientras tanto Canterac llevaba hacia adelante dos batallones de Gerona, y dos escuadrones de caballería, pero bajaba con lentitud por los accidentes del terreno.

El general Monet juzgando reparar el descalabro de la izquierda, con gran arrojó se lanzó al barranco del frente de pocos metros de profundidad, y en corto tiempo la brigada Pardo, la primera de su división, entró a la meseta. En ese momento sin dar tiempo a esta brigada de avanzar, ni espacio en la meseta a la segunda brigada de Monet, Sucre lanzó contra aquella los cuatro batallones de la división Córdoba. El joven héroe con sublime arrogancia dio la célebre orden: "¡¡¡Armas a discreción, paso de vencedores!!!" y cargó con su habitual energía, siguiéndose una lucha desesperada con desventaja de los españoles. Los tres batallones de Pardo lucharon violentamente contra los cuatro batallones de Córdoba, pero al fin fueron arrojados al barranco a culatazos y bayonetazos, mientras los dos batallones de Monet que no habían podido pasar el barranco porque el terreno

11 Recuerdos de Francisco Burdett O'Connor. Tarija, pág. 94.

BATALLA DE AYACUCHO



Posición de las tropas antes de comenzar la lucha.

inmediato de la meseta lo ocupaba la brigada Pardo, permanecieron inactivos, y no pudieron resistir la división de Córdoba cuando ésta se lanzó a la falda. Monet quedó herido, y muertos o gravemente heridos varios oficiales y soldados, y muchos prisioneros de su división.

Simultáneamente la caballería colombiana, es decir los Granaderos y Húsares de Colombia, destrozaban a los Granaderos de la Unión y de la Guardia españoles, al mando de Ferraz y de Bedoya. Estos jinetes habían bajado rápidamente por la falda suave del cerro a sostener a Monet. De paso el batallón Pichincha los había acribillado a balazos, y enseguida fueron cargados de frente y de flanco por Silva y Carvajal. Los llaneros colombianos no dieron tiempo a sus contrarios de desplegar ni de recibir los refuerzos conducidos por los jefes españoles en persona. Acometidos por los invencibles llaneros fueron aniquilados a lanzazos y sus restos huyeron trabajosamente hacia el cerro.¹² Carvajal hizo prodigios y Silva con tres lanzazos en el pecho, después de curado, regresó a finalizar el combate.

Mientras tanto la división Valdés descendía por su derecha, atacaba la izquierda de Sucre, a cargo de La Mar, y la hacía retroceder a pesar de haberle enviado Sucre como refuerzo el batallón Vencedor; pero al declararse en derrota la división Monet, Sucre se volteó hacia su izquierda con la división Lara y la reserva de caballería a cargo de Miller y destrozó a los batallones de la división Valdés que habían logrado subir a la meseta por corto tiempo. Derrotadas las tres divisiones de los españoles y vívamente perseguidas por los patriotas y ya en poder de Sucre más de 1.000 prisioneros, la artillería y gran cantidad de fusiles, se le presentó el general Canterac acompañado del general La Mar a pedirle una capitulación para las fuerzas no desbandadas todavía. "Aunque la posición del enemigo, escribió Sucre en su parte, podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá V. S. por el tratado adjunto; por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con su existencia".

"Se hallan por consecuencia —dice Sucre— en este momento en poder del ejército libertador, los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales; más de 2.000 prisioneros de tropa; inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían: 1.800 cadáveres y 700 heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas. Nuestra pérdida es de 310 muertos y 609 heridos".¹³

12 Refutación de Valdés al Diario de Sepúlveda. Conde de Torata. Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú. Tomo III, primera parte, págs. 65 y 66.

13 O'Leary, Memorias, Narración, tomo II, págs. 311 y 312.

Alegría en toda la América

La noticia del triunfo de Ayacucho se recibió en todo el Perú y especialmente en Lima con entusiasmo delirante. La conclusión de la guerra era el término de la pobreza general, y de la inseguridad de los estados. En su proclama a los vencedores Bolívar se expresó de esta manera: "Soldados, habéis dado la libertad a la América Meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido? Colombia os debe la gloria que nuevamente le dáis, el Perú vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa: de los derechos del hombre ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; contemplad pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios".¹⁴

En ninguna ciudad de América se festejó la victoria de Ayacucho con el entusiasmo desplegado en Buenos Aires. En la noche del 21 de enero al llegar la noticia por vía de Chile, nadie durmió en la capital argentina.¹⁵ En la siguiente hubo una representación dramática en el Teatro Argentino, a la cual precedió el himno nacional, en medio de estrepitosos vivas a la patria, a Bolívar y a Sucre. Un oficial vivado con frenesí leyó el boletín oficial. En el resto de la América el entusiasmo revistió diversas formas de celebración y regocijo.

Consecuencias de la victoria.

Todas las fuerzas existentes en el Perú se rindieron unas después de otras, sólo el Callao se resistió y el sitio duró mas de un año. Los refuerzos enviados de Colombia llegaron después de la jornada de Ayacucho.

Creación de Bolivia.

Del Cuzco donde se reunieron los vencedores y los realistas vencidos, partió Sucre hacia el Alto Perú con sus tropas notablemente reforzadas.

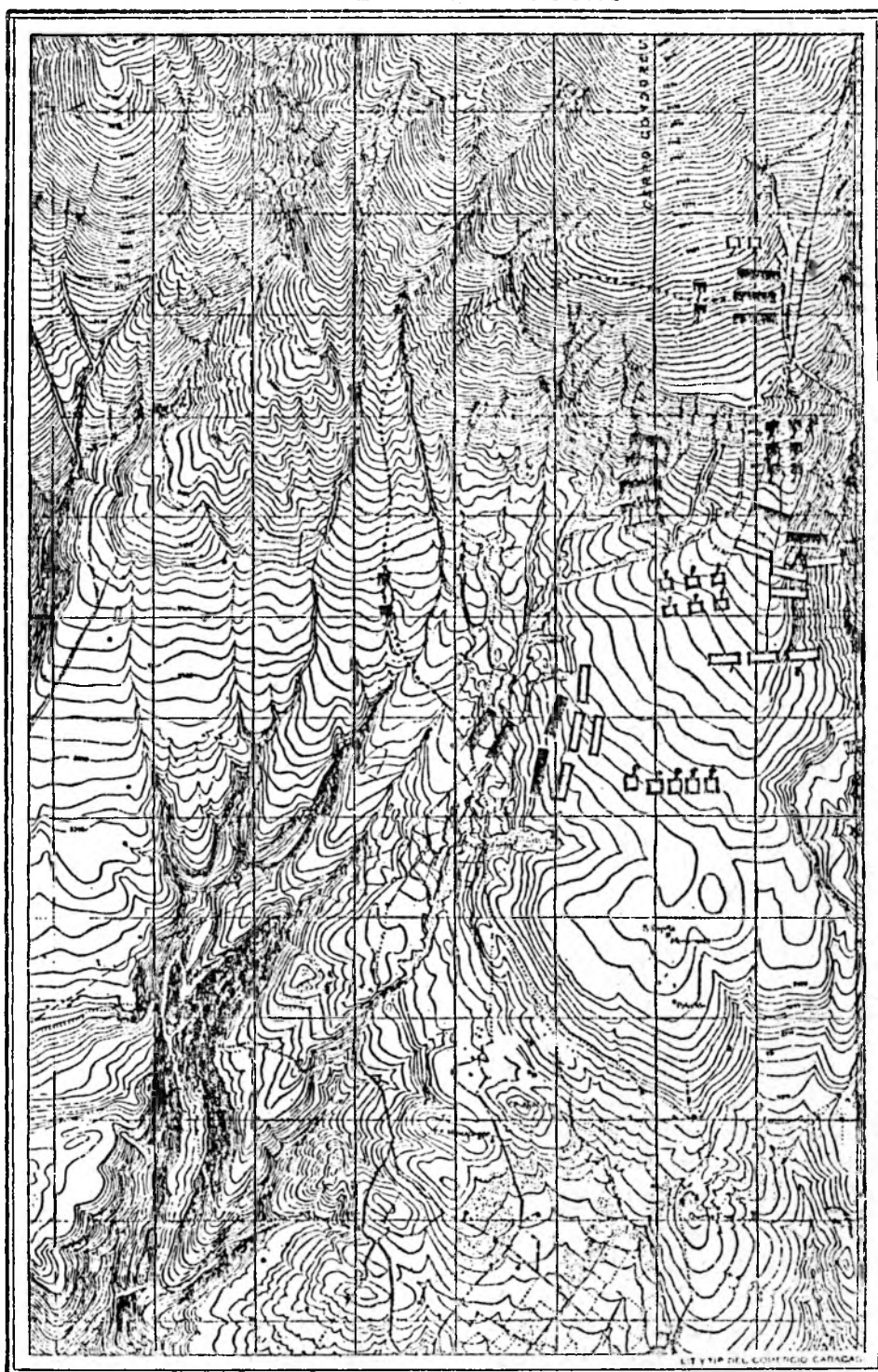
Al saber el triunfo de Ayacucho el caudillo José Miguel Lanza, batido tres meses atrás por Olañeta reunió sus fuerzas en los Yungas y ocupó a La Paz el 1º de febrero. Sucre llegó a esta gloriosa ciudad el 7 de febrero y bien impuesto de la situación política y obedeciendo una tendencia popular convocó el 9 de febrero una Asamblea Constituyente de las cinco Provincias Altas, paso atrevido, pero necesario para satisfacer y mantener en paz al valiente pueblo del Altiplano. El 12 de marzo el vencedor partió hacia Oruro donde había mandado una división de 3.000 hombres. En la Paz quedó la división Córdova mientras la división Lara permanecía en Arequipa. Estas divisiones reforzadas con prisioneros y soldados viejos, sumaban 11.000 veteranos.

En el Sur del Alto Perú el general Olañeta permanecía en Potosí con una división, mientras su teniente Valdés se dirigía a Chuquisaca. Las diversas ciuda-

14 LECUNA. Proclamas y Discursos del Libertador, pág. 296.

15 Ayacucho en Buenos Aires, por Gabriel René Moreno, Madrid, Editorial América, págs. 29 a 37.

BATALLA DE AYACUCHO



des del Alto Perú se fueron pronunciando unas después de otras por la Independencia, de acuerdo con las ideas proclamadas desde el principio de la revolución.

Reducido Olañeta por la desertión a poco más de 2.000 hombres no pensaba rendirse. Esperando a Sucre por el camino directo de Oruro a Potosí, procuraba medios de defensa, pero el general en jefe tomó el camino del lago de Poopo o de Auyagas, pasó por Condo la Cordillera de los Frailes y fue a Lagunillas donde incorporó una columna de Chuquisaca. Olañeta al advertir este movimiento abandonó a Potosí y replegó al Sur sobre el territorio de Chichas. Sucre enseguida entró en la histórica ciudad sin encontrar resistencia. Olañeta sorprendido por la rebelión de uno de sus cuerpos trató de someterla y pereció en el combate de Tumusla el 1º de abril cuando desesperadamente luchaba en favor de su causa.

Todas las provincias quedaron definitivamente separadas de España

Bolívar se dirige al Alto Perú.

Después de la reunión del Congreso en Lima el Libertador recorrió las provincias de Arequipa y el Cuzco, estableciendo la confianza y el orden. En todas partes dio decretos enérgicos en favor de la libertad individual, de la instrucción pública y de la economía general del país. En el Cuzco especialmente transformó la situación de inferioridad en que se hallaban los indios y favoreció el desarrollo de la cultura. Por donde quiera que pasaba el pueblo lo recibía con grandes honores como benefactor principalmente de los oprimidos. En el pueblo de Pucará el jurisconsulto y economista José Domingo Choquehuanca, de abolengo incaico, le dirigió estas elocuentes palabras:

“Quiso Dios de salvajes hacer un gran imperio y creó a Manco Capac; pecó su raza, y mandó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de la América y os ha enviado a vos. Sois, pues, hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho antes de vos se parece a lo que habéis hecho; y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya un mundo por libertar. Habéis fundado tres repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra grandeza a donde ninguna ha llegado. Vuestra fama crecerá, así como aumenta el tiempo con el transcurso de los siglos, y así como crece la sombra cuando el sol declina”.

El 6 de agosto el Libertador entró a Puno a tiempo que la Asamblea Deliberante le daba su nombre al país.

Asamblea de Chuquisaca

Reunidos los diputados de las cinco provincias altas, centro del Continente Sur Americano en la ciudad de Chuquisaca, la Asamblea Deliberante decretó la independencia del país e interpretando el sentimiento patriótico de los adeptos de la independencia dio a la nación el nombre de Bolivia, el más adecuado para un Estado nuevo iniciador del movimiento general de toda nuestra América, en favor de la autonomía propia, y de la libertad del hombre en todas sus actividades.

En resumen: La creación de Bolivia fue el resultado de las tendencias definidas y enérgicas de los pobladores de las cuatro Provincias Altas. Al penetrar en el territorio Sucre convocó la Asamblea inicial, con desaprobación de Bolívar quien todavía en el Perú no había podido apreciar la decisión de los altoperuanos en constituirse en nación independiente. Esto se realizó por la opinión decidida de la gran mayoría de los habitantes: Buenos Aires renunció los derechos del antiguo Virreinato, y dejó a los altoperuanos en completa libertad de decidir de sus destinos. En vista de estos hechos Bolívar tuvo que convenir en la necesidad de la creación del estado independiente. Por tanto la obra de Bolívar y Sucre no fue espontánea: realizada la independencia de las Provincias y consentida por el Río de la Plata, la obra de Bolívar y Sucre consistió en la organización política, administrativa y benéfica para todas las clases sociales, que ambos supieron darle a la nueva nación, nacida en sus manos, pero producto de fenómenos naturales independientes de su voluntad.

En la administración del Estado, dieron ejemplos de amor a los pueblos, de economistas sabios y previsivos y de desinterés absoluto. Sus principios y su recuerdo serán imborrables a los hombres de buena voluntad de estos países.

CAMPAÑA Y BATALLA DE AYACUCHO

Por LAUREANO VILLANUEVA

Al dorar el sol el horizonte el día inmortal del 9 de diciembre, saludáronse los dos combatientes con dianas ruidosas, fuego de cazadores y tiros de cañón.

La temperatura fría y seca, muy a propósito para una jornada militar. Las nubes, amontonadas sobre los picos de las montañas de Quinua, dejaban claro y azul el cielo, para que el divino Sol, padre del Perú, pudiera iluminar y embellecer aquel granítico anfiteatro levantado por la naturaleza a la falda de los Andes, donde iba SUCRE a *fixar la suerte de las naciones americanas*.

Ayacucho quiere decir *Rincón de muertos*, en la lengua quichua, que hablaban los indios del Perú; y se le dio tal nombre a este lugar, porque en tiempo de la Conquista se libró allí una batalla sangrienta, que lo cubrió de muertos.

Es un estrecho campo tendido de este a oeste del pie del Cunduncurqui al pueblo de Quinua: mide de largo, de sur a norte, más de un kilómetro, y de ancho hasta ochocientos metros. Una quebrada hondísima lo limita al norte, otra del todo infranqueable al sur, y un barranco escabroso lo atraviesa de sur a norte, en su mayor extensión.

Quinua, o Quinoa, es un pueblecillo de indios, situado al oeste de Ayacucho, de donde partía entonces una bajada como de dos leguas, para entroncarse con el camino principal de Huamanga, que corre al pie de una montaña perpendicular, sin salida alguna conocida en aquella época.

Huamanga está asentada en una zona primaveral, sobre un llano pintoresco y abundante en trigos, pastos, frutas y ganados.

Al este de Ayacucho se eleva el cerro de Cunduncurqui, tronco nudoso de los Andes, cuyas escabrosas y heladas cimas dominan aquel campo, y de donde no podían bajar los caballos a la planicie sino por la brida uno tras otro. Al este salían veredas estrechas y ásperas, por donde se ganaba con grandes esfuerzos la ruta principal del Cuzco; pero de todos modos era siempre una posición militar sin retirada fácil, como se convencieron de ello los peninsulares con ocasión de su derrota.

Cerca de Ayacucho hay otra quebrada llamada Ayahuarcuna, porque habiéndose sublevado los indios en defensa de sus lares, fueron colgados en aquel sitio. Esta palabra quiere decir *sitio donde se cuelgan cadáveres*.

Formábase el ejército realista de tres divisiones de infantería, dos brigadas de caballería y catorce piezas de artillería.

La división llamada de vanguardia, compuesta de cuatro batallones, *Cantabria, Centro, Castro, y 1º Imperial*, era mandada por el mariscal de campo, don Jerónimo Váldez; y tenía de segundo jefe al brigadier don Martín de Somocurio.

La primera división constaba de cinco batallones, y estaban a cargo del mariscal de campo, don Juan Antonio Monet, y de quien era segundo el brigadier don Juan Antonio Pardo. Constaba de los batallones *Burgos, Infante, Victoria, Guías, y 2º del Primer Regimiento*.

Gobernaba la segunda el mariscal de campo don Alejandro González Villalobos, sub-inspector general del ejército, sirviéndole de segundo el brigadier don Manuel Ramírez. Constaba de los cinco batallones, *1º y 2º de Gerona, 2º Imperial, 1º del Primer Regimiento y el de Fernandinos*.

El brigadier don Valentín Ferrer era el comandante general de la caballería, que se formaba de dos brigadas; una á las órdenes del brigadier don Andrés García Gamba, y otra a las del brigadier don Ramón Gómez de Bedoya.

El brigadier Cacho tenía a su cargo la artillería; y el brigadier don Miguel Atero servía el empleo de comandante general de ingenieros.

El teniente general don José Canterac era segundo jefe del ejército, y jefe de Estado Mayor general.

El mariscal de campo don José Carratalá desempeñaba el empleo de sub-jefe de Estado Mayor.

Los alabarderos del Rey formaban la guardia del conde de La Serna, general en jefe del ejército.

El de los aliados constaba de tres divisiones de infantería, una de caballería y una pieza de artillería.

Mandaba la primera división el general Jacinto Lara. Componíase de los batallones *Rifles*, al mando del coronel Arturo Sands; *Vencedor*, que gobernaba el coronel Luque; y *Vargas*, a las órdenes del comandante Morán. Mil seiscientos hombres.

Mandaba otra el general La Mar, que se componía de la legión peruana, mandada por el coronel Plaza; del *Batallón Nº 1º* por el comandante Bermúdez; del *Nº 2º* por el comandante González y del *2º* por el comandante Benavides. Mil trescientos ochenta hombres.

La que mandaba el general Córdoba constaba de cuatro batallones; a saber: el *Bogotá* del cual era jefe el coronel Galindo; el *Voltígeros*, mandado por el coronel Guas; el *Pichincha*, por el coronel Leal, y el *Caracas*, por el comandante León. Dos mil cien hombres.

El general Miller mandaba la caballería. Estaban a sus órdenes los *Granaderos de Colombia*, al mando del coronel Carvajal; los *Húsares de Colombia*, al mando del coronel Laurencio Silva; los *Húsares de Junín*, al mando del teniente coronel Suárez, y los comandantes Olavarría y Blanco; y los *Granaderos a caballo*, de los Andes, al del comandante Bogado. Setecientos ochenta hombres.

Total del ejército realista: nueve mil trescientos diez hombres.

Total del ejército patriota: cinco mil setecientos ochenta hombres. Era su jefe de Estado Mayor el general Gamarra.

Una escena patética tuvo lugar antes de la batalla, que merece consignarse en estas páginas. Unos dicen que pasó en la tarde del 8, otros cuentan que fue en la mañana del 9. Sea de ello lo que fuere, siempre será digna de ser conocida, porque revela el tipo caballeresco de aquellos generales de gran valor, y a la par de nobles corazones y brillantes prendas de cultura.

El mariscal Monet, amigo de Córdoba, le significó con un oficial que deseaba tener una entrevista con él antes de la pelea, y concedido el permiso por SUCRE corrieron los dos valientes a abrazarse enfrente de los ejércitos: lo mismo hicieron otros oficiales, amigos y parientes, que militaban muchos años atrás, unos entre los patriotas y otros entre los realistas. La entrevista duró media hora; y después de haberse estrechado los corazones y las manos, se fueron a escape buscando cada cual su campamento respectivo.

Hasta aquí españoles y americanos no habían obedecido sino a la ley feroz de las Euménides; es decir, a la ley de las venganzas: ahora al final de tan sangrienta lucha de más de catorce años, inclinábanse unos y otros a ordenarse a la moderna ley de los sentimientos humanitarios, a la ley de la caridad, de la clemencia y las santas amnistías.

Después del cañoneo, que duró más de media hora, bajaron del Cundurcunqui varias compañías de cazadores a escaramuzar con otras de los patriotas. Acometíanse con ligereza, y retirábanse luego con grande habilidad, para hacer por todo el campo al toque de las trompetas evoluciones militares con elegancia y precisión. Gastóse el resto de la tarde en estas maniobras que exaltaron el entusiasmo de los dos ejércitos. Por la noche dispuso el general SUCRE, a instancias según se dice, del general Córdoba, alarmar al enemigo con una algazara. Al efecto, reuniéronse todas las bandas de música, de tambores y cornetas; se les distribuyó por toda la línea, y a un golpe dieron la señal de ataque, a tiempo que las compañías de cazadores hacían fuego graneado contra el enemigo y se avanzaban hasta más allá de la mitad del campo. Los realistas se pusieron sobre las armas, creyéndose atacados por todo el ejército patriota; desordenáronse varios cuerpos, y quedaron muertos en las baterías un teniente coronel y tres soldados. La bulla duró más de una hora, después de la cual todo quedó en silencio en uno y otro campamento; en ese solemne silencio que precede a las grandes batallas, y en que parece que se perciben las vibraciones, tenues pero pavorosas, del éter de ultratumba.

El orden de batalla del virrey fue el siguiente. Situó en su ala derecha la división del general Valdez, reforzada con dos escuadrones de *Húsares de Fernando VII* y cuatro piezas de artillería. La división del general Monet ocupó el centro, y la del general Villalobos el ala izquierda.

La caballería fue situada a retaguardia de esta división en el cerro; y el virrey asentó su cuartel general en este mismo lado, a inmediaciones de las tropas.

En tal posición quedaba el ejército cubierto por sus dos flancos, al abrigo de *barrancos impracticables*; pero su frente resultó tan reducido, que sus infantes y su artillería iban a verse embarazados al intentar extenderse sobre el campo, cuando el arte militar exigía que se las colocase en un espacio más amplio, donde pudieran maniobrar con ventajas positivas.

Cierto es que los realistas dominaban desde sus posiciones las líneas enemigas; pero en cambio quedaban inutilizados sus caballos, montados en la cuesta, y de donde no podían bajar sino uno a uno; y además iban a pelear sin retirada, puesto que a su retaguardia no había más camino que los desfileros de la montaña, en donde un ejército en derrota tenía que perecer.

Veamos ahora el campo de los patriotas.

El general SUCRE se presentó en batalla de otro modo.

Formó un ángulo con la división peruana a la izquierda y la del general Córdova a la derecha. Situó en el centro al general Miller con toda la caballería, y confió su reserva al general Lara. Su pieza de artillería gobernada por el comandante La Fuente, quedó entre la caballería y la división de Córdoba.

Los flancos estaban guardados por precipicios al sur y al norte, y la retaguardia daba a Quinua y al camino de Huamanga, por donde podrían haberse replegado sin ningún peligro, pues la vía principal se extiende, como hemos dicho, al pie de una montaña impenetrable.

La caballería, repuesta en tres días de descanso, ocupaba un espacio suficiente para funcionar con desahogo; y todo el ejército vivamente entusiasmado se desesperaba por rematar la campaña con una gran batalla al igual de aquellas con que se habían terminado las guerras de Colombia.

A las nueve de la mañana fueron llamados los generales y brigadieres del ejército realista al Estado Mayor, para que se impusieran de las disposiciones de la batalla: *no para deliberar*, dice Gamba, *acerca de la conveniencia y modo de darla, sino para oír de boca del general Canterac* las órdenes que a cada uno correspondía en el plan que iba a ejecutarse. Según éste, debía el general Valdez abrir los fuegos a la derecha, desalojar la fuerza apostada por La Mar en unos ranchos situados en la mitad del campo, y romper el ala izquierda de los patriotas.

Monet descendería del cerro a formarse en batalla en la orilla oriental del barranco, para apoyar vigorosamente el empuje emprendido por Valdez contra La Mar.

Villalobos, a la izquierda, adelantaría el batallón del coronel Rubín de Celis; por la orilla de la infranqueable quebrada del Sur, para favorecer la operación proyectada de descargar de las mulas siete cañones, y montarlos a toda prisa con el objeto de atacar el ala derecha de Córdoba, cuando el combate estuviera bien trabado entre La Mar, Valdez y Monet.

Se dejaba de reserva en la cuesta el batallón de *Fernando VII*, y al pie del cerro los dos batallones de *Gerona*. El segundo batallón del *Imperial Alejandro* entraba por de pronto en la línea.

Los caballos bajarían al campo, por parte de frente para colocarse entre las divisiones de Monet y Villalobos; parte por una vereda que conducía de la cumbre del Cunduncurqui al plano de Ayacucho.

El historiador español tantas veces citado, y actor en la batalla como jefe de una brigada de caballería, dice lo siguiente al juzgar estas disposiciones para el ataque:

Entre los generales y brigadieres convocados al Cuartel General, había algunos dispuestos a exponer con franqueza y razonadamente los inconvenientes

que se les ofrecían para emprender un ataque decidido desde la posición que ocupaba el ejército real, siempre que sobre este punto se les pidiese su parecer; mas luego que vieron que no era otro el objeto de su llamamiento que el de oír de boca del general Canterac las disposiciones para el ataque, con el enemigo al frente, atendió cada uno en silencio, a la parte que le correspondía. Sin embargo, el brigadier Gamba todavía preguntó al general: ¿permite el terreno de aquí al llano que puedan bajar de frente dos caballos siquiera, aun tirados de la brida por sus jinetes? Canterac contestó afirmativamente, y los jefes de caballería se retiraron a sus respectivos puestos para cumplir como los demás cada uno con la parte que se les había señalado. Diéronse pues a los generales y brigadieres del ejército real intrucciones y órdenes terminantes que habían de ser seguidamente ejecutadas: no se les preguntó su opinión sobre las disposiciones del combate, ni por tanto con su acuerdo se formó el plan de ataque de Ayacucho.

Los dos ejércitos quedaron a media milla uno de otro.

Acercábase la hora suprema del combate.

El general SUCRE, galopando en su caballo de batalla, color castaño, recorre la línea de sus tiradores, saluda al pasar todas las divisiones, y se detiene a arengar militarmente cada cuerpo.

El general don Juan Antonio Pezet, que asistió a la batalla, dice que oyó la arenga de Sucre a los peruanos:

¡BATALLÓN NÚMERO 2!

Me acompañasteis en Quito; vencisteis en Pichincha, y disteis libertad a Colombia; hoy me acompañáis en Ayacucho; también venceréis y daréis libertad al Perú asegurando para siempre la Independencia de América!

Dirigiéndose a los otros batallones de la división peruana, les dijo:

LEGIÓN PERUANA:

Si fuisteis desgraciada en Torata y Moquegua, salisteis con gloria y probasteis al enemigo vuestro valor y disciplina: hoy triunfaréis y habréis dado libertad a vuestra patria: y a la América.

Luego se dirigió a los otros cuerpos en estos términos:

¡COMPATRIOTA LLANEROS!

Estoy viendo las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín ¡Qué podré temer? ¿Quién supo nunca resistirles? Desde Junín ya sabéis que allí [*en el cerro en frente, donde estaban los españoles*] no hay jinetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil o dos mil soberbios caballos con que pronto remudaréis los vuestros. Sonó la hora de ir a tomarlos. Obedientes a vuestros jefes, caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. ¡Lanza al que ose afrentaros! ¡Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! ¡Viva el llanero invencible! ¡Viva la libertad!

¡HEROICO “BOGOTÁ”!

Vuestro nombre tiene que llevaros siempre a la cabeza de la redentora Colombia; el Perú no ignora que Nariño y Ricaurte son soldados vuestros; y hoy, no sólo el Perú, sino toda la América os contempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles “Cazadores de vanguardia” de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolvérsela asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía [*señalando el campo español*], no tiene derecho a estar más alta que vosotros. Pronto ocuparéis su puesto al grito de ¡Viva Bogotá! ¡Viva la América redimida!

¡“CARACAS”!

¡Guirnalda de reliquias beneméritas [*de otros cuerpos que forman ese*], que recordáis tantas victorias cuantas cicatrices adornan el pecho de vuestros veteranos! Ayer asombrásteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos a ser héroes. Es el de la patria del LIBERTADOR, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. ¡Viva el LIBERTADOR! ¡Viva la cuna de la Libertad!

¡“RIFLES”!

¡Nadie más afortunado que vosotros! Donde vosotros estáis, ya está presente la victoria. Acudísteis a Boyacá, y quedó libre la Nueva Granada; concurrísteis a Carabobo, y Venezuela quedó libre también; firmes en Corpahuaico, fuísteis vosotros solos el escudo de diamante de todo el ejército libertador; y todavía no satisfecha vuestra ambición de gloria, estáis en Ayacucho, y pronto me ayudaréis a gritar: ¡Viva el Perú libre! ¡Viva la América independiente!

Y en seguida, situándose *en un punto céntrico en frente de la línea*, dice un testigo presencial, *lleno de emoción, con un tono que parecía inspirado*, lanza su proclama de pelea, que será eternamente célebre en la historia militar de América.

¡SOLDADOS! *¡De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur!*

Y con el brazo extendido hacia el Cunduncurqui exclama:

Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia.

El doctor A. Galindo, hijo de Colombia, nuestro hermano en la religión de la libertad, ha escrito en su hermosa obra *Batallas decisivas de la Libertad*, estas grandiosas frases:

No conozco, dice, sino dos proclamas inmortales en los fastos militares del mundo: la de Nelson en Trafalgar y la de SUCRE en Ayacucho.

Las diez de la mañana serían cuando el general Villalobos, cumpliendo estrictamente las disposiciones del general Canterac para el ataque, bajó el primero la cuesta con el batallón de Rubín de Celis, primero del primer regimiento, para ejecutar la operación de formar a orillas del barranco sur una batería de siete piezas.

SUCRE dio orden de pronto a sus tiradores de forzar aquella posición, lo que hubo de considerarse como la señal del combate. Esto dio motivo a que Can-

terac le opusiese rápidamente el escuadrón San Carlos; con lo cual se trabó un violento choque, que costó la vida a la mayor parte de aquellos jinetes, mandados por el coronel Manuel Canal. Los españoles lograron no obstante cubrir sus posiciones, y empezaron a montar sus piezas en medio de la pelea.

A este tiempo, el general Valdez rompía los fuegos al norte contra el general La Mar con el batallón Centro, repartido en guerrillas y apoyado por sus cuatro cañones. Mandaba este batallón don Felipe Rivero. Los cazadores republicanos, cargados vivamente, desocuparon los ranchos donde estaban parapetados, y se replegaron a la línea.

Era el plan de Canterac formar un semicírculo en frente de los patriotas, sostener los extremos del diámetro con dos baterías: una de cuatro piezas al norte y otra de siete al sur, apoyadas por las divisiones de Valdez y Villalobos: avanzar en esa formación, y cuando hubieran cercado a los americanos entre estas dos corrientes de fuego, lanzar sobre ellos a Monet por el centro con cinco batallones y una brigada de caballería.

En ejecución de este plan embiste Valdez reciamente a situarse del otro lado de la barranca, con ánimo de posesionarse de la loma que ocupaba el general La Mar.

Mueve del otro lado el coronel Rubín de Celis su batallón, y se lanza furiosamente contra el ala derecha que mandaba Córdoba. Dicen Gamba y otros escritores peninsulares, que este movimiento no fue ordenado por el mariscal Villalobos, pero que hubo de consentirlo cuando el coronel Celis alegó que tenía instrucciones directas de Canterac para hacerlo. Celis arrastra en pos el batallón 2º del *Imperial*, y las guerrillas que encontró a la mano, y con toda esta masa se arrojó con un valor extraordinario contra los arriscados batallones de la segunda división del ejército de Colombia.

Los críticos españoles han calificado de imprudente este movimiento y achacan a él el resultado final de la jornada.

Rubín de Celis se estrella contra las masas cerradas de Córdoba: aunque su denuedo es igual a su imprudencia. Córdoba le envuelve con sus columnas, le ahoga con un fuego nutridísimo y le rompe a punta de bayoneta. Todo el batallón de Celis queda en el campo: mátanle su segundo, y él mismo, desesperado, se precipita, sable en mano, sobre las filas patriotas y cae sin vida, digno de su raza y de su causa. Sin embargo, el valiente escuadrón San Carlos, ya diezmado, se sostiene con indómita resolución hasta morir todos sin dar un paso atrás.

Más feliz Valdez en su ataque contra La Mar, logra pasar los barrancos, barre con sus cañones las filas de la valerosa legión peruana, y manda a los húsares romperlas y despedazarlas. La Mar, el ilustre Lamar, como lo llamó SUCRE, atendía sereno y brioso a todo el esfuerzo de su división: toma él mismo el batallón número 1º de su reserva, y se lanza como un león en medio de la matanza, Valdez se batía brillantemente. General y doctor, inteligente y bravo, blandía su sable, dando *vivas* a España, anima al *Cantabria*, tan peleador en todas partes; arrolla a los peruanos, y los hace cejar, poniéndolos en gran peligro.

En este instante, como viera Canterac comprometida su izquierda por el desastre de Rubín de Celis y del escuadrón San Carlos, é interrumpida su proyectada operación de formar la batería del sur, da orden a Monet de bajar con su

división y atravesar el gran barranco que partía en dos el campo de Ayacucho; y él mismo lleva en persona los dos batallones de Gerona para reforzar a Villalobos.

Una batalla es una obra de inteligencia y arte, en que todos los movimientos han de coordinarse metódicamente en la unidad del plan. Una maniobra, un cambio de posición, un incidente cualquiera que rompa, aunque sea por un instante, la combinación de los esfuerzos, hace fracasar la batalla mejor concebida y los planes mejor trazados.

De la misma manera un golpe de estrategia, un acto de audacia, una inspiración define y decide una facción.

César, oprimido por Pompeyo en Farsalia, decide la acción en su favor no más que con una orden improvisada, sobre el modo de hacer fuego¹ a la caballería de su rival.

Tal fue lo que pasó en Ayacucho.

SUCRE hasta aquel momento se había conservado atento a los movimientos de los dos ejércitos, manteniéndose, dice García Gamba, *admirablemente inmóvil*.

Mas cuando ve su izquierda demasiado en peligro, y sorprende con su mirada de águila que la división Monet no ha logrado ordenarse en el barranco, comprende que allí, en aquel incidente, es donde está el secreto de la batalla; y sin vacilar, como un verdadero general, corre a su ala derecha, da orden a Córdova que ataque a Monet con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que lanza a Miller con sus caballos, para sorprenderle en medio de la quebrada en el momento en que se hallaba sin formarse, con una línea sobre el lado del barranco y la otra sobre el lado opuesto.

El impetuoso Miller vuela con todos sus escuadrones a embestirle por un flanco y romperle por el medio, a la vez que el general en jefe toma personalmente de la reserva que Lara mantenía con el arma al hombro, el *Vencedor* y el *Vargas* para reforzar a La Mar que pedía auxilios instante por instante.

Esta es la hora psicológica de la gran batalla. Los dos ejércitos están igualmente empeñados en la lid. En ambas partes se procede con talento y con valor.

Córdova comprende lo inminente del peligro y lo decisivo de su movimiento; se tira del caballo y lo mata de un pistoletazo para no tener medio de retroceder, y a pie, magnífico de heroísmo, con la espada en alto, resonante la voz, atruena el aire con la sublime orden de combate, nunca oída en ningún campo de batalla: *Colombianos: armas a discreción; de frente, paso de vencedores*.

La división se movió con el marcial denuedo que le inspiraba su jefe; joven guerrero de poco más de veinticuatro años, acostumbrado a batirse brazo a brazo, con las más aguerridas columnas españolas. Silenciosa, sin disparar un tiro, atraviesa el campo como un fulgurante torbellino. Al acercarse los colombianos al barranco, la división realista se estremeció, como si hubiera sentido sobre sí el aleteo del ángel de la muerte. Tenía encima a los vencedores de Pichincha y de Junín.

No fue sino a cien pasos de distancia, cuando descargó todas sus armas sobre el centro y la izquierda de los españoles; y sobre el fuego los cargó a la bayoneta.

¹ Véase en el Apéndice la explicación de esta frase.

Sálenle al encuentro los escuadrones realistas y se traban a muerte: el segundo batallón del *Imperial Alejandro*, mandado por Morales, resiste con sin igual bravura el empuje de toda la masa colombiana; pero queda desbaratado y disuelto. La división Monet no podía atravesar el barranco a pesar de sus esfuerzos inauditos; rechazadas sus primeras filas, se replegaron sobre las segundas, y las conmovieron. Monet mismo toma un batallón y lo lleva al combate; recibe un balazo, pero no vuelve cara ni da señal de flaqueza, sino que grita, anima a los suyos, y lucha a sablazos por ver si logra pasar la quebrada y rechazar a Córdova. La matanza es horrorosa. Los oficiales, rugiendo de ira, se meten por las espadas enemigas. El batallón *Pichincha* se arroja en masa, flameando su tan gloriosa bandera contra aquellos terribles escuadrones: el *Caracas* inmoló a todos sus oficiales en un animoso esfuerzo contra las baterías que vomitaban fuego como cráteres: su intrépido comandante León es retirado del campo con una herida grave. El *Bogotá* y el *Voltígeros* avanzan, retroceden, vuelven a avanzar hasta que rompen las filas contrarias con el furor que cabe en corazones enteros. Tres jefes de batallones españoles mueren resistiendo al pie de sus banderas. El mayor Torres, del *Voltígeros*, cae atravesado de una lanzada, y tras él cae el mayor Zornosa, del *Bogotá*. El suelo es una charca de sangre. Canterac tira escuadrones y batallones por la izquierda de los patriotas para interponerlos entre La Mar y Córdova, abrir el ángulo de hierro que formaban las dos divisiones, y cargar al uno por la izquierda y al otro por la derecha.

Pero contra sus caballos tiró SUCRE a los *Húsares*; y contra los infantes lanza de frente al *Vencedor*, cuyo jefe, coronel Luque, recibió a poco un metrallazo que lo puso fuera de combate. Allí rinde dignamente la vida el capitán Urquiola, de los *Húsares de Colombia*, y junto con él van a tierra cosidos a bayonetazos los oficiales Oliva, Colmenares, Ramírez, Bonilla, Sevilla y muchos otros. Heríanse de todos modos; sobresaliendo entre los más arrojados el coronel Laurencio Silva que se precipita con sus húsares contra una muralla de espadas, de bayonetas y lanzas: recibe un sablazo, pero no da señales de estar herido; sigue cargando, lanza su caballo por aquella charca de barro y sangre, y a poco recibe otra herida capaz de haber quitado la vida a otro que no fuera como él, héroe de bronce que atronaba el campo con su voz, y arrasaba con sus húsares, como una tempestad, los soldados del *Burgos*, del *Gerona*, del *Cantabria* y los más firmes de cuantos descollaban en aquella carnicería, sin igual en los fastos del Perú. Villalobo estaba casi destruido; sus piezas no podían funcionar con ventaja, porque unas nunca fueron montadas y otras habían perdido casi todos sus artilleros.

Mientras que se pelea así en el centro y en la derecha, empuja La Mar a Valdez contra sus antiguas posiciones, y carga a sus porfiadas columnas que intentaban hacerse firmes detrás de los barrancos. Otra vez Silva, chorreando sangre, enristra la lanza, y embiste con Miller y toda la caballería contra los postres escuadrones que Canterac había podido organizar para contener a Córdova.

Pero ya nada podía detener a los lanceros de Colombia.

Silva recibe otra herida, y gran número de húsares caen muertos o heridos.

El valiente español brigadier Gamba, rueda bajo su caballo; el bravo comandante Blanco, de los húsares, recibe un machetazo que lo derriba al suelo. Rotas las lanzas, se herían con las espadas o se mataban a pistoletazos. Era una brega a muerte en que ninguno tembló.

Córdoba arrolla cuanto se le opone; llega a la falda del Cunduncurquí y ordena subir la cuesta. Por su parte, el virrey se empeñaba por aquel lado en parar la retirada de sus despavoridos batallones; habla a los oficiales, agarra por el brazo a los soldados y los hace entrar en formación; y unas veces a pie, otras a caballo, va y viene por entre las filas, queriendo infundir aliento a sus tropas, y llevarlas otra vez a disputar la victoria en las orillas del barranco.

Pero SUCRE atiende a todas partes y ve por todo el campo la derrota del contrario. Manda a Lara en aquel instante abrir los fuegos por el centro y completar la jornada. Valdez ha perdido su caballo, y en vano se esfuerza por rehacer aquellos aterrados cuerpos, nadie le oye, los soldados botan las armas, las fornituras y morriones; y corren a la desbandada por entre las quebradas. Los peruanos, dueños de todos los cañones, los apuntan contra aquellos restos fugitivos, y los ametrallan sin misericordia. Todo está perdido para el virrey por aque lado.

Fue el coronel Plaza, dicen los cronistas, quien atravesó primero el barranco, por la izquierda, a la cabeza de la legión peruana, a tiempo que el comandante Morán, rivalizando en ímpetu, hacía lo mismo por la derecha con el *Batallón Vargas*. Y fue por la combinación de los esfuerzos de ambos con los de la caballería, que iba ensoberbecida por el medio, como se obtuvo al fin que los bravos peleadores del virrey cediesen al destino y arrojó de las armas unidas del Perú y Colombia.

Disputábanse por todo el campo el lauro del valor los bizarros Galindo y Guas, Suárez, el esforzado campeón de Junín, Cuerpo, Jiménez, Braun del *Pichincha*, Barrera del *Vargas*, Portocarrero, Alarcón, Otero, Fergusson, González, Colmenares, Prieto, Ramonet, Coquis, Doronsoro, Gil, Ureña, Infante, Vallarino, Otalora, French, Chabur, Rodríguez, Molave, Landaeta, Miranda, Montoya, Piedrahita, Moreno, Sabino, Paredes, Calle, Marquina, Granados, Pérez, Terán, Troyano, Alcalá Miro, Pazaga, Ariscum, Ornás, Isa, Alvarado, Castilla, Gerardino y otros de menor graduación.

El general Gamarra, acompañaba constantemente al general en jefe, y junto con el coronel O'Connor, sub-jefe de Estado Mayor, hacía cumplir eficaz e inteligentemente todas sus disposiciones.

Aquí y allá las columnas españolas rotas y dispersas se abandonaban a la fuga.

El valiente Valdez tira de su espada para suicidarse, según dicen, pero sus oficiales se lo impiden; tratan de sacarle del campo, pero se resiste; jadeante, desabrochado el uniforme, desesperado, tinto en sangre, se deja caer sobre una roca, esperando que los enemigos le arranquen la vida. Heroico español, digno descendiente de los que supieron morir defendiendo de los franceses la independencia de su patria. Sus nobles oficiales le cogen en peso y le sacan a escape de aquel sitio de desolación. Monet, herido, se retira sombrío, paso a paso, de sus cinco batallones no quedaba ni un soldado en formación.

El general Lara, entusiasmado con el ardor de la pelea, se desquitaba a su sabor del desastre de Corpahuaico, cargando con sus columnas, frescas y alegres, los últimos cuerpos que todavía daban el frente y disputaban el terreno palmo a palmo. Fue entonces cuando Córdoba empeñó a los *Granaderos de Colombia* contra los afamados alabarderos de la guardia del virrey.

Faltaba la última escena de tan espantosa tragedia en que habían quedado muertos mil ochocientos españoles y trescientos americanos, y heridos setecientos de los primeros y otros tantos de los segundos.

El virrey, que había asistido a la batalla con el sereno valor que tanto le distinguía, quiso intentar un supremo esfuerzo para organizar su retirada y cumplir su último deber de general. Pero no pudo hacer nada. Los colombianos cayeron sobre su guardia y la destrozaron.

Formó, no obstante, un cuadro y emprendió la retirada con una valentía digna del mayor encomio. Pero Córdoba le carga en la subida de la cuesta, le envuelve por todas partes, le rompe, y va hasta el centro, donde el desgraciado virrey, herido en la cabeza y en los brazos, le entrega su espada y queda prisionero.

Avanzanse los soldados sobre él para rematarle a bayonetazos; pero cuando saben quién es, apresúranse a resguardarle de todo daño, y le conducen con el mayor respeto a la modesta tienda donde el ilustre triunfador escribía sobre una piedra el parte de la batalla.

A la división Córdoba, que había decidido la batalla, se le ordenó descansar.

La persecución duró toda la tarde, bajo las órdenes de Lara y La Mar, que cogían prisioneros por centenares. Al caer la noche tenían en su poder más de dos mil soldados, toda la artillería, dos mil quinientos fusiles y sesenta jefes y oficiales.

Por la prisión de virrey asumió el mando Canterac, quien con su recobrada fortaleza de ánimo procuraba comunicar aliento a todos; empero, como llegara un instante en que temiera ser sacrificado junto con sus demás compañeros, por su misma soldadesca desenfrenada por el hambre y el miedo, ocurriósele reunir a todos los jefes y generales, para exponerles, que destruido el ejército y prisionero el virrey, consideraba perdido el Perú; pues Olañeta, único jefe realista que quedaba con un pie de fuerza del otro lado del Desaguadero, era traidor a su bandera y más enemigo de ellos que los mismos americanos que combatían por su independencia; y en este sentido les insinuó la idea de entenderse con los vencedores. La mayor parte aprobó su dictamen, menos el coronel Pacheco que dijo, *yo no me rindo a nadie*, y el brigadier Gamba que opinó por buscar el camino del Cuzco, con la esperanza de reunirse en Chincheros con el destacamento de quinientos hombres de los comandantes Miranda y Cabezón, que debía andar por aquellos lugares. El general Valdez, al terminar la conferencia, exclamó, *pues vamos a marchar*. Difícil por demás era la situación de aquellos infelices, tiritando en los ventisqueros bajo una lluvia torrencial, sin víveres, abrigo, ni leña; desfilando por entre riscos tan peligrosos, que al falsear un pie se iban de cabeza por espantosos despeñaderos, donde bramaban torrentes de olas rápidas, oyendo a cada rato tiros adelante y atrás de su misma gente, que corría a la desbandada; heridos unos, como Monet; contusos otros, como Gamba; rendidos todos de miseria y cansancio.

Convínose, al fin, en que Canterac fuese al campamento de los patriotas, a conferenciar con SUCRE; y según nos es permitido inferir de los relatos que sobre esta materia se han publicado, parece que La Mar, antiguo amigo de Canterac y de otros jefes españoles, les hizo saber con un oficial que el vencedor les *concedería* una capitulación, y les ofreció acompañarlos a la sabaneta donde estaba aún el general en jefe.

El historiador Gamba, en sus *Memorias del Perú*, asienta que el general SUCRE propuso la capitulación por órgano del general La Mar; pero que los jefes españoles convinieron en no resolver nada, sino después que conocieran las condiciones de la oferta, para lo cual enviaron cerca de SUCRE a Canterac y a Carratalá. Esta relación no es del todo exacta. SUCRE no ofreció la capitulación, ni hay documentos que autoricen a decir que mandase a La Mar en comisión al desolado campamento español. Fueron los realistas, quienes en vista de su angustioso estado y previo acuerdo entre sí, diputaron a Canterac a proponerla al general colombiano. Basta poner a la vista los dos documentos que vamos a citar, para que quede testificado lo que acabamos de decir. Es el primero, el parte de SUCRE, en que da cuenta de la batalla al ministro de la Guerra con fecha 11 de diciembre; y el segundo, la declaración del mismo Canterac en el párrafo en que comienza el acto de la capitulación.

SUCRE, dice:

Nuestros despojos eran ya ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, don mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra; y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el general Canterac, comandante en jefe del ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá uster por el Tratado que le adjunto: por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus ramas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

El acta de la capitulación empieza así:

Don José Canterac, teniente general de los reales ejércitos de S. M. C., encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el excelentísimo señor virrey don José de La Serna, habiendo oído a los señores general y jefes que se reunieron después que, el ejército español, llevando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del país, ha creído conveniente *proponer y ajustar* con el señor general de división de la república de Colombia, Antonio José de Sucre, comandante en jefe del ejército unido libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes, etc.

Estudiando sin prevenciones estas piezas oficiales, dedúcese, sin racional contradicción, que Canterac pidió la capitulación a SUCRE en su campamento, o de otro modo, que Canterac, oído el dictamen de los generales y jefes, y debiendo conciliar el honor de los restos del ejército con la disminución de los males del país, creyó conveniente proponer y ajustar la capitulación.

Además de estos dos documentos oficiales, queremos copiar lo que dice el señor don José María Rey de Castro, secretario privado de SUCRE.

El general Sucre acoge con secreta y profunda complacencia la propuesta del general vencido que, acompañado del general La Mar, se le presenta pidiendo capitulación.

Esto no amengua en nada el mérito de aquellos militares, escasos en ventura por la jornada de Ayacucho; pero llenos siempre, como hidalgos, de heroica longanimidad.

Acompañaba a Canterac el general Carratalá. SUCRE los recibió sin arrogancia, antes al contrario, con la apostura de un capitán respetuoso, que lejos de pretender humillar a sus enemigos desgraciados, apresurábase más bien a estrecharles la mano y a honrarlos por sus prendas militares, para ofrecer a Bolívar y a Colombia el más bello, trascendental y civilizado triunfo que en la milicia y en la política hubieran jamás ideado los guerreros y los hombres de Estado de la independencia: con lo cual al paso que ilustraba las armas colombianas, se prestaba a cumplir con gusto lo que exigían de él la dignidad de su heroísmo y la excelencia de sus magnánimas virtudes.

Atendióles el ilustre colombiano con su genial afabilidad, les brindó abrigo y fuego, y compartió con ellos su frugal comida. Inmediatamente se extendieron las bases preliminares de la capitulación, y se enviaron esa misma noche a Valdez, que estaba acampado en la inhospitalaria cumbre del Cundurcunquí, con los dispersos que había podido recoger. Aceptadas las bases con algunas modificaciones, agrególes SUCRE la mayor suma de honores y de franquicias para el ejército, y de garantías para todos los defensores de la corona de Castilla, en el extinguido virreinato del Perú; y en el momento se extendió el acta de la capitulación, y quedó firmada por SUCRE y Canterac, el mismo 9 de diciembre, en el campo de Ayacucho, conocido desde entonces y hecho memorable en los fastos militares de uno y otro continente.

Por el Tratado quedaba libre el Perú desde Guayaquil hasta el Desaguadero; y en manos del Libertador la fortaleza del Callao, los parques, maestranzas y todos los almacenes del ejército, las guarniciones y demás tropas acantonadas en territorio peruano con sus bagajes y caballería, y cuanto perteneciese al ejército del virreinato: los jefes, oficiales y soldados podían embarcarse libremente para España, a costa del erario del Perú: los prisioneros quedaban en libertad: los españoles militares y civiles podían disponer como quisiesen de sus propiedades, o dejarlas en el país, bajo la protección y garantía del Gobierno de la república; y a los jefes y oficiales se les permitía usar sus espadas y uniformes. Una amnistía plena relegaba al olvido las responsabilidades políticas de los vencidos, en virtud de lo cual se estipuló que ninguna persona sería molestada por sus opiniones anteriores, aun cuando hubieran hecho servicios señalados al rey.

Los españoles que optaran por permanecer en el Perú serían considerados como peruanos, con los mismos derechos que los naturales del país: se permitió a la escuadra proveerse de víveres en los puertos del Perú para irse a España, si bien no se le consentía tocar en Chiloé ni en ningún puerto de América, ocupado a la sazón por los españoles; y por último, y como la extraordinaria concesión que pudiera otorgar un general sagaz y profundamente pensador, se estipuló que cualquier individuo del ejército español sería admitido, si lo deseaba, en el ejército republicano con su mismo grado.

Al día siguiente, bajaron del Cundurconqui¹ los capitulados, menos el testarudo coronel don Diego Pacheco que se internó por entre los páramos, y fue a salir hambriento y medio desnudo a Puno, donde recogió su equipaje para irse a Quilca. Allí se embarcó, un mes después, para las costas de la Península.

SUCRE pasó de Quinua a Huamanga, adonde hizo conducir a La Serna para curarle las heridas, y junto con él a todos los generales, jefes y oficiales, a quienes hizo olvidar, en buenos alojamientos, y con grande acopio de vituallas, las miserias y demás trabajos de aquella campaña de cien días, que empezó con la retirada de Junín al Cuzco, y se continuó con un movimiento de circunvalación ofensivo y defensivo, desde Lima Tambo hasta la planicie de Ayacucho.

Hallábanse, pues, el 10 de diciembre en poder de SUCRE, como resultado de la batalla, el virrey La Serna, el teniente general Canterac, los mariscales Valdez, Monet y Villalobos, los generales Carratalá, Bedoya, Ferraz, Gamba, Somocurio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur; diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de dos mil prisioneros de tropa, todas las cajas de guerra, todo el parque, catorce piezas de artillería y la de los patriotas perdida en Corpahuaico, gran número de fusiles, lanzas y banderas. De allí a pocos días se rindió la guarnición del Cuzco de mil setecientos hombres, la de Arequipa de setecientos, la de Quilca de seiscientos, la de Puno de cuatrocientos ochenta, y la columna de mil plazas que había organizado en Chincheros el comandante Miranda.

Las guarniciones del Alto y Bajo Perú sometidas al virrey, rindieron las armas, y entregaron a SUCRE todos los parques, caballos y almacenes.

Los de la escuadra, al tener conocimiento de la capitulación, se dispusieron a cumplirla en la parte que les concernía. Echaron en tierra en Quilca el batallón de criollos *Arequipa*, que estaba a bordo del *Asia* y le licenciaron; en la corbeta *Ica* y en el bergantín *Pezuela* embarcaron para España a los oficiales y tropa europea, y alistaron para despachar a Filipinas el navío *Asia*, en donde iba el general Gamba, los bergantines *Aquiles* y *Constante* y el transporte *Clarington*. El *Real Felipe* y el *Trinidad* se fueron a Chiloé. La suerte final de estos buques fue por extremo desastrosa. Los destinados a Filipinas tuvieron que anclar de arribada, por falta de víveres, en las Marianas, en donde las tripulaciones se sublevaron, prendieron a los jefes y los pusieron en tierra. El *Asia* y el *Constante* se fueron a Méjico, y mediante una capitulación, se entregaron al gobernador y al comandante militar de Monterrey, en el mes de mayo. El *Aquiles* izó a poco el pabellón chileno, y se entregó en Valparaíso. El *Clarington* fue incendiado en la isla de Guaján, capital de las Marianas; y el *Real Felipe*, que había querido seguir la guerra en servicio de Olañeta, cayó en manos de los independientes: habíase acercado a Guayaquil y en sus correrías logró capturar el transporte *Elena* que conducía tropas al

1 En unos libros encontramos escrito *Condorcanqui*, en otros *Cundurcurqui*, en otros *Condorkanki*, y en otros *Cundurcunca*; lo cual se explica por la fonología de la lengua de los Incas, que tiene además de nuestras cinco vocales, dice don Francisco Pi y Margall, una que es como una *a* sorda, otra que está entre la *e* y la *a*, y otra que suena entre *o* y *u*: hecho que explica por qué dan algunos á a la lengua la calificación de *quichua*, y otros la de *quechua*; hablan unos del río Ucayali y otras del río Ucayele; y llamaron unos en lo antiguo Gozco y otros Cuzco a la capital del imperio peruano. — *Historia de América*.

Perú. Pero a poco sublevóse la marinería, prendió a los jefes y se entregó con los dos buques a los patriotas.

El único que se resistió a cumplir la capitulación, fue el brigadier Rodil, quien se negó a poner en manos de Bolívar la fortaleza del Callao, punto importante del tratado, lo cual obligó al Libertador a poner fuera del derecho de gentes a todos los residentes en la fortaleza, y a secuestrarles sus bienes. Duró un año el sitio de esta plaza, pues no fue sino en enero de 1826 cuando se rindió al benemérito general Bartolomé Salom, jefe del ejército sitiador. *La rendición de esta plaza*, dijo el Gobierno del Perú, *es el complemento de las inmortales jornadas de Junín y Ayacucho*.

SUCRE, por su parte, cumplió estrictamente todos los términos de la capitulación.

El 3 de enero de 1825 se embarcó La Serna en Quilca con Valdez, Villalobos, Landázuri, Ferraz, coronel Santa Cruz y muchos subalternos en la fragata francesa *Hernestine*. Sorprendióla en alta mar el bergantín de guerra chileno *Galvarino* el 6 del mismo mes; y después de hacerle varios tiros de cañón le intimó rendición; mas habiendo presentado el ex virrey el original de la capitulación y los pasaportes, inclinóse reverentemente el comandante chileno ante la firma del mariscal de Ayacucho, y dejó que el buque siguiese en paz a las costas de Europa.

La Serna se retiró a Cádiz, donde murió en 1832.

Valdez sirvió más tarde en el ejército real, contra los carlistas en las campañas de Cataluña: desempeñó la gobernación de Cartagena y la de Valencia; en 1835 fue nombrado ministro de Guerra; y en 1840 capitán general de la isla de Cuba; y hasta 1847 ocupó un puesto en el Senado. El Gobierno le dio los títulos de conde de Villarín y vizconde de Torata. En 1848 se retiró a Oviedo, donde murió en 1855.

Canterac fue destinado al gobierno militar de Valladolid, y después a Gibraltar. Bajo el Gobierno de don Francisco Martínez de la Rosa se le nombró capitán general de Madrid; y en este puesto rindió la vida combatiendo la revolución que estalló en la capital en el mes de enero de 1835.

Carratalá, doctor en Derecho, y general como Valdez, sirvió como sus compañeros contra los carlistas, desempeñó la gobernación de varias provincias, y en 1838 fue nombrado ministro de Guerra. Obtuvo el grado de teniente general y muchos títulos y condecoraciones.

Monet se quedó en Lima, donde se estableció, viviendo tranquilo bajo las leyes protectoras de la república.

La vida azarosa que han llevado las repúblicas americanas por sus continuas guerras civiles, acaso deba considerarse como la causa primera de no ser aún bien conocidos en los dominios de la historia universal los sucesos de nuestra guerra de emancipación.

Ningún historiador europeo habla de la capitulación de Ayacucho, cuando estudiándola a la luz de la filosofía, encuéntrase en ella un punto de partida para mejores rumbos en la vida militar de las naciones; pues SUCRE crea en Ayacucho un nuevo derecho natural de los pueblos, un nuevo derecho de guerra, una nueva civilización, con otras leyes, para concluir y humanizar los sangrientos conflictos internacionales o intestinos. Ni en las guerras de los antiguos, ni en las modernas de la Revolución francesa y del Imperio napoleónico, ni en las últimas de Eu-

ropa y América, jamás se vio un vencedor que señalara, como el héroe de Ayacucho, mejores vías, más seguras y más fáciles, para llegar al fin que se proponen las guerras, ni procedimientos más humanitarios y más cómodos con una política de confraternidad, reparadora y atrayente.

Cuando los griegos defendían su independencia en Maratón y en Platea, cuando Pompeyo se elevaba a señor de la mitad del mundo, y César vencía en las Galias, en España, en Asia y Africa, se mataba a los prisioneros, o se les reducía a la esclavitud, o se les humillaba, atándolos en los honores triunfales al carro del vencedor.

Y luego, en el moderno imperio del mundo cristiano, Bonaparte degüella sus prisioneros en Egipto, un rey francés fusila al ilustre mariscal prisionero en Waterloo, los ingleses niegan la hospitalidad al emperador rendido, y lo condenan a cadena perpetua en una roca de los mares de Africa; violáanse las capitulaciones y los convenios de paz; y las guerras que debieran ser campañas gloriosas para alcanzar la libertad, o la independencia, o los derechos de la humanidad, han venido a ser otra vez conquistas bárbaras, peores que las de Cortés y de Pizarro.

La vida de los combatientes, y aun la de sus deudos, sus propiedades, sus derechos civiles y hasta su reputación, todo ha ido más de una vez a la horrenda pira levantada por los odios y las venganzas de los pueblos y de los partidos.

En Méjico, se fusila a los prisioneros de Querétaro; y en las dos guerras de Chile, la internacional y la intestina, se olvidaron por completo las leyes de este nuevo derecho de guerra escrito por el vencedor colombiano en Ayacucho. Tan cierto es que SUCRE no ha tenido imitadores ni en este continente ni en el otro.

Compárese la capitulación de Sedán de 1870, la más extraordinaria de los tiempos modernos, con la de Ayacucho, firmada cuarenta y seis años atrás.

El conde de Moltke, jefe de Estado Mayor del ejército del rey Guillermo, no concedió a los prisioneros sino la vida, pudiendo los generales, oficiales y empleados superiores usar sus espadas, si se comprometían, *por escrito*, a no tomar las armas contra Alemania, ni hacer nada contra sus intereses. De otra manera tenían que quedar presos en Prusia como soldados. Durante muchos días se les tuvo en las islas del Mosa a la intemperie, con una escasa ración de pan.

El corresponsal del diario inglés *Daily Telegraph*, dice que vio a los prisioneros empapados por el agua de las lluvias durante mucho tiempo, los unos con fiebre, otros con afecciones intestinales y muchos con reumatismo; añade que los llevaban a los embarcaderos de los ferrocarriles, tocándoles aires de victoria con las bandas de música militar, para humillarlos; y si se retrasaban, los empujaban a culatazos y les decían a gritos: *en avant, en avant*.

Al paso que por el Tratado de Ayacucho quedaban en libertad todos los prisioneros.

Los que quisieran trasladarse a España podían embarcarse por cualquier punto, a costa del Gobierno del Perú.

Los que optaran por tomar servicio en el ejército patriota serían incorporados con sus mismos grados.

Si algunos preferían domiciliarse en aquel territorio, se les reputaría como peruanos de nacimiento.

A nadie se hacía responsable por sus opiniones anteriores.

Las propiedades de los vencidos quedaban bajo la garantía y protección de las leyes de la república.

De manera que no sólo se les garantizaba la vida, sino también su libertad y su dignidad personal: se respetaban sus opiniones; se les protegía con dinero, se ponían en salvo sus propiedades, y se les brindaba una nueva patria bajo el Gobierno del sistema republicano.

Lo cual demuestra que la victoria de Ayacucho no es simplemente el triunfo material de una fuerza militar, sino la victoria de una civilización más moral que la española, más cristiana y conforme al espíritu de la justicia, y más a propósito para fundar el imperio de la libertad.

Porque como dice Bossuet: *Dios distribuye las victorias por un orden y medios enteramente recónditos, en favor de los que defienden la justicia, de la cual es El el protector natural.*

Los escritores americanos debieran esparcir por toda la tierra esta nueva y generosa ley del derecho natural de las naciones, escrita por el héroe colombiano en el campo de Ayacucho para humanizar las guerras, economizar la sangre y resolver con las menos desgracias posibles los problemas de vida y de progreso de los pueblos y de los partidos: y sustituir a fuerza de trabajar en el tribunado de la moderna civilización, a la ley de las guerras bárbaras la ley de SUCRE, inspirada por el amor a la humanidad.

Permítasenos escribir una página más, para dar a conocer mejor el carácter moral del mariscal de Ayacucho, a la manera con que un artista labra poco a poco el mármol, hasta dejar correctamente modeladas las esculturales formas de una estatua.

Hemos dicho que la capitulación es, además de todo, una obra de política. SUCRE, como todos los hombres de gran talento, tenía fases múltiples. Diplomático en Santa Ana de Trujillo; guerrero en el Ecuador y el Perú; hombre de Estado en Bolivia; sobresaliente entre todos, en la paz y en la guerra, por su previsión y su filosofía. Aborrecía a los españoles, como lo dice a Bolívar, en carta fechada en Potosí a 29 de enero de 1825, y sin embargo les concede la vida y la libertad, y los favorece con toda suerte de consideraciones y garantías, pues como hombre público sabía que no le era permitido fundar la política en sus propios sentimientos, en simpatías ni antipatías personales, sino en los magnos intereses de la causa que se le encomendaba defender.

Era su clemencia fortaleza de ánimo indicadora de no tenerle miedo a sus adversarios; virtud de las grandes almas, que lo incitaba a alejar cualesquiera nuevos daños contra la república, ya por la conciliación de los combatientes, ya por el piadoso respeto a la desgracia digna, o por las garantías individuales y la inviolabilidad de las propiedades que aseguraba a los vencidos; ya, en fin, por la amnistía con que invitaba a todos a olvidar los errores, las desgracias y tristezas que se habían producido en una discordia de catorce años.

AYACUCHO

*Por General GARCÍA CAMBA**

Al dejar el virrey su residencia del Cuzco, quedó naturalmente encargado del mando de esta provincia el mariscal de campo D. Antonio María Alvarez, su gobernador y presidente de la Audiencia. El general D. Rafael Moroto fue nombrado comandante general de la provincia de Puno. Permanecieron también en el Cuzco el coronel D. Francisco Sanjuanena, en consideración a que subsistía el compromiso que había contraído con los enemigos el año anterior, del cual se ha hecho mención, y el brigadier D. Manuel Ramírez, todavía no enteramente restablecido de la herida recibida en la costa de Arequipa.

Puesto el ejército del virrey a la izquierda de Apurímac siguió avanzando por Parcos, Pacamarca, Colcamarca, Quiñota, Haquira y los altos de Mamara, en los que pernoctó el 31 de Octubre. Hallábase de observación en estos altos el general Miller, que estuvo a punto de caer en manos de los realistas, y se libró dando un gran rodeo a favor de la noche; su extravío le era tanto más sensible cuanto suponía al general Sucre ignorante del movimiento del virrey. En la jornada del 1º de noviembre cogieron los realistas algunas cargas, entre ellas parte del equipaje de Sucre; todo se repartió inmediatamente a la tropa, y el uniforme del mismo Sucre fue entregado al tambor mayor de Gerona. Cogieronse también algunos papeles y estados de fuerza, de los que resultaba que Bolívar había roto su movimiento contra el valle de Jauja, con 11.000 hombres, y conservaba su ejército disponibles 8.500. Súpose que un batallón y algunos escuadrones enemigos habían pasado el día anterior como cinco leguas del campamento español con dirección a Andahuailas: esta tropa debía ser la que se había adelantado con Sucre. La vanguardia a su paso por Chuquibambilla encontró un capitán independiente gravemente enfermo, y el general Valdés, con presencia de su lastimoso estado, le autorizó para continuar allí su curación bajo su palabra de honor, dejándole también el asistente.

A poco de haber acampado avisaron algunos indios que en Chuquibamba se hallaba un destacamento enemigo, como de 200 hombres, con el general Miller y el coronel Althaus, alemán, encargado de levantar planos y de observar también a los españoles. Valdés adelantó en la misma noche al bravo comandante Olivares

* Tomado de sus *Memorias*. Editorial América, Biblioteca Ayacucho.

con dos compañías de cazadores sobre Chuquibamba; pero los enemigos ya se habían retirado; mas el cura, que era realista, animó a sus feligreses para que molestasen a los independientes, como lo verificaron entregando a las tropas españolas al coronel alemán prisionero. Súpose finalmente que los enemigos se reconcentraban en la dirección de Andahuailas, y el virrey siguió la marcha de flanco por Antilla, la laguna de Chilloc, Challuanca, Sañaico, Pampachiri, altos de Larcay, Laguna de Coñari, Chilcayo, Carhuanca, Vilcashuaman, Pomacocha y Rajay-Rajay, donde campó el 18 de Noviembre, adelantándose la vanguardia por el camino de Huamanga, en cuya ciudad entraron sus compañías de cazadores para retroceder inmediatamente.

El 12 de este mismo mes de Noviembre se supo en Arequipa que algunos subdelegados de los partidos de la Paz y de Yungas se habían sustraído de la violenta dominación del general Olañeta, al propio tiempo que éste había invadido el partido de Tarapaca, haciendo conducir preso a la Paz al subdelegado teniente coronel Borbón, que logró fugarse de la prisión. Con estas noticias el gobernador intendente de Arequipa reunió una junta de guerra y se acordó en ella remitir a Puno un batallón y un escuadrón de refuerzo al general Maroto para que atendiera, si le era posible, al socorro de los leales de la Paz, avisando de todo al virrey para su superior determinación. Pero pronto se supo en Arequipa también que los referidos subdelegados habían tenido que abandonar sus partidos y refugiarse a Puno para librarse de la activa persecución que les hacía el capitán Masías, a quien Olañeta mandó suspender la persecución del faccioso Lanza en los Yungas para acudir a sofocar el movimiento comenzando por dichos subdelegados en favor de la legítima autoridad del virrey. Tan espantoso se iba haciendo el estado de inquietud del Perú que la insurrección de Olañeta había principalmente creado.

El general Sucre se hallaba el 7 de Noviembre en Lambrana reuniendo sus fuerzas, a tiempo que el ejército real descansaba en las inmediaciones de Sabaino: retiróse luego sobre Andahuailas para continuar hacia Huamanga por el camino de la posta, porque no podía menos de interesarle no perder las comunicaciones con el Norte; mas como la movilidad de las tropas del rey era superior, alcanzaron, como hemos dicho, el 18 de Noviembre los campos de Rajay-Rajay, situados sobre el expresado camino al Norte del río Pampas, en la equivocada inteligencia de que los enemigos ya habrían pasado, porque su línea era mucho más recta. El 19 descansó el ejército en Rajay-Rajay, y tanto por el reconocimiento practicado sobre Huamanga por la vanguardia, como por algunos prisioneros que hicieron las compañías de cazadores en la ciudad, se supo con alguna sorpresa y no poco disgusto, que el ejército independiente quedaba a retaguardia y todavía al sur del río Pampas. Inútil era por entonces la ventaja de que el ejército real contase de su parte la mayor movilidad, y no se acertaba a qué atribuir tanta lentitud en los adversarios. Al día siguiente retrocedió el virrey sobre el Pampas y el 21 campó a la orilla izquierda del río sobre el vado de la Concepción, así llamado porque dista sobre una legua del pueblo de este nombre. El general Sucre, forzado por la rapidez de la marcha de las tropas reales, se detuvo sobre Chincheros y ocupó los casi inaccesibles altos de Bombón.

El 22 vadeó la vanguardia el río Pampas con el agua al pecho y adelantó cuesta arriba algunas guerrillas que cambiaron algunos tiros con las enemigas, mas así que anocheció, la vanguardia repasó el río, porque el objeto de su movimiento había sido reconocer de más cerca la posición de los contrarios, verdaderamente inexpugnable por aquel frente con un caudaloso río a la espalda del que osara atacarla. No pudiendo dejar de estimarse temeraria la idea de empeñar una acción con tan notorias desventajas, preciso era desandar una porción de camino hecho, y procurar acercarse al enemigo por menos aventurada dirección. Consiguientemente decampó el virrey el 25 de Noviembre y fue a pernoctar a Pocomarca, el 24 a Vilcashuaman, el 25 a Cochas y el 26 a los altos de Carhuanca con el decidido intento de repasar el Pampas por este vado y flanquear la posición de Bombón por las alturas de Cocharcas.

Estas marchas y contramarchas, pudiera decirse perdidas, dieron ocasión a varias conversaciones en el ejército español, en las que manifestaban ahora algunos su disgusto por no haberse buscado directamente al enemigo, después de vadeado el Apurimac, y haber iniciado también su movimiento retrógrado, porque, decían los que así pensaban, su retirada equivalía a una declaración de superioridad por nuestra parte, que debía producir en la opinión de los pueblos un conveniente y favorable efecto, además de mantener siempre expedita la comunicación directa, con el Cuzco, asunto de la mayor importancia. Si por este sistema se lograba recuperar el todo o la mayor parte del territorio perdido por la retirada del ejército del Norte podía equipararse con una batalla ganada por las armas españolas, opinión a la verdad muy respetable y que no carecía de partidarios, y cuya solidez ahora parecía más palpable. Sin embargo, es preciso tener presente que la retirada de un ejército no es siempre por sí sola un signo positivo de inferioridad, además de las poderosas razones que, como hemos indicado, habían movido al virrey a dirigir el movimiento del ejército real como lo verificó.

El 27 de Noviembre descansó el virrey en los altos de Carhuanca y sus tropas se ocuparon en lavar la ropa y limpiar las armas, y al día siguiente 28 levantó su campo para acercarlo más al vado del mismo Carhuanca. Las conversaciones sobre el orden en que se llevaba la campaña eran cada vez más animadas y picantes, y sin duda noticioso de ellas el virrey, y ardiendo en deseos de acertar a hacer lo que fuera más conveniente en tan crítica posición, convocó a junta en la mañana del 29 a todos los generales y brigadieres del ejército para que libremente le manifestasen su dictamen sobre estos dos extremos, a saber: *o pasar el Pampas para retroceder a Andahuailas, cubrir y reorganizar las provincias de retaguardia y reforzar el ejército con recursos de todas clases, máxime si Olañeta deponía su peligroso error y obedecía, o atravesar el mismo río para buscar al enemigo en su fuerte posición.* Con este solo dilema daba bien a entender el virrey la agitación y la duda en que su ánimo se hallaba por el riesgo en que claramente veía los intereses españoles, que con tanto celo, afán y gloria habían sostenido hasta entonces. La mayoría del ejército real estaba vivamente animada del deseo de alcanzar a los enemigos y combatir.

Oídas las proposiciones del virrey era fácil percibir que, si había grandes obstáculos que vencer para marchar al enemigo por un terreno asombrosamente

quebrado y con un caudaloso río en medio, también retroceder a Andahuailas, dejando a los independientes en los altos de Bombón y Uripa, ofrecía al país disculpable motivo para que diese mayor valor a su superioridad, y esta opinión, generalizada por los pueblos, había de ser inmensamente perjudicial al crédito de las armas españolas. Por otra parte, el medio seguro de poder conseguir que Olañeta depusiera su funesta hostilidad, si no vendía la causa de su patria, parecía sin duda el de invitarlo de nuevo a la reconciliación y a la paz después de obtenidas mayores ventajas o un señalado triunfo. En el estado, pues, en que los ejércitos beligerantes se hallaban, parecía de sumo interés desalojar al enemigo de su formidable posición y más si se lograba sin necesidad de empeñar una batalla, y con este fin se adelantó el brigadier Camba a proponer una estratagema. Calculaba al efecto, y la experiencia acreditó que con exactitud, que los independientes no habían elegido los altos de Bombón con voluntad firme de esperar en ellos, sino que adelantados en la marcha por la mayor movilidad del ejército real, la misma necesidad les aconsejó detenerse en un punto muy ventajoso por su difícil acceso. Por lo tanto, si se lograba hacer creer a Sucre que el ejército español repasaba el río Pampas por el vado de Carhuanca para dirigirse a su posición por las alturas de Cocharcas, que comunicaban con ella, era de esperar continuase su retirada hacia Huamanga por el vado de la Concepción que tenía al pie de su campo, y en este caso la ventaja parecía quedar de parte de los españoles.

En este concepto opinaba Camba que todo el ejército levantara el campo aquella misma tarde y emprendiese la bajada al vado de Carhuanca, para que las observaciones enemigas y sus partidarios de la derecha del río dieran aviso del movimiento, como debía suceder: que la vanguardia, reforzada con uno o dos batallones más si se quería, empezase a vadear el Pampas de día claro para acabar esta operación al anochecer: que entonces la vanguardia caminaría a ocupar las alturas de Cocharcas para tomar posición en ellas o avanzar según conviniera; y que el resto del ejército regresase en el mayor posible silencio al campamento de donde salía y estuviese pronto al primer aviso, bien para ir a unirse a la vanguardia y retroceder a Andahuailas, si no se estimaba prudente empeñar una acción en los altos de Uripa y Bombón, bien para emprender de nuevo la marcha al Norte, si los enemigos abandonaban su posición y continuaban retirándose, como parecía probable. En este último caso la vanguardia debería seguir la ruta de los independientes hasta encontrarse con el virrey, que haría igual movimiento desde los altonazos de Carhuanca. Si de este modo, aun sin comprometer una batalla, se lograba si no recuperar las antiguas posiciones de Tarma y Jauja, al menos una gran parte del territorio perdido a consecuencia de la desgracia de Junín, la campaña quedaba indudablemente por el ejército real; y si los enemigos sostenían, en fin, la fuerte posición de Bombón, pronto podría el ejército español pasar al Sur del Pampas, unirse a su vanguardia, maniobrar ofensivamente o replegarse sobre Andahuailas y adoptar entonces el virrey el pensamiento que se había servido indicar.

El general Valdés, que mandaba la vanguardia, apoyó el primero la idea del brigadier Camba, ofreciéndose a ejecutar el movimiento señalado a su división con sólo los cuatro batallones de que constaba: aprobó también el proyecto el

general Canterac y casi todos los jefes convocados; y hábilmente dispuesta su ejecución por el virrey, se obtuvo el apetecido resultado de que abandonase Sucre su terrible posición en la misma noche del 29 de Noviembre. Por manera que cuando la luz del siguiente día permitió reconocer el vado de la Concepción con el auxilio de los anteojos de larga vista, la retaguardia de los independientes esguazaba el Pampas de Sur a Norte. Consiguientemente cuando el general Valdés alcanzó este día los altos de Uripa, 50 caballos enemigos. que habían quedado de observación, siguieron a gran velocidad el grueso de sus fuerzas.

Parece que el general Miller, no viendo tiendas ni barracas en el campamento de los realistas a la izquierda del Pampas, vadeó este río el 24 para asegurarse de si se habían retirado o no, y que dio en una emboscada que le tomó dos hombres de los cuatro que le acompañaban. Al inglés Miller le sucedían con frecuencia aventuras de esta clase y siempre con fortuna. "El 25 del mismo mes de Noviembre supieron (los patriotas) que los realistas habían hecho un movimiento lateral sobre su izquierda en dirección de Vilcashuaman, y que la división Valdés atravesó el río cerca de Huancaray con objeto, según supieron, de atraer a los independientes al valle de Pomacochas y atacarlos en él si seguían su retirada hacia Huamanga. Deseoso por su parte el general Sucre de restablecer su comunicación con Lima, atravesó el valle de Pomacochas inmediatamente, sin ser molestado en los desfiladeros. La infantería vadeó el río con agua hasta el pecho, y la corriente se llevó muchos soldados; pero tales eran las precauciones que habían tomado anticipadamente, que sólo perecieron dos individuos. Esta operación fue tan penosa y los caminos eran tan malos, que empleó el ejército todo el día para sólo andar tres leguas. Los patriotas acamparon en la noche del 30 debajo de árboles de una enorme magnitud, que adornan los lados del valle; pero los mosquitos no les dejaron descansar".¹

Desde el vado de la Concepción hasta el de Carhuanca no hay otro alguno practicable para una división por donde hubiera podido pasar Valdés a fin de atraer a los enemigos al valle de Pomacochas por donde corre el Pampas, sumamente estrecho, y que lo atraviesa el camino real de Lima al Cuzco. Las tres leguas en las que emplearon los independientes un día, son las que median entre los altos de Bombón y el vado de la Concepción, en cuyos desfiladeros era de todo punto imposible el que pudiesen ser molestados por los realistas. Desde el vado de la Concepción, que dejó el virrey el 23 de Noviembre, no llegó a los altos de Carhuanca hasta el 26, porque hay tres jornadas muy regulares de tropa, y Sucre no se movió de Bombón hasta que no creyó que el ejército real atravesaba el Pampas por Carhuanca. Este movimiento lo ejecutó la división Valdés al anoecer del 29 como se ha dicho, y no se podía, por lo tanto, tener noticia de él el 25 del mismo mes. Después de convenir el virrey en el movimiento de la vanguardia por los motivos y con el objeto referidos, no podía perder de vista esta división hasta asegurarse de la conducta de los enemigos, porque aunque buena y distinguidamente mandada, nadie era tan presuntuoso entre los españoles que la estimara suficiente por sí sola para batir a Sucre en la posición de Chincheros. los independientes durmieron el 30 de Noviembre en las orillas del Pampas y el

1 Memorias del general Miller.

mismo día decampó el virrey de los altos de Carhuanca para buscarlos, uniendo la división Valdés sobre la marcha, y hasta el día 3 de Diciembre por la mañana no llegó a darles vista, ni Valdés se incorporó hasta la una del mismo día. Es verdad que desde los altos más septentrionales de Carhuanca el vado de la Concepción en el valle de Pomacochas habrá poco más de tres millas por elevación; pero los realistas no tenían alas como los cóndores.

Así que el virrey se aseguró del buen éxito de la estratagema empleada volvió a tomar la dirección del Norte el 30 de Noviembre, oblicuando sobre el camino de la Concepción que Valdés había de llevar, y al cabo de tres días de marcha, esto es, el 3 de Diciembre entre ocho y nueve de la mañana, ocupó los altos de Pomacahuanca inmediatos a Matará. Aquí se hallaban los enemigos en posición preparándose al paso del gran desfiladero que presenta la profunda quebrada del Corpahuaico, una legua a su retaguardia. La ocasión parecía oportuna para empeñar un ataque, porque el terreno de Matará es medianamente practicable para hacer uso de la caballería, arma en la que los españoles superaban a los contrarios; pero el virrey, no creyendo tal vez prudente comprometer una acción sin la división Valdés, prefirió esperarla en posición. Sobre la una del día llegó la vanguardia a la vista del ejército, y entonces retrocedió éste como media legua para tomar las lomas de la izquierda del camino real y maniobrar de nuevo sobre el flanco derecho de los independientes, que inmediatamente emprendieron el paso de Corpahuaico. La división Valdés quedó por este movimiento en su puesto natural de vanguardia, hizo por la tarde prisionero al comandante Bustamante destinado por Sucre a observar su marcha, y al ponerse el sol alcanzó los enemigos, los atacó sin trepidar con la decisión que le era característica, y sólo el terreno y la noche pudieron detener su empuje. Valdés avisó inmediatamente a la división Villalobos, que le seguía de cerca, para que se acelerara a segundar su feliz ataque; pero su general se hallaba dependiente de otras órdenes superiores y sólo un poco más tarde pudo empeñar sus compañías de cazadores.

Respecto de este hecho dice uno de los jefes enemigos que tomaron parte en él: "El batallón Rifles de Colombia, mandado por el coronel Sands, natural de Dublin y anteriormente oficial en el ejército inglés, que formaba la retaguardia, fue arrollado y disperso después de una valerosa resistencia. El batallón Vargas se dispersó también; pero el general Miller lo reunió y le hizo proteger a la caballería, cuando ésta atravesaba el valle de Chonta por un camino y vado que había descubierto afortunadamente examinando la quebrada el día anterior. Habiendo tomado los patriotas el lado opuesto del valle hicieron alto, formaron y rechazaron un batallón realista que intentó pasarlo. El mayor del batallón de Rifles Duchbury, inglés y uno de los mejores y más incansables oficiales del ejército de Colombia y 200 patriotas murieron en el combate; su parque de campaña, sus mulas y sus caballos de respeto y una de las dos piezas de artillería que les quedaban cayeron en manos del enemigo: la pérdida de los realistas no excedió de 30 hombres. El coronel Tur, del ejército español, fue ascendido a brigadier en el campo mismo de batalla por su bizarro comportamiento".²

2 Memorias del general Miller.

En *este serio descalabro*, como le llama el citado Miller, la pérdida de los independientes fue bastante mayor de la que confiesa dicho general, contándose en ella muchas cargas de municiones y equipajes. Sucre se apresuró a tomar posición en el lado Norte del profundo barranco de Corpahuaico y su infantería la defendió con un fuego graneado bien sostenido contra nuestros cazadores que treparon hasta cerca de la cresta, de donde fue preciso hacerlos replegar ya entrada la noche, porque el terreno no permitía continuar en ataque con simultaneidad y los españoles necesitaban descanso y alimento. Las tropas beligerantes camparon a los dos lados de la referida quebrada, y aunque los infantes colombianos ostentaron valor y serenidad, fue tan imponente la violencia del primer choque de los realistas, que a haber durado el día, las armas españolas hubiesen probablemente conseguido la más completa victoria, porque el ardoroso arrojó de los cuerpos de la vanguardia, particularmente de Cantabria, que arrolló y dispersó al famoso batallón Rifles de Colombia, habrían inflamado la noble emulación de los demás cuerpos del ejército real, y sería muy difícil entonces que nada les resistiera.

El ejército español-peruano marchaba muy confiado de batir al enemigo, si llegaba a alcanzarlo. Este sentimiento era harto general y la nueva prueba que acababan de dar algunos cuerpos midiéndose con los de más nombradía de Colombia en Corpahuaico, disculpaba hasta cierto punto la arrogante confianza con que los españoles contaban triunfar de sus contrarios, siempre que pudiesen venir libremente con ellos a las manos. Pero la bien dirigida resistencia que los independientes mostraron en el mencionado choque, y el orden y parsimonia con que llevaban su retirada, advertían la prudencia y el arte que era preciso emplear para abordarlos con esperanza de buen éxito y más sobre un teatro que a cada paso presentaba las más fuertes posiciones naturales.

En el mismo 3 de Diciembre en que ocurrió el encuentro de Corpahuaico, que acabamos de referir, acaeció en las inmediaciones de Lima la derrota del coronel Urdaneta. Este jefe, con 6.000 infantes y 300 caballos, se acercó a la capital abandonada ya por las tropas españolas, dependientes de la guarnición del Callao y era su conocido objeto hacer efectivos 300.000 pesos y 6.000 camisas de contribución. El brigadier Rodil, gobernador de la plaza, noticioso de la aproximación de esa fuerza, destacó en su observación tres compañías de infantería y dos escuadrones, que permanecieron en la plaza de dicha ciudad todo el día 2 y hasta la madrugada del 3 de Diciembre que se retiraron a la chacra o hacienda llamada de Baquijano, aparentando temores que alentaran a los enemigos. Confiados en su superioridad numérica avanzaron sobre los realistas, cuyos dos escuadrones acometieron tan oportuna y resueltamente a la caballería contraria, que la desordenaron con estrago y la siguieron acuchillando hasta las calles de Lima, contándose entre los muertos su propio comandante. Urdaneta con la infantería, aterrada del destrozo que acababa de presenciar, tomó posición en el cerrillo del Vigía, y allí fue atacada y batida por los españoles, en cuyo poder quedaron porción de fusiles, lanzas, tercerolas, sables y caballos de los enemigos. En seguida de esta derrota llegó Bolívar al pueblo de Chancay, 12 leguas al norte de Lima, y se aseguró que había recibido muy severamente a los derrotados por haberse comprometido sin su previa autorización.

Los dos ejércitos, el español-peruano y el independiente, pasaron la noche del 3 de Diciembre con la profunda quebrada de Corpahuaico en medio, el virrey del lado del Sur, y Sucre en el del Norte. Atacar de frente al enemigo hubiera sido una temeridad imperdonable, y más advirtiéndose al amanecer del día 4 mucha tranquilidad en su campo, que cuando menos indicaba conocimiento de la posición que ocupaba y mucha confianza en la calidad de su tropa después del contraste sufrido la tarde anterior. Antes de las ocho de la mañana la división Monnet se puso en marcha por la izquierda para atravesar la quebrada como media hora al Oeste del campamento, costear las faldas de los montes que se extienden hacia el Norte y amenazar el flanco derecho del campo contrario. Con la iniciativa de este movimiento continuó Sucre la retirada en buen orden, dejando expedito el paso de toda la quebrada, que las tropas españolas verificaron tranquilamente. Ambos ejércitos continuaron sus respectivas marchas con mucho orden hasta la caída de la tarde del mismo día 4, que tomaron posición el uno a la vista del otro entre la gran quebrada de Acroco y el pueblo de Tambocangallo. Los enemigos no parecía regular esperasen el día 5 en la posición que habían elegido por necesidad con terribles y escarpadísimos desfiladeros a su izquierda y retaguardia; era preciso que arriesgasen a todo trance una batalla o que abandonaran con tiempo su puesto, y esto fue lo que hicieron en la noche del 4, atravesando la expresada quebrada de Acroco, por cuyo fondo corre el río Pangora, con la buena suerte de que los españoles no apercibiesen tan arriesgado movimiento. Con esa anchurosa y escarpadísima barranca en medio marcharon el 5 los dos ejércitos casi paralelamente, el independiente por Huaichaco a Arcosvinchos, y el español-peruano a los campos de Tanvillo, adelantando la vanguardia a los altos Sur de Pacaicasa y dejando la ciudad de Huamanga como tres leguas a la izquierda.

El día 6 de Diciembre ambos ejércitos continuaron sus respectivas marchas, el general Sucre hasta Quinoa, y el virrey hasta cerca de Macachacra, teniendo que cruzar la quebrada y río de Pangora por el punto en que separa los términos de Tambillo de las rancherías de Pacaicasa. Para hacer esta travesía era preciso empuñarse en un prolongado y estrecho desfiladero dando el flanco derecho al enemigo, que tenía vencido este obstáculo y se hallaba en terreno más desembarazado; pero, por fortuna, o se apercibió tarde de las ventajas de su posición o no calculó como debía la situación de los realistas. El resultado fue que cuando el general Sucre pensó adelantar alguna tropa hacia el referido desfiladero, con el intento tal vez de tomar la revancha del revés que había experimentado en Corpahuaico, ya el general Valdés con su división ocupaba los altos Norte de la quebrada de Pacaicasa, desde cuya división protegía convenientemente el desfile del ejército real, que campó en columnas cerradas sobre el camino de Huamanga a Huanta, a tres leguas próximamente de una y otra población. Los enemigos tomaron también posición en las goteras del pueblo de Quinoa, al pie de la gran cordillera oriental; pero a retaguardia otra vez de las tropas del virrey, mucho más andadoras que las suyas.

Sobre las operaciones de este día dicen los mismos independientes: "El 6 llegaron los patriotas al pueblo de Quinoa; los realistas continuaron su movimiento paralelo hacia las alturas de Pacaicasa, y estando el camino que los últimos lle-

vaban interceptado por dos profundas quebradas, muchos barrancos y pasos sumamente estrechos y difíciles, la columna se fue insensiblemente prolongando hasta llegar a ocupar de dos a tres leguas. Percibido por los patriotas, ya establecidos en Quinoa, formaron inmediatamente para atacar a sus contrarios, cuya cabeza de columna distaba sólo tres millas, y siendo el espacio de terreno que los separaba un país abierto y en un declive gradual y moderado, creyeron que les ofrecía una oportunidad favorable para vengar las pérdidas que habían experimentado en Corpahuaico. Antes de mandar romper el movimiento proyectado se adelantaron a reconocer el terreno los generales Sucre y La Mar; pero esta operación les ocupó tanto tiempo, que consideraron era ya demasiado tarde para atacar a los realistas”.³

Con la noticia de que los enemigos se retiraban y que los seguían de cerca las tropas del virrey, se levantó en favor de la causa española la villa de Huanta, cabeza de partido y bien conocida por sus sentimientos realistas, cuyo ejemplo imitaron algunos pueblos de la limítrofe provincia de Huancavelica, obstáculo terrible para los independientes. En vista de la decisión de Huanta, envió el virrey allí inmediatamente al coronel Claver, ayudante de E. M., con una pequeña columna a fin de sostener y fomentar el buen espíritu de los habitantes y hacer inutilizar los puentes de Huarpa y Mayog. Tanta era la confianza con que se procuraba obstruir la retirada de los enemigos para alcanzarlos en la seguridad de batirlos.

Imposibilitado Sucre de continuar su movimiento al Norte sin empeñar una acción con desventajas, amaneció el día 7 campado en las cercanías de Quinoa, y el ejército real, al través de huertas y sembrados, trasladó su campo como un cuarto de legua al Este de Huamanguilla, al pie de la cordillera oriental y al frente y al Norte del ejército contrario. Los naturales de Huamanguilla y de las rancherías inmediatas daban muestras inequívocas de su adhesión a la autoridad legítima, prestando a las tropas del rey los auxilios que podían. El enemigo se mantuvo en la posición que había tomado la tarde anterior, corriéndose un poco por su derecha para dar frente a los realistas; pero el corto espacio de terreno que separaba a los dos ejércitos era a tal punto difícil de practicar por los ásperos barrancos que lo cercaban de Este a Oeste, que ninguno podía aventurarse a franquearlos sin inminente riesgo de sufrir una derrota.

El día 8 marchó el virrey por su flanco izquierdo a lo alto de la cordillera oriental de los Andes y se extendió por su cumbre hacia el Sur para descender a campar en la falda de la prominencia, conocida por el cerro de Condorcanqui, sobre el campo enemigo de Quinoa, donde tomó posición a tiro de fusil de la pequeña planicie que separa el pie de la cordillera del pueblo de Quinoa y los indígenas llaman Ayacucho. En la cumbre de la cordillera tropezaron las descubiertas españolas con dos jefes enemigos, los coroneles Carreño y Plasencia, los cuales al pretender huir quedó el primero muerto de un balazo, y el segundo fue hecho prisionero. Era este español europeo que, sirviendo en el E. M., se había pasado al bando independiente en 1821. El general Sucre, que se mantenía al lado del pueblo de Quinoa, cambió también de frente hacia el Este para darlo al ejército español, extendiendo algunas guerrillas entre su línea y la posición que tomaban

3 Memorias del general Miller.

los realistas. En las cortas y difíciles mesas que ofrecía esta posición se montaron algunas piezas de artillería, de las once que entonces contaba el virrey, incluso la tomada en Corpahuaico, y cambiaron muy pocos disparos con la única que había quedado a los independientes. Algunos cazadores españoles bajaron al pie de la posición y se tirotearon con las guerrillas enemigas. Establecido el ejército real, la división de vanguardia a la derecha, la división Monet en el centro y la división Villalobos a la izquierda, fijó el virrey su cuartel general a su inmediación, y la caballería campó en la prolongación de la misma cuesta, un poco a retaguardia de la izquierda de la infantería.

La posición del ejército real en la falda del elevado cerro Condorcanqui era inexpugnable por su frente, apoyados como tenía sus flancos, el derecho a un escabroso y difícilísimo barranco, y el izquierdo a una profunda quebrada, tan áspera y montuosa, que era de todo punto intransitable. A poco de haber anochecido corrió por el campamento la noticia de que el general Valdés se proponía alarmar a los enemigos con algunos tiradores; pero los independientes, que concibieron por su parte igual pensamiento, fueron más diligentes en su ejecución, porque también se hallaban más descansados. Como a las once de la noche el general colombiano Córdova acercó a la posición del virrey las bandas de tambores y cornetas de su división con alguna tropa, la cual al ruidoso toque de *calacuerda* rompió un vivo fuego sobre el campo realista acompañado de gran grito y algazara; pero contestado oportunamente por algunas compañías, pronto regresaron los enemigos a su línea. Después de esta falsa alarma, cesó del todo el fuego, y se pasó el resto de la noche con tranquilidad, esperando algunos que Sucre no amaneciera en su posición, porque creían que aquel aparato de falso ataque hubiese sido empleado para ocultar mejor su movimiento; pero el general Sucre no carecía de capacidad para dejar de comprender que si continuaba la retirada era casi inevitablemente perdido, y más pronto que conservando la posición que ocupaba, porque la moral de sus tropas había de decaer infinito a la vista del ejército real y de la oposición que parte del país se disponía a presentarle. Verdad es que manteniéndose en posición corría también el riesgo de que si era batido apenas salvaría un hombre de los suyos. La decisión de la suerte del Perú estaba abocada después de más de quince años de guerra: los dos ejércitos beligerantes se hallaban en una situación verdaderamente difícil: Sucre no podía menos que reconocerse imposibilitado, se puede decir, de todo movimiento y reducido al extremo de perecer o arrancar una victoria: el virrey tampoco podía, por desgracia, guardar su formidable posición inactivo por absoluta carencia de víveres y forrajes: el mayor saber o la mayor fortuna de los respectivos generales en tan crítico estado iba a resolver un gran problema.

Para que con mayor copia de datos se pueda calcular la triste situación de los independientes, veamos la pintura que hace de ella uno de sus más decididos generales con motivo de ocupar el virrey a Huamanguilla el 7 de Diciembre: "El general Sucre —dice— dirigió la retirada con gran tino; pero se habían reducido tanto sus fuerzas, que nada podía ya salvar su ejército de una completa derrota, sino un esfuerzo desesperado. El virrey envió destacamentos a Marca, Mayog y otros desfiladeros para inutilizarlos y cortar los puentes.

“Los indios de Huanta —continúa—, Huancavelica, Chincheros, Huando y pueblos inmediatos, habían sido inducidos a levantarse contra el ejército libertador, y habían asesinado más de cien enfermos con su escolta, junto con la que acompañaba una parte del bagaje. El capitán Smith, edecán de Miller, fue sorprendido y preso por los de Huanta; pero después de haberle maltratado mucho y de tres días de prisión pudo escaparse a la costa, habiendo debido únicamente la conservación de su vida a la intercesión de uno de los habitantes, en cuya casa había estado alojado Miller. El benemérito comandante Chirinos, encargado de la maestranza, logró igualmente verificar su fuga, después de haber sufrido los más horribles tratamientos. Las alturas que dominan al pueblo de Quinoa estaban ocupadas por indios de esta especie, que tuvieron la osadía de aproximarse hasta media milla del campamento de los patriotas, y quitaron a una partida de dragones varias cabezas de ganado. En los quince días anteriores las bajas del ejército libertador ascendían a 200 hombres, de forma que en Quinoa no llegaba su fuerza total a 6.000 hombres. Habiendo perdido la caballería sus mulas en Corpahuaico, tenía que marchar pie a tierra, llevando del diestro sus caballos, y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras. Un batallón patriota y algunos destacamentos de convalecientes, al ir de Jauja a reunirse al ejército libertador fueron atacados de noche por los indios de Huando y obligados a retirarse con pérdida. No había circunstancia que no concurriese a aumentar el aspecto melancólico de las cosas con respecto a los patriotas; ni podían retirarse, ni podían atacar a los realistas por el barranco escarpado de 200 varas de profundidad que separaba a los dos ejércitos; y la falta de provisiones les habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más. Todo les era contrario y espantoso; pero el ánimo y valor de los republicanos parecía aumentarse en proporción que las cosas tomaban peor aspecto”.⁴

Lamentable es, sin disputa, la precipitación con que los realistas anhelaban combatir. Con la rapidez que emplearon en las marchas para alcanzar al enemigo y con los varios y escabrosos desfiladeros de que estaba sembrado el terreno, teatro de las operaciones, los españoles fueron perdiendo el ganado que conducían para racionar su tropa, considerable número de hombres por enfermos, rezagados y desertores y dejando atrás varias cargas por falta de flaqueza de las mulas, entre ellas cuatro piezas de artillería de las catorce que habían sacado a campaña. Vióse, pues, el ejército real sin raciones cuando el virrey descendió a la falda occidental del cerro de Condorcanqui. Este ejército, sin medios de subsistencia, no podía permanecer en la observación que le convenía, y esta fue indudablemente otra de las influencias causales en la resolución de atacar al enemigo, que seguidamente se adoptó.

El día 9 de Diciembre amanecieron los dos ejércitos en las mismas posiciones y formación del día anterior, y se saludaron con algunos cañonazos. La pequeña llanura que desde el pie del elevado Condorcanqui se extiende hacia el pueblo de Quinoa tendrá de ancho sobre cuatrocientos toesas y algo más de seiscientas de largo de Sur a Norte. Este campo, a que los indígenas llaman Ayacucho, se eleva en suave pendiente por su extremo occidental, forma una loma de fácil ac-

4 Memorias del general Miller.

ceso por toda su longitud, que desciende en mayor inclinación por el lado de Quinoa, está cortado por los flancos por escabrosísimas quebradas, la del Sur absolutamente impracticable, y le atraviesa otro barranco en su mayor extensión de Norte a Sur. Sobre la mencionada loma tenían los independientes su línea en este orden: a la derecha la división colombiana del general Córdova, compuesta de los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas; a la izquierda, los batallones del Perú, números 1º, 2º, 3º y los dos de la Legión Peruana con los húsares de Junín al mando del general La Mar; y en el centro los batallones también colombianos Rifles, Vencedor y Bargas a las órdenes del general Lara, y un poco más a retaguardia los regimientos de húsares y granaderos a caballo de Colombia con el general Miller: la pieza de artillería se hallaba colocada entre la división Córdova y la división Lara.

La situación de los enemigos era verdaderamente crítica por su inferior movilidad, por los embarazos que ofrecía un terreno tan quebrado y la opinión de algunos pueblos de las provincias de Huamanga y Huancavelica, que en aquellos momentos les era contraria y vendría a ser muy temible si llegaban a ser desgraciados, teniendo además tan inmediato el ejército real, se hallaban imposibilitados para continuar la retirada sin correr con toda probabilidad los riesgos de una disolución y tampoco podían permanecer inactivos, porque no contaban más que con unas setenta reses vacunas para su manutención. Era, pues, para ellos una necesidad bien entendida el preferir los azares de una batalla y la posición que ocupaban favorecía calculadamente el intento de aceptarla. Mas si el virrey hubiese podido contar con recursos para mantenerse a la expectativa en la falda del Condorcanqui, y todavía mejor en Huamanguilla, los independientes se hubieran visto obligados o a correr las contingencias de una retirada casi imposible en sus circunstancias, o a rendir las armas en su posición; pero desgraciadamente el ejército real no tenía raciones para hombres ni para caballos en el punto en que se había colocado en la confianza de un pronto triunfo, que era el sentimiento más general entre todos sus individuos.

Sin embargo, asunto fue de discusión en algunos círculos del campo realista si habría o no conveniencia en atacar, vista la imposibilidad absoluta de hacer rodar la artillería y la de que la caballería acabase de descender la escabrosa pendiente del Condorcanqui de otro modo que a la desfilada y con los caballos tirados de la brida para por este medio lentísimo ir a formar bajo los tiros del enemigo, se puede decir, porque natural era suponer que procurase impedir la tranquila reunión de las armas de sus adversarios, a fin de que no pudiesen auxiliarse mutuamente. Mas si prudencia había en este modo de pensar muy respetable, también es cierto que el mayor número llevado más de su ardor personal que de otras consideraciones atendibles y aun de principios, que rara vez se vulneran impunemente, se mostraba decidido por el ataque. ¡Cuánta influencia habrá ejercido en el ánimo de los superiores esa manifestación no disimulada! Suele ofrecer lances la guerra en los cuales no habría con qué recompensar debidamente el oportuno estoicismo de un acreditado general en jefe.

Serían las nueve de la mañana de 9 de Diciembre cuando los generales y brigadieres españoles fueron llamados al punto en que campaba el cuartel general,

no para deliberar acerca de la conveniencia y modo de dar la batalla, como erróneamente sienta el autor de la *Historia de la revolución Hispano-Americana*, sino para oír de boca del general Canterac, segundo en jefe del ejército y jefe del E. M. G., las disposiciones correspondientes al ataque que se había de ejecutar, previniendo a dichos jefes conforme iban llegando la parte de ejecución a cada uno designada. Según estas prevenciones, el general Valdés, con los cuatro batallones de la vanguardia, los dos escuadrones de húsares de Fernando VII y cuatro piezas de artillería, debía romper el movimiento ofensivo por la derecha, comenzando por desalojar un destacamento enemigo de una pequeña casa que promediaba el campo para procurar en seguida forzar el flanco izquierdo de los independientes; por el Centro, el general Monet, con sus cinco batallones, había de descender al llano, acercarse al borde oriental del barranco que dividía el campo de Ayacucho en la mayor parte de su longitud y formar allí sus masas para segundar decididamente la ofensiva, así que la división Valdés se hubiese empeñado con ventaja; por la izquierda la división Villalobos, también de cinco batallones, fue distribuida en esta forma: el primer batallón del primer regimiento, mandado por el arrojadísimo coronel D. Joaquín Rubín de Celis, debía adelantarse por la ceja de la impracticable quebrada del Sur para proteger la operación de descargar de las mulas siete piezas de artillería, montarlas y armarlas, y atacar resueltamente el flanco derecho de los contrarios cuando la derecha realista se hubiese bien empeñado; el batallón de Fernando VII, muy bajo de fuerza, debía permanecer de reserva en la cuesta, apoyado de un parapeto natural que ofrecía una de las muchas cortaduras del terreno; al pie de la misma cuesta debían de formar los dos batallones de Gerona como primera reserva; viniendo por consiguiente el segundo batallón del Imperial Alejandro a ser el único de la división Villalobos que por de pronto entraba en la línea. Determinada así la distribución y colocación de la infantería de derecha a izquierda, la caballería debía de descender al llano y formar a su retaguardia por brigadas la primera enfrente del intervalo de la primera a la segunda división y la segunda algo más a la izquierda, descendiendo ésta por una senda de a pie que desde la cumbre de la cordillera conducía por recodos al llano de Ayacucho.

Entre los generales y brigadieres convocados al cuartel general había algunos dispuestos a exponer con franqueza y razonadamente los inconvenientes que se les ofrecían para emprender un ataque decidido desde la posición que ocupaba el ejército real, siempre que sobre este punto se les pidiese su parecer; mas luego que vieron que no era otro el objeto de su llamamiento que el de oír de boca del general Canterac las disposiciones para el ataque, con el enemigo al frente, atendió cada uno en silencio a la parte que le correspondía. Sin embargo, el brigadier Camba todavía preguntó al general: ¿permite el terreno de aquí al llano que puedan bajar de frente dos caballos siquiera, aunque tirados de las bridas por sus jinetes? Canterac contestó afirmativamente, y los jefes de caballería se retiraron a sus respectivos puestos para cumplir como los demás cada uno con la parte que se le había señalado. Diéronse, pues, a los generales y brigadieres del ejército real instrucciones y órdenes terminantes que habían de ser seguidamente ejecutadas, no se les preguntó su opinión sobre las disposiciones del combate, ni por lo tan-

to con su acuerdo se formó el plan de ataque de Ayacucho, como mal informado afirma el citado historiador.

Como a las diez o poco más de la mañana el ejército del virrey rompió su movimiento con contento y esperanza, que así suelen ser los propósitos del hombre. El general Villalobos bajó con el primer batallón del primer regimiento hasta colocarlo en el punto señalado, donde debía esperar a que todas las tropas descendieran a la indicada planicie y que las siete piezas de artillería, destinadas al ala izquierda, fuesen descargadas de las mulas, montadas y armadas para secundar el ataque cuando la derecha se hubiese decididamente empeñado. El escuadrón de San Carlos, que mandaba D. Manuel de la Canal, recibió orden de seguir el primer movimiento y de acelerar el desfile, para poder sostener las guerrillas del centro a la izquierda, encargo que cumplió a costa de la mayor parte de sus individuos. Poco después de haber alcanzado la infantería realista sus designados puestos de preparación, rompió el general Valdés el ataque desalojando el batallón del Centro, que mandaba D. Felipe Ribero, y poniendo en fuga las compañías enemigas que ocupaban la casa que promediaba al campo por aquella parte. El coronel Rubín de Celis, al oír estos primeros tiros, manifestó tener órdenes especiales para lanzarse a la carrera sobre el flanco derecho de los enemigos; observóle Villalobos, que todavía no era tiempo: volvió aquel jefe a referirse a las órdenes que directamente había recibido, añadiendo que se descargaba de la responsabilidad que le imponían si no se le permitía ejecutarlas: dejóle entonces obrar el general por respeto al nombre de Canterac, que invocaba; vínose al punto que ocupaba el segundo batallón del Imperial Alejandro, y Rubín de Celis, con un denuedo tan asombroso como inoportuno, se arrojó solo y del modo más temerario al ataque. Las guerrillas inmediatas siguieron ese ejemplo de extemporánea bizarría, y el enemigo, hasta entonces admirablemente inmóvil, se vio obligado a emplear la división Córdova, que cargó en columnas con firmeza y resolución a los atacantes, los cuales, aunque combatieron con extraordinaria bravura, abrumados por el número fueron completamente deshechos, quedando entre los muertos los dos jefes del batallón, cuyo resultado, tan rápido como terrible e inesperado, produjo grandísima sensación en el ejército real. El general Sucre era harto entendido para no conocer la importancia de esta ventaja y para dejar de aprovechar la ocasión que le ofrecía la imperdonable temeridad de unos y el feliz resultado de la embestida de la división Córdova: previno a ésta la continuación de su ataque sobre nuestra izquierda débil y conmovida y empleó parte de su caballería en auxiliar a la división Córdova, cargando y arrollando nuestras guerrillas, que el valiente escuadrón de San Carlos sostuvo hasta quedar casi todo en el campo de batalla.

Tan desastroso principio fue causa de que las siete piezas de artillería, que debían ofrecer un poderoso apoyo a los rechazados y al resto de la línea realista, no acabasen de prepararse, y los enemigos avanzaron sobre ellas con decisión: el segundo batallón del Imperial Alejandro solo no era bastante a resistir, a pesar del celo con que lo animaban el general Villalobos y su comandante don Juan Moraya. Entonces el general Canterac creyó conveniente mandar a la división Monet, que estaba intacta, que atravesara el barranco de su frente, y condujo

personalmente a la izquierda de la línea los dos batallones de Gerona, que formaban la reserva de mayor importancia, logrando de este modo restablecer un tanto el combate, aunque por poco tiempo. Mas al observar el general Sucre el precipitado avance de la división Monet, que venía a colocarla a menos de medio tiro de fusil de su posición, dispuso que el resto de la caballería de Colombia y dos batallones de la división Lara la cargasen a todo trance antes de que acabara de pasar el barranco y a tiempo que la división Córdova llevaba por la izquierda lo mejor de la pelea. El choque con la división Monet, aunque no había llegado a formar en la orilla occidental del mencionado barranco, mas que la primera brigada que mandaba D. Juan Antonio Pardo, fue horriblemente sangriento por ambas partes, recibiendo de la nuestra un leve balazo el mismo general y quedando muertos tres jefes de cuerpo; pero arrollada esta brigada, la segunda no pudo acabar de cruzar el barranco sin desordenarse.

Cuando acaecía tan angustioso compromiso no habían podido llegar a formar en el llano, cruzado ya de todos los fuegos contrarios, mas que dos escuadrones de la segunda brigada y uno de la primera perteneciente al regimiento de granaderos de la Guardia, a cuya cabeza se hallaba su bravo teniente coronel D. Domingo Vidart, porque los conocedores de esta arma calcularán bien lo que sería un desfile de a uno, con los caballos de mano, por terreno escabrosísimo y muy pendiente, y con las circunstancias desventajosas que pasaban a la inmediación ya de donde debían formar. Ansiosos el general Canterac y el virrey de paralizar el brusco ataque de los enemigos, los tres escuadrones formados recibieron orden de cargar desde sus respectivos puestos, lo que animados por todos sus jefes ejecutaron con la mayor prontitud y orden, y los lanceros de Colombia los esperaron a pie firme en ristradas sus enormes lanzas. Esta novedad, por segunda vez presentada, y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios y en medio del fuego de sus infantes y de nuestros dispersos; allí comenzó sin embargo un combate encarnizado aunque desigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, imposibilitando del todo la continuación del descenso de esta caballería. Al brigadier Camba, en el momento en que dirigía la carga del escuadrón reunido y formado de la brigada que mandaba, le mataron el caballo que montaba, quedando al caer cogido de una pierna debajo del animal. Poco después de desembarazado de tan aflictiva situación le tomó en ancas del suyo el teniente coronel D. Antonio García Oña, segundo ayudante de E. M., y le sacó de en medio de aquel espantoso cuadro a tiempo precisamente que la izquierda y centro de la línea estaban totalmente batidos y las siete piezas de artillería en poder de los dichosos vencedores, sin que bastasen a contener y reunir los aterrados dispersos ni las ventajas que tan inmediatamente ofrecía la falda del escabroso cerro de Condorcanqui, ni la actividad celosa que empleaban al efecto los generales y jefes y la mayor parte de sus distinguidos oficiales.

En este momento de apuro y consternación, imposibles de describir, el ilustre virrey, esperanzado todavía de lograr contener tamaño desorden y restablecer el combate, se lanzó denodado entre las tropas batidas; pero no consiguieron más sus nobles esfuerzos que verse también arrollado, recibir seis heridas de balas y

arma blanca, ser derribado de su caballo y quedar por último prisionero del enemigo, cuya desgracia, así que se divulgó, acabó de desalentar a las tropas del rey, compuestas en su totalidad de indígenas y muchos prisioneros y pasados del enemigo, tan funestamente preocupados en la desgracia como valerosos e incansables en la fortuna. El escaso batallón de Fernando VII, que había quedado parapetado en la falda de la cordillera sobre el campo de Ayacucho, rompió el fuego desde su posición, signo del más cruel y triste agüero para el general Valdés que por lo inclinado del punto de su ataque no podía ver bien lo que pasaba en el resto de la línea, a tiempo precisamente que adelantaba con conocida ventaja sobre las tropas de La Mar. Pero cargada su división con nuevas fuerzas ya victoriosas, no obstante su acreditada serenidad y la valentía con que a pesar del mal terreno se condujeron a su voz los húsares de Fernando VII, todo cedió al destino adverso, y como a la una de la tarde el resto del ejército real que no había sido muerto, herido ó prisionero huía en todas direcciones; habiéndose perdido la batalla sin que nuestras siete piezas de artillería llegasen a hacer más que algunos muy pocos disparos y sin que una brillante caballería superior en número a la independiente pudiese formar más que cuatro escuadrones en el llano que se la había designado: y a juzgar por el comportamiento de esos escuadrones, sensible y doloroso es ciertamente calcular el impulso que hubiera dado a la acción esta arma, si toda convenientemente dirigida hubiese llegado a ser simultáneamente empleada.

Atacada vigorosamente y por fuerzas muy superiores, como se ha indicado, la división del bizarro general Valdés, todos sus esfuerzos y los de los acreditados jefes y oficiales que asegundaban su ejemplo, no pudieron conseguir que su tropa resistiera por más tiempo, ni se replegara en orden a la próxima falda de la cordillera. Aterrorizados los soldados de una manera inexplicable, por un desenlace inesperado y del cual estaban muy distantes sus creencias, sólo atendían a dispersarse por entre las breñas, arrojando muchos las armas, las fornituras las casacas y los morriones para tomar con mayor desembarazo la dirección que más cuadraba al intento de restituirse unos a sus casas y de volverse otros a las filas enemigas a que antes habían pertenecido. La desertión del servicio militar era genial a los indígenas del Perú, de quienes se componía el ejército real, y estos mismos habrían sido implacables e infatigables perseguidores de sus contrarios, si la fortuna los hubiese favorecido: los individuos europeos de todas clases que contaba el ejército en Ayacucho pasarían pocos de 500. Hasta el batallón de Cantabria, que el día 3 en Corpahuaico había cargado y hecho correr al batallón colombiano Rifles, uno de los de mayor confianza de Sucre, se entregó como los demás a la fuga sin que nada le pudiera detener.

El general Valdés, extremadamente afectado a la vista de tal desastre, buscaba como de intento la muerte y hasta llegó a sentarse sobre una piedra para que los vencedores le acabaran; mas el valiente coronel D. Diego Pacheco y otros oficiales le obligaron a abandonar tan temerario empeño y a continuar retirándose hacia la cumbre de la cordillera, que era la dirección que llevaban muchos dispersos, especialmente de la caballería que no había llegado a bajar al llano y a los que trabajaban por reunir los jefes superiores de esta arma con los generales Canterac, Monet, Villalobos, Carratalá y otros, cuando el general Valdés se incorpo-

ró. Los enemigos, poco andadores y fatigados de la pelea, no continuaron con mucha actividad ni por mucho tiempo la persecución, a que se agregaba la escabrosidad del terreno y las varias direcciones que habían tomado y llevaban los dispersos. En falta del virrey, que se hallaba prisionero, el mando superior recaía naturalmente en el general Canterac; quien, en consecuencia, reunió a todos los generales y jefes que allí se hallaban y les manifestó que en su concepto el Perú estaba perdido, pues que era preciso considerar a Olañeta por tan enemigo como los que acababan de triunfar, y que si los demás participaban de su oposición parecía prudente adoptar un medio con los independientes que evitase nuevos e inútiles desastres; y claro era que el arbitrio que se indicaba en el supuesto dado envolvía el pensamiento de una capitulación. El brigadier Camba se adelantó a responder que el Perú estaba perdido si Olañeta no lo salvaba: que para ayudarlo, si no era traidor, interesaba mucho procurar reunir todos los dispersos que se pudiera y continuar sin demora la marcha para ganar por el Este de la misma cordillera el camino del Cuzco, cosa que los enemigos no podían impedir ya, pues cerca de Chincheros debía hallarse el comandante Miranda y Cabezón con más de 500 hombres: el coronel Pacheco dijo en seguida estas solas palabras: *Señores, yo no me rindo a nadie*; y el general Valdés terminó la sesión con estas otras; *pues vamos a marchar*, y así se ejecutó, contando entonces reunidos como 300 caballos y sobre 200 infantes, aunque otros muchos iban por delante en igual dirección.

Adoptado este pensamiento y puesto en ejecución a la caída de la tarde, ocupando ya lo más elevado de la cordillera y comisionados oficiales al efecto de reunir y dirigir los dispersos que iban saliendo por todas partes a la cumbre, no tardó mucho en volver uno a dar parte a los generales de que los soldados se negaban absolutamente a obedecer, que se habían apoderado de algunas cargas y que acababan de dar muerte al capitán Salas, porque intentó refrenar su inconcebible insubordinación. Absortos todos del relato que acababan de oír, se presentó el brigadier Somocurcio confirmando la misma especie, pues que algunos infantes habían llegado a echarse los fusiles a la cara para dispararle, porque los obligaba a reunirse, y que acaso debía su existencia a la circunstancia de poderles hablar en su idioma, como hijo del país, y a la de haberles prometido dejarlos en plena libertad. Imposible sería pintar la sensación que tan tristes relatos causaron en el ánimo de todos los desgraciados circunstantes: un asesinato vil era ya el término probable del españolismo más puro: momento de terrible e inexplicable angustia, del cual podrán sólo formarse una idea los hombres reflexivos, pundonorosos y sensibles. La confusión y la incertidumbre estaban retratadas en el semblante de todos, y ninguno acertaba a proponer el arbitrio que convendría adoptar en tamañas circunstancias cuando al ponerse el sol de tan funesto día se anunció por retaguardia un oficial parlamentario, a quien seguía el general La Mar, que pretendía hablar al general Canterac, como lo verificó, asegurando que el general Sucre estaba dispuesto a conceder a los vencidos una capitulación tan amplia como sus altas facultades permitiesen, a fin de que cesaran del todo las desgracias en el Perú.

Comunicada esta proposición a los demás generales y jefes, observó el general Valdés que para haber de resolver, aun en situación tan apurada, era de todo

punto importante conocer los términos a que se extendería la oferta del vencedor. Entonces se ofreció Canterac a ir en persona a esclarecer este extremo, en cuya misión y por indicación del mismo Valdés, le acompañó D. José Carratalá, quienes unidos al general La Mar marcharon al campo enemigo, mientras los demás jefes españoles, con la poquísima tropa que les obedecía, camparon en la cumbre de los Andes, donde el frío, la lluvia, la escasez de leña y la falta de alimento vinieron a aumentar por la noche los padecimientos de tan adverso día. El coronel D. Diego Pacheco, consiguiendo con su resuelta manifestación, no detuvo su marcha, atravesó aquellos peligrosos páramos, alcanzó el camino real del Cuzco, tomó la posta que corrió diligentemente hasta la ciudad de Puno, recogió aquí su equipaje y se dirigió a la caleta de Quilca, donde al comenzar el año de 1825 se embarcó para la Península.

Los generales Canterac y Carratalá, después de conferenciar con el general Sucre, extendieron las bases preliminares de una transacción y las remitieron seguidamente a sus compañeros campados en el alto de la cordillera. Recibidas en este punto y reunidos todos los jefes y varios oficiales de los que allí había se conformaron con las proposiciones, haciendo en sus cláusulas las alteraciones y modificaciones que estimaron convenientes; y acordaron, además, que al otro día, 10 de Diciembre, temprano, pasasen al campo de Sucre, situado en el pueblo de Quinoa, D. Jerónimo Valdés y D. Andrés García Camba, como se verificó, con el objeto de acelerar la definitiva resolución de la negociación incoada, y por si no llegaba a tener efecto no perder inútilmente más tiempo en tan mortal inacción. Sucre ostentó ante los nuevos comisionados mucha franqueza y generosidad: aceptó lisa y llanamente las bases preliminares presentadas con solas tres restricciones que puso de su puño en el mismo borrador escrito por D. José Carratalá, que se conserva y es el copiado bajo el número 29 del *Apéndice*: se obligó a su leal cumplimiento bajo su palabra de honor, puesto que no podía diferir por más tiempo su traslación a Huamanga, donde ofreció garantizar con su firma y crédito cuanto acababa de ofrecer. En este concepto bajaron también a Quinoa los jefes, oficiales y tropa española que permanecían en la cordillera y todos se dirigieron el día 11 del propio mes a Huamanga, adonde había sido ya conducido el virrey La Serna, herido y prisionero.

Los trece artículos, pues, que comprende el documento número 29 del *Apéndice* componían la transacción o convenio que con alguna propiedad puede decirse hecho sobre el campo de batalla. El afortunado vencedor lo aceptó sin más restricción que la expresada en sus tres anotaciones; pero sin otra garantía que el empeño de su palabra. En la ciudad de Huamanga, cuando la posición de Sucre y de los jefes españoles era muy distinta, se negó aquél a suscribir la segunda parte del artículo 12, y estrechado por los segundos al honroso cumplimiento de su palabra empeñada, prestóse por último a admitir la cláusula, a condición empero de que había de contener en artículo separado y secreto, en lo que convino al fin Canterac. En consecuencia extendió este en Huamanga el tratado número 30 del *Apéndice*, generalmente conocido por la capitulación de Ayacucho.

También el caudillo enemigo dio con fecha 11 de Diciembre parte a Bolívar de la batalla que acababa de ganar en los términos que expresa la copia número

31 del *Apéndice*. En este documento confiesa Sucre haber tenido su ejército 309 muertos y 670 heridos, que suman 979 hombres fuera de combate y, prescindiendo del interés con que podía exagerar la pérdida de los realistas y disminuir la suya, basta su confesión para probar ante el buen criterio que, a pesar de la mala estrella de los españoles en esta ocasión, no cedieron el campo sin honrosa resistencia, mientras la moral del soldado no experimentó la más sensible perturbación, tampoco sin ejemplar, aun en ejércitos mejor constituidos.

CAMPAÑA Y BATALLA DE AYACUCHO

Por JOHN MILLER*

El 25 del mismo mes de Noviembre supieron que los realistas habían hecho un movimiento lateral sobre su izquierda, en dirección de Vilcashuaman, y que la división de Valdez atravesó el río cerca de Huancaray, con objeto, según supusieron, de atraer a los independientes al valle de Pomacochas, y atacarlos en él si seguían su retirada hacia Guamanga. Deseoso, por su parte, el general Sucre de restablecer su comunicación con Lima, atravesó el valle de Pomacochas inmediatamente, sin ser molestado en los desfiladeros. La infantería vadeó el río con agua hasta el pecho, y la corriente se llevó muchos soldados; pero tales eran las precauciones que habían tomado anticipadamente, que sólo perecieron dos individuos. Esta operación fue tan penosa, y los caminos eran tan malos, que empleó el ejército todo el día para sólo andar tres leguas. Los patriotas acamparon en la noche del 30 debajo de árboles de una enorme magnitud, que adornan los lados del valle; pero los mosquitos no les dejaron descansar. Aunque excesivamente fatigados, todos esperaban con ansia la orden de marchar; pero siendo necesario dejar algún tiempo para que se incorporase el bagaje y material del ejército, no llegó hasta romper el día. Después de una subida de dos leguas y media, entraron los patriotas por Ocros a la meseta, y a la media legua llegaron a la bajada que les condujo a la aldea de Matará, donde acamparon el 1º de Diciembre: todo el día llovió copiosamente, y la noche continuó lo mismo. Matará está situada en una hondonada, rodeada de hermosas laderas, que se elevan a una altura considerable.

El 2 se presentaron los realistas, y camparon en el borde de la meseta por donde los patriotas habían bajado el día anterior; y estos, al percibir a su enemigo tan inmediato, tomaron una posición con un pequeño arroyo a su frente, pero bajo otros aspectos no muy ventajosa. El virrey, como si estuviese resuelto a jugar a golpe seguro, y persuadido que podría destruir sus contrario sin arriesgar una acción general, no quiso atacarlos cuando le esperaban formados en batalla.

En la tarde del 3 se corrieron los realistas sobre su izquierda, a lo largo de la cresta de la loma, pero a distancia bastante para ocultar su línea de la vista de los patriotas. El comandante Bustamante, enviado a reconocer al enemigo, fue hecho prisionero al llegar a la cumbre de la montaña. El objeto del virrey era

* Tomado de sus *Memorias*. Biblioteca Ayacucho. Tomo I.

tomar el camino real de retaguardia, lo cual percibió el general Sucre, y principió inmediatamente su retirada; pero mientras desfilaba por el valle de Corpaguayco, distante una legua de Matará, fue atacado vigorosamente por la división de Valdez, que sin ser vista se había adelantado aquella mañana. El batallón de Rifles¹ de Colombia, mandado por el coronel Sands, que formaba la retaguardia, fue arrollado y disperso después de una valerosa resistencia. El batallón de Vargas se dispersó también; pero el general Miller lo reunió y le hizo proteger a la caballería cuando ésta atravesaba el valle de Chonta por un camino y vado que había descubierto afortunadamente examinando la quebrada el día anterior. Habiendo tomado los patriotas el lado opuesto del valle, hicieron alto, formaron y rechazaron un batallón realista que intentó pasarlo. El mayor del batallón de Rifles, Duchbury, inglés, y uno de los mejores y más incansables oficiales del ejército de Colombia, y doscientos patriotas murieron en el combate; su parque de campaña, sus mulas y caballos de respeto y una de las dos piezas de campaña que les quedaban, cayeron en manos del enemigo; la pérdida de los realistas no excedió de treinta hombres. El coronel Tur, del ejército español, fue ascendido a Brigadier en el campo mismo de batalla por su bizarro comportamiento.

A pesar de este serio descalabro, se retiraron los patriotas a las once de la mañana, y en el mejor orden posible, a Tambo-Cangallo, tres leguas al Norte de Corpaguayco y siete al Sur de Guamanga, seguidos siempre por los realistas, pero con gran prudencia.

Quince soldados realistas se pasaron a los patriotas en la mañana del 4, pocas horas después de la acción de Corpaguayco; todos habían servido en los montoneros del coronel Lanza y habían sido hechos prisioneros cerca de Cochabamba; la mayor parte llevaron sus armas, y no hubo uno que no pidiese ser destinado a un cuerpo. En la misma mañana desertaron a los realistas catorce hombres del ejército libertador; todos habían sido prisioneros y obligaron a servir con los independientes durante la campaña.

Los realistas evitaban cuanto podían entrar en pueblos y procuraban mantenerse en las orillas de las montañas, de forma que en su marcha desde el Cuzco hasta cerca de Guamanga, fueron siempre de posición en posición. Las dificultades que tuvieron que vencer y los padecimientos que experimentaron pueden calcularse por lo que se ha dicho de los patriotas al atravesar los Andes a su salida de

1 Este regimiento se componía primitivamente de ingleses que se distinguieron particularmente en Colombia. Habiendo perecido casi todos los soldados europeos de enfermedades o en el campo de batalla, completaron en seguida el cuerpo con mil doscientos indígenas no hablaban sino su dialecto nativo; como los oficiales eran ingleses, daban las voces de mando en inglés. A proporción que los indígenas iban pereciendo en el servicio, reemplazaron las bajas con criollos, mulatos, etc. A la llegada del batallón al Perú, sólo diez oficiales ingleses permanecían en él, y el y el coronel Sands, en el día general, natural de Dublín, y anteriormente oficial en el ejército inglés, había llegado por sus méritos y servicios a mandarlo. Este bizarro jefe se ha hallado en casi todas las acciones ocurridas en Colombia. El capitán Miller Hallowses, natural de Ashford, en Kent; el capitán Ferguson, irlandés muy bizarro, y el capitán Witte, inglés, eran también oficiales muy distinguidos del mismo cuerpo. El último mandaba el batallón de Vargas, que salvó la vida a Bolívar, derrotando las tropas sublevadas y comprimiendo la conspiración verificada en Bogotá en septiembre de 1828.

Huaras; pues el camino de Guamanga al Cuzco debe considerarse como en el centro de los Andes, en el cual subidas y bajadas inmensas rodean valles de una profundidad espantosa; muchas de las subidas tiene cuatro y cinco leguas, en desiertos de un aspecto verdaderamente grande e imponente.

Las precauciones adoptadas por los jefes realistas para evitar la desertión tendían también a aumentar las privaciones de sus tropas. En cualquier punto donde hacían alto, los cuerpos campaban en columna y ponían alrededor un círculo de centinelas con los soldados de más confianza; además de estas centinelas, un gran número de oficiales estaban siempre de servicio, y ningún soldado podía salir de la línea de ellas con cualquier pretexto que fuese.

Por la misma razón, era muy opuesto el virrey a enviar partidas en busca de ganado, porque en tales ocasiones era segura la desertión. La consecuencia de este sistema fue que durante el avance rápido de los realistas sufrieron mucho por falta de provisiones que los patriotas, tanto que el 3 se vieron obligados a comer carne de caballo, mula y borrico.

Los independientes tomaron posición a la tarde y nuevamente ofrecieron la batalla; pero los realistas por segunda vez no la aceptaron. A media noche se separaron los independientes del camino real que conduce a Guamanga, oblicuaron a la derecha, y atravesaron la profunda y escabrosa quebrada de Acroco, de dos leguas de bajada y otras tantas de subida del lado opuesto. A las ocho de la mañana del 5 llegaron al pueblecillo de Guanchao, y en la tarde del mismo día continuaron su marcha a Acos Vinchos. Los realistas se pusieron en movimiento paralelamente hacia Guamanga, a distancia de dos leguas de los patriotas y siempre a la vista, pero separados por un valle profundo.

El 6 llegaron los patriotas al pueblo de Quinua; los realistas continuaron su movimiento paralelo hacia las alturas de Pacaycasa, y estando el camino que los últimos llevaban interceptado por dos profundas quebradas, muchos barrancos y pasos sumamente estrechos y difíciles, la columna se fue insensiblemente prolongando hasta llegar a ocupar de dos a tres leguas. Percibido por los patriotas, ya establecidos en Quinua, formaron inmediatamente para atacar a sus contrarios, cuya cabeza de columna distaba sólo tres millas, y siendo el espacio de terreno que los separaba un país abierto y en un declive gradual y moderado, creyeron que les ofrecía una oportunidad favorable para vengar las pérdidas que habían experimentado en Corpaguayco. Antes de mandar romper el movimiento proyectado, se adelantaron a reconocer el terreno los generales Sucre y La Mar; pero esta operación les ocupó tanto tiempo que consideraron era ya demasiado tarde para atacar a los realistas. A la mañana siguiente entraron éstos en Guamanguilla, y de este modo cortaron otra vez la retirada a los patriotas, cuya posición se hizo sumamente crítica.

El general Sucre dirigió la retirada con gran tino, pero se habían reducido tanto sus fuerzas que nada podía ya salvar su ejército de una completa derrota sino un esfuerzo desesperado. El virrey envió destacamentos a Marca, Mayo y otros desfiladeros para inutilizarlos y cortar los puentes.

Los indios de Guanta, Huancavelica, Chincheros, Huando y pueblos inmediatos habían sido inducidos a levantarse contra el ejército libertador, y habían

asesinado más de cien enfermos con su escolta, junto con la que acompañaba una parte del bagaje. El capitán Smith, edecán de Miller, fue sorprendido y preso por los de Guanta; pero después de haberle maltratado mucho y de tres días de prisión pudo escaparse a la costa, habiendo debido únicamente la conservación de su vida a la intercesión de uno de los habitantes en cuya casa había estado alojado Miller. El benemérito comandante Chirinos, encargado de la maestranza, logró igualmente verificar su fuga, después de haber sufrido los más horribles tratamientos. Las alturas que dominan al pueblo de Quinua estaban ocupadas por indios de esta especie, que tuvieron la osadía de aproximarse hasta media milla del campamento de los patriotas, y quitaron a una partida de dragones varias cabezas de ganado. En los quince días anteriores, las bajas del ejército libertador ascendían a mil doscientos hombres, de forma que en Quinua no llegaba su fuerza total a seis mil hombres. Habiendo perdido la caballería sus mulas en Corpaguayco, tenía que marchar pie a tierra llevando del diestro sus caballos, y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras.

Un batallón patriota y algunos destacamentos de convalecientes, al ir de Jauja a reunirse al ejército libertador, fueron atacados de noche por los indios de Huando y obligados a retirarse con pérdida. No había circunstancia que no concurriese a aumentar el aspecto melancólico de las cosas con respecto a los patriotas: ni podían retirarse, ni podían atacar a los realistas por el barranco escarpado de doscientas varas de profundidad que separaba a los dos ejércitos, y la falta de provisiones les habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más. Todo les era contrario y espantoso; pero el ánimo y valor de los republicanos parecía aumentarse en proporción que las cosas tomaban peor aspecto, y pronto se verá lo que hombres valientes son capaces de hacer cuando pelean por la causa de la libertad.

En la tarde del 8 salió el virrey de Guamanguilla y ocupó con todas sus fuerzas las alturas de Condorkanki,² precisamente fuera del tiro de cañón del campamento de los independientes. Dos horas antes de ponerse el sol, descendió de la altura un batallón de tropas ligeras de los realistas, y se extendió en guerrilla al pie de ella; otro batallón de infantería ligera de los patriotas desplegó contra él; ataques serios y algunas escaramuzas tuvieron lugar en el orden abierto en que maniobraban. Las evoluciones las ejecutaban al toque de corneta, y nada puede exceder la sangre fría y bizarra conducta de las tropas de una y otra parte.

El efecto general que aquellas escaramuzas producían era en extremo hermoso y agradable; y el interés de la escena se variaba y crecía con la suspensión del fuego a intervalos, en virtud de tácito consentimiento. Durante estos intervalos, varios oficiales de uno y otro partido se adelantaban y hablaban unos con otros. En uno de ellos el brigadier Tur, al servicio español, envió un recado a su hermano, que habiéndose casado con una hermosa señorita de Lima se había hecho virtualmente americano, y era en aquel momento teniente coronel en el ejército independiente. Los dos hermanos se juntaron, y el mayor principió la conversación diciéndole cuánto sentía que un español estuviese en las filas insurgentes; pero le añadió que, a pesar de su sentimiento en aquel punto, no podría olvidar

2 Condorkanki o Condorcanqui es una palabra quichua que significa "digno del cóndor".

el cariño que le había profesado y le aseguraba que podía contar con su protección cuando la batalla que iba a darse le pusiera en manos de los realistas, lo cual no haría con ningún otro español en iguales circunstancias.

El teniente coronel le dijo, en contestación, que si le había llamado para insultarle, habría sido mejor que no se hubiesen visto, y dio la vuelta y se marchó. Entonces el general realista corrió hacia él, se disculpó, y a la vista de los dos ejércitos se abrazaron los hermanos del modo más tierno y cariñoso. Pocas horas después estaba ya prisionero de guerra el general Tur, y alojado y bien recibido por su hermano.

Quinua, pueblo indio, está en el extremo occidental del llano de Ayacucho, de forma casi cuadrada, de cerca de una legua de circunferencia y flanqueado a derecha e izquierda por barrancos profundos y escabrosos. A retaguardia del llano o parte occidental hay una bajada gradual de dos leguas al camino principal de Guamanga a Guanta, el cual corre al pie de una montaña que se eleva perpendicularmente, y sin salida conocida. El lado oriental del llano lo forma la pendiente inmensa y escabrosa montaña de Condorkanki, cuyo enorme baluarte, corriendo de Norte a Sur, domina el campo de Ayacucho; un poco más abajo de su cúspide estaba campado el ejército realista.

El ejército libertador estaba formado en el llano a media milla de distancia al frente de los españoles, teniendo a Quinua a retaguardia los cuerpos en columna cerrada y esperando el ataque de los realistas.

Los cuerpos que componían el ejército independiente estaban colocados en la forma siguiente:

División de Córdoba (a la derecha): Bogotá, Caracas, Voltígeros, Pichincha.

División de Miller (en el centro): Húsares de Junín, Granaderos de Colombia, Húsares de Colombia, Granaderos a caballo de Buenos Aires.

División de La Mar (en la izquierda): Legión peruana. Batallón núm. 1, batallón núm. 2, batallón núm. 3.

División de Lara (en reserva): Vargas, Vencedores, Rifles.

Artillería mandada por el comandante La Fuente (al frente): Un cañón de a cuatro.

El general Gamarra,³ jefe del Estado Mayor.

El coronel O'Connor,⁴ segundo jefe de Estado Mayor.

3 El general Santa Cruz salió de Huaras con el ejército libertador, y estuvo al principio de la campaña destinado a la división peruana; después fue jefe de Estado Mayor del Libertador y últimamente quedó en Guamanga como prefecto de aquel departamento. El general Correa estuvo también destinado a la división de Lara, pero en Challuanca se separó del ejército para la costa.

4 El incansable O'Connor desempeñó las funciones de jefe de Estado Mayor desde que el ejército libertador salió de Guamanga hasta dos o tres días antes de la batalla de Ayacucho. El coronel O'Connor es hijo de Roger O'Connor y ahijado de sir Francis Burdett: abrazó la causa de la independencia de la América del Sur con un entusiasmo constante. Habiendo levantado un hermoso regimiento en Panamá, fue al Perú mandándolo. Este jefe se distinguió frecuentemente en el campo de batalla, y es generalmente estimado por su valor, su desinterés y caballeroso comorte.

Durante la noche del 8 mantuvieron un fuego continuo y muy vivo los puestos avanzados realista y patriotas; el general Sucre se proponía por este medio impedir que durante la noche bajasen al llano los realistas, y con este objeto hizo avanzar las bandas de dos batallones con una compañía al pie mismo de la montaña, y continuaron tocando por algún tiempo, mientras la tropa hacía un fuego vivísimo. Esta ficción produjo el efecto deseado, porque los realistas no se movieron de sus líneas.

La posición del virrey en la noche del 8 era muy expuesta; pues su infantería, que ocupaba el frente o ladera de la montaña de Condorkanki, estaba a menos de tiro de fusil del pie de la montaña. El fuego de dos o tres batallones desplegados, desplegados en batalla, habría obligado a los realistas a abandonar su posición, en la cual aquella noche murió un teniente coronel y dos o tres soldados realistas, estando sentados alrededor de las hogueras, por heridas que recibieron de balas perdidas de la compañía establecida al pie de la montaña.

La expresada noche del 8 fue de un sumo interés, y daba lugar a mil contemplaciones: la batalla era inevitable al día siguiente, y ella debía decidir de la suerte de la América del Sur; los patriotas sabían que tenían que lidiar contra fuerzas dobles, y que nada podía salvarles y libertar a su país de una servidumbre ignominiosa sino una victoria completa. Los soldados patriotas podían esperar librar sus vidas quedando reducidos a la esclavitud, pero los generales y oficiales patriotas no tenían otra alternativa que la muerte o la victoria. Todos conocían perfectamente cuál habría sido la conducta cruel de los españoles si llegaban a vencer; pues aunque el virrey era hombre naturalmente humano, estaban entre sus consejeros el que indujo a Monet a fusilar dos oficiales patriotas en el camino de San Mateo, y el otro que atravesó con su espada bárbara y cobardemente al desgraciado, ya herido e indefenso, mayor Gumer, en el campo de batalla de Ica, y otros de carácter no menos sanguinario; y es más que probable que habrían arrancado de él medidas violentas, con el pretexto de destruir el germen revolucionario y evitar futuras sublevaciones. Por estas y mil y mil razones más, todos conocían que la batalla tendría resultados de naturaleza especial y extraordinarios.

El día 9 amaneció hermosísimo; al principio el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas, pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente: los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos, y visiblemente hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían.

A las nueve de la mañana principió a descender de la montaña la división de Villalobos; el virrey se puso a pie a su cabeza, y las filas siguieron bajando por el lado escabroso de Condorkanki, oblicuando un poco a su izquierda.

La división de Monet, que formaba la derecha realista, principió al mismo tiempo a desfilar directamente al llano. La caballería, llevando sus caballos del diestro, hizo igual movimiento, aunque con mayor dificultad, colocada a intervalos entre la infantería de cada división. A proporción que la tropa iba llegando al llano, formaba en columnas; este momento fue de un interés sumo, y parecía hasta suspensa la respiración y movimiento de vida por la ansiedad que producían las dudas y la esperanza que a la par se ofrecían a la vista de todos.

Durante esta operación, de efecto imponente, el general Sucre pasó a caballo por delante de sus tropas, y dirigiendo algunas enfáticas palabras a cada cuerpo, les recordó sus hechos gloriosos, y colocándose en seguida en un punto céntrico al frente de la línea, dijo: "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. Y señalando a las columnas enemigas que bajaban, les aseguró: "Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia". Este lacónico pero animado discurso del general en jefe produjo un efecto eléctrico, y todos contestaron con vivas repetidos con el mayor entusiasmo.

A este tiempo más de la mitad de las divisiones realistas habían llegado y formado ya en el campo de batalla, entonces el general Sucre mandó atacar a la división de Córdova y dos regimientos de caballería. Este bizarro general se desmontó de su caballo, se colocó a unas quince varas al frente de su división, formada en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro, y levantando su sombrero con la mano izquierda, dijo: "*Adelante, paso de vencedores*". Estas palabras, pronunciadas con dignidad y vehemencia, las oyeron perfectamente las columnas, las cuales, inspiradas por la valiente conducta de su jefe, marcharon al ataque en el mejor orden imaginable. Los españoles se mantuvieron firmes y llenos de una visible confianza; el virrey, Monet y Villalobos se veían a la cabeza de las divisiones presenciando y dirigiendo la formación de sus columnas a proporción que descendían al llano. Al fin los patriotas llegaron, cruzaron sus bayonetas con sus enemigos, se mezclaron con ellos, y por tres o cuatro minutos lidiaron al arma blanca, y con tal furia de una y otra parte, que estaba aún indeciso quien ganaría, no la palma del valor, que ambos merecían, sino los favores de la fortuna y la victoria del día, cuando cargó la caballería colombiana, mandada por el coronel Silva. Este valiente oficial cayó cubierto de heridas; pero la intrepidez de la embestida fue irresistible: los realistas perdieron terreno, fueron arrojados a las alturas de Condorkanki con gran mortandad, y el virrey fue herido y hecho prisionero. Mientras los realistas iban trepando a las alturas, los patriotas, desde el pie de ellas, los cazaban a su salvo, y muchos de ellos se vieron rodar, hasta que algún matorral o barranco los detenía.

El general Miller, que había seguido a la división de Córdova, viendo el triunfo completo que había obtenido, volvió inmediatamente a reunirse con el regimiento de húsares de Junín, que afortunadamente, como luego se vio, había dejado de reserva.

Mientras tanto, la división de Valdez había principiado al amanecer un movimiento de cerca de una legua, bajando por las laderas del norte de la montaña, y se colocó sobre la izquierda de los patriotas, a tiro de fusil y separado por un barranco. En el momento importante del choque que acaba de describirse, rompió un fuego vivísimo con cuatro piezas de campaña y un batallón desplegado en guerrilla, con el cual obligó a retirarse a dos batallones peruanos de la división de La Mar. El batallón colombiano de Vargas, enviado a sostener la división peruana, empezó también a ceder, y dos batallones realistas atravesaron el barranco, y avanzaron a paso redoblado en seguimiento de los patriotas que se retiraban.

En aquel crítico momento, el general Miller resolvió por sí mismo cargar a los realistas vencedores con el regimiento de Húsares de Junín, y cuando iba ya

ejecutando aquel movimiento tan oportuno y decisivo, recibió la orden del general Sucre para verificarlo, y con el cual obligó a los enemigos a replegarse del otro lado del barranco, y los siguió a aquel punto apoyado por los Granaderos a caballo, y por la división La Mar, que había logrado reunir nuevamente su general. El valiente coronel Plaza fue el primero que con su batallón de la Legión atravesó el barranco para apoyar la caballería. El comandante Morán con su batallón de Vargas ejecutó igual movimiento por la derecha de la caballería, y estos dos cuerpos y la caballería, apoyándose mutuamente y rivalizando en valor, atacaron con tal resolución que arrollaron a los enemigos, se apoderaron de la artillería de Valdez, obligaron a retirarse a su caballería y dispersaron su infantería.

Los realistas habían perdido ya la batalla, y huían a la montaña de donde habían bajado aquella mañana, con esperanzas de éxito tan diverso. Esta acción memorable no duró más de una hora.

Mil cuatrocientos realistas quedaron muertos en el campo de batalla, setecientos heridos y quince piezas de artillería.

La pérdida de parte de los patriotas ascendió a trescientos setenta muertos y setecientos heridos.⁵

La única pieza de artillería perteneciente a los patriotas produjo un efecto considerable en las columnas enemigas, y sirvió también para atraer sobre ella gran parte del fuego de la artillería de los realistas, que si se hubiese dirigido contra las columnas patriotas habría ocasionado mayores pérdidas.

El plan de los realistas era esperar que Valdez hubiese flanqueado la izquierda de la posición de Sucre, y cuando hubiese obligado a principiár a replegarse a

5 Nombres de los oficiales muertos: coronel Carreño; teniente coronel Medina (a); capitán Urquiola; tenientes Oliva, Colmenares, Ramírez, Bonilla, Sevilla, Prieto y Ramonet.

Heridos: los coroneles Silva, Luque y Leal; los tenientes coroneles León, Blanco, Castillo y Gerardino; los mayores Torres y Sornoza; los capitanes Jiménez, Coquis, Dorronzoro, Brown, Gil, Córdova, Ureña, Dorronzoro, Landaeta, Troyano, Alcalá, Granados y Miró; los tenientes Infantes, Silva, Suárez, Vallarino, Otrola, French, Piedrahita, Pazaga, Ariscum, Otrola, J. Suárez, Ornas, Posadas, Miranda, Montoya y Moreno; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malabe, Jeran, Pérez, Calles, Marquina, Paredes, Sabino, Isa y Alvarado.

* Muerto por los indios de Huando a su paso para Lima, conduciendo el parte de la batalla. Este jefe era uno de los oficiales más bizarros del ejército colombiano, y se había distinguido particularmente en la acción de Junín.

RESUMEN

	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>
Coroneles	1	3
Tenientes coroneles	1	4
Mayores	0	2
Capitanes	1	13
Tenientes	7	16
Subtenientes	0	12
Soldados, cabos y sargentos ..	360	559
<i>Total</i>	370	609

los patriotas, el virrey debía avanzar y completar la victoria. El error del virrey en haber atacado de aquella o cualquiera otra forma lo ocasionó la ansiedad de las tropas, que le arrastraron a exponer, al azar de una acción general, el fruto que había alcanzado en la campaña; pero la paciencia de la tropa se había agotado ya con marchas tan penosas, y que les parecía no habían de tener fin. En Guamanguilla adoptaron un sistema de pasquines para manifestar su disgusto, y las tiendas del virrey, de Canterac, y otros jefes amanecieron con varios cartelones ridiculizando su conducta; y por lo tanto puede muy bien asegurarse que se comprometieron a una acción general, contra su propia opinión.

Al ocupar los realistas nuevamente las alturas de Condorkanki, reunieron en aquel punto cuanta gente pudieron de sus dispersos; pero las divisiones de La Mar y Lara eran ya dueñas de la cumbre a la una de la tarde. Poco antes de ponerse el sol pidió el general Canterac una suspensión de armas para entrar en capitulación y una hora después bajó personalmente a caballo a la tienda del general Sucre, donde acordaron una capitulación, por la cual quedaban prisioneros de guerra los generales La Serna, Canterac, Valdez, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferras, Bedoya, Somocursio,⁶ Cacho, Atero, Landázuri, García-Camba, Pardo, Vigil y Tur; 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales y 3.200 soldados, cabos y sargentos; el resto se había dispersado.

La batalla de Ayacucho fue la más brillante que se dió en la América del Sur; las tropas de ambas partes se hallaban en un estado de disciplina que hubiese hecho honor a los mejores ejércitos europeos; los generales y jefes más hábiles de cada partido se hallaban presentes; ambos ejércitos ansiaban el combate, y todo el mundo, de uno y otro partido, se batió no sólo bizarramente, sino a la desesperada. Lo que en número faltaba a los patriotas, lo suplía su entusiasmo y el íntimo convencimiento de que si eran batidos era imposible retirarse. Así, pues, no fue una victoria debida al azar, sino el resultado del arrojo, y un ataque irresistible concebido y ejecutado al propio tiempo.

El general Sucre se expuso personalmente durante la acción en donde su presencia podía ser de utilidad con la mayor sangre fría, y su ejemplo produjo completo efecto. El general La Mar desplegó las mismas cualidades; y con enérgica elocuencia reunió algunos cuerpos que habían huído, y los condujo nuevamente al enemigo.

El heroísmo del general Córdova mereció la admiración general, y todos vieron con satisfacción su ascenso a general de división en el campo mismo de batalla, a la edad de veinticinco años. El general Lara se distinguió por su celo e inteligencia, y el general Gamarra desplegó el tino que le caracteriza. El coronel O'Connor, segundo jefe de Estado Mayor; los jefes de los cuerpos, y ciertamente los oficiales y tropa, sin tal vez una excepción, se condujeron con un valor y un celo, como si el éxito de la batalla pendiera de sus esfuerzos individuales. Los coroneles Carvajal y Silva; los tenientes coroneles Suárez, Blanco, Braun, Medina y Olavarría, que desplegaron tanto valor en Junín, nuevamente se distinguieron en Ayacucho. El capitán D. Juan Alarcón, edecán de Miller, se condujo perfecta-

6 Muerto por un rayo, pasando de Guamanga a Arequipa.

mente en esta ocasión, como lo había hecho en muchas otras. Este oficial era de descendencia indígena, pero muy bien educado, y muy modesto, benemérito e incansable para el trabajo.

Tantos caballos habían perecido, o habían tenido que abandonarlos medio muertos en el camino, durante la retirada desde Lambrama, que 25 húsares del regimiento de Junín estaban montados en mulas de carga, para aparentar mayor fuerza. Cuando el regimiento cargó, recibieron orden de quedar a retaguardia, pero unánimemente contestaron: "No; venceremos o moriremos con nuestros compañeros". En efecto cargaron, y pronto cambiaron sus mulas por caballos tomados al enemigo.

En el curso de esta carga conocieron los húsares el caballo que el general Miller perdió en Chuquibamba; cortaron al que lo llevaba, que era un ordenanza del general Valdez, y volvieron a su general su caballo favorito, el cual conservó después hasta su embarque en Buenos Aires.

Casi al mismo tiempo llamó al general Miller un oficial realista, diciéndole: "Señor, señor, me rindo a usted prisionero. ¿No se acuerda usted de mí?" Inmediatamente conoció que era el capitán Frías, del regimiento de Cantabria que envió a tierra como especie de cortesía el comandante de la escuadra, Blanco, en canje de Miller, cuando éste volvió a bordo del *San Martín*, como queda dicho en la relación de la toma de la fragata *María Isabel* al frente de Talcahuano, seis años antes; pero el general Miller no podía detenerse en aquel momento, y no habiendo tenido la satisfacción después de ver al capitán Frías, es probable que pereciera.

Los soldados de un escuadrón y todos los oficiales de un regimiento de caballería realista llevaban cascos de plata; y ellos se hicieron el objeto de la atención particular de los soldados patriotas durante la persecución de los fugitivos. Algunos tuvieron la discreción de salvarse arrojando los cascos, los cuales, como las manzanas doradas de Hipomenes, contuvieron los pasos de sus perseguidores. Este cebo de plata fue tan irresistible a los soldados patriotas, como las pomas lo fueron a Atalanta: en pocas horas todos los cascos cambiaron, si no de cabezas, de dueño, pues los que lograban atrapar algunos los rompían y se los guardaban.

Cuando el general Miller volvía al campo de batalla de Ayacucho, después de perseguir a Valdez y su división, pasó por el lado de varios grupos de realistas prisioneros, y muchos de ellos le gritaron: "¿No nos conoce usted, mi mayor, mi comandante, mi coronel?", según el grado que tenía cuando habían servido a sus órdenes en las filas de los patriotas, antes de ser prisioneros y haberlos obligado a batirse por el partido opuesto.

En un punto del campo de batalla estaban más de 30 granaderos realistas, y por la posición que tenían sus cadáveres se conocía que habían hecho una valerosa resistencia, y perecido casi al mismo tiempo en la formación que tenían a la cabeza de una columna. Cerca de aquel punto encontró el general Miller a su amigo Prieto, teniente coronel de la Legión, que acababa de hallar y retirar el cadáver, yerto y desnudo, de su hermano, joven figura interesantísima, y de sólo diez y nueve años de edad. El teniente coronel Prieto estaba profundamente afectado por la muerte de su hermano, pero manifestó le consolaba algún tanto el saber que había muerto gloriosamente; porque, "Mire usted aquí", dijo señalando al cora-

zón, por donde la bala fatal había entrado, “y vea usted esta otra”, señalando a una profunda herida de bayoneta: “es preciso que mi pobre hermano haya estado mezclado con el enemigo, y ambas heridas están recibidas por el frente”. Este joven, natural de Guayaquil, era teniente en el batallón colombiano de Pichincha. Percibiendo el general Miller ciertas indicaciones de disposición militar, unido al entusiasmo patriótico más ardiente, le invitó el año 1822 a aceptar una subtenencia en la Legión, de la cual su hermano mayor era ya capitán, y secundó con vehemencia la invitación; pero era tan entusiasta colombiano, que nada pudo convencerle a llevar la cucarda del Perú, aunque comprometidos en la misma causa común.

El general Miller continuó ocupado en varios encargos hasta muy tarde, y cerca de media noche fue a visitar al virrey prisionero La Serna, que había sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quinua. Cuando Miller entró halló al virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, a las cuales, en parte, hacían sombra sus venerables canas, teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta, y en todos tiempos noble, parecía en aquel momento aún más respetable e interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido, era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas. Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimientos se iría adelantando Miller hacia el hombre que pocas horas antes ejercía el poder real. El virrey fue el primero que habló, y alargándole la mano, dijo: “General, todos conocemos a usted perfectamente y siempre le hemos considerado como un amigo personal, sin embargo de las inquietudes que nos ha causado y del estado de alarma en que tantas veces nos ha tenido. A pesar de mis desgracias, tengo mucho gusto en ver a usted”. El virrey en seguida le manifestó que habían puesto un centinela dentro de su mismo cuarto, según presumía, por equivocación, y que en la confusión y atropellamiento natural del día no habían curado aún su herida. El general Miller mandó salir inmediatamente al centinela y envió por un cirujano. Cuando le habían curado ya la herida, al ofrecerle Miller sus servicios, le dijo que lo único con que podía brindarle era con un poco de te, que por casualidad tenía en su cantina, y único tal vez que habría en el ejército. Debilitado por la pérdida de sangre, el virrey pareció revivir a la sola mención de aquella bebida, y dijo: “Esa es, a la verdad, la única cosa que podría tomar ahora. Una sola taza me reanimaría y me preservará de empeorar y de un desvanecimiento”. Cuando trajeron el te lo tomó con ansia, y le fue quizás más agradable este oportuno auxilio que ninguna otra atención o favor de cuantos recibió en su vida. El virrey manifestó a Miller su reconocimiento del modo más expresivo, el cual tuvo un particular gusto en haber podido prestar aquel pequeño servicio a prisionero tan distinguido. Miller sabía desde mucho antes que el virrey había dicho que en el caso de hacerle prisionero le trataría como hermano y le daría los medios necesarios para regresar a su país, única condición que le impondría; pero condición que Miller no habría aceptado ciertamente, a menos que no hubiese sido acompañada del permiso de volver a servir en el ejército peruano.

La Serna principió su carrera en la artillería, y ya de teniente coronel sirvió

a las órdenes del célebre Palafox, en Zaragoza, en 1809. La Serna fue creado por Fernando conde de los Andes el mismo día de la batalla de Ayacucho; se ha retirado de la vida pública y reside en Jerez de la Frontera, pueblo de su naturaleza.

Después de despedirse del virrey, Miller fue a visitar al general Sucre, donde halló al general Canterac y algunos oficiales españoles que le habían acompañado a Quinua para arreglar los términos de la capitulación. Entre ellos estaba el teniente coronel Bobadilla, de quien se ha hecho mención en la relación de la toma de Valdivia, y el cual es un hombre alegre, sumamente entretenido y de facha muy militar. Todos ellos fueron a la choza de Miller a pasar el resto de la noche, y se fueron echando en el suelo, en el cual no era fácil encontrar un paraje seco, pues el techo tenía varias goteras; sin embargo de ello, se quedaron inmediatamente dormidos, a excepción de Canterac y Miller, que hablaron algún tiempo sobre los acontecimientos variados de la última campaña. Canterac estaba en un estado de gran agitación, y frecuentemente repetía: “¡General Miller, general Miller, todo esto parece sueño! ¡Qué extraña es la suerte de la guerra! ¿Quién habría dicho hace veinticuatro horas que sería yo huésped de usted? Pero no puede ya remediarse: la guerra se acabó, y a decir a usted la verdad, estábamos todos cansados de ella”.

El general Canterac es natural de Burdeos, en Francia, y sus padres emigraron con él a España en 1792. Principió su carrera en la artillería española, y de este cuerpo pasó a caballería. Cuando subalterno fue empleado frecuentemente en comisiones de peligro y reconocimientos de riesgo, en todos los cuales se señaló por su inteligencia y valor. En una ocasión en que el general Sir Charles Doyle fue a atacar y tomó por un golpe de mano a Bagur, para llamar la atención de los franceses durante la expedición de O'Donnell contra el castillo de Abisbal, Canterac marchó con unos dragones a Gerona con el mismo objeto, y penetró hasta las puertas de la ciudad; alarmó a la guarnición y las tropas inmediatas, y logró hacer prisioneros algunos centinelas franceses. Por la atrevida conducta de Canterac quedó paralizada la acción de las tropas francesas por espacio de doce horas, y por el de veinticuatro por la afortunada empresa del benemérito general Doyle, y de uno y otro resultó la victoria que alcanzó O'Donnell en Abisbal. Canterac sirvió en el Estado Mayor de O'Donnell, luego conde de Abisbal, y es positivo que no le habría elegido este valiente general para servir a su lado, si no hubiese tenido valor e inteligencia. Canterac es organizador, un excelente táctico, y tiene muy buenas maneras. Ha cumplido cuarenta años, acaba de casarse con una señorita en Valladolid (Castilla la Vieja), y reside actualmente de cuartel en aquella ciudad.

En la mañana siguiente, 10 de Diciembre, se presentó el coronel Althaus, que hace poco se dijo había sido hecho prisionero con su mula blanca. Desde Chuquibambab le habían conducido al cuartel general de los realistas, a los cuales había acompañado en todos sus movimientos. Desde lo alto de la montaña de Condorkanki había presenciado la sangrienta escena que pasaba en el llano, y tuvo la dicha de unirse a sus compañeros, como éstos la tuvieron de recibirle, y prepararse para oír una nueva cáfila de graciosísimas aventuras. Althaus había sido tratado bondadosamente por los jefes realistas, los cuales se habían divertido tanto, como se irritaban a veces, por el satírico tono con que contestaba, y evadía cuantas cuestio-

nes le hacían que tendiesen a aclarar la fuerza de los patriotas. Este jefe benemérito se ha casado después con una señora peruana rica y de rango; y se ha establecido en Arequipa.

En la misma mañana del 10 vio el general Miller venir hacia su casa, en compañía del general Sucre, a un oficial español; éste, que era de pequeña estatura, delgado y un poco inclinado hacia adelante, traía un sombrero de ala ancha, de pelo de vicuña, una levita basta cenicienta, unos botines altos de pelo. Cuando llegó más inmediato sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante, y antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo corrió al frente algunos pasos y abrazó a Miller, diciéndole "Conozco quién es usted. Yo soy Valdez: usted y yo debemos ser amigos". Entonces, volviéndose a Sucre añadió: "Este señor Miller nos ha tenido muchas veces sobre las armas, sin dejarnos descansar, y andando arriba y abajo. Dicen que yo soy activo, pero él parecía brujo, tan pronto aquí, como allá y en todas partes, sin que nunca pudiésemos conocer sus intenciones, saber su número o qué hacía, hasta que nos había pegado algún chasco".

El general Valdez nació en Asturias el año 1786. Fue educado para seguir la carrera de la toga, pero a la invasión de los franceses en la Península tomó las armas, y era en 1810 teniente en el ejército del general Cuesta. El año siguiente fue ascendido a capitán, y nombrado edecán del general Ballesteros. Aconsejó a este general, y se supuso escribió la exposición que hizo a la regencia oponiéndose al nombramiento del generalísimo del lord Wellington. Este paso le dio popularidad con muchas personas, pero le atrajo el desagrado del gobierno, y acompañó a Ballesteros a su separación del mando. En 1813 fue empleado Valdez nuevamente, y sirvió con distinción.

Al regreso de Fernando a España, se retiró a la provincia de su nacimiento, y en 1815 acompañó al general La Serna al Perú, en clase de jefe de Estado Mayor. Su genio militar y actividad lo manifiesta el relato mismo de estas Memorias, y su desinterés es tal que no debe pasarse en silencio. En la última época jamás quiso recibir su paga, y cuando necesitaba dinero acudía al amigo más inmediato que podía atender a sus necesidades del momento. En una ocasión, cuando se hallaba en el Sur, envió a pedir a un comerciante de Arequipa 300 duros: el comerciante le envió 500; pero como Valdez no necesitaba más de lo que había pedido, volvió el resto con el portador. Era tan descuidado en su persona, que sus amigos tenían generalmente que mandarle hacer la ropa para que pudiera mudarse, o reemplazar la que estaba ya absolutamente inútil; el vestido que llevaba en la mañana referida se lo habían regalado sus soldados el año anterior. Nunca en su mesa se servían otros manjares más de sus raciones; dormía sobre uno o dos ponchos, al aire libre, a la cabeza de su división cuando iba de marcha, y por esa razón los soldados decían de él: "*En campaña el lio siempre está en casa*".

Como hombre público era considerado Valdez como violento, precipitado, despótico y descortés; era temido de los oficiales, pero idolatrado por la tropa. Valdez era un hombre de genio muy superior, y tiene un nervio tal que le habría hecho digno compañero de Carlos XII, y de Suwarrow: en el día es segundo cabo de la provincia de Aragón.

El general Miller tuvo la satisfacción de hacer conocimiento personal con otros realistas distinguidos, contra la mayor parte de los cuales se había batido en el curso de la guerra.

Muchos oficiales españoles, aprovechándose de los términos de la capitulación, recibieron sus pasaportes y salieron para España por la vía de Lima, Arequipa o Buenos Aires; algunos permanecieron para arreglar sus intereses particulares.

Los soldados realistas entraron algunos en los batallones patriotas, pero la mayor parte se dispersaron y regresaron a sus casas.

De las importantes consecuencias de la batalla de Ayacucho, pudiera imaginarse que si la victoria se hubiera decidido por los españoles, su triunfo habría sido tan completo como el de los patriotas; pero tal suposición fuera absolutamente absurda. El ejército libertador podía haber sido destruido, y todos los jefes que lo mandaba perecer; pero, aun en tal caso, aunque los españoles habrían arrollado por algún tiempo cuanto se les hubiera puesto por delante, al fin habrían tenido que sucumbir. Con efecto, los realistas tenían muy pocas probabilidades de recibir auxilios de España, y los repetidos y continuos esfuerzos de otros jefes y de otros ejércitos patriotas, que sucesiva o simultáneamente se había formado, los hubrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido; por lo tanto, aunque el país se hubiese reducido a escombros y la miseria se hubiese hecho sentir hasta en los puntos más remotos, la causa de la independencia habría triunfado infaliblemente.

Los últimos esfuerzos de Olañeta en el Sur, y la bizarra defensa del Callao, por Rodil, fueron únicamente pruebas adicionales de la extraordinaria perseverancia con que los españoles mantuvieron y lo forzadamente que al fin abandonaron sus conquistas en LA TIERRA DEL SOL, en otro tiempo MAGNÍFICO IMPERIO DE LOS INCAS.

AYACUCHO

Por FRANCISCO BURDETT O'CONNOR*

El toque de diana en todos los cuerpos de los dos ejércitos beligerantes saludó a la aurora del 9 de Diciembre de 1821. Era aquél verdaderamente un momento solemne. Todos estábamos de pie y en formación. Habíamos pasado la noche como las anteriores, al raso. No había en todo nuestro ejército más tienda de campaña que una muy pequeña que yo había mandado hacer de brin de Rusia durante mi permanencia en Panamá, y que la había prestado a mi amigo el General Miller, quien, como Comandante General de la caballería, acampaba siempre retirado de la infantería, y no era de bastante capacidad como para el General en Jefe y los que le acompañaban, y dudo que éste se hubiera servido de ella, viendo a nuestros soldados sin más abrigo que sus capotes y frazadas.

Después del toque de diana, de recibir los partes de las Divisiones del Ejército, y de presentarlos al General en Jefe, con la fuerza de 1.501 hombres del ejército de Colombia, y 1.030 de la División del Perú, me dirigí al campamento del General Miller, situado al pie de la colina, a retaguardia del campo y estando sentado sobre uno de los baúles de Miller, tomando una taza de té, pasó por encima de nuestra tienda una bala de cañón, y tan cerca, que la sacudió. Acabé de tomar mi té, y diciendo a mi compañero que aquel era un aviso seguro de que venían atacarnos, le estreché la mano diciéndole: hasta más tarde, y regresé al lado del General en Jefe, cerca de unas paredes de una casa derruida, sobre el flanco derecho de nuestra posición. Allí estaba el Teniente Coronel Trinidad Morán, primer Jefe del famoso batallón *Vargas* y favorito del General Sucre con el antejo en las manos, divisando en la dirección de la División *Villalobos* y diciendo: "Apuesto una onza a que esos cobardes no bajan de sus alturas hoy".

"Morán, le dije: yo no he ganado ni perdido un peso en toda mi vida, en apuestas ni en el juego (y él era el más jugador de todo el ejército), pero ahora apuesto con Ud. dos onzas, que hasta dentro de dos horas estarán aquí peleando con nosotros, y hasta dentro de tres estarán derrotados; y los que puedan, volviendo a subir a sus alturas". "Oh! no, mi coronel", me dijo; y echando una mirada sarcástica al General Sucre: "El sabe mucho, agregó, para que aventure una apuesta con él".

Al poco rato sucedió como se lo había dicho.

* Tomado de sus *Recuerdos*. Editores González y Medina. La Paz, 1915.

El Ejército realista se presentó en toda la falda de las alturas de Condorcunca; sobre su izquierda la División de *Villalobos*, la División *Monet* en el centro, y la de *Valdés* formando la derecha. Su caballería había bajado primero al pie de la cuesta y se formó al frente de nuestro centro, que ocupó la división de reserva al mando del General Lara. La del General Córdova sobre nuestra derecha, y la División del Perú, al mando del Gran Mariscal La Mar, sobre nuestra izquierda. Los dos flancos de nuestra división eran defendidos y bien resguardados por quebradas hondas, aunque no intransitables. Momentos antes de empezar el combate, llegó el General Gamarra adonde estaba parado el General en Jefe, antes de montar, y mirando las patas de su caballo, un hermoso *moro*, dijo: "Yo tengo mi seguridad en las uñas de mi caballo". Después de este dicho, no le volví a ver en todo el día.

El General quería dar principio al combate con un ataque de caballería. Se dirigió al pie de la altura (en donde se hallaba formada la caballería enemiga) con el Teniente Coronel Braun y los *Granaderos de la Guardia*; pero cuando llegamos como a unos ochenta pasos de la caballería formada, los granaderos dieron vuelta sin desordenarse y nos dejaron pasmados. Parece que ellos comprendieron mejor que no convenía ese movimiento, y vimos a los Jefes españoles conteniendo a sus soldados y hablándoles.

Entre tanto, habían bajado sobre nuestro flanco derecho bastantes batallones del enemigo, que debíamos atacar antes que bajasen más pues éste era el plan en que habíamos convenido. El General Sucre recorrió nuestras filas excitando el mayor entusiasmo, y colocándose en un punto céntrico, con aire imponente y lleno de emoción, dijo en voz alta: —"Soldados: de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sud". Y luego, señalando a las fuerzas enemigas, que descendían a la llanura, agregó: —"Otro día de gloria va a coronar nuestra admirable constancia". El Ejército Libertador le respondió con estrepitosos vivas".

El combate se comprometió reciamente, con admirable desnudo por ambas partes.

El General Sucre se dirigió al General Córdova, que estaba cerca y le dio la orden de atacar los batallones enemigos. Entonces el joven y heroico Córdova gritó con voz alta e imponente: —¡Armas a discreción. Paso de vencedores. Marchen!

Encontró a su frente a la aguerrida división *Villalobos*, con su artillería y caballería toda la cual quedó completamente derrotada en menos de media hora. La división *Monet*, que bajaba del centro a apoyar a la de *Villalobos*, fue impetuosamente cargada por los cuerpos de la División de Córdova. Los Granaderos de Colombia con su teniente coronel Braun, teniendo que cargar pie a tierra por la escabrosidad del terreno, acabaron de destrozarse los restos de aquella división, de la cual el escuadrón *San Carlos* quedó en esqueleto.

Viendo el General en Jefe que el asunto estaba concluido sobre nuestro flanco derecho, se dirigió a galope hacia la izquierda. A nuestra llegada allí, hallamos la división *Valdés* dentro de nuestras líneas y amenazando nuestra retaguardia. Inmediatamente se hizo marchar al trote el batallón *Vargas*, y en seguida el *Vencedor*, a llenar el claro dejado por la división del Perú, que se hallaba dispersa;

pero una vez que llegaron estos dos batallones de nuestra reserva, cargaron con la misma impetuosidad y denuedo que la división Córdova sobre nuestra derecha. En este momento el General Valdés distinguió la bandera tricolor de Colombia, flameando en media falda de los altos de Condorcunca, frente a nuestro centro. Se persuadió entonces el Jefe español de que todo estaba perdido, pero no emprendió su retirada hasta no ver su División completamente destrozada por una terrible carga del General Miller con los *Húsares de Junín* y el escuadrón de los Andes, en cuya última carga tuve el honor de hallarme.

Regresando con el General en Jefe al ala derecha, me hizo esta interrogación: “Y bien, mi coronel, ¿no me dijo Ud. anoche que la victoria no sería completa (porque sería necesario atacar al enemigo antes de darle tiempo a que baje todas sus fuerzas) la quiere Ud. más completa?”

“Sí señor, le respondí, la quisiera aún más completa, pues no ve medio ejército de ellos subiendo y ganando las alturas, y todavía en suficiente número?”

El Capitán Jorge Brown, de la compañía de Granaderos del batallón *Pichincha*, fue el que clavó la bandera en media falda del Condorcunca, la misma bandera que yo había mandado hacer en Panamá para mi antiguo batallón “Itsmo”.

Así terminó la memorable batalla de Ayacucho, en la que, según el parte del General Sucre al ministro de la guerra en Colombia, los españoles presentaron un ejército de 9.310 hombres, y el Ejército Unido Libertador era sólo de 5.780.

En este parte no se hace mención de un solo nombre extranjero, a excepción del nombre del Coronel Sandes, del batallón *Rifles* y del Capitán Brown de la compañía Granaderos del *Pichincha*, por haber salido levemente herido después de haber clavado la bandera republicana en la falda del Condorcunca. No hace mención de los valientes y meritorios capitanes del batallón *Rifles* Wright, Ferguson, Harris, Hallowes, ni del bravo teniente Gilmore Gregg, que había sido del Regimiento *Lanceros* de la Legión Irlandesa, ni del intrépido Teniente Coronel Felipe Braun, del escuadrón *Granaderos de la Guardia*, ni de su Jefe de Estado Mayor, que escogió la posición y trabajó durante todo el combate cuanto pudo.

Puedo decir, con toda verdad, que en aquella gloriosa acción todos cumplieron su deber. O vencer o morir; no había remedio y vencimos con un trabajo que apenas duró hora y media.

Hay un punto que merece citarse aquí: de la División del Perú, que se halló en esta grande y memorable batalla, ningún cuerpo fue mandado por jefe peruano: el batallón 1º era mandado por el Coronel Francisco de Paula Otero, argentino; la Legión Peruana por el Coronel José María Plaza, argentino; el batallón 2º por el Coronel Ramón González, chileno. Su antiguo jefe Coronel Gregorio Fernández (argentino) quedó enfermo en Pichirgua durante la retirada. El batallón 3º por el Teniente Coronel Benavides, español; el Regimiento *Húsares de Junín*, por el Coronel Isidoro Suárez, argentino; el tercer escuadrón por el Comandante Pedro Blanco, boliviano; siendo el General Jefe de la división el gran Mariscal Don José La Mar, colombiano.

Cuando hubo cesado el fuego y pasado ya el combate, yo me ocupé con partidas de diferentes cuerpos de nuestro ejército, de recoger a los jefes, oficiales

y soldados heridos del enemigo y los fusiles y demás objetos arrojados en el campo de batalla. Hallándome en esta operación, llegó adonde yo me encontraba, un Capitán Media-Villa, edecán del General Valdés preguntando por el Mariscal La Mar. —“¿Qué quiere Ud. con el Mariscal La Mar? El no manda aquí”, le dije. “Eso lo sé, me respondió el Capitán, pero, como sabemos que los colombianos no dan cuartel a nadie, tengo orden del señor General Valdés, de proponerle una capitulación, porque la tropa en el alto está saqueando los bagajes de los generales y oficiales”.

Pasó el Capitán Media-Villa al pueblecito de Queñua, a donde se hallaban ya nuestros jefes, y al poco rato regresó con el Mariscal La Mar hasta el alto donde tuvo su entrevista con el General Valdés, y los otros jefes realistas, que allí se encontraban, y volvió antes de que yo hubiera acabado de desocupar el ya histórico campo de Ayacucho.

El General Miller había buscado una casita para alojarse, y yo me acomodé con él. Toda esa memorable noche llovió copiosamente. Estábamos los dos escribiendo en una misma mesita que pudimos conseguir. El escribía cartas a su país (Inglaterra) y yo los partes de los muertos y heridos de nuestro ejército en la batalla de ese día. En esta operación estábamos cuando repentinamente exclamó en inglés el benemérito General Miller: “El último tiro de cañón dado hoy en este campo, debe servir de aviso a todos los extranjeros para que salgamos de este país, pues no habrá cabida ya en él para nosotros”.

Amarga exclamación, que me impresionó mucho. En ninguna noche, durante toda esta campaña, nos había llovido una gota; pero en esta del 9 de Diciembre llovió toda la noche tanto, que nos mojó a todos aun dentro de las casitas que ocupábamos.

Los oficiales del Estado Mayor del General Canterac estaban echados a nuestros pies, en el suelo, unos roncando, otros quejándose. El General Miller hizo llevar su servicio de té al alojamiento del Virrey La-Serna, que se hallaba herido en una oreja. Tomaron su té y regresó el general a seguir escribiendo.

Al siguiente día, temprano, llevé al alojamiento del General en Jefe los partes de los muertos y heridos de ambos ejércitos y de los prisioneros, como también la razón de los pertrechos de guerra, que resultaron de la victoria. Hallé al General Sucre dictando la capitulación de Ayacucho con el General Canterac, Jefe del Estado Mayor General del ejército realista, y desempeñando las funciones del Virrey por estar herido La-Serna. El General Carratalá escribía los artículos. A este mismo tiempo entró en la salita el General español don Jerónimo Valdés, que venía desde el alto de Condorcunca donde había pasado la noche. Estaba mojado y con mucho frío. Al entrar, el saludo que nos dirigió fue con estas palabras: —“Nos han fundido Uds. Su posición había sido una trampa número cuatro; los que en ella entraban, no volvía a salir”. Y esto fue justamente lo que yo dije al General en Jefe la tarde en que estábamos colocando las divisiones de nuestro ejército en la posición que yo había escogido, y de la cual él no se mostró contento.

Después de firmada la *Capitulación de Ayacucho*, los dos ejércitos se pusieron en movimiento para Huamanga.

Cuando el Libertador recibió en Lima el parte de nuestra espléndida victoria, dirigió al Ejército Unido Libertador de Colombia y el Perú, la siguiente hermosa proclama:

SOLDADOS: Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido?

“La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

“**SOLDADOS:** Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

“**SOLDADOS:** Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis, antes de volver a nuestra hermosa patria. Mas no... jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

“**SOLDADOS PERUANOS:** vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

“**SOLDADOS COLOMBIANOS:** centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

“Cuartel General dictatorial en Lima, a 25 de Diciembre de 1824.

SIMÓN BOLÍVAR

El Libertador expidió el siguiente decreto de honores y recompensas al ejército vencedor en Ayacucho:

CONSIDERANDO

1º—Que el Ejército Unido Libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la libertad al Perú;

2º—Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del General en Jefe Antonio José de Sucre, y demás Generales, Jefes, Oficiales y tropa;

3º—Que es el deber del pueblo y del Gobierno dar un noble testimonio de su gratitud a este glorioso ejército;

HE VENIDO EN DECRETAR Y DECRETO:

I.—El ejército vencedor en Ayacucho tendrá la denominación de *Libertador del Perú*, y los cuerpos llevarán en sus banderas la misma inscripción.

II.—Los cuerpos que lo componen, recibirán el sobrenombre de *Glorioso*.

III.—Los individuos que lo componen, el título de *Beneméritos en grado eminente*.

IV.—En el campo de Ayacucho se levantará una columna consagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito General Antonio José de Sucre, y en ella se grabarán los nombres de los Generales, Jefes y oficiales y cuerpos en el orden y preeminencias que les corresponde. La gratitud del pueblo y del gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la erección de esta columna.

V.—Un cuerpo de cada arma de los de Colombia y el Perú tomará el sobrenombre de *Ayacucho*. Una junta compuesta de los generales y jefes de ambos ejércitos, presidida por el General en Jefe, Antonio José de Sucre, designará los cuerpos que deben recibir esta gloriosa recompensa.

VI.—El ejército vencedor en Ayacucho será inmediatamente ajustado y pagado, teniendo estos gastos la preferencia sobre todos los del Estado, aun cuando para ello tenga la Nación que contraer un nuevo empréstito.

VII.—Los individuos del ejército vencedor llevarán una medalla en el pecho pendiente de una cinta blanca y roja con esta inscripción: *Ayacucho*. Los Generales, esmaltada en brillantes; los jefes y oficiales, de oro, y la tropa de plata.

VIII.—Los padres, mujeres e hijos de los muertos en Ayacucho, gozarán del sueldo íntegro que correspondía a sus hijos, esposos y padres cuando vivían.

IX.—Los inválidos recibirán la misma recompensa del artículo anterior, y además serán preferidos para los empleos civiles según sus aptitudes.

X.—Se nombra al General en Jefe Antonio José de Sucre Gran Mariscal con el sobrenombre de *General Libertador del Perú*.

XI.—El Gobierno del Perú se encarga de interponer su mediación con el de Colombia, a fin de que se sirva prestar su consentimiento para el efecto de las recompensas que declara este decreto al ejército de Colombia.

Dado en el palacio dictatorial en Lima a 27 de Diciembre de 1824.

SIMÓN BOLÍVAR

El Libertador escribió a Sucre felicitándole por la gloria de que se había cubierto dando la independencia a un mundo entero, y le anunciaba el título de *Gran Mariscal de Ayacucho*, y le añadía: “El 9 de Diciembre de 1824 en que Ud. ha triunfado de los enemigos de la independencia, será eternamente un día que mil y mil generaciones recordarán bendiciendo siempre al patriota y al guerrero, que lo ha hecho célebre en los anales de la América. Mientras exista Ayacucho, se tendrá presente el nombre del General Sucre. *El durará tanto como el tiempo*.”

La obra del gran Bolívar estaba coronada.

El glorioso e invencible ejército de Colombia selló con su generosa sangre en el campo de Ayacucho la libertad y la independencia de la América del Sur.

Los nuevos estados del Continente estaban en la brillante aurora de su vida autónoma y libre.

COLPAHUAICO

Por CORONEL MANUEL C. BONILLA

I. - GENESIS DEL ESTUDIO

LABOR HISTORICA

El cotejo de los relatos de un mismo acontecimiento, acusa diferencias, a veces notables, entre actores, testigos y comentaristas, lo cual se explica porque los primeros no pueden abarcar simultáneamente el conjunto y los detalles, limitando sus referencias a aquellos en que intervinieron o presenciaron y los demás adaptan su concepto a la exposición de los anteriores en cuanto encuentran de más verosímil, importante y, sobre todo, divulgado con mayor intensidad.

Tal circunstancia convierte el estudio de un tema histórico en una labor de selección ecléctica y discriminatoria, seguida de serena meditación para aproximarse lo más posible a la evidencia y a la realidad. Este concepto me estimuló a utilizar los desplazamientos profesionales a través de nuestro territorio para reconstruir, en su propio terreno, los sucesos de que fueron escenario, poniendo, con este proceder, muy sólidos cimientos a la obra histórica que, en lejano día, me encomendara el Supremo Gobierno y puse todo empeño en realizar.

Los resultados obtenidos con este proceder, ensayado en 1902, en la legendaria pampa de *Junín*, me permiten esta afirmación doctrinaria: *la Historia, particularmente la militar, ni se escribe ni se relata: precisa reconstituirla* y, para lograrlo, cuando se estudia un hecho, se impone una transmigración espiritual a los actores, a la época, a los elementos y a los medios porque sólo así se consigue comprender y explicar la verdad y ser co-partícipe de la emoción del suceso.

Resultado de este *modus operandi* es este estudio del combate de *Colpahuai-co*, que tengo la complacencia de ofreceros y cuyo desarrollo es la fehaciente confirmación de otra doctrina que en la vida profesional, inspiró mis enseñanzas, guió mi proceder y me esforcé por convertirla en divisa, aliento y fe, de cuantos tienen el altísimo honor de ofrendar, íntegramente, su yo en las aras de la *Patria* y del *deber*: la *Moral*.

LA MORAL MILITAR

La guerra es la evolución incesante de cuanto con ella se relaciona, y su elemento primordial —el Ejército— es un organismo en perpetua transformación.

Ciencias, Artes, Industrias, elementos, medios, lo material y lo espiritual, todo, tiene puntos de contacto con la guerra y con las tropas, su instrumento; y todos ellos cambian, varían, se modifican por obra del progreso, pero existe algo inmutable, resumen, cristalización, *alfa y omega* también de todo: el *hombre*. Sin ejércitos la guerra es imposible y sin hombres no existen ni pueden existir ejércitos.

Ahora bien, el hombre es más, mucho más, que el organismo físico; su importancia, su valor intrínseco, su mérito, su potencial, no es únicamente fisiológico, pudiéndose afirmar que en el ser humano predomina el espíritu, ese soplo divino conquie la religión nos enseña que el Supremo Hacedor animó la estatua del primer hombre, para hacerlo a su imagen y semejanza.

En la acción del *Colpahuayo* comprobamos cómo la organización, el entrenamiento, las armas y demás elementos materiales, la técnica de los conductores, la preparación de los jefes, la aptitud de los oficiales, la superioridad de los cuadros y de los efectivos, son importantísimos coeficientes de la única cantidad básica: la *moral*. Y cómo esta moral perdida por el bando realista en el olímpico choque de *Junín*, habíase transformado, entre los insurgentes, en sostén, guía y estímulo para el cumplimiento del deber, en acicate para la lucha y en fe inquebrantable para el triunfo.

Como se verá, sin la moral del general Sucre posponiendo su yo al cumplimiento de su misión y de las órdenes del *Libertador*; sin la moral de los generales *Córdoba, La Mar, Lara y Miller*, para quienes la gloria más esplendente era la cooperación al éxito común; sin la moral de la admirable pléyade de oficiales superiores y subalternos forjados para la lucha por la libertad que exige valor, abnegación, perseverancia, camaradería, y sin la moral que constituía la férrea disciplina de la tropa, *Colpahuayo* habría sido un descalabro, un desastre, como erróneamente se le califica. Según la frase de Valdés habría quedado en ese día la victoria consumada a favor de los españoles, sin permitir al egregio Sucre apreciarlo como el esfuerzo que en realidad él es *el que ha valido al Perú su libertad*.

TRABAJO DE ESTADO MAYOR

Esta evocación de la gloriosa efemérides de *Colpahuayo*, me permite ofrecer también a los militares diplomados de Estado Mayor, un bello ejemplo de cómo se llenan sus interesantes y eficientes labores.

Como *Director General del Tiro*, realicé en 1917 un viaje de propaganda y organización de sus elementos, con el ideal de prepararlos para la defensa nacional, primer paso dado en el país en el camino de la educación pre-militar, planeada y alentada por la visión patriótica del *Presidente Dr. José Pardo* y su *Ministro de Guerra General Benjamín Puente*, en cuya labor conté con la inteligente y amplia cooperación del *Mayor Ernesto Montagne*, hoy *General y Senador* y siempre por su talento y corrección, sobresaliente figura del *Ejército*; viaje ese del cual aun perduran resultados y gratas reminiscencias en el Sur y Centro de la República.

Para pasar del Cuzco a Ayacucho, ceñí mi itinerario al de las operaciones en la campaña de 1824, disfrutando desde *Abancay* la amable y valiosa compañía del *Dr. José M. Ramos Ocampo*, culto e insospechable conocedor de la región, a quien

se unió desde su hacienda *Pajonal*, el Dr. *Rómulo A. Parodi*, connotada autoridad en cuanto se relaciona con esa zona, como propietario que es del lugar teatro de la sorpresa de que nos ocupamos.

Para llegar a Ayacucho hubimos de seguir precisamente la ruta de las tropas libertadoras y atravesar la quebrada de *Colpabuaico*. La versación histórica de los expresados doctores y el interés profesional y buena voluntad del *teniente Carlos Nicholson*, me permitieron efectuar un estudio reconstructivo de la acción del 3 de diciembre de 1824, dándome la impresión de existir error en el concepto con que se le relata, considerándola un desastre o, cuando menos, como un muy serio contratiempo de las armas patriotas, repitiendo, sin reflexión el juicio emitido por *Sucre* en el parte de la batalla de *Ayacucho*.

En 1919 este estudio fue utilizado por el Estado Mayor de la IV División a mi mando, para realizar la reconstrucción de la campaña y batalla de *Ayacucho*. En tal labor, la más importante, el Mayor *Felipe de la Barra* y el capitán *Oscar N. Torres*, estudiosos y hábiles diplomados de *Estado Mayor*, ambos cultores de la Historia, hombres de espada y pluma y altos valores de nuestra *Infantería*, hoy Generales de Brigada y, respectivamente, Jefe del *Estado Mayor General* y *Director de la Escuela Superior de Guerra*, aportaron su concurso a tal obra con la sinceridad, el talento, el dinamismo y la modestia que son requisito en los trabajos de *Estado Mayor*, dando como resultado la reconstitución de ese combate que, casi sin alteraciones, voy a someter a vuestra ilustrada reflexión y vuestra crítica y que me permite presentar las cooperaciones de los oficiales nombrados, como un modelo de trabajo de oficial de *Estado Mayor* y cumplir, una vez más, el deber más de justicia y de hidalguía de prodigarles, en esta ocasión para mí solemne, el más encomiástico agradecimiento, extensivo a los doctores *Ramos Ocampo* y *Parodi* y al hoy Mayor, catedrático de la *Universidad de Arequipa*, *Carlos Nicholson*.

II. - DESCRIPCION DEL COMBATE

ANTECEDENTES

En su parte de la batalla de Ayacucho,* el general *Sucre* describe así la situación de los patriotas desde los últimos días de noviembre de 1824: "Siendo "difícil pasar el río (el *Pampas*) e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro Ejército quedó en *Uripa* y los españoles en Concepción, estando a la vista. El "21, 22 y 23 (noviembre) el encuentro de las descubiertas nos fue siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia *Vilcas-Huamán*, "y nuestro Ejército vino sobre las alturas de *Bombón* hasta el 30, que, sabiéndose "se que los enemigos venían por la noche a la derecha del *Pampas*, por *Uchubamba*, a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia."

"Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente la izquierda del *Pampas*; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a *Matará*, en la mañana

* Véase Apéndice.

“del 2, cuando el español se avistó en las alturas de *Pumacahuanca*. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla, pero fue excusada por el enemigo “situándose en unas breñas no sólo inatacables sino inaccesibles; el 3 el enemigo “hizo un movimiento indicando el combate y, se le presentó la batalla; pero “rigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra “taguardia. Antes habría sido indiferente al *Ejército* dejar al enemigo a la espalda, pero la posición de Matará, después de ser mala carecía de recursos, y era por “tanto necesario seguir la retirada a *Tambo-Cangallo*”.

Por su parte, el brillante táctico adversario, general *Jerónimo Valdés*, en la Exposición que dirige al Rey don *Fernando VII sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú*, da a conocer así la situación del Ejército realista en la misma época:

“Lo quebrado del terreno y caudalosos ríos que fue preciso atravesar para “llegar al enemigo, que había emprendido su retirada, desde el momento de que percibir que se le buscaba, hicieron que se prolongasen las marchas, y se repitiesen “las maniobras extraordinariamente para flanquear las fuertes posiciones que iban “ocupando y que no era posible atacar de frente, lo cual hizo molesta y larga la “campaña. Con todo eso, a fines de noviembre se hallaban ya vencidas las mayores dificultades, bien que con una horrorosa baja del Ejército Real entre muertos y enfermos y desertores, sin embargo de haber reportado ventajas en todos “los pequeños encuentros que se habían ofrecido, por lo que contaba menos de “7000 hombres. El 2 de diciembre hallándose separada a mis órdenes la vanguardia en ocasión de completar un movimiento, se pusieron los dos Ejércitos a la “vista, pero colocados en tan fuertes posiciones que tuvieron a bien respetarse “mutuamente. Avisado de la situación de ambas fuerzas, hice marchar la mía toda “la noche y a las doce del día siguiente se hallaba ya incorporada o muy próxima.”

TOPOGRAFIA

El insuperado estratega y siempre laureado táctico, quien fuera el jefe de aquellas también insuperadas maniobras, realizadas en las escarpadas comarcas del *Apurímac* y del *Pampas*, quien además era *ingeniero*, en carta dirigida al *Liberador* consigna una frase, humorística pero gráfica, con la cual define y representa aquella zona donde se realizó la campaña final de la emancipación suramericana, diciendo: “la mejor idea que puede darse de esta región es la de un papel arrugado”. El escenario de esta acción se encuentra en el camino que va de *Ayacucho al Pampas*, en la cordillera occidental y en la meseta de *Pucuhuillca* a la cual corta de N. a S. constituyendo un desfiladero estrecho, profundo y de flancos abruptos.

Siendo esta quebrada perpendicular al camino, su paso es imprescindible para llegar desde el caserío de *Matará*, situado al S. hasta la pampa de *Tambo-Cangallo*, ubicada al otro lado N. que era precisamente el itinerario del Ejército *Liberador*.

A 8 kilómetros a E. de *Matará* se destaca la mole de 4.500 metros de altitud del *Pumacahuanca*, que sirvió de frontera entre los empecinados *Chancas* y los valerosos *Quechuas* y ahora constituía la línea de operaciones del Virrey *La Serna*.

Próxima a *Matará*, donde los caudillos *Béjar* y *Mendoza* pelearon, el 27 de enero de 1815 por conquistar la libertad peruana, se encuentra la también histórica quebrada de Acroco, que se junta con la de *Colpabuaico*, casi en ángulo recto y se prolonga hasta *Pacaicasa* y *Yucaes*.

LA ACCION

Colpabuaico es una acción sangrienta y hermosa. Tiene la belleza arrogante y viril del atleta en el momento mismo de la lucha. Es la aurora de *Ayacucho*, ese día sin ocaso para la *Libertad*, sin sombras para América, sin mácula para el *Honor*.

Olmedo hizo de *Junín* una iliada bolivariana. *Sucre* con su parte y la capitulación, *La Mar* con su resistencia, *Córdoba* con su voz de mando y ambos adversarios con la inusitada y caballeresca entrevista, convirtieron a Ayacucho en una epopeya. Entre estos dos cantos de gloria *Colpabuaico* es una estrofa cuyo ritmo pasa desapercibido y con adulterada ortografía. Actores y testigos lo relatan con detalles discordes, los protagonistas adversos se abrogan sus lauros, no mereció la consideración de un parte oficial ni de un estudio o comentario, amplio y minucioso, como lo merece su trascendencia, a pesar de estar allí, condensada la más hermosa parte del poema de la campaña final de la emancipación suramericana.

PRELIMINARES

Burlado el Virrey *La Serna* en sus intenciones de aniquilar a los patriotas, a su paso por el río *Pampas*, decide, conformándose con la opinión de la Junta de Guerra que componían sus *generales*, marchar tratando de adelantarse a los insurgentes, para impedir sus movimientos hacia el Oeste.

Los patriotas con gran dificultad y a la vista de sus adversarios, consiguieron pasar el puente de bejucos, construido bajo la personal dirección del *general Sucre*, no pudiendo la *División Lara* unirse a los demás sino en la mañana del día 3 de diciembre de 1824.

Los españoles en las alturas de *Matará* y los insurgentes en el ancho declive N. de esta meseta, pasan las primeras horas del día esperando la reunión de sus *Divisiones* retardadas.

Más o menos a las ocho de la mañana, la *División Lara* se reúne a su grueso. Llegan también algunas reses que van a constituir el único alimento de aquellos soldados, quienes desde la víspera no habían comido.

El *Virey*, en esta hora, hace desplegar sus fuerzas en dispositivo de batalla pareciendo estar dispuesto a reñirla.

El *general La Mar* pide para la *División peruana* el honor de disparar los primeros tiros y resistir el embate inicial. *Sucre* da rápido sus disposiciones y los patriotas, adoptando también su orden de batalla, aceptan el reto. Las compañías de cazadores rompen los fuegos y, en ambos bandos se presiente llegada la hora del choque buscado desde allende el *Apurímac* pero... los castellanos difieren la lucha y desde ese instante, elocuente lección de moral militar, ¡la victoria final estaba decidida del lado patriota!

Superioridad de elementos, ventaja de posiciones, todo auguraba un éxito completo a los realistas y sólo la falta de decisión, tal vez el temor a la insuficiencia del número, la zozobra de no haber llegado el instante preciso, esto es la falta de moral, detiene la batalla en sus preliminares. Mientras del lado patriota la tranquilidad el orden, la disciplina, la decisión firme de jugar el todo por el todo, la fe profunda, arraigada en el éxito asegurado por el esfuerzo, esto es, la moral, permite aceptar el reto con audaz entereza.

EL PLAN PATRIOTA

Hasta las doce del día 3 de diciembre, los dos Ejércitos adversarios permanecen así, frente a frente, en guardia, entreteniéndose en fintas, sin tirarse a fondo. *Sucre* deseoso de salir de la mala posición, deparada a sus tropas por el terreno y las circunstancias, observa el problema por resolver y, sin duda, con admirable golpe de vista táctico, en su imaginación lo analiza y discute así: desde la posición ocupada por sus tropas a la salida de ella, hay una línea recta —la más corta distancia, desde luego— en la dirección de su itinerario de marcha; los realistas situados en las alturas de *Pumacabuanca*, para llegar al mismo lugar de salida, estaban obligados a seguir circunvalando la cadena de montañas, por consecuencia no podrán impedirle el paso. Por otra parte es evidente la poca decisión de *La Serna* para empeñar la batalla, pues la rehusó antes y, ahora, la difiere a pesar de tener de su lado las más favorables probabilidades. En último caso, siempre podrá disponer de tiempo y espacio para adoptar una formación de combate adecuada, si los adversarios resuelven atacar. Decide, pues, continuar la retirada hacia *Tambo-Cangallo*, atravesando el desfiladero de *Colpabuaico*, con un simple razonamiento geométrico: él marchará por la cuerda, mientras los españoles, si lo desean atacar, deberán describir el arco.

Y así resuelve el problema.

Los independientes se ponen en marcha. Las *Divisiones Córdoba* y *La Mar* penetran y salvan la quebrada de *Colpabuaico*. La *División Lara*, encargada de la conducción de los bagajes, parque y ganado sin empleo, así como la *División de Caballería*, mandada por *Miller*, hallábanse empeñadas en la difícil tarea de pasar la hondonada, cuando fueron terriblemente sorprendidos por el fuego enemigo.

EL PLAN REALISTA

La causa fundamental del no empeño de la batalla en *Matará*, fue la espera por el *Virrey* de la *División Valdés*, su vanguardia, retrasada a 55 kilómetros de las alturas de *Pumacabuanca* a donde llegó, sólo al mediodía del 3 de diciembre, a pesar de haber recorrido tan enorme etapa, caminando durante la noche, con sólo un gran alto en Concepción.

Mientras tanto examinada la situación por los *generales* españoles, idearon su maniobra predilecta: mantener su grueso sobre las alturas fijando al adversario y, mediante una marcha rápida, llevar un fuerte destacamento para obstruir al adversario en la dirección de su itinerario. Esto permitiría, si los patriotas se desplazaban, embestirlos en lugar desfavorable al despliegue y la resistencia y, si se mantenían en situación de espera, atacarlos en tenaza presionándolos por el frente y por un flanco.

Para realizar esta maniobra fue designada la vanguardia, a pesar del esfuerzo de marcha que acababa de realizar, sin duda para no mover las unidades del grueso, ya desplegadas, lo cual podría dejar prever las intenciones, y también por ser su jefe, el *general Valdés*, reputado como eximio en las marchas fuertes y las operaciones audaces.

Cubriéndose con los accidentes del terreno esta *División Vanguardia*, compuesta por los batallones *Burgos*, *Cantabria*, *Gerona*, *Infante* y un regimiento de caballería alcanzó en las primeras horas de la tarde del día 3 a emboscarse en un paraje dominante del paso ineludible del desfiladero donde se mantuvieron ocultos. Era la imagen del león ibero, agazapado en las breñas andinas, músculos y garras listos para el salto sobre el puma, acosado por tanto tiempo y tan largo espacio.

MOVIMIENTOS INICIALES

Mientras la *División Valdés* ejecutaba este movimiento, el *Virrey* mantenía al resto de su Ejército impasible, en las alturas, afectando una situación de espera. *Sucre*, calculando el tiempo de marcha, la dispone y sus tropas inician ordenadamente su desplazamiento, visto lo cual, también *La Serna* dispone el suyo, ejecutándolo según el itinerario previsto por su rival, esto es siguiendo por una cuchilla y luego por la línea de crestas de la cadena donde estaba situado.

Repítase, así, la maniobra efectuada sobre el *Apurímac* y sobre el *Pampas*, la evolución iniciada desde el *Cuartel General del Cuzco*, permanentemente ejecutada en los riscos de la *Cordillera Oriental* y fracasada en cuanto oportunidad llevó a los adversarios hasta el contacto, lo cual permite creer que el *Comando español* y su *Estado Mayor*, tenían el cerebro aprisionado por la obsesión de un esquema, y como el esquema es la ruina y ésta es la negación de la iniciativa y del dinamismo intelectual, es de aguardar el resultado, bajo todo concepto fatal, de esta maniobra consistente, como se ha visto, en fijar al enemigo por el frente, mientras se ejecuta un movimiento desbordante y giratorio sobre un flanco.

Sucre, para mantener el contacto y estar oportunamente informado de los detalles, comisionó a su Ayudante, el *Mayor Bustamante*, quien fue hecho prisionero por una emboscada, lo cual revela que las tropas realistas marchaban a cubierto, dentro de una perfecta atmósfera de seguridad.

El principal interés de *Sucre*, en esta marcha y en este momento, era salvar el mal paso de la quebrada con luz solar. La cabeza de su columna alcanzó la salida del desfiladero a las 3 de la tarde (15 h.) y, sin detenerse, la hizo pasar al lado opuesto. La operación fue lenta y molesta por lo escabroso del terreno y el considerable y natural alargamiento.

Valdés, desde su acecho, vio el pesado desfile de las *Divisiones Córdoba* y *La Mar* y las dejó alejarse sin dar motivo de hacer percibir su emboscada.

Córdoba, con admirable intuición, viendo a la masa enemiga de *La Serna* marchar por las alturas del flanco, dejó la compañía de *Cazadores* del batallón *Bogotá* al mando del capitán *Piñeres* como flanguardia fija.*

* Según versión familiar, el Teniente Manuel Bonilla, muerto en la Batalla de Ayacucho, perteneció a este Batallón y Compañía, según consta en el parte de la batalla.

Años después el *general Lara* niega este hecho, nosotros los consignamos por encontrarlo en otros testigos de esa acción y, sobre todo, por hacerlo evidente el desarrollo de este combate y las admirables dotes de iniciativa del general de las frases célebres y de las decisiones desusadas y heroicas.

LA SORPRESA

Los últimos elementos de la *División La Mar* aun no habían salvado el desfiladero.

La *División Lara*, compuesta de los batallones *Vargas*, *Vencedor* y *Rifles*, marchaba a cargo de los bagages, ganado sobrante y cuanto significaba impedimenta, sin contar con personal de arrieros, escoltaba a la artillería y protegía a la caballería.

Poco después de las cinco de la tarde, alcanzó su cabeza la entrada del desfiladero y, encontrándose en la árdua tarea de hacerlo pasar, lo más pronto posible, a las cargas, las unidades atentas únicamente al desplazamiento y con las armas enfundadas, todo lo cual no les había permitido conservar una formación protegida.

En tan críticas circunstancias, fueron bruscamente arremetidos por las tropas de *Valdés*, quien sólo ahora juzga llegado el instante preciso para, con las primeras sombras del crepúsculo vespertino, asestar el golpe ideado por su audacia y preparado con tanta cautela como seguridad de éxito.

Desde lo emboscado de su emplazamiento, con la máxima velocidad de tiro de las armas del entonces, rompe sus fuegos sobre las tropas incapacitadas para contestarlos desde el fondo de la quebrada, donde se arremolinan y confunden, por efecto de la sorpresa hombres, ganado y cargas, sin espacio para moverse.

La compañía del *Bogotá* reacciona, contesta el fuego y atrae sobre sí el ímpetu de *Burgos*.

Las últimas unidades de la *División La Mar* prosiguen su marcha para salir del barranco y reunirse a su *División*. El comandante de la unidad de cola de la *Legión Peruana*, al ver la situación de la compañía *Piñeres*, la refuerza con la suya de *Cazadores* y ambas compañías, rivalizando en heroísmo, afrontan la masa enemiga y logran contrarrestar, paralizándolo, el furioso ataque realista.

Mientras tanto el *general Sucre*, admirable en su serenidad y clarividencia táctica, abarca con rápida mirada las proyecciones de la maniobra de su digno rival, el *general Valdes*, y trata de salvar, a todo trance, el grueso de su *Ejército* o sea las *Divisiones Córdoba* y *La Mar*, las cuales recogen hasta el último hombre, a favor de la empecinada resistencia de las compañías del *Bogotá* y de la *Legión Peruana*.

Por medio de un Ayudante —el *general Sucre*— dá la orden al batallón *Rifles* que era el más próximo al lugar del ataque, de efectuar lo posible para pasar el barranco, lo que determinó el empeño de este Cuerpo.

La *División Lara*, al comienzo de la acción trató de salir del desfiladero siguiendo una pista a su derecha, sin tiempo de lograrlo por lo heterogéneo y complicado de los elementos de que estaba a cargo.

Consciente de la situación, oportuno y acertado Lara, da las órdenes para el abandono de las cargas y para forzar el paso del barranco por el batallón *Vargas* al que establece detrás de *Rifles*, de manera de permitirle a éste su repliegue.

Valdés no se considera con fuerzas bastantes para completar la sorpresa y teme un contra-ataque del grueso patriota, en apoyo de su retaguardia, por lo cual llama con premura al *general Villalobos* para que acuda con su *División* en su auxilio, mientras el resto de sus batallones, sostiene la embestida de *Burgos*, marchando sobre la salida del barranco.

Rifles, el glorioso batallón en cuyas filas el pundonor británico, quiso servir de esforzado adalid a la emancipación americana: *Rifles*, cuyo nombre fue, donde quiera que estuvo, símbolo de coraje, buen humor y triunfo, baja con su jefe, *Sandes*, hasta el fondo de la quebrada, de peñón en peñón, entre un dédalo de precipios, para luego ascender hasta donde el enemigo está destrozando a las compañías de *Bogotá* y de la *Legión*. Puede decirse de esos legendarios soldados que se lanzaron al fondo del abismo, con la certeza de coronar las cumbres mismas de la gloria. Desenfundando y cargando las armas, trepa ayudándose de las bayonetas clavadas en los riscos, hasta alcanzar el otro lado del barranco donde, a medida que llegan, los soldados rompen el fuego, resistiendo las furiosas embestidas de *Valdés*, hasta permitirle también a *Vargas* pasar el desfiladero y entrar denodadamente en acción.

Vargas, cuyo nombre es la fulgurante aurora de *Boyacá*, en cuyas filas circula la sangre de *Colombia* y se alinean los triunfadores en *Carabobo* y en *Pichincha*, no termina su despliegue, cuando es atacado vigorosamente; a tan ruda sacudida vacila y se desorganiza, pero entonces su jefe, el Teniente Coronel *Trinidad Morán* —venezolano de nacimiento, peruano de glorias y corazón, cuyos venerandos restos, aún están bajo la escalera de la iglesia de *Caima* en espera de justicia póstuma— multiplicando esfuerzos y energías, legando una magnífica lección de moral, lo reorganiza, lo hace abrir sus fuegos y que, con sus largas bayonetas, apoyándose en *Rifles* resista y rechace la furiosa embestida, permitiendo a éste su compañero, apoyarse a su vez en él, para efectuar un repliegue, en perfecto orden, a una nueva posición y continuar en esta forma, perfectamente táctica, por escalones y saltos atrás, con resistencia enérgica y sangrienta, llenando su rol de retaguardia, aceptando si era necesario, el sacrificio total, para salvar al grueso de las tropas.

Vencedor en *Boyacá*, nacido a la epopeya liberatriz, en los llanos tropicales del *Apure*, fue bautizado *Bravos de Páez*. Así se le denominó hasta que habiendo causado asombro su carga en *Boyacá*, fue confirmado con este simbólico nombre. Era el cuerpo sin equipo, ágil, frugal, impetuoso y bravo como el osiánico héroe de las *Queseras del Medio* cuyo nombre ostentó. Al amparo de la acción de los otros dos batallones, pasó sin dificultad el barranco, apoyándolos a su vez con sus fuegos, con una furiosa carga se abrió camino y, oblicuando a su derecha, continuó la marcha para aproximarse al grueso.

La caballería al abrigo de la acción de la infantería, ejecutó su pasaje por el valle de *Chonta*, tres kilómetros distante del mal paso donde habría sido destrozada inútilmente.

La impedimente fue abandonada pues no podía salvar el barranco sino a costa de mucho tiempo y esfuerzo y, por razón de velocidad, no podía tampoco seguir a la caballería.

El grueso realista sólo llegó al teatro de los sucesos al anochecer, cuando la acción había terminado con el acertado y vigoroso movimiento retrógrado de los patriotas. El *Virrey* a pesar de la superioridad de situación y de elementos, no se atrevió a intensificar la lucha o darle otra faz más decisiva.

Con esta inexplicable falta de decisión, se anularon los efectos que la sorpresa pudo haber proporcionado, como lo acreditó el hecho de que al siguiente día, 4 de diciembre, el *Ejército Libertador* se hallaba reunido, organizado y dispuesto a combatir, continuando su marcha a *Tambo-Cangallo* y, cuando en la pampa de este nombre, volvieron a tomar contacto los *Ejércitos* rivales, fue *Sucre* quien desplegando en batalla, retó una vez más a *La Serna*, quien rehusó la pugna, aunque se ufanaba de haber obtenido el éxito muy pocas horas antes.

Lara con su heroica y diezmada *División*, pasó la noche del día 3 en vivac, a 15 kilómetros del grueso. Hasta allí vino el *general Sucre*, anhelante y mortificado por la presunción de un desastre, pero al recibir del *general Lara* los datos relativos a la acción, volvió a su tienda seguro de no haberse engañado cuando, desde *Ocros*, escribía al *Ministro de la Guerra*: "He pensado quedar unos días por *Matara* a ver si los españoles con nuestro movimiento retrógrado nos buscan; en este caso los aguardo porque creo que la mente del *Libertador* al impedir se busque una batalla, no es terminante la de excusarla, cuando si no puedo asegurar a S. E. la victoria por los azares de la guerra, creo deber afirmarle que cada vez tengo más y más confianza en el suceso. Nuestro *Ejército* si fuese numéricamente inferior al enemigo, es muy superior en clase de tropa, en moral y en entusiasmo".

CONSECUENCIAS

La acción de *Colpabuaico* costó a los patriotas la pérdida de trescientos hombres, parque, ganado, equipajes, y una de las dos únicas piezas de artillería, pero no se desalentaron ni se alteró su moral, considerando tan sensible pérdida como uno de los azares frecuentes de campaña y, por tal, minúsculo. Sin duda por esta causa el vencedor en *Pichincha*, no hizo de ella un parte especial, omisión que resintió al intrépido *general Lara*, quien años después, informando a *O'Leary* respecto a este combate, lo desfigura, como desfigura el desarrollo de la batalla de *Ayacucho*;^{*} pero se encuentra citado en el parte de la gran epopeya del 9 de diciembre de 1824, afirmando: EL ES EL QUE HA VALIDO AL PERU SU LIBERTAD.

En el campo realista la sorpresa de *Colpabuaico* sólo costó treinta muertos y fue celebrada como un triunfo.

Precisaba buscar acicates a la moral.

* Véase Apéndice.



GENERAL JACINTO LARA

III. - COMENTARIOS TECNICOS

En el desarrollo de esta acción la técnica puede observar, como puntos de reflexión, los siguientes:

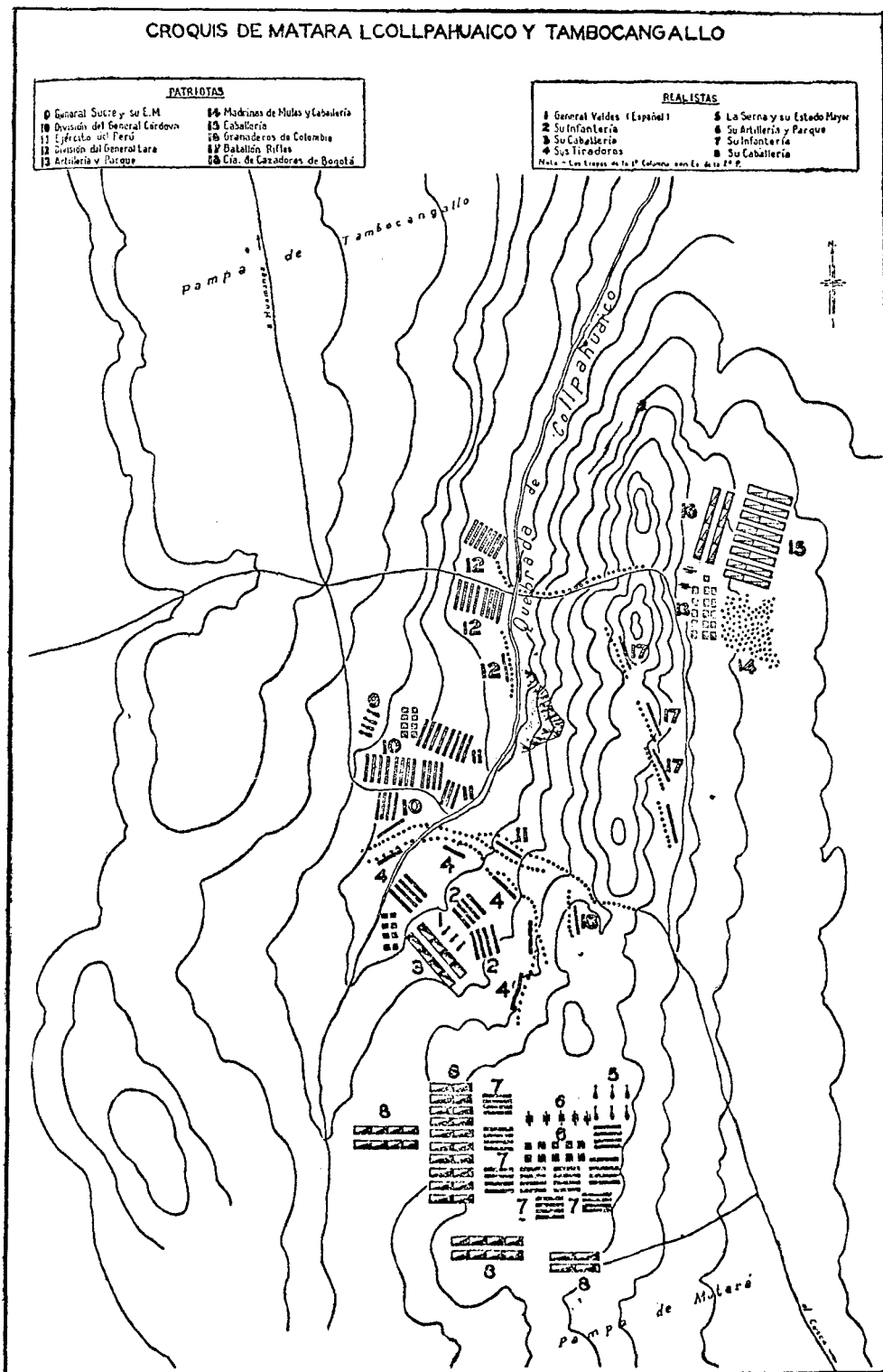
REALISTAS

1.—Falta de enlace del *Ejército realista*, tanto a su llegada a *Matará*, donde no puede aceptar la batalla, que él mismo provocó, y que *Sucre* le aceptara, por tener a la *División Valdés* a más de 55 kilómetros a su retaguardia, como al efectuarse la sorpresa a cuya cooperación llega el grueso cuando ya no era necesario. Esas tropas faltaron al principio de economía de las fuerzas que obliga a ser el más fuerte en el momento y en el sitio conveniente para romper las resistencias adversas.

II.—Mal empleo de la punta de lanza (denominación ultra moderna) formada por la *División Valdés* y ataque inoportuno de ella, porque no debió concretarse a golpear la retaguardia patriota. Su objetivo le imponía cerrar el paso de la quebrada, empeñándose decisivamente sobre la cabeza del *Ejército Libertador*, obligándolo a quedar fijo, inmovilizado, entre el desfiladero, las alturas aseguradas por el *Virrey* y el camino que acababa de recorrer; mientras el *Ejército español*, en las mejores condiciones y con las más favorables perspectivas, tenía a su disposición terreno libre para la maniobra y a un enemigo en situación angustiosa, aprisionado entre las redes que se le habían tendido.

III.—Imperdonable falta de iniciativa en el *general Villalobos*, quien desoyó la llamada de *Valdés*. Toda tropa está obligada a acudir al combate. *Napoleón* lo había estatuido ya, cuando en sus campañas de Italia decía en las instrucciones dadas a sus generales: "Hay que acudir a donde truenan el cañón".

CROQUIS DE MATARA LCOLPAHUAICO Y TAMBOCANGALLO



IV.—Olvido del principio de comunidad de esfuerzos, pues empeñada la acción por *Valdés*, todas las tropas realistas debieron apresurarse a la cooperación conforme al apodíctico: "Todos para uno y uno para todos".

V.—Pero todo eso corresponde y constituye el detalle, consecuencia lógica y fatal de la idea directriz del conjunto: el esquema. Aferrados a la maniobra, al parecer única conocida por esos ilustres talentos militares españoles, con quienes la iniciativa rompe todas las reglas y sabe doquiera encontrar recursos de éxito, desdeñan el terreno, el efectivo y las dotes características de ellos, para repetir, como un escolar la lección, esa maniobra del *Apurímac* ya condenada por el fracaso.

VI.—Es digno de hacerse notar muy seriamente, sobre todo por quienes tienen o pueden tener el mando de tropas, por ser cuestión de los más trascendentes efectos, las condiciones inverosímiles en que se efectuaba la campaña, en particular del lado realista.

Los actores en aquellos acontecimientos que han legado relatos de cómo se realizaron* están acordes en estos tres puntos: carencia de alimentos, exagerada longitud de las etapas y fatiga elevada hasta el agotamiento, impuesta sobre todo a las tropas de la vanguardia, comandadas por el *general Valdés*, las cuales compuestas por aborígenes peruanos, constituía la mayor parte de las realistas, al punto de permitir a *García Camba* denominarlas *Ejército español-peruano*.

Por muy grande que fuese el entrenamiento de esas tropas, es de suponer por imperativos de lógica y de experiencia, que estuviese agotada o muy próxima de estarlo, la característica resistencia de esos aborígenes, extenuados por el hambre, el insomnio y el cansancio.

La vanguardia realista el 3 de diciembre no había comido desde el 30 de noviembre, caminando por término medio jornadas de 70 kilómetros, en etapas casi siempre nocturnas, abrumados por el peso de las armas, municiones y equipos de la época, por sendas ásperas y empinadas, sin tener en cuenta el clima ni los meteos y víctimas de la guerra de nervios de la escasa proximidad del adversario.

En tales condiciones, no es exagerado asignar a esas tropas un mínimo de eficiencia combativa, porque nada desgasta y quebranta la moral, como la real o aparente poca preocupación de los superiores, para satisfacer las necesidades materiales de los subordinados.

Hay al respecto dos ejemplos fehacientes:

La fuga realista después de la acción de *Junín* hasta *Huayucachi*, recorriendo aproximadamente, 160 kilómetros en 36 horas de marcha casi ininterrumpida, en las que la extenuación llegó al extremo de que los hombres prefiriesen dormir a comer, y por consecuencia, estaban incapacitados de todo y para todo.

El segundo ejemplo es éste de la vanguardia que, según el diario de *Escudero*, *Ayudante del general Valdés*: "El hambre era ya extremada. Se apercebieron algunas reses en la alturas que estaban a la izquierda del enemigo, y ¡a las "vacas!! se gritó. En vano habría sido que el *general* se hubiera opuesto en aquel

* Véase Apéndice.

“momento; se puso a la cabeza y fuimos a cogerlas marchando por el camino, y “tras la vanguardia todo nuestro *Ejército*. Estaríamos ya a una legua del enemigo, “cuando se observó que iniciaba su retirada en perfecto orden. Sin preocuparnos “por ello ni poco ni mucho, emprendimos nuestra campaña contra las vacas por “el monte arriba, y a eso de las dos se empezó a devorar carne asada y sin sal, pero “ro con abundante porción de ceniza en lugar de pan”.

Este cuadro sombrío pero de indubitable realismo, hace palpar la indisciplina a que, fatalmente, conduce la carencia de los recursos indispensables para hacer la guerra y debe hacer reflexionar, sobre todo a los responsables de los destinos patrios que, como lo prueban hasta la evidencia las últimas conflagraciones, los abastecimientos de todo orden priman, muchas veces, sobre las mismas consideraciones tácticas o estratégicas.

Y no se niegue que los insurgentes padecían las mismas deficiencias materiales, obligados a vivir, como sus adversarios, sobre el agotado terreno que pisaban y en idénticas condiciones; todo lo cual quedaba atenuado por la moral, la moral de las tropas cuya aspiración de patria libre y de triunfar, hacía soportables y baladíes los mayores esfuerzos y hasta los sacrificios y por la moral de los jefes, en particular del cauto *general Sucre*, quien hizo escuela de previsión, para proveerlas de cuanto era posible y para el cálculo de las etapas y demás factores de marcha, a fin de lograr disponer siempre de la fuerza, como número, aptitud y potencia, en el lugar y en el momento oportuno, sin imponer a sus hombres esfuerzos sobre humanos, tan estériles como imprudentes.

VII.—La actaación del jefe de la Vanguardia, *general Valdés*, reputado como táctico de primer orden, hizo peligrar su bien asentado prestigio de actividad, golpe de vista, audacia, perspicacia y perseverancia por la ley fatal de incontrvertibilidad de los hechos consumados.

En primer lugar, la hora de iniciación del ataque, el crepúsculo vespertino, con tropas famélicas, insomnes y extenuadas, a las cuales precisaba dedicar el más exquisito cuidado para evitar la desertión; no podía ser la más adecuada, sobre todo habiendo permanecido a la expectativa del desplazamiento de la mayor parte de las de su adversario: *Divisiones Córdoba y La Mar*.

Y luego el hecho confirmado de que contando con todos los elementos a su favor: terreno, efectivo, certeza del inmediato apoyo de su cuerpo principal, *Virrey*, y el seguro efecto consiguiente, de la sorpresa a una tropa en marcha, por terreno difícil y en circunstancias azarosas; a pesar de todas esas seguridades que constituían grandes ventajas, que no podían escapar a su talento ni a su experiencia, el hecho de apresurarse a llamar en su auxilio a la *División Villalobos*, son una fehaciente prueba de incertidumbre, de vacilación para llevar la embestida a fondo, para atacar hasta cruzar las bayonetas, para combatir hasta el exterminio, en una palabra, flaqueó la moral y por ello no imprimió al ataque la característica esencial de la ofensiva: la inquebrantable obsesión de vencer.

VIII.—La docilidad del Virrey ante las deliberaciones de su Junta de Guerra, hasta hacerlo variar sus propósitos y sus planes de operaciones, indican la carencia de objetivo definido y definitivo y merece una muy deplorable explicación:

Aznapuquio y *Potosí* son las más trascendentes derrotas que sufrió *España* en este su *Virreynato del Perú* porque fueron derrotas morales. La deposición del *Virrey Pezuela*, destruyó la disciplina del *Ejército*, anuló el principio de autoridad, extinguió el poderoso vínculo y sostén de la solidaridad en las altas jerarquías, substituyó el *Comando*, austero e inflexible, por las deliberaciones siempre irresponsables. Y el alzamiento de *Olañeta* corrió con la cruel, con la anonadadora infección de la discordia civil, el macilento organismo colonial.

Después de tan horribles hecatombes morales no era posible pensar siquiera en algo lógico o normal en que primaran los intereses de la causa que se defendía. Y, por desgracia, en el antiguo como en el nuevo mundo tan nefastos acontecimientos continuán repitiéndose.

El *Virrey, La Serna*, con tales antecedentes carecía de libertad de acción y de resolución. Puede decirse de él que era un *general a medias*. Los subordinados pesaban sobre sus propósitos como espada de *Damocles*.

Era el olvido de la moral de arriba a abajo y de la moral de abajo a arriba.

PATRIOTAS:

IX.—Del lado insurgente la *División Lara* cumplió abnegada y hábilmente su misión, empeñando y sosteniendo el combate y permitiendo, a costa de sensibles pérdidas, al grueso de su *Ejército*, proseguir la marcha sin experimentar las molestias del asedio.

X.—Muy acertada iniciativa del *general Córdoba* al establecer la compañía de *Cazadores del batallón Bogotá* como flanguardia. Esta disposición de aquel joven soldado, nacido para la fortuna, crecido entre triunfos y mimado por la gloria, constituye lección perdurable. El, como jefe de vanguardia no esperó orden para constituir ese servicio: vio un peligro en el paso del barranco y al adversario que maniobraba a la vista y, por propia iniciativa, cubrió el punto peligroso.

XI.—El *coronel Sandes* con *Rifles*, y el *teniente coronel Morán* con *Vargas* son otro ejemplo de la misma iniciativa. Tampoco ellos aguardaron órdenes ni instrucciones para combatir, probando que su doctrina militar era la mejor de todas, pues es la eterna, inmutable y universal del cumplimiento amplísimo del Deber, para el cual sólo se necesitan los dictados del Honor y la decisión de la propia conciencia.

XII.—*Morán* da prueba de ser todo un jefe de tropa. Su batallón se desorganiza por la violencia del choque y, a pesar de lo angustioso de la situación, cuenta con fuerza moral suficiente para rehacerlo, dando cara y arremetiendo contra el enemigo y, con este rasgo heroico, inclina a su favor la balanza del éxito.

Este concepto se afirma por el derroche de moral del *Rifles* al soportar estoico todo el peso del combate, hasta permitirle a *Vargas* entrar en acción, establecerse y servirle de apoyo para el repliegue.

XIII.—La Caballería es conducida hábilmente. En un terreno en el que no podía actuar era preciso salvarla y lo fue en la mejor forma, lo cual constituye una bella lección de serenidad y cálculo. Los sacrificios, cuando no son dirigidos a la obtención del éxito o en resguardo del *Honor*, son inútiles; y en la guerra lo inútil

es siempre malo, para todo y por todo. Por eso quienes hoy se consagran al servicio de la Patria, deben pensar que ésta no precisa llorar heroísmos estériles, sino deparar sus vítores y prodigar sus lauros, aunque ensangrentados, útiles, apetecidos e inmarcesibles de la victoria.

XIV.—Por inspirarnos austeramente en los relatos de los actores de este combate, hemos repetido que la *División Lara* se hallaba consagrada “a la ardua labor de hacer pasar el desfiladero, lo más pronto a las cargas; las unidades atentas únicamente al desplazamiento y llevando las armas enfundadas”.

Si ambos *Ejércitos* maniobraban a la vista el uno del otro, si los insurgentes efectuaban un movimiento con el intento de *desengancharse* de su adversario, si lo más importante de la operación era salvar un mal paso, es ciertamente inverosímil la ausencia de todas las precauciones aconsejadas por los más elementales principios de seguridad.

En las condiciones expresadas, era un imperativo la adopción por todo el *Ejército libertador*, por cada *División* y por cada *unidad* de las más eficientes medidas de protección de marcha y de previsión de un ataque inopinado.

El *general Córdova* procedió así al establecer como flanguardia fija a la compañía del *capitán Piñeres* del batallón *Bogotá*. No había motivo explicable para que todos los jefes no procedieran en idéntica forma, en observancia de sus reglamentos y del arte insuperable de la experiencia.

Pero aún suponiendo posible la omisión de tales precauciones, desde el instante en que se oyeron los primeros disparos, se imponía la reacción veloz, automática, para la cual precisaba mantener *listos* a cada unidad y cada hombre, esto es en la posibilidad de actuar.

XV.—El proceder del comandante de la unidad de cola de la *Legión Peruana* es la ratificación de los postulados precedentes. La compañía *Piñeres* era por todo concepto insuficiente para contener el ataque y, sin duda por el natural efecto de la sorpresa, esta se desorganizó, por consiguiente era indispensable sostenerla, reforzándola, como lo fue con la premura del caso.

A favor de la acción eficaz de estas dos compañías, se logró el total desplazamiento del grueso y que el *general Sucre* tuviera la oportunidad de hacer dar la orden de pasar el desfiladero al batallón *Rifles*, cuyo jefe obedeció sin titubear, haciendo variar totalmente el panorama del combate, pues su heroico esfuerzo quebrantó la moral de *Valdés* hasta hacerlo llamar a la *División Villalobos*, mientras *Lara* con su orden al batallón *Vargas* consumaba el rechazo de la sorpresa. En todas estas disposiciones se observa verdadero derroche de iniciativa realizándose el principio táctico de multiplicidad y concentración de esfuerzos.

XVI.—Precisa conocer el terreno de los sucesos, para darse cuenta del por qué de la falta de seguridad en marcha, que si hubiese existido, habría, seguramente, descubierto la emboscada del enemigo.

En los intrincados vericuetos de las montañas andinas, carentes hasta de pistas, las tropas no pueden aventurarse impunemente por sendero distinto al ordinario, sin peligro de la orientación y enorme alargamiento de las distancias y los exploradores adelante deben reducir los intervalos hasta hacerlos insignificantes.

Además, las tropas habían hasta desplegado en batalla y sus movimientos se percibían a la simple vista. *La División Valdés*, marchó desde lejos oculta por las montañas. El problema patriota se reducía a pasar el desfiladero lo más rápidamente. Todo esto explica sin sancionarlo, la falta de seguridad en marcha en ambos ejércitos.

XVII.—En el curso de *Táctica General y Estado Mayor* de la *Escuela Superior de Guerra*, el general Oscar N. Torres, al tratar de la *Retirada*, hace el estudio, como caso concreto, del combate del 3 de diciembre de 1824, del cual nos es grato reproducir lo siguiente:

“Deduzcamos ahora unas cuantas enseñanzas:

“1ª).—Parece que *Sucre* no calculó las distancias sino en longitud y no en “tiempo: olvidó quizás o no estuvo bien informado de la naturaleza del terreno “y de los caminos por los que su Ejército debía franquear la quebrada de *Colpahuayo*; lo que da lugar a que los realistas puedan intervenir en el momento “en que la División de retaguardia está en pleno paso de la quebrada. Recordemos “a este respecto, que en las operaciones en terreno montañoso hay que tener muy “en cuenta las pendientes que hay que franquear.

“2ª).—Que el batallón *Rifles*, cumplió su misión de retaguardia, combatiendo a fondo y dando tiempo a que el grueso se retirase; y que el general *Lara* “actuó cuerdamente, desplegando el batallón *Vargas*, en una posición que permitió:

“—seguir cubriendo al grueso dándole tiempo;

“—recoger la retaguardia (*Rifles*) facilitando su desenganche y la reunión de los restos de ese batallón al abrigo de esa posición.

“3ª).—Que el error más serio, del lado patriota consistió en dejar a cargo “de la retaguardia, su minúscula artillería y sobre todo los Parques que hacían “más penosa su tarea, le restaban libertad de maniobra y los exponían a caer —como sucedió en parte— en manos del enemigo. Insistimos en esto para que se “encuentren justificadas, una vez más, las prescripciones sustanciales que hoy rigen, sobre la necesidad de enviar en primera urgencia, hacia atrás, los trenes y “los servicios no indispensables de inmediato a la lucha.

“4ª).—Que la característica del combate de retaguardia, en una retirada, es “la de que esta debe librar y sufrir sola el combate, aún hasta el sacrificio, sin “esperar ayuda del grueso; ya que casualmente éste se retira para evitar una batalla desfavorable, o como consecuencia de ésta”.

CONCLUSION

Es tiempo ya de subsanar el error, de modificar el criterio con que, sin reflexión, se repite desalentadamente que el *Ejército Libertador del Perú* experimentó en *Colpahuayo* un descalabro, un desastre.

Sólo quienes estudian los hechos de armas para calificarlos por el número o calidad de las pérdidas materiales y no por las consecuencias morales y por los resultados finales, pueden considerar la acción de *Colpahuayo* como un contraste

para las armas patriotas, las cuales en esa acción debemos declararlo con admiración y respeto y en nombre de los principios inmutables del *Arte de la Guerra*, cumplieron su rol, su misión, su objeto táctico y en este orden, como en todos los de la vida, quien cumple el deber satisfactoriamente, ha conquistado el éxito.

Como se ha podido apreciar por la reconstrucción del suceso, del lado del *Ejército Libertador*, *Colpabuaico* es un ejemplo típico y acabado de lo que en *Táctica* se denomina *combate de retaguardia*.

La *División Lara* cumplió brillantemente su misión de cubrir, de proteger la retirada del grueso del *Ejército* a que pertenecía. Todo destacamento que recibe misión análoga, está en la obligación de combatir por escalones sucesivos y por saltos atrás y hasta de sacrificarse, si a costa del sacrificio consigue salvar al grueso o le permite moverse, maniobrar con seguridad y sin ser molestado por el enemigo. ¿Qué significan entonces las pérdidas materiales, por dolorosas que sean, si con el cumplimiento abnegado de la misión se asegura el triunfo final?

Y esto es, precisamente, lo sucedido en el desfiladero de *Colpabuaico*.

La retaguardia con su abnegación, intrepidez y feroz resistencia, detuvo el ataque de los realistas, permitiendo la marcha, sin asedio, de su grueso; recoge luego sus elementos de combate, escalón por escalón, cubre a su caballería y logra aproximarse hacia su cuerpo principal, prosiguiendo el itinerario general, paso a paso, haciendo siempre frente al enemigo, altas las armas y altos los corazones, lista a resistir cualquier ataque que no se produjo, porque tal actitud deteniendo a los godos facilitó a los insurgentes la continuación de su marcha, libres, tranquilos, ordenados y orgullosos de sus propias pérdidas, hacia las faldas del *Condorcunca*.

¿Habrá militar, habrá historiador capaz de juzgar esta acción como un descalabro, siquiera como un contratiempo? ¿Habrá profesional que se atreva a pensar que el repliegue sucesivo de los escalones de una retaguardia embestida y las pérdidas al sostener un combate de uno contra cinco, cumpliendo amplia y satisfactoriamente la misión y el deber significan un desastre?

Hay que decirlo muy alto y escribirlo muy claro, *Colpabuaico* es una gloria técnica, militar, evidente, del *Ejército Libertador del Perú*. La retaguardia llenó admirablemente su rol con resultado satisfactorio y útil y, lo repetimos, el cumplimiento de la misión entraña la idea del éxito.

Estamos en el ineludible imperativo de rendir homenaje de admiración y gratitud a esos heroicos soldados que, denodadamente cumplieron su deber, ejecutando con eximia habilidad la misión que *Sucre* les encomendara y las circunstancias impusieron, lo cual sólo se conseguirá reconstruyendo los hechos a la luz de la verdad histórica, con meditación analítica y sincera, para reivindicar sus prestigios y ofrecerlos como: magnífica lección de moral militar, a las generaciones del futuro y como un haz de laureles, a las patrias que allí estuvieron presentes en las personas de sus hijos, ínclitos paladines de la libertad de América.

Colpabuaico es un triunfo de las armas patriotas; es más aún —precisa de clararlo así, por honra americana, a la luz de la Historia y dentro del cartabón de la *Doctrina Militar*: es el prólogo de Ayacucho.

Los caídos en el desfiladero, son los primeros héroes de la gran jornada, a la cual, si no pudieron concurrir con sus armas, asistieron con su esfuerzo, esculpiendo en las breñas, con sus vidas, el más sublime epitafio: el corazón de un Continente que recibe y derrama, por la conquista de su libertad, la sangre de los hijos de todos sus pueblos dignos de merecerla.

Colpabuaico fue el último zarpazo del león íbero: desgarró miembros, hizo borbotar sangre, pero "él es el que ha valido al Perú su libertad".

Sin *Colpabuaico*, *Ayacucho* no existiría; sin *Colpabuaico* donde las bayonetas de Rifles y de Vargas escriben la continuación del himno triunfal trazado en *Junín* por los *Húsares del Perú*; donde los patriotas venden tan caro la vida que los realistas desisten de quitársela; donde *Canterac* dice a Valdés "esos son" los que me vencieron en *Junín*, ¿son o no soldados?; sin *Colpabuaico* donde la serenidad, el arrojo, la abnegación, acabaron por asombrar a los godos y hacerlos perder el resto de moral que aún conservaran, *Ayacucho* no habría sido el golpe del eslabón sobre el pedernal, que produjo la chispa fulgurante de la libertad consumada, que iluminó toda la América.

Después de *Colpabuaico* los realistas ya no eran capaces de vencer a quienes, llevando la santa enseña de la independencia, paseada desde el *Plata* hasta *Maypo* y *Pichincha*; desde *Carabobo* a *Boyacá* y *Cerro de Pasco*, con *San Martín* y *Arenales* con *Bolívar* y *Sucre* y con la innumera pléyade de campeones, cuyos días se contaron por batallas lidiadas; hicieron que veinte millones de seres se levantaran, felices y entusiastas, a saludarla con los vítores de ¡*Patria libre!* y la lucieran como el lábaro de *Constantino*, a cuya vista los enemigos quedan vencidos. Santa enseña que nos ha sido legada para mantenerla incólume, como esa celestial visión prometedora de todas las felicidades. ¡Bendito *in hoc signum vincis*, que en sus caracteres dice: *Honor y Patria* y en sus colores: *Gloria o Muerte!*

En *Colpabuaico* faltó a los descendientes de *Don Rodrigo*, el factor esencial de la victoria: la moral, por lo que no pudieron deshacer allí a las sorprendidas tropas emancipadoras, como lógicamente debió suceder; no era posible aguardar su triunfo en ocasión distinta. Con tal prólogo no era de esperarse que la epopeya del 9 de diciembre de 1824, fuera una loa al bamboleante trono de *Fernando VII*.

Ese era un libro nuevo, de muy brillantes páginas, donde iba a consignarse la gloria de quienes hubieran sabido conservar la moral, punto de partida del éxito.

Y fue escrita la de *Antonio José de Sucre*, personificando la de los defensores del Perú y de América, para admiración y orgullo de la posteridad y para ejemplo de quienes han recibido, como invalorable legado, las armas esgrimidas por *La Mar*, *Córdova*, *Lara*, *Miller*, *Sandes*, *Morán* y *Piñeres*, en esa epopeya ante la cual un Continente y un Siglo, la aclaman y bendicen entonando este hosanna: *Somos libres, seámoslo siempre*.

HOJA DE SERVICIOS DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

Formada por MANUEL LANDAETA ROSALES

Nació en Cumaná, ciudad de Venezuela, el 3 de febrero de 1795. Fueron sus legítimos padres el coronel Don Vicente Sucre y Doña María Manuela de Alcalá, personas distinguidas de aquella ilustre ciudad.

Hizo sus estudios preliminares en Caracas y luego en Cumaná, donde recibió el grado de Teniente de Ingenieros en 1810.

Ejerciendo la Presidencia de Bolivia, caso por poder el 20 de abril de 1828 con Doña Mariana Carvelén y Larrea, Marquesa de Solanda, vecina de Quito.

Fue muerto violentamente por mano alevé, en la montaña de Berruecos, en la antigua Nueva Granada, el 4 de junio de 1830, cuando apenas contaba 35 años 4 meses de edad.

Sus restos mortales fueron trasladados, años después, a Quito, y depositados en el templo de San Francisco de aquella ciudad; y al crearse el Panteón Nacional de Venezuela, se ordenó en 1876, colocar en él los de tan Esclarecido Varón; pero por más esfuerzos hechos por el Gobierno Nacional, no se han podido obtener tan veneradas cenizas, para que reposen en el Templo de la inmortalidad.

CAMPAÑAS QUE HIZO EL MARISCAL SUCRE

1ª	La de Barcelona, como Comandante de Ingenieros ...	1810 a 1811
2ª	La del Centro, en el Estado Mayor General del Generalísimo Miranda	1811 a 1812
3ª	Campaña de Barcelona, a mediados de	1812
4ª	La de Oriente de Venezuela, bajo las órdenes del General Mariño	1813 a 1814
5ª	La del Centro de Venezuela, bajo las órdenes del General Mariño	1814
6ª	La del Centro al Oriente en la emigración en	1814
7ª	La del Oriente bajo las órdenes de los Generales Mariño y Ribas	1814

8ª	La de Cartagena a las órdenes del General José F. Bermúdez	1815
9ª	La del Oriente, bajo las órdenes de los Generales Mariño y Bermúdez	1816 a 1817
10ª	La de Guayana, bajo las órdenes del Libertador	1817
11ª	La de Oriente, bajo las órdenes de los Generales Bermúdez y Mariño	1817 a 1819
12ª	La de Guayana, bajo las órdenes del Libertador	1819
13ª	La de la Nueva Granada, bajo las órdenes del Libertador	1820
14ª	La del Occidente de Venezuela, bajo las órdenes del Libertador	1820
15ª	La del Ecuador como Jefe del Ejército del Sur de Colombia	1821 a 1822
16ª	La de Popayán como Jefe del Ejército del Sur de Colombia	1822
17ª	La 1ª del Perú, como Jefe del Ejército Colombiano auxiliar del Perú.	1823
18ª	La 2ª del Perú como Jefe del Ejército Colombiano y Peruano	1823
19ª	La 3ª del Perú, como Jefe del Ejército Unido. Libertador del Perú.	1823 a 1825
20ª	La del Alto Perú, República de Bolivia	1825 a 1826
21ª	La del Sur de Colombia, cuando la invasión Peruana	1828 a 1829

ACCIONES DE GUERRA A QUE ASISTIO EL MARISCAL DE AYACUCHO

1812 - 20 de junio: combate en La Victoria, Sección Aragua, como ayudante del Generalísimo Miranda, contra el General Domingo Monteverde — Triunfo.

1813 - 13 de enero: Combate en Gilitia, Sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Juan Gabazo — Triunfo.

1813 - 2 de agosto: sitio en Cumaná, Sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Eusebio Antoñanza — Triunfo.

1814 - 5 de febrero: combate en Agua Negra, Sección Maturín, a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel N. Barazola — Triunfo.

1814 - 31 de marzo: batalla en Boca Chica, Sección Aragua, a las órdenes del General Mariño, contra el General José Tomás Boves — Triunfo.

1814 - 16 de abril: batalla en El Arao, Sección Cojedes, a las órdenes del General Mariño, contra el General José Cevallos — Perdida.

1814 - 28 de mayo: 1ra. batalla en Carabobo, Sección Carabobo, a las órdenes del Libertador, contra el General Juan Manuel Cagigal — Triunfo.

1814 - 15 de junio: batalla en La Puerta, Sección Aragua, a las órdenes del General Mariño, contra el General José Tomás Boves — Perdida.

1814 - 17 de agosto: batalla en Aragua, Sección Barcelona, a las órdenes del Libertador, contra el General Francisco Tomás Morales — Perdida.

1814 - 7 a 12 septiembre. Sitio de Maturín, Sección Maturín, a las órdenes del General José Francisco Bermúdez contra el General Francisco T. Morales, — Triunfo.

1814 - 9 de noviembre. Combate en Las Magueyes, Sección Maturín a las órdenes del General José F. Bermúdez contra el General José Tomás Bovves. — Perdida.

1814 - 5 de diciembre: batalla en Urica, Sección Barcelona, a las órdenes del General Ribas, contra el General José Tomás Boves — Perdida.

1814 - 11 de diciembre: sitio en Maturín, Sección Maturín, a las órdenes del General Ribas, contra el General F. T. Morales — Perdida.

1815 - 17 de agosto a 5 de diciembre: sitio de Cartagena a las órdenes del General José Francisco Bermúdez contra el General Pablo Morillo — Perdida.

1816 - 10 de junio: combate en Carlos López. Sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño contra tropas españolas — Perdida

1816 - 2 de setiembre: combate en Yaguarapuro. Sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra el Comandante Francisco Jiménez — Triunfo.

1817 - 19 de enero: sitio en Cumaná, Sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra el General Juan Bautista Pardo — Triunfo.

1818 - 30 de mayo: combate en el Puerto de la Madera, Sección Cumaná, a las órdenes del General Bermúdez, contra el General Tomás Cires — Perdida

1818 - 25 de agosto: combate en Güiria, Sección Cumaná, a las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez — Triunfo.

1818 - 13 de setiembre: combate en Río Caribe, Sección Cumaná, a las órdenes del General Bermúdez contra el Comandante Ramón Añez — Triunfo.

1818 - 15 de octubre: combate en Río Caribe, Sección Cumaná, a las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez — Perdida.

1819 - 12 de junio: Batalla en Cantaura, Sección Barcelona, a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Eugenio Arana — Triunfo.

1819 - 11 de agosto: Sitio en Barcelona, Sección Barcelona, a las órdenes del General Bermúdez, contra el Coronel José Pereira — Perdida.

1821 - 19 de agosto: Batalla en Yaguachi, departamento del Ecuador, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el Coronel Francisco González — Triunfo.

1821 - 12 de setiembre: Combate en Ambato (Ecuador) como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el Coronel Francisco González — Perdida.

1822 - 21 de abril: Combate en Río bamba, departamento del Ecuador, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el General Francisco González — Triunfo.

1822 - 24 de mayo: Batalla en Pichincha, Departamento del Ecuador, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el General Melchor Aymerich — Triunfo.

1822 - 24 de noviembre: Combate en Taindala, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel Benito Boves — Perdida.

1822 - 24 de diciembre: Combate en Guitara, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel Benito Boves — Triunfo.

1822 - 25 de diciembre: Combate en Yacuanquer, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel Benito Boves — Triunfo.

1822 - 26 de diciembre, Combate en Pasto, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el Coronel Benito Boves — Triunfo.

1823 - 24 de junio a 16 de julio. Sitio del Callao, Perú, como Jefe del Ejército Colombiano y Peruano, contra el General Dn. José de Canterac. — Triunfo.

1824 - 6 de agosto: Batalla en Junín, del Perú, a las órdenes del Libertador. contra el General José de Canterac — Triunfo.

1824 - 3 de diciembre: Combate en Colpahuico del Perú, como General en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú, contra el Virrey Don José de La Serna — Perdida

1824 - 9 de diciembre: Batalla en Ayacucho, del Perú, como General en Jefe del Ejército Unido, Libertador del Perú, contra el Virrey Don José de La Serna — Triunfo.

1829 - 12 de febrero: Combate en Saraguro, del Ecuador, como General en Jefe del Ejército Colombiano, contra el Gran Mariscal José de Lamar — Triunfo.

1829 - 27 de febrero: Batalla en Tarqui, del Ecuador, como General en Jefe del Ejército Colombiano, contra el Gran Mariscal José de Lamar — Triunfo.

NOTA: La palabra *Triunfo* se refiere al obtenido por los independientes; y la *perdida* es la sufrida por los mismos.

RESUMEN GENERAL

CAMPAÑAS

En Venezuela	12
En Nueva Granada	3
En el Ecuador	2
En el Perú	3
En Bolivia	1
	<hr/>
	21

ACCIONES

Batallas	12
Sitios	7
Combates	18
	<hr/>
	37

RESULTADOS

Acciones ganadas	22
" perdidas	15
	<hr/>
	37

RESUMEN POR AÑOS

1812		1	Acción
1813		2	"
1814		10	"
1815		1	"
1816		2	"
1817		1	"
1818		4	"
1819		2	"
1821		2	"
1822		6	"
1823		1	"
1824		3	"
1829		2	"

 37

RESUMEN DE ACCIONES POR NACIONES

En Venezuela		22
En la Nueva Granada		5
En el Ecuador		6
En el Perú		4

 37

NOTA: No figuran aquí los pequeños combates o escaramuzas a que asistió el Gran Mariscal Sucre durante sus campañas.

GRADOS MILITARES QUE OBTUVO SUCRE

Oficial de milicias regladas, nombrado por la Junta Suprema de Cumaná, el 12 de julio de 1810.

Comandante de Ingenieros, nombrado por la Junta Suprema de Caracas en octubre de 1810.

Teniente Coronel, nombrado por el General Santiago Mariño en Güira, en enero de 1813.

Coronel, nombrado por el Libertador en Guayana en mayo de 1817.

General de Brigada, ascenso dado por el Doctor F. A. Zea Vicepresidente de Colombia, en Angostura, en agosto de 1819.

General de División, ascenso dado por el Libertador en Quito, el 18 de junio de 1822.

Gran Mariscal, título dado por el Libertador en Lima, el 26 de diciembre de 1824, y ratificado por el Congreso Peruano con el dictado de Gran Mariscal de Ayacucho el 12 de febrero de 1825.

General en Jefe de la República de Colombia, título dado por el Congreso de aquella República, en Bogotá el 14 de febrero de 1825.

Capitán General de la República de Bolivia, grado dado por la Asamblea general del Alto Perú, 11 de agosto de 1825.

EMPLEOS MILITARES QUE EJERCIO SUCRE

Comandante de Ingenieros en Barcelona, nombrado por la Junta Suprema de Caracas en octubre de 1810.

Ayudante del Estado Mayor del Generalísimo Miranda - 1811 y 1812.

Comandante de artillería de Barcelona, nombrado por el Gobierno de aquella Provincia en 1812.

Jefe de un batallón de Infantería, nombrado por el General Santiago Mariño en Güiría, en enero, de 1813.

Jefe del batallón Zapadores, nombrado por el mismo Mariño en Cumaná en agosto de 1813.

Ayudante del General Mariño nombrado por este Jefe en Oriente, en febrero de 1814.

Jefe de E. M. del Ejército de Oriente, nombrado por el Libertador, en abril de 1814.

Jefe de una batería en las fortalezas de Cartagena, en 1815.

Jefe de un batallón del Ejército de Oriente nombrado por el General Santiago Mariño en 1816.

Jefe de Estado Mayor de la División Cumaná, nombrado por el Libertador el 22 de octubre de 1817.

Jefe al servicio en Oriente y Guayana, 1818 y 1819.

Ministro de Guerra, nombrado por el Libertador en Bogotá, en 1820.

Jefe de Estado Mayor General del Ejército Libertador, nombrado en Sabana Larga [Trujillo], noviembre de 1820.

Jefe del Ejército del Sur de Colombia, nombrado por el Libertador en Bogotá el 11 de enero de 1821.

Comandante general del Departamento de Quito, nombrado por el Libertador en Quito, el 18 de junio de 1822.

Jefe del Ejército Unido de Colombia y el Perú, nombrado por el Gobierno peruano en Lima, el 30 de mayo de 1823.

Jefe Supremo del Perú, nombrado por el Congreso peruano en el Callao el 19 de junio de 1823.

Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú, nombrado por el Libertador en Pativilca el 13 de febrero de 1821.

Jefe militar de los Departamentos del Perú, nombrado por el Libertador en Lima en 1825.

Jefe Expedicionario al Alto Perú (Bolivia), nombrado por el Libertador en Lima en 1825.

Jefe del Ejército Colombiano cuando la Batalla de Tarqui, nombrado por el Libertador en Bogotá el 28 de octubre de 1828.

EMPLEOS CIVILES QUE DESEMPEÑO EL MARISCAL SUCRE

Comisionado nacional a las Antillas, nombrado por el Libertador en San Juan de Payara el 16 de enero de 1820.

Comisionado por el mismo Bolívar, para ajustar el tratado de regularización de la guerra en Trujillo — noviembre de 1820.

Senador por el Departamento Orinoco electo por el Congreso de Cúcuta el 8 de octubre de 1821.

Presidente del Departamento de Quito, nombrado por Bolívar en Quito, el 18 de junio de 1822.

Plenipotenciario de la República de Colombia a la del Perú, nombrado por Bolívar en Guayaquil en abril de 1823. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia ante el Gobierno peruano, nombrado por el General F. de P. Santander en Bogotá en 1825.

Encargado del mando supremo del Alto Perú, nombrado por una Asamblea en Chuquisaca el 20 de julio de 1825.

Jefe Supremo del Alto Perú, nombrado por Bolívar en Chuquisaca el 29 de diciembre de 1825.

Jefe del Poder Ejecutivo de la República de Bolivia, electo por una Asamblea en Chuquisaca el 26 de mayo de 1826.

Presidente vitalicio de Bolivia, electo por el Congreso boliviano, el 25 de septiembre de 1826.

Diputado por Cumaná al Congreso Admirable, electo por los pueblos en 1829.

Comisionado por el Congreso Admirable para tratar con los comisionados de Venezuela sobre la integridad de Colombia, febrero 6 de 1830.

NOTA: Sólo por dos años admitió la Presidencia de Bolivia y la renunció después del motín de Chuquisaca el 18 de abril de 1828.

CONDECORACIONES QUE OBTUVO EL MARISCAL SUCRE

Escudo de Colombia, otorgado por el General F. de Miranda — mayo de 1812.

Escudo de Bocachica, dado por el Libertador en abril de 1814.

Escudo de la Primera Batalla de Carabobo, otorgado por Bolívar el 29 de mayo de 1814.

Orden de Libertadores, acordada por Bolívar en 1818.

Medalla de Quito acordada por una Asamblea de aquella Ciudad el 29 de mayo de 1822.

Espada del Perú, acordada por el Gobierno Peruano, el 1º de julio de 1822.

Medalla del Perú, acordada por el mismo Gobierno el 1º de julio de 1822.

Medalla de Ayacucho, acordada por el Libertador el 27 de diciembre de 1824.

Escudo por la campaña del Perú dado por el Congreso de Colombia el 12 de febrero de 1825.

Espada de Colombia, regalada por el Congreso de aquella Nación el 12 de febrero de 1825.

Busto del Libertador, otorgado por el Congreso peruano el 12 de febrero de 1825.

Guirnalda de oro de Cochabamba, presentada por aquella ciudad en julio de 1825.

Pluma de oro presentada por el Colegio de aquella ciudad, julio de 1825.

Medalla de oro y diamantes acordada por la Asamblea Gral. del Alto Perú, 11 de agosto de 1825.

Espada de la Municipalidad de Lima, de oro con 1.168 brillantes, regalo de la municipalidad de Lima, el 1º de octubre de 1825.

Medalla del Potosí, acordada por el primer Congreso de Bolivia en abril de 1826.

Medalla de la Batalla de Tarqui, marzo de 1829.

(Acad. Nac. de la Historia. Archivo. Colección Landaeta-Rosales, IX-6.)

CUADRO DE AYACUCHO

Por MARCIAL HERNÁNDEZ SALAS

El año de 1824 es el año decisivo de la emancipación hispano-americana. Para entonces el flagelo inexorable de los poderes exóticos no crujía ya sobre las espaldas del continente. Méjico al advenimiento del desgraciado Iturbide en 1822, y el Brasil a la coronación de Don Pedro en igual fecha; Paraguay desde 1813; la Argentina y Uruguay en el Congreso Tucumano de 1816; Chile con la batalla de Maipó, ganada por San Martín en 1818, y Venezuela, y Nueva Granada, y Ecuador con las memorables campañas del héroe caraqueño, habían establecido su independencia y enterrado, bajo el rimero de doscientos mil cadáveres, el yugo de tres siglos.

Sin embargo, los viejos castillos del Perú enarbolaban todavía la bandera roja y gualda; y cual si obedeciese a secreto instinto, la facción íbera escogía por último baluarte la tierra del oro, clavando las melladas uñas en el corazón del legendario Potosí. Bolívar, desde la cumbre de su genio, escudriña los confines del horizonte, buscando, nuevo Quijote de la historia, agravios que vengar, grillos que romper, calabozos que derrumbar y tiranías que hundir en el polvo de la nada. Sorprende, parapetados tras la cuna de Manco Capac, a los que jurara guerra sin cuartel y dice: "Yo me pasearé del Istmo de Panamá al Cabo de Hornos hasta acabar con el último español..."¹ Y esclavo del destino y dueño de los hombres, apresta al efecto sus cohortes de veteranos, y hacia allá se lanza, dejando a cada golpe un general vencido, provocando a la puerta de cada villa una apoteosis y estampando en cada proclama la narración de una victoria.

Pasma considerar como lleva a cabo esa homérica expedición, cuando retiembla a sus pies un volcán del maldades y se descarga sobre su frente una nube de inclemencias. Vil cerco de traidores lo rodea; la envidia le muerde los calcañares; el puñal asesino le acecha en Huamachuco; la enfermedad le postra en Pativilca; pero él ¿qué piensa? ¿qué dice? Una palabra de profeta y de predestinado: Triunfar! Cuerpo tan mísero que encierre alma tan gigantesca se ha visto pocas veces. el Sabe que a los pueblos es necesario imponerles la libertad, así como se le impone la servidumbre. Resucitar al hermano de Marta es cosa insignificante para

1 Frase vertida en un banquete, según Arístides Rojas, en uno de sus trabajos históricos.

Dios; pero que un Lázaro de carne y hueso resucite a otro Lázaro, a la multitud envilecida, éso, éso si es mayor prodigio que prueba la santidad de aquella Causa.

Las horas crepusculares del 6 de agosto vieron un torneo al arma blanca en Junín.

El atleta infatigable acude a la costa del Alto Perú, y antes de partir entrega a Sucre las riendas del ejército, y con ellas la redoma de las tempestades, el talismán de las victorias.

Después de Junín, los castellanos se rehacen y buscan a los patriotas; la campanada de agonía resuena en el reloj de la eternidad; la Providencia señala el día y el campo en que debe decidirse la suerte de una dominación; el día se llama 9 de diciembre y el campo es Ayacucho.

Indigno pareciera que el historiógrafo ilumine con su antorcha y haga minucioso recuento de esas tristes carnicerías del hombre contra el hombre, sino fuera porque de la sangrienta pugna suele resultar un ejemplo insigne, la resolución de un gran problema, o el triunfo de una gran causa, como del choque de los aceros brota la chispa que alumbra, la llama que purifica.

No vemos en Ayacucho a dos reyes que rompen lanzas por vanidades de corte, ni a dos corifeos de partido que se disputan el cacicazgo, ni a dos naciones que agotan la vena de sus tesoros para adueñarse de un miserable jirón de territorio; no, lo que vemos en Ayacucho es el careo de dos épocas, el combate de dos sistemas políticos, la contienda de dos grupos de intereses.

A una parte se halla el viejo trono deslumbrando con el brillo de sus rancias tradiciones; la aristocracia mendigando de hinojos los amarillentos pergaminos, emblema de la presunción humana; el derecho de conquista, error sancionado por los tiempos y por las proezas de los Pizarros y Corteses; el gobierno colonial con su perezosa vida, sus trabas, sus tinieblas; en fin, el despotismo con todo lo que aniquila, lo que pone diques al pensamiento, lo que entumece al ave inquieta y voladora del espíritu. Al opuesto bando está el humilde sillón de la democracia, sin más adorno que la indígena piel adobada en el taller del obrero; está el ciudadano que blasona de talento, virtud o carácter, los únicos racionales timbres; está el colono clamando venganza de los ultrajes; está el derecho de independencia, más sagrado que el derecho divino de los reyes; está el moderno evangelio con la fraternidad de todos los corazones y la igualdad de todas las conciencias; está, en suma, la Libertad, luciendo en la cabeza el gorro frigio de la Revolución y derramando de su cuerno de oro lo que engrandece, lo que redime, lo que tiende a igualar al hombre con su Creador. En Ayacucho van a darse batalla Laserna el anciano, que representa tres siglos de absoluta dominación, y Sucre el joven, que simboliza tres lustros de reacción gloriosa. El soberbio león peninsular desenvaina la uña terrible y sacude la hirsuta melena con la rabia de la suprema angustia; el potro cerril del continente agacha las orejas, escarba el suelo, arroja fulgores por la ardiente pupila y exhala el relincho estridente, como señor de las pampas y producto salvaje de la naturaleza.

Atención!

Es la hora del alba. Dos falanges se despliegan faz a faz. El sol de los trópicos, antiguo dios del Perú, deslió sus rayos sobre el Cundurcunca e ilumina pri-

mero a los realistas, que son 9.310 y están en la cima; luego descubre a los patriotas, que son 5.780 y están en la llanura. Casi dos contra uno. Pero ¿cuándo tuvieron en cuenta los héroes el número de los enemigos, ni cuándo los arredró lo inexpugnable de las posiciones? A la diestra de Sucre se ve a Córdoba, jefe de cuatro batallones aguerridos, *Pichincha*, *Bogotá*, *Caracas* y *Voltígeros*, desafiando a Villalobos que le amenaza al frente español con siete cañones; a la izquierda se ve a Lamar, fiero cual su nombre, mostrando los arreos de la *Legión Peruana* a Valdez, que le enseña dos pares de cañones; en el intermedio descuella Miller, el valeroso britano, que hace rostro a Monet con los *Granaderos* y los *Húsares de Junín*; y más atrás Lara, en reserva, tiene bajo su mano tres panteras, los batallones *Rifles*, *Vencedor* y *Vargas*. Después de breve arenga, Sucre ocupa el cerro de la Sabaneta, mira el imponente cuadro del ejército y aguarda sereno el ósculo de la inmortalidad.²

Oíd!

El cañón retumba, y el fragor de la fusilería truena en la altura y en el valle. El ay! de los heridos vaga en torno de los combatientes, y contrarias impresiones se elevan a la bóveda del firmamento, que permanece inmutable. Así en ese juego infernal de ciclopes, transcurre la mañana. El sol, despejado, remonta el cenit. El ejército republicano se enardece y anhela subir también al cenit de la victoria. Cinco piezas de artillería española descienden al pie de la altura. Preciso es tomarlas; Sucre lo ordena, y aquí empieza verdaderamente el combate. El enemigo baja sus columnas, impetuosas como las candentes lavas de los índicos volcanes. Valdez acomete con furia la izquierda de los patriotas; la *Legión Peruana* se estremece al horrendo empuje y casi deja partir en mil trozos la férrea muralla de sus filas. ¡Oh, padre Sol, favorece a los que pelean por la patria!... Lara suelta dos de sus leopardos, *Vencedor* y *Vargas*, que parten disparados, restablecen el equilibrio y hacen retroceder al orgulloso asturiano. Entre tanto, el centro de los realistas no ha logrado ponerse en orden de batalla. Sucre ve con ojo de águila este descuido y en consecuencia manda al general Córdoba que ataque. Lo que entonces pasó es sublime. El gallardo antioqueño baja de su corcel; blande la fulmínea espada que en Junín quedara ociosa, y con ademán olímpico grita: "Yo no quiero medios para escapar. Sólo conservo mi espada para vencer. Soldados! Armas a discreción y paso de vencedores!" Estupenda jactancia del valor, nuestra solemne de la heroicidad de aquellos días! Imagínase uno estar oyendo al noble caballero García de Paredes, o cree ver, circuída de fosforescencias, la legendaria tizona de Rodrigo de Vivar. Córdoba conduce los regimientos arma al brazo; a cien metros de distancia rompe los fuegos, da una espantosa carga a la bayoneta, y desbarata, destroza, pisotea lo que se le opone, semejante al gladiador romano que la arena del circo limpiaba de rivales. Los batallones de la división de Villalobos yacen por tierra. Monet vuela en auxilio de su compatriota y se interpone entre Lamar y Córdoba. El infeliz ignora que los hijos de Colombia son titanes y que nada supera el ímpetu de nuestros caballos! Los *Húsares* lo

2 Recorrió las filas diciendo a los soldados: "De los esfuerzos de este día depende la suerte de Sur América. Este será un día de gloria que coronará vuestra constancia". (Larrazábal, Vida del Libertador).

atropellan por el flanco y Córdoba lo arrolla. Canterac sale por fin de la penumbra, preséntase con el resto de la reserva, que al punto cae deshecha en una mortífera carga de los jinetes centauros.

La fuga, la rendición y la muerte componen la escena final de la catástrofe. La egregia lanza de Laurencio Silva retiene la rueda de la fortuna con el último golpe. Los pinceles del crepúsculo manchan de rojos tintes el cielo, donde comienzan a parpadear las estrellas; y la América, en tan solemne hora, es como un Prometeo inmensurable que arroja de sí, extrangulado y moribundo, el buitре que le roía las entrañas.³

¡Llor a tí, valle de Ayacucho, *rincón de muertos*,⁴ valle de Josafat, sepulcro de la tiranía y cuna de la regeneración americana!

Tal es la síntesis de aquella acción, admirable por sus pormenores de estrategia, insólita por sus inmensos resultados.⁵ Allí quedó roto el último eslabón de la gran cadena de servidumbre forjada por el hierro de los conquistadores desde el estrecho de Behring hasta el de Magallanes. ¿Queréis medir su importancia? Tomad un libro en blanco donde quepan los hechos de una centuria; escribid en la primera página el mote de Batalla de Lexington, 1775,⁶ y al final, Batalla de Ayacucho, 1824; léanse en el intermedio tres apellidos, Washington, San Martín, Bolívar; llenad lo que resta con lo más puro, hermoso y elocuente que conciba vuestro ingenio, acumulad hazañas sobre hazañas, heroísmos sobre heroísmos, y habréis compuesto un poema sin par, el poema portentoso de la América libre. La emancipación del Norte es el prólogo intachable, y la emancipación del Sur el grandioso epílogo de esa dilatada epopeya. Sucre completa a Washington. Ved qué coincidencias! A la portada de la obra magna se yergue el prohombre de Virginia, patriarca de la honradez, dando aliento al águila septentrional; a las postrimerías se yergue el prohombre de Cumaná, dechado de la virtud republicana, tremolando el iris glorioso; entre los dos, Bolívar, el arcángel apocalíptico, los enlaza, simbolizando la energía bélica, la voluntad y el verbo, como una encarnación de las nuevas doctrinas.

La batalla de Ayacucho tiene el brillo de los golpes de gracia, el del cauterio que destruye la raíz del cáncer. Con ella el Perú queda libre, y el virrey Laserna, herido y prisionero, se dirige a las playas iberas pregonando el honor y la magnanimidad de los llamados insurgentes; por ella, la colonia fue vengada de las injurias que le hizo la vanidad, porque el pueblo español aplicó a los generales humillados en la célebre jornada el sobrenombre despectivo de *ayacu-*

3 Cayeron en poder del Ejército Libertador los tenientes generales Laserna y Canterac, los mariscales Valdez, Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázari, Vigil, Pardo y Turi; 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, 2.000 individuos de tropa; inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían. (Sucre, en el parte de la batalla).

4 "*Ayacucho* en el idioma indígena quiere decir *rincón de muertos*".

5 "La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina". (Bolívar).

6 La guerra de la independencia en la América del Norte se inició con la batalla de Lexington.

chos. ¡Y qué contraste! Mientras el polvo de la derrota cubre las canas del vi-
rrey, a idéntica hora Fernando VII extiende el título de conde de los Andes a su
teniente de ultramar. Allá un déspota sombrío se ocupa en despachar irrisorios
galardones de papel; acá un caudillo libertador concede y firma la capitulación
más generosa del universo.

Sucre es el Bayardo de Colombia, el paladín sin miedo y sin reproche. Nin-
guna carrera más corta, pero ninguna más esplendente que la suya. El panegírico
del táctico lo hacen, en las crónicas militares, el relámpago de Yaguachi, el pa-
voroso trueno de Pichincha y el rayo exterminador del Cundurcunca. El del hom-
bre de estado lo hace la administración inicial de Bolivia, que estudian las ge-
neraciones para avergonzar a los mandarines de la raza, pues siéndole fácil usar
del régimen del machete, no lo usó, y ello basta para distinguirlo de los histrio-
nes que asaltan el solio del poder y viven falsificando pasaportes con que en-
gañar a la posteridad. Gloria de Venezuela, todas las naciones hermanas del con-
tinente deben rendirle homenaje, porque le tocó echar el sello a la empresa co-
losal de la independencia americana. La proterva saña de las discordias intes-
tinas pudo matarle, pero no pudo amenguar el mérito de sus geniales victorias.
El fango no salpica las palmas porque se mecen muy arriba. La memoria del már-
tir de Berruecos será invocada siempre como lábaro de patriotismo y de hidal-
guía, mientras haya descendientes de aquellos inclitos varones cuyas huestes vic-
toriosas, hollando páramos y volcanes, vencían a los veteranos de Europa, rom-
pían las cadenas de Quito, galvanizaban el difunto Imperio de los Incas, y al
hercúleo soplo de su aliento engendraban a Bolivia, y se cernían, con la ban-
dera sacrosanta de la libertad, sobre el dorso empinado de los Andes.

LA LITERATURA EN LOS DIAS DE AYACUCHO

Por RAÚL PORRAS BARRENECHEA

La literatura no sigue de 1821 a 1824 el paso acelerado de la revolución. Se ha observado ya el contraste: mientras la ideología se torna romántica la forma literaria continúa siendo clásica. En versos quitanescos se apostrofa a la nación del Dos de Mayo y nuestros incipientes rimadores no tienen todavía audacia suficiente para insurgir contra las taxativas del verso. El clérigo Larriiva sorprendido por la revolución no se da tiempo para innovar y saluda a Bolívar con las mismas frases con que había honrado a Pezuela. El mismo libertador, cansado de helenismos poéticos, se atreve a reprochar a Olmedo que haya intentado hacer con la epopeya de América "una parodia de la Iliada".

Pero si son viejas las imágenes y las metáforas, es nuevo el aliento que provoca el énfasis viril de los versos y de las proclamas. Por tres años, y mientras dura el estrépito de la guerra, la literatura adopta un tono marcial. Catedráticos y humanistas, versificadores timoratos y poetas de academia, sienten la urgencia de embocar la trompa épica para tener algún alarde desmesurado de Tirteos. A cada nuevo triunfo de la gesta, a la aparición gallarda de algún nuevo caudillo, prorrumpe en alabanzas rimadas el coro civil de los aedas. Del verso el contagio grandilocuente cunde a la prosa e irrumpe en los escritos de la polémica y de la guerra. Editoriales de periódico, discursos, folletos de controversia, proclamas, arengas, decretos y hasta partes de batalla reflejan el delirante lirismo, de la hora, el romántico ardor por la libertad.

Lo que más abundan son los poetas, lo que escasea siempre la poesía, el sople épico, a pesar de la constancia de la rima. La crítica inclemente y ajena al escalofrío patriótico de la época, no ha encontrado en ese hacinamiento de versos, nada que sea digno de sobrevivir, si no es el himno de Olmedo. El canto de Junín, merece realmente, al compararse con las forzadas estrofas de las odas contemporáneas, ese juicio exclusivo. Es el único en el que se siente un estremecimiento lírico que recorre todas las estrofas y va animando las escenas y figuras, hasta transportarlas a esas regiones olímpicas del verso en que los héroes conviven con los dioses.

En los restantes rimadores se descubre demasiado claramente la desadaptación entre el estro mediocre y la grandeza del motivo poético que los sacude. Sólo Olmedo es capaz de libertarse "del dios que lo fatiga". Los demás sucum-

ben agobiados por un peso superior a sus alas. Ni don Felipe Lledias ni don José Pérez de Vargas, pulidos clasicistas, traductores de Horacio o cándidos tejedores de églogas, tenían el robusto aliento para cantar las transformaciones civiles de 1821 o las jornadas heroicas de 1824. Y sin embargo ambos se aventuran por la escarpa épica. Lledias perpetra una Oda a la libertad, en 1822, una oda al congreso constituyente y un soneto patriótico en 1823 y Pérez de Vargas, rotula mitológicamente un canto a Bolívar: "El vaticinio-epopeya al Febo peruano". Tan desprovisto de entonación heroica como aquellos, es el médico don José Manuel Valdés, que ni siquiera por haber traducido los Salmos, conoce los trasportes de la exaltación. No le basta su "Oda al general San Martín", sino que burocratizada la musa, ha de consagrar también a Bolívar un canto: "Lima libre y pacificada". Don Justo Figuerola, don J. M. Corvacho, don Manuel Ferreyros, que acaban de ser alumnos de retórica del victorino y serían más tarde magistrados y políticos, ensayan también el vuelo pindárico con las alas de cera de la preceptiva. El único que consigue alguna elevación y sonoridad en su acento, entre los versificadores peruanos es don M. López Lissón, pero es porque en su "Oda al Aniversario de Ayacucho" va siguiendo el galope y acordando su paso al ritmo que marcan los cascos de los potros de Olmedo.

Pero sus versos quedan como expresión histórica de un momento. Las odas y demás composiciones que ahora tachamos de frías, producían entusiasmos delirantes al ser recitadas en los teatros y hasta se aprendían de memoria. Alguna emoción colectiva trataron sin duda de aprisionar, porque es curiosa la identidad del tono, de las ideas, y de las palabras que se observa en todos los versos de entonces. El sentimiento predominante, aquel que todos se esforzaron por expresar más enérgicamente, es el de la aversión, por cierto bien insincera, a España. No hay quien no agaville los "tres siglos" de dominación española, para descargar sobre la tríade de oprobio, cuando menos dos adjetivos iracundos. De López Lissón, de Lledias o Ferreyros, como de cualquiera otro pueden ser estos versos:

"Por tres centurias de baldón cubierto"

(LÓPEZ LISSÓN)

"¿Con que al fin de tres siglos
De lloro y de ignominia..."

(LLEDIAS)

"Que tres siglos de llantos y penas".

(CORBACHO)

"Trescientos años el Perú gimiera".

(FERREYROS)

Hasta Olmedo se deja seducir por el lugar común y lo incorpora a su canto: también él ha visto:

"correr las tres centurias
de maldición, de sangre y servidumbre".

La segunda coincidencia poética la recogen también, sin duda del ambiente. Todos están acordes en la perennidad de la libertad conseguida, en el don ine-

fable que ella representa, en los sacrificios que hay que hacer para conservarla. La esclavitud ha desaparecido para siempre, afirman unánimemente los augures del verso: El himno nacional, acepta una trágica disyuntiva:

Y antes niegue sus luces el Sol
Que faltemos al voto solemne
Que la patria al Eterno elevó.

La más falaz e insincera de estas exaltaciones líricas, parece ser sin embargo lo del repentino "indigenismo" de todos los portaliras. En la ausencia de recuerdos históricos que aviven el sentimiento de la patria, estos españoles en la víspera, descendientes de los conquistadores, recurren todos a la invocación de los lejanos manes incaicos. La guerra de la independencia, pasando sobre los tres siglos nefastos viene a ser la venganza de la raza de bronce. No fue, pues, una peregrina invención de Olmedo la aparición de Huayna Cápac y su cortejo de vírgenes, en el *Canto a Junín*. Todos sus contemporáneos de la estrofa se sentían igualmente solidarios con Atahualpa y Huáscar, y hasta con Manco Cápac, y volvían los ojos hacia la bondad primitiva del imperio desaparecido, con una ternura, cuyo bacilo podría hallarse en el *Contrato Social*. Todos, incluso el mismo Olmedo, elevaron una plegaria al sol, padre del universo, el que no dejó jamás de prestarles una metáfora y un consonante.

En el himno de la Torre Ugarte, que sirve de letra a la canción nacional, queda para los que no quieran recurrir a las antologías una muestra genuina de lo que fue la poesía épico-civil de la independencia, con todos sus defectos, sus ríos y sus candorositades.

* * *

La musa popular, tuvo también sus expansiones poéticas que siguen de cerca los extravíos de los poetas letrados. En las calles, en las plazas y en el teatro las multitudes entonan a coro canciones patrióticas. En la época del protectorado, el teatro principalmente adquiere un gran auge. Monteagudo quiere educar al pueblo por el ejemplo vivo de la escena y se dedica a restaurarlo para que sirva de recinto apropiado a las grandes festividades de la ciudadanía. Se mejora el local, se ensancha el escenario y se estrena un nuevo telón de boca, que provoca los elogios entusiastas de *La Gaceta*. El telón era alusivo a la independencia y el pintor se sintió influido probablemente por la misma inspiración que los poetas. Se veía en él, aparecer el sol tras de unos altos montes; el anciano Saturno con su reloj de arena en las manos contemplaba la aparición radiante, en tanto que la fama volaba en el espacio con su trompeta de oro, la justicia, la libertad y la paz presenciaban el espectáculo y a la sombra de un plátano, los hijos de los incas celebraban con danzas alegres "el bello amanecer de sus antiguos días". En este teatro tan simbólicamente decorado se realizaron imponentes manifestaciones en la época de San Martín. Allí se oyó, por primera vez en público el Himno Nacional, cantado por la señora Rosa Merino y en un concierto habido en febrero —dice *La Gaceta*— esta misma cantante "ejecutó con singular gusto diez piezas selec-

tas: en todas obtuvo gran aplauso: pero en la de "La Chicha" apenas se oía su voz por el incesante palmeo de los circunstantes".

"La Chicha", música del maestro Tena y letra de la Torre Ugarte, era la canción popular más celebrada entonces. Asociada probablemente a algún ritmo tunante, y porque exaltaba la bebida indígena, en días de férvido nacionalismo, cundió con asombrosa rapidez. El estribillo decía:

Patriotas, el mate
de chicha llenad
y alegres brindemos
por la libertad.

* * *

Más típicas aún que los versos y las canciones, y más interesantes, porque en ellas se mezcla todo el fervor revolucionario de los espíritus y se producen las primeras dimensiones de ideas, son las controversias de la palabra y de la pluma. Monteagudo inicia ambos debates, el oratorio y el periodístico. En la Sociedad Patriótica, plantea la discusión sobre la forma de gobierno. La monarquía auspiciada por él, encuentra violentos opositores y hace que se desate, en una bélica prosa de panfleto, la arrogancia doctrinaria de Sánchez Carrión, autor de la célebre "Carta de Solitario de Sayán" en contra del poder real. Después los periódicos agitan la controversia. "*El Sol del Perú*", inspirado por Monteagudo, no puede resistir a la propaganda airada de Sánchez Carrión en "*El Tribuno de la República Peruana*" y de Mariátegui en la "*Abeja Republicana*". Triunfan las ideas democráticas y Monteagudo es proscrito y amenazado de muerte en el único momento jacobino de la revolución. A los pocos días se inaugura —cátedra de todos los lirismos y de todas las utopías— el 1er. congreso constituyente, en el que el más cálido verbo de la asamblea, el del propio Sánchez Carrión, va a ponderar las excelencias del gobierno representativo y a delinear los contornos de su república ilusoria.

* * *

*El último ciclo del período revolucionario, el comprendido entre los triunfos de Junín y Ayacucho, está todo lleno del resplandor bolivariano. Se canta la gloria del Libertador en las misas oficiales, entre la epístola y el evangelio, le exaltan las proclamas de sus generales, los artículos de la gacetas transportados de entusiasmo épico y los decretos del congreso que valen por odas de gratitud. Padre de la patria, hijo de la victoria, inmortal Bolívar, héroe de la América del Sur le titulan sus admiradores. En 1826 don José María Pando, alabando la liberalidad washingtoniana del héroe, le dirige su célebre "Epístola a Próspero". Se llega a la fatiga del ditirambo, pero de todos aquellos triunfales homenajes, arengas, discursos y brindis pronunciados en los suntuosos banquetes patrióticos que

* En Revista Variedades, número conmemorativo del Centenario de la Batalla de Ayacucho, Lima, diciembre de 1924.

se ofrecen a Bolívar en Lima y en las ciudades de su paso, en su camino triunfal a Potosí, ninguno más rotundo ni más gallardo que el saludo de aquel humilde cura indígena, José Domingo Choquehuanca, que en el recodo de un pueblo andino le arengó dándole en el tiempo y en el sol los únicos paralelos dignos de su gloria: "Vuestra fama crecerá así como aumenta el tiempo con el trascurso de los siglos y así como crece la sombra cuando el sol declina".

Esta, en síntesis incompleta, la literatura de la revolución: rapto de entusiasmo, trasporte de júbilo, heroica exaltación de la voluntad, apoteosis del héroe; lírica devoción a la patria que palpitan con la misma intensidad en la arenga del tribuno, que en la canción del arrabal, en la hoja periódica, en la proclama del vivac y en la clara epifanía de los poetas.

EL EJERCITO CRIOLLO EN AYACUCHO

Por CARLOS PÉREZ JURADO

CAPITULO I

EL EJERCITO COLOMBIANO ANTES DE AYACUCHO

Para finales de 1823, la situación del ejército patriota en lo relativo a vestuario, armamento y organización era, a grandes pinceladas, como se podrá apreciar a continuación:

A) VESTUARIO. De la Memoria presentada por la Secretaría de Guerra al Congreso¹ extractamos lo siguiente:

“...Respecto al vestuario, no ha habido tanta desproporción, porque aunque es verdad que los cuerpos de operaciones no han estado tan bien vestidos como los otros, debe observarse que la causa de esta desigualdad no esta en que hayan dejado de recibir lo que les correspondía, sino en la naturaleza de nuestros caminos y campamentos. Estas dos causas combinadas precipitan el deterioro e inutilidad del vestuario. Así es que ningún cuerpo en campaña o en marcha conserva su vestuario más de dos o tres meses. También en esta parte se hace notable la falta de la administración, porque proveyendo el tesoro la ropa a los cuerpos sin imputárselas al sueldo, se necesita una atención muy seguida y cuidadosa para evitar las dilapidaciones, la mala aplicación de los efectos y su abandono”.

De manera que para los comienzos de la campaña del Perú —la de 1824—, la situación del ejército en materia de uniformes y vestuario en general era mediocre, por cuanto que los cuerpos que iban a abrir operaciones no estaban equipados como los cuerpos colocados en las cercanías de grandes urbes y centros poblados. Ello es atribuible al pésimo estado de las vías de comunicación y a las asperezas del terreno en campaña. De forma tal que nuestro ejército no se encontraba adecuadamente equipado para iniciar una campaña en terrenos altos y de clima extremadamente frío. Para el momento de la acción decisiva en Ayacucho, cada soldado no tendría ni siquiera la dotación de uniformes reglamentaria, vale decir, dos uniformes por hombre; en Ayacucho, nuestros soldados combatirían con el uniforme que llevaban puesto desde el momento de abrirse operaciones

1 Memoria presentada por la Secretaría de Guerra al Congreso, el 27/abril/1824.

—materialmente reducido a malas condiciones— y sobre tal uniforme una especie de capotón o capota de los materiales más diversos: cordellate —color análogo al de las sotanas de los capuchinos—, bayeta, material de frazadas, etc. Sin embargo, se había logrado —pese a las limitaciones— cierta homogeneidad en lo relativo al traje militar, el ejército tenía un verdadero aspecto de ejército.

B) ARMAMENTO. Para finales de 1823, existían en Colombia la Grande un total de 27.000 fusiles en depósitos y almacenes y muy “pronto se completarán hasta cincuenta mil”.² Todo este material, tenía idéntico calibre, y en líneas generales se encontraba en buenas condiciones; como no se había dispuesto la cantidad de tropas que iban a constituir lo que se llamaba el ejército permanente, el criterio que regía era comprar la mayor cantidad de fusiles posible para hacer frente a cualquier eventualidad. En cuanto a pólvora, podemos decir que se habían intentado realizar algunas fábricas y ensayos análogos pero no sabemos si todo aquello dio algún resultado positivo. Algunos millares de quintales de pólvora constituían el total de la munición existente; para proveer plazas interiores se habían contratado otros tantos millares de quintales.³

C) ORGANIZACION MILITAR.

La organización que regía era: el ejército permanente, cuyo monto o total era bastante parecido al total de años anteriores, vale decir, que el ejército permanecía en el pie de la fuerza anterior y que “... lejos de disminuirlo se ha mandado que se completen los cuerpos y que se preparen las milicias para reforzar el ejército en caso necesario”.⁴

Este ejército permanente era el que guarnecía las plazas y presidios, diferenciándose del ejército de campaña, el cual nunca llegaría a superar la cifra de los 7.000 soldados. En cambio existía una organización paralela al ejército permanente: las Milicias, herencia funesta de la época colonial, la cual inexplicablemente había dejado muchos detalles en lo militar cuasi intactos. Es realmente inexplicable, que una organización militar que el mismo Libertador critica amargamente haya seguido subsistiendo durante toda la guerra emancipadora y más aún, en la época republicana; quien vino a acabar con este sistema —funesto para aquella época, pero discutible hoy en día— fue Guzmán Blanco y los caudillos federales, quienes reemplazan a las Milicias por sagradas y cuerpos francos —para llamarlos así—; en efecto la concepción moderna de un ejército permanente en Venezuela es reciente.

Para finales de 1823, existían unos 47 batallones y 42 escuadrones de Milicias, según consta en el informe de Guerra. La organización de estas Milicias era algo irregular por cuanto que no había posibilidad de armarlas a todas y otros obstáculos propios de disciplina e instrucción. Ignoramos si esos batallones de milicianos tenían dos o cuatro compañías, inclinándonos por la primera cantidad. “La organización que se les ha dado es igual a la del Ejército, pero su composición es todavía muy viciosa...”

2 *Idem.*

3 *Ibidem.*

4 *Ibidem*

D) ARMAMENTO INDIVIDUAL Y ORGANIZACION DE TROPAS.

Para finalizar este capítulo que no es sino una mirada retrospectiva a la situación del ejército criollo antes de la campaña de 1824, daremos una descripción del armamento y organización de tropas en campaña.

El soldado de infantería se encontraba armado con un fusil de chispa, de gran calibre, con su respectiva bayoneta. Un sable de infantería corto y una fornitura o cartuchera con unos 40 ó 50 cartuchos embalados y empaquetados, algunas piedras de chispa de repuesto, completaban el armamento individual del soldado de a pie. El fusil de chispa, era de manejo hartó difícil; se cargaba por la boca, y los cuerpos mejores adiestrados tenían capacidad para disparar tres tiros por minuto; presentaba dicho fusil ciertas dificultades: era imposible de utilizarlo en momentos en que llovía, ya que la pólvora se mojaba quedando indefenso el soldado, impotente ante la eventualidad de una carga de caballería. Por otra parte el tiro prolongado de un fusil de ese tipo tenía el defecto de que con el calor, el cañón se doblaba, quedando reducido a un artefacto inútil. A pesar de tantos defectos dicho fusil estuvo en vigencia desde mediados de siglo XVIII hasta 1848, aproximadamente. El soldado de caballería se encontraba armado de lanza, sable, pistola y carabina; el uso de estas dos armas, vale decir, pistola y carabina no estuvo generalizado hasta 1821. El jinete llevaba en el arzón de la silla pistoleras con capacidad para dos pistolas. Una canana que llevaba el jinete con munición —completaban este ajuar guerrero—. Conocida es la habilidad de los jinetes llaneros en el manejo de la lanza, llegándose a decir que levantaban materialmente al jinete opuesto de su silla, antes de que cayera al suelo; se dice que las lanzas criollas superaban en dimensiones a las de los españoles.

En cuanto a la orgánica de tropas, podemos decir: que la infantería se encontraba organizada en batallones —unidad táctica de combate— de 4 compañías de fusileros o compañías del centro y 2 compañías escogidas o de preferencia: granaderos y cazadores; todo ello sumaba unas seis compañías. Estos batallones podían ser ligeros o de línea, pero para el siglo XIX, la diferencia entre infantería ligera y la de línea no era ninguna, salvo la utilización de cuernos de caza en los batallones ligeros, mientras que los de línea tenían tambores; diferencia en el uniforme; y finalmente diferencia en la orgánica, por cuanto que las compañías de preferencia en los batallones ligeros recibían el nombre de carabineros y voltígeros. Por lo demás, no podría hablarse de diferencia táctica, salvo en el sentido de que a veces se empleaban batallones ligeros en avanzadillas, reconocimientos, descubiertas y otros menesteres similares. En el ejército criollo los batallones de infantería fueron casi siempre de línea, aún cuando el reglamento del 17 octubre de 1813 no excluye a la infantería ligera de la orgánica patriota.

La organización de la caballería era más sencilla: el núcleo lo constituía el regimiento repartido en cuatro escuadrones. Toda la caballería criolla podría clasificarse como caballería ligera; sin embargo hay salvedades: en efecto existió para la época de Ayacucho un regimiento de Coraceros del Perú, regimiento de caballería pesada. Existieron regimientos de granaderos a caballo, también para 1824, que quedan subsumidos dentro de la caballería pesada. Del lado español, la caballería quedaba organizada del siguiente modo: caballería pesada: coraceros

y granaderos a caballo; caballería de línea: lanceros y dragones; caballería ligera: húsares, cazadores e irregulares.

En cuanto a la artillería, es conocido por el lector culto que los criollos no poseyeron jamás un buen cuerpo de artilleros. En Ayacucho, sólo hubo un cañón del lado criollo. En cambio parece ser que los españoles tenían en muy alta estima a dicha arma, no desprendiéndose de ella ni en los terrenos más escabrosos. Arma hermana de la artillería es la ingeniería o zapadores: tampoco tuvieron los patriotas cuerpos organizados de zapadores, mineros ni pontoneros, aunque sí hubo uno que otro oficial calificado de la citada especialidad. Los españoles tenían un número reducido pero altamente especializado de zapadores y oficiales-ingenieros. Ambos ejércitos tuvieron buenos estados mayores con oficiales instruidos; en la práctica, las disposiciones que tomaban ambos estados mayores eran extractadas del célebre Manual del francés Tiebault.

CAPITULO II

DIFICULTADES EN LA ORGANIZACION

Las dificultades en el aprovisionamiento y organización del Ejército Unido, eran muchas; a título de ejemplo copiamos algunos extractos de comunicaciones oficiales; el primer documento va dirigido al Prefecto de la Costa, con fecha de enero 5 de 1824 y va firmado por José Gabriel Pérez; dice, entre otras cosas, lo que sigue:

“...Ruego a U. active la adquisición de doscientas noventa y ocho frazadas o cobijas o de mil cuatrocientas noventa varas de bayetón, bayeta o jerga del país para el mismo efecto”. Refiérese José Gabriel Pérez a la necesidad de adquirir algunas cantidades de cobijas o frazadas para los soldados del batallón Istmo.¹

En otra comunicación, dirigida al general Sucre, con fecha 6 de enero de 1824 y con firma del citado José Gabriel Pérez, se puede apreciar lo siguiente:

“...S. E. cree que la falta de vestuarios que experimenta el ejército, puede remediarse por ahora, colectando todos los lienzos o tocuyos y todos los cordellates y bayetones del país, tomándolos bien sea por vía de donativo, bien sea de contribución, o bien a cuenta de los cupos distribuidos en ese Departamento. Con los tocuyos se pueden hacer camisas que aunque no sean de mucha duración, servirán al menos para cubrir la desnudez al soldado y para abrigo indispensable en esos Departamentos. Los cordellates y bayetones pueden destinarse para pantalones. En los vestuarios que han venido de Lima hay un gran número de casacas de toda especie; estas refaccionadas en maestranza, podrán destinarse a los diferentes cuerpos de ejército”.²

La organización de un nuevo ejército, era ciertamente difícil en virtud de una inmensa cantidad de obstáculos que impedían el cabal equipamiento y bie-

1 Memorias de O'Leary, tomo 21, carta 524.

2 *Idem*, carta número 527.

nestar de la tropa: entre estas dificultades sobresalían la pésima administración militar, el mal estado de caminos y comunicaciones en general, así como la escasez de dinero. Las tropas vivían de lo que les ofrecía el medio y los habitantes del lugar; las enfermedades típicas de los terrenos de gran altitud —tal como el so-roche— y epidemias endémicas como viruela, disentería amibiana, tifus, eran cosas comunes en aquellas inmensas aglomeraciones de hombres y mujeres que constituían los ejércitos. De forma tal que debemos preguntarnos cómo Bolívar logra organizar aquellas masas en medio de tantas calamidades y ponerlas en condiciones de combatir; muchas veces en la guerra lo que cuenta es la organización y el aprovisionamiento para poder de esta manera permitir que el soldado se encuentre en condiciones de dar batalla. Las tropas se encontraban sin raciones y muchas veces sin paga; el equipo y vestuario se gastaban, las armas eran defectuosas:

“...Lo que dije a U. S. sobre las cartucheras fue consecuente al aviso que se me dio de que estaban tan mal construidas que apenas cabían 20 cartuchos...”³

No era pues cosa agradable ni fácil organizar un ejército con aquella limitación de medios, hombres y circunstancias. O’Leary en sus Memorias, nos da una idea de cómo podría ser la organización del Ejército Unido; en efecto, Bolívar estuvo en Trujillo desde principios de marzo de 1824 hasta el 11 de abril de aquel memorable año: “Trujillo —dice O’Leary— presentaba el aspecto de un inmenso arsenal en donde nadie estaba ocioso. Aún las mismas mujeres ayudaban a los trabajadores, y manos delicadas, no acostumbradas a las rudas labores, no desdénaron coser la burda ropa del soldado. Todas las cosas necesarias para el ejército se construían bajo la inspección inmediata del Libertador, que infundía actividad con el ejemplo, y cuando éste no bastaba recurría a las amenazas y hasta al castigo. En el curso de aquel mes se hizo gran acopio de vestuarios, correaes, armas, municiones, en una palabra, de todo el material para un ejército.

Parecerán increíbles —dice O’Leary— los arbitrios de que se valía para suplir la falta de materiales que se necesitaban en la construcción de algunos objetos; para hacer las cantinas, por ejemplo, hizo recoger todos los artículos de hoja y lata y las jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda”; observe el lector cómo Bolívar resolvió la dificultad que se presentaba para soldar las cantimploras: “...pero aconteció que un día al levantarse de su asiento se rasgó el pantalón con un clavo, examinólo al instante y resultó ser del metal de que había menester. Demás está decir —concluye O’Leary— que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de estaño”. Singular e ingenioso modo de resolver situaciones apretadas, tenía Bolívar... Dice O’Leary, que el mismo Bolívar daba en moldes para en corte de las casacas y chaquetas, con el objeto de economizar la tela, así como también daba instrucciones para teñirla.⁴

3 *Ibidem*, carta número 738.

4 *Ibidem*, narración tomo II.

Hay una carta harto curiosa donde describe de las necesidades del ejército: “...Ya he dicho a U. S. hablándole del vestuario para el ejército, que no creo se consiga con que hacer camisas, y que apenas el poco tocuyo servirá para forros, que por consiguiente es

Las herraduras de los caballos, la proporción del hierro a fundir, nada escapaba a la mirada vigilante de Bolívar; “jamás se vio persona alguna que desplegase tanta actividad y nunca el resultado correspondió mejor a los esfuerzos que se hicieron. Un mes ante todo se necesitaba, ahora todo estaba listo. Parecía como —dice O’Leary— si se hubiese empleado una varita mágica, o como si de la cabeza de un nuevo Júpiter hubiese salido no ya una nueva Palas armada de pies a cabeza, sino ocho mil guerreros aprestados al combate”. Sin duda que la descripción que hace O’Leary, es bastante pintoresca y muy cercana a la realidad de la época.

Faltaba aún organizar, equipar y alimentar convenientemente a las tropas peruanas, bastante desmoralizadas por los desastres anteriores y la excesiva vanidad de los dirigentes políticos de Lima, así como la incapacidad demostrada por el general Santa Cruz en la conducción de la campaña anterior, campaña que según algunos había sido planificada por San Martín, empero transformóse en una precipitada retirada, donde los peruanos perdieron toda su artillería e impedimenta, así como una inmensa cantidad de prisioneros, todo debido a un error estratégico ya que según parece, Santa Cruz creía a la división auxiliar de Sucre en las cercanías del Títicaca —cuando en realidad Sucre se encontraba en Arequipa— y emprendió una desastrosa marcha en aquella dirección, olvidando el principio de Clausewitz, quien dice “que al final de una marcha de 500 millas o más, el ejército llega invariablemente mucho más debilitado, particularmente en lo que respecta a caballería y carruajes”,⁵ transformándose la marcha en desbandada. De manera que se hacía necesaria una reorganización de las tropas peruanas. Al efecto, Sucre, comienza a organizar batallones de reclutas peruanos, designando los dichos cuerpos con números. Existe una interesante comunicación sobre cómo era la organización de aquellos cuerpos. Dicha carta se encuentra en las Memorias de O’Leary y dice:

AL SEÑOR SECRETARIO GENERAL DE S. E. EL LIBERTADOR

Señor Secretario:

Ya el batallón NUMERO 1 está en cerca de 600 plazas, y aumentará de día en día. He mandado a Huaras por 300 fusiles franceses para armar los reclutas, porque actualmente se sirven de los fusiles de los veteranos en la instrucción.

Este cuerpo será vestido con pantalón, chaqueta y capotón de cordellate, pero necesita camisas para todos, y un poco de paño para cachuchas. Por supuesto, es

necesario proporcionar de Lima 6.000 camisas. U. S. me dice que podrán conseguirse las 2.000 casacas en Lima, y sería de preferir que fuesen sólo 1.000 casacas, y 1.000 o 1.200 pantalones azules, pues las casacas que tienen VENCEDOR y VOLTIGEROS y PICHINCHA, resisten más tiempo que los destrozados pantalones que les sirven, y con 1.000 casacas pueden reemplazarse las muy malas y completar las altas que reciban, pues muchas altas se remediarán componiendo las chupas que han mandado el Coronel Heres: cordellates y bayetones se proporcionarán para un calzón de campaña, y pañete para capotes. También he dicho a U. S. que necesitamos 600 fornituras completas. ...El Coronel Otero está construyendo chaquetas y calzones de cordellate para su cuerpo, y hará también capotes; pero no hay esperanzas de camisas porque no se consigue tocuyo...” La carta con fecha 27 enero 1824, en Huanuco, va firmada por Sucre.

5 Clausewitz, De la guerre.

menester que le venga de Lima completo de fornituras, cubrellaves, portafusiles, etc., etc., del equipo y menaje. Este batallón puede ser un buen cuerpo. Se necesita también le manden unos quintales de pólvora y papel para foguear los reclutas. Lo mismo digo que necesitan los cuerpos de Colombia para foguear los suyos, que ya tienen bastantes reclutas. Bogotá debe contar con 200 reclutas del país, y Voltígeros y Pichincha con 150 lo menos. Rifles y Vencedor no sé cuantos hayan hecho.

Dios, etc. Cerro de Pasco, 9 de febrero de 1824. A. J. de SUCRE.

ADICION. Los cuerpos del Perú que están en Huanuco sufren muchas escaseces, pues aunque tienen seguros recursos están muy faltos de ropa; a la tropa le dan por semana dos reales al soldado, tres a los cabos y cuatro a los sargentos; a los oficiales, desde que vinieron a Huanuco, sólo les han socorrido con una cuarta paga en todo, y están desnudos porque sus equipajes fueron en el MONTEAGUDO.

SUCRE

Este documento nos puede dar una idea de como se organizaba un contingente de tropas; de singular importancia el detalle de que algunos cuerpos de Colombia habían hecho reclutas del país, porque era realmente dificultoso traer reclutas desde la Nueva Granada, o desde Quito; cuando así se procedía, había que traerlos amarrados, como bestias, por miedo a que se escapasen...

A manera de conclusión, imagínese el lector, las dificultades para organizar tropas, alimentarlas y vestirlas, en país enemigo o falto de recursos, lejano de Bogotá y Quito, con pocas vías de comunicación y tendrá tan solo una pálida idea de lo difícil que fue la guerra de independencia.

CAPITULO III

LOS EJÉRCITOS PATRIOTA Y ESPAÑOL EN AYACUCHO

El coronel Manuel A. López —del ejército criollo— describe el uniforme de las tropas que formaban el Ejército Unido para el momento de la batalla de Ayacucho. Vestían los soldados patriotas una especie de capote marrón, asemejándose la cohorte patriota, más que a un ejército, a una de esas graves procesiones de frailes capuchinos.

“...Dominaba tanto en el efecto óptico el burdo y sombrío capote, que a la distancia debimos parecerles a los españoles un ejército de frailes con fornitura; y nos darían por Obispo al tremendo Laurencio Silva, quien como hombre de color, gustaba de colores, y era único entre todos por su infalible esclavina roja, que ba costándole la vida en Junín”.¹
 “...Nuestro uniforme —anota el mismo López— consistía en casaca corta o Polonesa, con variación de chaqueta, guarnecidos cuello y mangas de azul claro, verde o encarnado, según los cuerpos, y al través de la guarnición de las mangas un MARRUECO o cerradura de otro color, ojhalada con tres botones; pantalón ancho de pliegue al frente y

1 M. A. López, recuerdos históricos.

capote largo hasta la espinilla, todo de bayeta o de paño ordinario azul oscuro, más un duplicado de pantalones de género blanco”.² Tal era pues el uniforme con el cual participó la infantería patriota en Ayacucho; elemento indispensable lo constituyó el capote, debido a las condiciones climatológicas del altiplano: “...quien carecía de manta para dormir se cobijaba con el capote, prenda de uso constante, sobre el cual iba cruzada la forniture; detrás, morral de cuero curtido; en la cabeza un morrión alto y pesado de baqueta negra en forma de cono invertido, con sus cordones blancos, encarnados o verdes, y pompón verde, celeste o encarnado, y una roseta tricolor o bicolor por escarapela, y carrilleras escamadas de hoja lata bruñida”.

La caballería patriota lucía para el momento de la batalla chaqueta azul con alamares amarillos, llevando algunos oficiales de aquella arma, alamares de plata sobre la chaqueta. Los oficiales se distinguían por sus divisas, así como también por el sombrero apuntado, que era de hule negro con borla de oro y escarapela.

Los generales se distinguían por sus charreteras y en los sombreros apuntados lucían pluma blanca.

Frente al severo aspecto que presentaba el Ejército Unido, contrastaba notablemente el aspecto del ejército español, que vestía de gala, por orden expresa del Virrey La Serna. Poco después del almuerzo las tropas españolas procedieron a uniformarse de gala, para lucir bien en tan solemne momento. El Ejército Unido, no pudo corresponder a tal cortesía, porque no tenía dos ejemplares completos de vestido, y ninguno de ellos vistoso. Indudablemente que el ejército español, formado a espaldas de Cundurcunca, debía de producir un efecto, pintoresco; cada regimiento lucía un uniforme diferente; las tonalidades más fáciles de captar eran el azul, el verde, el rojo, el amarillo; colores que se destacaban en las bocamangas o vueltas y en los cuellos de los uniformes españoles. El escuadrón Alabarderos del Virrey se podía claramente distinguir por su dormán verde con vueltas negras y pantalón blanco; este cuerpo había sido fundado, al parecer, por Don Andrés Hurtado de Mendoza, por allá por el siglo xvi. Sobresalía por sus vivos colores el regimiento Guías del General, el cual lucía uniforme de color bermejo, con vueltas blancas. Multitud de bordados, de charreteras, de cruces, de sombreros apuntados y otras prendas distinguían a los oficiales del ejército español. Era pues un espectáculo hartó pintoresco.

Para el momento más crítico de la batalla, adelantóse a caballo un oficial que lucía sombrero de jipijapa, uniforme azul de paño y charreteras. Cuando quedó a cierta distancia de las tropas, bajóse del corcel castaño claro y quedándose a pie delante de los soldados saludó con su sombrero a estos, arengándolos con voz característica a la milicia: “División, armas a discreción, de frente paso de vencedores”.

Al oír aquella voz de mando, desconocida para la milicia y característica desde entonces, los soldados trataron de marchar hacia el enemigo dentro del mayor orden. Fue en ese momento cuando la banda del Voltígeros rompió a tocar un aire nacional, llamado bambuco, acelerando así el combate.

2 Idem.

RUFINO BLANCO FOMBONA Y EL SESQUICENTENARIO DE LA BATALLA DE AYACUCHO

Por RAFAEL RAMÓN CASTELLANOS

Guardan relación directa dos hechos transcendentales que se unen en una gran realización. En este año se conmemoran ciento cincuenta años de esa gloriosa acción del 9 de diciembre de 1824 que selló definitivamente la Independencia de América y que se proyecta como lazo de unión entre todos los pueblos suramericanos. Y en este año también se cumple el centenario del advenimiento al mundo del polígrafo consagrado, escritor insigne, ensayista, maestro y poeta Rufino Blanco Fombona, cruzador de caminos y de mares para sembrar en Europa y proyectar la imagen intelectual de América con sus más destacados valores. Nació en Caracas el 17 de junio de 1874.

No sé hasta qué punto se entrelazan estos colosales sucesos, pues el mejor homenaje rendido al Gran Mariscal Antonio José de Sucre, entre 1915 y 1924, lo edificó con creces Rufino Blanco Fombona. Veamos el por qué: sin más ayuda que su vocación intelectual y sin más amparo que su iniciativa gigantesca, su idealismo, su romántica fe cundida de horizontes y su férrea voluntad de trabajo se empeña y logra fundar en Madrid una institución editorial que perpetuaría el nombre de Hispanoamérica en Europa y en otros continentes.

Se trata de la *Editorial-América*, que empieza a editar valiosos testimonios en la finalización del tercer lustro del siglo, integrada con nueve selectas secciones. La primera es la *Biblioteca Andrés Bello*, como testimonio del reconocimiento al más grande de los americanos que incursionando en las letras llegó a ser el Libertador Artístico de su tierra y dio al universo una lección imperecedera de luz jurídica, gramatical y pedagógica.

En ese filón de cultura incluyó Blanco Fombona sesenta y tres títulos de literatura y ensayo, con alto porcentaje de autores de los países del medio ambiente bolivariano.

La segunda serie es un reconocimiento tácito al héroe indiscutible de la última batalla por la libertad americana y la cual el gran escritor venezolano denominó sabiamente *Biblioteca Ayacucho* que es, además, la que mayores elogios recibió de la crítica universal, porque es nervuda y vigorosa dentro del pensamiento filosófico reinante.

La integran sesenta y tres volúmenes relativos a la historia de América, con prólogos, notas, comentarios, etc., del mismo Blanco Fombona. Es el más elocuente y más humano esfuerzo hecho por un solo hombre para darle vida propia a su tierra en los amplios horizontes de la cultura de otros continentes. Hoy por hoy nadie puede hacer una investigación sobre nuestros orígenes patrios y nuestros Libertadores, prescindiendo de estos libros que comprenden etapas complejas de la vida independentista de todas las naciones suramericanas. A esta parte de la Editorial dedicó su fundador y director mucho tiempo y desvelos.

Ni un ejemplar salió a la calle sin su paciente revisión y sin las anotaciones y aclaratorias que dieran un contorno más claro a cuanto se había escrito o no se escribía por entonces sobre estos países y sus basamentos sociológicos.

La tercera es la "*Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales*", con veintiocho títulos publicados, referentes en general al estudio de la sociología americana. Varios de los autores son venezolanos. La siguiente es la "*Biblioteca de la Juventud Hispano-americana*" que culminó con veintiún volúmenes de análisis histórico, biográfico, etc., sobre los próceres de la emancipación.

La quinta es la "*Biblioteca de Autores Varios (españoles y americanos)*" con veinticinco volúmenes, en los cuales se mezclan textos de poesía, arte, sociología, y ciencias físicas. Entre los autores aparecen Juan Gómez Olmedilla, Rafael Altamira, Pedro de Répide, Antonio Manero, Edmundo González Blanco, Enrique Gómez Carrillo, Manuel Machado, Emilio Castelar, Rafael Cansino — Assens, Rafael Lasso de la Vega, José Sánchez Rojas, J. Deleito Peñuela, Antonio de Hoyos y Vicent, Salvador Díaz Mirón, Cristóbal de Castro, José A. Bálseiro, Enrique Díez — Canedo, J. Francos Rodríguez, Isaac Coldberg, Ramón Gómez de la Serna, José Vasconcelos, José Verísimo, Francisco Villaspesa y Juan Bautista Alberdi.

Algunos poemarios tienen prólogo de Blanco Fombona y el volumen número 12 corresponde a PEQUEÑA OPERA LIRICA y TROVADORES y TROVAS de nuestro gran poeta y director de la *Editorial América*.

La sexta es la "*Biblioteca de Historia Colonial de América*", la cual está integrada con siete títulos, distribuidos en tres volúmenes que han merecido múltiples comentarios por cuanto entre ellos están editados algunos textos apócrifos de Rafael Bolívar Coronado sobre conquista y colonización.

La séptima es la "*Biblioteca de Autores Célebres*", con tres series. La inicial con quince títulos, la segunda con veintiuno y la tercera con cincuenta y uno. En esta brillan los escritores más representativos de varias escuelas humanísticas, desde todos los contornos y hacia todos los ambientes culturales, Es, sin lugar a dudas, la que mayores beneficios económicos le reportó a la *Editorial-América*, porque fue formada con la mística de difundir el pensamiento político y social de la época desde arriba hacia las capas depauperadas, que podrían adquirir los títulos a precios irrisorios. Abundan en este aspecto las traducciones de consagrados estudiosos como José Antonio Pérez Bonalde, Andrés González Blanco, Luis Berisso, José Sánchez Rojas, Alvaro Armando Vasseur, R. Lasso de la Vega, Aurelio Viñas, Cansino-Assens, J. García Monge, César A. Comet, Alfonso de Sola, José Luis Santos, J. Pérez Domenech, Cipriano Rivas Cherif, Enrique Ruiz de la Serna, J. Rivas Panedas, L. Astrada Marín y otros.

La octava es la "*Biblioteca Porvenir*", con doce títulos sobre filosofía, política, aspectos sociológicos, introducción al socialismo, comunismo, los programas bolcheviques, la burguesía, la dictadura del proletariado, las internacionales, el poder de los soviets y las relaciones entre las teorías, los dogmas y el nacionalismo americano. Y por último, la "*Biblioteca LA NOVELA PARA TODOS*", con doce volúmenes, la mayoría de afamados novelistas europeos.

Toda la *Editorial-América*, con sus nueve secciones, dio en el término de dieciocho años un total de trescientos veintiun volúmenes, fuera de las reediciones, que no estuvieron marginadas a una u otra especialidad, sino que cada año se repetían, como prueba evidente, del apoyo que el público lector dio a la empresa. Trataremos ahora de estudiar, con pormenores, las fuentes de tan compactos y profundos niveles superiores para la cultura de España y América, en cuanto a la *Biblioteca Ayacucho*, cuyos textos fueron los siguientes:

- 1 y 2 - O'Leary, Daniel Florencio (1800-1854) - BOLIVAR Y LA EMANCIPACION DE SURAMERICA; MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY, TRADUCIDAS DEL INGLÉS POR SU HIJO SIMON B. O'LEARY. Madrid, Sociedad Española de Librería (s. a.). Tomo I 705(1) p., 22 cms. Tomo II -805(1) p., 1 h., 22 cms. (La parte inicial de esta obra es un estudio sobre "O'Leary y sus memorias. I - El Hombre. II - La obra. III - Dificultades de la obra. IV - La Nueva Edición". (Firmado, R. Blanco-Fombona). Sigue luego una "Introducción". sin firma, así como el tema "Prolegómenos de la Revolución Hispanoamericana", en idéntica forma que lo anterior. Al final del segundo tomo existe una "advertencia", sobre "principales erratas que se han notado en esta obra". En el prólogo y en todo el texto encuéntrase muchas interesantes notas de Blanco-Fombona.
- 3 - O'Connor, Francisco Burdett (1790-1871) - INDEPENDENCIA AMERICANA, RECUERDOS DE... LOS PUBLICA SU NIETO F. O'CONNOR D'ARLACH. Madrid, Editorial-América (s. a) 2h., 416 p., 1 h., 22 cms.
(En la portada tiene un error, en vez de F. O'Connor debe ser T. O'Connor, de Tomás, que es el nombre del nieto, quien a la vez firma el prólogo. Esta edición es copia de la Tarija, Imprenta de la Estrella, 1895).
- 4 - Páez, José Antonio (1790-1873) - MEMORIAS DEL GENERAL..., AUTOBIOGRAFIA. Apreciación de Páez, por José Martí. Madrid, Editorial-América (s. a.). 481 p., 1 h., 23 cms.
(El texto de la obra es de la edición de Caracas, 1888, la cual consta de dos volúmenes, pero no fue totalmente incluida, ya que aquella no tiene algunos documentos, aunque sí muchas notas de buena calidad, por el editor (R. Blanco Fombona).
- 5 - Sevilla, Rafael (m. 1856) - MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJERCITO ESPAÑOL; CAMPAÑAS CONTRA BOLIVAR Y LOS SEPARATISTAS DE AMERICA. Apreciación de la obra, por R. Blanco-Fombona. Madrid, Editorial América (s. a.) 309(1) p., 1 h., 23 cms.
- 6 y 7 - García Camba, Andrés - MEMORIAS DEL GENERAL... PARA LA HISTORIA DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN EL PERU, 1809-1821. Madrid, Editorial-América (s. a.). Tomo I 581(1) p., h., 23 cms. - Tomo II y último, 603(1) p., 2 h., 23 cms.
(Tiene prólogo de Rufino Blanco-Fombona y es tomada de la edición de Madrid, Sociedad Tipográfica de Hortelano y compañía, 1846).

- 8 - (Vowell, Ricard Longeville) - MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGION BRITANICA; CAMPAÑAS Y CRUCEROS DURANTE LA GUERRA DE EMANCIPACION HISPANO-AMERICANA. Madrid, Editorial-América (s. a.), 241(1) p., 2 h., 24 cms.
(Prólogo firmado por R. Blanco-Fombona. La traducción es de Luis de Terán, quien como el anterior puso sus iniciales en interesantes notas de especial aclaratoria y explicación).
- 9 - O'Leary, Daniel Florencio (1800 - 1854) - ULTIMOS AÑOS DE LA VIDA PUBLICA DE BOLIVAR; MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY. Tomo Apéndice (1826 - 1829). Prólogo de Rufino Blanco-Fombona. Madrid, Editorial-América (s. a.), 580 p., 1 h., 22½ cms.
(La nota final del prólogo es una apreciación sobre las ediciones de este tomo "apéndice" y la historia del mismo en referencia al total de las Memorias de O'Leary que hizo editar en Caracas, 1879-1888, el General Antonio Guzmán Blanco. La "Introducción" la firma Manuel Segundo Sánchez. En esta edición está completa la célebre carta del General Antonio José de Sucre al Libertador, fechada en Cuenca, a 3 de marzo de 1829, que está trunca en la edición de 1883, encuadrada en 1915 al haber sido encontrados casi todos los pliegos. Además tiene un "apéndice" con una carta de Bolívar a O'Leary, fechada en Guayaquil, 13 de setiembre de 1829, que "fue publicada en *El Porvenir*, de Bogotá, el 18 de diciembre de 1855 y "nos parece oportuno insertarla aquí hoy, cuando se han puesto algunos a la tarea de demostrar que el Libertador fue ingrato con los neo-granadinos, puesto que ella dejará ver claramente cuales fueron siempre sus opiniones en pro de sus leales servidores y colaboradores de esta república". Blanco-Fombona le hace muy trascendentes anotaciones a casi la totalidad del texto).
- 10 - (Graham, María) - DIARIO DE SU RESIDENCIA EN CHILE (1822) Y DE SU VIAJE AL BRASIL (1823). SAN MARTIN - COCHRANE - O'HIGGINS. Prólogo de Don Juan Concha. Madrid, Editorial-América (s. a.), 451(1) p., 1 h., 23 cms.
(Está complementado con muchas notas del traductor, a quien no se menciona en ninguna parte de la obra).
- 11 - Heredia y Miseses, José Francisco (1776 - 1820) - MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA (DE LAS REALES AUDIENCIAS DE CARACAS Y MEJICO). DIVIDIDAS EN CUATRO EPOCAS: MONTEVERDE - BOLIVAR - BOVES - MORILLO. Madrid, Editorial América (s. a.). 301(1) p., 1 h., 22 cms.
(Es una reimpresión de la edición de París, 1895 que circuló con el título de MEMORIAS SOBRE LAS REVOLUCIONES EN VENEZUELA, de la cual son tomadas todas las notas explicativas de la que analizamos, pero en donde suprimieron párrafos).
- 12 - Urdaneta, Rafael. (1788 - 1845) - MEMORIAS DEL GENERAL... (General Jefe y encargado del Gobierno de la Gran Colombia). Prólogo de R. Blanco-Fombona. Madrid, Editorial-América (s. a.). XXXI(I) - 444 p., 22 cms.
(El brillante prólogo tiene algunas anotaciones de gran relieve, y además de las notas del General Urdaneta, aparecen también las del editor (Blanco-Fombona), que hacen más clara y concreta la obra). Los párrafos finales del prólogo son del tenor siguiente:
- 13 - (Dundonald, Thomas Cochrane) (1775 - 1860) - MEMORIAS DE LORD COCHRANE. Madrid, Editorial-América, (s. a.), 3 h., 301(1) p., 22½ cms.
(Es copia de la edición de Santiago de Chile, 1905, según consta en la "advertencia" donde hacen una amplia exposición de todas las ediciones existentes hasta la fecha (posiblemente 1916). Tiene un "apéndice" con el "mensaje del Presidente de Chile al Senado y a la Cámara de Diputados, reconociendo los servicios de Lord Dundonald y concediéndole la paga entera de Almirante por el resto de su vida". Seguidamente la respuesta del agraciado y otras cartas).

- 14 - (Urquinaona y Pardo, Pedro de) - MEMORIAS DE URQUINAONA (COMISIONADO DE LA REGENCIA ESPAÑOLA PARA LA PACIFICACION DEL NUEVO REINO DE GRANADA). Madrid, Editorial-América (s. a.), 383(1) p., 23 cms.
(Tiene error de paginación, la página 8 numerada 10. Es una reimpresión de la edición de Madrid, 1820, la cual apareció con el título de RELACION DOCUMENTADA DEL ORIGEN Y PROGRESO DEL TRASTORNO DE LAS PROVINCIAS DE VENEZUELA. En la "advertencia" de la Editorial-América, hay dos interesantes párrafos, que copiamos: (p. 10, 1 y 2).
- 15 - Stevenson, William Bennet (n. 1787) - MEMORIAS DE..., SOBRE LAS CAMPAÑAS DE SAN MARTIN Y COCHRANE EN EL PERU. Versión castellana de Luis de Terán (Noticias sobre Stevenson por Diego Barros Arana). Madrid, Editorial-América (s. a.), 300 p., 2 h., 22 cms.
(De la edición que con el mismo título apareció en Londres en 1825. La comentada tiene varias breves exposiciones, son de notas, de Rufino Blanco-Fombona (el editor), sobre la personalidad del autor y en el texto, especialmente en lo que se refiere a aclaratorias sobre nombres de personas y de lugares).
- 16 - (Paz, José María) (n. 1791) - MEMORIAS POSTUMAS DE JOSE MARIA PAZ. Madrid, Editorial-América (s. a.), 491(1) p., 1 h., 22 cms.
(Este tomo es solamente la parte que corresponde a la independencia americana. En la "advertencia" preliminar así lo hace constar el editor. Al final de la obra hay un "apéndice" que tiene un introito de la Editorial-América, y del siguiente tenor (p. 474).
- 17 - Mier, Fray Servando Teresa de - (del Convento de Santo Domingo de México, Diputado al Primer Congreso Constituyente de la República Mexicana). - MEMORIAS DE... Prólogo de Don Alfonso Reyes. Madrid, Editorial-América (s. a.). XXII-430 p., 3 h., 23 cms.
- 18 - Pinilla, Sabino (1851-1909) - LA CREACION DE BOLIVIA. Prólogo y notas de Alcides Arguedas. Madrid, Editorial-América (1917). 371(1) p., 23 cms.
(En las páginas 361-368 encontramos unos "apuntes biográficos del autor, por Severiano Campuzano").
- 19 - Amunátegui, M. L. y Vicuña Mackenna, B. - LA DICTADURA DE O'HIGGINS. Madrid, Editorial-América (s. a.). 400 p., 2 h., 22 cms.
(En las páginas 12 y 13 de la "advertencia preliminar" hay dos amplias notas de Rufino Blanco-Fombona, referentes a "autores de obras sobre el Libertador Simón Bolívar).
- 20 - Duarte Level, Lino - CUADROS DE LA HISTORIA MILITAR Y CIVIL DE VENEZUELA, DESDE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE GUYANA HASTA LA BATALLA DE CARABOBO. I. - LA CONQUISTA. II. - LA COLONIA. III. - LA PRIMERA PATRIA. IV. - LAS DERROTAS. V. - GRANDES CAMPAÑAS. VI. - CUADROS ANTIGUOS. VII. - MILITARES. Madrid, Editorial-América (1917), 2 h., 460 p., 23 cms.
(Es reimpresión de la primera edición de Caracas, 1911, que apareció con el nombre de HISTORIA PATRIA).
- 21 - Irisarri, Antonio José de (1786-1868) - HISTORIA CRITICA DEL ASESINATO COMETIDO EN LA PERSONA DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO. Madrid, Editorial-América (s. a.). 382 p., 22 cms.
(De la edición hecha en Caracas por el almacén de J. M. Rojas, en 1846, de la cual fue reproducida también, otra edición en la misma ciudad, 1915. Termina con "apéndice de los documentos citados en esta obra").
- 22 y 23 - Becerra, Ricardo (1836-1905) - VIDA DE DON FRANCISCO DE MIRANDA, GENERAL DE LOS EJERCITOS DE LA PRIMERA REPUBLICA FRANCE-

- SA Y GENERALISIMO DE LOS DE VENEZUELA. Madrid, Editorial-América (s. a.), Tomo I. 485(1) p., 1 h., 22 cms. Tomo II. 475(1) p., 2 h., 22 cms. (Es copia de la edición de Caracas, que por orden del gobierno de Venezuela apareció en 1896, en dos volúmenes, con el título de ENSAYO HISTORICO DOCUMENTADO DE LA VIDA DE DON FRANCISCO DE MIRANDA).
- 24 - González, Juan Vicente (1810-1876) - BIOGRAFIA DEL GENERAL JOSE FELIX RIBAS, PRIMER TENIENTE DE BOLIVAR EN 1813 y 1814 (EPOCA DE LA GUERRA A MUERTE). Madrid, Editorial-América (s. a.), 302 p., 2 h., 22½ cms.
(Adolece esta edición del brillante prólogo que a otras puso Rufino Blanco-Fombona. Es extraño que lo haya suprimido en esta, ya que en muchas oportunidades el autor estuvo orgulloso de su trabajo sobre el afamado polemista venezolano. Esta edición tiene, sí, muchas notas. Al final, p. 287-302, encontramos un "apéndice", "los autores y agentes del 19 de abril", por José Domingo Díaz; y luego la "Genealogía de los Ribas", y "Bolívar en Casacoima", entrambos del dicho González).
- 25 - Silva, J. Francisco V. (n. 1893) - EL LIBERTADOR BOLIVAR Y EL DEAN FUNES EN LA POLITICA ARGENTINA (REVISION DE LA HISTORIA ARGENTINA SEGUIDO DE IMPORTANTISIMOS DOCUMENTOS COMO LA CORRESPONDENCIA DEL DEAN FUNES CON EL LIBERTADOR Y OTROS PERSONAJES. Madrid, Editorial-América, (s. a.), 421(1) p., 22 cms.
- 26 y 27 - (Miller, William) (1795-1861) - MEMORIAS DEL GENERAL MILLER, AL SERVICIO DE LA REPUBLICA DEL PERU, ESCRITAS EN INGLES POR MR. JOHN MILLER Y TRADUCIDAS AL CASTELLANO POR EL GENERAL TORRIJOS. Madrid, Editorial-América (s. a.). Tomo I. 462 p., 1 h., 23 cms. Tomo II, 467(1) p., 3 h., 23 cms.
(Es copia de la edición inglesa de 1828 hecha en Londres por Longman, Rec s., Orme, Brown and Green, pero el texto está recortado en dos o más capítulos, en especial en cuanto a anotaciones sobre Europa. Esta edición madrileña se inicia con una "advertencia" de la Editorial-América (Rufino Blanco-Fombona), otra del traductor y prólogo de este mismo).
- 28 y 29 - Larrazábal, Felipe (1816-1873) - VIDA DEL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR. Madrid, Editorial-América (s. a.), Tomo I, LXV(I)-486 p., 1 h., retrato, 22 cms. Tomo II, 589(1) p., 2 h., 22 cms.
(Según consta en la carátula interior es una "edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona. El primer tomo se inicia con el índice de las Ediciones anteriores de esta obra", y luego la siguiente aclaratoria:
Tanto el prólogo y las advertencias, como el texto en general, tienen innúmeras notas del autor, el editor y el prologuista (Blanco-Fombona en los dos últimos casos).
- 30 - López, Manuel Antonio (1803-1891) - RECUERDOS HISTORICOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA, COLOMBIA Y EL PERU (1810-1826). Madrid, Editorial-América, 1919. 328 p., 22 cms.
(Se inicia con una introducción de J. M. Quijano Otero (p. 9-18). La edición en copia, imperfecta, de la de Bogotá, J. B. Gaitán, editor, 1878).
- 31 y 32 - Juan Jorge y Ulloa, Antonio de - NOTICIAS SECRETAS DE AMERICA (SIGLO XVIII MADRID, Editorial-América, 1918. Tomo I. 358 p., 2 h., - Tomo II. 376 p., 2 h., 23 cms.
(Comienza con una fotografía de la carátula de la edición castellana de Londres, en la Imprenta de R. Taylor, 1826. El editor complementó esta nueva presentación con innumerables notas sobre todo género de cosas).
- 33 - Torrente, Mariano - HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE MEJICO. Madrid, Editorial-América, 1918, 352 p., 2 h., 22½ cms.

(De la edición de 1829. Se inicia con una referencia sobre el autor y el mérito de la obra, firmado: Editorial-América (o sea Rufino Blanco-Fombona).

- 34 - Urrutia, Francisco José (n. 1872) - LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA Y LAS REPUBLICAS HISPANOAMERICANAS DE 1810 a 1830; PAGINAS DE HISTORIA DIPLOMATICA. Madrid, Editorial-América, 1918. 485(1) p., 22 cms. (Es una reimpresión de la edición de Bogotá, 1917, la cual apareció con el título de PAGINAS DE HISTORIA DIPLOMATICA).
- 35 - Oliveira Lima, M. - FORMACION HISTORICA DE LA NACIONALIDAD BRASILEÑA. Traducción y prólogo de Carlos Pereira. Madrid, Editorial-América, 1918. 278 p., 2 h., 23 cms.
- 36 y 37 - (O'Leary, Daniel Florencio (1800 - 1854) - De sus MEMORIAS) - Sucre, Antonio José de, presidente de Bolivia (1795 - 1830) - CARTAS DE SUCRE AL LIBERTADOR (1820 - 1826). Tomo I. Madrid, Editorial-América, 1919. 431(1) p., 2 h., 23 cms. Tomo (1826 - 1830), 449(1) p., 1 h., retrato, 22½ cms. (La nota inicial del primer tomo es del tenor siguiente: "Este volumen se forma con cartas de Sucre coleccionadas por el General O'Leary y publicadas oficialmente por Venezuela en 1879").
- 38 - Navarro y Rodrigo, Carlos - VIDA Y MEMORIAS DE AGUSTIN ITURBIDE. Madrid, Editorial-América, 1919. 362 p., 3h., 23 cms. (Esta edición tiene la "advertencia" de la de 1906, firmada por Angel Pola. Y además se complementa con una serie de indiscutibles notas del editor (Rufino Blanco-Fombona).
- 39 - (San Martín, José de) (1778 - 1850) - SAN MARTIN. SU CORRESPONDENCIA (1823 - 1850). Madrid, Editorial-América, 1919. 368 p., 1 h., 22 cms. (Es copia de una edición argentina, de la cual en esta aparece la "advertencia" preliminar, así como otra a esta edición, la cual copiamos:
- 40 - Heres, Tomás de (1795 - 1842) - HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA. LA EMANCIPACION DEL PERU, SEGUN LA CORRESPONDENCIA DEL GENERAL HERES CON EL LIBERTADOR (1821 - 1830). Madrid, Editorial-América, 1919. 495(1) p., 22 cms.
- 41 y 42 - Bulnes, Gonzalo (n. 1851) - BOLIVAR EN EL PERU: ULTIMAS CAMPAÑAS DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU. Madrid, Editorial-América, 1919, Tomo I. 369(1) p., 3 h., Tomo II. 429(1) p., 1 h., 23 cms. (Tiene a manera de prólogo una carta de Bulnes a Rufino Blanco-Fombona, y al final de esta un juicio de este último. El segundo tomo finaliza con una página de "errata importante" y otra de "erratas de la primera edición").
- 43 y 44 - Paz Soldán, Mariano Felipe (1821 - 1886) - HISTORIA DEL PERU INDEPENDIENTE (1822 - 1827). Madrid, Editorial-América, 1919. Tomo I, p., 1 h., 22½ centímetros. (De la edición de Lima, editada por Carlos Soldán (1868-1874), en tres volúmenes. Con sólo esta indicación nos damos cuenta de que la que reseñamos está trunca, le falta buena parte del texto, los apéndices, las rectificaciones, refutaciones, etc., así como el catálogo de libros, folletos y demás publicaciones consultadas y el catálogo de documentos. Se inicia con un juicio sobre el autor y su obra. firmado: Editorial-América (Rufino Blanco-Fombona). Las notas son abundantísimas, las más del autor y dos o tres del editor). Desde la página 147 del segundo volumen aparece un "apéndice de documentos manuscritos", y después de esto una "advertencia final de la editorial, sobre la edición de la obra).
- 45 - Saldías, Adolfo - LA EVOLUCION REPUBLICANA DURANTE LA REVOLUCION ARGENTINA. Madrid, Editorial-América, 1919, 409(1) p., 4 h. (Con cientos de notas y desde la página 285 un "apéndice" como complemento de varios capítulos, con sus respectivas llamadas).

——— Espinosa, José María.

- 46 - Posadas, Gervasio Antonio (1757-1832) - MEMORIAS DE... UN ABANDERADO (NUEVA GRANADA: 1810-1819). Madrid, Editorial-América, 1920. 409(1) p., 22½ cms.
(Del libro de Posadas hay solamente una parte, que tiene por cierto en p. 69 una interesante nota explicativa de la editorial (Rufino Blanco-Fombona). Del libro de Espinoza está la totalidad, también anotado por el editor.
- 47 - Urrutia, Francisco, José (n. 1872) - LA EVOLUCION DEL PRINCIPIO DE ARBITRAJE EN AMERICA. - LA SOCIEDAD DE NACIONES. Madrid, Editorial-América, 1920. 298 p., 3 h., 22 cms.
- 48 y 49 - (Bolívar, Simón) (1783-1830) - PAPELES DE BOLIVAR PUBLICADOS POR VICENTE LECUNA. Madrid, Editorial-América, 1920. Tomo I., 279(1) p., 4 h., 22 cms. Tomo II., 290 p., 3 h., 22 cms.
(La introducción está firmada por Vicente Lecuna, quien anota la edición. Desde la p. 223 del segundo volumen, hasta la p. 265 está un "apéndice" sobre facsímiles publicados sin numeración, anteriores a la p. citada en primer orden. Desde la p. 266 encontramos una "adición" de otras cartas del Libertador, y al final el índice completo de los dos volúmenes).
- 50 y 51 - O'Leary, Daniel Florencio (1800-1854) - CORRESPONDENCIA DE EXTRANJEROS NOTABLES CON EL LIBERTADOR. Madrid, Editorial-América, 1920. Tomo I, 305(1) p., 2 h., 22 cms. Tomo II, y último, 311(1) p., 2 h., 22 cms.
(El primer volumen se inicia con una "advertencia", en la siguiente forma.
- 52 y 53 - Rodríguez Villa, Antonio (1834-1912) - EL TENIENTE GENERAL DON PABLO MORILLO, PRIMER CONDE DE CARTAGENA, MARQUES DE LA PUERTA (1778-1837). Madrid, Editorial-América, 1920. Tomo I., 334 p., 1 h., 22 cms. Tomo II., 295(1) p., 1 h., 22 cms.
(Comienza el primer tomo con una "advertencia" de la Editorial-América (Rufino Blanco-Fombona) sobre el autor y su obra, además de muchas notas en todo el texto).
- 54 y 55 - O'Higgins, Bernardo (1776-1842) - EPISTOLARIO DE D... Tomo I - 1798-1819. Madrid, Editorial-América, 1920 (anotado por Ernesto de la Cruz) 221(1) p., 22 cms. Tomo II - 1819-1823. Madrid, Editorial-América, 1920. 222 p., 1 h., 22 cms.
(El primer tomo tiene una preliminar de Ernesto de la Cruz, que es la misma de la edición de Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1916.
- 56, 57 y 58 - Posada Gutiérrez, Joaquín (1797?-1881) - MEMORIAS HISTORICO POLITICAS. ULTIMOS DIAS DE LA GRAN COLOMBIA Y DEL LIBERTADOR. Madrid, Editorial-América, 1920. Tomo I, 332 p., 2 h., 22 cms. Tomo II, 349(1) p., 1 h., 22 cms. Tomo III, 366 p., 1 h., 22 cms.
(Es reimpresión parcial de la edición de Bogotá, Imprenta a cargo de Foción Montilla, 1865-1881, 2 volúmenes. A pesar de que esta es en tres está muy recordada. En el primer tomo encontramos la siguiente "advertencia" de la Editorial-América (Rufino Blanco-Fombona).
- 59 - (Bolívar, Simón) (1786-1830) - CARTAS DE BOLIVAR, 1823-1824-1825. (CON UN APENDICE QUE CONTIENE CARTAS DE 1801 a 1822). Notas de R. Blanco-Fombona. Madrid, Editorial-América, 1921. XV, p., retrato, facsímiles, 427 p., 23 cms.
(Comienza con un estudio sobre Bolívar tomado de la Revue Britannique, París, octubre 1827, traducido del inglés al francés por la dicha revista, en el mismo mes. Continúa una "introducción" de la Editorial sobre la estatua del Libertador Bolívar erigida por entonces en Nueva York, luego un "apéndice", que está compuesto con cartas del Libertador anotadas por Vicente Lecuna. Y termina con un trabajo sobre "algunas efemérides del Libertador", 1813, y una llamada, así: "Muchas de estas efemérides —todas las del año 1818 en adelante— son hechas

- de puño y letra de Jules Mancini, y han sido facilitadas por la señora viuda de este al escritor don Alfredo de Bengochea, amigo muy íntimo del historiador, quien ha tenido la bondad de facilitárnoslas. Se publican tal como las dejó Mancini, aun con las lagunas que pueden observarse". Se complementa la obra con un trabajo de Felipe Francia intitulado "La Esposa del Libertador", fechado en Caracas, a 9 de junio de 1910. Cada capítulo se inicia con un estudio de la situación, debido a la pluma de Rufino Blanco-Fombona, así: I. - 1823. La anarquía peruana. II. - 1824 Junín y Ayacucho. III. - 1825. Fundación de Bolivia.
- 60 - Araoz de la Madrid, Gregorio - MEMORIAS DEL GENERAL... Madrid, Editorial-América (s. a.), 415(1) p., 1 h., 22 cms.
(Comienza con una advertencia sobre el autor y sus trabajos, de la Editorial-América (Rufino Blanco-Fombona).
- 61 - Arguedas, Alcides - HISTORIA DE BOLIVIA. LA FUNDACION DE LA REPUBLICA. Madrid, Editorial-América (s. a.) 386 p., 2 h., 23 cms.
(Dedicatoria: A Francisco García Calderón, Rufino Blanco-Fombona y Hugo G. Barbagelata).
- 62 - (Bolívar, Simón) (1783-1830) - CARTAS DE BOLIVAR, 1825-1826-1827. Notas de R. Blanco-Fombona. (Madrid, Editorial-América, 1922?). 2 h., VI-510-XI p., 22 cms.
(El comienzo de la obra es un trabajo de De Prat "que se toma de una de las obras políticas del Arzobispo de Malinas, político, diplomático y publicista de De Prat, en cual tiene una buena cantidad de notas muy interesantes de R. Blanco-Fombona. El apéndice es una carta de Bolívar a José Modesto Larrea, fechada a 14 de diciembre de 1825 en La Plata, y luego el "Itinerario del Libertador", tomado del *Papel Periódico Ilustrado*, de Bogotá, número 62, correspondiente al 1º de abril de 1884. El título es "Itinerario de S. E. EL LIBERTADOR, desde Lima hasta Caracas, comenzando el 4 de septiembre de 1826 y rendido el 10 de Enero de 1827". Luego siguen otras cartas. Los capítulos se inician con artículos de Blanco-Fombona, así: A. - 1825: I. - Los problemas de la paz. II. - Las relaciones del Libertador con Argentina en 1825. III. - Ayacucho en Buenos Aires. B. - 1826: El Congreso Internacional de Panamá. C. 1827.
- 63 - Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio, Víctor - LA RECONQUISTA ESPAÑOLA DE CHILE EN 1814. Madrid, Editorial-América (s. a.) 449(1) p., 1 h., 22 cms.
(Con muchos comentarios, en forma de anotaciones, de entrambos autores).

No escapó pues al gran maestro, como queda palpablemente demostrado, ningún título de historia americana que tuviese concatenación con aquel suceso conmovedor del 9 de diciembre de 1824, o con la vida y la obra de cada uno de los adalides que allí interviniere en forma definitiva o antes habían ejercido labor ductora en la revolución independentista.

Por la relación vista, elaborada dentro de los cánones de la bibliografía, podemos paladear la inmensa tarea de difusión de nuestro acentro revolucionario a través de esta *Biblioteca Ayacucho*. Es menester manifestar que la edición de los primeros volúmenes fue de cuatro mil ejemplares, y ya desde el tomo correspondiente a las *Memorias del General José Antonio Páez*, subió a veinte mil, culminando en un tiraje de cuarenta mil por título, lo cual resulta una proeza editorial sin precedentes hasta entonces con respecto a este tipo de textos.

Cuán interesante resultaría hoy la reedición de todos y cada uno de los títulos que conforman este eslabón de la *Editorial-América*, y mucho más cuando podría ser en este año el mejor presente a la memoria del Mariscal Antonio José de Sucre y de Rufino Blanco Fombona, entrambos unidos a través de la Biblioteca "Ayacucho" en gran tarea de defensa de tierra y amor americano.

Bogotá, Marzo 1974.

LAS TRES ESPADAS DEL GRAN MARISCAL

Por DANIEL A. DEL RÍO

(Versión castellana del inglés)

Debido a su espléndido triunfo en la batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, el general Antonio José de Sucre fue honrado por el Congreso del Perú con el título de "Gran Mariscal de Ayacucho". Esta batalla liberó para siempre al Perú, y consolidó la independencia de las colonias españolas en todo el continente suramericano.

Entre los muchos honores y recompensas, en premio a tan gloriosa victoria, Sucre recibió dos espadas con empuñadura de oro guarnecidas de brillantes: una de Colombia, y otra del Perú.

Esta crónica se refiere además, a una tercera espada, cuyo valor histórico es muy superior al valor intrínseco de las otras dos; porque ésta fue la espada guerrera, la que propiamente podríamos denominar: "la espada de Ayacucho"; usada por el Gran Mariscal en aquella memorable batalla.

LA ESPADA COLOMBIANA

Por ley de febrero 11 de 1825, el Congreso de Colombia decretó regalarle una espada cuya empuñadura de oro macizo estaba constelada de piedras preciosas, con la siguiente inscripción:

"El Congreso de Colombia al General Antonio José de Sucre, vencedor
"en Ayacucho el año de 1824".

Esta espada fue trabajada en Londres por el joyero del Rey Jorge IV de Inglaterra, cuyo monarca la enriqueció además, donándole un valioso broche de diamantes. Esta espada la legó Sucre al Libertador Simón Bolívar en el artículo IV de su testamento, fechado el 10 de noviembre de 1829, en la siguiente forma:

"...la espada que me regaló el Congreso de Colombia, como premio
"por la batalla de Ayacucho se entregará al general Bolívar en señal de
"gratitud por los servicios que ha hecho a mi patria".

Al año siguiente, después del asesinato de Sucre, ocurrido el cuatro de junio de 1830, su viuda, doña Mariana Carcelén, Marquesa de Solanda, escribió a Bolívar, desde Quito el 28 de septiembre de 1830, diciéndole en parte:

“Entre las disposiciones testamentarias del amigo de Usted se encuentran una que recuerda los sentimientos que le animaban con relación a la persona de Usted. Ella ordena se entregue a Usted la espada que a él regaló en premio de la batalla de Ayacucho el Congreso de Colombia”. “Dígnese Usted aceptarla como una prueba de su gratitud a los beneficios que le debía. Para cumplir con ella, no espero sino el medio seguro a fin que esta prenda llegue a manos de Usted. Ella debe serle grata porque ella es el testimonio más auténtico, del aprecio en que tuvo los merecimientos de Usted, por los importantísimos servicios que ha prestado a su patria querida...”

Bolívar contestó a esta carta desde Soledad, población cercana a Barranquilla (Colombia), el 5 de noviembre de 1830, escasamente 6 semanas antes de su muerte*, diciendo en parte:

“Señora, esta dádiva me ha sorprendido porque no la merecía y porque debía ser la riqueza más honrosa de la familia de Sucre. Si me fuese permitido rogar a Ud. que se sirviera presentarla a mi nombre a la imagen inocente y tierna de mi amiga la señorita Sucre, yo me atrevería a tomarme esta libertad. El digno y futuro marido de la hija de Ud. conservaría en esa espada el más precioso escudo de la gloria de su casa. Sin embargo, si Ud. se ofende por este sentimiento, el más puro, yo aceptaré la espada; ella será para mí un presente inestimable mientras viva: y cuando muera volverá a ser consagrada la casa del héroe”.

Y el Libertador, en su testamento fechado en Santa Marta el 10 de diciembre de 1830, dice en la cláusula.11ª:

“Mando a mis albaceas que la espada que me regaló el Gran Mariscal de Ayacucho, se devuelva a su vida para que la conserve, como una prueba del amor que siempre he profesado al expresado Gran Mariscal”.

¿Cuál ha sido la suerte de esta joya histórica? El distinguido historiador ecuatoriano, Rafael María Guzmán, menciona en una crónica fechada en Quito el 24 de mayo de 1922, encontrarse esta espada ese año, en el salón de sesiones del Senado de Bolivia. Infortunadamente, como no hemos podido comprobar este dato, dejamos a futuros historiadores la tarea de investigar cual es su paradero actual.*

* Bolívar falleció en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830.

* Después de escrita esta crónica hemos verificado que no existe esta espada en el recinto del Senado de Bolivia, en La Paz.

LA ESPADA PERUANA

La segunda de las tres espadas, objeto de esta crónica, fue presentada al Gran Mariscal por la Municipalidad de Lima en gratitud por su magnífico triunfo en Ayacucho. Trabajada por orfebres peruanos en Lima, la espada tenía una empuñadura de oro guarnecida por 1.168 brillantes, con un peso total de 62 quilates.

Y en el primer aniversario de la batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1825, esta espada le fue presentada por Bolívar a Sucre, a nombre de la Municipalidad de Lima. La ceremonia tuvo lugar en la ciudad de Chuquisaca, entonces capital de Bolivia, y cuyo nombre fue después cambiado al de "Sucre", en honor al Gran Mariscal. El Concejo Municipal de Lima había enviado a Chuquisaca con el coronel Salazar, dos espadas y dos uniformes militares: uno para el Libertador, y otro para Sucre. Cada espada tenía un cinturón con hebillas de oro macizo consteladas de brillantes; y cada uniforme, bordado con hilo de oro, tenía 33 botones, ocho hebillas, y dos charreteras de oro.

Esta espada está mencionada por Sucre en el artículo VI de su testamento como sigue:

"...12.000 o 15.000 pesos que valen mi espada de brillantes que me regaló la Municipalidad de Lima, y mi medalla de brillantes que me regaló el Congreso de Bolivia".

Esta espada fue conservada por la viuda de Sucre, Marquesa de Solanda, pero después de su fallecimiento, narra una anécdota, esta sagrada reliquia del Mariscal fue objeto de vil destrucción por un negro esclavo de la Marquesa, quien para apoderarse del oro y de los diamantes destruyó la empuñadura golpeándola con una piedra. Y de acuerdo con esta leyenda, otros miembros de la servidumbre, mostraban después brazaletes, anillos y aretes, confeccionados con el oro y diamantes de la espada.

La hoja damasquinada de la espada tuvo mejor suerte. Fue conservada por el hijo del segundo matrimonio de la Marquesa, Don Felipe Barriga, casado con Josefina Flores, hija del primer presidente del Ecuador, general Juan José Flores. Varios años después, Barriga obsequió esta hoja a su cuñado Antonio Flores Jijón, quien entonces era presidente del Ecuador.

Esta narración nos trae al año 1866, cuando tres repúblicas colindantes con el Océano Pacífico en Suramérica, o sean: Ecuador, Perú y Bolivia, se aliaron contra España, debido al bombardeo por la escuadra española, de los puertos del Callao y Valparaíso. En dicho año, el presidente del Perú, general Mariano Ignacio Prado, con motivo de su brillante victoria naval en el Callao (mayo 2 de 1866), recibió de sus aliados varios trofeos y banderas, entre los que se encontraba la hoja de la espada del Mariscal, repatriada al Perú por el gobierno ecuatoriano. El presidente Prado, la envió al Museo de Lima (hoy Museo Nacional de Historia, Plaza Bolívar, Lima), donde se encuentra actualmente, catalogada con el N° 1084.

La hoja está damasquinada con varios dibujos, los que contienen las dos siguientes leyendas:

“Antonio José de Sucre. Unión y Libertad. Año 1825” y

“Gran Mariscal de Ayacucho. Chungapoma me fecit”

Su longitud es de 96 centímetros; su ancho en la parte superior es de 2.8 cms. y en la inferior de 1.6 cms.

LA ESPADA DE AYACUCHO

La gloriosa espada que portaba Sucre en la batalla de Ayacucho, representa, y será para siempre, el símbolo de la emancipación de un continente. En contraste con la magnificencia de las otras dos, esta espada podría describirse, como del tipo comúnmente usado en campaña por los oficiales del ejército de la época. Su empuñadura es sencilla y sin gavilanes, pero la hoja es fina y fuerte, estando ornamentada con varios grabados. La vaina está empavonada y adornada con canalejos dorados, mostrando grabadas en la parte superior, las iniciales A. J. S., y “Colombia”, en una banda oblícua. En el interior de la vaina hay una inscripción certificando haber sido enviada esta espada por el general Wilson al “Vencedor de Ingavi”.

El Gran Mariscal de Ayacucho, obsequió esta espada al Libertador Simón Bolívar, quien a su vez, se la regaló a su edecán Belford Hinton Wilson, hijo del distinguido general británico Sir Robert Wilson (1777-1849). Debido a su admiración por Bolívar, Sir Robert había enviado a su hijo Belford, a servir bajo las banderas del Libertador. Al llegar el joven Wilson a Lima, el 22 de noviembre de 1823, fue nombrado por Bolívar como uno de sus edecanes. En esta capacidad acompañó al Libertador, en el Perú, en Bolivia, y en Colombia. Wilson se encontraba en Santa Marta, cuando Bolívar falleció en 1830, habiendo actuado como uno de los testigos de su testamento. Aun cuando Bolívar menciona a los Wilson allí, en la cláusula 12ª no existe referencia alguna en este documento, sobre la espada de Ayacucho. Dicha cláusula 12ª dice así:

“Mando a mis albaceas den las gracias al Sr. general Roberto Wilson por
“el buen comportamiento de su hijo el coronel Belford Wilson que tan
“fielmente me ha acompañado hasta los últimos momentos de mi vida”.

Hallándose en Londres, en 1843, Wilson envió “La Espada Vencedora en Ayacucho”, al entonces Presidente de Bolivia, general José Ballivián, vencedor en la “batalla de Ingavi”. Al fallecer Ballivián heredó la espada su hijo Adolfo Ballivián, quien en 1873, cuando era Presidente de Bolivia, envió esta reliquia histórica a la Asamblea Nacional, en una comunicación, la que decía en parte:

“...esta espada fue obsequiada por el general Sucre al general Bolívar
“el que en su testamento la legó a su edecán el general Belford H. Wilson, quien a su vez la remitió de obsequio a mi padre...”.

Un año después, la Asamblea Nacional de Bolivia, por ley de octubre 6 de 1874, refiriéndose a la espada, dice en el artículo 5º: "La espada del vencedor de Ayacucho será colocada en el Salón de Sesiones a la derecha del retrato del Gran Mariscal...".

Debido a que la Capital de Bolivia fue después trasladada a la ciudad de La Paz, este edificio en la Ciudad de Sucre, donde se reunía el Congreso, es conocido ahora como "Casa de Gobierno", y su antiguo salón de sesiones, ha sido convertido en un museo, donde la espada de Sucre está actualmente en exhibición, junto con otros trofeos de la independencia de Bolivia.

Y para terminar, incluimos a continuación una transcripción del testamento de Sucre, y una copia fotostática del mismo, escrito por el Mariscal de su propio puño y letra, fechado en Quito el 10 de noviembre de 1829, cuando nuestro héroe contaba apenas 34 años de edad.

Uno o dos días después de haber hecho su testamento, salió el Gran Mariscal para Bogotá. Nunca regresaría con vida. Porque escasamente 7 meses después, sería cobardemente asesinado, y sus restos serían transportados a Quito dentro de un tosco cajón.

"Nota del Autor".

"Después de escrita esta crónica, hemos descubierto una carta fechada en Quito el 21 de noviembre de 1833, dirigida por la viuda del Mariscal a su cuñado Gerónimo Sucre en Cumaná. En dicha carta la viuda menciona que la espada nunca salió de Quito; y agrega además, que la empuñadura de oro, no tiene adorno alguno. Esta última aseveración, parecería desvirtuar la leyenda sobre el broche de diamantes obsequiado por el Rey de Inglaterra para embellecer la empuñadura, o que ella estuviera guarnecida de piedras preciosas. Y como hemos comprobado no existir actualmente la espada en Quito, Bogotá, Lima, La Paz, o Caracas, podría conjeturarse lo siguiente:"

"Que la viuda del Mariscal, habiendo sufrido después enormes pérdidas en su fortuna, las que la obligaron a solicitar ayuda del Gobierno de Bolivia, la cual le fue negada, se hubiera visto precisada a realizar entonces el valor del oro de la empuñadura y de la vaina. Dejamos a futuros historiadores la tarea de descifrar este enigma, limitándonos a copiar a continuación el párrafo de la carta de la viuda a su cuñado, referente a la espada, donde dice lo siguiente:

"Sobre la espada que el Libertador volvió a ceder en favor de mi hija, ella nunca salió de aquí, ni tiene otra recomendación que ser de oro, pero sin ningún otro adorno".

Ruégole excusar la anterior molestia, y no considerar esta carta, si la crónica hubiera sido ya publicada. En espera de verme favorecido con sus gratas noticias me reitero, su sincero amigo,

D. A. del Río

AYACUCHO, BATALLA DECISIVA FINAL DE LA CAMPAÑA LIBERTADORA DEL ATLANTICO AL PACIFICO

Por VÍCTOR J. FERNÁNDEZ BOLÍVAR

I

“Lo que tu quieras y lo que tu desees búscalo en ti mismo y no en los demás” dijo un muy antiguo filósofo: 24 de julio de 1783.

Después de la pérdida de la 1ª República viaja a la Isla de Curazao luego a Cartagena de Indias en la cual emite tres documentos con sus ideas políticas desde el ángulo del Derecho Constitucional y la experiencia reciente en Venezuela:

- Su mensaje a los americanos del 2 de noviembre de 1812 en el cual emite su juicio sobre las acciones de Monteverde.
- La Exposición dirigida al Congreso de la Nueva Granada del 27 de noviembre del mismo año.
- La Memoria o Manifiesto de Cartagena el 15 de diciembre del mismo año 1812.

Bolívar entra en acción el 1º de marzo de 1813 y lanza su proclama en San Antonio (Venezuela) en la que en parte dice: “La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión”.

Es significativo observar cómo ratifica aquí lo citado anteriormente sobre su Manifiesto de Cartagena, de la concepción de su Campaña Libertadora continental de América que comienza con su Campaña Admirable que cronológicamente, es la primera gran ofensiva independentista con resultados positivos y grande proyecciones en la América Española.

En lo operacional sostenía la estrategia ofensiva y así dijo en su Memoria: “Que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene pues lo debilita, sin esperanza de indemnizarlo”.

Realiza en su acción en Venezuela su Campaña Admirable entrando a Caracas el 7 de agosto de 1813.

El 14 el Ayuntamiento de Caracas le concede el título de Libertador y Capitán General del Ejército Republicano.

De la Campaña Admirable Mitre dijo: "Nunca con menos se hizo más en tan vasto espacio y en tan breve tiempo".

El historiador alemán Gervinius dice: "Tal campaña puede figurar junto a las más atrevidas empresas militares que hayamos conocido en Europa".

La Campaña Admirable es la primera gran ofensiva de la guerra independentista en América Española (año 1813) y también la primera con grandes proyecciones históricas al libertar a Venezuela y fundar la segunda República en este país.

Luego la pérdida de la segunda República, su carta de Jamaica, Expedición de los Cayos, Campaña de Guayana y Congreso de Angostura.

Realiza el conocido y reconocido hoy día internacionalmente El Paso Estratégico de Los Andes, del cual un general francés que se inmortalizó en la primera guerra mundial dijo: "El episodio más sorprendente de la historia militar del mundo es tal vez, el paso de la formidable cadena de los Andes por Bolívar bajo una lluvia pertinaz diluviana con soldados de las llanuras cálidas".

Luego Boyacá primera batalla decisiva que da la libertad a Nueva Granada (hoy Colombia).

Todo es una unidad y así debe estudiarse y analizarse particularmente, la fase culminante de la estrategia operacional es decir del Paso de Los Andes a Ayacucho, del Orinoco al Potosí, de la esclavitud a la libertad, del Atlántico al Pacífico pasando por Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho, campaña en la cual y en el marco de las batallas decisivas Sucre, Paez fueron sus primeros lugartenientes.

La Táctica está subordinada a la Estrategia operacional, como ésta a la Alta o Gran Estrategia denominada también Estrategia Nacional.

Simón Bolívar fue jefe de la Alta o Gran Estrategia y de la Estrategia Operacional en Boyacá, Carabobo, Bomboná y Junín. Delegó el mando Operacional en Pichincha y Ayacucho en el Gran Mariscal de Ayacucho.

De Bomboná dijo Mitre: "La batalla estaba ganada y destempló el nervio de la resistencia pastuza". También agregó: "Las batallas de Bomboná y Pichincha pusieron término a la guerra del Norte de la América Meridional y cuadraron el Territorio de Colombia..."

San Martín en carta a Bolívar le dice: "Los triunfos de Bomboná y Pichincha habrán puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú, asegurando la libertad de ambos estados, y que consideraba bajo un doble aspecto estos sucesos consumada con heroísmo la obra del Libertador, siendo el Perú el único campo de batalla que quedaba en América".

Pastor Petit en su obra Bolívar transcribe lo que dijo San Martín: "Solamente Bolívar con su fuerte ejército puede conquistarlo" refiriéndose a la libertad del Perú.

En este país el poeta Olmedo presidiendo una diputación dijo: "Todos los elementos de ataque y defensa acumulados en el Perú solo esperan una voz que los una, una mano que los dirija y un genio que los lleve a la victoria".

El Congreso solicitó el auxilio de Bolívar así como su propia presencia este se comprometió: "Colombia no pretende un grano de terreno del Perú porque su

gloria, su dicha y su seguridad de fijan en conservar la libertad para sí, y en dejar independientes a sus hermanos". Dice el historiador Jorge Basadre: "La victoria finalmente alcanzada en Junín y Ayacucho, produjo un desbordamiento de entusiasmo y de admiración hacia el hombre que con el fango, la sangre y las lágrimas de la derrota y de la miseria la había amasado. Fue en aquella época cuando en las iglesias se cantaba al lado del evangelio: Nos diste a Bolívar; Gloria a ti Gran Dios!

II

El verdadero objetivo de la Estrategia no consiste en buscar la batalla, sino en crear una situación estratégica tan ventajosa, que si ella por sí misma no conduce a la decisión su continuación a través de una batalla proporcionará la seguridad de obtener esa decisión.

La perfección estratégica consiste en conseguir un efecto decisivo, sin necesidad de empeñarse en combates serios. La proposición de Bolívar era la perfección estratégica.

Simón Bolívar buscó la perfección estratégica y así finaliza su escrito citado del 7 de octubre 1820: "No negaré por eso que una separación violenta obtenida por las armas y por la exaltación de las pasiones, debe ser un mal para la metrópoli... Pero una separación calculada por la política dirigida por la sabiduría, convenida amigablemente y apoyada sobre la base incontrastable del interés común es el mayor bien que jamás puede hacerse a la España y a la América". (Revista S. P. edición europea, Madrid 15 noviembre de 1970 N° 524, artículo: Bolívar testimonio 70).

Sin embargo tuvo que hacer la guerra, su Campaña Libertadora victoriosa, su matemática aplicación de los principios y reglas de la guerra, particularmente las tres reglas de Clausewitz: "La concentración de esfuerzos, la acción del fuerte al fuerte y la decisión por la batalla en el teatro de operaciones principal".

El historiador colombiano Aníbal Galindo en su libro "Las Batallas Decisivas de la Libertad" dice: "El eminente clásico inglés, sir Edward Creasy, concibió la bellísima idea de escribir la mejor parte de la historia guerrera de la humanidad, en la de quince (15) Batallas que dan por título a su obra. Las 15 Batallas Decisivas del Mundo. Por considerar y con razón, que si ellas se hubieran decidido de otra suerte, esta civilización que conocemos no existiría, o habría sufrido mucho retardos o perjudiciales modificaciones en su desarrollo".

De sus quince (15) batallas, cuatro son de la antigüedad, cinco sajonas, cinco francesas, una rusa; y el mundo español no cuenta una sola de ellas".

Continúa diciendo Aníbal Galindo: "Para reparar y desagraviar este olvido escribimos a Lepanto. Allí justificamos su elección".

"Animados por este primer ensayo, otro día dijimos: Sí; la batalla que dio en tierra con el despotismo napoleónico, debe contarse entre las batallas decisivas de la libertad y de la civilización; pero esa página no pertenece a la batalla de los reyes, sino a la de los pueblos: Napoleón fue vencido en España; y entonces sustituimos Bailén a Waterloo, donde hemos alcanzado un canto al patriotismo y al valor español".

“La destrucción de la Invencible Armada de Felipe II (año 1558) la hemos suprimido, porque no la contamos como batalla o victoria de los hombres, sino de los elementos. En su lugar damos a la Inglaterra la página gloriosa que de derecho le corresponde en las luchas guerreras por la libertad: la de Boyne, donde quedaron postrados los últimos restos del partido de los Stuardos, aliados a Luis XIV; donde terminó la gran Revolución del pueblo inglés contra la tiranía y de la cual data el afianzamiento de las libertades políticas de la Gran Bretaña”.

“También hemos suprimido a Pultawa: no ponemos nuestra pluma al servicio del despotismo”.

Después, continúa refiriéndose a las otras batallas: ARBELA, ARMINIUS, HASTINGS, Blenheim, Saratoga, Valmy, Orleans, Maratón, Siracusa, Metauro, Chalons y Tours que las mantiene entre las Batallas Decisivas de la Libertad, título de su obra.

Y termina diciendo en su explicación a manera de prólogo de su obra: “Y finalmente después de desagruar a España, era preciso desagruar a la América”. “El acontecimiento político más grande del siglo XIX es la emancipación de las colonias españolas del Continente Americano, desde México hasta el Cabo de Hornos”. “Por lo tanto el libro debía cerrarse con la página guerrera que simboliza esta gran transformación, este inmenso cambio en las condiciones políticas, económicas y comerciales del mundo, y que se llama AYACUCHO”.

“Ayacucho no es una batalla colombiana, ni una batalla peruana, sino la victoria final que coronó la guerra de emancipación de la América Española, y a la cual concurrieron esfuerzos y los sacrificios de todos, desde el Orinoco hasta el Plata”. “Me lisonjeo pues, de haber restituído a la lucha su interés histórico y su unidad dramática”.

“El compendio de esta historia, que sirve de marco a la Batalla de Ayacucho, ocupa más de la mitad del libro, dividido en diez cuadros”.

Así pues Ayacucho cierra el nuevo cuadro de Las Batallas Decisivas de la Libertad en el Mundo, del escritor Aníbal Galindo, modificando la concepción del citado escritor inglés de “Las Quince Batallas Decisivas del Mundo”.

Debemos concluir que la independencia de los países hispano americanos se debió a la fase de decadencia del imperio Español, que la Campaña Libertadora es una unidad histórica del 1812 a Ayacucho; del Paso de Los Andes a Ayacucho y Bolívar fue el jefe de la Alta o Gran Estrategia llamada así por Lidell Hant y también de la Estrategia Operacional, la cual en varias batallas delegó en el Mariscal Sucre para ejecutar en la batalla la concepción estratégica de la Campaña. La Táctica está subordinada a la Estrategia Operacional como ésta a la Alta o Gran Estrategia.

La fuerza central de la liberación en la América Española se desarrolló de norte a sur, desde Costa Firme, la América Militar, y así fue, el final Junín y Ayacucho (Perú y Bolivia), del Orinoco al Potosí, una guerra que Bolívar comenzó en 1812, año que tuvo la idea de maniobra, la Concepción del Plan de Campaña Continental del Atlántico al Pacífico y en atención al tiempo, es decir cronológicamente, es el primero de la América Española.

Le corresponde pues en justicia a Bolívar, en orden al tiempo, ser el primero que realiza una primera gran ofensiva con resultados victoriosos y de grandes proyecciones; así mismo con el mismo Manifiesto o Memoria de Cartagena ser el primero en el importante asunto de la federación de naciones y de acciones conjuntas entre naciones (Colombia y Venezuela) con ese mismo documento y su Proclama del 1º de marzo de 1813. También aquí debemos señalar en base a la verdad como debe ser todo trabajo histórico en relación a los hechos sucedidos y analizados, Bolívar es el primero en concebir una Idea Estratégica, Concepción de un Plan Continental de una Campaña Libertadora del Atlántico al Pacífico, del Orinoco al Potosí en su Manifiesto de Cartagena, ratificando en su proclama el 1º de marzo de 1813 en San Antonio (Venezuela) después de su Campaña Relámpago de la Región del Magdalena (Colombia) y antes de su famosa Campaña Admirable en 1813.

En el libro, "Bolívar Regresa a España", Crónica de unas jornadas históricas en el artículo Simón Bolívar de Gregorio Marañón, Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, obra editada con motivo de la inauguración de su estatua en Madrid dice en parte: ". = . y en 1824 la batalla de Ayacucho, que consolida definitivamente las independencias y es el final de España en Hispano-América, con excepciones de Cuba y Puerto Rico."

Ayacucho es la batalla decisiva final el comienzo de una nueva fase histórica de estos pueblos, fase que está por terminar para entrar en uno de apogeo, prosperidad en los ideales de Simón Bolívar.

B I B L I O G R A F I C A S

MARIO BRICEÑO PEROZO: *La hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia*

Caracas. Archivo General de la Nación. 1972, 79 p.

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Entre las diversas actividades realizadas por Mario Briceño Perozo en el campo archivológico figuran sus monografías sobre tales temas. En el espacio de un breve tiempo ha publicado *El archivo del precursor* (1965) —inserto luego en *Mirandonianas*. Buenos Aires. Imprenta López. 1967, pp. 73-83—, *El Archivo de la Academia Nacional de la Historia* (1966), *Función cultural y docente de los Archivos históricos* (1967), *Archivos venezolanos* (1968), *La ciencia de los Archivos* (1968) además de otros trabajos del mismo género aún no publicados en forma separada. Tal conjunto de trabajos podrían formar un libro en donde se reunieran estas orientadoras investigaciones de Briceño Perozo.

Ahora publica una nueva monografía, no se trata del examen de un repositorio documental sino de un estudio sobre la más importante colección de publicaciones periódicas que existe en el país. Nos referimos a su monografía: *La hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia*. El cual por las noticias que contiene y por la forma como está presentado merece un comentario para llamar la atención de quienes se interesan por estas cuestiones.

La monografía se abre con una serie de disquisiciones sobre la palabra hemeroteca, la cual muy recientemente se le ha aceptado en el *Diccionario* de la Real Academia. El autor explica que también podría decirse “perioditeca” o “periodicoteca” (p. 9). En ese mismo capítulo hace un poco de historia en torno al origen de las hemerotecas, así como a la vida de los periódicos, sin cuyas colecciones no podrían existir las hemerotecas. Destaca el valor de nuestros primeros periódicos.

De allí pasa a hacer una serie de consideraciones sobre la función del periódico en la formación de las naciones libertadas por Bolívar. El propio Libertador pensaba que “la imprenta es tan útil como los pertrechos” tal como escribía a Fernando Peñalver en una de sus cartas (septiembre 15, 1817). Así mismo como presenta esta idea, el autor estudia las ideas del Libertador en el campo de la prensa a través de su correspondencia con Santander. Señala cuál fue el perfil de Bolívar periodista, el uso que hizo de los seudónimos, su papel como colaborador o fundador de diarios.

Pero ve en el interés de la generación de la independencia por la prensa, un ideal generacional. Miranda tuvo su periódico en Londres e intentó traer una imprenta a Venezuela en 1806 (p. 19) y a lo largo de todo nuestro siglo XIX "La historia del pensamiento político venezolano, desde 1831 a 1899, con sus matices conservador o liberal, la oligarquía militar, el personalismo, la autocracia y las disquisiciones en torno a la doctrina positivista, todo está contenido en las colecciones de los periódicos de la época" (p. 19). Así mismo sucede con la historia de nuestro siglo XX, sólo que esta última época ha abundado más que en la pasada centuria el libro y el folleto como conductor de idea. Pero el autor insiste sobre la importancia del periódico, porque "Lo que hoy registra el periódico es el testimonio para la historia que se escribirá mañana, tal como hoy escribimos la historia como fundamento en lo que los periodistas nos dijeron ayer" (p. 21).

Luego de otro apartado sobre nuestro país como lugar de periodistas de influentes ideas, pasa a estudiar la Hemeroteca de la Academia de la Historia —motivo de su trabajo— cuenta su historia y desarrollo y las labores que se hacen para su modernización. Habla del catálogo que de ella se prepara y nos entrega un adelanto del mismo (p. 69-75).

LAS MISIONES DIPLOMATICAS DE GUZMAN BLANCO DE R. ARMANDO ROJAS

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Rafael Armando Rojas ha venido investigando y escribiendo desde hace algunos años en torno a los temas de nuestra historia diplomática. En sus diversos libros, ensayos y monografías *Don Pedro Gual y los orígenes del panamericanismo* (1953), *Alejo Fortique* (1960), *Los creadores de la diplomacia venezolana* (1965), su compilación de *Los papeles de Alejo Fortique* (1962), *Los límites de Venezuela con Guayana* (1962), *Guzmán Blanco y la Guayana Esequiba* (1971) proporcionan materiales que en el futuro tendrá que utilizar quien escriba la historia de tal actividad en nuestro país.

La personalidad de Antonio Guzmán Blanco le ha interesado siempre a Rojas¹ y luego de largas investigaciones acaba de publicar su libro: *Las misiones diplomáticas de Guzmán Blanco*² en el cual de forma totalizadora analiza las gestiones que en este campo realizó en vida este caudillo y dictador, cuya figura apasionante y contradictoria sigue interesando a los historiadores venezolanos. Hay que anotar también que si bien es cierto que la actividad de Guzmán se había estudiado con relación a su acción política dentro de nuestro país —especialmente en los libros que le dedicaron Ramón Díaz Sánchez³ y R. A. Rondón Márquez⁴— su actividad

1 Ver su ensayo: "Guzmán Blanco entre Crespo y Rojas Paul" en *Los creadores de la diplomacia venezolana*. Caracas. Ed. Arte. 1965, págs. 135-144.

2 *Las misiones diplomáticas de Guzmán Blanco*. Caracas. Monte Avila, Editores, 1974. 219 p.

3 RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ: *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. 4ª ed. Caracas. Ed. Edime. 1962. 2 vols.

4 R. A. RONDÓN MÁRQUEZ: *Guzmán Blanco, el autócrata civilizador*. 2ª ed. Madrid. Imp. García Vicente. 1952. 2 vols.

diplomática se examina por vez primera en este interesante libro. Al estudiar a Guzmán Blanco en adelante no podrá prescindirse de esta indagación de Rojas.

El autor de este libro explica que el intento de su libro es el estudio de la actividad diplomática de Antonio Guzmán Blanco. De allí que no se ocupe de los hechos que le llevaron al poder en 1870, de su peripecia como gobernante, ni de la política exterior de sus gobiernos (p. 75). La única excepción es el capítulo que dedica a las reclamaciones hechas a Venezuela en las cuales sí se ocupa de las hechas durante sus gobiernos (p. 111). De allí que insista —y el lector de este libro debe tenerlo en cuenta— y si no, no entenderá lo que su autor se ha propuesto: la médula del libro es el análisis de las actividades diplomáticas de Guzmán Blanco (ps. 7, 75). Además, Rojas se ha dado cuenta —esto ya lo hemos señalado— que sí bien es cierto que la actividad de Guzmán Blanco en otros campos ha sido estudiada —por partidarios y detractores y en el decurso del tiempo con una mirada objetiva— su actividad en el campo de la diplomacia había sido soslayada y él ha llegado a la conclusión que “Guzmán diplomático no se destacó con caracteres de relieve, en el panorama de la diplomacia venezolana de su época” (p. 7) de allí que a través de documentos inéditos del “Archivo del Ministerio de Relaciones exteriores” presente esta faceta de la personalidad del autócrata.

Rafael Armando Rojas parte para la elaboración de su libro de un hecho significativo: “Guzmán Blanco se entrenó en la vida pública como funcionario del servicio exterior” (p. 11) durante el gobierno de los Monagas —en esa época fue Cónsul en Filadelfia y en Nueva York, así como Secretario de nuestra Legación en Washington— pero —como él mismo apunta más adelante— es a través del “Tratado de Coche” (1864) cuando el personaje ingresa en nuestra vida política (p. 11). Sin embargo, no cree, Rojas, que Guzmán Blanco en las reuniones y conversaciones que condujeron al tratado haya venido a la “Federación” —a la cual representaba en las discusiones, mientras Pedro José Rojas⁵ lo hacía en nombre del Gobierno—. En esto no hay duda que hay discrepancia entre la historigeografía venezolana y a la investigación de Rojas: sólo que este se basa en documentación precisa y no existen documentos que justifiquen tal aserto (ps. 15, 16). Sin embargo escribe que “Lo cierto es que en esta partida del Tratado, el hábil y astuto lugarteniente de Páez llevó ventaja sobre el lugarteniente de Falcón. Consciente de que su causa estaba perdida, Rojas quería, al menos, caer con elegancia y Guzmán fue su mejor aliado en este propósito” (p. 16). -

Para poder bosquejar bien el panorama de la época que comenzaba para Venezuela tras el Tratado de Coche⁶ Rojas explica qué diferenciaba a Guzmán Blanco de los jefes guerrilleros de la Federación (p. 11). Estudia el tratado de Coche y luego entra de lleno en el tema central de su libro.

5 Rafael Armando Rojas es el autor del único trabajo interpretativo en torno a la personalidad e ideas de Pedro José Rojas. Ver: “Pedro José Rojas o una pasión al servicio de la política” en: *Los creadores de la diplomacia venezolana*, págs. 145-161.

6 Domingo Alberto Rangel ha hecho la reconstrucción histórica de cuanto sucede en el momento del “Tratado de Coche” el fin de una causa justa y popular —la Federación— y cómo Guzmán Blanco se convierte en la figura política del momento y ascienda al poder. Ver su libro: *Proceso del capitalismo contemporáneo en Venezuela*. Caracas. UCV. 1966, páginas 9-31.

Guzmán Blanco actuó como diplomático en cuatro etapas bien determinadas: la primera, durante los gobiernos de los Monagas; una segunda durante el mandato de Falcón (1863-1868), una tercera, al final de su primer gobierno “el septenio” (1877) y una cuarta vez en 1884 al final del último de sus períodos presidenciales cuando con sobradas razones —durante la presidencia de Juan Pablo Rojas Paul— se inicia la justa reacción anti-guzmancista —la cual había fallado en su desarrollo durante el intento continuísta de Linares Alcántara, en 1877.

El examen de la actividad diplomática de Guzmán Blanco la examina Rojas así: dedica un capítulo al estudio del llamado “Empréstito de la Federación” contratado en Londres. Al marchar a la capital inglesa “Iba Guzmán previsto de Letras patentes expedidas por el Presidente y de poderes suficientes para que, con el carácter de Comisionado Fiscal de la República, contratara un nuevo empréstito en Londres o en cualquier otra ciudad mercantil de Europa o América, que no pasase de dos millones de libras esterlinas, al interés y con las condiciones más favorables que pudiese obtener; autorizándole para hipotecar, especial y específicamente, la parte de las importaciones de las aduanas de La Guayra y Puerto Cabello, que está libre, o la totalidad de los derechos de exportación de todas las aduanas del país, con facultad de dar también cualesquiera otros bienes o posesiones nacionales en garantía, así del pago de intereses, como la redención del capital, empeñando la fe pública al cumplimiento de las obligaciones que él contrajese con los prestamistas en virtud de esta autorización” (p. 25). Rojas, historiador con severo sentido crítico no se le escapa al juzgar esta misión que sus bases “eran notoriamente desfavorables para la República” (p. 29), que “el país quedó hipotecado por muchos años y los únicos realmente favorecidos en tan desastrosa operación fueron Guzmán y sus agentes financieros” (p. 29) y aunque Guzmán Blanco “mostró en esta, su primera misión diplomática, habilidad y don de persuasión... lamentablemente estas dotes no fueron utilizadas al servicio de la nación, única meta que deben tener ante sus ojos los servidores de la patria” (p. 29).

La segunda de las cuestiones que analiza el autor de este libro es el revuelo causado en la Bolsa de Londres por una carta de Guzmán Blanco publicada en la prensa de esa ciudad —en el *Times*—. Observando detalladamente todas sus fuentes y juzgando como diplomático activo que ha sido el autor de este libro—nos muestra en su totalidad las razones de cuanto sucedió en Londres por ese hecho: ve los errores del Gobierno (p. 63) y llega a una conclusión, que puede juzgarse como imparcial, pues piensa que tanto la Cancillería venezolana como el representante del país en Londres cometieron varios errores (ps. 64-66).

La siguiente misión de Guzmán como diplomático es su actuación en torno a los límites de Venezuela con Colombia. Rojas estudia la cuestión con documentación de primera mano y con seguridad explica cada una de las consecuencias del espinoso asunto —por el cual sangra todavía la República—. Se aceptó que el árbitro de la cuestión fuera el Gobierno Español y así como que “La sentencia del árbitro tendría autoridad de cosa juzgada desde el día de su publicación en la *Gaceta oficial*, del Gobierno de España” (p. 106). Con severidad juzga, Rojas, la actuación de Guzmán Blanco: “Hay que reconocer —dice— que el Plenipoten-

ciario cometió, al mismo tiempo, un gravísimo error al aceptar la cláusula mediante la cual, sin previa consulta al Gobierno, se convertía al árbitro juris del Convenio del 81, en arbitro arbitrador. Tal medida era, a todas luces inconstitucional" (p. 106) sigue su juicio al afirmar: "No dudamos en calificar este acto como torpeza de gravísimas consecuencias, que se pusieron de manifiesto en el Laudo dictado por el Soberano Español en 1891, mediante el cual fue cercenado considerablemente el territorio de la República" (p. 106).

Con relación a esta cuestión también destaca el autor del libro lo siguiente:

"No cabe duda que nuestro Plenipotenciario se dejó embaucar por el astuto representante colombiano" (p. 106)

Piensa, Rojas, que toda la culpa no debe "achacarsele íntegra y exclusivamente a Guzmán. Erraron también los representantes al Congreso del año 86, al darle su aprobación al acta de París y el Ejecutivo al ratificarla y hacer el canje correspondiente en Bogotá, en marzo del año siguiente." (p. 107) De todas formas insiste que los errores y omisiones de Guzmán Blanco y el Congreso venezolano de aquella etapa todavía pesan sobre el presente venezolano ya que "El problema que se debate en la actualidad entre los dos países sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas del golfo de Venezuela, radica en la debilidad de los gobiernos de la época, al permitir hacer ribereña a Colombia, del golfo de Venezuela, aunque fuera en pequeña porción" y continúa afirmando que "Rechazado por el Congreso de 1835 el tratado Pombo-Michelena, a nuestro país no le quedaba otra alternativa que sostener decididamente sus derechos hasta el Cabo de la Vela, respaldados por los más antiguos títulos" (p. 107)

Cita, también, aquí Rojas las opiniones sustentadas por Pedro José Lara Peña en un artículo reciente⁷ sobre la actuación de Guzmán Blanco. Lara Peña escribió en su artículo que Guzmán Blanco fue el responsable de la pérdida de nuestro territorio por el abandono de Guzmán de Madrid y de las discusiones. En torno a la cuestión anota Rojas que Lara Peña "debe disponer de documentos en los cuales fundamente esta afirmación. Por nuestra parte carecemos de datos que nos permitan respaldar tan grave acusación" (p. 107, nota 9). Lo que conce Rojas con seguridad es lo que dice —y siempre se base en datos documentales— "Guzmán, desempeñó su última misión en Europa a raíz de la designación de Rojas Paul en 1888. En 1889 se retiró definitivamente de la vida pública" (p. 107, nota 9) y como se sabe el laudex "X tuvo lugar en 1891" (p. 107, nota 9) ¿Niega Rojas la verdad? ¿Contradice a Lara Peña? No, actúa como historiador quien trabaja con base a documentos y hace afirmaciones basándose en los mismos. Una buena contribución al esclarecimiento de la cuestión haría el citado Lara Peña publicando los documentos en que se basa para hacer sus afirmaciones en torno a la cuestión.

El autor de este libro dedica un capítulo a las reclamaciones hechas en Venezuela: durante la época en que Guzmán Blanco fue Presidente (p. 111, nota 1), y en las que participó como diplomático.

7 El artículo de Pedro José Lara Peña "Nuestra Guayana Esequiba y la opinión del Dr. Nicomedes Zuloaga" apareció en: *El Universal* (Caracas, agosto, 8/1870) y está recogido en el libro *Venezuela y sus fronteras en la hora cero*. Caracas. Cromotip. 1972, págs. 169-181.

Rojas explica que "La cuestión de las reclamaciones extranjeras constituyó durante la segunda mitad del siglo XIX un quebradero de cabeza para los Gobernantes de turno". (p. 111) Señala, también, que "después de la Guerra Federal, las reclamaciones se multiplicaron a tal punto que el Gobierno se vio preso en una tupida red y el asunto llegó a convertirse en el problema más espinoso de la diplomacia venezolana de entonces" (p. 111) de allí que la cuestión reclamó la atención de Guzmán Blanco como diplomático especialmente en dos casos: las reclamaciones francesas y las norteamericanas.

La última parte del libro la dedica Rafael Armando Rojas al estudio de los problemas suscitados con relación a los límites con la Guayana Esequiba y la actividad de Guzmán al respecto.⁸

Antes de entrar en el comentario de este capítulo es interesante señalar que quien se haya detenido a examinar la obra histórica del autor de *Las misiones diplomáticas de Guzmán Blanco*, se habrá dado cuenta del interés que el tema de la reclamación de Venezuela ante Inglaterra de los territorios del Esequibo es cuestión que le ha interesado y a la cual le ha dedicado más de un trabajo de minuciosa investigación.

Como se sabe, este problema de los límites guyaneses los hallamos desde los albores mismos de nuestra vida republicana —y por lo tanto de las actividades de nuestros primeros diplomáticos—. El mismo Rojas dedicó sendos ensayos a estudiar la actividad de Alejo Fortique⁹ y Rafael María Baralt¹⁰ en torno a esta cuestión.

Sin embargo, en el capítulo del libro que comentamos ha querido adentrarse más en el examen de tal cuestión, y analizar como se ocupó Guzmán Blanco de esa importante reclamación. En su indagación llega Rojas a la conclusión de que no sólo Guzmán Blanco tuvo especial interés en el problema sino que la nación misma tuvo plena conciencia de la necesidad de conservar y defender su territorio, el mismo que había pertenecido a la Capitanía General de Venezuela creada en 1777.

Parte en su análisis del año de 1850, en el cual fue firmado en Caracas el *statu quo* referente al problema guayanés. Desde ese año hasta 1866 en que Guzmán Blanco lo reactiva "el asunto... quedó dormido" (p. 143). Tenemos que repetir que el comienzo de las conversaciones sobre la reclamación venezolana las había iniciado el Dr. Alejo Fortique en Londres en 1841. Muerto este en 1845, la cuestión no se vuelve a tratar sino en 1850 y en 1866. Ese año marchó a Europa Guzmán Blanco para tratar lo relativo a la reclamación ante el gobierno de Inglaterra. Como bien señala Rojas, los puntos de vista venezolanos eran muy claros, se trataba de defender ese territorio aplicando el "uti possidetis juris", derecho en el cual el mismo Bolívar se había basado al establecer los límites de las naciones por él libertadas; derecho que había sido respetado siempre por los países ameri-

8 El material de este capítulo fue publicado originariamente en folleto bajo el título de *Guzmán Blanco y la Guayana Esequiba*. Caracas, Academia Nacional de la Historia. 1971. 58 p.

9 "Don Alejo Fortique y la cuestión de límites de Venezuela con la Guayana Británica" en: *Los creadores de la diplomacia venezolana*, págs. 68-98.

10 "Baralt, Fortique y los límites con la Guayana Británica" en: *Los creadores de la diplomacia venezolana*, págs. 93-98.

canos, y especialmente por Venezuela con ocasión en 1830 del pronunciamiento de la provincia de Casanare, la cual deseaba desmembrarse de Colombia y pertenecer a Venezuela. Como bien comenta el historiador Augusto Mijares, "el Congreso venezolano rechazó aquel pronunciamiento porque establecía un precedente para usurpaciones y rencores que arruinarían en lo porvenir las buenas relaciones entre los pueblos americanos".¹¹

Los títulos que respaldaban la reclamación venezolana, de sus territorios esequibos, eran: 1) el derecho de España a sus territorios, pues fue su primer ocupante; b) la defensa sistemática de España a los territorios por ella conquistados; c) el rechazo por parte de España "a los extranjeros que pretendían incursionar en esos territorios" (p. 146). d) los tratados celebrados por España e Inglaterra, en los cuales el segundo país se comprometió a respetar los territorios españoles; e) la cesión por parte de España en 1713-1721 de los territorios que no estaban en su poder; f) la resistencia de España a las invasiones holandesas en la ribera oriental del Esequibo. Se apoyó en esa ocasión nuestro gobierno en autoridades que confirmaban el derecho de posesión de esa vasta zona aún en reclamación.

La invocación de estos puntos como la apoyadura del derecho a reclamar no dejan de llamar la atención a quien los observe con calma: ellos implican varias cuestiones que es bueno poner en claro y que atañen a nuestra historia: a) constituyen un argumento de peso para rebatir la llamada leyenda negra. La razón es muy sencilla: el Gobierno invoca derechos establecidos por España en un momento —14-6-1866— en el cual España ya ha ratificado nuestra independencia;¹² b) explica, de forma muy clara, que la "generación de la independencia" poseyó un "proyecto" a decir de Simón Rodríguez, o una ideología como anota el ya citado Augusto Mijares. Explica, además, la liberación de España porque en ese momento ella ya no le podía dar nada a sus colonias y era necesario crear un régimen de modernidad, de ideas liberales, pero que sin embargo esa generación supo valorar lo bueno y lo útil que recibió de España. Es por esta razón que se refería el Libertador en su *Carta de Jamaica* (1815) a que éramos pueblos nuevos "en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil".¹³ Esos "viejos usos" son los que enarbola la República para hacer respetar sus derechos. Esto recuerda aquella afirmación del propio don Simón Rodríguez de que "Bolívar no vio, en la dependencia de España, oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo; sino obstáculo a los progresos de la sociedad de su país".¹⁴

11 AUGUSTO MIJARES: *Lo afirmativo venezolano*. 2ª ed. Caracas. Ministerio de Educación. 1970, pág. 226.

12 Ver el texto del reconocimiento de nuestra independencia en *Documentos que hicieron historia*. Caracas. Ed. Presidencia de la República. 1962, t. I, págs. 467-475.

13 *Cartas del Libertador*. 2ª ed. Caracas. Fundación Vicente Lecuna. 1964, t. I, pág. 222.

Fue el historiador Augusto Mijares quien señaló la importancia de tal consideración del Libertador. Ver su "Introducción" a los *Documentos relativos a la insurrección de Juan Francisco de León*. Caracas. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. 1949, pág. 9. El mismo texto en el libro de Mijares: *La interpretación pesimista de la sociología hispano-americana*. 2ª ed. Madrid. Afrodisio Aguado. 1952, págs. 105-116.

14 *El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*. Caracas. Ed. de la Presidencia de la República. 1971, págs. 3-4. La idea de "proyecto" puede verse en el mismo libro: pág. 104.

Este hecho que venimos glosando en estas notas es mucho más importante de lo que el observador superficial de nuestra historia puede ver y es la clave para la explicación de muchos hechos de nuestra existencia como país.

Una vez visto esto, podemos seguirle el camino a Rojas, en este capítulo de su sugerente libro, a través de los diversos vericuetos por los cuales marcha entre los años de 1866 y 1899 la actuación de Guzmán Blanco sobre el problema guayanés y su interés por el mismo.

El asunto fue manejado desde Caracas por los cancilleres Rafael Seijas, Eduardo Calcaño, Raimundo Andueza Palacio, Julián Viso y Vicente Amengual, y por distintos embajadores como don José María de Rojas y el propio Guzmán Blanco.

Llama la atención a través de la larga indagación del autor, en las fuentes documentales, como Inglaterra hacía el doble juego a Venezuela (p. 158, 161, 162, 163), por un lado las conversaciones diplomáticas, por otro propiciando revueltas dentro de nuestro país para dilatar las negociaciones. También podemos observar cómo el interés de Venezuela por lograr que se respetaran sus fueros territoriales se ve obstaculizado por problemas internos como alzamientos, y como más adelante, al retirarse Guzmán Blanco del poder, el gobierno, por medio de su Ministro del Exterior, Marco Antonio Saluzzo, le hace también el doble juego: pues el Canciller, en vez de responder al Congreso cuando le interpela en torno al problema, “lanza contra Guzmán las más duras acusaciones” (p. 188), en torno a este hecho opina Rojas que “Leídas estas, desde la respectiva histórica que nos separa del momento vemos en qué forma la pasión política perturba los espíritus. Saluzzo cae en el externo de acusar a Guzmán de haber provocado la invasión inglesa por las concesiones otorgadas a la Compañía de Manoa. Le arrostra negligencia e insinúa oscuros manejos en el tratamiento de la cuestión. El acto de ruptura de relaciones con Gran Bretaña es acerbamente criticado” (p. 188).

Tal fue el ataque hecho por el Canciller al exPresidente, que este le respondió desde París a través de su libro *Límites guyaneses entre Venezuela y Gran Bretaña*. (París. Imprimiere C. Parriset. 1890) y tal fue el impacto que causó el trabajo de Guzmán Blanco, que el propio Presidente Andueza Palacio —antes empedernido guzmancista— le contestó, y el propio Guzmán replicó de nuevo con el folleto *Las cartas del Presidente*. (París Imp. Paul Dupont. 1891).

Este hecho de no asumir responsabilidades, quizá explique muchas cuestiones a lo largo de nuestra historia. La actuación de Guzmán le reinvidica, pues en este capítulo del libro que comentamos se puede observar con claridad sus actuaciones como mandatario, y a su lado la frialdad británica (p. 179-180, 182-183) y la muy discutible “ecuanimidad” de los Estados Unidos (p. 163, 173, 179, 185). De hecho, Rojas, demuestra las preocupaciones de Guzmán Blanco, su interés por nuestra reclamación y cómo hasta sus últimos días estuvo observando de cerca el problema como lo muestra una carta inédita —y que se publicó por vez primera en 1971 cuando Rafael Armando Rojas publicó por vez primera este capítulo de su libro— que dirigió Guzmán Blanco a su hijo (París, febrero, 24/1899) en la cual le habla al respecto de la cuestión de los límites. Guzmán Blanco morirá en la misma ciudad en julio de ese año y no llegará a saber el triste final de las deliberaciones en torno a esta cuestión.

Con relación a este nuevo libro de Rafael Armando Rojas habría que señalar otras cuestiones, las cuales no escapan al lector en cada una de las misiones diplomáticas de Guzmán Blanco, Rojas explica con toda precisión cuanto sucedía en Europa en las épocas en que Guzmán en Londres o París ejerció sus funciones (p. 27, 31, 50, 51, 59)

Se destacan las observaciones que sobre la vida europea en aquellos años hace Guzmán Blanco en las notas que envía a la Cancillería venezolana. Son muestras de un hombre culto y agudo observador que desea trasladar las novedades y conquistas de una Europa en auge hacia su país (p. 32, 35, 39, 42, 45, 95).

Así mismo es muy interesante la reconstrucción que hace el autor de este libro del viaje que realizaron los Guzmanes —padre e hijo— a través de Italia y España p. 44-46).

También notará el lector que el autor de este libro admira la personalidad de Guzmán Blanco y muchas de sus acciones, pero ello no le hace olvidar los errores que comete en sus misiones diplomáticas y le formula varias críticas que el personaje merece.

AYACUCHO

El Hermano Nectario María, Correspondiente de esta Academia, localizó en el Archivo Histórico Militar de Madrid el documento que se publica hoy con motivo del año del Sesquicentenario de Junín y Ayacucho. Como bien verá el lector, es de especial interés para los estudios de la fonomenología independentista. Poco, o mejor, casi nada sabemos de su autor, cuyo apellido lo emparenta con altos funcionarios reales en Indias.

El tono del oficio que precede a la "Información Sumaria" puede tomarse cual de individuo serio, conocedor de sus responsabilidades y limitaciones. Es interesante, digno de tenerse en cuenta, que el gobierno de España en pleno sucederse los acontecimientos originados por la expedición de los cien mil hijos de San Luis no había tenido conocimiento oficial sobre el tremendo acaecer que le separaba, definitivamente de sus Provincias de América. El interrogatorio de los oficiales y tropa arribados en la Corbeta Yca parece iniciativa, medida personal del Gobernador militar de Cádiz ("guarnecida por tropa francesa") y de acuerdo con lo que el Gobernador, Brigadier Castillo, escribe al final se entiende que no subió más arriba en la jerarquía y que se conservó gracias a la precaución, tomada en 1838, de hacerlo archivar. Falta, desgraciadamente el cróquis.

Debe notarse que entre los interrogados se cuentan dos bien conocidos: San Juanena y Caparroz quienes tuvieron, dados sus empleos y grados responsabilidad más directa en los hechos.

Para terminar esta brevísima nota fijémonos en que "todo era próspero a las armas del Rey a fines de 1822, principios de enero siguiente", que fué de "asombroso escándalo para el ejército y el país la desavención" "que no alcanza en imaginación como una simple insubordinación (la de Olarieta) pudo tener tan funestas y trascendentales consecuencias". "El mal nació de sus causas que como es notorio han necesitado en la Península para ser sofocadas, 100 mil bayonetas auxiliares".

Parece confundirse en cuanto a las operaciones de los logros de Canterac y de Valdez. En cuanto a Junín lo justifica afirmando que el "Ejército se perdía sin combatir"... El respeto que le merece Sucre se manifiesta cuando profiere exclamaciones y lamenta que no haya sido Bolívar el Comandante en Ayacucho!

En cuanto a la capitulación remarca que sus efectos fueron los del rayo. Lástima que no se hayan encontrado las respuestas a las preguntas del interrogatorio. Pero aun, en su escueta redacción el "Resumen" es sin duda de gran interés.

ARCHIVO HISTORICO MILITAR

Signatura, 2-1-7-13 MADRID

Cuerpo Nacional de
Ingenieros

Madrid 31 de Diciembre
de 1838.

Deposítese como lo
propone su autor dándole
las gracias.

Q.- 10-225.

Consta de 6 folios

Escmo. Señor

Hallandome en Mayo de 1825 usando la licencia indefinida en la plaza de Cádiz guarnecida por tropa francesa, fui nombrado por el Gobernador militar de la misma el Brigadier Castillo, para formar un Sumario relativo a la perdida o situación del Perú de resultas de la capitulación de Ayacucho, tomando declaración a la oficialidad y tropa de aquel Ejercito, que acababan de arribar a Cádiz en la Corbeta Yca. El Govierno de S. M., segun llegue a entender, nada sabia de oficio de aquellos grandes y lamentables acontecimientos; pero cersiorado por los periódicos estrangeros de que podían llegar a Cádiz de un momento a otro algunos individuos procedentes de aquel ejercito, trató de saber por ellos lo que no le constaba por comunicación alguna acerca de aquellas autoridades. La discreción de V. E. se hará cargo de que mi posicion de indefinido me ponía en un caso muy delicado al hacerce la averiguacion con la que desde luego se conocio podia tener intima coneccion el desenlace politico representado por el Real Decreto de 1º de Octubre de 1823. Aumentaba este conflicto mio la circunstancia de ser el Secretario nombrado por dicho Señor Gobernador un Oficial para mi desconocido, sobrino del mismo Gefe Español al que tampoco tenia el honor de conoser. Debo, sin embargo, decir en honor de ambos y especialmente del ultimo que la confianza que de mi se digno hacer a propuesta del Brigadier Don José Prieto Comandante de Ingenieros de la Plaza, debio ser muy agradecida, como lo fue efectivamente por mi acreditando aquella bondad el oficio que se acompaña con que se digno manifestarse complacido de mi dictamen que estendí precipitadamente a instancia suya deseoso de informar al Gobierno de S. M. sin tardanza. No puedo decir a V. E. si el Gobierno de S. M. tomo en consideración dicho dictamen que, como he apuntado, no es sino un leal extracto de lo espuesto por los Declarantes. Estas declaraciones no puede V. E. figurarse cuan timidos eran; todos los testigos estaban como aturridos y asombrados de lo que se les preguntaba, de lo que les sucedia y de lo que estaba pasando en la Peninsula, en terminos de tener que excitarlos extraordinariamente para deducir una sola idea especialmente si tenia alguna referencia con la Politica. En el sumario acompaño un Cróquis relativo a una de las acciones desgraciadas que antecedieron a la Capitulación de Ayacucho. Lo debi al entonces Coronel Don Francisco Sanjuanena, cuya declaración, debo decir con justicia, era una escepcion siendo, entre todas, la mas esplicita, franca e ilustrada.

Mi idea al ofrecer a V. E. este documento es suplicar a V. E. se deposite entre los pertenecientes al Perú en el Deposito general topografico, si la bondad o ilustración de V. E. lo considerase así oportuno.

Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 31 de Diciembre de 1838.

Escmo. Señor.

— Bartolome de Amat —
(firmado y rubricado)

Al pie: Escmo. Señor Yngeniero General D. Luis Maria Balauzat. D. Bartolomé Amat Coronel Graduado de Infantería y Capitán del Real Cuerpo de Ingenieros, etc.

Llegado al termino de esta información Sumaria, que al deber de exponer mi dictamen fiscal, no puedo proponer otro objeto que reducir este a un fiel extracto del espiritu de todas las declaraciones, a las que, la forma de los interrogatorios ha procurado todo el campo que la prudencia exigia y la verdad necesitaba para manifestarse y traslucirse en diferentes puntos y direcciones. Como Fiscal militar se ecsige de mi sencillez, claridad y reserva, al estender estos renglones, obligando a redoblar los esfuerzos para conseguirlo, la gravedad y trascendencia del asunto. El Perú antes de los últimos acontecimientos, y, el Perú en estos acontecimientos y despues de ellos, tales han sido mis preguntas (número 1º) a los 20 oficiales que trajo de aquel Reyno la Corbeta Yca y a tres individuos Sargento, Cabo y Soldado escogidos casualmente segun indicacion verbal, de V. S. (véase número 2º). Aunque diferentes en graduacion, edad, ciencia y otros circunstancias, han venido a decir, con mas o menos claridad, pero se puede decir unánimemente, lo que manifiesta el resumen siguiente.

Primero. Todo era próspera a las armas del Rey a fines de 1822, y principios de Enero siguiente. La preponderancia constantemente adquirida sobre el enemigo desde 1813 tenia alentada la confianza del Ejército Real que con fundamento suponía siempre la victoria por su parte.

Segundo. No pudo menos de ser nuevo y asombroso escandalo para el Ejército y país las desavenencias ocurridas entre las tropas Reales del Solar a principios de Enero de 1823. Como en tiempo de la conquista viose derramar la sangre española por armas españolas y los leales, prescindiendo del enemigo comun, pelear encarnizadamente sobre el modo de entender la lealtad a su Rey por ambos lados proclamados. Cuando motivos de opinión política eran los agentes que dirigian estas escandalosas escenas, debemos prescindir de lo general de las tropas y de los pueblos, a los que por lo comun solo esta reservada la obediencia y no la disension, y considerar solo las primeras personas del ejercito y del país que por su posición son los que suelen dar los primeros impulsos y dirigir las voluntades y opiniones en el sentido que mas les conviene o les parece mas concertado.

Tercero. Veamos pues lo que arroja el sumario sobre la conducta de los personajes principales. Pelean Olañeta y la Hera y es una fortuna no saber quien

manda disparar el 1º, siendo probable que ninguno lo hisiese. Fue gran falta o desgracia de estos Gefes no contener la murmuracion y discordia reciproca de sus subordinados y fue mucho más grave el permitir llegasen estos a tal extremo. Ambos reconocian un Gefe superior que habria decidido lo conveniente, y en el entretanto un acantonamiento algo separado, y por nadie impedido, habria sido, sin otros arbitrios, un modo seguro de cortar tan critica posicion que se podria creer escitada o fomentada con la presencia de los Gefes. Es comun el lenguaje de *insubordinación o desobediencia al Rey, al tratar del General Olañeta*. Todas las declaraciones tienen un cierto ayre de acusacion respecto este General, llegando el caso de decir que es la causa primaria de lo que llaman *perdida total del Perú*. Cuestión es esta que no me pertenece, y que parece tan delicada como difícil de decidir. Debo, sin embargo exponer que no alcanza la imaginación como una simple insubordinación, por escandalosa que fuere, pudo tener tan funestas y trascendentales consecuencias. Lo que si la razon dicta y la ingenuidad de este dictamen obliga a decir es que el mal nacia no de la simple desobediencia, sino de sus causas que como es notorio han necesitado en la Península para ser sofocadas, 100 mil bayonetas auxiliares, casi toda la politica Europea reunida, el corazon adicto de millones de vasallos y la mayor parte de las influencias poderosas. A aquellos remotos Países no han llegado mas que ordenes y noticias, siendo evidente que solo la fuerza armada fisicamente empleada es la que hace entrar en el deber a los países sublevados y a los ejércitos extraviados. Vise por un lado al Escmo. Señor Virrey reconocer y mandar reconocer y publicar solemnemente al Rey en la amplitud de su autoridad soberana; toma esta resolución con prudente pulso, aun antes de recibir anuncios oficiales; vesele pensar en la felicidad del Perú, en el éxito de las armas y en la lealtad al Rey y si el titulo de Conde de los Andes no fuere suficiente a justificar su conducta, parece que la sangre que acaban de verter sus numerosos heridos en un funesto campo de batalla era bastante prueba de su entusiasmo por la gloria del Rey y bien del Estado. Por otra parte la razon desecha y considera como una vil astucia del enemigo, pero por desgracia demasiado eficaz y bien entendida en aquellas circunstancias, la odiosa imputación impresa en los periódicos y papeles estrangeros, suponiendo al General Olañeta 2º *Libertador del Perú*, funesto presagio que podria decirse momentanea y casualmente verificado vistos los grandes desastres, que aun se propone reparar la leal espada del General Olañeta tan vilmente calumniado. Lo que si no se consibe y es hasta cierto punto misterioso como reconocida ya la aquí autoridad soberana del Rey en todo el Perú no cedio el General Olañeta de buena voluntad a todas las ordenes del Sr. Virey sin dar lugar a la escandalosa guerra civil en las provincias del Sur del Desaguadero ni pavulo a los intereses, pasiones y opiniones encontradas ni menos ocasion que se digere publicamente entonces y repito ahora que su conducta paralizaba las operaciones, haciendo insegura la posicion del Ejercito del Norte al mando del General Canterac, poniendo en riesgo todo el Perú y los mas caros intereses. El sumario solo arroja fundamentos enigmaticos de la conducta del General Olañeta. Si como llega a decir un declarante estaba facultado por la Regencia de Vigel para mandar en todo el Perú, estos Despachos manifestados al Sr. Virey es de suponer le habrian inducido a una conducta siempre correspondiente a los dichos del Soberano y a los intereses

de la Monarquía Española. No es precisamente de este lugar ni el sumario da luz para ello el tocar este arduo particular; pasando segun creo mi deber a hazer observar que si parece de algun fundamento el suponer que el Escmo. Sr. Virey debio no haber distraido la fuerza del Ejercito del Sur contra Olañeta (a no ser en caso absolutamente manifestado de guerra hostilizar a la mayor parte del Ejercito Real) dejando a este en su especie de independencia para evitar mayores males; parece también cargo fundado contra Olañeta el no haber contribuido con los contingentes de reclutas, dinero y demas estipulados para entretener lo restante del Ejercito y el haber desobedecido providencias dirigidas al servicio urgente del Ejercito levantando gente y haciendo promociones sin conocimiento del Virrey.

4º En el entretanto Bolivar había rehecho su Ejercito y contando con nuevos auxilios del mucho pais del que podia disponer se preparaba a abrir la campaña con 10 mil soldados mientras que el Ejercito del Rey que inmediatamente se le oponia no contaba mas que 7 mil combatientes. El General Canterac que por diferentes ocasiones habia hecho presente la necesidad de mas fuerzas para oponer ofensivamente, concio se hallaba ya en un caso digno del Consejo de sus Generales y Gefes superiores que opinaron era urgente la reunión del Ejercito del Sur que en efecto recibio ordenes de emprender la marcha hacia el del Norte con la mayor velocidad, terminando afortunadamente esta medida la fratricida guerra ya indicada. Pero las largas distancias del Potosi aunque recorridas con marchas dobles y todo genero de incomodidades, no permitian llegase el deseado refuerzo con la oportunidad que ecsigia el movimiento del enemigo y la critica posicion del General Canterac que tenia por cierto perdido su ejercito sin combatir, si su retirada duraba algunos días y no volver caras para detener y arroyar al enemigo. Nuestra Caballeria que era el aliento y la esperanza del Ejercito fue batida por primera vez en la pampa de los Reyes; soldados que antes habian sido del enemigo desertan y engruesan sus filas; la desercion es numerosa en una larga y penosa retirada y las tristes impresiones de estas desgracias produgeron el irremediable efecto de debilitar los resortes de la maquina militar.

5º Por fortuna no fueron activos los inmediatos movimientos del enemigo y la División del Sur al mando del General Valdes, llegó aunque con notable baja oportunamente al Cuzco donde reunida al Ejercito del Norte completo el brillante Ejercito con que se abrió la Campaña inmediata dirigida por el mismo Señor Virrey despues de algunos dias de reposo y reorganización. La epoca de las lluvias no era la mas a proposito para la guerra de movimientos que fue inmediatamente urgente, porque Bolívar dueño ya de pingues provincias y ganando cada dia mas terreno y opinion avanzaba sobre el Cuzco, siendo probable que el Señor Virrey se viere por fin obligado a combatir por los mismos fuertes motivos que precisaron a hacerla al General Canterac; ojalá que el llamado Gefe de Colombia no hubiere marchado en aquellos días a ocultar en las costas proximas a Lima los refuerzos que le venian por aquellos mares ¡Ojalá no hubiere sido su inmediato *Sucre* el que mandaba el Ejercito enemigo el 9 de Diciembre de 1824 que quiza las cosas habrian sucedido de otra manera

y no se hubiera combatido en los funestos campos de *Quinua* donde el Ejército Real experimento una derrota de tristes e incalculbles consecuencias.

La vanguardia, tropa escogida, fue batida a pesar de su excelente parte militar reconocido por todos; produciendo este acontecimiento una mala impresion en el resto de los combatientes, de peor cualidad, que con la noticia divulgada de haber sido herido y prisionero el Señor Virrey produjo la derrota y dispersion casi general que siguió inmediatamente.

6º Llegamos ya al punto delicado de la Capitulacion. Que los deseos fueron de vencer; que en esta Campaña reinaba la armonía, a lo menos aparentemente, y que se peleó con vigor son cosas en que estan terminantes todas las declaraciones. Segun estas, procsimo al campo de batalla se reunió alguna Caballeria en orden y dispersos de infanteria en el todo como 400 hombres, a la voz y por ordenes de Gefes y Oficiales para ser incluidos en una capitulación o convenio celebrado alli mismo y firmado en el mismo dia por los Generales Canterac y Sucre. La voz de Capitulacion se oía en el campo y era desatendida por muchos que sin hacer caso que proseguian su retirada y tambien, segun una reclamacion, se oyo decir por los Gefes enemigos al tiempo de la batalla *no hay cuidado todo se compondrá*. Hay también declaraciones que suponen fue urgente una providencia para salvar los restos de nuestro Ejército; pero el silencio que se observa respecto la opinion o concepto que merecio la referida Capitulacion hace presumir que esta cuestion fue mirada y apreciada con diferencia y con los ojos de los intereses y opiniones particulares. El dolor y el asombro se apoderaron de los amantes de la causa de la Madre Patria; y la alegria, casi sofocada tambien por el asombro de tan inesperado resultado, se empezaba ya a manifestar por los semblantes y acciones de los decididos por la independencia. En la consternacion y enagenamiento de estos intereses opuestos se dejaba percibir una duda, una especie de admiracion comun. Que un General, un Gobernador de un punto militar, estipulen condiciones para salvar restos preciosos que aun tiene bajo su autoridad y que para ello entregue la plaza o el campo de batalla ofreciendo y dando garantias a favor del vencedor y en nombre de los mismos vencidos por cuyo honor e intereses hace los ultimos esfuerzos, y es cosa admitida y digna de ser considerada como un deber militar, para que con la escusa, quiero suponer de estar el Escmo. Señor Virrey prisionero haya su sucesor concedido cosas independientes de su voluntad y cuya resolución no es ni del Señor Virrey, y si de la autoridad suprema de la Monarquía Española es cosa, aun prescindiendo de clausulas indecorosas del convenio que parece tan repugnante como asombrosa e inesplicable.

7º Los efectos de esta Capitulacion semejantes a los del rayo; se hicieron sentir al instante por todo el ambito de las provincias libres del Perú. Parecia que los deseos de secundar la independencia, cual polvora sembrada por todo el territorio no esperaba sino una ocasion o un pretexto para manifestarse inflamandose en efecto el maligno soblo de la capitulacion de Ayacucho. Quizá una de las causas principales de este fenomeno queda ya apuntada, pero busquemos otras mas inmediatas que sean conocidas de todos y no dejen de ser convincentes. La tropa de los regimientos era toda del pais menos un octavo que era Europea.

Antes que fuesen expediciones de la Peninsula, los mismos soldados Peruanos sofocaban las sublevaciones y eran el apoyo de los derechos del Rey, siendo entonces apenas conocida la desertión. El mal ejemplo de este delito, dado por las mismas tropas expedicionarias, el mal trato recibido por estos y otros agentes han producido una especie de caracter tan aprensible como singular que hace de los soldados actuales del Peru una especie de escepcion. Su tendencia a la desercion es ahora tan oida que solo se puede corregir encerrandolos en los Cuarteles, acordonandolos en los vivaques, y con no interrumpida vigilancia. Lo que son los Ejercitos hoy, no son mañana ni despues de haber vencido con valor desertandose enseguida del mismo campo de la victoria. Asi es que era comun la opinión que un desastre de nuestra parte podria ser seguido de resultados lamentables y en efecto nada mas facil que la disolución de un Ejercito compuesto de tales elementos porque mil incidentes podian hacer impracticable aquella vigilancia con tanto mas motivo que el numero de Gefes, Oficiales y Tropa Europea que servian de centinelas era tan corto como queda dicho anteriormente. Esta viciosa costumbre por todos confirmada, fue la que impulsó o precipitó las acciones de la pampa de los Reyes y de Quinua persuadidos tanto el Sr. Virrey como el General Canterac que si tardaban en combatir perdian el Ejercito sin ver al enemigo. Pero ocurre naturalmente preguntar ¿que tiene que ver la disolucion del Ejercito con la disolucion del resto del Perú? No habia aun segun afirman las declaraciones un inmenso pais de que disponer, excelentes posiciones, pertrechos de guerra y aun tropas intactas? De donde vease que no se tomaron las eficaces providencias como exigia lo critico de los momentos, para remediar las desgracias reorganizando los muchos recursos que aun había, ya uniendose al General Olañeta, ya moviendose en otros sentidos, sirviendo de origen a nuevos Cuerpos de Ejercito que recibiesen a los que huyesen de ser comprendidos en la Capitulación y de nueva esperanza a los Realistas. .? Como es que conviniendo las declaraciones *en que se pudo hacer y no se hizo*, no se espresan ni declaman contra el nuevo Virrey accidental que podría decirse fue solo nombrado para que no faltase Gefe con quien entenderse para el cumplimiento de las Capitulaciones que era esperadas de oficio con cierto anhelo? Querra decir todo esto que el pais esta ya cansado de tan larga y trabajosa guerra? Querra esto significar que odian la vejacion de qualquier parte que venga? El ceder casi todos simultaneamente al vencedor ya experimentado y mal visto que viene anunciando *ya no hay Ejercitos enemigos*, ¿no parece indicar que se alagaba la idea de la paz y la tranquilidad tanto tiempo forastera de aquel territorio? Es en efecto publico que Bolivar no merece el concepto de los Peruanos. . . pero los que esto declaran, aseguran también que la seducccion o ilusion ha ganado nuestro terreno respecto la mayor parte de aquellos naturales que ansian la independendia y aun osaban esperarla de las mismas armas del Rey sin necesidad de aventureros sospechosos como Bolivar.

El entusiasmo patriotico hijo de la lealtad y de la virtud, suele desaparecer en los paises atormentados por largo tiempo por la guerra o por la discordia civil. A este entusiasmo sucede el del furor de las pasiones y de los intereses y enseguida cansados todos de padecer y de ser verdugos y victimas sucesivamente se convienen en detestar la guerra y cuando puede encenderla y alimentarla, y entonces el deseo de la conservacion, mas que las pasiones, suelen, unidos a las es-

peranzas de la novedad, producir un entusiasmo ficticio que tiene por principal objeto aplacar y alargar las bayonetas del que se presenta como vencedor.

Presiado a discurrir sin separarme de las ideas vertidas en el anterior sumario, no me es dado conocer en cual de los casos anterior se hallara el Perú o si se hallaran todos o algunos combinados; discernimiento difícil de hacer y solo reservado a las altas noticias y sabiduría del Gobierno de Su Magestad.

8º Nuestra escuadrilla que navego unida algunos días, se separó marchando el navio Asia, los bergantines Aquiles y Constante y una fragata mercante con rumbo hacia Manila, por providencias anteriores del Soberano y para recibir caudales según se decía; el Pezuela, la Corbeta Yca y otro buque en que venia el Señor Virrey con Generales y Oficialidad se dirigieron hacia Europa navegando tambien hacia Chiloe dos embarcaciones que conducian... comprometidos por los sucesos de los Castillos del Callao que segun una declaración, contribuirán a la vigorosa y leal resistencia que espera de la tropa y vecindario del mencionado Chiloe. Al querer decir lo que resulta del sumario sobre el uso de las fuerzas maritimas en aquellos mares y su relacion con las terrestres me parece conducente copiar lo que dice uno de los declarantes. *Cuando llegó a las costas la noticia de la Capitulacion a la par que las muestras de sus resultados, la conducta de la Marina era tan inesplicable como la que tuvo anteriormente: En estos criticos momentos parecia que deseaba perder de vista con extraordinaria anticipacion las costas del Perú, sin esperar a su grande influencia en aquella ocasion ni a que se manifestasen mas descubiertamente los resultados del interior, como emigracion de comprometidos, salvamento de restos preciosos etc., y en aquella dando lugar por su estraña y al parecer timida conducta a que pareciere haber estipulado armisticio con el enemigo cuyos buques pudo dispersar, o coger algunas veces.*

9º Tal es lo que, segun mi modo de ver, aparece interesante de las declaraciones anteriores. Las discordias entre los militares Colombianos y Peruanos, y el poco aprecio de Bolívar en todo el Perú; las vejaciones y descontentos que seran consiguientes al querer ahora organizar la marcha del Gobierno y de la Administración, las coyunturas, incidentes y ocasiones favorables que vayan produciendo el tiempo y las circunstancias; los mismos estravios de la libertad en que ahora se engolfan; son datos que produce el sumario utiles para fijar la conducta venidera del Gobierno de Su Magestad respecto, aquellos Dominios joya preciosa de la Corona de la Monarquía Española. He procurado no solo referir sino hasta cierto punto censurar como ecsigia mi oficio Fiscal. No he hecho mas que repetir las ideas y variar el lenguaje de las declaraciones; pero es claro que para asegurar ciertas aserciones se necesitan documentos de otra categoría, únicos capaces de fundar un solido dictamen cual ecsige la importancia de la materia. Vuestra Señoria sin embargo con sus superiores luces, sabrá deducir las verdaderas consecuencias.

Cádiz 13 de Mayo de 1825 — Bartolomé Amat.—

Es copia.

—Amat—

(firmado y rubricado).

YNTERROGATORIO

Preguntado desde cuando se halla en esta Plaza, los motivos u órdenes de su venida, el punto y época de su salida, las arribadas y comunicaciones intermedias de la travesía y cuanto se crea interesante desde su salida del Perú.

Preguntado para que declare con útil proligidad capaz de hacer formar clara idea 1º sobre los acontecimientos inmediatos y principalmente trascendentales a las últimas ocurrencias del Perú desde Diciembre de 1823 o antes si fuere necesario o conveniente.

2º Sobre los últimos sucesos y de manera que se perciban bien los rasgos de pericia de ineptitud o casualidad militar, los procsimos resultados prosperos o adversos, y las consecuencias probables o ya verificadas, no perdiendo de vista en tan ingenua como interesante declaración la influencia moral procedente ya de los sucesos de la guerra, del temple de la disciplina, de la rivalidad y aun opiniones políticas o por cualquier otro agente dando de todo lo que se pueda razón del dicho y haciendo entrar también en consideracion el consepito publico sobre los sucesos, las cosas y las personas, asi como el de estas ya pertenezcan reunidas o aisladas a la clase de Generales, al Cuerpo de la Oficialidad, a los individuos de tropa inferiores y a las gentes del pais.

3º Sobre las relaciones entre las fuerzas y recursos maritimos y terrestres antes de los últimos acontecimientos, durante estos y en los ultimos desenlaces.

4º Que Oficiales segun su concepto, son los que se encuentran por sus circunstancias en disposicion de referir las expresadas ocurrencias con mas tino y seguridad.

DECLARANTES

<i>Clases</i>	<i>Nombres</i>	<i>Alojamientos</i>
	Coronel D. Francisco Sanjuanena	Calle del boquete, Posada de San Sebastián
	Coronel D. José Caparroz	
	Comandante D. José Llano	
	Capitán graduado de Tte. Coronel D. Yldefonso Ruiz	
	Capitán graduado de Tte. Coronel D. Juan Martín	
	Teniente D. Luis Sánchez	
	Capitán graduado de Tte. Coronel D. Manuel Mendiburu	Posada de la Alianza
	Teniente de Navío D. Antonio Ausina	
	Capitán D. Manuel la Rosa	
	Capitán D. José Antonio Rubio	Calle del torvo de la Candelaria N° 120 piso 1º

<i>Clases</i>	<i>Nombres</i>	<i>Alojamientos</i>
	Teniente graduado de Capitán D. José Luna Subteniente D. Cayetano Multra	} Posada de la Paloma
	Teniente D. Pedro Barril	} Posada de Escribanos
	Teniente D. Bernardino Aguilar Subteniente D. Manuel Ruiz Subteniente D. Rafael Navalo	} Posada Alta
	Capitán graduado de Tte. Coronel D. Manuel Yribe	} Posada de las Cuatro Naciones
	Teniente D. Eusebio Cosio	} Calle de Linares número 105
	Capitán D. Juan Hospital	} Calle de Linares número 105

Cádiz, 15 de Mayo de 1825. Señor Don Bartolome Amat — Devuelvo a Vd. el adjunto escrito que he leído con la mayor complacencia. Su seguro servidor que besa su mano — Angel Díaz del Castillo.

II CONGRESO VENEZOLANO DE HISTORIA

Tal como se había programado con anterioridad, y mediante el apoyo económico y moral del Gobierno Nacional, se reunió entre los días 18 y 23 de noviembre el II Congreso Venezolano de Historia.

La sesión solemne de apertura tuvo lugar el 18 a las 5 p.m. y estuvo prestigiada con la presencia del señor Carlos Andrés Pérez, Presidente de la República, así como de varios miembros del Gabinete Ejecutivo, representantes del Alto Mando Militar, Cuerpo Diplomático, académicos, historiadores invitados y numeroso público.

Abrió el acto el Director de la Academia Dr. Parra Márquez; pronunció el discurso de orden el académico José Antonio Calcaño y a nombre de los historiadores extranjeros habló el Dr. Antonio Rumeo de Armas, académico de Número de la Real Academia de la Historia de Madrid y Profesor de la Universidad Complutense.

Las sesiones de trabajo se efectuaron entre el martes 19 y el viernes 22, tanto en la mañana como en la tarde. El jueves hubo una Mesa Redonda en homenaje a Fray Bartolomé de las Casas, en la cual sirvió de moderador el historiador norteamericano Lewis Hanke y en donde participaron eminentes lascasistas.

Como invitados especiales, además de los académicos de número y miembros correspondientes, que son miembros natos del Congreso, concurrieron los siguientes historiadores extranjeros: Argentina: Dr. Ricardo Zorraquín Becú; Dr. J. M. Mariluz Urquijo; Dra. Daisy Ripodas Ardanaz; Bolivia: Dr. Teodosio Imaña Castro; Brasil: Dr. Pedro Calmón; Colombia: Dr. Horacio Rodríguez Plata; Mons. Dr. Mario Germán Romero; Dr. Ulises Rojas; Ecuador: Rvdo. José María Vargas O. P.; España: Dr. Alfonso García Gallo; Dr. Antonio Rumeo de Armas; Dr. Juan Pérez de Tudela y Bueso; Dr. Demetrio Ramos; Dr. Ismael Sánchez Bella, Dra. Analola Borges; Dr. Alfonso González; Estados Unidos de Norte América: Dr. Lewis Hanke; Rvdo. Stafford Poole C. M.; Nicaragua: Dr. Carlos Molina Argüello; Panamá: Dr. Diógenes de la Rosa; Paraguay: Dr. Rafael Eladio Velásquez; Perú: Dr. Carlos Daniel Valcárcel.

Se presentaron y discutieron los siguientes trabajos:

“Juicios de Residencia del Virrey Solís y biografía de don Miguel de Santiesteban”, por: Dr. Horacio Rodríguez Plata (Colombia).

“Las Visitas-Residencias y Residencias-Visitas en la Recopilación de Indias”, por: Dr. Carlos Molina Argüello (Nicaragua).

"Juicios de Residencia de las Provincias de la Real Audiencia de Caracas", por: el Departamento de Investigaciones de la Academia Nacional de la Historia (Venezuela).

"Dos Juicios de Residencia en la Ciudad de Barinas y su jurisdicción, Provincia de Mérida", por el Dr. Virgilio Tosta (Venezuela).

"Un cargo en el Juicio de Residencia del Virrey Solís" por Mons. Dr. Mario Germán Romero. (Colombia).

"La evolución de los Juicios de Residencia en Venezuela (s.s. XVI, XVII, XVIII)"; por la Lic. Letizia Vaccari de Venturini (Venezuela).

"La Condición Política de las Indias", por el Dr. Ricardo Zorraquín Becú (Argentina).

"Jueces de Residencia", por el Dr. Ulises Rojas (Colombia).

"Los primeros Jueces Visitadores en América", por el Dr. Antonio Rumeo de Armas (España).

"Noticias sobre la visita acordada a la Provincia de Venezuela en 1720, por el Virrey del Nuevo Reino de Granada Jorge de Villalonga. Visitador Pedro Martín Beato ", por el Dr. Carlos Felice Cardot. (Venezuela).

"El Juez Visitador Alonso Vásquez de Cisneros", por el Dr. Mario Briceño Perozo (Venezuela).

"La resistencia a la 'Visita. El Caso del Lic. Monzón en el Nuevo Reino de Granada", por el Dr. Juan Pérez de Tudela y Bueso (España).

"Los planteamientos económicos del Visitador Chávez y Mendoza", por el Dr. Antonio Arellano Moreno (Venezuela).

"Visita hecha por el Licenciado Alvaro Fernández Bonilla en Perú", por el Dr. Lewis Hanke (U.S.A.).

"Visitadores de Indias en los siglos XVI y XVII", por el Dr. Ismael Sánchez Bella (España).

"Visitas de la Audiencia de Santa Fe a la Provincia de Mérida durante el siglo XVII", por la Dra. Milagros Contreras Dávila (Venezuela).

"De las Ordenanzas de Mérida a las de Chávez y Mendoza en el Oriente", por el Dr. Joaquín Gabaldón Márquez (Venezuela).

"Una real Instrucción de 1714, primer intento reformista de los Jueces Visitadores de Indias y posibles precedentes del Sistema de Intendencias", por la Dra. Analola Borges (España).

"Visita de Pedro Moya de Contreras, Arzobispo de México", por el Rvdo. Stafford Poole C. M. (USA).

"Algunas notas sobre las visitas de Chávez y Mendoza al Oriente venezolano (1783-1784)", por Fray Lino Gómez Canedo (USA).

"O principio da libertades nas antigas institucoes portuguesas. Aspectos de historia colonial brasileira", por el Dr. Pedro Calmón (Brasil).

"El Presidente de la Real Audiencia de Caracas en el Intento de concentración de todos los poderes", por el Dr. Demetrio Ramos (España).

"La "limpieza de sangre" a través de la Real Audiencia de Caracas", por la Lic. Ermila de Veracoechea (Venezuela).

"Audiencias Principales y Subordinadas", por el Dr. Alfonso García Gallo (España).

"La Real Audiencia de Buenos Aires y el Juzgado de Provincia", por el Dr. J. M. Mariluz Urquijo (Argentina).

"Real Audiencia de Charcas", por el Dr. Teodosio Imaña Castro (Bolivia).

"Audiencias de Quito y sus Jueces de Residencia y Visitadores", por el Rvdo. José María Vargas O. P. (Ecuador).

"La Real Audiencia como antecedente de la Corte Suprema de Justicia", por el Dr. Tomás Polanco Alcántara (Venezuela).

"Casos en la Real Audiencia de Caracas"; por Dra. Floraligia Giménez de Arcondo (Venezuela).

"Las Audiencias Indígenas y el Mando Militar (s.s. XVI, XVII, XVIII)", por el Dr. Alfonso González (España).

"Para una bibliografía de las Reales Audiencias", por el Dr. Santiago Gerardo Suárez (Venezuela).

"Bibliotecas particulares de Funcionarios de la Real Audiencia de Charcas", por la Dra. Daisy Rípodas Ardanaz (Argentina).

"Cabildos en el Paraguay y sus relaciones con la justicia", por el Dr. Rafael Eladio Velásquez (Paraguay).

"El municipio colonial y su régimen antidemocrático", por Julio Febres Cordero.

Durante la sesión preparatoria fueron elegidos vice-presidentes del Congreso a los representantes de las naciones bolivarianas así como de la Madre Patria. En consecuencia se designaron como tales a los señores Horacio Rodríguez Plata, de Colombia; Teodosio Imaña Castro, de Bolivia; Rvdo. padre José María Vargas, de El Ecuador; Carlos Daniel Valcárcel, del Perú; y Juan Pérez de Tudela y Bueso, de España.

El sábado 23 en horas de la mañana se sometieron a consideración de los congresistas, una serie de Resoluciones y Acuerdos, los cuales se publicarán oportunamente.

A las 12 los congresistas se trasladaron al Panteón Nacional, y ofrendaron una corona ante el sarcófago del Libertador.

A las 5 de la tarde se efectuó la sesión de clausura en el Paraninfo del Palacio de las Academias. Abrió el acto el Presidente del Congreso y Director de la

Academia de la Historia, Dr. Héctor Parra Márquez; pronunció un elocuente discurso el Dr. Pedro Calmón, Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, y clausuró la sesión el Dr. Luis Manuel Peñalver, Ministro de Educación.

El Congreso tuvo una extraordinaria significación. Si en el primero, efectuado en junio de 1971, se estudiaron las más antiguas instituciones del mundo hispánico, a saber: Gobernaciones, Corregimientos, Alcaldías Mayores y Ayuntamientos, en el segundo, o sea en el que acaba de efectuarse, se continuó en el estudio de esas instituciones, a saber: Juicios de Residencia, Jueces Visitadores y Reales Audiencias. En los próximos se seguirá, en forma sistemática, su estudio.

En los volúmenes destinados a recoger el material presentado al Segundo Congreso Venezolano de Historia, podrá verse el alcance y significación de tan importante evento cultural.

* * *

TENDENCIA ERRONEA

Debe lamentarse la continuación, en ciertos ámbitos, de una errónea tendencia: consiste en el reemplazo de nombres tradicionales y de valioso significado de algunas calles por otros destinados a honrar figuras de reciente desaparición. Sin colocarnos en situación de considerar los méritos de cada una de ellas, debe tenerse presente en primer término la conveniencia de aguardar el paso prudente del tiempo para decantar virtudes públicas y engrandecer —cuando así lo imponga la realidad— la memoria de quienes han actuado en la vida cívica o han brindado sus afanes al bien común. Pero, además, y aun cuando se desee honrar a un ciudadano desaparecido imponiendo su nombre a una arteria, es preferible hacerlo sin desmerecer otros lauros, o sea buscando, de preferencia, las nuevas calles o avenidas siempre abundantes en los actuales momentos de vasto crecimiento urbano.

Lo dicho se aplica con claridad a la ordenanza sancionada por las autoridades municipales de Posadas por la cual se cambia la denominación de las calles Ayacucho y Junín —es innecesario señalar la profunda significación que en la historia nacional y americana alcanzan esos dos nombres— para rendir homenaje a dos dirigentes políticos locales fallecidos no hace mucho. La filial Misiones del Instituto Belgraniano ha expresado su inquietud al respecto y ha merecido el apoyo en el mismo sentido del Instituto Nacional Sanmartiniano, en coincidencia con las argumentaciones antes expuestas. Una honesta revisión de la medida comentada por las mismas autoridades que la aprobaron representaría una saludable reacción para evitar la extensión de hábitos indudablemente inconvenientes.

Tomado de "La Nación," Buenos Aires,
29 de setiembre de 1974

VIDA DE LA ACADEMIA

Setiembre-Noviembre de 1974

Papeles del general Santa Cruz.

En la junta ordinaria del 19 de setiembre se dio cuenta de la carta del señor Rodolfo Salamanca Lafuente, Director de la Academia Boliviana de Historia, en donde comunica que ha designado al académico de la historia de Bolivia, don Andrés Santa Cruz, nieto del prócer, —quien posee una colección de documentos acumulados por su anterior generación—, a fin de que, en unión del señor Gunar Mendoza, Director del Archivo Nacional de La Paz, procediese a la compilación de documentos del prócer general Andrés de Santa Cruz con el Libertador, y la de éste con el boliviano, para la publicación acordada por nuestra Academia, con ocasión del Sesquicentenario de la fundación de Bolivia.

Donación del Correspondiente Tablante Garrido.

En la misma junta se presentó una colección de la Gaceta de Venezuela de 1831, Colección Valenciana, enero-julio, editada por la Universidad de Carabobo con ocasión del Sesquicentenario de la Toma de Puerto Cabello. Los originales los conserva el Correspondiente Tablante Garrido quien los cedió a la Universidad para su publicación.

Donación del Secretario de la Academia.

El Dr. Carlos Felice Cardot donó con destino al Monetario de la Academia una colección completa de las 22 monedas de cinco bolívares, acuñadas en Venezuela, hasta 1936.

Visita del Dr. Arturo Ardao.

En la junta ordinaria del 19 de setiembre la Academia tuvo el honor de recibir la visita del destacado Profesor y ensayista uruguayo, Dr. Arturo Ardao, quien fue saludado por el Director, en frases cordiales y efusivas. Ardao recordó su anterior viaje a Venezuela y destacó la gran labor realizada por nuestra Corporación.

Visita del Director a Buenos Aires.

En el curso de la primera quincena de setiembre, nuestro Director, Dr. Héctor Parra Márquez, viajó a Buenos Aires como miembro de la Junta del Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho. A su regreso informó ampliamente a la

Academia sobre las actividades desarrolladas en dicho país, así como sus contactos con la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires. Aprovechó la oportunidad para hacer entrega al Presidente de la Academia de la Historia de Buenos Aires de un óleo del Libertador Simón Bolívar. Oportunamente, de acuerdo con lo convenido, dicha Academia enviará uno para la nuestra, del general San Martín.

Viaje del Dr. Carrillo Moreno.

Informó el Dr. Carrillo Moreno de su reciente viaje a La Paz, con el objeto de documentarse para un trabajo que prepara sobre el general Santa Cruz.

Nueva publicación del Comité de Orígenes de la Emancipación.

El Dr. Felice Cardot, en su carácter de Presidente del Comité de Orígenes de la Emancipación, presentó el volumen N° 19 de publicaciones del Instituto. Se trata de la obra "Fuentes Documentales para la Historia de la Independencia de América. Misión de Investigación en los Archivos Europeos", por el Dr. Carlos Daniel Valcárcel.

Centenario del nacimiento del Dr. Vicente Dávila.

En la junta ordinaria del 26 de setiembre, con motivo de cumplirse el centenario del nacimiento de este ilustre académico, se celebró una sesión solemne en homenaje a su memoria. Hizo el elogio del Dr. Dávila el académico Dr. Rafael Armando Rojas, quien en una muy sentida y documentada pieza oratoria, realizó una síntesis de la vida y de la obra de tan ejemplar académico.

Conferencia del general Fernández Bolívar.

En la junta ordinaria del 3 de octubre, y de acuerdo con la programación realizada, tuvo lugar la conferencia del general Víctor J. Fernández Bolívar, sobre el tema siguiente: Ayacucho, batalla decisiva final de la campaña Libertadora del Atlántico al Pacífico".

Sobre el año Lascasiano.

En la junta ordinaria del 10 de octubre se acordó celebrar diversos actos con motivo del quinto centenario de Fray Bartolomé de Las Casas. Entre los actos están los siguientes: a) celebrar el día 21 de noviembre, a las 5 p.m., una Mesa Redonda, en homenaje al Apostol de las Indias e invitar algunos delegados de los que concurrirán al II Congreso Venezolano de Historia, con la finalidad de que participen en ella. Entre ellos a los señores Lewis Hanke, quien será el moderador; José María Vargas O. P.; Juan Pérez de Tudela y Bueso; Alfonso García Gallo; Revd. Strafford Poole; Demetrio Ramos; Mario Romero y algunos historiadores venezolanos; b) celebrar en fecha que se señalará oportunamente y una vez pasadas las actividades del II Congreso, una sesión solemne dedicada a Fray Bartolomé de Las Casas; c) recomendar al Ministerio de Hacienda la emisión de una estampilla postal con la efigie de aquel; d) solicitar del Concejo Municipal del Distrito Federal la colocación del busto del Padre de Las Casas, en un paseo o plaza

de la ciudad; y e) solicitar del Gobierno Nacional designe con el nombre de "Ciudad Las Casas", una ciudad que se construya dentro del territorio nacional.

Reunión de historiadores.

En la junta ordinaria del 17 de octubre el académico Morón informó respecto a la reunión que tendrá lugar en esta ciudad entre los días 24 y 30 de noviembre próximos, con el objeto de coordinar los trabajos relativos a la Historia de América que él dirige por comisión de la OEA. Dicha reunión es patrocinada por la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Don Rufino Blanco Fombona al Panteón Nacional.

En la misma junta informó el Director que el próximo 25 serán sepultados en el Panteón Nacional los restos del ilustre escritor y académico don Rufino Blanco Fombona, y exitó a todos los numerarios y correspondientes de la Academia a estar presentes en dicho acto.

Reedición de la Biblioteca Ayacucho.

En la junta ordinaria del 24 de octubre, el académico Dr. Ramón J. Velásquez, insinuó a la Academia que recomendase al Ejecutivo Nacional la reedición de la Biblioteca Ayacucho que dirigió Blanco Fombona en España, y la cual constituye uno de los mayores esfuerzos bibliográficos desarrollados con el objeto de hacer conocer la historia del Libertador. La Academia acogió esta insinuación en forma unánime y dispuso hacer las gestiones correspondientes.

Disertación del Correspondiente Walter Dupouy.

En la misma junta el Correspondiente Dupouy leyó un erudito y documentado trabajo sobre el proceso misional en Venezuela y la labor desarrollada por quienes han realizado tan trascendental obra. Este acto se efectuó con motivo del cincuentenario de la restauración de las Misiones.

Nuevos Correspondientes.

En la junta del 31 de octubre fueron elegidos Miembros Correspondientes los señores Andrés J. Abad, en San Martín, Argentina y Profesor Adolfo Bermúdez Jenkins, en Ica, Perú. Ambas elecciones se efectuaron por unanimidad.

Cena Anual de la Academia.

El 28 de octubre, aniversario de la fundación de la Academia, y como ya es tradición, se celebró una cena de compañerismo a la cual asistieron la mayor parte de los numerarios y correspondientes residentes en Caracas.

Presentación de una obra editada por el Ministerio de Sanidad.

En la junta ordinaria del 31 de octubre el Dr. Alberto Silva Álvarez presentó la obra "Bibliografía Médica-Venezolana, 1965-1967", dirigida por él y editada por el SAS.

Visita del Correspondiente Díaz González.

En la misma junta la Academia recibió la visita de su ilustre Correspondiente en Roma, Dr. Joaquín Díaz González, destacado historiador venezolano, residenciado en dicha urbe. El Director lo saludó muy cordialmente y el Dr. Díaz González hizo una amplia exposición sobre sus actividades culturales.

Traslado a la Catedral de Caracas de los restos de la aya del Libertador.

En la junta ordinaria del 7 de noviembre el Director informó que había sido notificado por el Concejal Alvaro Páez Pumar del próximo traslado al Panteón de la familia Bolívar, de la Catedral de Caracas, de los restos de la Negra Matea, la aya preferida de Bolívar, para lo cual habían obtenido la debida autorización de las autoridades eclesiásticas. La Academia le dio el apoyo moral a esta noble iniciativa.

Conferencia del Dr. Oscar Beaujon.

En continuación a la serie de conferencias programadas por la Academia con motivo del Sesquicentenario de las batallas de Junín y Ayacucho, en la junta ordinaria del 7 de noviembre, el académico Dr. Oscar Beaujon dio lectura a un valioso trabajo intitulado "La medicina en la Campaña del Sur" el cual será publicado en el Boletín, en el número correspondiente al último trimestre del año.

Sobre el Congreso de Historia.

En la junta ordinaria del 14 de noviembre el Secretario dio lectura al programa definitivo de las sesiones de trabajo del II Congreso Venezolano de Historia, el cual fue aprobado por la Academia.

Lectura del académico Muñoz.

En la misma junta el profesor Pedro José Muñoz dio lectura a un hermoso y emotivo trabajo sobre la personalidad del eminente académico venezolano Don Rufino Blanco Fombona, el cual se publicará en próximo número del Boletín.

Obsequio del Correspondiente Vargas.

El Lic. Francisco Alejandro Vargas obsequió, con destino al Monetario, un "Sucre" ecuatoriano de reciente acuñación.

Nuevos Miembros Correspondientes.

En la junta ordinaria del 28 de noviembre fueron elegidos miembros correspondientes de la Academia el Dr. Ramón Briceño Perozo, en el Estado Mérida; el profesor Dr. Arturo Ardao, en Montevideo, Uruguay, y el Canónigo Thelmo Zegarra Andrade, en Trujillo, Perú.

Condecoración al Director de la Academia.

Con motivo del día de Andrés Bello, el Gobierno Nacional acordó honrar con la condecoración Orden de Andrés Bello, en su Primera Clase, esto es, Banda de Honor, al Dr. Héctor Parra Márquez, Director de la Academia Nacional de la Historia. Tal información, que fue comunicada en la junta ordinaria del día 28 de noviembre por el académico Morón, fue recibida por todos los académicos presentes con gran satisfacción, y en forma unánime, tributaron un aplauso al Director. Este manifestó que el honor que recibirá el día siguiente lo declina en la Academia de la que es Director.

Información del académico Morón.

En la misma junta el académico Morón dio cuenta sobre la reunión de historiadores que se celebró en esta ciudad entre el 24 y el 30 de noviembre, con el objeto de tomar las medidas para hacer efectiva la Resolución de la Organización de los Estados Americanos destinada a escribir un texto de historia de América. Puntualizó las diversas clases de reuniones que efectúa el Instituto y aclaró que la presente ya ha salido del marco tanto de la OEA como de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y está a nivel de expertos. Como coordinador, seleccionó por áreas a los colaboradores, y estos, a la vez, subdividieron el trabajo entre especialistas. El trabajo fue intenso y tiene mucho optimismo respecto a su resultado definitivo.

Viaje del Director.

En la misma junta el Dr. Parra Márquez pidió autorización a la Academia para viajar a Lima como miembro de la Comisión del Sesquicentenario de Ayacucho, en el séquito presidencial. También lo hará el académico Velásquez, Presidente de la Comisión Permanente de Política Exterior del Senado. La Academia gustosamente accedió a la solicitud.

Sobre el Congreso de Historia: Manifestación al Dr. Felice Cardot.

En la misma junta el Director expuso que el II Congreso Venezolano de Historia había terminado felizmente, y considera que debe tributarse una especial manifestación al Secretario de la Academia, Dr. Carlos Felice Cardot, por la preparación y realización del mismo. A esto se unió el académico Dr. Cristóbal L. Mendoza quien expuso que el éxito de la reunión se debía a los esfuerzos del Secretario. Los académicos presentes aprobaron por aclamación la proposición del Director, y el Dr. Felice Cardot agradeció la gentileza de sus colegas y expuso que su labor fue la de interpretar los deseos de la Academia, a fin de que el Congreso tuviera un completo éxito.

Biografía de Bolívar por José Enrique Rodó.

A propósición del académico Dr. Cristóbal L. Mendoza se acordó solicitar del Congreso de la República la edición del ensayo de Rodó sobre Bolívar, en un tiraje de no menos de cuarenta mil ejemplares, a fin de ser repartidos entre los

escolares de la República, Se trata de uno de los trabajos más brillantes que han sido escritos sobre el Padre de la Patria.

Dos erratas importantes en el Boletín anterior.

En el número 227 de nuestro Boletín, correspondiente a julio-setiembre de 1974, aparecen dos erratas de consideración por tratarse, especialmente, de nombres propios. En la nota bibliográfica que aparece en la página 612, sobre la obra "Historia Fundamental de Venezuela" del académico Dr. J. L. Salcedo Bastardo, equivocaron el apellido del autor, ya que el correcto es *Benjamin A. Frankel*, eminente latinoamericanista norteamericano, profesor del Saint Mary's College de California. Igualmente en la página 579 aparece publicado un valioso trabajo sobre don Rufino Blanco Fombona, cuyo autor es el destacado escritor uruguayo *Edgardo Uvaldo Genta*, cuyo primer nombre salió también equivocado. Se trata de errores del corrector de pruebas que mucho lamenta la Comisión Redactora del Boletín, la cual pide excusas a los autores respectivos.

AVISO

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA

La Academia publicó y repartió la serie *Sesquicentenario de la Independencia* que comprende desde el volumen 1 hasta el 53 de la Biblioteca. La serie *Fuentes* comenzó con el volumen 54 y se vende a precio de costo.

Distribuidores: LIBRERIA MUNDIAL - T. FORERO & Co.

Santa Capilla a Mijares 26, Edif. San Mauricio, Telfs.: 87.07.09, 82.03.37 y 81.26.30. Caracas.

Vol. 54: *Descubrimiento y conquista de Venezuela*. Tomo I, Estudio preliminar de Joaquín Gabaldón Márquez. Bs. 15 - \$ 4.

Vol. 55: *Descubrimiento y conquista de Venezuela*. Tomo II. Advertencia del compilador: Joaquín Gabaldón Márquez. Bs. 14 - \$ 3,75.

Vol. 56: Fray Bartolomé de las Casas, *Tratado de Indias y el Doctor Sepúlveda*. Estudio preliminar: Manuel Giménez Fernández. Bs. 10 - \$ 2,75.

Vol. 57: Juan de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Estudio preliminar: Isaac J. Pardo. Bs. 12 - \$ 3,25

Vol. 58: *Venezuela en los Cronistas Generales de Indias*. Tomo I. Estudio preliminar de Carlos Felice Cardot. Bs. 13 - \$ 3,50.

Vol. 59: *Venezuela en los Cronistas Generales de Indias*. Tomo II. Bs. 11 - \$ 3.

Vol. 60: Juan Antonio Navarrete, *Arca de Letras y Teatro Universal*. Estudio preliminar: José Antonio Calcaño. Bs. 7 - \$ 3.

Vol. 61: José de Limonta, *Libro de la Razón General de la Real Hacienda del Departamento de Caracas*. Estudio preliminar: Mario Briceño Perozo. Bs. 12 - \$ 3,25

Vol. 62: Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial de Venezuela*. Tomo I. Estudio preliminar: Guillermo Morón. Bs. 19 - \$ 5.

Vol. 63: Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial de Venezuela*. Tomo II. Bs. 19 - \$ 5.

Vol. 64: *Actas del Cabildo Eclesiástico de Caracas*. Tomo I. (1580-1770). Estudio preliminar: Manuel Pérez Vila. Bs. 13 - \$ 3,50.

Vol. 65: *Actas del Cabildo Eclesiástico de Caracas*. Tomo II. (1771-1808). Bs. 15 - \$ 4.

- Vol. 66: Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de Venezuela*. Edición restablecida en su texto original, por vez primera por Demetrio Ramos Pérez, con Estudio preliminar y notas. Tomo I. Bs. 23 - \$ 6.
- Vol. 67: Fray Pedro Simón. *Noticias Historiales de Venezuela*. Tomo II. Idem, también anotado por Demetrio Ramos Pérez. Bs. 23 - \$ 6.
- Vol. 68: José Gumilla, *El Orinoco Ilustrado*. Comentario preliminar de José Nucete Sardi y Estudio bibliográfico de Demetrio Ramos Pérez. Bs. 16 - \$ 4,25.
- Vol. 69: *Los Primeros Historiadores de las Misiones Capuchinas en Venezuela*. Presentación y estudios preliminares sobre cada autor: P. Buenaventura de Carrocera, O.F.M. Bs. 15 - \$ 5
- Vol. 70: *Relaciones Geográficas de Venezuela durante los siglos XVI, XVII y XVIII*. Estudio preliminar y notas de Antonio Arellano Moreno. Bs. 19 - \$ 5.
- Vol. 71: Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana*. Tomo I. Traducción y Estudio preliminar de Antonio Tovar. Bs. 12 - \$ 3,25.
- Vol. 72: Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana*. Tomo II. Bs. 12 - \$ 3,25.
- Vol. 73: Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana*. Tomo III. Bs. 12 - \$ 3,25.
- Vol. 74: *Documentos para la Historia de la Iglesia Colonial en Venezuela*. Tomo I. Estudio preliminar y Selección del Padre Guillermo Figuera. Bs. 15 - \$ 4.
- Vol. 75: *Documentos para la Historia de la Iglesia Colonial en Venezuela*. Tomo II. Bs. 20 - \$ 5.
- Vol. 76: Pedro José de Olavarriaga, *Instrucción General y Particular del Estado Presente de la Provincia de Venezuela en los años de 1720 y 1721*. Estudio preliminar de Mario Briceño Perozo. Bs. 27 - \$ 6,50
- Vol. 77: P. Pierre Pelleprat, S. J., *Relato de las Misiones de los Padres de la Compañía de Jesús en las Islas y en Tierra Firme de América Meridional*. Estudio preliminar del Padre José del Rey. Bs. 7 - \$ 2.
- Vol. 78: P. Matías Ruiz Blanco, *Conversión de Piritu*, y P. Ramón Bueno, *Tratado Histórico*, Estudio preliminar y notas: P. Fidel de Lejarza, O. F. M. Bs. 14 - \$ 4
- Vol. 79: *Documentos Jesuíticos relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Estudio preliminar: P. José del Rey, S. J. Bs. 15 - \$ 4.

Vol. 80: *Protocolos del siglo XVI*. Estudio preliminar: Agustín Millares Carlo. Bs. 12 - \$3,25.

Vol. 81: Fray Antonio Caulín. *Historia de la Nueva Andalucía*. Tomo I. Estudio preliminar y edición crítica: P. Pablo Ojer, S. J. Bs. 25 - \$ 6,25

Vol. 82: Fray Antonio Caulín. *Estudio de la Nueva Andalucía*. Tomo II. (Texto y Notas). Bs. 15 - \$ 4.

Vol. 83: *Las Misiones de Píritu. Documentos para su Historia*. Selección y Estudio preliminar por Lino Gómez Canedo, O. F. M. Tomo I. Bs. 14 - \$ 4.

Vol. 84: *Las Misiones de Píritu. Documentos para su historia*. Tomo II. Bs. 14 - \$ 4.

Vol. 85: P. Joseph Cassani, S. J. *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, Estudio preliminar y Anotaciones al Texto del P. José del Rey, S. J. Bs. 20 - \$ 5,25

Vol. 86: M. Girolamo Benzoni, *La Historia del Mundo Nuevo*. Traducción y Notas de Marisa Vannini de Gerulewicz. Estudio preliminar de León Croizat. Bs. 12 - \$ 3,25.

Vol. 87: *Documentos para la Historia de la Educación en Venezuela*. Estudio preliminar y compilación de Ildelfonso Leal. Bs. 20 - \$ 5,25

Vol. 88-89-90: *Misión de los Capuchinos en Cumaná*. Estudio preliminar y documentación seleccionada por el R. P. Fray Buenaventura de Carrocera, O. F. M. Cap. Caracas, 1968. 3 tomos. Bs. 20 - \$ 5,25 c/u.

Vol. 91: *Historia documentada de los Agustinos en Venezuela durante la época colonial*. Estudio preliminar: Fernando Campo del Pozo, Agust. Bs. 20 - \$ 5,25.

Vol. 92: *Las Instituciones Militares Venezolanas del período Hispánico en los Archivos*. Selección y Estudio preliminar de Santiago Gerardo Suárez. Bs. 35 - \$ 9.

Vol. 93: *Documentos para la Historia Económica en la Epoca Colonial. Viajes e Informes*. Selección y Estudio preliminar de Antonio Arellano Moreno. Bs. 25 - \$ 6.

Vol. 94: José Gumilla. *Escritos Varios*. Selección y Estudio preliminar de José del Rey, S. J. Bs. 25 - \$ 6.

Vol. 95: Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Libro Personal, Tomo I. Estudio preliminar de Lino Gómez Canedo. O.F.M. Bs. 30 - \$ 7,25.

Vol. 96: Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Libro Personal, Tomo II. Bs. 30 - \$ 7.25.

Vol. 97: Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Libro de Inventarios. Tomo III. Bs. 30 - \$ 7.25.

Vol. 98: Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Libro de Inventarios. Tomo IV. Bs. 30 - \$ 7.25.

Vol. 99: Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Libro de Providencias, Tomo V. Bs. 30 - \$ 7.25.

Vol. 100: Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Compendio de Juan José Guzmán. Tomo VI. Bs. 30 - \$ 7.25.

Vol. 101: Obispo Mariano Martí. *Documentos relativos a su Visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784)*. Compendio de Juan José Guzmán. Tomo VII. Bs. 30 - \$ 7.25.

Vol. 102: *La Gobernación de Venezuela en el siglo XVII*. José Llavador Mira. Bs. 25 - \$ 6.

Vol. 103: *Documentos para el estudio de los Esclavos Negros en Venezuela*. Selección y Estudio preliminar de Ermila Troconis de Veracoechea. Bs. 25 - \$ 6.

Vol. 104: *Materiales para la Historia de las Artes Decorativas en Venezuela*. Carlos F. Duarte. Bs. 15 - \$ 4.

Vol. 105: *Las Obras Pías en la Iglesia Colonial Venezolana*. Selección y Estudio preliminar de Ermila Troconis de Veracoechea. Bs. 16 - \$ 4.

Vol. 106: *El Real Consulado de Caracas (1793-1810)*. Manuel Nunes Días. Bs. 30 - \$ 7,25.

Vol. 107: *El Ordenamiento Militar de Indias*. Selección y Estudio preliminar de Santiago Gerardo Suárez. Bs. 25 - \$ 6.

- Vol. 108: *Crónica de la Provincia Franciscana de Santa Cruz de la Española y Caracas*. Estudio preliminar y notas de Odilo Gómez Parente, O.F.M. Bs. 30 - \$ 7.25.
- Vol. 109: *Trinidad, Provincia de Venezuela*, Jesse A. Noel. Bs. 16 - \$ 4
- Vol. 110: *Colón descubrió América del Sur en 1494*. Juan Manzano Manzano. Bs. 25 - \$ 6.
- Vol. 111: *Misión de los Capuchinos en los Llanos de Caracas. Introducción y Resumen Histórico. Documentos (1657-1699)*. R. P. Fray Buenaventura de Carrocera, O.F.M. Capuchino. Tomo I. Bs. 30 - \$ 7.25.
- Vol. 112: *Misión de los Capuchinos en los Llanos de Caracas. Documentos (1700-1750)*. R. P. Fray Buenaventura de Carrocera, O.F.M. Capuchino. Tomo II Bs. 25 - \$ 6.
- Vol. 113: *Misión de los Capuchinos en los Llanos de Caracas. Documentos (1750-1820)*. R. P. Fray Buenaventura de Carrocera, O.F.M. Capuchino. Tomo III Bs. 30 - \$ 7.25
- Vol. 114: *Población de Origen Europeo de Coro en la Epoca Colonial*. Dr. Pedro M. Arcaya Bs. 23 - \$ 5.25.
- Vol. 115: *Curazao Hispánico (Antagonismo Flamenco-Español)*. Carlos Felice Cardot. Bs. 25 - \$ 6.
- Vol. 116: *El mito del Dorado. Su génesis y proceso*. Demetrio Ramos Pérez. Bs. 30 - \$ 7.25.
- Vol. 117: *Seis primeros Obispos de la Iglesia Venezolana en la Epoca Hispánica (1532-1600)*. Mons. Francisco Armando Maldonado. Bs. 25 - \$ 6.
- Vol. 118: *Documentos Jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela (II)*. José del Rey Fajardo, S. J. Bs. 25 - \$ 6.
- Vol. 119: *Documentos Jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela (III)*. José del Rey Fajardo, S. J. Bs. 25 - \$ 6.
- Vol. 120: *Hernández de Serpa y su "Hueste" de 1569 con destino a la Nueva Andalucía*. Jesús María G. López Ruiz. Bs. 23 - \$ 5.25.
- Vol. 121: *La Provincia Franciscana de Santa Cruz de Caracas. Cuerpo de Documentos para su Historia (1513-1837)*. Selección, estudio preliminar, introducciones especiales, edición y notas de Lino Gómez Canedo. Bs. 25 - \$ 6.
- Vol. 122: *La Provincia Franciscana de Santa Cruz de Caracas. Cuerpo de Documentos para su Historia. Consolidación y Expansión (1593-1696)*. Selección, estudio preliminar, introducciones especiales, edición y notas de Lino Gómez Canedo. Bs. 25 - \$ 6.

SUCESSION DE ACADEMICOS

- A.* J. P. Rojas Paúl, Fundador de la Academia como Presidente de la República. (No provista después de su muerte).
- B.* Vicente Coronado - Rafael Villavicencio - Lisandro Alvarado - Mario Briceño Iragorrry Alfredo Boulton (7).
- C.* José de Briceño - Manuel María Urbaneja* - León Lameda* - Pablo Giuseppi Monagas - Alfredo Jahn - Julio Planchart - Jesús Sanabria Bruzual* - Héctor Parra Márquez (5).
- D.* Julián Viso - José Manuel de los Ríos* - R. López Baralt - Andrés Ponte - Héctor García Chuecos - José Carrillo Moreno (24).
- E.* Ezequiel María González - Jesús Muñoz Tébar - Pedro Manuel Arcaya - Edgard Sanabria (12).
- F.* Laureano Villanueva - José Ladislao Andara - José E. Machado - Pedro Emilio Coll Mariano Picón Salas - Jerónimo Martínez Mendoza - José Luis Salcedo Bastardo (22).
- G.* Martín J. Sanabria - Andrés Mata - César Zumeta - Luis Beltrán Guerrero (14).
- H.* Jacinto Regino Pachano - Ricardo Ovidio Limardo* - Heraclio Martín de la Guardia* Angel César Rivas - Caracciolo Parra León - Cristóbal Benítez - José Nucete Sardi Oscar Beaujón (23).
- I.* Amenodoro Urdaneta - F. Tosta García - Vicente Dávila - Carlos Felice Cardot (6).
- J.* Jacinto Gutiérrez Coll - Guillermo Tell Villegas* - Julio Calcaño - Felipe Francia - Excmo. Dr. Nicolás E. Navarro - Em. Cardenal José Humberto Quintero (19).
- K.* J. M. Núñez de Cáceres - José Gil Fortoul - Jesús A. Cova - Blas Bruni Celli (15).
- L.* Diógenes A. Arrieta - Félix Quintero - Luis Correa - Augusto Mijares (3).
- Ll.* Francisco González Guinán - Rafael Requena* - Pedro José Muñoz (4).
- M.* Andrés A. Level - Pedro Ezequiel Rojas* - Vicente Lecuna - Eduardo Picón Lares* Mario Briceño Perozo (11).
- N.* Andrés A. Silva - Manuel Fombona Palacio - R. Villanueva Mata - Diego Bautista Urbaneja* - Enrique Bernardo Núñez - Carlos Manuel Möller - José Antonio Calcaño. (16).
- O.* Rafael Seijas - Eduardo Calcaño* - José María Manrique - Eloy G. González - Jesús Arocha Moreno - Angel Francisco Brice - Ildefonso Leal (18).
- P.* Telasco A. Mac Pherson - Manuel A. Díez - Santiago Key-Ayala - Guillermo Morón (8).
- Q.* Marco Antonio Saluzzo - Francisco Jiménez Arráiz - Cristóbal L. Mendoza (1), actual Decano.
- R.* Teófilo Rodríguez - Juan José Mendoza - Joaquín Gabaldón Márquez (9).
- S.* Eduardo Blanco - Laureano Vallenilla Lanz - Esteban Gil Borges* - Diego Carbonell Antonio Alamo - Ramón Díaz Sánchez - Tomás Pérez Tenreiro (17).
- T.* Felipe Tejera - M. Díaz Rodríguez - Luis Alberto Sucre - Caracciolo Parra Pérez - Ramón J. Velásquez (20).
- V.* Luis Level de Goda - Angel E. Ribas Baldwin* - Carlos F. Grisanti - Rufino Blanco Fombona - Ambrosio Perera (2).
- X.* Antonio Parejo - Pbro. Ricardo Arteaga - Rafael Cabrera Malo - Plácido Daniel Rodríguez Rivero - Lucila L. de Pérez Díaz. - Rafael Armando Rojas (21).
- Y.* R. Andueza Palacio - Manuel Clemente Urbaneja* - José Santiago Rodríguez - Virgilio Tosta (13).
- Z.* Pedro Arismendi Brito - Manuel Segundo Sánchez - Eduardo Röhl - Arturo Uslar Pietri (10).

* Están marcados con asteriscos los que no se recibieron y los electos que no se han recibido todavía.



ESTE BOLETIN ES REPARTIDO GRATUITAMENTE POR .
LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

